

SC
1473

B.P. de Soria
61115227
D-1 1641

D-1 5227
1641

3
68

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

R.º 829

SOBRE EL CRISTIANISMO

POR

AUGUSTO NICOLÁS

JUEZ DE PAZ,

CON APROBACION MOTIVADA

DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DONNET

ARZOBISPO DE BURDEOS,

SEGUNDA VEZ TRADUCIDOS AL CASTELLANO

por

DON FRANCISCO PUIG Y ESTEVE

PRESBÍTERO,

CONFORME Á LA EDICION DE PARÍS DE 1847, REVISADA Y CORREGIDA CON CUIDADO POR SU AUTOR.

QUINTA EDICION.

No quiero que se tenga una filosofía para las ciencias y otra para la Religion.
(PORTALIS, *De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique*).

Qui studuerunt intelligere, cogentur et credere.
(TERTUL. *Apolog.*).

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA.

LIBRERÍA RELIGIOSA, CALLE DE AVIÑÓ, NÚM. 20.

1880.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL CRISTIANISMO.

SEGUNDA PARTE.

PRUEBAS INTRÍNSECAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

PREÁMBULO. — TRANSICION.

§ I.

Un miembro de la Convencion, afiliado al partido *girondino* y que excedia á todos ellos en odio á la Religion y sus ministros [1],—Isnard,—lanzado á su vez de la fatal tribuna y perseguido por la proscripcion, vivia en una cueva subterránea, junto al mismo foco de la revolucion [2]. En semejante estado, oyendo á su rededor los rugidos de la muerte, *habitando las ca-*

[1] Desde que hubo entrado en la Asamblea legislativa se pronunció contra los emigrados y eclesiásticos con un furor inaudito, y con una elocuencia, que podriamos llamar delirante, procuró sublevar á la nacion contra dos clases tan respetables.—En la sesion del 14 de noviembre de 1791, despues de furiosas diatribas contra los sacerdotes, que le granjearon los aplausos de todos los mas ardientes que ocupaban las tribunas públicas, los provocó de nuevo, exclamando con un acento de cólera todavía mas visible: *La ley, este es mi Dios*, NO CONOZCO OTRO... Esta blasfemia excitó no obstante algunos murmullos en la Asamblea; y, contra lo acostumbrado, no se decretó su impresion. Mas aun; el orador se vió obligado al dia siguiente á escribir á todos los periódicos sincerándose de la acusacion de ateismo que se le habia hecho. (*Biografía universal*).

[2] En el arrabal de San Antonio.

vidades de la tierra, como él mismo dice, «falto de todo, pudien-«do ser impunemente asesinado, ignorando la suerte de su fa-«milia, temiendo de continuo verse conducido al suplicio sin «ser juzgado ni oido, como el animal que arrastran al matade-«ro, ó la víctima al altar;» en semejante estado, repetimos, se obró en él una revolucion moral cuyas afecciones mas íntimas sofocaron todo el estruendo y terror de la que tenia al mundo conmovido sobre su cabeza.—EXISTENCIA DE DIOS,—INMORTALIDAD DEL ALMA,—NECESIDAD DE LA VIRTUD,—NECESIDAD DE UNA RELIGION PARA PRACTICAR ESTA VIRTUD,—DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO Y COMPLETA FE EN SUS MISTERIOS;—hé aquí los grandes problemas que surgieron del fondo de aquella inteligencia solitaria, y á cuya solucion se dedicó con una diligencia, que él mismo compara á la de Arquímedes en medio del saqueo de Siracusa. Removiendo en el interior de sí mismo las cenizas de su pasada vida, se le aparecieron algunas chispas de fe, preciosos restos de una educacion maternal. ¡Cuán poderosa es la fidelidad á la voz del cielo! Con estos débiles recursos, aquella alma, cuya actividad se habia replegado dentro de sí misma como un volcan que ha vomitado toda su lava, emprendió la prodigiosa tarea de reconstruir, enteramente sola, todo el edificio de la verdad religiosa, y de volver á la fe de sus primeros años por medio de inmensos trabajos filosóficos. Lo logró muy pronto; y los treinta y tres años de vida que le concedió el cielo despues de aquel venturoso dia, fueron un prolongado suspiro de piedad y arrepentimiento [1]. Pero lo que mas debe llamar nuestra atencion es que, gracias al buen sentido filosófico y á la rectitud de corazon, que á pesar de sus extravíos habian constituido siempre el fondo de su naturaleza [2], conoció desde luego que el buen éxito no era posible y que su empresa era insensata sin una condicion á la cual se doblegó francamente, y que nunca dejó de cumplir como uno de los elementos mas esenciales de sus investigaciones: esta condicion... ERA LA ORACION.

Es preciso dejarle hablar á él mismo, pues nada puede reem-

[1] Entonces (en 1797) se le vió volver á entrar en el seno de aquella misma Religion que tan violentamente habia ultrajado, y en lo sucesivo su conducta edificó siempre á sus conciudadanos. Murió por los años 1830, dando evidentes señales de una piedad y arrepentimiento verdaderamente ejemplares. *(Biografía universal).*

[2] Isnard era de constitucion vigorosa y de temperamento sanguíneo, y su violenta fogosidad mas bien se explayaba en palabras que en acciones. Arrastrado por una imaginacion exaltada, no era ni tenaz ni constante en sus opiniones y arrebatos. Era además honrado y probo, y durante su permanencia en París, antes y despues de su carrera legislativa, frecuentó muchas casas de banqueros y comerciantes que nunca fueron partidarios de sus opiniones revolucionarias. *(Biografía universal).*

plazar el lenguaje de la experiencia expresada por el mismo corazon que la ha sentido:

«El decreto que me puso *fuera de la ley*, pareció ponerme «igualmente *fuera* de las penas de la vida, é introducirme en «una existencia nueva *y mas real*. Si nunca hubiera sido pros«crito, arrastrado como tantos otros por una especie de torbe«llino, hubiera continuado existiendo sin conocerme; y hubie«ra llegado á la muerte sin saber que habia vivido. Mi infortu«nio me obligó á hacer una páusa en el viaje de la vida, y «entre tanto me miré, me reconocí, y ví de dónde venia, á «dónde me dirigia, el camino que llevaba andado y el que me «faltaba recorrer, los falsos senderos que habia seguido y los «que me convenia emprender para llegar al término verda«dero.

«Me es enteramente imposible pintar los purísimos goces «que me proporcionaron aquel silencio, aquel recogimiento «absoluto, aquella continua posesion de mí mismo, aquel es«tudio sostenido de mi ser, aquellos frutos de sabiduría é ins«truccion que sentia producirse dentro de mí, aquel abando«no de la tierra, aquel alejamiento desde donde percibia y «juzgaba las criminales locuras de los hombres, aquella ado«racion sincera y siempre creciente á la virtud, aquella eleva«cion intelectual hácia los objetos grandes y sublimes, y sobre «todo hácia el Autor de la naturaleza, y aquel culto libre y pu«ro que sin cesar le dirigia.

«Mis opiniones sobre la inmortalidad del alma y sobre los de«más puntos de la metafísica religiosa, no son, como tal vez po«dria creerse, efecto de la vivacidad de mi imaginacion ni de la «sensibilidad de mi alma: son fruto de la mas profunda refle«xion, y aun puedo decir, que habrá pocos hombres que se «hayan encontrado como yo en situacion de reflexionar, ven«taja que debo á las calamidades de la revolucion. Proscrito, «condenado por un acto de adhesion á mi patria [1], la Providen«cia, sin obligarme á dejar á París, me detuvo prisionero en «un retiro aislado, desde el cual no veia mas que el cadalso le«vantado á mi espalda, y delante de mí el sol, la noche y la «naturaleza; y no teniendo otro consuelo en la tierra que pen«sar en Dios, en mi alma y en la Religion, me entregaba ex«clusivamente á una meditacion que duró diez y seis meses,

[1] Isnard habia sido puesto fuera de la ley por un decreto especial. Se habia atraido esta distincion respondiendo como presidente al Ayuntamiento de París, que pedia con amenazas la libertad de Marat, que «si París atentaba contra la Convencion nacional, «pronto se buscaria en las riberas del Sena, donde París habria existido.»

«y que me ocupaba quince horas diarias. Nunca se reflexiona «mas profunda y sériamente que al pié del cadalso.

«Volvia á encontrar en el fondo de mi corazon los gérmenes «religiosos que una sana educacion habia sembrado en él en «la infancia, y que largo tiempo sofocados por la prosperidad, «revivian ahora bajo la accion del infortunio.

«Pero aunque mi alma se sentia atraida hácia la Religion, «*mi entendimiento se negaba á meditar* en sus dogmas y miste- «rios, que me parecian absurdos. No podia creer en ellos, por- «que no habia sabido explicármelos.

«Los que en materias religiosas sometieron una vez al rígido «exámen de su débil razon lo que tantas otras personas mas «cuerdas creen sin discurrir sobre ello, no saben ya encontrar «*verdadero* sino lo que puede demostrarse hasta el punto de sa- «tisfacer plenamente su conviccion. Quieren absolutamente «que todo se les pruebe, y yo me hallaba en este caso. En se- «mejante situacion es preciso que esos escépticos permanezcan «extraviados en el laberinto de la metafísica, ó bien que á fuer- «za de meditacion y de filosofía lleguen á levantar cási todos «los velos del santuario y á recorrer todo el círculo de los co- «nocimientos religiosos, para encontrarse al fin, con los ojos «abiertos y una antorcha en la mano, en el mismo paraje en «que los hubiera dejado tranquilamente la fe con los ojos ven- «dados.

«Felizmente yo he recorrido el círculo; pero mas feliz es aun «el que no tiene necesidad de dar la vuelta al mundo para vol- «ver al mismo punto de donde habia salido.

«Emprendí la larga peregrinacion del pensamiento con un «corazon lleno de celo y un espíritu alucinado, pero entera- «mente resuelto á no descansar un momento hasta haber en- «contrado la verdad. El que me habia inspirado esta resolu- «cion, me mantuvo en la perseverancia.»

Cada una de las palabras que siguen jamás serán bastante pesadas y meditadas. No es un teólogo que aduce reglas *à prio- ri;* es una alma recien llegada de muy léjos, que refiere su viaje, y señala á las almas flotantes todavía léjos del puerto, como ella lo ha estado tambien, los *canales* de la verdad.

«Desde luego comprendí que, en materias religiosas, la so- «lucion de la verdad depende menos de los esfuerzos de nues- «tro talento que de la disposicion de nuestro corazon; que acer- «ca de las cuestiones que corresponden al sentimiento tan- «to como á la inteligencia, la ciega razon se extravia y cae «queriendo marchar sola con presuntuoso paso; que es nece-

«sario que la virtud le preste el firme apoyo de su brazo, y que «solo la caridad puede romper la venda que tienen puesta so- «bre nuestros ojos el vicio y el error. Reconocí que en medio «de la oscura noche de la metafísica religiosa, LA VERDAD SO- «LO SE MANIFIESTA POR MEDIO DE CENTELLAS que es preciso apro- «vechar, Y COMO UNA LLAMA, Á QUIEN LA HUMILDE ORACION DA PÁ- «BULO Y EL ORGULLO EXTINGUE. Esta es la razon por que hay tan «pocas personas aptas para cultivar esta ciencia, mientras «abundan las que se dedican con feliz suceso á las demás. EM- «PECÉ, PUES, POR ORAR, y de este modo, mas en relacion con «Dios, me hice mejor, y me sentí mas tranquilo, mas superior «al infortunio Y MAS APTO PARA DISCERNIR LA VERDAD [1].»

Este grande ejemplo de la conversion de Isnard, de tan penetrante persuasion en sí mismo, adquiere todavía mayor fuerza por su semejanza con la caida de Jouffroy, formando su contraprueba.

Muchos libros, llenos de preciosos raciocinios, no harian seguramente sobre nosotros una impresion tan profunda como esos dos grandes ejemplos radiantes de luz y de útil enseñanza para quien no busca mas que la verdad.

Hé aquí dos hombres distinguidos que nos dan cuenta de sí mismos con un lenguaje y una sinceridad irrecusables, pues jamás se ha hablado con mas desinterés é independencia de los experimentos hechos sobre la verdad cristiana en situaciones diametralmente opuestas. El uno nos confiesa que desde el momento en que, cediendo á las inspiraciones del escepticismo filosófico, se apartó de la fe cristiana, perdió la luz y la inteligencia respecto de todo lo que puede interesar al hombre en esta y en la otra vida, y buscó en vano en sí mismo y en la filosofía que profesaba, no digo tan solo una base, pero ni siquiera un momento de descanso que pudiese retardar la inmensa ruina de todas sus convicciones, y salvarlo de aquel vacío y oscuridad en que su inteligencia se abismó. El otro, nuevo *Saulo,* no respirando mas que odio al nombre cristiano y á toda religion, nos refiere la manera con que, detenido de repente en medio de su carrera de extravíos, un estudio concienzudo conduciéndolo de nuevo á la fe, lo volvió á poner en posesion de sí mismo, hizo brotar en él abundantes frutos de sabiduría é instruccion, y colocándolo fuera de las penas de esta

[1] Isnard, *De la inmortalidad del alma,* 1802.—Véase tambien *Ditirambo sobre la inmortalidad del alma*, 1805, que se imprimió seguido de una nueva edicion del discurso anterior.

vida, le hizo gozar de toda la plenitud y de toda la realidad de la existencia.

¿Cuál es, pues, esa verdad, esa Religion, fuera de cuyo seno un hombre como Jouffroy no puede hacer mas que precipitarse, y en cuyo regazo un hombre como Isnard se rehabilita?... Esta Religion, esta verdad, debe ser la misma vida, y creemos haber aducido con esto una prueba manifiesta.

Pero ¿por qué el uno la perdió y el otro volvió á encontrarla cuando ambos parecian animados de un mismo deseo?

Hé aquí el secreto de semejante diferencia:

Isnard no solamente filosofó, oró, y lo que es mas, EMPEZÓ POR ORAR; y Jouffroy, confiando en las solas fuerzas de su razon, la constituyó juez exclusivo de su fe, despues de haber dejado que esta se extinguiese en un abandono anticipado de su práctica.

El uno estudió los fenómenos de la vida en un cuerpo animado, y el otro lo hizo sobre un cadáver.

¿Queréis juzgar de la verdad religiosa sin ponerla en práctica? Advertid que en este caso pecais contra la primera regla de todo exámen filosófico, que consiste en que toda verdad de observacion debe ser examinada segun la naturaleza de su objeto y con las facultades que ella misma interesa. ¿Juzgaríais de una verdad geométrica por el sentimiento? ¿Juzgaríais de una verdad poética por medio del compás? ¿Juzgaríais de los colores por el oido, ó de los sonidos por los ojos? No ciertamente: pues bien, no seria menos extravagante vuestra pretension de querer juzgar de la verdad religiosa sin gustarla, sin experimentarla. La verdad religiosa se dirige al hombre completo, á su inteligencia y sobre todo á su corazon, y ¿queréis juzgar de ella sin ponerla en contacto con el corazon? La verdad religiosa es esencialmente práctica, y ¿queréis juzgar de ella no mas que por pura especulativa? Ó la verdad religiosa es divina, ó no existe; y vosotros no quereis probar lo que constituye su divinidad, es decir, lo que constituye su verdad. Por Dios, no seais inconsecuentes con vosotros mismos: acomodaos á las condiciones del sujeto que quereis estudiar, ó dejad de examinarlo y juzgarlo.

No os decimos: practicad sin exámen, sino: No examineis sin practicar; y ¿sabeis por qué? porque aquí la práctica forma parte del exámen, y en el caso de que hablamos, orar es filosofar.

¿Habeis reflexionado bien en lo que es la verdad que estamos examinando? No es una verdad relativa y contingente, locali-

zada en un objeto particular donde no está mas que como producto y en imágen, á la manera que el pensamiento del artista en una estatua ó sobre un cuadro, á la manera que el pensamiento de Dios en el universo. Es la verdad absoluta é infinita, la verdad en su sustancia y en su orígen, LA VERDAD MISMA, es decir, DIOS. Ó es esto, ó no es nada. De manera que nuestro exámen debe llevarnos esencialmente hasta este punto, y para estudiarla debemos ponernos en relacion con la VERDAD considerada como el mismo DIOS.

Porque, ¿qué es Dios?—«Repugna, dice Mr. Cousin disculpándose de la reconvencion de panteismo en el prólogo de su «última obra sobre Pascal, que el sér que es causa primera y «última de nuestra alma, sea un sér abstracto, poseyendo menos de lo que ha dado, y no teniendo en sí mismo ni personalidad, ni libertad, ni justicia, ni inteligencia, ni amor. Ó «Dios es inferior al hombre, ó posee al menos todo cuanto hay «de permanente en el hombre, y además la infinidad [1].»

DIOS, LA MISMA VERDAD, objeto de nuestro estudio, no es, pues, una fria abstraccion como un teorema de geometría, es una personalidad distinta, viva, inteligente, amante y libre como nuestra alma, y además de todo esto *posee la infinidad.* Es decir, que es la inteligencia soberana, el amor soberano, la voluntad y la justicia en su verdadera esencia. Hé aquí el asunto de nuestro exámen. Por consiguiente ¿cómo podrémos ponernos en contacto con este sujeto, sino de la misma manera que nos ponemos en comunicacion con una inteligencia, con una voluntad, con un amor por medio de comunicaciones recíprocas solicitadas por la palabra, es decir, al menos por la palabra interior, sin la cual no se concibe ni inteligencia, ni sentimiento?

Habladle, pues, si quereis experimentar y conocer lo que Dios es, y si la verdad cristiana es enteramente su verdad; pero habladle como una inteligencia, tan limitada como la nuestra, puede hablar á la Inteligencia infinita, es decir con el sentimiento de vuestra debilidad y de su grandeza, de vuestra miseria y de su bondad. Colocaos en su presencia, y tratad con él solamente de vuestros intereses eternos y del conocimiento de su verdad, y tratad de inteligencia á inteligencia, de corazon á corazon. ¿Qué temeis? ¡Pensais acaso que el que hizo la inteligencia del hombre no sabrá comprenderla, y que si ella es capaz de preguntar, él no es capaz de responder [2]?... Su-

[1] *De los Pensamientos de Pascal*, por Mr. Cousin, prólogo, pág. 44.

[2] *Qui plantavit aurem non audiet? aut qui finxit oculum non considerat?* (Psalm. XCIII, 10).

pongo que deseais sinceramente conocer la verdad, que la quereis á toda costa, y que, como Pilatos, despues de haber preguntado *¿qué es la verdad?* no os volveréis antes de haber oido la contestacion; ó que, como aquel jóven del Evangelio, no os marcharéis tristes por los sacrificios que ella os prescriba, sino que con *un corazon lleno de celo y resuelto á no descansar hasta haberla conocido*, como Isnard, cerraréis para vuestra alma la puerta de los sentidos, haréis callar en el interior y echaréis afuera todo el vano murmullo de vuestras debilidades y pasiones, y en esta situacion prestando el oido de vuestro corazon, dispuesto á todo, escucharéis con placer las suaves palabras del Verbo eterno, *que destilará* en vuestra alma *como un rocío*, y que no será tan solo una palabra, sino una luz, un sentimiento, una fuerza, que os llevará á la verdad de un solo golpe, y os la hará penetrar holgadamente y con una admirable familiaridad.

Hacedlo así, y yo os aseguro en nombre de la mas constante experiencia que lo que ahora no comprendeis, lo conoceréis entonces; y veréis lucir delante de vosotros en la noche oscura de la metafísica como una llama *que la humilde oracion alimenta y el orgullo extingue: y mas en comunicacion con Dios, seréis mejores, mas pacíficos, mas superiores á vosotros mismos, mas aptos para conocer la verdad* [1], y experimentaréis, en fin, la exactitud de estas profundas palabras de la misma *Verdad:* QUI FACIT VERITATEM VENIT AD LUCEM [2].

Esta es la situacion en que nos colocamos cada vez que dejamos y volvemos á emprender el curso de estos *Estudios*, y llenos del sentimiento de nuestra insuficiencia,—sentimiento que constituye nuestra fuerza,—nos atrevemos á apropiarnos estas palabras de Pascal:

«Si este discurso os agrada y os parece convincente, sabed «que lo hizo un hombre que se puso de rodillas antes y des«pues para rogar á aquel Sér infinito y sin partes, á quien so«mete todo lo suyo, para que os someta tambien á vosotros, «para vuestro propio bien y gloria suya; pues que de este mo«do se armoniza la fuerza con la humildad [3].»

[1] Isnard.
[2] Joan. III, 21.
[3] Pascal, *Pensamientos*, parte II, art. 3.º

§ II.

Si alguna vez fue indispensable semejante disposicion, es seguramente en este momento en que vamos á abordar el estudio del Cristianismo en sí mismo, en su moral, en sus dogmas y misterios, á atravesar, por decirlo así, las nubes que nos ocultan su majestad, y penetrar en el secreto de su santuario.

Hasta aquí no hemos hecho mas que recorrer la nave del templo; todo nos ha hecho presentir su divinidad, ó mejor, todo nos lo ha probado, y muchas veces hubiéramos podido detenernos y mezclarnos con sus adoradores. Sin embargo, ¡cuántas pruebas, aun extrínsecas, hemos dejado abandonadas, y de cuántas luces no hemos querido servirnos! Toda esa multitud tan compacta é imponente de pruebas históricas que han sido hasta nuestros dias como las columnas de la demostracion evangélica, que han obrado la conversion del mundo, y sobre las cuales descansara la fe de nuestros antepasados :—las profecías,—los milagros,—la autenticidad, la fuerza y la inspiracion de los Libros santos,—el prodigio de la propagacion del Evangelio,—el testimonio de sus Apóstoles y Mártires,—la atestacion de sus beneficios,—la perpetuidad y universalidad sobrehumanas de su imperio, etc., etc. Hemos dejado todas estas pruebas para la tercera parte de nuestros *Estudios*. Hubiéramos podido, quizás hubiéramos debido presentarlas aquí en seguida de las pruebas preliminares, y envolviendo en ellas el cuerpo de los dogmas y misterios cristianos, hacer admitir estos bajo la fe de tantas señales exteriores de su divinidad. Porque, en fin, ¿qué mas puede la razon exigir que la demostracion de este hecho, es decir, que la demostracion de que el establecimiento y la existencia del Cristianismo son humanamente inexplicables, y que Jesucristo es Dios? Una vez establecida y confirmada esta verdad, ¿puede lógicamente la razon dejar de someterse á la palabra de un Dios? ¿Puede de la oscuridad de los misterios cristianos, por mas impenetrable que sea, motivar jamás su resistencia, cuando por todas partes se halla rodeada y penetrada de los mas brillantes testimonios de la divinidad de su Fundador?... Pero el espíritu investigador de nuestro siglo exige mas todavía, y las inteligencias desabridas por el escepticismo, buscan en la verdad una nueva sal. Hace tanto tiempo que se empezó á hacer uso de las pruebas históricas, que ya hacen poca impresion en los espíritus. Por otra parte, la filosofía del siglo XVIII disfamó y desfiguró

de tal manera los dogmas cristianos, tanto exageró y alteró el sentido de la palabra *misterio* hasta hacerla sinónima de *absurdo*, y por esto mismo la ignorancia de las nuevas generaciones sobre estas materias ha levantado tan densas tinieblas delante de los artículos de nuestra fe, aun entre aquellas personas que se precian de sabias y eruditas, que muchas veces tienen por un gran descubrimiento ó una investigacion extraordinaria lo que no es mas que la antigua y sencilla verdad católica.

No quisiéramos otras pruebas de la divinidad del Cristianismo que la exposicion fiel, clara y precisa de sus dogmas y de toda la fe. Parécenos que hasta ahora se han tomado demasiadas precauciones para evitar este exámen; nos hemos limitado demasiado á las pruebas extrínsecas, y ateniéndonos á estas últimas, hemos inferido demasiado exclusivamente que era necesario admitir á ojos cerrados todo cuanto ellas contienen. Hasta cierto punto este raciocinio es sin duda exacto: *Dios habló: por consiguiente es preciso someterse ciegamente á lo que ha dicho;* pero ¿qué se siguió de aquí? Que la palabra *ciegamente* fue tomada al pié de la letra, y que la mayor parte de los espíritus han deducido de esto que era inútil, y aun que estaba prohibido el exámen racional de lo que la doctrina cristiana contiene, y que bastaba creer en su totalidad: tal vez sea esta la causa principal de la ignorancia de esta doctrina. Otros han ido mas léjos todavía; han afirmado que se imponia esta creencia sobre la fe de las pruebas extrínsecas, porque la doctrina no podia sufrir el exámen, y que en este caso el respeto era una especie de desconfianza encubierta: hé aquí la causa de tan deplorables preocupaciones. Además ¿corresponde á la naturaleza del principio de la fe cristiana permanecer así inmóvil á la entrada del templo? ¿No puede, segun su destino, adelantarse con paso respetuoso hácia la comprension y la inteligencia de los mismos misterios, si no en su fondo, al menos en sus relaciones con nuestra naturaleza, y ensayar acá en la tierra la vision que algun dia debe absorberla? ¿No es exponerla á una reaccion contra lo que ella misma admite y contra las mismas pruebas extrínsecas el contrariar la imprescriptible vocacion de la inteligencia á la luz? En fin, teniendo la doctrina cristiana por objeto reformar el espíritu y el corazon del hombre, ¿puede satisfacerse este objeto sin un trabajo del espíritu y del corazon del hombre sobre esta doctrina, para lograr asimilársela?...

En confirmacion de este modo de pensar, permítasenos el in-

vocar una autoridad bien relevante, y un bello ejemplo, que es san Agustin. Este gran talento en su carta CXX á Consencio, se expresa en estos términos:

«La Iglesia exige la fe; pero si nos la exige con una sumi-«sion humilde á todas sus divinas enseñanzas, es porque tene-«mos tantos, tan fuertes y tan apremiantes motivos de creer. «Que no se venga, pues, á imputarle que pide una fe entera-«mente ciega y sin razon, *ó á acusarla de pretender que los que «han creido*, y para creer han hecho de su razon el uso saluda-«ble que hemos señalado, *no piensen continuar en usar de su ra-«zon* para hacer cada dia mas humilde su fe, pero al mismo «tiempo mas ilustrada. Esto es una objecion, ó mas bien una «calumnia, que nos falta todavía desvanecer.

«Creemos, pues, y estamos obligados á creer; pero no tene-«mos prohibido querer entender lo que creemos; y al que nos «dijera: Creed y no penseis en querer entender lo que creeis, «le contestaríamos: Corregid ese vuestro principio; no des-«echeis la via de la fe, reconoced que lo que nos hace creer la «fe, hasta cierto punto puede ser comprendido por la luz de la «razon. Porque Dios nos preserve de pensar que aborrezca en «nosotros esta prerogativa, que nos eleva sobre todos los otros «animales; y léjos de nosotros el creer que nuestra sumision «para todo lo que forma parte de la fe nos impida el buscar y «pedir la razon de lo que creemos; porque ni aun creer podría-«mos si no fuésemos capaces de razon.—El que llegó al pun-«to de que la verdadera razon le dé la inteligencia de lo que «antes creia sin entenderlo, se halla por cierto en una condi-«cion mucho mas ventajosa, que no aquel que solo está en la «disposicion de desear entender lo que cree. Y si no tuviese ese «deseo, y se figurase que es menester atenerse á la fe, en vez «de aspirar, como debemos, á la inteligencia, ignoraria cuál «es el fin y la utilidad de creer. Porque como la fe santa y sa-«ludable no subsiste sin esperanza y caridad, así es necesario «que el hombre fiel no solo crea lo que todavía no ve, sino «que desee verlo, que trabaje para esto y espere que algun dia «lo logrará [1].»

[1] ¿La Razon debe preceder á la Fe? ¿La Fe debe preceder á la Razon?—El presente pasaje de san Agustin nos da la respuesta implícitamente á estas dos cuestiones, por cierto delicadas, y nos ayudará para resolverlas:

Primeramente es indispensable para la fe una primera razon [1], *una razon de autoridad*; y todas las pruebas preliminares y extrínsecas de la divinidad de la Religion no son para otro, sino para darnos esta primera razon: ¿Habló Dios? En la apreciacion de

[1] En toda esta nota la palabra «razon» se toma unas veces por la facultad de este nombre, y otras por el acto de la misma facultad: en el primer caso la escribimos con una mayúscula.

Por lo tanto no es nuevo ni temerario este método que consiste en alargar el ejercicio de la razon en el objeto mismo de la fe bien entendida, pues tiene en su apoyo la autoridad y el ejemplo de los Padres de la Iglesia, particularmente de san

esta pregunta es exactísimo el decir que *la Razon debe preceder á la Fe;* y es muy conforme el que sea así, porque al fin nada puede hacerse en el hombre sin la Razon, ó, lo que seria equivalente, sin el hombre mismo, no siendo el hombre otra cosa que una capacidad de Razon.

Cuando hemos llegado á la afirmativa de esta pregunta, entonces la Razon debe ceder el paso á la Fe; y lo debe en fuerza de ella misma, porque la Razon es la que ha proclamado esta regla: *Habló Dios: luego debe creerse lo que ha dicho.* Una creencia semejante está tan léjos de ser ciega, que es la mas ilustrada en su principio; porque si cree la Razon algunas cosas, de las que no tiene todavía las razones *inmediatas,* como son la Trinidad, la Encarnacion del Verbo, la Caida original, la Redencion y demás misterios, no cree en ellos sin razon, pues tiene en su apoyo razones *mediatas,* capaces de determinarla, como son las profecías, los milagros, el establecimiento del Cristianismo con todas las demás que convencen la divinidad de la Revelacion. Por ellas hacemos acto de Razon en la fe que prestamos á todo lo que contiene esta Revelacion, y cuando despues adherimos en particular á tal misterio, ó á tal otro, á tal ó cual práctica del Cristianismo, no hacemos mas que repetir este acto de Razon, y sacar las consecuencias de un silogismo. Al contrario obran los racionalistas, pues á pesar de aquella máxima de que *habiendo Dios hablado debemos someternos á su palabra,* quieren *contestar* esta palabra, y con ello se hacen claramente irracionales.

Pero de que no debemos *contestar* la palabra de Dios, ¿se sigue, por ventura, que no debemos procurar entenderla, ni que haya de ser ciega en su objeto nuestra sumision, porque es ilustrada en su principio? Este seria un error no menos funesto que el primero; porque si el uno ataca la naturaleza de la Fe, el otro ataca la naturaleza de la Razon, que aspira continuamente á la luz. Por cierto que la Iglesia no pidió nunca tal sumision, y léjos de limitar nuestra Razon la sumision que nos pide, es ella el medio mas eficaz para que esta se desarrolle. En efecto, determinada de este modo la Razon por una primera razon de autoridad, no se para inerte y sumisa delante su objeto, sino que le adora, le penetra y busca en él mismo una razon segunda de entenderlo, y que nunca es plena aquí bajo, pero lo es tanto mas cuanto es mas humilde y sumisa. Y en este sentido es verdad que *la Fe debe preceder á la Razon...,* mas solo para hacer que adelante.

Por consiguiente siempre obra la Razon en este divino comercio; solo que han de distinguirse dos órdenes de ejercicio y dos órdenes de razon; el primero es la razon de autoridad que precede y determina la Fe, y el segundo es la razon de comprension, que es precedido por la Fe, y al que aspira á este por descubrirle.

La primera razon es el fundamento de la Fe: *Rationabile sit obsequium vestrum.* La segunda es un efecto y una recompensa de la Fe: *Crede ut intelligas.*

Así es como la Religion contrapesa nuestros derechos con nuestros deberes con una admirable economía, satisfaciendo á los unos por medio de los otros, é impidiendo que se extravien. Comienza por reconocer este derecho magnífico, con que Dios nos ennobleció, y por el que nos parecemos á él, que es el de no obrar sino por Razon; dándonos en seguida los motivos de la Fe que nos exige. Luego, satisfecha de este modo la Razon, impone un deber al corazon, que es la Fe, haciendo nacer un deber del derecho que satisfizo; y esto segun la medida de la razon que de ella nos da, razon que no parece insuficiente á algunos, sino porque su corazon se resiste ocultamente á la obligacion de Fe y de caridad que de ella se deriva. Pero obsérvese que esta misma obligacion de Fe no es un embarazo al ejercicio de la Razon; al contrario, despues que esta quedó satisfecha en el motivo de la fe que se le exige, continúa ejercitándose en su objeto, pero debe hacerlo en adelante bajo la condicion indispensable de la Fe, ó mejor, guiada y como sobre las alas de la Fe; porque la Fe, purificando el corazon, aguza el espíritu, y lo hace capaz de sostener el admirable brillo de la verdad. ¡Admirable correspondencia entre la Razon y la Fe, entre el espíritu y el corazon, entre la verdad y la caridad, y entre el homenaje de la criatura y las comunicaciones del Criador!

Agustin; pudiendo, como nos parece, levantarse del entredicho á que se la condenó por tanto tiempo, especialmente en el último siglo.

Confiamos en que nadie dejará de conocer el verdadero designio de nuestras intenciones y palabras: estamos muy léjos de querer hacer una crítica sustancial de los trabajos apologéticos de nuestros antepasados, y cási nos haríamos sospechosos á nosotros mismos si nos viésemos en disentimiento formal con ellos; porque además de su ilustracion y de la experiencia que tenian de la verdad, cuyos maestros eran, se hallaban animados de intenciones demasiado puras para que Dios no los hubiese dirigido. Para los tiempos en que escribian, su método era indudablemente el mejor. En una época en que el furor por las preocupaciones filosóficas aspiraba á destruirlo todo y con sacrílega ligereza trataba de burlarse de las divinas verdades, lo mas conducente era cerrar las puertas del santuario y defenderlo por la parte de afuera. Conocemos asimismo que antes de esa época, y cuando el espíritu humano conservaba aun su fe primitiva, era prudente, abandonando á cada cual el cuidado de medir las fuerzas de su inteligencia, no violentar inmoderadamente esta disposicion legítima en sí con una anticipada apelacion al exámen filosófico de los dogmas que ya se conocian por la instruccion regular, y sobre todo, por el uso frecuente de los divinos misterios. Pero no estamos ya ni en aquellos felices tiempos, ni en la funesta época que les sucedió. Ahora no se cree, pero se desea creer, aunque con conocimiento de causa: hay toda la ignorancia de los tiempos patriarcales y todas las exigencias filosóficas de los siglos adelantados. No es empero una razon orgullosa que quiera dominar, sino una razon iluminada que desea alimentarse y nutrirse.

La Religion de Jesucristo, arreglada para todas las edades, y que lleva en su divino seno cuanto puede dar pábulo á un hombre solo y á todas las generaciones juntas, variando y modificando su alimento segun los desarrollos del espíritu humano, desde la leche del tierno niño, hasta el pan del hombre formado, aunque de una misma y única sustancia,—mas cuajada, si podemos usar de esta expresion, cuando se halla contenida en la fe, que cuando se dilata por la inteligencia;—la Religion, decimos, debe presentarse en la actualidad, aun en sus dogmas, *filosóficamente*, palabra que bien entendida no debe asustar á los *hijos de la luz*, como llama el divino Maes- á los cristianos. Puede esto hacerse porque hay formalidad y

buena fe en los espíritus, y debe hacerse porque con una reserva inoportuna autorizaríamos las preocupaciones y errores que no dejarian de bullir en las cabezas vacías é inquietas.

Ha llegado, pues, el momento de descorrer el velo y hacer ver,—¡cosa admirable!—que esos *viejos* dogmas cristianos, como se les llama, á los cuales la sana razon no puede rehusar su asentimiento, aunque sea á la luz de las solas pruebas extrínsecas, y á pesar de que no los comprenda, esos dogmas cristianos, repetimos, encierran en sí mismos tan admirable y perfecta sabiduría, que por sí solos bastarian para atestiguar su orígen celeste, aun cuando no existieran las pruebas extrínsecas; son como aquellas piedras preciosas que no solo reflejan y multiplican la luz que las hiere, sino que aun estando cuidadas conservan la propiedad de brillar por virtud propia en medio de las mismas tinieblas.

Lo hemos dicho ya, y no nos cansarémos de repetirlo: á diferencia de los sistemas humanos que por medio de laboriosas y limitadas deducciones aspiran con afan á una conclusion que se hace esperar indefinidamente, y que nunca es enteramente satisfactoria, el Cristianismo nos hace marchar rodeados de luz, descubriéndonos á cada paso un nuevo horizonte y adelantándonos siempre hácia una conclusion cada vez mas explícita, ó por mejor decir, cada vez mas infinita, porque está en Dios, é incesantemente se hace sentir sin agotarse jamás [1]. La verdad cristiana, bajo cualquier aspecto que se la considere, se demuestra siempre por una multitud de pruebas variadas hasta lo infinito, pero convergentes todas á un centro comun, asiento de la fe, que parece impenetrable, porque sus copiosos resplandores nos deslumbran. Mas si se la observa por grados y con humildad, se convierte á su vez en un foco de evidencia, fuera del cual todo nos parece oscuro; de manera que debemos creer que en esto precisamente consiste el que creamos en él, y que la conclusion de nuestra fe se hace su principio.

Esta unidad de la verdad cristiana en tan grande variedad de conceptos y pruebas no puede expresarse mejor que por aquellas palabras de la escuela: *Est tota in toto, et tota in qualibet parte,* está toda en el todo, y toda en cualquier parte.

Nada hay que extrañar en esto, porque el Cristianismo es divino, y no lo seria si le faltase esta circunstancia. Este es el

[1] Lo hemos visto ya: al final de los capítulos sobre la *Necesidad de una segunda revelacion*, sobre *Moisés*, sobre los *Sacrificios*, sobre las *Tradiciones universales*, *La esperanza de un Libertador*, y las circunstancias *De la venida y el reino de Jesucristo*, y cada vez hemos podido deducir una conclusion que, bastándose á sí misma, concurria á formar la conclusion general, que se va sucesivamente agrandando.

distintivo de las obras de Dios y el carácter esencial de aquella Sabiduría eterna que *no siendo mas que una, todo lo puede,—permaneciendo siempre inmutable todo lo renueva,—y dirigiéndose con incontestable fuerza á un fin único, dispone todos sus medios con suavidad* [1].

Lo que sí seria extraño y contra la naturaleza de las cosas es, que una obra tan sencilla y profunda, tan única y tan vasta, fuera obra de los hombres, y que hubiese podido formarse, detenerse y conservarse inmutable en medio del incesante flujo y reflujo de nuestras opiniones, de nuestras voluntades y de los embrollados acontecimientos de la tierra, si en su interior no encerrase la mano y la fuerza de Dios.

Estas consideraciones deben dominar en todos nuestros *Estudios*. Habíamos hablado ya algo sobre ellas; pero es preciso abordarlas ahora de lleno, porque su aplicacion se nos va á hacer en adelante muy frecuente.

Mas como no todos los hombres son igualmente aptos para comprender desde luego esta divina armonía, y la diferencia no consiste solo en la naturaleza de su talento, sino en la fuerza de su voluntad y hasta en las preocupaciones en que los tienen sumidos los negocios de su estado; es preciso que los que quieran iniciarlos en tan sublimes contemplaciones (si no poseen su objeto por la fe), se las presenten por medio del raciocinio, y, empleando métodos filosóficos, dirijan la accion de su vista poco experimentada, y los conduzcan por suaves transiciones, y de claridad en claridad hasta al foco de la misma verdad.

Hé aquí, que aplazando las *pruebas extrínsecas* que se comprenderán mucho mejor cuando se habrá visto que no estriba en ellas solas la fe, hemos, sin embargo, presentado en primer lugar las *pruebas preliminares* como una preparacion para las *pruebas intrínsecas*, en las cuales hemos colocado el centro de nuestro plan, como el mas adecuado á la actual disposicion de los espíritus.

En esto seguimos el método tan poéticamente trazado por Platon en la bella alegoría de la *Caverna*. Este filósofo, de quien se ha dicho que habia sido el *prólogo humano del Evangelio*, representa, en efecto, á la ignorancia del bien soberano en que están los hombres acá en la tierra, bajo la imágen de los infelices que son arrojados á las profundidades de una oscura cueva, que un largo camino subterráneo separa de la luz del dia. Desde la infancia viven allí con los piés y las manos encadena-

[1] Sap. VIII, 1.

dos: inmóviles en sus grillos, condenados á no poder siquiera volver la cabeza, no ven mas que los objetos que les vienen de frente, mientras tienen á su espalda un fuego que brilla desde léjos. Entre ellos y este fuego pasan objetos reales, cuyas sombras se dibujan en el fondo de la cueva, único sitio que se les presenta á la vista; y acostumbrados á no ver mas que estas sombras, con frecuencia las toman por la realidad.

«Pero rompamos sus grillos, dice Platon. Así que uno de los «cautivos se ve en libertad, se levanta, mira en todas direc- «ciones, y encuentra el verdadero foco de la luz; pero harto «débil aun para poder soportar su accion, desvanecido, des- «lumbrado por tan vivo resplandor, quiere huir y volverse al «lugar donde no le cegaban los resplandores, y al llegar á él «exclama: aquí está la realidad.

«Pero arranquémoslo de este abismo para que nos siga á tra- «vés de sus penosos y escarpados caminos, y conduzcámoslo «á su pesar hasta ver la luz del dia: ¡estremécese por esta vio- «lencia, y se indigna contra semejante coaccion! De repente «se sienten bañados de luz sus ojos, que heridos por tanta cla- «ridad, no saben distinguir ninguno de los objetos que nos- «otros llamamos reales, y cegado por tan repentino cambio, so- «lamente por grados es capaz de ir descubriendo este mundo, «nuevo para él... Sus miradas se fijan primero mas fácilmente «en las sombras, luego en la imágen de los hombres y de los «demás cuerpos terrestres que se reflejan en el espejo del agua; «en seguida en los mismos cuerpos; y al fin, contempla los «cielos velados por la noche, y la luna y las estrellas, cuya opa- «ca claridad le deslumbra mucho menos que el sol y los res- «plandores del dia... Finalmente el sol, y no su débil imágen «que el agua refleja ó que brilla sobre la tierra, el mismo sol «no puede hacerle bajar la vista, y lo admira en su mismo tro- «no del cielo. Entonces reconoce en este astro al padre de las «estaciones del año, al rey de este mundo visible, y al princi- «pio de todo cuanto hiere los sentidos de los hombres. Tales «deben ser los progresos de su razon.

«Tal es nuestra condicion. La cueva subterránea es este mun- «do visible; el fuego que brilla en la oscuridad, es nuestro sol; «el cautivo que sube á la tierra, y cuyos ojos se abren á nue- «vos espectáculos, es el alma que se remonta á la fuente de la «inteligencia. Sí, yo concibo esta noble esperanza que debe «alimentar á nuestra alma, pero ¿es esto racional? Dios lo sa- «be; pero yo me atrevo á revelar los pensamientos que en mí

«se agitan [1]... *Así como los prisioneros del subterráneo no pueden «volver la cabeza de las tinieblas y mirar á la luz sin mover todo «su cuerpo, es preciso que la inteligencia, esta poderosa facultad «del alma, se eleve* CON TODA EL ALMA *y se desprenda de los séres «creados*, para ir á contemplar la eterna luz del Sér criador. «¡Oh hombre, hé aquí el soberano bien que te prometí [2]!»

CAPÍTULO II.

EXPOSICION DE LA MORAL EVANGÉLICA.

Habituados los hombres desde su infancia á ver salir y ponerse el astro del dia, con frecuencia pasan una larga vida y mueren sin haber estudiado una sola vez el espectáculo de la luz que los alumbra, y atraviesan un mundo de prodigios sin siquiera sospechar que existen.

Tal es tambien nuestra conducta respecto á la luz del Evangelio y á las innumerables bellezas que sembró en el mundo moral la mano del Cristo.

La doctrina evangélica, que regeneró el universo, nos encuentra tan lánguidos é insensibles precisamente porque ya no es nueva... *la buena nueva.*

Para apreciarla bien en lo que vale, seria necesario prescindir mentalmente de todo lo que de ella sabemos ya; seria necesario resucitar á nuestro rededor aquella profunda y horrible noche en que estaba envuelto el mundo pagano antes de la aparicion del Cristianismo, para que nos sorprendiera como le sorprendió á él; y es seguro que entonces caeríamos todos tambien, como él, postrados á sus piés.

Pero esto es muy difícil, porque la moral evangélica se halla de tal modo asimilada con nuestra propia existencia, que querer hacer abstraccion de ella, seria destruirnos, aniquilarnos. Todo cuanto vemos, todo cuanto palpamos y somos es

[1] Podríamos llamar á esto el apogeo de la inteligencia, y sin embargo ¿qué viene á ser ello? un sueño, una esperanza, una aspiracion hácia el sumo bien. Mas, por Jesucristo, este sumo bien se ha puesto de tal modo á nuestro alcance, que los talentos mas comunes poseen y practican en el uso ordinario de la vida lo que Platon no hacia mas que sospechar en los vuelos mas sublimes de su talento contemplativo.

[2] *República*, lib. VII.—En el último pasaje subrayado, Platon expresa admirablemente lo que hemos reproducido muchas veces, esto es, que el estudio de la verdad religiosa no es obra de la sola inteligencia, sino de *toda el alma*, es decir, del corazon y de la voluntad, que deben *desprenderse de los séres creados*, y dirigirse en seguida al bien soberano, en una palabra, *convertirse*. Admirable palabra que lo dice todo.

obra suya. No se encuentra solamente en los Libros santos, en la predicacion de sus Apóstoles y en la vida de sus discípulos; respira asimismo en todas nuestras instituciones sociales, en nuestros códigos, en nuestras costumbres, en nuestras ciencias y artes, en nuestros hábitos, hasta en nuestras fisonomías, en todas las creaciones y caprichos del espíritu humano, producidos de diez y ocho siglos á esta parte... ¡qué digo! esta doctrina forma parte de las blasfemias del impío y de los remordimientos del malvado; ¡tan encarnada se halla en la conciencia humana[1]! Los mas violentos enemigos del Cristianismo están impregnados de ella, no pueden combatirla sino por las ideas y los beneficios que de ella recibieron, ni pueden encontrar nada para sustituirle mas que suposiciones y falsificaciones de ella misma. En fin, podemos decir del Evangelio lo que san Pablo, hablando al Areópago, decia de Dios: *In eo vivimus, movemur, et sumus.*

Pero aquí está precisamente la causa de nuestra indiferencia con respecto á él. La impresion de la divinidad del Cristianismo se ha embotado en su difusion y su continuidad. El hábito del beneficio nos ha hecho desconocer su valor: nos hemos aclimatado á él hasta confundirle con nuestra propia naturaleza; y en medio del orgullo que esta posesion nos inspira, la razon acaba por creer que ha sido ella quien la ha conquistado[2].

Mas para que podamos desengañarnos, basta que procuremos colocarnos en nuestra primitiva carencia y desnudez, y estudiar bajo este punto de vista todas las perfecciones de moral y de civilizacion de que disfrutamos, y todas las que podrán alcanzar las generaciones futuras; perfecciones que se hallan compendiadas en un cuerpo de doctrina, trazado por la mano de Jesucristo.

Hubo efectivamente un tiempo en que el mundo careció de ellas. Hubo un tiempo en que cubrian toda la tierra las mas groseras y ridículas supersticiones, en que todo esto de que mas orgullosos estamos era estúpidamente menospreciado, y

[1] Mr. de Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, hizo resaltar admirablemente toda la diferencia que el influjo de las ideas cristianas habia introducido entre la *Fedra* de Racine y la *Fedra* antigua: «Esta mujer, dice, *que se consolaria con una eternidad «de dolores*, si hubiese podido gozar *de un momento de felicidad*, esta mujer no correspon- «de *al carácter antiguo; es la cristiana reprobada;* es la pecadora caida de las manos de «Dios: sus palabras son las palabras del condenado.»

[2] «No sé por qué, decia Rousseau, se quiere atribuir al progreso de la filosofía la be- «lla moral de nuestros libros: esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de «ser filosófica.» (*Cartas de la Montaña*, carta III).

todo lo que nos ruboriza era adorado; en que las grandes é imperecederas nociones de un Dios único y espiritual, de una alma inmortal, de una providencia misericordiosa, de una justicia futura, de una culpa original, de la rehabilitacion de la humanidad, de la remision de las faltas y de la curacion de las conciencias, afirmadas, explicadas y practicadas en el dia hasta por los niños, eran abismos de tinieblas y de desesperacion para las inteligencias mas elevadas; en que *la humildad, la misericordia, la mansedumbre, la caridad, la fraternidad y la igualdad, la esperanza, la fe, el amor de Dios, el sacrificio, la pobreza voluntaria, el perdon de las injurias, el desinterés, la resignacion, el arrepentimiento, la penitencia*, etc., que en nuestros dias ofrecen en la tierra tantas y tan hermosas acciones, y constituyen la dicha y la gloria de la humanidad, no tenian ni siquiera nombre en el lenguaje. Hubo un tiempo en que *las dos terceras partes* de la especie humana se hallaban acorraladas como un vil rebaño, en que la sangre humana corria á torrentes para embriagar á la sociedad en los espectáculos públicos, en que los niños eran caprichosamente inmolados, los adultos monstruosamente violados é infamados, en que no habia honor para la mujer ni para la union conyugal, en que los desgraciados no encontraban asilo en ninguna parte, la guerra se hacia sin cuartel, las naciones vivian sin derecho comun, la opinion era muda esclava de la fuerza, en que un mónstruo bajo el nombre de César era adorado como un Dios; y la humanidad hollada é insultada por un cetro de hierro, no se acordaba siquiera de los derechos y de la elevacion de su inteligencia, ni buscaba remedio para su envilecimiento y degradacion; antes al contrario, marchaba contenta y violentamente á precipitarse en aquel abismo, empleando en ello todas las fuerzas que hubieran debido servirle para evitar su caida.

Trasladémonos mentalmente, si es posible, al centro de aquella sociedad en los tiempos de Tiberio ó de Neron; porque este es el verdadero punto de vista para contemplar la salida de la luz evangélica sobre el mundo.

Por aquel tiempo un hombre iba recorriendo humildemente los pueblos de la Judea, curando á los enfermos, consolando á los afligidos, derramando beneficios inauditos, y dando lecciones de una sabiduría hasta entonces desconocida. No habia estudiado en Roma ni en Grecia, no pertenecia á ninguna secta ni á ninguna escuela, no dogmatizaba ni disertaba; pero se decia enviado de Dios, á quien llamaba su PADRE, y anun-

ciándose como el Mediador prometido desde el principio, y el deseado por todas las naciones que debia salvar, decia con amable autoridad:

«Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados, y yo «os aliviaré.— Llevad mi yugo, y aprended de mí que soy man- «so y humilde de corazon, y hallaréis reposo para vuestras al- «mas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»

«Bienaventurados, decia despues á la multitud asombrada, «bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el «reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos «poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque «ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre «y sed de la justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventura- «dos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericor- «dia. Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos ve- «rán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán lla- «mados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen per- «secucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los «cielos. Bienaventurados sois cuando os maldijeren y os per- «siguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, por «mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardon es muy «grande en los cielos.»

De este modo elevando lo que hay de mas humilde hácia lo que hay de mas alto y sublime, y confundiendo todas las ideas que los hombres tenian del bien soberano, decia que no habia venido á destruir la ley primitiva, sino á purificarla y hacerla progresar indefinidamente; y que si en adelante no abundaba la justicia mucho mas que hasta entonces, nadie tendria derecho á las recompensas. Luego trazaba al rededor de la conciencia humana el nuevo círculo de los deberes, y se expresaba así:

«Oísteis que fue dicho á los antiguos: No adulterarás; pues «yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos á una mujer «para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon.—Ade- «más oísteis que fue dicho á los antiguos: No perjurarás, mas «cumplirás al Señor tus juramentos; pero yo os digo que de «ningun modo jureis, sino que vuestro hablar sea, sí, sí; no, «no; porque lo que excede de esto, de mal procede.—Oísteis «que fue dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, «obligado quedará á juicio; mas yo os digo que todo aquel que «se enoja con su hermano, obligado será á juicio, y quien di- «jere á su hermano una palabra insultante, obligado será á

«concilio. Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y «allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, «deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á «reconciliarte con tu hermano, y despues vuelve á concluir tu «oblacion.—Habeis oido que fue dicho: Ojo por ojo y diente «por diente: pero yo os digo que no resistais al mal: antes «bien, si alguno os hiriere en la mejilla derecha, paradle tam- «bien la otra; á quien quiera poneros pleito y tomaros la tú- «nica, dejadle tambien la capa; y al que os precisare á ir car- «gados mil pasos, id con él otros dos mil mas.»

Pero no limitaba los deberes á esto solo; despues de haber combatido y desarmado al egoismo hasta en el fondo del corazon, queria mas aun, queria transformarlo en caridad, y decia:

«Habeis oido que fue dicho: Amarás á tu prójimo y aborre- «cerás á tu enemigo; mas yo os digo: AMAD Á VUESTROS ENEMI- «GOS, HACED BIEN Á LOS QUE OS ABORRECEN, Y ROGAD POR LOS QUE «OS PERSIGUEN Y CALUMNIAN; para que seais hijos de vuestro «Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre «buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.»

Preguntándole alguno cuántas veces se habia de perdonar al que hubiese pecado, y si habia de ser hasta siete veces, contestó: «No solo siete veces, sino setenta veces siete (es decir, «indefinidamente).»

Preguntándole en otra ocasion cuál es nuestro prójimo, contestó con aquella parábola tan tierna é instructiva del *Samaritano*, enseñándonos que es nuestro prójimo, no solo el compatriota y el correligionario, sino tambien el hereje y el extranjero.

Recopilando todos estos preceptos de caridad en unas palabras que son la mas pura expresion del amor inmenso, decia á sus discípulos pocos momentos antes de *dar la vida por sus amigos:*—«Os doy un nuevo mandamiento: amaos los unos á «los otros del mismo modo que yo os he amado á todos. Amaos «los unos á los otros, y en esto se conocerá que sois discípulos «mios.»

En fin, agotaba toda medida, proponiendo al corazon del hombre para modelo y medida del mismo corazon de Dios.— «Sed misericordiosos, decia, como lo es vuestro Padre celes- «tial. Sed perfectos del mismo modo que es perfecto vuestro «Padre que está en los cielos.»

Fijando las miradas y el corazon del hombre hácia los bienes inmutables y eternos, inspirábale una confianza filial en

la Providencia con respecto á los bienes eternos y pasajeros, y lo encaminaba á la noble moderacion de un sér que tiene el destino mas allá de esta vida.—«No andeis afanados buscan-«do qué comeréis, decia: mirad las aves del cielo que no siem-«bran, ni siegan, ni allegan en trojes; y vuestro Padre celes-«tial las alimenta. Pues ¿no sois vosotros mucho mas que ellas? «¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad có-«mo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan; y sin «embargo, yo os digo que ni Salomon con toda su gloria fue «nunca cubierto como uno de estos. Pues si al heno del cam-«po que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste «así, ¿con cuánta mas razon os vestirá á vosotros, hombres de «poca fe? Vuestro Padre conoce vuestras necesidades, y él las «aliviará. Buscad, pues, primeramente su reino y su justicia, «y todo lo demás os será añadido. No querais atesorar tesoros «en la tierra donde orin y polilla los consume, y en donde la-«drones los desentierran y roban; mas atesorad tesoros en el «cielo, en donde no los consume orin ni polilla, ni ladrones «los desentierran ni roban. No andeis cuidadosos por el dia de «mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su «cuidado. Á cada dia le basta su propio afan.»

Rehabilitaba á la mujer, y volvia á colocar el matrimonio sobre sus antiguos cimientos por medio de estas sencillas palabras:—«El esposo y la esposa serán una sola carne: el hom-«bre no puede nunca separar lo que Dios juntó.»

Sacaba á la infancia del olvido y cruel abandono en que se la tenia, y la presentaba como tipo de dos virtudes nuevas, de las cuales no se habia oido hablar hasta entonces, y que confundian todas las ideas recibidas: La *sencillez* y la *humildad*. Llamando á un niño y colocándolo en medio de sus discípulos, que le preguntaban quién es mayor en el reino de los cielos:—«En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis «como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquie-«ra, pues, que se humillare como este niño, este es el mayor «en el reino de los cielos. ¡Ay del que escandalizare á uno de «estos pequeñitos! porque os digo que sus Ángeles ven siem-«pre la cara de mi Padre que está en los cielos.»

Pero va todavía mas léjos: descendiendo hasta el mas abyecto esclavo, lo hacia subir al primer sitio en su reino celestial, que era el término de todos sus discursos; y curaba la inmensa y pestífera plaga de la esclavitud, pronunciando aquellas palabras que han obrado en el mundo una revolucion:—«Sabeis que los príncipes de las naciones las dominan, y que

«los poderosos tratan á sus súbditos con orgullo. No debe su-«ceder lo mismo entre vosotros; porque el que quiera ser el «mayor y el primero, será vuestro esclavo; pues yo mismo no «vine para ser servido, sino para servir y dar mi vida por el «rescate del género humano. Os lo declaro solemnemente: «LOS PRIMEROS SERÁN LOS ÚLTIMOS. EL QUE SE EXALTE SERÁ ABA-«TIDO: EL QUE SE HUMILLE SERÁ ENSALZADO.»

Prescribia la sumision á la autoridad de los Césares, al mismo tiempo que la circunscribia en la sumision á la autoridad mas elevada de Dios, y con una sola palabra echaba los cimientos del derecho público y de la verdadera libertad, que mas adelante debia dar tantos mártires:—«Dad al César lo que «es del César, y á Dios lo que es de Dios... No temais á los que «matan al cuerpo y que ya nada mas pueden hacer. Temed sí «á aquel que despues de haberos quitado la vida, tiene po-«der para arrojaros á los tormentos del infierno. Sí, os lo repi-«to, temed á este último.»

Fortalecia el sentimiento de esta santa libertad por medio del de la igualdad y fraternidad, y convidaba de este modo á todo el género humano al espíritu de familia y de unidad:—«No «apetezcais el ser llamados maestros, porque no hay mas que «un solo maestro, y todos sois hermanos. Á nadie en la tierra le «llameis padre, porque no hay mas que un Padre que está «en los cielos. No permitais que os llamen nunca doctores, «porque no hay mas que un doctor y un maestro, que es el «Cristo.»

Por la primera vez se oia hablar de una virtud, á la cual daba él grande importancia, porque parecia contener el gérmen de todas las demás: era *la fe*.—«Si tuviéseis fe, exclamaba, «podríais decir á una montaña: Trasládate de aquí allá, y al «momento la montaña obedeceria: nada os seria imposible, «aunque vuestra fe fuese tan pequeña como un grano de mos-«taza. El reino de los cielos es semejante á un grano de mos-«taza que siembra el hombre en su campo. Este grano es la «mas pequeña de las semillas, y sin embargo, cuando ha cre-«cido es la mayor de todas las plantas, y llega á ser un árbol «frondoso, y los pájaros del cielo se posan en sus ramas.»—Ponia esta virtud á prueba, sometiendo el espíritu humano á la creencia de muchos misterios, de que él mismo era objeto, principalmente al de que él era el Redentor del género humano, y que su sangre derramada sobre la cruz debia ser el precio de la reconciliacion de la humanidad culpable con la justicia de su Padre.

En su divina moral se daban la mano todas las virtudes, y se apoyaban y sostenian mútuamente por medio de una indisoluble solidaridad. Hé aquí por qué despues de haber predicado la templanza, predicaba la limosna, que es su consecuencia; y para hacer á ésta mas eficaz é inagotable, la quitaba todo motivo humano, y privándola hasta del testimonio de la mano que la distribuye, no le dejaba, por decirlo así, mas móvil que el corazon, ni mas confidente que Dios: —«No hagais «vuestras buenas obras delante de los hombres para que os «vean, de otra manera no tendréis el galardon de vuestro Pa«dre que está en los cielos. Por consiguiente, cuando haceis «limosna, no hagais tocar la trompeta delante de vosotros, «como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, «para ser honrados de los hombres: en verdad os digo que re«cibieron su galardon. Cuando hagais, pues, limosna, no se«pa vuestra izquierda lo que hace vuestra derecha, para que «vuestra limosna sea en oculto, y vuestro Padre que ve en lo «oculto, os premiará.»

Fulminaba rayos de indignacion contra la hipocresía y el orgullo que se cubren con el manto de la Religion, y rodeando á esta última de todo el cortejo de las virtudes sólidas, distinguia de ellas, *sin excluirlas*, todas las prácticas de supererogacion, que son como su corteza, y que son tanto mas saludables y atendibles en cuanto una piedad tierna é ilustrada las emplea para precaverse contra sus propias debilidades y para reanimar su fervor.—«¡Ay de vosotros, escribas y fari«seos hipócritas, que haciendo largas oraciones, devorais las «casas de las viudas! Atais cargas pesadas é insoportables y las «poneis sobre los hombros de los demás, mas ni aun con vues«tro dedo las quereis mover. ¡Ay de vosotros, escribas y fa«riseos hipócritas, que diezmais la yerba buena, y el eneldo, «y el comino, y dejais las cosas que son mas importantes de «la Ley, á saber, la justicia, la misericordia y la fe! Era me«nester hacer esto, *y no dejar lo otro*. ¡Guias ciegos que no «quereis beber sin colar el mosquito, y os tragais el came«llo! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que «limpiais lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estais «llenos de rapiña y de inmundicia!... Serpientes, raza de «víboras, ¿cómo evitaréis el ser arrojados al fuego del infier«no?»

Generalizando este santo y celoso rigor, atacaba el sensualismo, el amor propio, el YO humano, orígen de tantos males, y que tan espantosamente habia llevado sus estragos por toda

la tierra; lo atacaba, repito, interior y exteriormente, por el espíritu de sacrificio y de mortificacion, hasta en sus mas ocultos resortes, y exigia nada menos que el aborrecimiento y la muerte á todo, y aun á su propia persona. Pero médico igualmente compasivo que severo, no heria sino para curar, y como si él hubiese sido el primer enfermo, empezaba por herirse á sí mismo, á fin de darnos con tan grande ejemplo la medida mas absoluta y persuasiva de la necesidad de sus mandatos: —«Cualquiera que querrá venir en pos de mí, decia con fre-«cuencia, es preciso que se renuncie á sí mismo, que lleve su «cruz y me siga. El que querrá salvarse debe antes perderse, «y el que se pierda por amor de mí y del Evangelio, se salva-«rá. ¿Qué le serviria al hombre ganar el mundo entero, si esto «le habia de perjudicar? y habiéndose perdido una vez ¿acaso «no podria rehabilitarse?... Si tu mano ó tu pié te escandali-«za, córtalo, y échalo de tí; si tu ojo te escandaliza, sácalo y «échalo de tí; porque mejor es entrar en la vida con un solo «ojo, que tener dos ojos y ser echado en los fuegos eternos... «Si alguno viene á mí, y no aborrece (relativamente) á su pa-«dre, su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos, y hasta «su *propia vida*, no puede ser mi discípulo. El que quiera sal-«var su vida la perderá, y el que pierda la vida por *mi causa*, «la salvará... La puerta del cielo es angosta. ¡Ay de los ricos «(es decir de los que están muy aficionados á los bienes mun-«danos)! Es mas difícil á un rico entrar en el reino de los cie-«los que á un camello pasar por el ojo de una aguja... Muchos «serán los llamados, pero pocos los elegidos.»

Hé aquí la *faz horrible* del Evangelio de que habla Bossuet; y sin embargo, el que nos la presenta es el mismo que nos dijo antes: *Tomad sobre vosotros mi yugo, y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligera mi carga.* ¿Quién no descubre desde luego el vínculo de esta aparente contradiccion? ¿Quién no vislumbra, al través de todos estos aparatos de sacrificio y de muerte, la libertad y la vida, y sobre todo el amor, el amor divino, encaminado á su verdadero y legítimo foco, á pesar de todos los obstáculos que le habia suscitado su propio extravío? El Evangelio es todo amor.—«Yo «vine á traer el fuego (del amor) á la tierra, y ¿qué he de que-«rer sino que este amor lo abrase todo?»

Por esto, desde que penetró este sentimiento en el corazon, la salud se hizo fácil y rápida, y la faz del Evangelio, de dura y repugnante, se convirtió en amable y tierna: —«Marta, «Marta, tú andas demasiado afanosa, y te tomas demasiado

«cuidado por muchas cosas cuando *una sola* es necesaria, y «María ha escogido la mejor parte... María estaba sentada á «los piés de Jesús oyendo las palabras que salian de su boca.» Aquella puerta del cielo, poco antes tan angosta, se ensancha luego extraordinariamente para dejar libre paso, ¿á quién?... *á los publicanos y á las prostitutas.* — «En verdad os digo, que los «publicanos y las prostitutas os adelantarán en el reino de los «cielos.» Los pecadores forman como la escolta del Salvador, que los reune de todos los caminos extraviados en que se hallan perdidos.—«He venido, decia, á salvar todo lo perdido.» Los admite á última hora como á los *operarios de la viña*, y les da la misma paga que á los que aguantaron todo el peso del dia y del calor. Los espera, y hasta sale á su encuentro con los brazos abiertos, como el padre del *hijo pródigo*. Emprende largos viajes para buscarlos, como el *buen pastor*, que deja sus noventa y nueve ovejas para ir en busca de la fugitiva, y llevarla al rebaño cargada sobre sus hombros. Una sola lágrima de arrepentimiento y de amor basta para hacer de una prostituta una santa, y de un ladron un predestinado. *Se les condonó mucho, porque amaron mucho.* Nada hay perdido para el cielo: todo nos puede facilitar su entrada desde el momento que esté vivificado por la caridad y la fe:—«En verdad os digo, que *un solo va-* «*so de agua fria dado en mi nombre* á uno de los mas miserables, «no quedará sin recompensa.»

En fin, «*amaréis al Señor, vuestro Dios, con todo el corazon,* «*con toda el alma, con todas las fuerzas;* este es el primero y «mas grande mandamiento. El segundo es semejante al pri- «mero: *Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos.*

«En estos dos solos mandamientos está recopilada la Ley y «los Profetas.»

Despues de haber trazado así el cuerpo de su doctrina, queriendo el Cristo dejar impresa en nosotros la persuasion de su divinidad, apela á la mas decisiva de todas las pruebas, LA EXPERIENCIA, y echa, por decirlo así, el guante á la incredulidad:—«El que hiciere la voluntad de mi Padre, conocerá si «mi doctrina procede de él, ó si hablo por mi propia auto- «ridad.»

Para mas facilitarnos esta experiencia nos da un grande ejemplo de amor á Dios y á los hombres, inmolándose por ellos á su justicia, á fin de que, reconciliados por su saludable mediacion, y unidos con él, y por él á su Padre como una familia de hermanos desterrados, podamos repetir juntos esta oracion bajada del cielo para conducirnos á él:

«PADRE NUESTRO, que estás en los cielos;
«Santificado sea el tu nombre;
«Venga á nosotros el tu reino;
«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.
«El pan nuestro de cada dia dánosle hoy,
«Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdo-«namos á nuestros deudores;
«Y no nos dejes caer en la tentacion;
«Mas líbranos de mal. Amen.»

¡Qué moral! ¡Qué doctrina! ¡Qué luz tan divina! ¡Qué santidad y qué gloria para el linaje humano!... Pero ¡qué revolucion en todas las ideas! ¡Qué trastorno en todas las concepciones del humano espíritu! ¡Qué subversion de toda la naturaleza terrestre!... ¡Qué! ¿todos iguales, todos hermanos? ¡El esclavo al igual del señor, el niño en parangon con el filósofo, el publicano al lado del fariseo! ¡Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos! ¡Perdonar las injurias, y perdonarlas siempre; amar á sus enemigos y amarlos tanto como á sí mismo! ¡Humillarse, renunciarse á sí propio, llevar una cruz, morir á todo para poder vivir, perderse para salvarse, abandonarlo todo para todo poseerlo!... Cuando la Sabiduría eterna hizo salir el mundo del cáos, y todos los elementos confundidos se dividieron y se colocaron en el lugar que les estaba designado: la luz en el firmamento, las aguas en el abismo de los mares, el aire en el espacio, y apareció la *árida*, balanceándose sobre su doble polo, radiante de virginidad y lozanía, la Sabiduría eterna no se manifestó mas visiblemente que cuando, bajando á habitar entre nosotros, hizo tambien salir del cáos del espíritu humano el mundo moral, trastornando y disipando nuestras falsas concepciones, colocando en el cielo lo que nosotros habíamos creido propio de la tierra, y precipitando al abismo lo que habíamos divinizado, dando el nombre de felicidad á los males y de desgracia á los bienes; la Sabiduría eterna, repito, se presentó de modo que pareció á todos los mundanos una insigne locura.

En nuestros dias, empero, en que el Evangelio, á fuerza de producir tantos frutos de vida, ha conquistado ya el corazon de tantas naciones y ha extendido sus ramas por toda la tierra, conocemos manifiestamente toda su divina sublimidad, y descubrimos en él una perfeccion absoluta que confunde todos nuestros vanos paliativos de moral y nuestros fantasmas de

legislacion. Su ley es la del amor, y por consiguiente no se para en la superficie sin poder reformar al hombre interior. No contiene solo la mano y deja al corazon sin reforma, sino que es pura en todo, en lo secreto mas aun que en lo visible. Nunca se ve obligada á tolerar nada á causa de la dureza de corazon de los que quieren observarla; porque su primer efecto es ablandar el corazon é infundirle docilidad. Restituye al matrimonio su primitiva institucion y su primera unidad. No regula la venganza; antes al contrario, la prohibe. No prohibe el abuso del juramento; pero lo vuelve inútil, haciendo sinceros á todos los hombres. No solo condena el adulterio; anatematiza hasta su deseo. Borra la diferencia entre el amigo y el enemigo, haciendo que entrambos se amen, y junta la distancia que hay entre el esclavo y el dueño, dándoles un Señor comun á los dos. No reprime los deseos de la concupiscencia, sino que extingue y aniquila su fuente. No habla nunca de recompensas temporales; al revés, nos aconseja dejarlo todo para tener entrada franca en el cielo. En una palabra, conviérte á los hombres, y renueva la faz de la tierra.

CAPÍTULO III.

DIVINIDAD DE LA MORAL EVANGÉLICA.

§ I.

«En moral, *solo* el Evangelio es siempre seguro, siempre ver«dadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo... La «inteligencia nos dice que conviene á los hombres observar «sus preceptos, PERO QUE NO ESTABA Á SU ALCANCE EL DESCUBRIR«LOS [1]. »

Estas palabras del filósofo de Ginebra encierran una verdad muy exacta.

I. En efecto, por poco aficionados que seamos á la belleza moral, es imposible que no nos enamore lo que tiene *de absoluto* la perfeccion de la moral del Evangelio. Esta es su señal característica, y esta señal es la de todas las obras de Dios.

Los hombres nada pueden hacer que no sea relativo, contingente y finito. Con frecuencia han procurado crear sistemas

[1] J. J. Rousseau, *Cartas de la Montaña*, pág. 30, 86, 87.

de moral y de legislacion, en lo cual han dado muestras de su fecundidad; pero si se examinan todos esos sistemas, no encontrarémos ni uno solo, que para obtener un bien cualquiera, á veces quimérico, no consagre males reales, y aun que algunas veces no los haga nacer donde no los habia. No encontraréis uno solo cuya utilidad no se halle limitada á circunstancias de tiempo, de lugar, de personas, y que fuera de estas circunstancias no sea un mal, con frecuencia mayor que el que se proponia reparar. Los hombres no pueden hacer entera abstraccion del mal en sus obras, porque llevan su gérmen dentro de sí mismos, y lo mas que pueden hacer es mudarlo de sitio; su divisa es: *Minima in malis.*

Si hay, pues, un sistema de moral *absolutamente* perfecto, que satisfaciendo todas las necesidades morales de la especie humana corrija todos los vicios sin transigir con ninguno, y que sea igualmente bueno para todos los tiempos, todos los lugares, todos los hombres y todos los mundos reales y posibles, y cuyo explendor é importancia no se debiliten ni aun en el cielo ni en el seno de la Divinidad, en una palabra, que sea perfecto como la misma perfeccion y absoluto como la verdad; si encontramos este sistema y lo ponemos en práctica, habrémos salido de la esfera de las concepciones humanas, y habrémos infaliblemente dado con la obra de Dios.

Pues bien, esto es el Evangelio.

II. Estas primeras reflexiones pueden, en nuestro concepto, convencer á todos los talentos dispuestos á la meditacion y que poseen el profundo sentido de lo verdadero. Hay otros, empero, que necesitan largos y detenidos raciocinios, y para ellos vamos á exponer una forma mas demostrativa.

La propiedad de la moral absoluta y verdadera, como es la del Evangelio, es estar siempre en oposicion radical con el mal moral que pretende extirpar.

Es por lo tanto contradictorio que el *objeto* de este mal moral pueda ser el *autor* de aquella moral.

El mal moral á que el hombre se halla sujeto es esa ignorancia y ese disgusto del bien soberano, que constituyen el fondo de nuestra naturaleza degradada. La moral evangélica está cimentada en el conocimiento perfecto y en el amor absoluto del soberano bien. Es, pues, contradictorio, repetimos, que de un abismo de ignorancia y disgusto del soberano bien, como es el hombre, hayan podido salir el conocimiento perfecto y el amor absoluto del bien soberano, como es el Evangelio.

Con razon se ha dicho, que si los hombres hubiesen formado el Evangelio, seria enteramente distinto de lo que es, y nosotros añadimos, que si lo hubiesen formado tal como es actualmente, no serian hombres, es decir, expuestos á ser presa del mal moral, y que en este último caso el mismo Evangelio seria sustancialmente defectuoso, pues supondria en los hombres un mal moral que no existia.

Estudiad atentamente toda la fuerza de este raciocinio: El Evangelio es un conjunto de preceptos rigurosos para inclinar el hombre al soberano bien; por consiguiente, una de dos: ó el hombre está exento del mal moral, y en este caso el Evangelio es absurdo, como lo seria un remedio violento administrado á un hombre en completa salud; ó el Evangelio no es absurdo, y en tal caso el hombre puede ser presa del mal moral, y por consecuencia incapaz de haber concebido el Evangelio; de manera que de la sola concesion de que el Evangelio no es absurdo debemos necesariamente inferir que es divino: no hay medio.

Es esto tan exacto, que al principio de su aparicion en el mundo fue el Evangelio tratado como una locura. Se negaba su divinidad, disputándole la racionalidad, y esto era justo mirado desde el punto de vista en que el Evangelio y el hombre se hallaban colocados: en términos que los Apóstoles, condescendiendo con la locura del siglo y para no irritarla, consintieron en llamar á la sublime Sabiduría *necedad*, STULTITIA. ¡Lógica terrible que da una idea de cuán incapaz era el hombre de inventar el Evangelio! Habia desconocido al mal hasta el punto de colocarlo en el lugar del soberano bien, hasta el punto de divinizarlo; y no nos referimos solo á la idolatría exterior, sino á esta otra idolatría interior del YO humano, que constituia la esencia de todas las filosofías. Era, pues, lógico que el hombre, léjos de poder encontrar una moral fundada en el conocimiento y el amor del soberano bien, como la del Evangelio, no la comprendiese en mucho tiempo, se le resistiese y hasta la negase como contraria á su razon, se burlase de ella como de una irrision y una locura, y se rebelase para destruirla, como un frenético que no se quiere someter al tratamiento que el facultativo ha dictado. Esto es puntualmente lo que sucedió, segun nos enseña la historia, y esto es cabalmente lo que prueba mejor que todos los raciocinios que el Evangelio es sobrenatural.

Lo que en este particular nos ilusiona es que, medio ilustrados por el Evangelio acerca de nuestro estado, y bastante

curados por él para conocer que tenemos necesidad de serlo, deducimos de este conocimiento, que hemos podido hasta cierto punto encontrar el remedio, y que este no es mas que el fruto de una razon mas superior, aunque humana.

Este raciocinio implícito, que constituye el núcleo y como la levadura de nuestro escepticismo, es tan falso como injusto. Esto seria hacer la guerra á Dios con sus dones; porque ese limitado conocimiento de nuestros males que nos obliga á confesar la sabiduría del Evangelio, es fruto y resultado del Evangelio mismo, y por consiguiente las ideas y beneficios que de su divinidad hemos recibido nos sirven, como dijimos ya, para impugnarlo y combatirlo. Volvamos las cosas á su respectivo lugar; restituyamos al Evangelio cuanto de él hemos recibido, y volverémos á caer en un estado que, respecto de él, no nos será ya posible el escepticismo, y nos verémos en la necesidad de rechazarlo completamente ó de adorarlo con todo nuestro corazon.

III. Pero este importante asunto exige un exámen mas detenido. Pasemos de la síntesis al análisis, y busquemos en el corazon del Evangelio el divino gérmen para verlo desarrollarse luego en inmensos resultados.

Recordemos primeramente, en pocas palabras, la historia del mal moral, cuyas pruebas hemos aducido en la primera parte de nuestros *Estudios*.

En el principio, la naturaleza humana, criada buena y recta, permanecia adherida á su verdadero bien, que es Dios, por el uso regular de su voluntad. Pero por un abuso,—cuya posibilidad era necesaria consecuencia de aquella misma libertad,—el hombre se apartó de su fin supremo por considerarse y creerse á sí mismo independiente de su principio. Era satélite de la Divinidad, y quiso hacerse á sí propio su centro; pero desde este fatal momento, como un astro salido de su órbita, se separó de Dios y cayó en sí mismo, y de sí mismo en las demás criaturas. En aquella caida perdió el gusto y el conocimiento del bien soberano, ó por mejor decir, aquella pérdida fue su misma caida. Sin embargo, al perder el conocimiento y el gusto, no perdió la capacidad, ni la necesidad; y de ahí esa sed devoradora, aunque sin objeto determinado, de verdad y de amor, que le atormenta incesantemente y hace que atormente á todos los demás séres finitos como él, para obtener una felicidad infinita, que está en razon inversa de su naturaleza; de ahí ese círculo de errores y desórdenes en que la

humanidad está siempre girando, sin que le sea posible salir de él, *por sus propias fuerzas*, pues le faltan para esto dos elementos esenciales que perdió: el conocimiento y el gusto de Dios.

Es curioso y triste al mismo tiempo observar los reiterados esfuerzos de la filosofía antigua para salir de este laberinto. Las distintas sectas de esta filosofía se repartieron el trabajo de encontrarle una salida: cada una por su parte y por diferente camino procuró descubrir el bien soberano; pero todas concluian por volver á encontrarse en su primer punto de partida, que es el YO humano, causa de nuestro extravío.

Es efectivamente notable que todas las escuelas filosóficas limitasen el hombre á sí mismo. Aquella felicidad, que Sócrates y Zenon colocaban en una virtud indefinida, aspiraba solo á la tranquilidad del alma. Epicuro, que cifraba la felicidad en el deleite, lo sacrificaba todo á la soberana independencia de los accidentes de la vida que en él creia encontrar. Pirron queria sustraer el hombre al yugo de las opiniones para librarlo de la sujecion á toda especie de deberes, y esta libertad, que entrega el alma al puro instinto, le parecia la fuente de la suprema felicidad. El mismo Epicteto, el severo Epicteto, que circunscribe los deseos en el círculo de las mas mezquinas esperanzas, hace consistir su felicidad en una vana posesion de sí mismo, mas bien exenta de penas que abundante en placeres: El sabio es invulnerable, decia; no puede ser desgraciado por mas infortunios que le sucedan, porque él mismo es su felicidad [1]. Hé aquí á lo mas que llegó la humana sabiduría: reducirlo todo al bien particular, encerrar al hombre dentro de sí mismo, y alimentarlo de su propia indigencia.

Pero ¿cómo podia suceder de otra manera? No conociendo ni viendo el hombre mas que á sí mismo y á las criaturas, todo lo mas que podia hacer era desprenderse de estas y elevarse un poco, pero para volver á caer necesariamente sobre sí mismo, porque él era para sí su soberano y último bien. No se crea que en sí mismo encontrase su deseado reposo; léjos de esto, aquel estado era el mas intolerable, y hé aquí la causa por que con frecuencia se salia de él y se derramaba en el amor

[1] «Esto es tomar un tono demasiado alto, exclama Bossuet, para los hombres débiles y mortales. Pero ¡oh máximas verdaderamente pomposas! ¡oh afectada insensibilidad! ¡oh falsa é imaginaria sabiduría, que se cree fuerte porque es dura, y generosa porque es hinchada!» *(Sermon sobre la Providencia)*.

Véanse igualmente en el segundo volúmen de los *Ensayos de moral* de Nicole, *Réflexions sur le traité de la brièvité de la vie de Sénèque, où l'on voit l'usage que l'on doit faire des écrits des philosophes paiens*. Este trozo es de un gran moralista.

de las demás criaturas, que al menos engañaban su impaciencia con su inconstancia, y adormecian su inquietud enviléciéndolo.

En uno de esos presentimientos de la verdad cristiana, cuyos rayos, como hemos visto, le habian necesariamente herido, segun en otra parte hemos manifestado, exclama el filósofo Séneca: *¡Cuán vil y abyecto es el hombre, si no se eleva sobre la humanidad!* Montaigne al recordar estas palabras las califica de absurdas, y descubre en ellas la confesion de la necesidad de un socorro divino: «Hé aquí una expresion admirable «y un útil deseo, pero igualmente absurdos los dos; porque si «es monstruoso é imposible querer abarcar con la mano mas «de lo que consiente el puño, abrazar cosas mas extensas que «el brazo, ó saltar otras mayores que la abertura de las pier«nas, mas lo es aun que el hombre pretenda hacerse superior «á sí mismo y á la humanidad, supuesto que no puede ver si«no por sus ojos ni apoderarse mas que de lo que esté á su al«cance. El hombre se elevará si Dios le da *extraordinariamente* «la mano, si abandona y renuncia á sus propios medios, y se «deja ayudar y conducir por medios *puramente celestiales* [1].»

No habia, pues, mas que una sabiduría superior al hombre, que pudiese venir á socorrerlo y arrancarlo no solo de su apego á las criaturas, sino á sí mismo, á su YO, y reconducirlo á su último fin; no habia mas que una sabiduría, que pudiese enseñarle que para salvarse era preciso que se perdiera aparentemente y muriese para sí mismo; no habia mas que una sabiduría, en fin, que hiciese suceder, ó mas bien concurrir con ese anonadamiento el conocimiento y el gusto del bien verdadero, para atraer el hombre é inclinarlo á que dejara los falsos bienes y se dejara á sí mismo, y de hacerlo renacer en Dios á la vida verdadera á medida que fuese abandonando la vida estéril y corrompida cuyo principio llevaba en su corazon.

Esta transformacion, que supone necesariamente una accion exterior, ó mas bien superior á la humanidad, fue la que el Cristo vino á efectuar sobre la tierra por medio de su *moral*, predicando la mortificacion y el amor de Dios; por medio de sus *dogmas*, dándonos á conocer lo que Dios queria que amásemos, y por medio de su *gracia*, inspirándonos ese mismo amor en proporcion de nuestra docilidad para conocerle y seguirle renunciándonos á nosotros mismos. Estas tres cosas son inseparables en la doctrina cristiana, y conviene considerarlas siempre bajo un solo punto de vista.

[1] *Ensayos*, lib. II, cap. 12.

Ocupándonos actualmente solo de la moral, nos concretamos á decir que no habia mas que una sabiduría superior al hombre, que pudiese enseñarle que, para salvarse, era preciso empezar por aborrecerse, y que pudiese pronunciar estas palabras: *¡Bienaventurados los que lloran!* etc.

Nunca hubiera podido el hombre por sí solo imaginar estos caminos para llegar á la bienaventuranza, porque la entrada en estos caminos se hallaba obstruida y defendida por el instinto de su conservacion propia. Esta era la única salida del laberinto, y era imposible que el hombre la encontrara, pues todos sus esfuerzos tenian directamente por objeto el evitarla.

La solemne RENUNCIA de todo y hasta de sí mismo en vista del amor de Dios, es decir, el SACRIFICIO; hé aquí, pues, el principio evangélico, y como el *divino gérmen* de toda su moral. Pero aun se halla mas particularmente compendiado en aquellas palabras del Evangelio, que no han podido salir de ninguna boca humana: EL QUE QUIERA VENIR EN POS DE MÍ, RENÚNCIESE Á SÍ MISMO, LLEVE SU CRUZ TODOS LOS DIAS, Y SÍGAME. QUIEN QUIERA SALVAR SU VIDA, DEBE ANTES PERDERLA; Y EL QUE PIERDA SU VIDA POR MI AMOR, LA SALVARÁ.

Pero si la divinidad de este principio se manifiesta así en su gérmen, resplandece aun mucho mas en su desarrollo y aplicacion. En él toman orígen todos los desenvolvimientos morales á que el hombre puede aspirar. Él es el alma de todas sus relaciones y el que los restablece en su lugar en presencia de todo. Él es, en una palabra, la verdadera ley de la restauracion y del progreso de la humanidad.

Una materia tan extensa exige un párrafo especial.

§ II.

El hombre se halla naturalmente colocado enfrente de cuatro objetos principales: — 1.° Dios, — 2.° sus deberes, — 3.° los hombres, — 4.° él mismo.

Vamos á considerar la divina excelencia del principio evangélico bajo estos cuatro puntos de vista.

I. Con relacion á Dios.

Hay en la doctrina evangélica una palabra, que es para el mundo objeto de burla y muchas veces de terror: esta palabra es la MORTIFICACION. Parecerá, por consiguiente, una paradoja decir que no hay palabra mas amable, mas suave, mas tierna, y añadir, sobre todo, que no hay ninguna mas experi-

mentalmente conocida en el mismo mundo. Pues bien, todos estos enigmas quedarán explicados haciendo observar que en el sentido evangélico la palabra MORTIFICACION es inseparable y como sinónima de la de AMOR.

Efectivamente, el amor importa el *desamor* de todo lo que es contrario á su objeto; y aun no existiendo nada contrario á su objeto, la abnegacion, la expansion y la tendencia de la persona que ama para confundirse con el objeto amado, y vivir solo de su vida, constituirian ese *desamor propio* relativo, que no es otra cosa que la renuncia, la muerte de sí mismo, es decir, la *mortificacion*. —*Amar es dar la vida por sus amigos,* dijo Jesucristo, que tantos derechos tenia á definir el amor: en otra parte de los Libros sagrados hay tambien estas otras palabras: *El amor es fuerte como la muerte*, FORTIS UT MORS DILECTIO [1].

Hé aquí un pasaje de san Francisco de Sales que completa nuestro pensamiento:

«Hablando Platon del amor, dijo que era pobre, andrajoso, «desnudo, descalzo, cautivo, sin casa ni hogar, durmiendo al «sereno sobre el duro suelo, viviendo á la puerta de las ca«sas, y siempre indigente. Es pobre, porque lo deja todo por «el objeto amado; no tiene casa, porque hace salir al alma de «su domicilio para ir siempre en seguimiento del amado; vive «como un mendigo puesto á las puertas de las casas, porque «el que ama está sin cesar pendiente de las miradas y pala«bras de la persona amada, y siempre arrimado á sus oidos «para pedirle favores, de que no se ve nunca satisfecho. Y en «fin, su destino es vivir siempre en la indigencia; porque si «alguna vez se ve satisfecho, ya no hay ardor, y por lo mis«mo ya no hay amor. Sé muy bien, ó Teótimo, que Platon ha«blaba así del amor abyecto, vil y cautivo de los mundanos, «pero no del amor celestial y divino, en el cual se encuentran «todas las verdaderas propiedades del amor [2].»

Tal es, pues, la relacion que existe entre la mortificacion y el verdadero amor, que no puede definirse el uno sin definir la otra.

Establecido este precedente, y siendo Dios fuente y océano de todas las perfecciones, soberanamente digno de ser amado, como dijimos ya en el capítulo sobre *la religion natural*, pre-

[1] «El amor es fuerte como la muerte, y el celo del amor es inflexible como el infier«no. Cuando un hombre hubiere dado todas las riquezas de su casa por el amor, las des«preciaria como si nada hubiese dado.» (*Cant.* VIII, 6).

[2] *Tratado del amor de Dios*, lib. VI, cap. 15.

ferir á él cualquiera cosa, y sobre todo preferirnos nosotros mismos, es no amarle. Es, pues, necesario que nuestro amor por él sea tal que cualquiera otro amor le ceda el lugar en nuestro corazon. Es necesario que nuestro corazon se desprenda de todo, en una palabra, que muera á toda aficion exclusiva, para unirse con preferencia á él. Este es el principio de la mortificacion cristiana: en esto consiste el amor de Dios *práctico*, es decir, el primer principio de la religion natural *realizado*.

Fuera del Cristianismo, y en los multiplicados sistemas religiosos ó filosóficos que han tenido dividida á la humanidad, nunca fue conocido este principio, porque ó se ofrecian á la divinidad sacrificios exteriores y actos de mortificacion material, que no interesaban al corazon, lo cual era una pura supersticion, ó se entregaban los hombres á un amor especulativo del bien soberano, que se evaporaba en teorías, y terminaba en el goce de sí propio, porque le faltaba el desapego á todo lo que es incompatible con su naturaleza. Todo procedia de la ignorancia y de la flaqueza natural de la humanidad.

Solo el Evangelio podia hacer desaparecer esta discordancia, uniendo el principio de la mortificacion al del amor. El Evangelio fue, por decirlo así, el que fundió aquellos dos principios en uno solo, y por este medio echó un puente sobre el abismo, y nos volvió á poner en contacto con la primera de todas las verdades.

Conviene, pues, no equivocarnos acerca del principio de la mortificacion evangélica; conviene no considerar á la humanidad como un gran culpable, recibiendo sobre el cadalso los golpes de una justicia inexorable que nada es capaz de ablandar, y al cristiano como un esclavo que se humilla á la vista de los azotes, y se castiga á sí mismo delante de su dueño. Esto seria caer en un ascetismo exagerado, que sublevaria justamente á toda la naturaleza. Pero es preciso no hacerse ilusiones: el amor de Dios, primer principio de la Religion verdadera, está erizado de obstáculos dentro y fuera de nosotros mismos, porque degradados como nos hallamos, nacemos en un estado contrario á este amor. Es preciso no disimularnos este lado severo del Evangelio, y persuadirnos que no se puede eludir, aun entregándose á una delectacion imaginaria y superficial, sin consecuencia y sin moralidad, la cual desecharíamos, si nuestros amigos hiciesen consistir en ella la amistad que nos profesan. Esto seria caer en el quietismo, error no menos peligroso que el primero.

Si el hombre se hubiera mantenido en el estado normal, habria amado á Dios sin esfuerzo, naturalmente, así como ama ahora los honores, los placeres, las sensualidades; y en semejante estado no hubiera comprendido cómo era posible amar todas esas cosas groseras y transitorias, que ahora no sabe comprender cómo puedan abandonarse, para amar solo á Dios. Pero desde que el hombre perdió á Dios se entregó á ellas con avidez, y por un instinto imperecedero de su primitivo destino les transfirió todos los atributos del mismo Dios. Aunque sea con la sola ayuda de la razon, ¿puede imaginarse mayor y mas insigne desvarío? Sin embargo, la pendiente por donde somos arrastrados es tal, que es necesario resistirnos á nosotros mismos y hacernos superiores á la razon si queremos conocer que estamos deslizándonos por ella. En tan deplorable estado ¿qué se necesita, pues, para volver á entrar en órden y razon, sino dejarlo todo para encaminarnos á Dios, del mismo modo que habiamos abandonado á Dios para darnos á todo lo demás? Tal vez nos costará mucho este sacrificio, porque en medio de nuestra ignorancia y depravacion no conocemos ni nos gustan mas que esas cosas que debemos dejar, y Dios se nos figura una abstraccion quimérica; pero si pudimos perder el gusto de complacernos en Dios abandonándolo todo para entregarnos á esas indignidades, ¿no debemos esperar que perderémos el gusto de complacernos en esas indignidades, abandonándolas para entregarnos á Dios? En verdad que entre nuestra caida y nuestra rehabilitacion hay la diferencia de que esta tiene contra sí el peso de nuestra naturaleza corrompida; pero precisamente el mismo Dios descendió hasta nosotros, en la persona de Jesucristo, para levantarnos por medio de su gracia y darnos aquí en la tierra la fruicion anticipada de Dios, gusto que se va desarrollando y aumentando á medida que es mayor nuestro desapego de las criaturas, el cual debe ser el primero, ó al menos corresponder con fidelidad á los auxilios de la *gracia*, porque nada puede obrarse en el hombre sin la cooperacion de su libertad.

El principio de la renuncia de sí mismo y de la mortificacion es, pues, el principio esencialmente generador del amor de Dios con el cual se confunde, y el primer móvil de nuestra restauracion y de nuestro progreso hácia ese supremo fin de nuestro destino. Nada puede hacerse, ni nada puede concebirse sin esto: debemos, si nos es lícito hablar así, empezar por *desencantarnos*.

Observad bien todo el rigor y al mismo tiempo toda la sabi-

duría de esta ley. No se limita á romper los lazos que nos unen exteriormente á las criaturas dejándonos en seguida abandonados á nosotros mismos, lo cual seria una superstición vana é inconsecuente, porque no son nuestros bienes lo que Dios quiere, ni se satisface con víctimas groseras. Su ley es *espíritu y verdad*. Exige que nos demos enteros á él, que le entreguemos nuestro espíritu y nuestro corazon, á fin de que seamos felices y le glorifiquemos. Sacrificarlo todo sin sacrificarnos nosotros mismos, seria no sacrificar nada, seria reservarnos el centro de nuestras posesiones y como la mayor fortificacion de la plaza. El Evangelio condena mucho mas enérgicamente esa adhesion farisáica de nuestras personas á sí mismas, que todos los extravíos y expansiones exteriores. Por esto (admiremos la fuerza de los argumentos evangélicos) no exige el Evangelio el sacrificio *material y efectivo* de nuestros bienes y afecciones legítimas, sino el desapego *moral*, el desinterés *interior y espiritual*. No quiere cambiar mas que el corazon. Llama bienaventurados á los pobres de *espíritu*. Si ensalza la suerte de los pobres y desgraciados, no es porque la pobreza y el infortunio puedan por sí solos llevarnos al cielo, sino porque en semejante estado el desapego interior es mas fácil porque les basta la pura aquiescencia. Igualmente si clama contra los ricos, no es porque son ricos, sino porque siendo ricos les es mas difícil sentir y pensar como si no lo fueran. El sentimiento y el pensamiento, el corazon y el espíritu; hé aquí lo que quiere el Dios del Evangelio, á diferencia de todos los dioses falsos.

Es verdad que no es esto poco: al contrario, en esto consiste y se halla compendiado todo; pero precisamente porque es el todo, los hombres no lo hubieran nunca sacrificado; de modo, que podemos decir que el Evangelio, que lo reclama, no puede dejar de ser divino. Pero si la exigencia de este sacrificio procede de Dios, su rigor no consiste mas que en nosotros, en nuestra degradacion que es efecto del abuso de un don de Dios: la libertad. Lo que procede de Dios es el conocimiento que ha querido infundirnos de sus perfecciones despues de nuestra degradacion, en cuyo conocimiento se hallan vinculados los auxilios que nos ha dado para volver á él: lo que procede de Dios es el querer volver á recibirnos y el haber él mismo suavizado por medio de la uncion de su *gracia* el sacrificio de nuestros falsos bienes. Esta es la razon por que si este paso es penoso de una parte, de otra es inefablemente suave; participa de los dos estados que se suceden, y que luchan entre

sí con mas ó menos ventaja, segun que nuestra voluntad corresponde mas ó menos á los auxilios que se nos dan, los cuales nos están esperando á la entrada de nuestro corazon para coincidir con nuestro sacrificio. Así se explican todos aquellos pasajes del Evangelio en que su divino Autor no habla nunca de rigor y de mortificacion sin hablar al mismo tiempo de suavidad y de vida.—«Tomad sobre vosotros mi *yugo*, dice, y... ha«llaréis el *descanso* de vuestras almas; porque mi *yugo es suave* «y *mi peso ligero.*»—¡Extraña oposicion! ¡Un *yugo que descansa!* Sí, porque nos libra de todos los yugos. ¡Un *yugo suave!* Sí, porque es el yugo del amor [1]. En el amor de Dios se halla, en efecto, la vida que se creia haber perdido por la mortificacion, pero una *vida eterna*, una vida completa, libre, profundamente tranquila, y no obstante siempre ardiente y fervorosa. En él se hallan hasta los bienes y afecciones de la vida presente, y solo se encuentran cambiados el principio y la naturaleza de nuestra aficion por ellos. Ya no se posee nada en sí mismo sino en Dios, á quien todo se ofrece, y se goza de todo en la medida de su verdadero valor, de su valor comparativo con aquel bien supremo que todo lo domina, lo ennoblece, y nos proporciona los goces verdaderos compensándonos abundantemente de su privacion.

Hé aquí la teoría del amor de Dios, es decir, del principio evangélico de la mortificacion con relacion á Dios. Por este medio entra el hombre á ocupar su lugar cara á cara con su primer principio, rindiéndole el mas perfecto homenaje que puede ofrecerle una naturaleza caida, homenaje de expiacion, de penitencia y de amor. Si hay alguna religion verdadera, racional y divina (y es forzoso que haya una), seguramente es la que ofrece á Dios en holocausto el mismo corazon del hombre, y con él toda la creacion que se le reasume por medio del sentimiento y del pensamiento, y de la cual es como el recipiente. Este es el verdadero culto *en espíritu y en verdad* de la religion natural, que vino el Cristianismo á realizar sobre la tierra, purgándola de todas las supersticiones que la manchaban.

II. Examinemos ahora la excelencia *absoluta* (es decir, *divina*) del principio evangélico con relacion á nuestros *deberes*. Segun la moral humana, el criterio de la virtud y del deber está fundado en el interior de nosotros mismos, y en lo que

[1] *Onus sine onere portat*, dice admirablemente el libro de La Imitacion de Cristo, hablando del amor.

nos rodea inmediatamente: la estimacion pública, nuestra propia estimacion. Así es como su objeto determinante es nuestra posesion y nuestra tranquilidad personal, es decir, el interés y el amor bien entendidos de nosotros mismos. Esto es tan exacto, que si pudiésemos gozar de la estimacion pública y tener la conciencia tranquila, prescindiendo de las fatigas de la virtud, obraríamos el mal sin advertirlo.

Creemos poder decir que el menor de los inconvenientes de esta moral es el ser estacionaria, el ser su tendencia retrógrada, y el que para muchos es juguete en vez de ser freno de sus pasiones.

De hecho, la delicadeza de la conciencia se altera á medida que se la hiere. Como la sensitiva, re retira al contacto de un cuerpo extraño. La delicadeza de la conciencia no es solo la raíz de la virtud, sino la flor; si obra sobre nuestra conducta, nuestra conducta obra á su vez sobre ella, la modifica, la doblega, la falsea, y algunas veces hasta la sofoca. De aquí se sigue que el *sentimiento moral* se halla embotado en tan gran número de personas, y no es raro encontrar algunos que lo perdieron enteramente, y que, segun la enérgica expresion de la Escritura, *beben la iniquidad como el agua*. Por lo que hace á la opinion pública, basta observar que es un compuesto de esas conciencias mas ó menos viciadas, para que conozcamos toda su insuficiencia. Tiene mil sesgos, mil matices que favorecen á las pasiones y les permiten evitar su censura: es esencialmente múltiple y variable, y desacredita su severidad con sus caprichos, de manera que algunas veces es mas prudente librarse de ella que sometérsele.

Estas son, no obstante, las bases de la moralidad humana: moral por lo mismo esencialmente incierta, limitada y flotante, como sus bases. Y ¿cómo podria ser de otro modo? El punto de apoyo del deber está tomado en el *objeto* ó en el deber mismo, y la regla para juzgar depende del capricho del observador.

¿Se dirá, quizá, que el sentimiento de nuestra dignidad, que ese bienestar y esa satisfaccion interior que nos proporcionan la virtud y la estimacion de nuestros semejantes, pueden hacer contrapeso á las pasiones y contenernos en la línea del deber? Nosotros decimos que esto no es posible mas que para un pequeño número, y hasta un punto determinado. En efecto, todas estas consideraciones, como dijimos ya, se resumen en una sola y única: *el interés*, es decir, la cosa del mundo acerca de la cual estamos mas expuestos á hacernos ilusion, y que

en sí misma nada tiene de moralmente obligatorio. El *interés* es tambien el móvil de las pasiones, con la inmensa diferencia que es el primero que se presenta, y lo hace con caractéres seductores y sensibles, y el deber es el último, y parece disminuido y como absorbido por la sujecion y la violencia que le preceden.

De aquí resulta que aparte las grandes faltas contra las cuales la conciencia y la opinion reclaman muy fuertemente, hay una multitud de infracciones de la ley moral, por las cuales pasamos ligeramente, porque calculado todo, nos perjudicaria mas que nos aprovecharia el abstenernos de ellas. La opinion pública no nos agradeceria nunca nuestros esfuerzos, y nuestra propia conciencia no lograria sino tener pruebas ocultas para presentarla. Á mas de que, ¿qué importa todo, con tal que nuestra reputacion no quede lastimada y que nuestra conciencia no nos moleste mucho? ¿No es este nuestro único objeto? Á cualquiera le es permitido entender á su manera su interés y su felicidad. Es un negocio de cálculo: si uno se equivoca es por torpeza; y como el primer aspecto del deber parece turbar la felicidad, aquella torpeza será frecuente, y la tendencia general será de caer muchas veces en ella.

No hablamos mas que de la abstinencia del mal: ¿qué sucederá hablando de esa marcha ascendente hácia el bien, y de ese mejoramiento siempre creciente de la moralidad que constituyen la virtud verdadera? Ciertamente que es mucho limitarnos á lo que se halla rigorosamente prescrito; pero esta misma línea de lo que está prescrito será siempre variable *bajo este respecto*, segun el interés ó la pasion del momento.

Hé aquí la moral humana. Lo que nos impide conocer toda su impotencia es que esta moralidad nunca anda sola, y que como una planta parásita se arrima al tronco de la moral evangélica, plantado en medio de la sociedad, y se alimenta de su sustancia. Sin esto la sociedad pereceria, y no tardaríamos en volver á presenciar las grandes saturnales á que se entregaba la humanidad antes de la venida de Jesucristo.

¡Cuán distinta es la moral evangélica!

En esta moral, el tipo del deber no está en nosotros, ni en torno nuestro, esto es, en nada mudable y contingente, sino fuera de nosotros, fuera de este mundo, en lo inmutable y absoluto por esencia, en Dios. El deber es Dios. Por esto no es una abstraccion que se confunde con nuestra conciencia y que depende de ella, como esta depende en seguida de nuestra voluntad. Es una personalidad esencialmente distinta de nuestra

voluntad y de nuestra conciencia, y es regla inflexible de entrambas. La conciencia y los juicios humanos son á sus ojos reputados imperfectos, viciados, enfermos, y los dirige incesantemente á su tipo soberano manifestado á la tierra, en palabra y en ejemplo, por la revelacion del Cristo, y conservado intacto durante el curso de los siglos en la divina institucion de la Iglesia. No quiere entrar en competencia con las pasiones, ofreciéndonos, como ellas, por premio de la virtud nuestro bienestar acá en la tierra, sino que aplaza este premio para cuando lleguemos á otro mundo mejor, haciendo en el presente del deber una ley fundada del deber mismo: y á fin de tenernos siempre dispuestos contra sus obstáculos, hace del desapego y de la mortificacion una ley prévia, no dejándonos ni un instante para soltar las armas de la mano y descansar, como á soldados que se les tiene siempre ocupados en ejercicios esperando al enemigo. Pero al mismo tiempo nos da en secreto lo que no nos habia prometido, infundiendo en nuestra alma un gusto anticipado de la paz celestial, mas delicioso que el gusto actual de los bienes perecederos, sosteniendo así nuestro valor sin comprometer nuestro desinterés. En fin, nos alienta é inflama en el deber y en todos los sacrificios que en sí envuelve, por medio de un sentimiento, cuya propiedad es vivir de sacrificios: esto es el amor, el amor de Dios, en el cual se contiene y de donde procede todo deber, sin ningun respeto á nosotros mismos, y prescindiendo de todas las cosas criadas. Tales son los motivos de la moral cristiana: «La ley del deber «es su fundamento, dice un filósofo de nuestros dias, ley san«ta, que los cristianos llaman amor de Dios, porque siendo su «Dios el bien por esencia, obedecer al deber, amar al deber, «es obedecer á Dios y amarlo con preferencia á todas las cria«turas [1].»

Bajo el influjo de estas ideas sostenidas por el dogma y vivificadas por la *gracia*, el alma del cristiano se eleva hácia su verdadero destino: cuando ha satisfecho á todo el rigor del deber, segun las exigencias de la opinion y de la conciencia, hasta el punto mas perfecto á que muy pocas veces llega la moral humana, se vanagloria y descansa enteramente gastada, entonces lo toma en sus brazos la moral del Evangelio y lo eleva infinitamente mas. Empieza por hacerle despreciar el YO humano y el aplauso de los hombres, en que se cifra el último fin de nuestras virtudes, y separándolo de todas estas cosas, lo atrae, y lo conduce en alas del divino amor hasta el ideal de

[1] Julio Simon, *Introduccion á las obras de Malebranche*, pág. 21.

una perfeccion, cuyo término se remonta hasta el infinito, ó mas bien que no tiene término, porque es la misma perfeccion de Dios:—«Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.» —Cuanto haga el cristiano, nada es hasta que haya llegado á este término de su carrera; y como este término no se alcanza jamás, porque continuamente se va alejando, cree él que nada ha hecho, por mucho que haya trabajado. Todo desaparece á su vista, ni siquiera repara en sí mismo; continuamente empujado hácia adelante, olvida todo lo que va dejando atrás, y corre con todas sus fuerzas fuera de sí hácia la perfeccion soberana. En esta admirable posicion representa san Pablo á la virtud cristiana: *Quæ quidem retro sunt obliviscens, ad ea quæ sunt priora extendens me ipsum*[1].

Pero lo que este divino sistema tiene de mas característico es que los mismos obstáculos se convierten en medios de facilidad. En todas las cosas el deber lleva en sí violencias, disgustos, privaciones y sacrificios; de modo que el deber es el verdadero campo de la abnegacion ó del amor, primera ley del cristiano, y de esta manera todo lo que impide á los hombres el llenar sus deberes desaparece por sí mismo, ó mas bien se cambia en nuevos motivos para practicarlos. Además de la conformidad á la ley del deber, encuentra, en efecto, el cristiano en los mismos sacrificios que ella exige un motivo de conformidad á la ley de la mortificacion, y de esta manera se halla arrastrado hácia el bien por la misma razon de su resistencia. La mas perfecta virtud humana es por consiguiente muy aventajada por la del Cristianismo; porque cumpliendo aquella á lo mas con sus deberes, á pesar de su repugnancia, esta cumple con ellos á causa de su misma repugnancia, y se apoya sobre los obstáculos para salvarlos.

En llegando á este estado todos los deberes se ennoblecen y se convierten en actos religiosos, porque todos contraen un vínculo directo de homenaje y de amor á la Divinidad, todos se hacen como altares en que el hombre inmola su voluntad propia á la voluntad de su Dios, y en donde recibe, en compensacion de su sacrificio, una expansion de amor que aligera el yugo del deber, y le obliga á correr por la senda de sus mandatos.

Y esto sucede en todo linaje de deberes sin distincion. Los mayores que puedan imaginarse, hasta los que exigen el sacrificio de la fortuna y de la vida, no llegan nunca á ser superiores á las fuerzas que puede inspirar un principio que tiene por objeto el desapego á la fortuna y á la vida. El cristiano es

[1] Philip. III, 13.

una víctima siempre dispuesta á toda especie de sacrificios. Nunca estos lo hallan desprevenido, y está dispuesto siempre á su nivel, porque lleva dentro de sí una renuncia práctica de todos los bienes cuyo sacrificio le exigen. Como de antemano coloca todas sus afecciones y tesoros en el seno del Dios que ama, todos los golpes del infortunio le hacen progresar en la línea de su amor y de sus esperanzas, y el naufragio de todas las cosas humanas juntas le conduce tambien á un puerto de seguridad.

Pero si los mas grandes deberes no son nunca superiores á las fuerzas del cristiano, tampoco le son indiferentes los pequeños é insignificantes. Esa multitud de pequeños deberes, oscuros y cotidianos, que no merecen cási por recompensa ni la atencion ni los elogios de los hombres, y respecto de los cuales siempre se halla la humana debilidad inclinada á relajarse, son el verdadero patrimonio de la virtud del cristiano. Para él no hay deberes pequeños, porque los mide todos por una misma regla: la voluntad de Dios; ni los hay tampoco insignificantes, porque no los considera nunca en su objeto, sino en su principio, que es la voluntad de Dios, que todos los purifica y ennoblece. El amor, que se alimenta y vive de la abnegacion, encuentra ventajas hasta en esta fidelidad oscura en las cosas pequeñas que lo ponen en correspondencia mas inmediata y como en confidencia con Dios, precisamente porque él solo es su testigo y su juez. Parece que aquel ojo de Dios, que ve en lo oculto, se abre con mayor complacencia sobre los sacrificios en que ninguna parte tiene la vanidad ni el amor propio, y en que la llama se eleva directamente hácia él. Para estos sacrificios tiene Dios recompensas especiales, como la fidelidad que los anima, recompensas que consisten en dar fortaleza para el cumplimiento de los grandes deberes con la confianza de que el cielo ha de ser la corona de todos. «Alégrate, dice en el Evangelio, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor.»

De este modo se aplica el principio evangélico á todos los deberes, y produce en el hombre una disposicion completa y absoluta para la virtud.

III. Aplicacion del principio evangélico á nuestras relaciones con los demás hombres.—Aquí vamos á ver brillar tambien resultados *absolutos* de bondad, es decir, siempre divinos.

De tal manera se hallan los hombres colocados unos respec-

to de otros y respecto de los bienes de este mundo, que el medio mejor para desprenderse de estos bienes y privarse de ellos, es derramarlos sobre los seres que nos rodean, y dar á nuestros prójimos el amor que á nosotros mismos nos rehusamos. No se goza mas que á medias de una cosa cuando no puede participar de ella ninguna otra persona; y así como el egoismo y el orgullo tienden á encontrar en el individuo los despojos de la generalidad, del mismo modo la abnegacion y la humildad tienden incesantemente á distribuir entre la generalidad los despojos del individuo.

El hombre es naturalmente amigo del hombre: solo un motivo de preferencia lo convierte en enemigo. Cuando busca su felicidad en sí mismo y en los bienes de este mundo, este motivo de hostil preferencia se aumenta en la misma proporcion de la insuficiencia de estos bienes para satisfacer á su insaciable naturaleza. Cuanto mas se le adhiere, mas exigente es, mas exclusivo, hasta el punto de sacrificar la humanidad entera á un apetito desordenado. Pero, por una razon inversa, si el hombre, por la ley de la abnegacion, abdica los bienes de este mundo, y sobre todo, si se abdica á sí mismo, este motivo de preferencia cesa, y se cambia en un motivo contrario. En la sensibilidad que á sí mismo se niega, y en todo lo que le servia de pábulo, encuentra una copiosa provision de beneficencia que puede derramar en torno suyo, como aquellas fuentes públicas que no reciben las aguas sino para luego distribuirlas, lo cual debe entenderse de toda clase de bienes, así de los espirituales y morales, como de los corporales y sensibles: humillarse, menospreciarse, renunciarse, es entonces dar lugar al verdadero amor propio y á la estimacion de los otros; privarse de un bien, de una satisfaccion, de un privilegio, es cederlo á otro. No hallándose ya comprimidos por el amor de sí mismo, el amor natural del hombre para el hombre, el instinto de benevolencia y de sociabilidad, la bondad, que fue el primer sentimiento que infundió Dios en el corazon del hombre al formarlo, como dice Bossuet, se extienden y dilatan con toda la fuerza del amor propio á quien han sustituido. Entonces *amamos al prójimo como á nosotros mismos*, y nos complacemos en volver á encontrar en la especie los goces que rehusamos al individuo.

Hé aquí, pues, el gran principio de la sociabilidad humana realizado por el principio de la renuncia de sí mismo. Pero para comprender todas sus maravillas, conviene elevar un poco mas nuestra consideracion.

El principio de la renuncia y de la abnegacion, como dijimos ya, es falso é irrealizable, si no está en inseparable concordancia con el gran principio del amor de Dios; porque puede definirse el *desamor* de todas las cosas criadas en obsequio de Dios. Es una traslacion de nuestras afecciones, de las criaturas al Criador: de manera que el gran principio evangélico es el *amor de Dios*. La principal propiedad del amor, es hacernos amar, con aquel que es su objeto, á todo lo que de él nos viene, todo lo que con él tiene relacion, todo lo que él tambien ama, en una palabra, identificarnos con su propio corazon. De aquí se sigue que el amor de Dios debe hacernos amar á las criaturas, y sobre todo, á los hombres, criaturas de Dios por excelencia, y hacérnoslas amar en fuerza de otro principio y con otros resultados; pues en lugar de amar á las criaturas, *en sí mismas y para nosotros mismos*, lo cual es viciarlas y viciarnos á nosotros mismos, porque no somos principio y fin unos de otros, el principio evangélico nos las hace amar *en Dios y por Dios*, y de consiguiente da á este amor un orígen y una efusion infinitos, porque es el mismo amor de Dios perfectamente dirigido á través de sus criaturas, y como un reflejo de su suprema bondad. Por esto despues de haber dicho Jesucristo en el Evangelio que hay dos mandamientos, de los cuales el primero es: *Amar á Dios con toda el alma y con todo el corazon*, añade: y el segundo, QUE LE ES SEMEJANTE, es: *Amar á su prójimo como á sí mismo*.

Así es como de la combinacion de la renuncia de nosotros mismos con el amor de Dios resulta la Caridad con todos sus milagros: la Caridad, que no tiene mas que un nombre, porque no es, como acabamos de ver, mas que una sola y única afeccion, ya se dirija á Dios directamente, ya se lo proponga indirectamente aplicándose á los hombres. ¡La Caridad, que nos presta el mismo corazon de Dios para amar á los hombres, y que nos lo descubre y hace ver en ellos! ¡La Caridad, codiciosa de la felicidad de nuestros semejantes, como la ambicion lo es de su servidumbre, y que como ella encuentra estrecho el mundo para saciar su hambre y explayar su celo! ¡La Caridad, tan distinta de la *filantropía*, supuesto que no es esta mas que un instinto ciego y limitado que sin cesar transige con el amor propio, que no le presta sino para exigirle, y que mas bien procura librarse de los desgraciados que socorrerlos; cuando la Caridad es una virtud de reflexion y de voluntad, fundada esencialmente sobre la exclusion de sí mismo, inspirada por el sentimiento infinito del amor divino, alimentada por el

desapego á un mundo, en el cual no se quiere vivir mas que por ella, siempre permanente en el corazon de sus apóstoles, no solo para aliviar los males que se presentan, sino tambien para buscarlos por todas partes, considerar una obligacion el encontrarlos, y enriquecer sus dominios con la conquista de las criaturas consoladas! ¡La Caridad, que obra siempre y sin interrupcion con una fuerza que salva todos los obstáculos, y una delicadeza que deja satisfechas todas las susceptibilidades; que se exhala continuamente del corazon del cristiano y se cambia de mil maneras á su rededor para doblegarse á todas sus exigencias, y ocultarse al mismo tiempo tambien á todas las miradas; que no solo derrama á manos llenas el oro y la plata, sino tambien palabras amigas, y lágrimas muchas veces, y va dejando en pos de sí resignacion, valor y esperanza; que perdona los agravios, defiende á los ausentes, tolera á los culpables, se sonrie ante los rencorosos, se aparta y contiene en presencia de los coléricos y vengativos, retira con cuidado del foco del amor propio todo lo que podria abrasarlo, halla siempre pretextos para perdonar, para olvidar, para complacer, para consolar, sin ni siquiera dejar entrever sus sacrificios, y que, por la fascinacion de su celestial sonrisa, adormece todos los malos instintos que germinan cerca de sí, y excita todas las virtudes! La Caridad, en fin, que se retrató á sí misma por medio de su grande Apóstol en estas palabras: «La Caridad es «paciente y benigna, no es envidiosa, no obra precipitada«mente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su pro«vecho, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de la «iniquidad, mas se goza de la verdad; la Caridad todo lo so«brelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta [1].»

Es imposible que no sea divina la Religion que ha traido á la tierra la Caridad. ¡Cuán poderosas no deben ser la Fe y la Esperanza que se apoyen en la Caridad!

Sin embargo, el precepto de la Caridad mal entendido ha dado lugar á preocupaciones las mas extrañas.

Entre las paradojas que salieron de la pluma de Bayle, es notable la de que el espíritu cristiano es incompatible con el cumplimiento de los deberes en que se apoyan las sociedades, porque inspira indiferencia para los intereses que á ella se refieren, y que constituyen su conservacion.

Felizmente para el triunfo de la verdad, semejante ultraje le valió al Cristianismo una bellísima reparacion:

«Despues de haber insultado Bayle á todas las religiones, di-

[1] I Cor. v, 13, 14.

«ce Montesquieu, combate á la religion cristiana, y se atreve «á decir que un Estado formado de cristianos verdaderos no po- «dria subsistir. Pero ¿por qué no? Estos ciudadanos conoce- «rian muy bien sus deberes, estarian animados de grandísimo «celo para cumplir con ellos, y comprenderian perfectamen- «te los derechos de la defensa natural: cuanto mas creerian «deber á la Religion, mas creerian tambien deber á la patria. «Los principios del Cristianismo, bien grabados en el corazon, «serian infinitamente mas poderosos que ese falso honor de «las monarquías, esas virtudes humanas de las repúblicas, y «ese temor servil de los Estados despóticos... Asombro causa «el poder echar en cara á aquel grande hombre haber desco- «nocido el espíritu de su propia Religion [1].»

Respondiendo san Agustin á la misma objecion, hace las siguientes reflexiones no menos juiciosas que instructivas: «Cuando leemos en los autores profanos que *preferian los ro- «manos el perdonar las injurias al vengarse de ellas* (Salustio), «ó que *César nada olvidaba sino las injurias* (Ciceron), se pon- «dera, se admira, y se asegura que una república tal, como «la de los antiguos romanos, que se conducia por máximas co- «mo estas, era digna de subir al punto de grandeza en que se la «vió, y de mandar á tantas naciones; y cuando se lee en los «Libros sagrados, en los que nos habla Dios, *que no se vuelva «mal por mal;* cuando se oye que desde lo alto de los cielos se «dirige esta leccion á todas las criaturas, se levanta la voz con- «tra esta Religion, y se la acusa de ser por ello la enemiga «del bien de los Estados. Mas si esta leccion fuese escuchada «como debiera serlo, con esto solo se veria establecida y afian- «zado mejor el bien de los Estados, que no lo hicieron Rómu- «lo ni Numa.—En efecto, ¿en qué consiste el bien de un Esta- «do, sino en el bien de una multitud que está perfectamente «de acuerdo y en una plena union de corazones y sentimien- «tos? Y ¿no se dirigen á eso mismo esos preceptos divinos, que «se atreven á desacreditar mas bien que á instruirse en ellos «con solidez; esos preceptos de presentar la mejilla izquierda, «cuando nos dieren un bofeton en la derecha, de soltar la ca- «pa al que quiere quitarnos la túnica, y de andar dos mil pa-

[1] *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 6, titulado: *Paradoja de Bayle.*—El error de Bayle es tanto mas imperdonable, cuanto todos los hechos protestan contra él. Los mejores soldados del Imperio, aquellas *legiones fulminantes* que por mucho tiempo contuvieron el ímpetu de los bárbaros, se alistaban en las banderas del Cristianismo. El espíritu cristiano inspiró la institucion de la caballería, que podríamos llamar el sacerdocio del honor. Él es, en fin, el que ha producido tantos grandes hombres y tan grandes acciones.

«sos mas con el que pretende forzarnos á que andemos mil con «él; no teniendo esto otro objeto sino el de que los malos sean «vencidos por los buenos?—Por otra parte, para practicar co- «mo se debe estas divinas lecciones,—*es preciso que haya lugar «de creer que lo que se hace servirá para aquellos por quienes se «hace*, porque siempre es con este espíritu como se debe obrar. «Esto es, los mencionados preceptos de Jesucristo *miran mas «bien la preparacion del corazon que lo que se hace en el exterior*, «y no van sino á que conservemos en nuestro interior la pa- «ciencia y la caridad, *dejándonos además de esto la libertad de «hacer en el exterior lo que nos parecerá mas útil* para aquellos «por quienes debemos siempre desear el verdadero bien. Esto «mismo es lo que Jesucristo, este perfecto modelo de manse- «dumbre y de paciencia, nos ha manifestado claramente con «su ejemplo, cuando, habiéndosele dado un bofeton en una «mejilla, no presentó la otra, sino que habló de manera al que «lo hizo que le impidiese el repetirlo; sin embargo de la dispo- «sicion en que vino de sufrir semejantes ultrajes y aun de «morir en una cruz.—Por consiguiente estos preceptos de pa- «ciencia deben cumplirse con la disposicion del corazon. Pero «esto no impide el que se haga sufrir á los malos muchas co- «sas que no les gustan, y el que se les castigue con una seve- «ridad caritativa, que mira mas bien á lo que les es verdade- «ramente útil, que á lo que les gustaria. Así no queda duda «que puede haber guerras legítimas; porque si la doctrina del «Evangelio condenase absolutamente toda clase de guerras, «no hubiera tenido san Juan que dar otro consejo á los solda- «dos que le consultaban sobre lo que debian hacer para salvar- «se, sino el de que renunciasen á la profesion de las armas. Á «pesar de esto solo les dice: que no hagan violencia ni fraude «á nadie, y que se contenten con su paga. Empero, si se ob- «servasen en un Estado estos preceptos de Jesucristo, se obser- «varia la caridad hasta en la guerra, y no se desearia vencer «sino por el bien de los vencidos, y para obligarlos á entrar «de nuevo en los senderos de la paz y de la justicia, que son «los fundamentos y el sosten de la sociedad civil [1].»

[1] San Agustin, carta CXXXVIII, á Marcelino.— Véanse tambien las cartas de Fenelon á *Fanfan*, su sobrino, marqués de Fenelon, piadoso y bravo oficial, cuya muerte heróica arrancó á la pluma de Voltaire esta confesion y este elogio: «Hacia cuarenta «años que tenia una herida en el pié, y como apenas pudiese andar fué á caballo á los «atrincheramientos de los enemigos; buscaba la muerte, y la encontró. Su devocion «extraordinaria aumentaba todavía su intrepidez, pensando que la accion mas agra- «dable que podia ofrecer á Dios, era la de morir por su rey. *Es preciso confesar que un «ejército, que se formase de hombres animados de tales sentimientos, seria invencible.*» (Voltaire, *Siécle de Louis XV*, cap. 18).

Hay una preocupacion algo vulgar y deplorablemente falsa, que dice que la piedad cristiana adultera las afecciones de la naturaleza y se nutre á sus expensas: «Su amor apaga todos los «amores,» dice Beranger.

No nos creemos en el caso de probar cuán fecunda sea la verdadera piedad en buenas obras, en desinterés y en sacrificios para el alivio de la humanidad, porque ahí está la Caridad con todas sus maravillas; pero solo la *especie* es objeto de la caridad, dicen, y los afectos individuales desaparecen en ese amor de Dios y de los hombres, que, segun las mismas palabras del Evangelio, no debe conocer *ni padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas.*

Preocupacion deplorable, repetimos, porque la verdad está en todo lo contrario. Sí, el espíritu del Evangelio estrecha los lazos de la naturaleza, y nos hace amar mejor que ella todo lo que hay obligacion de amar.

Un profundo moralista, poco aplaudido, porque ha presentado á los lectores el espejo de la verdad, Larochefoucault, dijo que todas las afecciones humanas, aun las primeras afecciones de la naturaleza, no eran mas que diversas transformaciones del egoismo. Quitando de esta opinion lo que pueda tener de demasiado absoluto, es preciso reconocer que es exacta en la mayor parte de los casos, y que es muy difícil escaparse á la verdad de sus *máximas.* La pasion sobre todo que mas se pondera, el amor (tal como el mundo lo comprende), se halla enteramente impregnado de egoismo y vanidad. Buffon lo demostró muy bien en su precioso estudio del hombre, y el mismo mundo ha acabado por decir que el amor *es un doble egoismo.* De aquí se originan con tanta frecuencia esos golpes de ira, de discordia y venganza que tienen su fuente en el mismo seno de aquellas apasionadas afecciones, que por algun tiempo nos sedujeron con sus falsas apariencias de desinterés, y que solo dejan en pos de sí estragos horribles.

Pues bien, el Evangelio, al extirpar el egoismo, sofoca todas esas afecciones desarregladas: en este sentido es verdad *que aquel amor apaga todos estos amores*, y es tambien verdad que como por consecuencia quita á las mismas afecciones legítimas aquella acritud que venia del egoismo, y que tarde ó temprano producia tan amargos frutos.

Aquí está todo; solo en este sentido deben entenderse estas palabras del Evangelio: «El que ama á su padre ó á su madre «*mas que á mí*, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó á «su hija *mas que á mí*, no es digno de mí.»

Es preciso amar con órden: y el órden del amor es el que hace que amemos como conviene todo lo que hemos de amar. De donde yo concluiria, dice admirablemente san Agustin, que la mejor y mas clara definicion de la virtud, es *el órden del amor*. Por este motivo canta la Esposa de los Cantares: *Ordenó en mí la caridad* [1]. Así es, pues, que amar una cosa cualquiera mas que á Dios es un desórden, y lo desordenado no puede durar mucho tiempo, porque se funda en la *falsedad*, y se encamina á la corrupcion. En semejante estado, se desengaña el corazon tarde ó temprano, y regularmente no espera ya la muerte para romper sus cadenas y dar rienda suelta á sus desvíos é infelicidades.

Fijando, pues, el Evangelio nuestro amor en el amor supremo, léjos de debilitarlo, lo vivifica y eterniza, porque lo encamina hácia su foco, y le impide el ir á perderse en los abismos. Le da todo lo que las desarregladas afecciones le defraudaban, y le ofrece un corazon purificado, dilatado, desprendido de toda mira interesada, dispuesto á todos los sacrificios, y formado en la escuela del verdadero amor.

No podemos amar á los objetos de nuestro cariño sino con relacion á nosotros mismos ó á Dios: no hay término medio. Por consiguiente, subordinándolos á su amor, el Evangelio los descarta de ese egoismo exclusivo y sofocante que tarde ó temprano seria su sepulcro. En este caso el amor de Dios, que parecia deber absorber todas nuestras afecciones, se convierte para ellas en principio de una nueva vida. Así como antes eran transformaciones del egoismo, se convierten en transformaciones del divino amor, esto es, del amor verdadero. Viven de su vida, palpitan con su corazon, arden con su fuego, participan de sus atributos, y llegan á ser como él incorruptibles, puras, inalterables, superiores á todas nuestras flaquezas, á todos nuestros reveses y hasta á la misma muerte; pues desde la tierra empiezan á ser lo que continuarán siendo en el cielo [2].

[1] Cant. 2-4.— El órden del amor era bien observado por san Luis, como se ve por su anillo de bodas, en cuyo engaste hizo grabar la imágen de *Jesús crucificado*, y á su alrededor una guirnalda entrelazada de flores de *lis* y *margaritillas* (haciendo alusion con esto á su amor por Dios, por la Francia y por Margarita), con esta admirable divisa: *Fuera de este anillo ¿podriamos tener amor?...* Pero ¡qué amor el suyo! ¡qué esposo! ¡qué rey! ¡qué santo!!!

[2] Nuestros lectores leerán con placer el cuadro del amor cristiano, trazado por el baron Guiraud:

Cual ciego que el resplandor
Contempla por vez primera,
Ver creí del alta esfera
Que descendia el amor.
No el que nos burla con vanas

«¡Dios nos libre de aborrecer á nadie! (dice un hombre cu-«yo corazon fué modelo de todas las afecciones de la natura-«leza vivificadas por el amor divino). ¿Cómo seria posible que «aborreciéramos á nuestros padres, en quienes vemos la imá-«gen del Padre que está en los cielos, de la Providencia divi-«na y maternal, la imágen de un Dios que se dice padre nues-«tro? ¿Cómo podríamos aborrecer á nuestros hijos, pedazos de «nuestro corazon, reproduccion multiplicada de nosotros mis-«mos? ¿Cómo podríamos aborrecer á la compañera que Dios nos «dió y á la cual nos adherimos, por la cual dejamos al padre y «á la madre, por inclinacion y por voluntad de Dios? ¿Cómo «podríamos aborrecer á nuestros hermanos y hermanas y á «nuestros consanguíneos, que estuvieron en el mismo seno «que nosotros, y cuyas facultades intelectuales se han ido «desarrollando al mismo tiempo que las nuestras, y que por «largo espacio de tiempo nos han querido, y nosotros á ellos, «con la mas dulce ternura?

«Pero al mismo tiempo ¡Dios nos libre tambien de amar al «padre, á la madre, á la mujer, á los hermanos y hermanas «del mismo modo que debemos amar á Jesucristo, si quere-«mos participar de él! En tal caso, ya no amaríamos á éste «con amor verdadero, porque para amar á aquellos y amarlos «de veras, no segun nuestro gusto, mas ó menos grosero, si-«no con un amor mas fuerte que la muerte, debemos enlazar-«los con brazos que abracen la eternidad y apretarlos contra «un corazon que ni la muerte pueda romper; y esto no nos es «posible sino amándolos en Dios: el que ama á su prójimo en «Dios, ama á Dios sobre todas las cosas, y esto es precisamen-«te lo que de nosotros exige Jesucristo.

Promesas y mal consejo,
Falso y estéril espejo
De las flaquezas humanas;
Esperanza sin lograr,
Soplo de viento inconstante,
Fantasma que huye al instante
Del que lo quiere alcanzar;
De la celeste mansion
Imágen descolorida,
Privada de luz y vida,
De belleza y duracion;
Sino aquel amor inmenso,
Llama que desde la altura
Baja á las almas tan pura
Como sube allá el incienso!
Amor criado en presencia
Del Dios que todo lo ve,
Seguro como la fe,
Fuerte como la inocencia.

(El claustro de Villamartin).

«Todo lo que es noble é inmortal, tiende á la inmortalidad. «Nada es mas noble y mas divino que el amor. Sí, todo cuan- «to en nosotros es noble y divino lo es por la participacion con «el amor, y no es amor lo que corresponde por su esencia á «las relaciones temporales de la tierra. El amor encendió la «antorcha de su vida en la eternidad; y no conoce eternidad «mas que en el Eterno, que es á la vez su fuente primitiva y el «océano ó el seno al cual vuelve otra vez [1]. »

IV. Finalmente, el principio evangélico coloca al hombre en su verdadero lugar con relacion á sí mismo y á sus mas caros intereses.

Lo que corrompe al hombre trastornando el órden de sus facultades y llega por consiguiente á ser el orígen de todos sus desórdenes y de todos sus tormentos, es el querer nutrir á su alma inmaterial é inmortal con alimentos terrestres y pasajeros; es el detenerse y circunscribirse en sí mismo cuando su naturaleza, eminentemente progresiva, lo arrastra hácia una perfeccion, cuya realidad no se halla en la tierra; es, en fin, el querer hacer con lo finito lo infinito, con lo contingente lo absoluto, con lo imperfecto lo perfecto, con amores mortales la felicidad de un Ángel. Separarlo de lo que causa su daño es, pues, desvanecerle este grosero error. Esa alma inmortal, esa alma que absorve el tiempo y abraza la eternidad, necesita bienes superiores al tiempo y adecuados á la inmortalidad. Es preciso separarla de ese juego engañoso donde sin cesar se arruina, volviendo siempre á exponer un amor que se fija en lo infinito en objetos transitorios. Pues bien, esto es lo que hace admirablemente el principio evangélico, porque lo hace con violencia, y al mismo tiempo sustituye con seguridad objetos celestiales á los objetos perecederos que nos hace aban-

[1] Por eso se oyen á cada paso en el lenguaje del amor profano las palabras *siempre* y *eterno*, y esto es precisamente lo que lo confunde, y conserva los derechos de la verdad á través de todas sus violaciones.

La bellísima página que acabamos de citar corresponde á la *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*, por el conde *Federico Leopoldo de Stolberg*, uno de los mas esclarecidos literatos y de los primeros diplomáticos de Alemania. Descendiendo de sangre real, padre de quince hijos, cuya educacion tuvo siempre á su cargo, adorado de su familia y de sus vasallos, querido de todos sus contemporáneos, dió á su siglo el espectáculo de un patriarca de los primitivos tiempos. Nacido en el protestantismo, entró en el regazo de la fe católica á mediados de su edad, y dió la señal de una conversion á la unidad, que felizmente ha tenido despues muchos imitadores. Habiéndole dicho públicamente un dia el Duque de Sajonia-Weimar: *No me gustan los hombres que cambian de religion.—Ni á mi tampoco*, respondió Stolberg, *porque si mis padres no lo hubiesen hecho trescientos años hace, no hubiera tenido la pena de tener que cambiarla yo.*—Véase lo que dice Mad. de Staël en su obra *De la Alemania*, capítulo del *Catolicismo*.

donar. Por otra parte, el alma humana está dotada de una fuerza expansiva de sensibilidad y de amor, que no tarda en abrirse una nueva senda entre los bienes verdaderos que se le ofrecen, sin que apenas medie ningun espacio entre los dos estados. Como un árbol, al cual se le van cortando las ramas inferiores, y que cada golpe que recibe hace subir su sávia y empuja su vegetacion hácia arriba; del mismo modo el hombre, con los golpes de la mortificacion evangélica, se eleva y se lanza léjos de las criaturas, á las cuales mas inclinado se hallaba, lejos de sí mismo, donde antes vivia encadenado, y penetra por su verdadera naturaleza, de la cual habia prescindido, hasta el seno de Dios, en el cual todas sus facultades se dilatan, y vuelven á encontrar su nativa grandeza y su felicidad.

Entonces los principios de grandeza y de miseria que se hallaban primitivamente confundidos en él, y lo hacian un cáos á sus propios ojos, se separan y se le muestran enteramente distintos. Entonces reconoce el hombre que su miseria procedia de sí mismo, y se ve tal como es, débil, limitado, frágil, siempre inclinado por su propio peso al desarreglo y á la corrupcion: y ve asimismo que lo que hay en él de grande y fuerte viene de Dios, y que no tiene realidad ni duracion progresiva, sino por su adhesion con él. Y como esta miseria y esta grandeza son ilimitadas, el hombre puede incesantemente progresar hácia Dios, porque cuanto mas avanza, mas clara se le va manifestando la verdad de las dos naturalezas, y se le va presentando mas distinta en el espejo de las divinas perfecciones; y por consiguiente, se siente inclinado con mas fuerza á huir de la primera para irse á la segunda; y lo penetra mas el sentimiento de su indigencia y de su nada; y lo atrae mas vivamente la contemplacion de las divinas perfecciones. Así es como se encuentra como lanzado en una senda de perfectibilidad indefinida, y por lo mismo de dicha perfecta, si es verdad que la dicha de los seres consiste en su desarrollo y en la direccion de sus facultades hácia su verdadero destino.

En la otra vida esta felicidad será sin mezcla, porque jamás se verá alterada ni disputada por las ilusiones del mal. Sin embargo, aun en la presente es la única felicidad verdadera. Todo nuestro ser está por ella en un perfecto aplomo, y experimenta una paz profunda y viva á la vez, resultante del sentimiento del órden en nosotros mismos, y de la plena concordancia de nuestra situacion respecto de todo lo demás: —res-

pecto de Dios, á quien conocemos y amamos como el solo bien verdadero, y cuya certidumbre tranquiliza el corazon, descargándolo del peso de las inquietudes inherentes á la solicitud de los falsos bienes; — respecto de nosotros mismos, porque conocemos nuestra debilidad, la dominamos y somos dueños de nuestra alma; — respecto de los bienes de este mundo, los cuales poseemos sin ser poseidos por ellos, y de los que gozamos sin que nos molesten con sus cuidados; — respecto de los males, cuya amargura dulcificamos con la resignacion y con la confianza de que encierran bienes verdaderos, puesto que nos los envia la mano de un Dios que nos ama, y que se toma la solicitud de consolarnos; — respecto de la sociedad con la cual vivimos en armonía por medio del cumplimiento de todos nuestros deberes, y por el ejercicio de la caridad, que hace hermanos nuestros á todos los hombres; — respecto de la muerte, ese horror de la naturaleza, á quien vemos venir como el mensajero de nuestra libertad, y cuyo aguijon hemos con anticipacion destruido con nuestra muerte voluntaria á todo lo que ella quiere que dejemos; — respecto de la otra vida, en fin, respecto de esa eternidad misteriosa que aterra á las almas mas valerosas, y en la cual entramos nosotros desde la tierra por medio de nuestra union con Dios, en quien la eternidad existe y de la cual recibirémos la consumacion y la plenitud.

Es imposible expresar toda la felicidad que se halla en semejante estado, felicidad que siente el alma cristiana, á pesar de las privaciones y sacrificios que se impone, y que es igual, en sentido inverso, á la desdicha que experimenta el alma mundana en medio de los goces y placeres que busca con tanto afan. En semejante estado, la libertad, la certidumbre, la paz y el amor penetran la existencia con una dulzura cási infinita, y forman en torno del alma cristiana como una atmósfera luminosa, en la cual encuentra una vida inagotable, que se dilata con toda plenitud.

Y no es solo el corazon el que siente esta felicidad, sino tambien todas las demás facultades, y particularmente la inteligencia, por su emancipacion de todas las preocupaciones que proceden de las pasiones, y por la rectitud de miras que necesariamente le infunde un principio que la coloca sobre todas las cosas humanas, y fuera de todas ellas.

La mas clara vision de la verdad debe pertenecer, en efecto, al que mas despejado tenga el espíritu de los objetos que ha de examinar. Para poder ser buen espectador es preciso no ser

actor. Pues bien, el cristiano, colocado por su desapego fuera de las criaturas, fuera de sí mismo, fuera del tiempo, y en alguna manera en el mismo seno de Dios, asiste de contínuo al solemne espectáculo de las cosas humanas, y en cierto modo de las cosas providenciales y divinas. Por su estado era un verdadero moralista y un psicólogo. Nada le admira, ni tiene por verdadero nada mas que la consideracion de la accion de la Providencia sobre su propia vida, y la de la gracia sobre su alma; se ve y se juzga á sí mismo en sus acciones, y hasta en sus pensamientos y en sus deseos apenas formados, como si perteneciesen á otra persona distinta: se examina, se pesa y mide en todos los movimientos de su voluntad, y experimenta su irregularidad ó su exactitud por su diferencia ó su semejanza con el divino modelo, al cual se siente adherido; en una palabra, el cristiano, segun la enérgica expresion de la Escritura, *tiene el alma en su mano*. Por la misma razon todo lo demás de la tierra se le presenta mas claramente que á los otros, porque estudiándose y conociéndose á sí mismo, ve que ha estudiado y conocido á toda la humanidad. La contínua observacion de sí mismo y de su modelo aviva en él el *sentido moral*, y le da una perspicacia á la que nada se oculta. Para él la sociedad no es mas que un teatro, cuyas vanidades se le hacen patentes, y la naturaleza otro teatro, cuyas maravillas reconoce y abarca; y entonces su espíritu, libre de la envoltura de los sentidos, anda con veloz paso hácia la investigacion de la verdad en las ciencias; y su gusto, mas fino y delicado, penetra y se eleva en las artes á bellezas mucho mas inmateriales. Finalmente, toda su alma se dilata y eleva, y desde su elevacion dirige sobre la tierra miradas mas penetrantes y mas fijas [1].

[1] Todo cuanto acabamos de decir está confirmado por la experiencia. ¿Cuáles son los mas grandes moralistas? ¿Dónde puede encontrarse mas claro y profundo conocimiento del corazon humano que en las obras de Malebranche, de Nicole, de Pascal, de Massillon, de Bossuet y de Fenelon? Abrid al acaso sus escritos, y quedaréis admirados de ver á cada página, á cada linea, á cada palabra, una revelacion de vosotros mismos, tan perfecta, que llegaréis á olvidaros que teneis en la mano un libro, y creeréis estar leyendo en vuestro propio corazon. Hay un libro universal é inmortal que todas las edades, todas las condiciones y todas las creencias consultan en secreto como el oráculo de la sabiduría, que se le oye mas bien que se le lee, tan grande es la ilusion que su moral causa, que se la confunde con la misma voz de la conciencia; con esto he nombrado ya *el libro mas precioso que haya salido nunca de las manos del hombre*, LA IMITACION DE JESUCRISTO.

Todas estas reflexiones sobre la superioridad impresa á las facultades humanas por el principio evangélico, explican aquellas palabras de Mr. de Chateaubriand: —*Para el que aspira á la inmortalidad es una gran ventaja el ser cristiano.*— Palabras llenas de verdad, á pesar de que *aspirar á la inmortalidad y ser cristiano* son dos cosas incompatibles: el cristiano no aspira á la *inmortalidad* sino á la *eternidad*.

Este es el efecto del principio evangélico con respecto á nosotros mismos. Este efecto comprende la Filosofía por excelencia, y puede resumirse en aquellas palabras ya citadas de Jouffroy: —«Tranquilo acerca del camino que en este mundo «me tocaba seguir, tranquilo acerca del término á que en el «otro debia conducirme, comprendiendo la vida en sus dos fa«ses, y la muerte que los une, comprendiéndome á mí mismo, «conociendo los designios de Dios sobre mí, y amándolo por «la bondad de estos mismos designios, era feliz con esa felici«dad que da la fe viva y segura en una doctrina que resuelve to«das las grandes cuestiones que pueden interesar al hom«bre.»

§ III.

Echando la postrera ojeada sobre este grande asunto, es preciso reconocer que el principio de la moral evangélica, que se resume en el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí mismo: *Amor Dei usque ad contemptum sui*, es en nosotros con respecto á Dios, á nuestros deberes, á los demás hombres y á nosotros mismos, un principio generador de la verdad y perfeccion absolutas; y que su sencillez y fecundidad son de una excelencia tan grande y tan soberana, que exceden á la capacidad humana, y van á confundirse con los caractéres en los cuales la razon reconoce ya á la Divinidad.

El rigor absoluto de este principio evangélico respecto de nuestra naturaleza actual, cuyas inclinaciones crucifica, supone además en ella un ofuscamiento y una depravacion que excluyen la posibilidad de que haya podido inventarlo ella misma. La humanidad podia idear ó inventar todos los principios secundarios de moral, y quizás alcanzar todos los grados de la perfeccion, excepto este último, porque este último, que la excluia á ella misma y á su estado, se resumia en el principio diametralmente contrario, esto es, en el amor de sí hasta el desprecio de las nociones de Dios: *Amor sui usque ad contemptum Dei*. Entre este estado y el principio que de él nos dejó, habia toda la distancia que separa á la muerte de la vida. Hubiera sido preciso no tener necesidad de la aplicacion de este principio para ser capaz de encontrarlo. Renunciarlo todo, y además renunciarse á sí mismo, debia parecer un puro nada. Ni aun podia acudirle la idea de ello, porque la nada no tiene ningun fundamento, y hubiera sido preciso que el hombre se emanci-

pase de sí mismo, *que subiese sobre sí mismo*, como dice Montaigne, lo cual no es imaginable, para concebir la idea opuesta del amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo: *Amor Dei usque ad contemptum sui*. Y cuando de esta nada surgió la idea de abnegacion y de sacrificio, regeneradora del mundo moral, y se oyó una voz desconocida, que decia: «El que quiera ve-«nir á mí y no *desprecia* su propia vida, no puede ser discípulo «mio, porque el que quiere salvar su vida, debe perderla, y «el que pierda su vida por mí volverá á encontrarla,» una irrision inmensa debió acoger esta *locura*, y todos los poderes de la tierra debieron conjurarse para destruirla.

Sin embargo, el mundo ha acabado por adorar aquella locura. Nosotros empero no dudamos afirmar que esta adoracion y todas las maravillas de sabiduría y de fuerza que la motivan, prueban mucho menos la divinidad de su objeto, que el desprecio y la persecucion de que al principio fue víctima, y que Jesucristo es mas Dios, si es lícito hablar así, en el Calvario que en el Tabor.

Creemos además, que procediendo lógicamente puede decirse que existe un principio *de moral*, que á pesar de tres mil años de las mas asiduas investigaciones, ha permanecido oculto á los hombres y á los talentos mas aventajados que ha habido en el mundo; principio del cual se han ido alejando cada vez mas, y que por consiguiente debió estar fuera del alcance de los descubrimientos *del hombre*. Puede decirse tambien que si al cabo de esos tres mil años de impotentes tentativas, en lo mas fuerte de la humana incapacidad bajo este respecto, un hombre hizo aparecer de repente aquel principio en la tierra, lo puso en accion en su propia persona con todo lo que mas horrorizaba á la naturaleza, y lo hizo triunfar de todas las preocupaciones y de todas las pasiones, hasta convertirlo en la estrella polar de la humanidad, ese hombre debia ser mas que hombre... debia ser un Hombre-Dios.

«Debe ser mas que un hombre aquel, dice Bossuet, que en-«tre tantas costumbres y errores, de tantas pasiones las mas «complicadas y de tan extravagantes caprichos, ha sabido se-«parar exactamente y fijar con precision la regla de las cos-«tumbres. Reformar de modo como este al género humano, es «dar al hombre la vida racional, es una segunda creacion en «cierta manera mas noble que la primera; y quien sea el jefe «de esta reforma tan saludable para el linaje humano, es pre-«ciso que esté asistido por la sabiduría misma que formó el «hombre la primera vez. Finalmente, es una obra tan gran-

«diosa, que si su autor no fuese el mismo Dios, la envidiaria «Dios á su autor [1].»

Procuremos formarnos idea del mundo pagano, examinémoslo en todos sentidos, y busquemos en él el principio de la mortificacion, del aborrecimiento, del menosprecio, de la abnegacion propia, del completo sacrificio de la naturaleza, en una palabra, por el solo amor de Dios; en ninguna parte lo encontrarémos, y solo descubrirémos siempre y bajo todas formas la estimacion, el amor y la deificacion de sí mismo directa y únicamente.

Los estóicos, los mas perfectos moralistas de la antigüedad, *despreciaban* los sufrimientos; los cristianos se *resignan* á ellos. Entre estos dos sentimientos, el *desprecio* de los sufrimientos y la *resignacion*, está toda la medida que separa á la filosofía antigua del Cristianismo.

El *desprecio* de los sufrimientos respira el orgullo concentrado, la contemplacion de su propio valor, la suficiencia de su mérito: *¡Oh! dolor, no eres mas que un mal imaginario!* ¡expresion falsa, altiva, que parece desafiar al cielo y provocar el castigo, expresion filosófica [2]!

La *resignacion* á los sufrimientos importa la sumision, el reconocimiento de la falta, el deseo de la reconciliacion y el amor: *¡Padre mio! si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad;* ¡palabras verdaderamente humildes y llenas de amor y de exactitud, palabras propias de la Divinidad!

De aquella falsedad de principio y de aquella deificacion del YO, que constituian el centro y como el corazon de la filosofía humana, nacian todas las falsas virtudes que se hallaban mas acreditadas en la antigüedad: la arrogancia, el valor impetuoso, el resentimiento implacable: *Impiger, iracundus, inexorabilis, acer:* tal es el retrato de un héroe de aquellos tiempos, de Aquiles. La *ambicion* honrada en la persona de Alejandro; el *asesinato político* en Bruto; el *suicidio* en Caton; el *patriotismo* que sacrificaba la humanidad entera á la patria; el *amor á la gloria*, que sacrificaba la patria al individuo; la *amistad*, sentimiento exclusivo cuando no era criminal y monstruoso, hé aquí, no los vicios, sino lo que pasaba por virtud entre los antiguos.

[1] Sermon para el segundo domingo de Adviento, sobre la *Divinidad de la Religion*, punto 2.º

[2] Cuando hablamos de la filosofía en sentido poco favorable, debe entenderse *falsa filosofía*, lo mismo que, en Molière y la Bruyère, la palabra *devocion* debe entenderse *falsa devocion*, cuando se la toma en mal sentido.

Si además se quiere tener una idea completa de su sentido moral, es menester ver de qué manera el mas sabio de los filósofos arregla la mas sabia de las repúblicas. Apenas puede creerse, y sin embargo leemos en la República de Platon: 1.° La comunidad de mujeres; 2.° el aborto de la mujer que hubiese concebido antes de la edad de cuarenta años; 3.° la inmolacion de los hijos mal constituidos, incurables, ó nacidos sin autorizacion de la ley; 4.° la proscripcion de todos los extranjeros; 5.° la esclavitud.

Hé aquí el Evangelio de la filosofía.

El Evangelio de Jesucristo vino á barrer todas esas iniquidades, á desenmascarar todas esas falsas virtudes, y á realzar las pocas virtudes verdaderas que constituian el fondo vital de la sociedad, como la justicia, la templanza, la sinceridad y la constancia, pero que tenian algo de estéril y limitado como la estimacion humana, que era su objeto y su precio; y colocando con sus divinas manos el mundo moral sobre un nuevo principio: EL SACRIFICIO, en lo que hay de mas general y absoluto, puesto que se extiende desde la tierra al cielo, hizo brotar de aquel principio todas las virtudes divinas, sociales y vivificantes: la humildad, la caridad, la resignacion, el arrepentimiento, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, el respeto y el amor de la pobreza, la fraternidad universal, el celo de la verdad, *la Fe, la Esperanza, la Caridad*, grupo celestial que resume todas las demás virtudes, y que se resume á sí mismo en la mas eminente, *la Caridad*. ¡La Caridad, que abraza en un solo sentimiento y en una sola palabra á toda la tierra, y no solo á toda la tierra, sino á la tierra y al cielo, para consumarlos en la unidad, que es el término del amor, que es la vida, y la vida eterna!

Pero un prodigio atrae otros prodigios sobre la tierra donde habitamos.

Todos los sistemas de moral inventados por los hombres han permanecido en el estado *de utopias*. Y no ha sido porque ellos no hicieran cuanto han podido para amoldarlos á la práctica: véase á Licurgo y á Platon; ¡cuántas mutilaciones no hicieron sufrir á la ley natural! ¡Cuántos sacrificios no hicieron á la corrupcion y á las exigencias de sus respectivos tiempos y países para poder componer su idealidad moral! ¡Cuántas precauciones! ¡cuántos esfuerzos! Podria decirse que cortaron á su antojo lo que les pareció adaptable de la moral natural, y que lo echaron sobre el lecho de Procusto para hacer con ello una *república*... sobre el papel, ó en un círculo de tiempo y de

lugar tan circunscrito, como Licurgo, que mas fue un régimen político que una moral. Por otra parte, es menester hacerles la justicia de que nunca pretendieron abarcar con su sistema á la *humanidad* y á la *universalidad*, pues la empresa les parecia no solo imposible sino inconcebible: bastante hacian con proponerse una sola ciudad, y aun era preciso que esta fuera ideal.

El Cristo se propuso desde luego el mundo entero: *El teatro de mi mision es todo el mundo*, dijo, y no solamente el mundo de la época en que apareció, sino el mundo de todos los tiempos *hasta la consumacion de los siglos*. No se dirige á una ciudad, un pueblo, un imperio, sino á todo el género humano.—Hé aquí su república.—Viene á poner la mano sobre *la naturaleza humana*, la misma mano que la crió, y la única que podia reanimarla. Le da la ley evangélica como un freno saludable, y esta ley tan inflexible, tan exigente, que añade á los rigores de la ley natural, ya despreciada y pisoteada, nuevos y desconocidos rigores; esta ley que ha de realizar en la tierra la misma perfeccion del cielo, y que contraria todas nuestras inclinaciones sin miramiento, sin ninguna concesion, y lo quiere todo ó nada...; esta ley, repito, se arraiga de repente, lo atrae todo á sí, convierte el mundo, y hace que delante de ella se confundan todas las divisiones de espacio y de tiempo que separan los destinos de los mortales: no es Atenas ó Roma, el siglo de Tiberio ó el de Constantino, los que reciben su yugo; es el universo, son todos los siglos, todas las edades. El Evangelio, que envuelve todas nuestras acciones, todos nuestros pensamientos y deseos como en una red de hierro, y que por todas partes no nos presenta mas que asperidades, es al mismo tiempo lo que hay de mas flexible, de mas suave y ligero: se presta á todos los cambios y á todos los desenvolvimientos de la especie humana, sin que por esto su doctrina haya de cambiar ni de ceder; se pone en armonía con todas nuestras situaciones y necesidades, aspirando sin cesar á reformarlas; se adapta igualmente á todas las clases, á todas las edades, á todas las condiciones y á todas las inteligencias; y se connaturaliza con todas las formas de gobierno y con todos los grados de civilizacion: inmutable en su esencia, tiene proporciones para todo, y en todo llega siempre á efectuar su divina unidad.

Hay, pues, repetimos, en esta sencilla comparacion de la obra del Cristo con la obra de los hombres, no solo por su concepcion sino tambien por su realizacion, un estímulo muy

grande para nuestra fe. Hemos visto que la *concepcion* evangélica es un prodigio de perfeccion y de santidad, que excluye todo orígen humano; pero su *realizacion* es un segundo prodigio mas admirable aun, porque se ve existir en razon inversa del primero. La conversion del mundo á *una sola* ley moral es un hecho sobrehumano; pero ¡cuánto mas sobrehumano aparece este hecho si aquella ley es ya de por sí un prodigio de perfeccion y de santidad en oposicion radical con las preocupaciones y pasiones del mundo! Es como una montaña situada sobre otra montaña. Si la una supone toda la sabiduría, la otra reclama toda la fuerza de un Dios; y aquella sabiduría y esta fuerza se exaltan recíprocamente.

Comprendedlo bien,—porque estamos tocando ahora una de las pruebas mas sensibles de la divinidad del Cristianismo:— las concepciones de los antiguos moralistas eran infinitamente menos severas que el Evangelio, aunque no fuera por otra causa, á lo menos porque hasta las mas rigurosas dejaban al hombre el amor de sí mismo, que se enriquecia con el sacrificio de todos los demás, y que fue el postrer amor que el Evangelio le arrancó.

Sin embargo, aquellos sistemas de moral, siendo tan poco exigentes, no tenian sectarios, y el Evangelio ha dominado ya por todo el mundo.

«Desde Tales hasta los mas quiméricos charlatanes y sus pla«giarios, dice Voltaire, no hubo ningun filósofo que influye«se ni siquiera en las costumbres de la calle donde vivia.»— Aparece el Cristo, y extiende su influencia por todo el universo y sobre todos los siglos.

Se piden pruebas de la divinidad del Cristianismo, y esta nos parece de las que se hallan al alcance de todo el mundo: es de tal naturaleza, que no solo debe probar al deista la intervencion de Dios, sino que su fuerza es bastante para iluminar los ojos del ateo con la verdad de su existencia.

«Los gentiles, dice Bossuet siguiendo á san Atanasio, no co«menzaron á conocer á Dios y al Verbo hasta la venida de Je«sucristo. Por mas que habia una infinidad de religiones, no «hallamos un solo pueblo que procurase atraer á su vecino á «reconocer á su Dios. Los sabios del Gentilismo no han podi«do con la magnificencia de sus discursos, con la sublimidad «de su elocuencia, ni con tantos volúmenes como escribieron, «atraer á nadie de sus vecinos á la doctrina de las buenas cos«tumbres y de la inmortalidad de las almas. Solo Jesucristo es «el que se ha hecho conocer por todas las naciones, á pesar de

«la oposicion de sus sentimientos. Hubo entre los gentiles, «entre los caldeos, los egipcios y los indios, reyes y sabios; «hubo filósofos en la Grecia que han escrito con mucho arte «varios libros; pero ni en vida, ni despues de su muerte ade- «lantaron nada: solo Jesucristo es el que ha podido persuadir «de su doctrina hasta los niños [1].»

Aimé-Martin, que es uno de los mas grandes admiradores de Platon, en su obra *La educacion de las madres de familia*, discurriendo sobre la *República* de aquel gran filósofo, hace la siguiente reflexion: «Aquella legislacion, cuyo conjunto platónico pareció á los antiguos el tipo de una *perfeccion impracti- «cable*, no es en el dia impracticable *sino porque es inmoral:*— «SU IDEALIDAD NO CORRESPONDE Á NUESTRA REALIDAD:—¡tan in- «mensa es la carrera que ha andado el género humano! ¿Por «qué para este los objetos de admiracion de aquel se han con- «vertido en objetos de desprecio?—ENTRE EL MUNDO ANTIGUO Y «EL MUNDO MODERNO HAY EL EVANGELIO [2].»

Es verdad que la escuela de los estóicos metió mucho ruido, y parece desde léjos que podia presentarse rodeada de gran número de discípulos; pero es necesario tener presente que en este particular nos enseña el aparato de las sentencias de que sus libros están llenos. Si en vez de preguntar *¿qué dijeron?* se preguntase *¿qué hicieron?* la cuestion variaria enteramente de aspecto [3]. Es esto tan cierto, que no tememos asegurar que entre tantos estóicos de palabra, no habria uno solo de *accion*. Apresurémonos á decir, que podemos garantizar completamente la asercion, pues el jefe de la secta, el mismo Epicteto, se expresa así:

«Veo muchos hombres que recitan y propagan las máximas «de los estóicos, pero no veo estóicos en ninguna parte. Y si- «no, enseñadme un estóico; *no busco mas que uno*... Si no pue- «des mostrarme un estóico, muéstrame á lo menos uno que ha- «ya *empezado* á serlo: en mi adelantada vejez no envidio otra «cosa que *este grande espectáculo*, del cual no he podido gozar «todavía [4].»

Este *grande espectáculo* se dió ya al mundo, y llegó á hacer-

[1] Bossuet, carta CCLVIII.

[2] *De la educacion de las madres de familia*. Este testimonio de Aimé-Martin es tanto mas notable, cuanto que, á pesar de lo que promete su título y la distincion académica que mereció, su obra es *sustancialmente impía*.

[3] Recordando uno aquellas palabras de Epicteto á su maestro: *¡ya le habia dicho á V. que V. me romperia la pierna!* añadia: —*¿Qué pudo decir Jesucristo de mas sublime?* —Uno de nuestros amigos le respondió: *Jesucristo no hubiera dicho nada.*

[4] *Apud Arian.*, lib. II, cap. 19, pag. 288, 289.

se una cosa muy vulgar. La doctrina evangélica produjo, no uno solo, sino muchos miles de estóicos, y los produce aun todos los dias, y no solamente estóicos formados por el estudio de la filosofía, ó estóicos por temperamento, los únicos que hubiera producido la antigüedad *si hubiera podido*, sino estóicos de todas condiciones, de todos sexos y edades, estóicos oscuros y desconocidos del mundo, y, lo que es mas divino aun, estóicos desconocidos de sí mismos, estóicos que no sospechan siquiera que lo son; en una palabra, estóicos que llamamos cristianos.

Hé aquí, pues, un problema bien raro que se le hubiera podido proponer á Epicteto, cuando se lamentaba de no encontrar ni un *solo estóico empezado:*—Supuesta una moral incomparablemente mas exigente que la tuya, ¿cómo se la podrá hacer recibir universalmente, y de qué modo se la podrá hacer practicar por multitud de pueblos en todos tiempos y lugares, en todas las condiciones y edades, y en todos los grados de inteligencia y de instruccion?... ¿De qué manera se la podrá hacer penetrar en el corazon y en la conducta de una multitud innumerable de tiernas jóvenes para que no vacilen en abandonar todo lo que halaga la concupiscencia y el orgullo, y se decidan á abrazar los dolores de la vida, y no solo los dolores propios sino los de toda la humanidad, y que en semejante estado se conformen con pasar amables, sencillas y alegres, no un momento ni un dia, sino la vida entera?

Solo al que nos trajo esta moral pertenecia la gloria de resolver el problema de su aplicacion.

No se crea que es una prueba débil de la divinidad de esta moral el haber tenido necesidad de un medio sobrehumano para ser practicada, de la misma manera que no es una prueba débil de la divinidad de este medio el haber conseguido el hacerla practicar.

Este medio es el dogma.

CAPÍTULO IV.

EL DOGMA.

Hablando del estilo de Quinault, decia un autor distinguido, que aquel habia *deshuesado* la lengua. Nosotros podríamos decir de nuestros modernos theosofos, admiradores de la moral evangélica y á la vez impugnadores de los dogmas cristianos, que quieren *deshuesar* el Evangelio.

No cabe ser mas inconsecuente, y, hablando segun el lenguaje admitido, mas *irracional*.

La moral evangélica encierra en sí misma el dogma cristiano, y el dogma cristiano sostiene la moral evangélica. Hay entre ambos un enlace de necesidad tan estrecho, como el que puede haber entre la carne, los músculos y los huesos en la composicion del cuerpo humano.

Su enlace es aun mas íntimo, porque la moral es al dogma lo que el efecto á la causa, y la voluntad al motivo determinante: es el dogma en accion, la fe práctica.

Hay efectivamente una evidencia vulgar de que el resorte y el móvil de nuestras acciones está en la idea preconcebida de su motivo y de su necesidad. Nunca hacemos nada sin determinarnos anteriormente por la apreciacion verdadera ó falsa de su utilidad ó de su bondad. En este sentido no hay accion, cualquiera que sea que no tenga su *dogma*, su *fe*, y decimos su *fe*, porque, miradas las acciones de cerca, hay muy pocas, si las hay, que sean resultado de una evidencia absoluta de su misma razon de ser.—«¿Por qué os obstinais en no creer? dice un «gran filósofo cristiano. ¿No conoceis que la fe dirige y prece«de necesariamente todas nuestras acciones? ¿Qué labrador po«dria segar si no *confiase* á la tierra su simiente? ¿quién se atre«veria á pasar la mar si no *fiase* en la embarcacion y en el pi«loto? ¿qué enfermo se dejaria curar por el médico, si no le «merecia antes su *confianza*? ¿qué arte ó ciencia podríais apren«der, si no empezais por *creer* al maestro que debe enseñáros«la? Supuesto, pues, que todo en la vida estriba en la fe hu«mana, ¿con qué pretexto os atreveis á criticar la fe divina[1]?...»

[1] Teófilo, *Apologia*, núm. 8.—*Orígenes contra Celso*, libro I, núm. 11.

Hay sin duda en la incredulidad mas sinrazon de lo que pensamos.

Los menos desrazonables son sin embargo los que rechazan el Cristianismo en masa, moral y dogmas á la vez. Pero los que pretenden conservar su moral sin sus dogmas, ó en el fondo nada quieren de esta moral, ó bien, valiéndonos de una expresion de Malebranche, son espíritus nacidos para buscar en la idea del círculo todas las propiedades del triángulo.

Nosotros, que no queremos apartarnos del sentido comun, confesamos la verdad de que para persuadir á los hombres á recibir y practicar una moral tan severa y penosa para la naturaleza, es preciso darles razones muy grandes y positivas; y que si la moral es sobrehumana, las razones para practicarla deben serlo tambien; y en una palabra, que para tener virtudes son indispensables las creencias.

Irémos mas léjos todavía, y antes de entrar en el exámen del dogma, nos bastará la sola moral evangélica y el gran fenómeno de su realizacion en el mundo, para deducir esta consecuencia, que nos parece concluyente, á saber, que en pos de esta moral deben encontrarse necesariamente dogmas perfectos como ella, porque, como dijo muy bien Montaigne, *el sello especial de nuestra verdad es nuestra virtud.*

Esta razon compendiada de la fe cristiana, que es la del pueblo, es sin duda la mas sólida. La que se deduce del exámen de los mismos dogmas es mas contingente, porque depende de las disposiciones siempre inciertas y limitadas de nuestro espíritu; y la perfeccion de los mismos dogmas supone que la mayor suma de su evidencia debe encontrarse en la práctica, que es su objeto, y ellos deben mostrarnos siempre no el *cómo,* sino el *por qué* de las cosas.

La máxima de que al árbol se le debe juzgar por sus frutos no se ha hecho comun sino en fuerza de ser racional. Por este mismo principio deducimos del espectáculo del universo la verdad de la existencia de Dios. Pero si las bellezas del mundo material prueban su existencia, las del mundo moral probarán su intervencion en todas las verdades que á él se refieren, y la probarán además por el primero de todos los axiomas, es decir, porque no hay efecto sin causa, y por consiguiente nada en el efecto que no esté contenido en su causa.

Hé aquí las relaciones que tiene la moral con el dogma.

Por esto, ¡cosa notable! la quimérica distincion entre la moral y el dogma no fue nunca mas que especulativa, ni la hicieron sino aquellos delirantes en moral que jamás han descen-

dido de sus flotantes nubarrones á estudiarla sobre el escabroso terreno de la práctica. ¡No hay cuidado de que sacudan el yugo del dogma los que han puesto su mano en el arado del Evangelio! Su razon es clara: este mismo yugo es el que les obliga á andar hácia adelante.

Á mas de que, ¿en qué se fundarian para rechazar el dogma despues de haber admitido la moral? ¿no tienen ambos una misma cuna? La misma boca que dijo: *Amaos unos á otros*, ¿no ha sido la que dijo: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo?*

¡Singular respeto á la moral evangélica el que empieza por dar un solemne mentís á su autor!

La indigencia moral de los antiguos no procedia solo de su defecto de concepcion moral, sino de su defecto de *motivo*, es decir, de dogma; de manera que puede decirse que tenia orígen en su misma indigencia teológica.

Es indudable que la humanidad jamás ha podido vivir sin las nociones de Dios, de la inmortalidad del alma y de una justicia futura; pero estas nociones han sido siempre vagas, inciertas, incompletas y desfiguradas, fuera del seno del Cristianismo, por efecto de la accion disolvente de las pasiones y del espíritu humano, á quienes se hallaban abandonadas sin defensa, y que poco á poco las habia ido transformando á su imágen; como aquella estatua de Glauco, de que habla Plutarco, que colocada en la orilla del mar y constantemente batida y gastada por las olas, acabó por perder la figura de Dios, y no ser ya mas que una roca informe.

El Cristo, que se anunció á sí mismo como la Razon primitiva que habia comunicado á la humana razon aquellas verdades, y que tanto para el dogma como para la moral nada cambió en el plan primitivo del edificio espiritual, viniendo solo á retirar lo de debajo los escombros de nuestro entendimiento para restaurarlo y completarlo con los socorros que nuestra miseria reclamaba; el Cristo, decimos, vino á devolvernos aquellas nociones divinas en toda su antigua pureza, y nuevas nociones destinadas á poner á las primeras en armonía con una debilidad que no habia podido conservarlas, y las colocó para en adelante al abrigo de toda tentativa, debajo del baluarte de su autoridad, donde permanecieron de tal modo defendidas, que despues de diez y ocho siglos de continuos asaltos por parte del espíritu humano, se han conservado intactas y han visto estrellarse contra ellas infinitas herejías y sistemas, que solo debieron la celebridad á su propia caida.

Proponiéndonos nuevas virtudes, nos propuso tambien nue-

vas creencias, é igualó el resorte á la accion regeneradora que queria imprimirnos. Si con una mano nos indica un deber, con la otra nos revela una verdad, que es un motivo correspondiente: *Bienaventurados los que lloran...* PORQUE SERÁN CONSOLADOS, etc.

Abrió asimismo á la razon y al corazon del hombre perspectivas sublimes. Iluminó su entendimiento con nociones mas claras y positivas de Dios, del hombre mismo, de sus relaciones primitivas, de sus relaciones actuales y de sus relaciones futuras. Purificó las nociones que ya se habian ido adulterando, las desarrolló, las dilató, las completó, y sobre todo las certificó, poniéndolas al alcance de nuestra vision y haciéndonos gustar de lo imposible por la FE [1]: la Fe que enlaza la moral con el dogma y los sostiene á ambos por medio de esta union; la Fe, que es la flor de la caridad y la raíz de la esperanza [2], que nos conduce por la primera á todas las virtudes, y por la segunda á todas las verdades, estableciendo de este modo una correspondencia inmediata y continua entre el espíritu y el corazon del hombre, entre el mundo intelectual y el moral, entre la tierra y el cielo.

«Arquímedes pedia un punto de apoyo, y se comprometia á mover el mundo. El Cristo estableció este punto de apoyo, y renovó la faz de la tierra: punto de apoyo que es esa misma Fe, de la cual dijo Jesucristo *que el que la tendria, aunque no fuera mas que como un grano de mostaza, podria trasladar las montañas de un lugar á otro.*

Creemos, pues, que los dogmas deben ser estudiados bajo este punto de vista de su relacion con la moral; ó solamente desde aquí puede aspirarse á contemplarlos, si nos es lícito elevarnos á un punto de vista mas intrínseco. El concierto y la fecundidad de los medios respecto del fin propuesto constituyen la perfeccion de todas las cosas. El Cristianismo es un todo armónico que se resiste á la abstraccion y tiende á la unidad. En él nada hay inútil, no tiene nunca ninguna superfetacion. Quien tocase á uno de sus puntos conmoveria, por decirlo así, todos los demás. En este sentido es la Religion verdadera, en la cual todo se *halla enlazado*, y que lo *enlaza* todo de nuevo para recomponer la vida, que es la unidad. Considerar los dogmas demasiado en abstracto seria por consiguiente una falta de método; pues seria empezar por suponer en el Cristianismo un defecto que felizmente no tiene; y en este

[1] *Argumentum non apparentium.*
[2] *Substantia rerum sperandarum.*

sentido la oscuridad que opone á nuestras temerarias investigaciones para reconducirlas á una *evidencia práctica*, prueba su divinidad no menos que esta evidencia.

Hay sin duda espíritus que se ofuscan con esta oscuridad, y que quisieran que el Cristianismo pudiese prestarse á una estéril especulacion, dejando la moral, para no atender mas que al dogma, así como hay otros que quisieran abandonar el dogma para atenerse solo á una moral enteramente especulativa. Pero semejantes espíritus, que toman el vacío por la extension y el deslumbramiento por la luz, no conocen que esta propiedad *especulativa* que buscan en el Cristianismo seria la señal cierta de su debilidad, porque ese es precisamente el sello de las obras humanas. Decir *especulativo*, es decir *inactivo*. En este sentido Dios deberia ceder el lugar al hombre; porque sus concepciones no son menos superiores á su accion, por la sencilla razon de que pensar y obrar es en él una misma cosa. Exigir en el Cristianismo una penetracion de sus dogmas que se extienda mas allá de la esfera de su actividad moral, seria admitir que su autor obró como los hombres, que nunca pueden todo lo que quieren, ni realizan todo lo que conciben. Pero si el Cristianismo se resiste á esta asimilacion, si por un carácter que le es peculiar, nada tiene en sus dogmas que no esté enlazado con su moral, que siguiendo el rádio de su actividad se ve que se extiende tanto como el de su concepcion, y que esta no se desenvuelve sino en estrecha relacion con aquella, y que, en una palabra, estas dos están perfectamente adecuadas, debemos convenir en que su obra es divina, y que solo por una ilusion de nuestra miseria y vanidad vacilamos en reconocerlo.

Esta ilusion es en cierto sentido excusable, aunque no sea necesario fondear mucho en nuestra naturaleza para averiguar y reconocer el principio de donde se origina; porque, en fin, si nuestras concepciones exceden y pasan mas allá de la capacidad de nuestra accion, y si sin cesar nos lanzamos fuera de nuestra triste realidad para abarcar lo ideal y lo absoluto, damos con esto prueba de elevacion y de fuerza, y tenemos por lo mismo motivo de envanecernos. Sin embargo, al pensar así, no advertimos que esa elevacion es la elevacion de un ser caido, y esa fuerza la fuerza de un ser quebrado, es decir, un resto de elevacion y de fuerza que aspira á levantarse y rehabilitarse; esto era lo que le hacia decir á un sabio: *Muéstrame tu fuerza y yo te descubriré tu debilidad* [1]. Si poseyése-

[1] Dijo tambien Bossuet: «Trabajad todos los dias en excederos á vosotros mismos

mos la plenitud de la vida, no sucederia así: lo real y lo ideal se confundirian en nosotros como las aguas de un rio en su mayor creciente. De la misma manera que es un desatino decir que este rio no es profundo porque no se ven sus orillas, es tambien una ilusion de nuestra debilidad no descubrir la plenitud de la verdad y de la vida en una Religion en que la concepcion se confunde con la accion, y en que la sublimidad iguala á la profundidad.

Esta tendencia excesiva á la especulacion es además el distintivo de la filosofía de nuestra época, filosofía que no se deja inspirar mas que *de la razon pura*, que desdeña los hechos, que no cree mas que en la idea, y no considera la experiencia y la accion mas que como fenómenos transitorios, en los cuales es inútil fijar la atencion, y de los cuales hasta es bueno desentenderse para seguir una lógica arriesgada é impasible.

Esta filosofía de abstraccion y de aislamiento, cuyo orígen se remonta á Descartes, ha seducido con facilidad los talentos, entregándoles los espacios de lo *universal* y lo *absoluto*, y haciéndolos obrar en cierto modo como el Criador sobre el cáos y el vacío;—pero tambien los ha precipitado en ellos por carecer de contrapeso.

La razon pura no sugiere mas que ideas *generales*, no conociendo mas que lo *universal*. Pero lo *general* y lo *universal* no admiten sino lo *necesario*, porque lo *libre* es una potencia de derogacion de la generalidad, y no se conoce mas que por el suceso, por el acto; de donde se sigue que toda individualidad, toda personalidad, toda libertad debe desaparecer en el terreno de una filosofía semejante, y su *ultimatum* debe ser el panteismo y el fatalismo.

Ha llegado ya á este *ultimatum*, se ha perdido en él, y su triunfo se ha convertido en su sepultura.

La filosofía habia abierto al mismo tiempo la sepultura de las sociedades, porque las pasiones, buscando siempre pretextos que las autoricen, sobre todo cuando tienen alguna apariencia de austeridad, no tardaron en hacer descender á esta filosofía hasta su dominio, y á traducirla por teorías, tanto mas absolutas cuanto se las creia inspiradas, tanto mas libres cuanto se creian, hablando filosóficamente, necesarias.

Oyéronse entonces gritos de terror; y ese instinto de conservacion, que se manifiesta en las sociedades en dias de gran

«*ya que tal es á un tiempo la grandeza y la debilidad del espíritu humano, que no podemos «igualarnos á nuestras propias ideas;* tal es el cuidado que tomó en marcar su infinidad «en nosotros aquel que nos formó.» *(Discurso á la Academia francesa).*

peligro, hizo conocer al primer golpe de vista toda la extension del mal y su principio.

Entonces tuvieron lugar las denegaciones, las retractaciones y las conversiones verdaderas ó simuladas al divino paladion.

La Alemania, que habia sido la primera en entregarse á las licencias de la *razon pura*, y que sobre los pasos de Kant, de Hegel y de Strauss habia llegado en sus últimos discípulos al ateismo enmascarado, asiste en la actualidad á una gran leccion, leccion que no debe ser perdida para nosotros, ya que habíamos participado de su extravío.

Schelling, uno de sus mas distinguidos pensadores, que junto con Hegel habia evocado el panteismo, acaba de salir de la oscuridad en que vivia hace algunos años, y ha causado en Alemania una admiracion provechosa, procurando con todas las fuerzas de su inteligencia resucitar aquel mismo Cristianismo que tanto habia trabajado para destruir.

¿Saldrá bien de su empresa? Hé aquí la cuestion en cuyo desenlace parecen agitarse los destinos religiosos de la Alemania, y cuya sola existencia constituye ya un gran progreso hácia su renovacion [1].

Segun la opinion de un narrador de esta importante controversia, parece que Schelling abandona demasiado la explicacion moral para concretarse á la explicacion puramente didáctica del Cristianismo, y que queriendo acomodar demasiado la fe á las exigencias de la ciencia humana, se expone á no satisfacer ni á la ciencia, ni á la fe.

Por esto, volviendo á nuestro propósito, es preciso tomar al Cristianismo entero, tal como se halla, y principalmente con su actividad moral que es como el foco de su evidencia, porque ella explica los dogmas en su verdadero objeto, y los hace obrar á nuestra vista con toda claridad [2].

[1] Esto se escribia en 1843.

[2] Consúltese un articulo muy notable, publicado por A. Lèbre en la *Revista de ambos mundos*, en enero de 1843, con el título de *Crisis de la filosofia alemana*.

Todos los esfuerzos de la Alemania protestante para recobrar la verdad cristiana han abortado además por la carencia del principio de autoridad. La Alemania hubiera conservado esta verdad, si fuese capaz de recobrarla. La razon necesita de una autoridad superior, aunque no fuera mas que para conservar sus conquistas y defenderlas contra sus propias revueltas. Sin esto, la razon levantaria solo montañas de arena, que todo lo llenarian, sin poderse sostener á sí mismas. «Todas estas filosofías diversas (dice «en conclusion A. Lèbre), tan altivas en sus pretensiones, tan miserables en sus resul«tados, impotentes para crear nada, solo saben destruirse mútuamente. De todo ese tra«bajo de la inteligencia nada mas queda que una crítica insaciable que á nada perdo«na: es un nuevo diluvio que se aumenta, crece, se extiende y amenaza invadir con «sus amargas aguas los elevados asilos, que se habian buscado para librarse de sus es«tragos.»

No queremos extender mas estas consideraciones preliminares, porque deseamos con ansia justificarlas por medio del exámen sucesivo de los dogmas cristianos. Aquí solo era necesario fijar el punto de vista de este exámen para no dejar perder en insuficientes ó supérfluas investigaciones una atencion que no sabríamos economizar lo bastante. Sucede á la verdad lo que á la virtud: *In medio stat:* mas acá ó mas allá no hay nada, y prueba tanta sabiduría y tanta fuerza el contener á la razon en sus límites, como el desenvolverla dentro de ellos.

CAPÍTULO V.

NATURALEZA Y ATRIBUTOS DE DIOS.

I. CREDO IN UNUM DEUM.

El que reflexionase detenidamente en este hecho: La creencia en un Dios único, espiritual y criador, es un don que el Cristianismo hizo á la tierra y que se lo conserva; ese, decimos, llegaria necesariamente á confesar la divinidad del donador. La misma mano que hace salir el sol sobre el horizonte y lo conserva en él, es la sola que pudo hacer que se levantase y se sostuviese esta gran verdad sobre la bóveda de la inteligencia.

Tal vez se nos dirá que somos deudores de esta verdad á la sola naturaleza; que la conciencia la proclama; que la sola razon la demuestra, y que se sostiene por su propia evidencia.

Aceptamos desde luego esta pretension, y convenimos en que semejante verdad es tan sólida y brillante, tan proporcionada á nuestra comprension, que parece tenerlo todo de sí misma, y que el demostrarla es mas bien un entretenimiento: tan vulgar es, tan popular, tan natural.

Por consiguiente, la debilidad del espíritu humano, que la habia universalmente perdido, se hace mucho mas palpable con esto, y el poder, que nos la devolvió y nos la conserva tan fuertemente, se muestra cada vez mas divino. Solo el que es autor de la naturaleza pudo hacer natural una verdad *que totalmente habia dejado de serlo*, y solo él pudo influir sobre el espíritu humano hasta el punto de asimilarle una verdad que hasta entonces le era desconocida.

No nos envanezcamos sin motivo: los dogmas de la natura-

leza lo deben todo á los dogmas de la Religion, dijo Voltaire, y el Catecismo sirvió á Descartes en sus meditaciones mas de lo que generalmente se cree.

No confundamos dos cosas tan distintas como son el concebir una verdad y el explicarla. Las meditaciones de Descartes pueden hacernos concebir la existencia de Dios, que por otra parte al menos se concibe, pero el *hecho* de esta existencia debe de habernos sido anteriormente enseñado. Aunque todos tuviéramos el talento de Descartes, abandonados á nosotros mismos, no hubiéramos llegado nunca á sospecharlo; y no solamente no hubiéramos nunca imaginado la bellísima respuesta que da el Catecismo á esta pregunta: *¿Quién es Dios?* pero ni aun semejante pregunta se nos hubiera ocurrido jamás. Así lo reconoce un filósofo contemporáneo, citado ya, editor y apóstol de la filosofía de Descartes:—«La fe, dice, re-«vela el *hecho*, y entrega el *cómo* ó la manera á las disputas de «los hombres; anuncia la *solucion*, y deja subsistir el proble-«ma [1].» Pues bien, buscad el *cómo* cuanto querais, estudiad las leyes del problema y sus relaciones con la solucion, todo esto se os concede, estais en vuestro derecho: *Tradidit disputationi eorum*. Esta parte es grande y preciosa, es del patrimonio de la filosofía, y nadie puede disputársela... Pero en cuanto al *hecho* y á la *solucion*, confesamos que no los hubiéramos jamás conocido, si la mano de Dios no los hubiese traido, y si no los conservase con tanta firmeza en medio de nosotros. *Á Dios nadie le vió jamás*, dice el Evangelio con su profunda sencillez: *el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, el mismo lo ha declarado* [2].

La verdad religiosa, y particularmente la de la existencia de un Dios único, espiritual y criador, se hallaba del todo apagada en el mundo cuando vino el Cristianismo á encenderla de nuevo; y esta resurreccion del género humano á la verdad supone un poder igual al de su misma creacion. Hemos hablado ya en globo de este hecho en el capítulo de la *Necesidad de una segunda revelacion;* pero jamás se meditará lo bastante sobre él, porque precisamente de este abismo de tinieblas es de donde se destaca la radiante claridad del Evangelio y la divinidad de su autor.

Hacia tres mil años que ninguna boca humana pronunciaba nunca la palabra *Creo,*—CREO EN UN SOLO DIOS.—¿Cuál es

[1] *Introduccion á las obras de Descartes*, por Julio Simon, pág. 4.

[2] *Deum nemo vidit unquam: Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* (Joan. I, 18).

el orígen y la data, y quién fue el primero en entonar ese magnífico símbolo que se canta y se proclama de un extremo al otro del mundo, y que la solemne voz de los pueblos hace resonar hasta la bóveda de los cielos? Bien lo sabemos todos: doce pobres barqueros, reunidos á orillas de un lago por Jesucristo, fueron los primeros promulgadores del dogma de la unidad de Dios en el mundo, y los primeros catequistas de las naciones. Antes de ellos y á su rededor ¿qué vemos? Un completo vacío de esta verdad en el espíritu humano, todas las inteligencias sumidas en la idolatría y en el politeismo; los mas aventajados entendimientos filosóficos agotándose en la investigacion del *primer principio*, y al través de infinidad de sistemas que nos causa horror el nombrar, viniendo todos á perderse en el panteismo ó el dualismo, sin que ninguno se aproximase á la idea de Dios criador; sin que ninguno llegase á desenvolver la idea de su espiritualidad, de su santidad, y su independencia; y el género humano entero hecho como ciego sobre esta grande verdad, y confesando á la faz de todo el universo su ignorancia: DEO IGNOTO [1].

Entonces fue cuando se presentó en la ciudad de los filósofos aquel bárbaro, aquel ignorante que se vanagloriaba de no saber mas que á Jesucristo crucificado. Las primeras palabras que pronunció llamaron la atencion de *algunos filósofos epicúreos y estóicos; lo cogieron, y lo llevaron al Areópago, diciéndole: ¿Podemos saber qué* DOCTRINA NUEVA *es esa que predicas? Pues nos hablas de ciertas cosas* DE LAS CUALES NO TENÍAMOS CONOCIMIENTO, *y queremos saber qué quiere decir esto.*

Pablo, pues, de pié en medio del Areópago, les dijo:

«Varones atenienses, en todas cosas os veo religiosos hasta «el exceso. Porque pasando y viendo vuestros simulacros, ha«llé tambien un altar, en el que estaba escrito: AL DIOS NO «CONOCIDO. Á ese, pues, que vosotros adorais sin conocerlo, ese «es el que os anuncio.

«El DIOS que hizo el mundo y todas las cosas que hay en «él, y que es Señor del cielo y tierra, no mora en templos he«chos de mano de hombre:

[1] «Todos los que no han conocido el Evangelio, dice Voltaire, se alejaron al mismo «tiempo de la verdadera filosofía, que consiste en la adoracion de un solo Dios, se aban«donaron á las supersticiones, y solo pudieron decir cosas insensatas... Y no fueron «solo los pueblos los que se abandonaron á semejantes extravíos, pues el error llegó á «embriagar hasta la cabeza de los sabios. La contemplacion de la naturaleza les con«dujo hasta admitir un poder supremo inteligente; pero quizá no es dado á la razon «humana adelantar un paso mas sin estar asistida por un socorro divino.» (Voltaire, citado en *La razon del Cristianismo*).

«Ni es servido por manos mortales, como si necesitase de «alguna cosa, pues él mismo da á todos vida, y respiracion y «todas las cosas.

«Él es el que de un solo hombre hizo todo el linaje humano, «para que habitase en toda la haz de la tierra, señalando á «los hombres el órden de los tiempos y los términos de su ha- «bitacion.

«Para que buscasen á Dios, si por ventura lo pudiesen tocar «ó hallar, aunque no está léjos de cada uno de nosotros.

«Porque en él mismo vivimos, y nos movemos, y somos, y «como dijeron tambien algunos de vuestros poetas, porque de «él tambien somos linaje.

«Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la «Divinidad es semejante á oro, ó plata, ó piedra, labrados por «arte ó industria de hombre.

«Y Dios, disimulando los tiempos de esta ignorancia, anun- «cia ahora á los hombres, que todos en todo lugar hagan pe- «nitencia;

«Porque ha establecido dia, en el cual ha de juzgar el mun- «do segun su justicia [1].»

De este modo el dogma de la unidad, de la espiritualidad y de la omnipotencia creatriz de Dios, volvió por medio de esta voz y de la voz *de los doce* á circular otra vez en el mundo como la vida en un cuerpo ya prometido al sepulcro, y que la ignorancia y el error cayeron del trono de la inteligencia.

Apelamos aquí á la sana razon: La voluntad que obró todas estas cosas ¿no es mas poderosa que el mundo? ¿No habia estado este trabajando por espacio de tres mil años para encontrar lo que aquella le dió despues en un instante? ¿Cuál habia sido el resultado de los esfuerzos hereditarios del humano espíritu, sino el irse alejando cada vez mas de la verdad, y dar á esta un motivo mas brillante de triunfo?

Pero parece que hay todavía algo no menos sobrehumano que el retorno de esta verdad á la tierra, y es su permanencia y conservacion.

Es absolutamente preciso que haya algo de mas que humano en la manifestacion de la verdad cristiana, porque se conserva en los mismos lugares en que la verdad natural habia perecido del todo. El espíritu humano, considerado en sí mismo, es igual en todos tiempos, y aparece idéntico antes y despues de Jesucristo; ¿por qué, pues, antes de Jesucristo este espíritu no pudo conservar la verdad, y se habia extendido el

[1] Act. XVII.

error, y se habia apoderado de las mas elevadas inteligencias siendo así que despues de Jesucristo la misma verdad se ha mantenido, aclimatado y asimilado las inteligencias mas humildes y mas groseras [1]? ¿Por qué cualquiera niño del pueblo á quien preguntais sobre *Dios,* os dice de él cosas mas perfectas, mas sublimes y mas sólidas que lo que los Anaxágoras y los Platones no llegaron á sospechar en sus mas profundas meditaciones? ¿Por qué Dios es reconocido como un puro espíritu, y adorado en espíritu y verdad, no ya por algunos hombres sabios, y aun estos en corto número, sino por naciones enteras, por hombres y mujeres, niños y grandes, sabios é ignorantes, los cuales todos os dirán hoy dia en alta voz: *Yo sé, yo creo,* sobre la misma materia en que solo tres ó cuatro genios de la antigüedad á lo mas decian: *Es posible, tal vez;* y esto sucede hace ya diez y ocho siglos? ¿Quién comunica al espíritu humano esta luz y esta fe en lo *invisible*, á pesar de su natural tendencia á entregarse siempre á las cosas sensibles? ¿Quién contiene en el horizonte de la inteligencia todas esas espesas nubes del sensualismo, de la supersticion y de la idolatría que cubrian en otro tiempo al mundo, para no permitir que luzca en el mundo mas que el sol de la verdad, sin que el error pueda lograr otra cosa que hacer resaltar su brillantez cambiando á su rededor sus ligeras formas?

Parece imposible no ver en todo esto algo mas que humano, y no reconocer que solo el que dijo á la mar: *De aquí no pasarás,* pudo tambien decir al error: *Nunca prevalecerás.*

El puro judaismo anterior á Jesucristo,—es decir, el Cristianismo de los tiempos antiguos,—nos presentó ya el mismo fenómeno, aunque en compendio, y esta semejanza prestará nuevo realce á la verdad que vamos estudiando.

En efecto, vimos ya que era imposible explicar humanamente cómo el pueblo judío, el mas antiguo de todos los pueblos, pueblo carnal y grosero si se compara con la mayor parte de las naciones civilizadas del Asia y de la Grecia, habia conservado el culto de un solo Dios espiritual en medio de la universal idolatría, y cómo, hostigado de todas partes por las se-

[1] Esto es lo que habia sido pronosticado en el libro del *Eclesiástico*, en cuyos términos se ha parado poco la atencion. «La luz de mi doctrina, con que ilumino á todos, es «como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los remotos tiempos. *Penetraré todas las partes mas hondas de la tierra*, y echaré una mirada sobre todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor. Yo proseguiré difundiendo la «doctrina como profecía, y la dejaré á aquellos que buscan la sabiduría, *y no cesaré de anunciarla* á toda su descendencia hasta la eternidad santa.» (*Eccli.* XXIV, 44, 45, 46). Véase el desenvolvimiento y explicacion de esta importante profecía, desde la página 8 á la 12 de este tomo.

ducciones y las tinieblas del politeismo, habia atravesado toda la antigüedad sin dejar extinguir la centella de verdad y de vida que llevaba en su seno.

Mas hé aquí lo maravilloso del prodigio: ¿de qué modo esta misma centella que se hallaba perdida en la noche de los tiempos, que por espacio de tres mil años no habia podido comunicar el mas mínimo resplandor á todo lo que la rodeaba, y cuya sola conservacion era un prodigio, se convirtió de repente, bajo el soplo de Jesucristo, en una hoguera universal que abrazó toda la tierra, purgóla para siempre de la idolatría, y ha continuado durante diez y ocho siglos difundiendo sus resplandores por todas las naciones?

La experiencia es grande y manifiesta, y nadie puede negar los hechos. Su comprension es tan sencilla, que está al alcance de la inteligencia mas limitada.

Si el teismo no hubiese existido en ningun punto de la tierra antes de Jesucristo, la ignorancia absoluta del mundo pagano hubiera explicado hasta cierto punto su extravío, como el atractivo de la novedad y de los descubrimientos hubiera explicado relativamente su conversion. Sin embargo, esto no es mas que una mera hipótesis.

Pero el teismo tenia un pueblo entero de adoradores: la luz estaba en el mundo, aunque el mundo no la veia. Principalmente en los dos últimos siglos que precedieron á la venida de Jesucristo, la nacion judía se derramó por todo el universo civilizado, llevando consigo los Libros santos traducidos en lengua vulgar, y á pesar de esto ni un solo hombre se convirtió, ni todo aquel movimiento excitó mas que una estúpida admiracion.

Lo que todo un pueblo no habia podido conseguir sobre un solo hombre, doce hombres ¡y qué hombres! lo consiguieron luego sobre todo el universo.

Y ¡cosa admirable! estaba escrito en los libros de aquel pueblo que sucederia así, ¡tan ordenado y concertado se hallaba todo por aquel poder que cambió la faz del mundo cuando quiso y de la manera que quiso!

¿Era posible que semejante poder no fuese superior á la capacidad del hombre?... En este caso el efecto seria mayor que la causa, es decir, que habria efecto sin causa.

Pero no está todo aquí.

La verdad religiosa fue creciendo en intensidad al mismo tiempo que crecia en difusion.

Si el teismo judáico hubiese logrado propagarse por el mun-

do pagano, hubiera ido perdiendo en pureza lo que ganaba en difusion: esta es la ley ordinaria de todas las cosas. Por lo menos no hubiera nunca difundido mas claridad de la que en sí mismo tenia, ni la fuerza de sus rayos hubiera podido ser mayor que la de su foco.

Pero es positivo que el teismo cristiano es infinitamente superior en pureza y fecundidad al teismo judáico, tanto mas que lo absorbió en la universalidad de su difusion.

Es por consiguiente preciso por esta misma razon que un elemento superior al teismo judío, el cual supone ya en sí mismo un elemento superior al politeismo en que se hallaba sumido el linaje humano, se apoderase del mundo, y le trajese una luz que en ninguna parte existia.

Mas adelante nos remontarémos hasta el foco de esta luz, y la verémos brillar, no en medio de truenos y relámpagos, sino rodeada de misericordia y de sangre, en la cumbre del Calvario, en el Sínai de la nueva ley.

Entre tanto recojamos su efecto, examinando al teismo judáico con un espíritu de penetracion y descubrimiento, que el mismo judaismo no conocia, y que sucediéndole vino á fecundarlo.

II. Yo soy el que soy.—Esta es la definicion que de Dios nos da la fe, haciéndole hablar á él mismo. Definicion misteriosa y profunda, cuyo valor solo el Cristianismo nos ha revelado. Esta solucion del gran problema de la naturaleza de Dios quedó efectivamente como problema, hasta que mostrándonos el Cristianismo de una manera sensible los atributos divinos en Jesucristo, vino á traernos los elementos de una nueva solucion, y á dar al espíritu humano una penetracion filosófica que nos permite sacar del *sum qui sum* de la Biblia toda la cadena de verdades que enlaza á la tierra con el cielo.

Únicamente Dios existe por sí solo. Todo lo demás tiene el *ser* prestado, solo él lo posee en su principio. Todo lo demás es *causado*, solo él es *causa*, causa de todo, por consiguiente todo causado por él; en una palabra, todo lo demás *existe*, solo él *es*. Esto es lo que explican con sublime energía y admirable concision aquellas palabras: Yo soy el que soy; es decir, no debe buscarse fuera de mí la causa de mí mismo, porque la llevo en mí, y esto es precisamente lo que me constituye y me distingue de todos los demás seres: Yo soy el que soy, y solo yo puedo llamarme así, y este nombre es incomunicable.

Todos los demás seres, producidos por la voluntad de este

Ser supremo, no pueden jamás confundírsele, y su definicion hiere al panteismo con una irremediable reprobacion.

Es evidente, en efecto, que todos los seres que vemos están limitados al tiempo y al espacio, empiezan y acaban, y por consiguiente, la causa de su ser les precede y les sobrevive, y es necesariamente distinta de ellos. Perpétuamente van caminando de la nada al ser y del ser á la nada. *No son, llegan á ser*, y ninguno de ellos puede con propiedad decir *yo soy*. *Fueron* ó *serán*, pero entre aquel pasado y este futuro que se suceden y pasan como dos olas una sobre otra, no existe *presente*. Sin embargo, el *presente* debe existir en alguna parte, porque si no hubiese presente, no habria ni pasado ni futuro. El Ser siempre presente, es decir, eterno, se diferencia, pues, esencialmente de todos los seres, como las orillas y el álveo de un rio se diferencian de sus aguas. Él es todo *el ser*, y no todos los seres. Todos los seres lo suponen, y lo suponen fuera de sí mismos, como la esencia inmutable *del ser*, sin que ellos mismos estén fuera de él. En una palabra, es el solo, el ÚNICO, que, encerrado en sí mismo, y viendo que todo pasa sin que nunca ni nada se ponga delante de él, puede siempre decir con igual propiedad: YO SOY EL QUE SOY.

Hé aquí cómo la unidad, la eternidad, la soberanía y la personalidad de Dios, que son la esencia de su naturaleza, se afianzan inmutablemente sobre esta definicion que á él solo puede aplicarse.

De esta misma definicion vamos á ver derivarse todos sus demás atributos:

La verdad es lo *que es:* el *Ser que es el que es*, es, pues, la verdad misma.

Es todo *santidad*, porque siendo la imperfeccion un límite y una alteracion del *ser*, no puede acercarse al que es el *Ser* por esencia, y al cual nada falta, puesto que nada hay fuera de él que *sea siendo*.

Es todo *justicia*, porque no siendo la justicia mas que una conformidad á la ley de la verdad, esto es, *del ser*, no permitiendo Dios ningun cercenamiento ni ninguna infraccion en su esencia, no hace mas que conservar su naturaleza y ser semejante á sí mismo.

Es todo *poder*, porque nada *es* sino por él, y él *es* por sí solo.

Es todo *bondad* y todo *amor*, porque el que todo lo puede y tiene en sí *todo el ser*, nada tiene que temer ni envidiar, ni ningun interés puede moverle á hacer mal; pues siendo el mal la destruccion del *ser*, se dañaría á sí mismo cometiéndolo; y por

el contrario, siendo la bondad y el amor la expansion del *ser*, cumple con la ley de su infinidad, y corresponde á su plenitud siendo liberal y fecundo.

Es todo *belleza*, porque lo bello es el esplendor de lo verdadero, del mismo modo que lo verdadero es el esplendor del *ser*.

Es todo *felicidad*, porque la felicidad es la plenitud del *ser*.

De esta manera, con la fórmula, y como la clave que el mismo Dios nos da, podemos penetrar en su naturaleza y en sus atributos.

Podemos penetrar asimismo hasta el verdadero conocimiento de nuestros deberes é intereses.

De todos los seres de este mundo el hombre es el único capaz, por el privilegio de la libertad, de alejarse ó acercarse al *Ser* por esencia, á Dios. Nadie puede aspirar á la soberana perfeccion de Dios; pero cuanto mas se le acerca, mas se va perfeccionando: de donde se sigue que la imperfeccion, es decir, lo que llamamos error, vicio, injusticia, debilidad, malicia, etc., es un alejamiento de Dios, una diminucion del *ser* en nosotros, una participacion de la nada [1]. Al contrario, todo lo que es verdad, virtud, justicia, bondad, etc., es la reproduccion, la asimilacion del *ser* en nosotros, la vida, y la vida eterna. De aquí esa filiacion de ideas que nos obliga á confesar y sentir todos los dias que no hay felicidad sólida fuera de la virtud, que no hay virtud mas que en el culto y el amor de la verdad, y que no hay, en fin, verdad completa y por esencia sino en Dios, á quien debemos encaminarnos si queremos gozar de todas las cosas, sin fijarnos en ninguna de ellas, porque él solo es su principio y complemento. De donde se sigue tambien, que no siendo todas las criaturas, y nosotros mismos, en una palabra, todo lo que no es Dios, mas que una especie de efemérides del *ser*, aficionarnos á ellas y seguirlas es extraviarnos y empobrecernos miserablemente; así como hacernos superiores á ellas para adherirnos tan solo al *Ser* por esencia, es aspirar á nuestra dicha y perfeccion, es darnos mas *ser*, porque es fijarse en la fuente inagotable del *ser*, esto es, como dijimos ya, en la fuente de toda verdad, de toda justicia, de todo poder, de toda bondad, de toda belleza y de toda felicidad.

¡Qué sublimidad y sencillez! ¡qué fecundidad y unidad en un mismo dogma! La inteligencia no es capaz de comprenderlo enteramente, y debe de necesidad ser así; debe perder-

[1] Este es el motivo de haber dado los latinos el nombre de *nequitia* á la *maldad* para denotar que no es otra cosa sino un cercenamiento del *ser*, y una negacion: y por la misma razon llamaron á los malvados *hombres de nada, homines nihili.*

se en él por la parte de Dios que será siempre superior á sus alcances; pero por otro lado, por lo que hace relacion á sí misma, á los sentidos y á todas las criaturas, ¡cuán grandes no son y cuán admirables el desapego, la dominacion y la superioridad, que la misma inteligencia alcanza en la despejada region por donde va volando con las alas de la fe! y ¡cuántas garantías no va adquiriendo de la verdad y exactitud de lo que todavía no le es dado conocer por completo! Como el águila, reina de los aires, calcula la elevacion de su vuelo por el alejamiento y diminucion de la tierra que ha dejado.

Se ha dicho que el ejercicio de la razon es inconciliable con la fe, y que la filosofía ganaria mucho emancipándose de la teología. Es lo mismo que decir que para dar á un pájaro mas ligereza y libertad seria preciso descargarlo del peso de sus alas. La razon no puede por sí sola elevarse sobre los sentidos, en donde pronto se extingue como si estuviera en el vacío, falta de aire, de luz y de horizonte. Por esto debe levantarse mas allá de las cosas naturales y sensibles, y pidiendo sus auxilios á la fe, que no la destruye, antes bien la ayuda y la lleva sobre sus alas á alturas donde jamás hubiera llegado sola, por mas que colocada en ellas vuelva á la razon al ejercicio natural de sus facultades. No separemos nunca la fe de la razon, porque ambas saldrian perjudicadas. Obran recíprocamente ó se replegan una sobre otra segun la naturaleza de las materias de que la inteligencia se ocupa. No son otras entonces, forman no mas que una sola: que es la razon con alas [1].

III. Pero á estas alturas metafísicas no pueden aspirar todas las inteligencias, y Dios, Padre y Salvador de todos los hombres, debia por lo mismo descender á explicaciones mas explícitas y populares.

Esto es lo que ha hecho admirablemente en cada página de los Libros santos con un lenguaje, que, como verémos, prueba la divinidad de la Religion que es su depositaria, lenguaje en el cual vive y habla á los hombres como en otro tiempo Moisés desde la *zarza ardiente.*

«El Señor es el Dios verdadero, el Dios vivo, el Rey eterno. «Su indignacion hace temblar la tierra, y las naciones no pue-

[1] Puede decirse que, hasta en las cosas que no pertenecen á la fe, experimenta la razon los efectos de su alianza, y obra en ellas con una penetracion y una libertad que recuerdan aquellas hermosas palabras de Lemierre: «Hasta cuando camina, se conoce «que el pájaro tiene alas.»

«den sostener sus amenazas.—Su poder crió la tierra, su sa-«biduría arregló el órden del mundo, y su inteligencia exten-«dió los espacios del cielo.—Dijo, y todo fue hecho.—Sea la «luz: la luz fue.—Estando solo formó los cielos.—Lanzó al «aquilon en el espacio, y suspendió á la tierra sobre el vacío. «—Midió todas las aguas con la palma de su mano, afirmó los «cielos con su pulgar, comprimió el polvo de la tierra con sus «dedos, y pesó las montañas con un pesillo.—¿Quién es el que «encerró el mar en sus límites, que amenaza siempre traspa-«sar, como si quisiera salir de madre? Púsole puertas de are-«na, y le dijo: hasta ahí llegarás, y de ahí no pasarás.—Al-«zad los ojos y ved al que crió todos esos mundos, que hace «salir su ejército ordenado, llama á cada uno por su nombre, «y ninguno se oculta á su sagacidad.—El Señor envia la luz, «y la luz marcha á donde él la envia; la llama luego á sí, y «ella le obedece temblando. Cada estrella brilla en su sitio y «se goza en su destino, desde que al llamamiento de Dios to-«das contestaron: *Aquí estamos*, y brillaron contentas ante el «que las crió.—El que vive eternamente lo crió todo de una «vez.—¿Quién ayudó al espíritu del Señor? ¿ó quién fue su «consejero, y le hizo saber? Todas las naciones no son delante «de él sino como una gota de agua que cae de un arcaduz, ó «como un pequeño grano que apenas hace inclinar una ba-«lanza. Todos los árboles del Líbano no bastarian para encen-«der el fuego del sacrificio que le es debido, y todos sus ani-«males no bastarian para ser un holocausto digno de él. To-«dos los pueblos del mundo son como si no fueran en su presen-«cia, y los mira como nada y cosa vana.—Una voz me dijo: «Clama; y dije: ¿Qué he de clamar? Toda carne es heno, y to-«da su gloria como la flor del campo: se secó el heno, y cayó «la flor, porque el espíritu del Señor sopló en él. El pueblo es «verdaderamente heno: se secó el heno y cayó la flor; pero la «palabra de Nuestro Señor permanece eternamente. ¿Á quién «habeis asemejado á Dios? ¿ó qué imágen haréis de él? ¿Aca-«so no sabeis *quién soy yo? Yo soy aquel* que está sentado so-«bre la redondez de la tierra, y á su presencia son como lan-«gostas sus moradores: *soy* el que extendió los cielos como na-«da, y los desplegó como una tienda. El que hace á los escu-«driñadores de secretos como si no fueran, y que hizo como «nada los jueces de este mundo... Yo soy el Señor, yo soy el «primero y el último. Yo solo seré justificado, y permaneceré «invencible, Rey, en mi eternidad.

«No digais nunca: Me esconderé, y desde la altura de su tro-

«no no se acordará de mí. En medio de tan gran multitud de «personas no seré notado ni conocido: ¿qué es mi alma entre «tanta inmensidad de cosas criadas? Este pensamiento es loco «é impío: es como si el barro se levantase contra el alfarero, «y dijera el vaso al que lo formó: No eres tú el que me hicis- «te; y como si la obra dijese al que la hizo: eres un ignorante. «Pues bien, el cielo, y los cielos de los cielos, y el abismo, y «toda la tierra, y todo lo que ellos contienen tiemblan en su «presencia... Vos me habeis probado, Señor, y habeis conoci- «do mis antiguos pensamientos; habeis escudriñado todas mis «acciones y sus mas secretos resortes, y todos mis pasos han «quedado patentes á vuestras miradas. ¡Qué puedo deciros ya! «Todo lo conoceis, lo nuevo y lo mas antiguo; me formásteis «y pusísteis sobre mí vuestra santa mano. Admirable es el co- «nocimiento que de mí teneis, y nada puedo hacer contra él. «¿Dónde podria esconderme á la accion de vuestro espíritu, y «de qué modo podria evitar vuestra soberana faz? Si subo al «cielo, allí estais Vos; si bajo al infierno, tambien allí os en- «cuentro: si desde la mañana emprendo mi camino para huir «á la extremidad de los mares, vuestra mano me conduce y «vuestra diestra me guia. Yo me dije: Tal vez las tinieblas me «ocultarán; pero hé aquí que la noche se presenta enteramen- «te iluminada para descubrirme, porque para Vos no hay ti- «nieblas, y la noche y el dia son semejantes á vuestros ojos.

«Á causa de su omnipotencia, es Dios paciente con nosotros, «y derrama sobre los mortales el torrente de sus misericordias. «De todo os compadeceis, Señor, porque todo lo podeis; y di- «simulais los crímenes de los hombres para darles lugar á la «penitencia. Nada aborreceis de cuanto Vos mismo hicísteis, «ni ninguna de vuestras criaturas salió de vuestras manos «aborrecida de Vos. ¿Cómo podria subsistir ni un solo instan- «te la mas vil de las criaturas, si Vos no lo quisiéseis, ó mas «bien si Vos mismo no la conserváseis? Á todas perdonais, «pues, porque os pertenecen, amable Dueño de nuestras al- «mas. ¡Qué bueno y suave sois, Señor, para todos nosotros! «Enderezais los pasos de los que se extravian, advirtiéndoles «en secreto de las cosas en que pecan, á fin de que, abando- «nando su injusticia, crean en Vos, Señor. Y no porque no ten- «gais poder para sujetar á los impíos y exterminarlos, sino «que queréis contemporizar para dar tiempo á su arrepenti- «miento, de modo que no temiendo á nadie, concedeis el per- «don á todos. ¿Quién se atreverá á deciros: qué habeis hecho? «¿Quién podrá rebelarse contra vuestros juicios, formidable

«vengador de las iniquidades de los hombres? ¿Ó quién podrá «imputaros la pérdida de las naciones que Vos solo formás- «teis?... Ni el rey, ni el tirano podrán nunca reconveniros por «los que hayais perdido; porque sois justo y obrais siempre con «justicia; y considerais indigno de vuestro poder condenar al «que no lo merece. ¡Soberano Dominador! vuestros juicios son «siempre tranquilos, y los usais con nosotros con una reserva «excesiva, porque siempre tendréis ocasion de ejercer vuestro «poder cuando será de vuestro agrado.

«Por esto, así como nadie mas que Vos puede hablar de vues- «tro poder y justicia, así nadie sino Vos mismo puede tampo- «co hablar de vuestra misericordia y de vuestro amor.—Dios «ha colocado la grandeza de su misericordia sobre los que le «temen á tanta altura como lo está el cielo de la tierra, y ha «metido tanta distancia entre nosotros y nuestras iniquidades, «como la que hay entre el Oriente y el Occidente. Se compa- «dece de los que le temen, como un padre de sus hijos, por- «que conoce el barro de donde nos ha sacado, y se acuerda que «somos polvo. Conduce su rebaño á los pastos, como el pastor «que apacienta sus ovejas; y conteniendo y guiando á los tier- «nos corderos, los hace descansar á veces en su seno, y á ve- «ces lleva sobre sus hombros á las ovejas preñadas.—¿Puede «acaso la madre olvidarse de su hijo, y no compadecerse del «fruto de sus entrañas? Pues bien, aunque ella pudiese hacer- «lo, dice el Señor, yo no me olvidaria nunca de vosotros [1].»

¿Quién no admira lo profundo y sublime de estas nociones de Dios? ¡Cuán fáciles y comprensibles se hacen, por la sencillez de su expresion, esas vastas y elevadas ideas que de él nos da la fe!

Pero sobre todo parece que bajo el imperio de la nueva ley el que se llama *Dios escondido* ha querido abdicar este título para *venir á la tierra y conversar con los hijos de los hombres*. Parece efectivamente que en los santos Evangelios, Dios en la persona de su Verbo se ha complacido en tomar á nuestros ojos todas las formas capaces de hacérnoslo conocer y hacerlo accesible hasta á los mas ignorantes. Todos sus atributos resplandecen en el Evangelio, y se nos ofrecen de una manera sublime y popular á la vez, bajo el velo de aquellas trasparentes palabras, en que lo invisible y eterno se manifiesta y oculta al mismo tiempo para dirigir y satisfacer á la vez nuestras miras é inclinaciones bajas y carnales. Nada omite de lo que puede

[1] Todas estas citas están sacadas de los Libros santos, y podríamos multiplicarlas mucho mas: allí está el campo de lo sublime.

llamarnos la atencion, y las mas vulgares y rústicas imágenes son allí empleadas por él con preferencia para cautivarnos y atraernos á sí; es un *padre* que perdona, un *juez* que absuelve, un *esposo* que convida, un *amigo* que llama á la puerta, un *amo* que paga á sus *operarios*, un *labrador* que siembra, un *pastor* que corre detrás de su oveja, una *gallina* que llama á sus polluelos y los reune debajo de sus alas; y á través de todo esto es además la revelacion mas profunda y mas infinita del poder, de la santidad, de la justicia, de la misericordia y del amor de un Dios.

Solamente ideas divinas podian aventurarse bajo formas tan triviales; solo Dios podia, sin degenerar, revelarse de este modo.

IV. ¿Qué son despues de todo esto las fastuosas concepciones del hombre? ¿Dónde está el *gran todo* de Pitágoras, el *éter* de Zenon, el *principio húmedo* de Tales, la *belleza* indeterminada de Platon, la *razon* universal de Ciceron, y el *Júpiter* de Homero, limitándonos á este rey de los dioses sometido al destino, manchado con mil torpezas, juguete de tantas debilidades, é impotente no solo para gobernar la tierra y el mundo, sino aun para pacificar las regiones del cielo y mandar en su propia mansion?

El dios de los antiguos no era ni dios ni hombre: no era dios, porque no era mas que un poder oculto, dividido, limitado, encadenado y mancillado; no era tampoco hombre, porque no participaba de las miserias humanas, y abandonaba el hombre á todos los horrores de su destino:—*¿Qué quieres que haga?*— dice la Divinidad al hombre justo, en uno de los bellos monumentos de la teología antigua,—*no he podido apartarte de esos males, pero he fortalecido tu valor para que pudieses hacerte superior á todos ellos* [1].

¡No he podido! ¡Qué palabras en boca de un dios! La nocion de la Divinidad se habia degradado, en efecto, hasta el punto de que el hombre, tan degradado como se hallaba, le era todavía muy superior. Y ¿qué dirémos de las concepciones mitológicas?... ¡Oh pasmosa perversion de las ideas y de los instintos del hombre! Este habia acabado por formarse del cielo la idea de una cosa algo inferior á la tierra, un conjunto y como un sumidero de todas sus torpezas. El pagano valia mas que todos sus dioses; la tierra podia avergonzarse de tener un Olimpo, las pasiones descansaban en su falda; y la virtud alarmada huia

[1] Séneca, *De Provid.*, cap. 6.

de sus altares como de peligrosos precipicios, no quedándole otro refugio que la impiedad.

Hallándose la sociedad en este estado, vino el Cristianismo á restaurar la idea de Dios. Para ello no debió limitarse á abstracciones y teorías; necesitábase una manifestacion sensible y una aparicion evidente de la misma Divinidad. Pero ¿bajo qué figura? ¿en qué estado? Aquí es donde brillan la magnificencia y la sabiduría del Dios que adoramos.—El hombre se habia perdido forjándose un Dios á imágen de sus sensualidades, y acumulando en él todas las miserias y torpezas de las pasiones. Para salvar al hombre, Dios se hizo á imágen de sus sufrimientos, y cargó con todas las humillaciones y todos los sacrificios de la virtud.—En estos dos órdenes de ideas es Dios siempre igual y hasta inferior al hombre, con la notable diferencia, empero, de que en el paganismo Dios era igual é inferior al hombre por una degradacion moral, y en el Cristianismo lo es por un abatimiento sensible. En ambos casos está la Divinidad cargada con todos los pecados del mundo; en el paganismo para autorizarlos y cometerlos, y en el Cristianismo para impedirlos y expiarlos. Allí se presenta como culpable, aquí como víctima. Entre el Olimpo y el Calvario media la distancia que separa el cielo de la tierra.

Necesitábase toda esta oposicion y esta extremidad llevadas hasta la semejanza en los términos para rehabilitar al hombre y levantarlo hasta Dios. Pero cuanto mas necesario era, menos podia el hombre concebirlo é inventarlo.

Esto nos conduciria ya al dogma de la redencion, que se presenta siempre en el término de todas las avenidas de nuestros *Estudios*, porque es su soberano centro; pero hemos debido reservarlo para ser especial materia de nuestras meditaciones.

No podemos, sin embargo, prescindir de recordar aquí que por medio de este dogma volvió á entrar en el mundo y se conserva en él el dogma de la *naturaleza y atributos* de Dios. Es verdad que todo cuanto dejamos dicho sobre la revelacion de este último dogma, valiéndonos de las palabras de los Libros santos, ha contribuido á hacerlo conocer; pero su punto de retorno y su foco de conservacion tan solo se hallan en la cruz de Jesucristo.—Aquí lo ve el infante, aquí lo encuentra el filósofo.—Para la humanidad culpable y extraviada siempre será el *Crucificado* el *Buen Dios*.

V. Pero dejando para luego el entrar en las profundidades de la filosofía de la Cruz y descubrir en ella, en todo su prin-

cipio y plenitud, el dogma de la unidad, de la santidad, de la omnipotencia, de la soberana justicia, de la infinita sabiduría y del inmenso amor de Dios que no hemos hecho mas que tocar someramente, observemos entre tanto, para completar lo que de él conviene decir aquí, que entre todos los frutos de salvacion que ha producido en el mundo el dogma de la unidad de Dios, el mas inmediato y directo es el de la reconstruccion de la *unidad* humana.

«Rompiendo el politeismo la unidad de Dios, habia roto tam«bien la de la humanidad (dice un sabio crítico ya citado). Al «aparecer una nueva mitología, alterábase todo entre los que «estaban interesados en aquella crísis. El pensamiento se tur«baba hasta en sus mas secretos arcanos; la lengua se modifi«caba bajo esta influencia, y aparecian una religion, un idio«ma y un pueblo nuevos que se desprendian del tronco comun. «—Era preciso que el Dios ÚNICO fuese revelado á los hom«bres, para que pudiesen estos volver á encontrar el recuerdo «de su UNIDAD perdida [1].»

Nada mas fácil de concebir que aquella verdad de hecho que domina en toda la historia y la divide en dos grandes hemisferios, es decir, el del politeismo, al cual corresponde la *polian-tropía* [2] con todo su vergonzoso cortejo de esclavos y gladiadores, de hostilidad universal de los hombres entre sí, y el de la unidad divina, al cual pertenece y se refiere la *filantropía* ó la caridad con sus franquicias, sus asilos de beneficencia, sus misiones apostólicas, y sus inspiraciones universales de fraternidad y caridad.

«No son, pues, los pueblos los que crearon sus mitologías, «añade el crítico citado, y sí las mitologías las que dieron orí«gen á los pueblos.»

Esto exige una explicacion aclaratoria.

Es incontestable que las mitologías produjeron la perturbacion de los pueblos; pero parece lo es tambien, que la imaginacion depravada de los pueblos produjo asimismo las mitologías, es decir, la perturbacion de la verdad divina.

Habia en este punto accion y reaccion; la imaginacion corrompida de los hombres se impregnaba en el seno de la sociedad de los vicios mas violentos y de las mas imperiosas y desordenadas inclinaciones, y asociando á esta misma violencia la idea de una fuerza superior y divina, en lugar de descubrir en ella la debilidad y servidumbre del hombre caido, se for-

[1] A. Lèbre, *Crísis de la filosofía alemana*, *Revista de ambos mundos*, 1.º de enero de 1843.
[2] Pluralidad de razas humanas.

jaba sobre ella un cielo y divinidades compuestas de lo mas abyecto que hay en la tierra. Pero este cielo y estas divinidades obraban á su vez sobre el corazon del hombre con todo el poder de la supersticion, y aumentaban por consiguiente la violencia de las pasiones, que eran su principio, y que sus propios excesos legitimaban cada vez mas. De aquí resultaba una espantosa progresion hácia el mal, porque á su fuerza expontánea añadia el hombre la fuerza de los instintos religiosos que hubieran debido reprimirlo; y estas dos fuerzas se aumentaban y se coligaban contra la verdad y la virtud en razon directa de su oposicion y su distancia. Por estos caminos se llegó, por fin, á un completo trastorno; el desórden se presentó legitimado por una especie de derecho divino, y el infierno se hizo adorar de los hombres.

Esta explicacion pone mas en claro las razones del *politeismo* con la *poliantropía;* pues no siendo la mitología mas que una traslacion al cielo de las pasiones que dividian á los hombres sobre la tierra, y una apoteosis del egoismo que habia roto su unidad, el *politeismo* y la *poliantropía* se reflejaban y se producian recíprocamente. —La division de los hombres constituia la de los dioses, y la division de los dioses consagraba la de los hombres. —El odio era una cosa divina [1].

¡Qué revolucion tan profunda debió traer y obrar en un mundo semejante el dogma de la *unidad* y de la santidad de Dios! No solamente el politeismo, destruido ya, cesó desde entonces de autorizar la division de los hombres, sino que la *unidad* de Dios los aproximó y unió: y *su santidad* desterró las pasiones al abismo, purgando de este modo á la tierra de todos los gérmenes de discordia que la despedazaban. Convirtiéndose los hombres en hijos de Dios, se encontraron todos hermanos; y las pasiones, declaradas criminales, envolvieron en su reprobacion las divisiones que ellas originaban.

Y como al propio tiempo el dogma de la *unidad de la raza* humana era predicado por los mismos que promulgaban el de la *unidad de Dios*, ambos dogmas obraban recíprocamente sobre la salud del mundo, de la misma manera que la poliantropía y el politeismo habian obrado en su disolucion.

[1] Vemos en la *Iliada* que los dioses se batian entre sí como los hombres. La cólera, la venganza, los celos y el feroz orgullo eran los fuegos que las divinidades encendian en el corazon de los combatientes, y de los cuales se sentian ellas mismas devoradas. —Hé aquí el gran secreto de la *Eneida:*

> . . . . . *Manet alta mente repostum*
> *Judicium Paridis, spretæque injuria formæ,*
> *Et genus invisum, et rapti Ganymedis honores.*

«El DIOS que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, «siendo Señor de cielo y tierra, no mora en templos hechos de «mano de hombre, ni es nunca servido por obras de manos «mortales, como si necesitase de alguna cosa, pues él mismo «da á todos vida, y respiracion, y todas las cosas.—Y DE UNO «SOLO hizo todo el linaje humano, para que habitase en toda «la haz de la tierra, señalando el órden de los tiempos, y los «términos de sus habitaciones, para que buscasen á su Dios «por si lo pudiesen tocar y hallar, aunque no está léjos de ca- «da uno de nosotros, porque en el mismo vivimos, nos move- «mos y somos. Y disimulando Dios los tiempos de esta igno- «rancia, anuncia ahora á los hombres, que todos en todo lu- «gar hagan penitencia, porque ha señalado dia en el cual juz- «gará al mundo segun su justicia [1].»

Cuando hayamos llegado á la Cruz verémos todas estas cosas con perfecta claridad.

CAPÍTULO VI.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA Y EL CIELO.

«Ya que la filosofía, por muy sublimes esfuerzos que haga, «no puede llegar mas que á indicar débilmente el deseo, la «esperanza, ó cuando mas la probabilidad de una vida futura, «solo á LA REVELACION DIVINA toca afirmar la existencia y pre- «sentarnos el estado de ese país invisible destinado á recibir «las almas de los hombres, despues que se hayan separado «de sus cuerpos [2].»

Tal es la consecuencia que un enemigo del Cristianismo saca de la impotencia natural del espíritu humano para llegar por sí mismo á la certidumbre de la existencia de la otra vida, y en particular de la ineficacia de la filosofía antigua respecto de esto.

Hé aquí, en efecto, un asunto muy digno de ser meditado, y un fuerte argumento en favor de una Religion que ha llegado á establecer en todas las inteligencias la formal creencia en una vida futura, y á dar de esta vida futura una idea racional, pura, sublime y no imaginada hasta su aparicion.

Entreguémonos, pues, á las reflexiones que surgen de este

[1] *Discurso de san Pablo al Areópago de Atenas.* (Act. XVII).
[2] Gibbon, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, t. III, pág. 42.

punto capital de nuestros *Estudios*, que se divide naturalmente en dos partes.

1.ª Existencia de una otra vida para el alma.

2.ª En qué consiste esta otra vida.

§ I.

Para poder marcar bien la parte que corresponde á la Religion, en el fondo de ideas y de verdades que son comunes á ella y á la razon humana, es preciso continuar siguiendo el método empleado hasta aquí, á saber: considerar lo que pudo la razon humana antes de la venida de Jesucristo, y compararlo con lo que el Cristianismo la ha obligado á hacer.

La inmortalidad del alma es sin disputa una de las verdades primordiales que el instinto universal proclama, y cuya demostracion se da á sí misma la razon. Esto no puede dejar de ser una verdad, y aun creemos que hemos aducido en su favor dos pruebas decisivas en el capítulo en que hemos tratado de ella bajo el punto de vista racional. Ahora añadimos que no es una verdad puramente especulativa, sino que su naturaleza y consecuencias la convierten en una de las bases mas positivas y mas prácticas de las sociedades humanas.

Pero ¿por qué la misma razon humana, que actualmente demuestra y afirma esta verdad; por qué el mismo corazon humano, que cree firmemente en ella y se le adhiere, no tenia de ella, antes de la venida de Jesucristo, mas que vagos y confusos presentimientos? ¿Por qué la razon de los mas profundos metafísicos, despues de haberse elevado sobre este punto á las mas sublimes y seductoras consideraciones, acaba por espirar en la duda? ¿Por qué la masa comun de los pueblos iba marchando como un vil rebaño hácia la region de la muerte, sin alzar ni una sola vez al cielo esa mirada suprema y confiada que el mas humilde moribundo de nuestros dias fija en él como sobre las riberas de la patria?

La necesidad de esta creencia era igual para las sociedades, las fuerzas del humano entendimiento eran tambien iguales á las que ahora tiene, y además nunca la humanidad ha estado y estará tan noblemente representada como por los genios de Platon, de Sócrates, de Ciceron y otros; ¿por qué, pues, no podia el *hombre* comprender aquella verdad lo mismo antes de Jesucristo que despues de su venida?

Es preciso reconocerlo, á menos que nos hayamos declarado contrarios sistemáticos de la evidencia y de la luz; es pre-

ciso confesar que Jesucristo trajo á la tierra un elemento *sobrehumano* de verdad, un caudal nuevo de *nociones sobrenaturales* y *divinas*, y que sobre este elemento y este caudal apoyó despues la razon moderna sus demostraciones, y el corazon humano sus creencias.

Es preciso que la verdad de la inmortalidad del alma sea muy imprescriptible para que haya podido sobrenadar en medio de todos los extravíos del espíritu humano; y seguramente que si hubiera podido perderse, no habria faltado alguna época ó algun lugar en que del todo habria perecido. Pero el espíritu humano no puede nunca prescindir de esta verdad, y si alguna vez se separa de la luz revelada, puede caer, respecto de aquella, en una especie de crepúsculo que no le permite ni comprenderla con seguridad, ni perderla enteramente de vista. — Tal era el estado del espíritu humano antes de la venida de Jesucristo.

Al final de nuestro capítulo sobre la *Inmortalidad del alma* hemos aducido un pasaje de Platon, en que dice que para negar esta verdad *es menester haber perdido enteramente el juicio.* Notad sin embargo en lo que se funda: «Esto es lo cierto, «aunque la prueba de ello exigiria largos discursos, y es me«nester creerlo BAJO LA PALABRA DE LOS LEGISLADORES Y DE LAS «TRADICIONES ANTIGUAS [1].» Estas son las garantías de Platon.

Sócrates, que murió mártir de sus creencias, y que se nos representa con la fatal copa en la mano, disertando sobre la otra vida al momento de ir á atravesar sus umbrales; Sócrates, despues de haber trazado con toda la fuerza del mas sublime pincel sus concepciones filosóficas sobre este grande asunto, dice á su interlocutor: «Indudablemente tú miras es«ta relacion como cuentos de una vieja chocha, y la despre«cias. Tambien la despreciaria yo si en mis investigaciones «hubiese encontrado algo mas saludable y mas cierto.» — Hé aquí el fondo de sus creencias que podríamos llamar: *decidirse por lo menos malo.* Aquel gran filósofo tenia bastante fuerte la razon para conocer su debilidad y exclamar en seguida: «Es una vergüenza que mientras nada somos, tengamos tanta «confianza y tanta vanidad, que incesantemente cambiemos «de opinion acerca de los grandes intereses de la vida, y que «cada uno de nuestros sistemas aumente nuestra ignoran«cia [2]... Es menester, sin embargo, que sobre estos restos de «verdad que nos quedan, atravesemos, como sobre una frágil

[1] Véase el tomo I de estos *Estudios*, pág. 102.
[2] *Gorgias.*

«barquilla, el mar tempestuoso de la vida, á no ser que nos «proporcione un camino mas seguro, como *alguna promesa* «*divina*, *alguna revelacion*, que seria para nosotros como un «gran navío que no teme nunca las tempestades [1].»

Despues de esta humilde y grave confesion de Sócrates, ¿puede oirse sin lástima la pretension de esos espíritus modernos que se figuran no poder merecer el título de *filósofos* sino maquinando contra esta misma *Revelacion* que Sócrates con toda su filosofía invocaba? ¿No son los mismos á quienes calificaba Ciceron en sus predecesores llamándolos *diminutivos de filósofos* ó *filosofúnculos?*

Aquel gran talento se sirvió de estas expresiones en un pasaje en que, hablando de la inmortalidad del alma, confesaba su debilidad. Ciceron creia firmemente en la inmortalidad del alma; pero en el sentido en que estas palabras *creer firmemente* tenian antes del Cristianismo. Leed en su *Tratado de la vejez* lo que dice sobre la otra vida. ¿Puede verse nada mas persuasivo y mas seductor?... «No nos ha puesto la naturaleza en «este mundo para habitarlo siempre, sino para vivir en él co«mo de paso. ¡Dichoso el dia en que saldré para ir á aquella «asamblea celestial, á aquel divino consejo de las almas! ¡Fe«liz el dia en que podré apartarme de esta confusion y de este «fango terrestre!... Á esta esperanza le debo todo cuanto en «mí os admira, etc....» —Esto es sin duda bello y sólido; pero volved la hoja y leed hasta el fin: «*Si me equivoco* creyen«do en la inmortalidad del alma, *me equivoco* con gusto... «*Si muero todo entero*, como creen algunos diminutivos de fi«lósofos *(minuti philosophi)*, nada sentiré... *Aun cuando no fué«ramos inmortales*, debia el hombre desear no acabar su vida «con el tiempo, etc.»

¡Oh debilidad natural del humano espíritu! ¡Cuánta razon tenia Sócrates!... Al fin Ciceron concluye, como él, confesando la necesidad de un socorro divino. «Entre todas estas opi«niones sobre el alma, dice, ¿cuál es la verdadera? *Solo un «Dios* podrá asegurárnoslo; por lo que toca á nosotros los «hombres, harto tenemos que hacer para conocer lo que es «mas verosímil [2].» En efecto, tan difícil era entonces este punto, que hasta Ciceron, despues de haber defendido el dogma de la inmortalidad del alma, le niega completamente en su oracion por Cluencio, y finalmente en sus cartas, donde ha-

[1] *Phedo.*

[2] *Harum sententiarum quæ vera sit, Deus aliquis viderit, quæ verisillima, magna quæstio est.* (Tuscul. Quæst., lib. I).

blaba su corazon, escribe estas palabras: «Mientras viva no «me afligiré si vivo sin tacha, y cuando deje de existir, *todo «sentimiento perecerá conmigo* [1].»

Empobreciéndose cada vez mas en la sociedad el fondo de la revelacion primitiva, llegó, como dice Juvenal, á no ver en la inmortalidad del alma mas que una de esas opiniones añejas con que se entretenia á los niños, y á pesar de esto inspiraba á la pluma de Tácito, reanimada por el dolor, este último rasgo de creencia: —«Si hay un asilo para los manes «del hombre virtuoso; si, como creen los sabios, *las almas «grandes* no mueren con el cuerpo, ¡oh Agrícola, descansa «en paz [2]!»

Pero aun para estos mismos *sabios*, á quienes Tácito se refiere, aquella creencia cási nada tenia de práctico. —«Un sis«tema tan superior á los sentidos y á la experiencia de todos «los hombres, dice Gibbon, podia entretener los ocios de un «filósofo; acaso tambien, en el silencio de la soledad, aquella «consoladora doctrina ofrecia á veces un rayo de esperanza á «la virtud desatentada; pero la débil impresion que se habia «comunicado en las escuelas se perdia luego en medio del tu«multo y de las agitaciones de la vida activa. Conocemos lo «bastante las acciones, los caractéres y los motivos de los per«sonajes eminentes que florecieron en tiempo de Ciceron y de «los primeros Césares, para poder asegurar que su conducta «en esta vida no estuvo jamás dirigida por ninguna convic«cion formal de los castigos y recompensas de un estado fu«turo [3].»

Sin embargo, observad la fuerza de la verdad. Quizás el instinto de nuestra inmortalidad nunca brilló con tanta viveza como en aquellos tiempos de error y de oscuridad. La verdad no amengua ni pierde nada: se la altera, se la transforma, se la oculta; pero su esencia permanece siempre imprescriptible, y á través de todos los abusos levanta su voz para protestar, y aun se sirve de estos mismos abusos, como un rio salido de madre, y que corre del mismo modo por en medio de los campos.

Todos los pueblos paganos profesaban el dogma de la inmortalidad del alma por medio de prácticas bárbaras y su-

[1] *Dum ero, angar ulla re, quum omni vacem culpa; et si non ero, sensu omnino carebo.* (Epist., VI, 3).

[2] *Si quis piorum manibus locus; si, ut sapientibus placet, non cum corpore extinguuntur magnæ animæ, placide quiescas!* (Vit. Agricol., XLVI).

Solo Juvenal protestaba diciendo: *Sed tu vera puta.*

[3] *Historia de la decadencia del Imperio romano*, t. III, pág. 41.

persticiosas. El culto de los muertos constituia cási toda la sustancia de la idolatría; cási todos los hombres ofrecian sacrificio á los manes, *Diis manibus*, es decir, á las almas de los difuntos. Se habia llegado al exceso de sacrificarles hasta hombres vivos, y muchas veces sus esclavos eran degollados para que fuesen á servirles en el otro mundo.

Los talentos superiores que no se abandonaban á estos excesos, pagaban tambien su tributo á esta grande verdad, buscando, en vez de la inmortalidad real y verdadera, un fantasma de inmortalidad que llamaban la gloria. Este era su ídolo predilecto, y es sin duda muy notable ver el progreso que iba sufriendo esta pasion en razon directa del abatimiento de la creencia en una vida futura, del mismo modo que las sombras de los cuerpos se van prolongando á medida que el sol se va ocultando debajo del horizonte.

Abrid al acaso las obras de los oradores y de los filósofos, desde los primeros Césares hasta esa época que señala Gibbon como de la total extincion de la creencia en una vida futura, y cási en cada página encontraréis la palabra INMORTALIDAD. Todo el afan de los personajes eminentes era poder vivir en la posteridad; todas sus acciones se dirigian á este objeto, y se consideraban respecto de las generaciones futuras como actores en la escena. Ciceron alimentaba incesantemente su vanidad con el incienso y el goce anticipado de las ovaciones del porvenir. Infatuada su alma con la gloria póstuma, se dilataba á la vista de aquella perspectiva como si fuera una segunda vida, y hablaba de ella como de un estado real, como de su cielo. — «Hay en todos los espíritus elevados, dice, una fuer-«za interior que de dia y de noche les hace sentir los aguijo-«nes de la gloria, un sentimiento que les advierte que nuestra «memoria no debe morir con nosotros, sino que al contrario, «debe transmitirse y perpetuarse por todas las edades. ¡Ah! to-«dos nosotros, víctimas sacrificadas en defensa de la repúbli-«blica, ¿nos abatiríamos hasta el punto de creer que despues «de no haber tenido en vida ni un solo momento de tranqui-«lidad y reposo, debemos además perecer completamente? «Obrando como lo he hecho, desde este momento creo, ó ro-«manos, que mi memoria se extenderá *por toda la tierra y por «toda la sucesion de los siglos*, y ya sea que el sepulcro deba «quitarme el sentimiento de esta inmortalidad, ya sea, *como «han creido todos los sabios*, que deba quedar alguna parte «de nosotros que sea capaz de gozar de ella, al menos en la «actualidad nadie puede defraudarme este pensamiento, que

«es mi placer y mi recompensa [1].» — ¡Cuán chocante es á nuestras costumbres cristianas el fausto de esa vanidad pagana, de esa eleccion del amor propio, y de ese desmedido egoismo [2]!

Prosiguiendo en el exámen de aquel siglo, observamos que esta extravagancia del humano espíritu iba siempre en aumento. En tiempo de Plinio el jóven llegó á su colmo. Á cada paso notamos formulado el dogma de la *inmortalidad terrestre*, y no solo las obras ó las arengas, sino hasta el mas sencillo billete, todo se escribe para la *posteridad*. — «Nada am- «biciono tanto, decia el mismo Plinio, como la *fama póstuma;* «nada me parece mas digno del hombre. Nada hay para mí «mas glorioso que asegurar la inmortalidad á los que mere- «cen vivir siempre, y eternizar el nombre de los demás con «el suyo propio. Dia y noche estoy por lo mismo pensando en «cómo podré hacerme superior á los demás [3].» Refiriendo en otro lugar la historia de Arria y Peto, dice: «Lo que hizo ella «al morir es *sin duda* muy grande: muy animosa cosa es to- «mar un puñal, hundírselo en el seno, sacarlo ensangrenta- «do, y presentárselo á su esposo, diciendo estas sublimes pala- «bras: Mi querido Peto, esto no hace daño... *Pero á pesar de to- «do*, debe advertirse que Arria se hallaba sostenida por la glo- «ria y la inmortalidad, fijas en aquel momento ante sus ojos [4].»

Hay sobre todo una carta de Plinio, que nos ha llamado la atencion por esa indigencia religiosa que no sabe de qué modo podrá cegar el abismo que ella misma se abrió. Despues de haber hablado de algunos sucesos de su juventud, continúa de este modo: «No puedo acordarme de todo esto sin sentir- «me conmovido por la miseria humana; porque, ¿qué puede

[1] *Pro Archia.*

[2] Queremos recordar aquí un incidente de la muerte del gran Bossuet:—«La noche «del jueves al viernes 11 de abril fue tan mala, los dolores tan agudos desde la madru- «gada al mediodía, que todos los presentes creyeron que Bossuet iba á espirar; y el «abate Bossuet, su sobrino, se arrodilló junto á su cama pidiéndole la bendicion. To- «dos los espectadores de aquella triste escena se arrodillaron tambien. Bossuet se ha- «llaba en aquellos momentos lleno del espíritu de Dios: hablaba poco, y siempre con «una uncion inefable. El abate Ledieu le manifestó entonces su profundo reconoci- «miento á todas sus bondades, suplicándole que se acordase alguna vez de los amigos «que iba á dejar en la tierra y que eran tan adictos á su persona y á su gloria.—Á es- «ta palabra *gloria*, Bossuet, ya medio entrado en la tumba, separado de la tierra, so- «brecogido de un santo horror, como si se hallara ya en presencia del Juez supremo «cuyo fallo esperaba, incorporándose en su lecho de dolor, y como reanimado por una «santa indignacion, reunió todas sus fuerzas, y pronunció clara y distintamente estas «palabras: — CALLAD; PEDID Á DIOS EL PERDON DE MIS PECADOS.» (*Historia de Bossuet*, t. IV, pág. 405).

[3] Lib. V, VIII.

[4] Lib. III, XVI.

«uno imaginar de mas corto y limitado que no lo sea menos «que la mas larga vida? ¿No os parece que fue ayer que rei- «naba Neron entre nosotros? Sin embargo, de todos cuantos «ejercieron el consulado bajo su imperio, ni uno existe ya, etc... «La suma de los dias concedidos á esa infinita multitud de «hombres que se hallan distribuidos por toda la tierra es tan «insignificante, que ya no me admiran las lágrimas que aquel «Príncipe famoso derramó á la vista de su ejército, compuesto «de tantos miles de hombres que habian de morir dentro de «poco... ¡Cuán poderosa debe ser esta idea para obligarnos á «hacer buen uso de los pocos momentos que tan velozmente «pasan!»

Con nuestras ideas cristianas, comprenderíamos por estas palabras *hacer buen uso*, obrar bien, hacernos un tesoro de buenas acciones, merecer, aspirar á la perfeccion moral... Pero Plinio continúa así:

«Si no podemos emplearlos (los momentos) en acciones des- «lumbradoras, que no siempre la fortuna nos concede, *ocu- «pémoslos al menos en el estudio.* Si no está en nuestra mano «vivir largo tiempo, *dejemos siquiera obras que no permitan ol- «vidar que hemos vivido*... ¡Cuán noble es la emulacion de dos «amigos, que por medio de recíprocas exhortaciones *van fo- «mentando entre sí el amor á la inmortalidad* [1]!»

¡Qué pobreza! ¡qué vacío! todo esto prueba á la vez la fuerza ciega del sentimiento de nuestra inmortalidad, y la insuficiencia del espíritu humano para facilitarle un camino [2].

La misma religion judáica, tan superior á todas las demás por el teismo, parece quedó muy atrasada respecto del dogma de la *inmortalidad del alma.* Siempre preocupada, como una madre, con la idea del Redentor que debia dar al mundo, aplaza todas sus alegrías y esperanzas para la época de su advenimiento; y solo por él á través de sus bendiciones y sus méritos descubre la entrada del hombre en el cielo. ¡Reserva admirable, y que se halla en perfecta armonía con el plan del Cristianismo! Hay efectivamente en la antigüedad una notable diferencia entre todos los otros pueblos de la tierra y el judío, y es que aquellos profesaban el dogma de la inmortalidad del alma á las claras, y este se abstenia con relacion á él de toda manifestacion ruidosa, y entrañaba dentro de sí mis-

[1] Lib. III, VII.

[2] Además, si Plinio no creia en otra vida futura, en cambio creia mucho en los *espectros* y las *brujas.*—*La cosa merece ser meditada con muchisimo detenimiento,* dice refiriendo en una de sus cartas dos cuentos de espectros, y llamando en su ayuda, *para sacarlo de inquietud,* toda la *erudicion* de su corresponsal.

mo, por decirlo así, como en su gérmen, la esperanza en un estado futuro. Pero tambien se nota que entre todos aquellos pueblos este dogma de la inmortalidad del alma, por faltarle direccion, siguió un rumbo equivocado, produjo supersticiones pueriles ó crueles, fue el primer orígen de la idolatría, y se alimentó á expensas del dogma preeminente de la unidad de Dios, que hubiera debido ser su objeto; mientras que en el pueblo judío estuvo siempre libre de todos estos tropiezos identificándose con el dogma de la Redencion, y esperando, para desarrollarse, la venida de Aquel, en quien debian tener cumplimiento todas las esperanzas y revelarse todas las verdades selladas hasta entonces en un testamento que solo podia abrirse con su muerte [1].

«Es bien positivo, pues, y bien demostrado, podemos con-«cluir con Voltaire, que teniamos necesidad de la Revelacion «para instruirnos sobre un asunto de tamaña importancia. No «bastaban un Sócrates ni un Platon, ni un Moisés mismo era «bastante, sino que nos era indispensable un maestro Mayor [2].»

[1] Algunos han llegado á pretender que los judíos creian en el aniquilamiento del alma, y se han apoyado en un pasaje del *Eclesiastés*, en el que se dice que *los hombres mueren como las bestias, y que su suerte es igual*; pero á mas de que otros mil pasajes de los Libros santos, que seria largo citar, prueban lo contrario, el pasaje en cuestion lleva en sí mismo su correctivo. Hélo aquí todo entero :—«*Vi debajo del sol* á la impiedad «en lugar del juicio, y la iniquidad en lugar de la justicia; y dije en mi interior: *Dios «juzgará al justo y al injusto, y* ENTONCES *será llegado el tiempo de todas las cosas.* Y dije «dentro de mi corazon: *Para probar á los hijos de los hombres, quiso Dios que pareciesen se-«mejantes á las bestias (ut probaret eos Deus, et ostenderet similes esse bestiis).* Por esto mue-«ren los hombres como las bestias, y es parecida su condicion... ¿Quién conoce si la «respiracion de los hijos de Adan se dirige hácia arriba, y la de las bestias hácia aba-«jo, etc.?»—Por otra parte, el mismo Voltaire, que fue uno de los mas encarnizados enemigos de los judíos, y que no les excusó esta imputacion, la destruyó por sí mismo en un momento de rectitud y de buen sentido, traduciendo aquel pasaje de la manera siguiente:

¿Quién sin mas *luz que la razon* pudiera
Averiguar jamás cuál es la suerte
Que al hombre cabe en su hora postrimera?
¿Evita su alma el golpe de la muerte?
¿Se apaga entonces la divina llama
Y como el cuerpo en polvo se convierte?

En seguida añade por nota:—«Tal es el sentido del *Eclesiastés*. El hombre nada sabe «por sí mismo: *necesita la luz de la fe.*» *(Resúmen en verso del Eclesiastés).*—En otra parte dice juiciosamente Voltaire: «Sacais en favor de la inmortalidad del alma una induc-«cion no menos ingeniosa que plausible de aquellas palabras tan repetidas, *hizo el hom-«bre á su imágen*, porque decís que no es el cuerpo el que se parece á Dios, sino el espí-«ritu. Creemos esta verdad; mas no la hallamos expresa en el texto. Si el autor del *Gé-«nesis* se hubiese dignado sacar por sí mismo esta consecuencia, es evidente que hubie-«ra constado irrevocablemente este dogma; y por lo mismo que no lo hizo, estamos en «nuestro derecho cuando aseguramos que dejó el tiempo á esta grande verdad para que «fuese anunciada por *un Maestro mayor que él.*» (Voltaire, *Un chrétrien contre siæ juifs*, t. XLVIII, p. 513).

[2] Voltaire, *Un chrétien contre siæ juifs*, p. 518.

«Desde que se presentó Jesucristo se ha probado la inmor-«talidad del alma [1].» Á él solo estaba reservado sacar este gran dogma de la oscuridad en que se hallaba sepultado entre los judíos, y de los senderos de la supersticion por donde se habia extraviado entre todos los demás pueblos. El cielo se abajó, se abrió para dar á la tierra su Redentor; *la Vida eterna, que estaba en el Padre, vino á mostrarse á nosotros* bajo los velos de nuestra mortalidad; soltando despues sus velos se nos manifestó gloriosa mas allá del sepulcro, y entregada á sí misma, se volvió á subir al cielo para tenerlo abierto sobre nuestras cabezas, y facilitarnos el camino que conduce á él.

¿Quién habló nunca de la vida futura en términos tan afirmativos como el Cristianismo? ¿Quién propuso este dogma como mas fijo y mas positivo? En el Cristianismo es la realidad por excelencia, y sino, oid estas palabras: —«El reino de los «cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, que «cuando lo halla un hombre, lo esconde, y por el gozo de «ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo.»—Todos los demás reinos de este mundo, y este mismo mundo todo entero, no son, comparados con aquel tesoro, mas que *una figura, y una figura transitoria.—¿Qué nos importa ganar el universo entero, si perdemos nuestra alma?* No vacileis: *Si vuestro pié ó vuestra mano os escandalizan, cortadlos, y echadlos léjos de vosotros; si vuestro ojo os escandaliza, arrojadlo, y arrojadlo léjos; porque mas os vale entrar en la vida manco ó cojo, ó con un solo ojo, que teniendo las dos manos, los dos piés y los dos ojos, ser echado en el fuego eterno.*

¡Qué enérgica seguridad! ¿Quién pudo inspirarla mas que la verdad? Llámese fanatismo, si se quiere; pero convéngase á lo menos en que si fuese la verdad la que hablase, no hubiera podido expresarse de otra manera, y que por consiguiente se descubre ya en ello una razon muy fuerte para creer que fue la misma verdad la que habló.

Supongamos que viene á la tierra un habitante del cielo, y que sorprendiéndonos en medio de nuestras apasionadas afecciones por los bienes perecederos de esta vida y en el olvido total de los bienes eternos, quisiese separarnos de nuestro fatal extravío, ¿podría hablar otro lenguaje?

Tal es el lenguaje del Cristianismo, lenguaje de conviccion, como no se ha visto jamás, lenguaje de certidumbre y de fe;

[1] Voltaire, *Un chrétien contre six juifs*, p. 511.

porque *Jesucristo, que ha sido predicado entre vosotros, no ha sido* sí *y* NO, *mas ha sido* sí *en él* [1].

Es preciso, pues, que nos convenzamos de que el hombre no puede, por sus solas fuerzas, alcanzar la conviccion y la fe, llevadas hasta este punto. El hombre se eleva por un instante, pero vuelve á caer luego en el escepticismo y el desaliento, en el sí y en el NO. Pues bien, una doctrina que se sostiene con tanta firmeza, y que, no contenta con persuadir, *manda* al corazon del hombre la fe y la esperanza, y le obliga hasta cierto punto á salvarse á su pesar; semejante doctrina está cierta de cuanto contiene, y solo puede inspirarla la verdad, el amor mismo.—Es una madre que quiere arrancar á su hijo de un peligro que no sabe conocer por sí.

Bajo la influencia de esta doctrina eminentemente *positiva, el reino de los cielos* es el patrimonio comun de los hombres; la fe entrega á cada uno sus títulos á él, y el sentimiento de nuestra inmortalidad, ilustrado y satisfecho, se hace mas inteligible á nuestra propia razon.

Esto es lo que vamos á ver mas claramente examinando en qué consiste la otra vida.

§ II.

I. «¡Oh vosotros, que me convidais á las delicias del pa-«raíso, decia un filósofo persa, sabed que no es el paraíso lo «que yo busco, sino aquel que crió el paraíso [2]!»

Son tan superiores estas palabras á todas las ideas esparcidas entre los hombres sobre la otra vida, que apenas puede creerse que no hayan sido inspiradas por alguna nocion de la única Religion que está conforme con ellas.

Ninguna Religion sobre la tierra, ninguna mas que el Cristianismo, pensó nunca en dar al hombre por recompensa, por alimento y por cielo el mismo Dios: ninguna mas que el Cristianismo ha pronunciado estas palabras: *Ego ero merces tua.*

Hé aquí el nudo gordiano de nuestra inmortalidad. Solo el Cristianismo podia desatarlo.

Una vez dada esta solucion, todas las facultades de nuestra alma reconocieron en ella esta verdad necesaria, que explica y demuestra, *objetivándolo*, el dogma de nuestra inmortalidad.

[1] *Jesus Christus qui in vobis per nos prædicatus est, non fuit* EST *et* NON, *sed* EST *in illo fuit.* (II Cor. I, 19).

[2] *Viajes de Chardin*, t. V.

¿Hay nada mas sencillo y mas evidente que esto. Una sed insaciable de conocer y de amar reclama un objeto infinito y soberanamente perfecto, y solo Dios es infinito y soberanamente perfecto; por consiguiente solo Dios puede ser nuestro último fin, y su posesion nuestra recompensa.—Sin embargo, jamás se habia ocurrido á los hombres semejante idea, y se entretenian en buscar el cielo muy léjos de donde se halla.

Todas las verdades cristianas pertenecen á este mismo género: eminentemente sencillas y de una lógica rigurosa, y al propio tiempo inconcebibles para el hombre antes que se le hubiesen revelado. Hé aquí la propiedad esencial de las verdades divinas.

La existencia de esta vida futura debia necesariamente escapársele, porque presupone la verdadera nocion de Dios, que solo el Cristianismo, como hemos visto y como verémos mejor todavía cuando hablemos de la *Redencion*, vino á revelar al hombre.

Lo que hacia al dogma de la inmortalidad del alma tan problemático y tan ineficaz entre los antiguos era, pues, la ignorancia en que estaban de su verdadero objeto. Aquellos pueblos eran arrastrados á esta creencia por una necesidad innata de nuestra naturaleza; pero como despues no aparecia ninguna nocion satisfactoria ni ningun objeto proporcionado á esta necesidad que la absorbiesen y la encaminasen, aquella creencia, por no saber en dónde fijarse, volvia á entrar en sí misma, y se iba á perder en los abismos del escepticismo ó de la supersticion.

Habituados á las máximas cristianas, debe sin duda parecernos muy extravagante que entre todas las concepciones filosóficas ó mitológicas que se hicieron del cielo los hombres, nunca hubiese entrado la Divinidad como parte de los goces que en él se disfrutaban, y que todos estos goces se redujesen, al fin, á goces materiales como los de la tierra, y aunque no fuesen mas que sombras de los mismos.

¿Qué eran, en efecto, aquel eterno verdor, aquellas praderas y bosquecillos por donde paseaban las sombras afortunadas?

Errant exsangues sine corpore et ossibus Umbræ;
Parsque forum celebrant, pars imi tecta tyranni;
Pars alias artes antiquæ imitamina vitæ [1].

[1] Ovid., *Metamorph.*, lib. IV, 443.

Allí, dice otro poeta:

> Parte de los que allí están por los yerbosos
> Prados en la palestra se ejercitan:
> . . . . . .
> La mesma inclinacion, el mesmo afecto
> De carro, ó armas, ó caballos bellos,
> Que acá tuvieron mientras fueron vivos,
> En esa perseveran allá muertos [1].

¡Qué irrision! ¡qué indigencia!

La idea que se hacian del cielo los filósofos mas religiosos no era tampoco mas aventajada. El supremo placer que se prometia Ciceron [2] era el poder platicar eternamente con Caton... Solo así se concibe que Ciceron acabase por dudar de su inmortalidad.

Tampoco Sócrates hacia intervenir á la Divinidad en el juicio de las almas, sobre cuya eternidad fallaban jueces débiles y mortales: — «Darán su fallo en la pradera, hace decir á Jú«piter, en el mismo sitio en que se halla el camino de las is«las Afortunadas y el del Tártaro. Radamanto juzgará á la «Asia, Eaco á la Europa, y *encargaré á Minos el entender en las «causas indecisas:* al fin sabrémos sin equivocacion por qué «camino debe proseguir su viaje el alma de cada mortal.» — Mas adelante añade Sócrates: — *Este discurso ha sido transmitido hasta nosotros, y yo creo en él* [3].

¡Con cuánta razon decia Sócrates despues de esto: *Sin duda miras esta relacion como cuentos de una vieja chocha!* Pero á pesar de esto era preciso aceptarla, porque en sus investigaciones nada habia encontrado *la filosofía de mas saludable ni de mas cierto.* — Hé aquí el cielo de los hombres.

Y ¿quiénes podian entrar en este cielo, en este Elíseo? Solo los héroes, los reyes ó los filósofos; solo á las *almas grandes* era concedida la inmortalidad, como lo asegura Tácito, fundándose en el testimonio de los sabios *(si ut sapientibus placet, non cum corpore extinguuntur* MAGNÆ ANIMÆ); para el pobre, para el desgraciado, para el esclavo, no habia ni cielo ni infierno, ni siquiera se sospechaba que pudiesen tener alma como los demás. De suerte que en aquel órden de cosas no ha-

[1] Virg., *Æneid.* lib. VI, traduccion de Hernandez de Velasco.

[2] Véase su *Tratado de la vejez.*

[3] *Gorgias.*

Semejante concepcion es tanto mas chocante, cuanto que esta organizacion judicial es una innovacion en el gobierno de Júpiter. «En los primeros tiempos de Júpiter, ha«bia jueces vivos que fallaban sobre la suerte de los hombres el dia en que debian mo«rir. Por esto los fallos se daban mal. Pero Pluton y sus ministros fueron á quejarse al «rey supremo de que á veces se decretaban injustamente la dicha y los tormentos. Yo «sabré, dice el dios, poner término á semejantes errores, etc.» *(Gorgias).*

bia consuelo ni esperanza para el desventurado; las lágrimas del pobre corrian con inconsolable amargura, y solo podian enjugarlas el embrutecimiento y el furor.

II. ¡Abríos, puertas del cielo cristiano! ¡Cuán resplandecientes sois! ¿Quién puede soportar el brillo que despedís?

Todas las religiones falsas nos pintan el cielo. Únicamente la religion de Jesucristo falta á esta circunstancia: pero es porque todas las demás religiones describen el cielo segun lo que ven en la tierra, y la de Jesucristo no puede describirlo sino conforme á lo que ella es, la verdad; y por consiguiente debe abstenerse de describírnoslo, porque tampoco lo comprenderíamos.

No hay duda que con esto se priva de un grande elemento de buen éxito, y da una prueba de desinterés humano que solo puede ser propio de una religion divina.

Pero por esto mismo nos da tambien del cielo, aun ocultándolo, una idea tanto mas digna y verdadera, y tanto mas seductora para la razon, cuanto que está contenida en estas palabras, tan poderosas por su misma impotencia: —«El ojo no «ha visto, ni la oreja ha oido, ni el corazon del hombre ha ex«perimentado jamás una felicidad comparable á la que tiene «Dios dispuesta para los que le aman [1].» —Esto es cuanto nos dice para hacernos comprender *toda la elevacion, extension y profundidad de este misterio* [2].

«¿No os parece, dice con este motivo Bossuet, estar oyendo «á un hombre que hubiese visto un magnífico palacio, seme«jante á aquellos castillos encantados que nos describen los «poetas, y que no sabe hablar de otra cosa que de la elevacion «de los edificios, y de la anchura de los fosos, de la profundi«dad de los cimientos y de la prodigiosa extension de terreno «que desde él se descubre, sin que los transportes de admira«cion que tan bello espectáculo le causó, le permitan daros «una señal para conocerlo, ni hacer de él mas que una des«cripcion sumamente tosca [3]?»

Todos los bienes de este mundo reunidos son basura en comparacion de aquel: *sicut stercora;* — todos los sufrimientos de la vida presente son de un mérito escasísimo, *non sunt condignæ,* para poder merecer aquella gloria del siglo venidero; porque *lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea*

[1] I Cor. II, 9.
[2] Ephes. III, 18.
[3] *Sermon para el dia de Todos los Santos.*

y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria [1].

¡Qué consoladora idea, y qué palanca tan poderosa ofrecida á la humana debilidad para poderse desprender de los bienes corruptores de este mundo, y para sobrellevar con valor todos sus males!

Lo repetimos: si el Cristianismo fuese la misma verdad, ¿podria expresarse de otro modo? ¿Por qué, pues, no reconocemos en él á la verdad misma? ¿Por qué no se le ocurrió nunca á ninguna otra religion el obrar de esta manera? ¿Seria quizás porque la verdad es única, y posee ella sola el secreto de su propio lenguaje?

Es menester que dejemos hablar ahora el buen sentido en persona: es menester admirar la fuerza de razon con que, armado de la fe, combate Montaigne todas las locuras humanas, y hace brillar la razon suprema, la incomparable verdad del Cristianismo.

«Cuando Platon nos describe los verjeles de Pluton y las co-«modidades ó penas corporales que nos esperan despues de la «ruina y aniquilamiento de nuestros cuerpos, y las acomoda «al sentimiento que de ellas tenemos en esta vida; cuando «Mahoma promete á los suyos un paraíso entapizado, cubier-«to de oro y piedras preciosas, poblado de mujeres de singu-«lar belleza, y provisto de exquisitos vinos y de manjares de-«licados, tengo á estos personajes por charlatanes que se do-«blegan á nuestra cortedad con el objeto de halagarnos y «atraernos por medio de semejantes doctrinas y esperanzas, «que tan conformes son á nuestros mortales apetitos. Seria «necesario decirles en nombre de la razon humana: Si los «placeres que nos prometeis en la otra vida son de los conoci-«dos acá en la tierra, nada tiene esto de comun con lo infini-«to: aun cuando todos mis sentidos estuviesen colmados de «felicidad, y esta alma saciada de todo el contento de que es «susceptible, sabemos lo que puede, nada seria aun esto; si «en ello se ve algo de mio, nada hay de divino; si esto no es «mas que lo que puede pertenecer á nuestra condicion pre-«sente, no puede ser tenido en cuenta; todo contento de los «mortales es mortal: no podemos concebir dignamente la «grandeza de aquellas elevadas y divinas promesas, ó mejor, «no podemos concebirlas de ningun modo, porque para con-«cebirlas dignamente, es menester concebirlas inconcebibles,

[1] *Id enim quod in præsenti est momentaneum et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* (II ad Cor. IV, 17).

«inenarrables y enteramente distintas de las que nuestra mi-
«serable experiencia ha probado. *El ojo no ha visto, ni el co-*
«*razon del hombre ha podido experimentar jamás la felicidad que*
«*Dios tiene preparada para los que le aman* [1].»

¡Cuán enlazado y justificado se halla todo en el Cristianismo! Si es imposible representarse la felicidad del cielo, no es para entusiasmarnos vagamente por medio de una enfática esperanza de todos los bienes que podemos imaginar, lo cual seria un *pretexto* para el fanatismo y la supersticion, sino porque el cielo es la posesion de Dios, y Dios es infinito é incomprensible. La felicidad del cielo se halla de esta manera determinada en su naturaleza, siendo así que es infinita en su término; y esta infinidad resulta de su misma naturaleza.

Así se concibe el por qué no podemos concebir la felicidad del cielo; esta imposibilidad de concebirla es su mejor concepcion. Todo cuanto hay de verdadero, bueno y bello en las cosas que conocemos, todo cuanto podemos imaginar de mas perfecto es efectivamente un don de Dios; pero no es el mismo Dios, y todo lo que no es Dios es perecedero, finito, corruptible, y por consiguiente incapaz de satisfacer al alma humana, cuya propiedad principal es ser insaciable é infinita en sus apetitos y deseos. Pero Dios, autor de toda belleza, de toda bondad, de toda verdad; Dios, el original de la belleza; Dios, que no es solamente bello, como puede decirse de las mas hermosas criaturas, sino que es la Belleza misma, y que todo es bello por él y en él: hé aquí el cielo. Y lo que decimos de la belleza debemos decirlo asimismo de todos los demás atributos del Ser por esencia: la verdad, el amor, la justicia, el poder, la gloria, y todo esto en sustancia y de una manera infinita. — Juntad todo lo que presenta el universo de mas perfecto en la pasmosa variedad de sus maravillas; formad una belleza de la reunion de todas sus bellezas, una verdad de la reunion de todas sus verdades, una magnificencia de la reunion de todas sus magnificencias, una armonía de la reunion de todas sus armonías, un solo amor de la reunion de todos sus amores, y ¿qué tendréis? Nada, comparado con el Autor de todas estas cosas, porque todas estas cosas son sombras fugitivas de lo mismo que es en él inmutable realidad, y porque no cabe cálculo proporcional entre lo finito y lo infinito.

¡Qué idea tan pasmosa, pero tan exacta al mismo tiempo, del cielo que Dios nos tiene preparado! Lo que acabamos de

[1] *Ensayos*, lib. II, cap. 12.

presentar no es una vana é insulsa amplificacion; es una verdad simple, rigurosa, necesaria, es una cosa que debe ser tal, y que lo es en efecto.

Admiremos además algunos de los rasgos de verdad y de fuerza que añade el Cristianismo á cuanto acabamos de decir.

«Acá en la tierra, dice, no vemos á Dios mas que por espe-«jo y en enigma; pero en el cielo lo verémos cara á cara, tal «como es, y lo conocerémos del mismo modo que somos cono-«cidos [1].»—«Ví á Dios de paso y por detrás, como Moisés, de-«cia Linneo; lo ví y me quedé mudo, herido de admiracion y «de pasmo. Supe descubrir algunas huellas de sus pasos en «las obras de la creacion; y en estas obras, hasta en las mas «diminutas, hasta en las que parecen nulas, he encontrado «una fuerza, una sabiduría, una perfeccion, que son inexpli-«cables...» Despues de esto, concebid, si podeis, la felicidad del alma que está viendo y verá cada vez mas eternamente aquel mismo Dios, no ya por detrás é impensadamente, ni en sus obras, sino en sí mismo, atentamente, cara á cara, sin disfraz y tal como es [2].

Yo mismo seré tu recompensa grande en exceso [3]. — El que así habla es Dios, el autor de todos los dones, la fuente de todos los bienes, que se da á sí mismo en premio á la virtud... ¡Qué idea tan completa del cielo! y ¡con cuánta exactitud la Religion, que la propone, conoce el corazon del hombre, y las exigencias del amor, que nada cree haber dado mientras no se da á sí mismo!

Al que venza le deiaré que se siente conmigo en mi trono [4]. — ¡La humilde virtud, desconocida y menospreciada de toda la tierra, elevada á sentarse al lado del Omnipotente, en el mismo trono de su gloria!... ¡Qué cuadro! ¡Cuán digno de la justicia de un Dios es semejante represalia y el contrapeso del desórden moral de este mundo [5]!

[1] *Nunc per speculum in ænigmate, tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte: tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.* (I Cor. XIII, 12).

[2] *Videbimus eum sicuti est.* (I Joan. III, 2).

[3] *Ego ero merces tua magna nimis.* (Genes. XV, 1).

[4] *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo; sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus.* (Apoc. III, 21).

[5] Véase este hermoso pasaje de los Libros santos: —«Entonces estarán los justos en «gran constancia contra los que los afligieron y les arrebataron sus trabajos. Y cuando «estos los vean se turbarán con un horrible temor, y se apoderará de ellos el pasmo á la «vista de tan repentina é inesperada felicidad. Y en medio de la agitacion de sus re-«mordimientos, y de la congoja de su corazon, se dirán á sí mismos: Esos son los que «poco antes nos servian de escarnio y eran el blanco de nuestros improperios. ¡Insen-«satos! Creimos que su vida era una locura y que su fin estaria cubierto de ignominia; «y hé aquí que son contados entre los hijos Dios, y colocados en medio de sus elegidos. «—¡Nos equivocamos, pues! ¡ERGO ERRAVIMUS!...» (*Sap.* V).

Dios hará la voluntad de los que le temen [1]. — El distintivo de la virtud es hacer la voluntad de Dios, y obedecer ciegamente al deber, contra toda repugnancia, á pesar de todos los obstáculos, sin reserva, sin vacilar. Mas ¿cuál será su recompensa? En el cielo hará Dios la voluntad de sus santos. La voluntad poderosa é infinita que se cumple ahora en todo el universo, y á la cual todo está sujeto, se sujetará á la voluntad de su criatura. ¿No os parece estar viendo á un buen padre, que acabados los trabajos del dia abdica toda su autoridad, que fue la que arregló toda la marcha de aquellos, para abandonarse á los caprichos de sus hijos, y constituirse compañero, ó mas bien instrumento de sus juegos? ¡Dios hará la voluntad del justo! y ¿cuál podrá ser esta voluntad, ilustrada entonces, sino gozar de la posesion del mismo Dios, y beber *libremente* la felicidad y la vida en su seno paternal? *Yo seré su Dios, y él será mi hijo. Yo daré de balde á beber, al que tuviere sed, de la fuente del agua de la vida.* En tí está la fuente de la vida [2].

Dios enjugará todas las lágrimas [3]. — ¡Cuántas cosas dicen estas palabras, y cuán perfectamente explican aquellas otras: *¡Bienaventurados los que lloran!...* ¡Las lágrimas! esta sangre del alma, triste privilegio del hombre, fatal tributo de una maldicion hereditaria, expresion comun de todos los sufrimientos; ¡las lágrimas! que entran en tanta copia en el patrimonio de la virtud, y que con tanta frecuencia corren inconsolables, desconocidas, ignoradas y á veces insultadas... ¡Ah! ¿Quién no querrá haberlas derramado en abundancia el dia en que será Dios quien las enjugue? La misma mano que sostiene al mundo con sus dedos y que pesa terrible sobre el infierno, se trocará en la mano *de un Padre de las misericordias y del Dios de toda consolacion*, se ocupará en enjugar las lágrimas de todos, es decir, que no habrá *una sola lágrima*, por mas ignorada y perdida que haya sido, que no sea buscada, recogida y enjugada por aquella mano que todo lo puede. — ¿Qué figura mas perfecta de la felicidad del cielo podia dejársenos entrever acá en la tierra?

Hé ahí el cielo cristiano, aquel amable *reino de los cielos*, propuesto de continuo á la consideracion del discípulo del

[1] *Voluntatem timentium se faciet.* (Psalm. CXLIV, 19).

[2] *Ero illi Deus, et ille erit mihi filius. Ego sitienti dabo de fonte aquæ vitæ gratis.* (Apoc. XXI, 6, 7).—*Apud te est fons vitæ.* (Psalm. XXXV, 10).

[3] *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt.* (Apoc. c. XXI, 4).— Solo podemos indicar estos magníficos textos, dejando al lector el gusto de admirarlos.

Evangelio, como el término de todos sus pensamientos, de todas sus esperanzas, de todos sus sacrificios, y cuyo anticipado goce se deja sentir en la tierra por las inefables comunicaciones de Dios con el alma fiel, que son como imperceptibles gotas de aquel océano inmenso. El cielo es el conocimiento inmediato de Dios, la vision de Dios, la participacion de Dios; pero un conocimiento, una vision y una participacion siempre crecientes y cada vez mas íntimas hasta lo infinito.

¿Qué expresiones son capaces de pintar un estado semejante? ¡Ah! todas se debilitan bajo el peso de tan gran verdad.— *Solo me veré harto cuando aparezca tu gloria* [1].—*Serán embriagados con la abundancia de tu casa, y apagarás su sed en un torrente de deleites* [2].—Y esta alegría no tendrá límites ni medida, porque es un océano cuyas orillas se irán retirando eternamente; pues *en medio de la luz se verá mas luz, y se irá marchando siempre de claridad en claridad* [3], es decir, que para poder hablar de esto, se hace preciso repetir las mismas palabras que dijimos al principio: *Ni el ojo ha visto, ni el corazon del hombre ha probado jamás la felicidad que tiene Dios preparada para los que le aman.* ¡Este corazon del hombre, tan hambriento en la tierra de la felicidad que siempre le está sonando; que se entrega á los mas grandes desvaríos para alcanzarla; que se roe y se consume á sí mismo, y que despues de todo suspira tan vivamente por la justicia, la paz, la verdad y el amor, los poseerá al fin y será dichoso!

Aquí felice nada el alma mia
En un mar de placer, placer comprado
Con el breve penar de un solo dia.
El mundo lleno de ilusion, guiado
De deseos sin límite, no alcanza
Remota idea de mi dulce estado.
Continua, perdurable es mi esperanza;
Y cuanto mas espero, mas recibo,
Creciendo al par, deseo y bienandanza [4].

III. Calcúlese ahora, si es posible, el poder moral de un dogma tan maravillosamente adaptado al corazon del hombre y tan conforme con todas sus facultades.

Todas las religiones humanas que han hecho consistir los goces de la otra vida en goces semejantes por su naturaleza á los de la vida presente, se han acreditado de falsas é inmora-

[1] *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* (Psalm. xv, 16).

[2] *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos.* (Psalm. xxxv, 9).

[3] *In lumine tuo videbimus lumen...* (Psalm. xxxv, 10).— *Transformamur á claritate in claritatem.* (II Cor. III, 18).

[4] Reboul, EL DIA FINAL. *(El alma de una esposa).*

les: *falsas*, porque la experiencia de toda la vida nos convence de que todos los placeres sensuales, y todos los bienes criados, son incapaces de satisfacer al corazon del hombre; *inmorales*, porque alimentan en el espíritu y en el corazon deseos opuestos á las inspiraciones de la verdadera virtud, y sensualizan el alma.

Esta alma inmortal necesita un alimento eterno, y aspira á él con todas sus fuerzas, de modo que esta es una de las mayores pruebas de esta misma inmortalidad. Pues bien, esta eternidad que el alma apetece no puede ser mas que Dios, porque únicamente él es eterno.

Esta alma espiritual, que los placeres sensuales entorpecen y corrompen, necesita la perspectiva de un bien que domine los sentidos y que la conduzca al cielo; necesita los goces del alma y de la inteligencia, esto es, un objeto espiritual y santo, que tampoco puede ser otro mas que Dios [1].

Por fin, la naturaleza humana, eminentemente perfectible y sociable, necesita, no la perspectiva de estos mismos bienes que nos encadenan y dividen acá en la tierra, sino un bien que nos dilate en su infinidad y nos reuna en su unidad.

Por consiguiente el Cristianismo, al fijar el cielo en Dios, resolvió el problema de nuestros verdaderos destinos; y desprendiéndose así de todas las concepciones religiosas de la humanidad, se hizo muy superior á la humanidad misma.

Observad además cuán único y bien enlazado es el Cristianismo en su moral y en su dogma, divino en todo: solo á la Religion, que prescribe como fundamento de su moral el *amor* de Dios, pertenecia el ofrecer como sancion dogmática de esta moral la *posesion* de Dios, y el atraernos hácia aquel *amor* por medio de la esperanza de esta *posesion*.

Hay otra observacion mas esencial aun, que tiene íntima relacion con la parte de este asunto que hemos dejado á un lado, y que vendrá á completarlo.

Las religiones humanas son lo mas vano y mas vacío que se pueda imaginar, principalmente respecto al dogma capital de la otra vida, porque en ello no nos ofrecen ni los placeres del alma ni los del cuerpo; porque al mismo tiempo que nos ofrecen placeres sensuales que sofocan los puros y sublimes de la inteligencia, los hacen imposibles y quiméricos, no quedando

[1] «No haria bastante una religion, dice Montesquieu, estableciendo un dogma; es «menester que lo dirija; y esto es lo que hace admirablemente el Cristianismo respecto del dogma que nos ocupa. Nos obliga á esperar un estado que creemos, y no un estado que sentimos ó conocemos: todo nos conduce á ideas espirituales, hasta llegar á «la resurreccion de los cuerpos.» (*Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 19).

cuerpo que pueda gozar de ellos. Por esto su cielo es con propiedad llamado *el reino* ó *la region de las sombras*, que viene á ser la negacion de nuestra misma inmortalidad.

El Cristianismo, al contrario, por medio del dogma de la resurreccion de los cuerpos, nos lleva enteros á las celestiales moradas, que tan justamente llama *la tierra de los vivos*. Al propio tiempo que el alma por su naturaleza espiritual y moral será allí reina y señora de todos los placeres imaginables, se le volverá á unir el cuerpo para gozar de ellos tambien. Como no habrá sido extraño á la lucha, tampoco lo será al triunfo. Esta misma carne que habrá servido de instrumento para nuestras buenas acciones, disfrutará de su premio. Por una misteriosa armonía se asociará á los placeres y á la naturaleza del alma, del mismo modo que el alma se asocia ahora con demasiada frecuencia á las voluptuosidades y á la naturaleza del cuerpo; y verá acabarse esta guerra, mas misteriosa aun, que continuamente les tiene en contradiccion acá en la tierra.

Esta esperanza era la que consolaba á Job en su estercolero, y dominando las oleadas de su dolor le obligaba á exclamar: —«Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia he de «resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser cubierto de mi «piel, y en mi carne veré á mi Dios. Lo he de ver yo mismo, y «mis ojos lo han de mirar y no otro. Y esta esperanza está de«positada en mi pecho [1].»

¡Qué esperanza tan consoladora! ¡Cuán poderosa es para sacar al hombre de su abyeccion!

Debemos observarlo atentamente: el Cristianismo,—es decir, la religion de aquel *Redentor* que Job esperaba, y en *el cual se cumplieron todas las promesas de Dios* [2],—es la única religion que satisface todas las necesidades y todos los intereses del hombre, y que, reformando su naturaleza, la respeta y conserva con ventaja. Por esto de una parte predica la utilidad expiatoria de los sufrimientos, y de otra los suaviza con su uncion, sin oponerse á la queja y á la oracion para evitarlos. Maldice la carne y la somete á la mortificacion con el objeto de dejar libre el alma; pero al mismo tiempo la hace aprovecharse de los derechos de esta última; esto es, hace del cuerpo un *templo* que la misma alma debe respetar. Siembra, como dice

[1] *Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum; quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt et non alius: reposita est hæc spes mea in sinu meo.* (Job, XIX, 25).

[2] *Quotquot enim promissiones Dei sunt, in illo* EST. (II Cor. I, 20).

el Apóstol, un cuerpo espiritual en un cuerpo mortal, y convida á la misma carne al banquete de la inmortalidad.

Ninguna otra religion se ha tomado tanto cuidado por los dolores corporales de la humanidad como esta religion, que se halla fundada sobre el dolor, puesto que está compendiada en una cruz. Ha levantado hospitales como templos á la carne doliente, en lugar de los anfiteatros que la voluptuosa antigüedad habia erigido para verla sufrir. Ni la misma muerte puede sustraer nuestros cuerpos á su respeto y solicitud, pues se presenta á disputarle su presa; y mucho tiempo despues que ya no existimos saca nuestros restos de entre las sombras del sepulcro para hacerlos participar de los honores concedidos á nuestra santidad. Finalmente, asociándose á ese natural horror que tenemos á la destruccion, nos asegura como un artículo de fe, cuyo gaje es la resurreccion de Jesucristo, que nuestra corrupcion es temporal como la de la semilla que se pudre para germinar: no harémos mas que atravesar el sepulcro, encorvándonos, por decirlo así, debajo de sus sombrías bóvedas, para enderezarnos otra vez con mayor lozanía en el seno de nuestra inmortalidad.

Á la vez que nos permite llorar á nuestros prójimos y pagar un tributo de lágrimas á esta separacion momentánea, dulcifica estas mismas lágrimas con la perspectiva del cielo, en donde deberémos volver á encontrarnos juntos dentro de poco. *Llorad á los muertos*, dice, *pero no como los que no esperan su resurreccion* [1].

Así es como la religion cristiana exalta la carne, emancipando el espíritu se dirige á todo el hombre, nada olvida ni desatiende, todo lo abraza para restaurarlo; y por medio de este carácter que le es peculiar manifiesta visiblemente que es hermana primogénita de la naturaleza humana é hija de Dios.

IV. Pero aun no lo hemos dicho todo: esta Religion que la incredulidad nos representa como sofocando á la razon, la ensancha y dilata indefinidamente.

Acabamos de ver en qué consiste el cielo cristiano, y ahora

[1] Podemos esperar que nos reconocerémos en el cielo, y que nuestra felicidad se aumentará con la de nuestros amigos. «Considerad las personas que mas amais, dice san «Francisco de Sales escribiendo á una señora contra el temor de la muerte, y de las «cuales sentiriais estar separada, como personas con quienes estaréis eternamente en «el cielo; por ejemplo, vuestro marido, vuestro Juanito, vuestro señor padre: ¡oh! ese «muchacho será un dia bienaventurado, con la ayuda de Dios, en aquella vida eterna, «en la que gozará de mi felicidad, y se complacerá en ella; y yo gozaré de la suya y me «complaceré sin podernos separar jamás. Lo mismo será del marido, lo mismo del padre «y de los demás.» (*Obras de san Francisco de Sales*, carta 787.—7 de abril de 1617).

vamos á ver á quién se promete su posesion y quiénes son sus habitantes.

Hé aquí otro carácter exclusivo del Cristianismo: los pobres, los pequeños, los humildes, las víctimas de la opresion, los pacíficos, los afligidos de la tierra, la escoria del mundo, estos son los reyes y príncipes del cielo, los que han de juzgar y decidir de los destinos de la tierra; por ellos y para ellos se abren y se dilatan sin medida las eternas puertas del cielo. Y al contrario, ¡ay de los ricos, de los grandes, de los soberbios, de los voluptuosos, de los desnaturalizados y de los que oprimen á sus hermanos! Para estos se angosta la puerta del cielo, de modo que «con mas facilidad pasaria un camello por «el ojo de una aguja» que ellos por esta puerta; y cuando se acerquen se les dirá: *¡Id, malditos!... no os conozco..., ya recibisteis vuestra recompensa.*

¡Qué revolucion moral tan grande han obrado en el mundo estas sencillas palabras avivadas por la fe: — *Los primeros serán los últimos!...* ¡qué gérmen de resignacion depositado en el corazon del pobre y del esclavo! ¡qué saludable inquietud dispertada en el alma del rico y del señor! ¡qué readquisicion de herencia á través de todas las caprichosas y falsas reparticiones de la fortuna!... Oid:

«Habia un hombre rico que se vestia de púrpura y de lino «finísimo, y cada dia tenia convites expléndidos. Y habia allí «un mendigo llamado Lázaro, que yacia á la puerta del rico, «lleno de llagas. Deseaba hartarse de las migajas que caian de «la mesa del rico, y ninguno se las daba; mas venian los per«ros, y le lamian las llagas. Y aconteció que cuando murió «aquel pobre, lo llevaron los Ángeles al seno de Abrahan [1], y «murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno. — Y «alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lé«jos á Abrahan y á Lázaro en su seno. — Y, levantando el gri«to, dijo: Padre Abrahan, compadécete de mí, y envia á Lá«zaro que moje la extremidad de su dedo en agua, para re«frescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama.— «Y Abrahan le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes «en vida, y Lázaro solo recibió males; pues ahora es él aquí «consolado, y tú atormentado. Á mas de que hay una sima «impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que los «que quisieran pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de ahí «pasar acá. —Y dijo el rico: Pues te ruego que lo envies á casa «de mi padre; porque tengo cinco hermanos, á fin de que les

[1] Abrahan es considerado aquí como el padre comun de los creyentes.

«diga lo que aquí pasa, no sea que ellos vengan tambien á «este lugar de tormentos.—Y Abrahan le dijo: Tienen á Moisés «y á los Profetas, óiganlos.—Mas él dijo: No, padre Abrahan; «mas si alguno de los muertos fuere á ellos, harán peniten- «cia.—Y Abrahan le contestó: Si no oyen á Moisés y á los «Profetas, tampoco creerian, aun cuando alguno de los muer- «tos resucitare [1].»

¡Qué terrible parábola! ¡Cuán perfectamente explica la poderosa revolucion que ha sacado del polvo al pobre y al esclavo para colocarlos en la cumbre de la verdadera grandeza! ¿Quién ha sustituido los Hércules, los Teseos, los Aquiles, los Alejandros y los Césares,—por los Pedros, los Pablos, los Juanes, los Santiagos, las Magdalenas y las Marías; y quién ha dado por patrona al pueblo mas soberbio y mas valiente de la tierra á una pobre pastora [2]?

Es incontestable que esta revolucion eminentemente civilizadora solo data del Cristianismo. Cuando se efectuó, desconcertó todas las ideas entonces recibidas, y el mismo Jesucristo la colocaba en la línea de sus mas grandes milagros.—«Id, «decia á los enviados de Juan, y contad lo que acabais de ver «y oir; decid que los ciegos ven, que los cojos andan, que los «muertos resucitan, y *que el Evangelio es anunciado á los po-* «*bres* [3].»

Pero no se crea que, dilatando su seno para recibir y honrar á los pobres, quiere el Cristianismo presentar como imposible la salvacion de los ricos, sino solamente la de los *ricos malos*. Les hace encontrar su salvacion eterna en sus mismas riquezas, empleadas en el bien temporal de los pobres, obrando de este modo por una admirable economía á la par, y una por otra, la felicidad de la tierra y la del cielo. Predicando á los pobres la resignacion y el amor de los sufrimientos á la vista del *reino de los cielos*, los ha aliviado tambien acá en la tierra, obligando á los ricos á socorrerlos en vista del mismo *reino de los cielos*. Señalando igual precio á la *pobreza* y á la *caridad*, hizo á la vez el consuelo temporal de los pobres sin perjudicarles en su dicha eterna, la salvacion eterna de los ricos sin perjudicarles en su dicha temporal, y el bienestar universal de la humanidad por medio de estas mismas riquezas que hasta entonces habian sido las grandes fuentes de su corrupcion.

[1] Luc. xvi. Estas últimas palabras son de una exactitud aterradora. Lo que hace falta á los incrédulos no son pruebas, sino buena voluntad. Hubo muchos testigos de los milagros de Jesucristo que no creyeron en ellos.

[2] Santa Genoveva, patrona de Paris.

[3] Matth. xi, 5.

—«¡Cosa admirable! podemos decir aquí con Montesquieu, «la religion cristiana, que parece no tener otro objeto que la «felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en la «vida presente [1].»

Es menester ver los términos con que el Cristianismo llama toda nuestra atencion para hacer del cielo el punto de apoyo de la felicidad de la tierra:

«Dad, dice, y se os dará: buena medida, y apretada, y re«mecida, y colmada darán en vuestro seno; y con la misma «medida con que midiéreis á los demás, seréis vosotros me«didos [2].»

¿Sabeis cuál será el tribunal que debe repartir los bienes eternos? No será un tribunal compuesto de tres jueces capaces de engañarse, como Minos, Eaco y Radamanto, para que uno de ellos *quite el empate;* será un tribunal compuesto de un juez único, á la vez legislador, testigo, parte, juez, recompensa ó castigo, y que en sus atributos, distintos para nosotros, pero soberanamente UNO en sí, tendrá una perfeccion igual, porque será una perfeccion infinita.— Este juez será la Justicia y la Verdad, aquella misma verdad que nos reveló la manera de dar sus fallos, con las siguientes palabras:

«Cuando viniere el Hijo del hombre en su majestad, y todos «los Ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su «majestad. Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apar«tará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de «los cabritos. Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á «la izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su de«recha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os «está preparado desde el establecimiento del mundo; porque «tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis «de beber; era huésped, y me hospedásteis; desnudo y me «cubrísteis; enfermo, y me visitásteis; estaba en la cárcel, y «me vinísteis á ver.— Entonces le responderán los justos y di«rán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de co«mer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos «huésped y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos? ó ¿cuan«do te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos á ver?—Y «respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo que en «cuanto lo hicísteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos,

[1] *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 3.

[2] *Date, et dabitur vobis: mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et supereffluentem, dabunt in sinum vestrum. Eadem quippe mensura, qua mensi fueritis, remetietur vobis.* (Luc. VI, 38).

«á mí lo hicísteis. —Entonces dirá tambien á los que estarán «á la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, «que está aparejado para el diablo y para sus ángeles; por- «que tuve hambre, y no me dísteis de comer; tuve sed, y no «me dísteis de beber; era huésped, y no me hospedásteis; des- «nudo, y no me cubrísteis; enfermo y en la cárcel, y no me vi- «sitásteis.—Entonces ellos tambien le responderán, diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, «ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? —Y «él les responderá diciendo: En verdad os digo que en cuan- «to no lo hicísteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicís- «teis... É irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida «eterna [1].»

Hé aquí el dogma de la *vida eterna*, y su profunda relacion con la moral evangélica. Hemos trazado con débil pincel tan solo algunos rasgos de este grande asunto, y sin embargo creemos haber hecho lo bastante para ilustrar el juicio de todo entendimiento reflexivo y libre, para hacerle apreciar el carácter de una religion que nada tiene de comun con las humanas concepciones, y que por medio de tan exactas y profundas relaciones, de tan grande sublimidad y grandeza, descubre en sí misma la mano que hizo el corazon del hombre y que extendió los espacios del cielo.

CAPÍTULO VII.

EL PURGATORIO.

No debemos reclamar para el Cristianismo el privilegio de la novedad, como si se tratara de una invencion humana. Su verdad consiste en haber existido siempre. La religion natural, basada sobre una revelacion primitiva, es su principio, así como él es la perfeccion de la religion natural, y aun todas las falsas religiones son menos invenciones *à priori*, que alteraciones y herejías de esta religion verdadera que llena todos los tiempos, y cuyo soberano centro es Jesucristo.

Esta es la razon por que hallamos los dogmas cristianos esparcidos en todas las religiones de la tierra, aunque desfigurados por la supersticion, y disfrazados con la imágen del hombre y de sus vicios. Únicamente en el Cristianismo son

[1] Matth. xxv.

estos dogmas el objeto racional de nuestra fe y la regla fecunda de nuestras acciones. Ellos constituyen la creencia universal del género humano, reformada y verificada en Jesucristo.

Estas reflexiones, que pueden aplicarse á todos los dogmas cristianos, nos han sido particularmente sugeridas por los que van á servir ahora de materia á nuestro estudio.

La idea del purgatorio, lo mismo que la del infierno, se remonta á la mas alta antigüedad. Voltaire lo ha hecho observar, y las huellas de semejantes dogmas se hallan efectivamente en todas las tradiciones del universo.

En primer lugar, véase lo que respecto de él dice Platon siguiendo la doctrina de Sócrates: «El que sufre un castigo justo, mejora su condicion y se hace mas paciente, ó al menos sirve de ejemplo á los que el terror del suplicio puede convertir á la virtud. — Los que se aprovechan de los castigos impuestos por los hombres ó por los dioses son los condenados, cuya alma, aunque enferma, no es indigna de curacion, y logran esta curacion *en el otro mundo,* lo mismo que en el nuestro, por medio del dolor y de los remordimientos, única expiacion de una vida criminal. Pero los malvados indignos, etc. [1].»

En el libro VI de la *Eneida* se halla todavía mas claramente expresado el dogma del purgatorio:

Aquí en sus penas todos son purgados,
Segun que merecimos padecemos.
De aquí al Elisio somos enviados
Y el campo alegre pocos poseemos,
Hasta que el largo tiempo y dias tasados
Lava la escoria y manchas que tenemos,
Y deja pura la porcion divina,
Y el fuego del espíritu simple afina [2].

Segun la teología pitagórica de la *Eneida*, las almas pasan en seguida á animar nuevos cuerpos. Esta inconsistencia, esta vaguedad quimérica y esta mezcla imaginaria prueban la existencia de la verdad del purgatorio entre los antiguos.

Las tradiciones judáicas habian conservado tambien esta verdad primitiva, como lo atestigua el orar por los muertos tan recomendado en los libros de los Macabeos; pero el judaismo moderno, no queriendo apoyarse en Jesucristo, ha de-

[1] *Gorgias.*

[2] Traduccion de Hernandez de Velasco.—En el cuarto verso se formula explícitamente el dogma del reducido número de los predestinados: la traduccion es exacta. El original dice así:

Mittimur Elysum, et pauci *læta arva tenemus.*

generado en este punto, lo mismo que en tantos otros, en una supersticion deplorable [1].

El Cristianismo, — y aquí debemos decir el Catolicismo [2], — ha empleado en la exposicion de este dogma aquella sobriedad y entereza que distinguen á la autoridad divina.

Limítase á decirnos, pero lo dice con entera seguridad, primeramente, que mas allá de esta vida hay un purgatorio, y en segundo lugar, que las oraciones de los vivos pueden aliviar las penas de las almas de los difuntos [3], sin entrar en detalles ni acerca de sus penas ni de la manera con que son purificadas, sino mostrando tan solo que todas son purificadas por Jesucristo, puesto que lo son por las oraciones y oblaciones hechas en su nombre.

Conformémonos con esta sobriedad, que tan bien sienta á la humana razon en las cosas que atañen al órden sobrenatural, y sin buscar el *cómo* de un misterio que solo el orgullo tendria interés en penetrar, fijemos nuestra atencion en el *por qué*, y admiremos su perfecta relacion con el conjunto y el fin moral del Cristianismo, y su misma elevada razon bajo el solo punto de vista filosófico.

Dos cosas hay que estudiar en el dogma del purgatorio: Primera, la razon de su existencia: Segunda, la razon de la eficacia de las oraciones y de los méritos de los vivos con respecto á los fieles difuntos.

I. La existencia del purgatorio se apoya: primero, sobre la naturaleza de Dios; segundo, sobre la naturaleza del hombre y sobre las relaciones de entrambos.

Dios se reveló por medio del Cristianismo con tres atributos principales que se han convertido en los elementos filosóficos de su conocimiento: la *santidad* y la *caridad*, entre las cuales se coloca la *justicia*.

En segundo lugar, la union con Dios, la posesion de Dios, es, gracias al Cristianismo, la sola idea que la filosofía puede aun tener de los verdaderos destinos del hombre y del cielo.

Pues bien, de estas premisas se desprende la primera razon del purgatorio fundada en la naturaleza de Dios.

En efecto:

Como santo, la justicia de Dios no puede admitir la union

[1] Véase la historia del rabino Akiba y los extractos de Ritual judío y del Talmud en las varias cartas de Bossuet. Edicion Lefèvre, 1836, t. XII, p. 527.

[2] El protestantismo no admite el dogma del purgatorio.

[3] *Concilio de Trento*, sesion XXV.

inmediata entre su infinita pureza y nuestras manchas.

Por otra parte, como caridad y bondad por esencia, no puede dejar perecer para siempre la obra de sus manos que le pide gracia, y echar eternamente fuera de su seno, es decir, léjos de la felicidad y de la vida, las almas criadas para poseerlo y que no perdieron ni han perdido la esperanza.

De aquí se sigue la necesidad, en la verdad cristiana, y hasta podríamos decir en la verdad filosófica, de un lugar intermedio donde el hombre acabe de purificarse, y que sea como el vestíbulo del cielo.

La vida presente es el teatro de nuestra libertad. Por el buen uso que de ella hagamos podemos, á través de las pruebas de que se halla sembrada, purificarnos, y estrechar así la distancia que nos separa de Dios; hé aquí un purgatorio empezado. Pero es difícil que en medio de todas las ilusiones que se disputan y entorpecen nuestra voluntad, podamos andar mucho camino: antes al contrario es fácil que nos extraviemos muchísimo. Pues bien, la bondad de Dios que conoce la fragilidad que nos trabaja, despues de haber concedido tanto á nuestra naturaleza meritoria, suple nuestra miseria, y aceptando el mas pequeño gérmen de nuestra buena voluntad, la fija por medio de la muerte en el camino del cielo, y completa nuestra santificacion en el purgatorio por medio de los dolores á que nos condena haciéndonoslos amar, y templándolos por medio de este mismo amor.

Allí, á diferencia de nuestro estado en esta vida, no estarémos ya expuestos á volver á pecar, y sin embargo, podrémos, con la ayuda de Dios, seguir satisfaciendo por una especie de extension de nuestra voluntad en el tiempo presente, á la manera que una fruta verde separada de la intemperie de la estacion por la mano del colono, acaba de madurar con seguridad en sus graneros, para poder ser algun dia servida á su mesa [1].

Hé aquí la razon del purgatorio tomada por el lado de la na-

[1] Hé aquí las hermosas palabras de la Escritura sobre los muertos en la flor de su edad: —«Dios le amó porque se le habia hecho agradable, y viviendo entre los pecado«res fue trasladado al cielo.—Se lo llevó para que la malicia no pervirtiese su enten«dimiento, ó para que la ficcion no engañase su alma.— Porque la fascinacion de las «bagatelas nos oculta los verdaderos bienes, y la inconstancia de nuestros placeres «pervierte al que es sin malicia.— Murió pronto, y sin embargo llenó muchos tiempos. «—Su alma agradaba á Dios; por esto se apresuró á quitarlo de en medio de la iniqui«dad.— La muerte del justo condena la vida del impío, y su juventud, arrebatada rá«pidamente, acusa la sobrevivencia del malvado.—Verán el fin del sabio, y no com«prenderán los designios de Dios sobre él, y lo que solo por preservarlo hizo Dios con «él...» (*Sap.* IV, 10 et seq.).

turaleza de Dios. Es una transaccion entre su bondad y su santidad, entre su justicia y su misericordia.

En todas las religiones falsas, que daban de la Divinidad ideas imperfectas y groseras, el dogma del purgatorio era una pura anomalía; y esto mismo prueba que este dogma no habia sido inventado por los hombres, puesto que no guarda relacion con el envilecimiento en que habian dejado caer á las demás verdades divinas. Pero en el Cristianismo, donde estas verdades han sido renovadas conforme á su tipo, aquel dogma vuelve á adquirir toda *su racionalidad.*

La razon de este dogma, hemos dicho además, se desprende de la naturaleza del hombre.

En efecto:

Es propio de la naturaleza moral de este el procurar purgarse de su falta, é ir en busca de la expiacion. Y esto no solo por deber, sino por consuelo, porque la falta pone al alma en un estado de desconcierto que le es antipático, y del cual desea salir, aun á costa de los mas vivos dolores.

¿Cómo, pues, y por qué medios puede el alma purgar su falta?

No puede ser sino por medio de la pena.

La falta es la transgresion de la justicia para entregarse á un placer que ella prohibe. Su rigurosa reparacion deberia ser por consiguiente el abandonar este placer. Mas como no es posible retirarse del mismo placer que indujo á la falta, pues se consumó con su fruicion, solo se cumple con la expiacion por medio de la privacion voluntaria, ó voluntariamente aceptada, de un placer distinto, del cual se hubiera podido disfrutar en el estado de inocencia.

Hé aquí la teoría metafísica de la penitencia, que se puede definir: la privacion de un placer permitido, para reparar la violacion de la justicia, consumada con la fruicion de un placer prohibido [1].

Ya que se ofrece ocasion de decirlo, harémos observar que esta profunda teoría nos ayuda á concebir el por qué el hombre caido no podia por sí mismo satisfacer á la justicia divina. Porque si por el sacrificio de los placeres permitidos, de los cuales hubiera podido disfrutar en el estado de inocencia, podia expiar el placer prohibido, cuya fruicion habia originado su culpa, —como ya no habia para él placer permitido ni estado de inocencia á causa de la misma falta, —tampoco podia

[1] Tomamos la palabra *placer* en un sentido ámplio y filosófico, y en contraposicion á la palabra *pena*.

satisfacer por sí. Su sufrimiento hubiera sido estéril, no hubiera sido mas que la consecuencia de su falta, sin poder llegar á ser el principio de su expiacion, porque el principio de la expiacion, lo repetimos, para que esta sea completa, debe ser superior á la falta, y existir fuera de ella. No puede un abismo cegarse á sí mismo, y solo el inocente tiene con que pagar.

Esta es la razon de la preferencia de las víctimas inocentes en los sacrificios celebrados en todo el universo. Sin embargo, como ya dijimos en otro lugar, esta eleccion ó preferencia no podia ser sino figurativa. En sí misma era imposible y odiosa: imposible, porque tenia lugar en una naturaleza inficionada por el pecado; y odiosa, porque el sacrificio era forzoso por parte de la víctima, y en consecuencia injusto y cruel de parte del sacrificador.

La teoría de la expiacion solamente ha sido realizada por el Cristianismo, y principalmente sobre la cruz, en donde la *misma inocencia*, sufriendo *voluntariamente* los mas crueles dolores, abrió una fuente de méritos sobreabundantes para pagar por todos los placeres culpables del universo, y de los cuales ella misma ha dispuesto á favor de los que quieren identificar sus sufrimientos con los suyos, é *inocentarse* por medio de esta union, si es lícito hablar así.

Por este medio, pues, —y explicado de esta manera, —el alma se desprende de la falta que la oprimia, y este desprendimiento introduce en la penitencia que lo efectúa una dulzura que hace amar sus austeridades á veces mas que los vanos placeres que fueron la causa de su extravío.

Y como cuanto mas nos acercamos á Dios, que es la justicia, cuya violacion ha constituido nuestra falta, mas sentimos la desarmonía que la falta produce entre él y nosotros, los ardores de la penitencia están en proporcion del conocimiento que de él vamos recobrando; de modo que en el otro mundo estos ardores deben ser extremados é inexorables hasta que correspondan cumplidamente á la medida del pecado.

Entonces el alma fiel se sujeta á la mano que la castiga, y bendice las penas que le envia el mas paternal amor, pues que su objeto inmediato es disponerla para la felicidad del cielo, purgándola de los lunares que la harian indigna de su posesion [1].

Así es como el dogma del purgatorio extiende sus raíces en

[1] Vimos á una persona moribunda, cuya memoria nos es muy venerable, que en medio de horribles dolores, exclamaba: — «¡Dios mio! todavía no sufro bastante !!!»

la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre, y restablece entre ambas la armonía primitiva destruida por el pecado. Bajo este respecto, este dogma, que no es mas que el dogma de la expiacion y de la penitencia, va á parar al alma del Cristianismo; y no se le puede rechazar y permanecer cristiano sin ser inconsecuente.

II. Réstanos estudiar la segunda parte de este mismo asunto que es como su corolario, á saber, que las oraciones y buenas obras de los vivos pueden ser provechosas á las almas de los fieles difuntos.

Nada se halla mas conforme con las luces de una razon que en la investigacion de la verdad no se para á la mitad del camino, sino que va hasta el fondo de las cosas para buscarla.

El hombre, como dijimos ya en otro lugar, fue criado sociable. *Hasta cierto punto* no hay en la humanidad individuos, sino miembros. De aquí el gran principio de la solidaridad de las faltas y de la reversibilidad de los méritos, que no es otro que el mismo principio social, y que el Cristianismo ha elevado á su mas alto punto de autoridad por medio de la caida original y de la redencion, que hacen de la humanidad como un solo hombre degradado en Adan, y rehabilitado en Jesucristo.

No desaparece la libertad individual bajo la influencia de este principio; pero la modifica sensiblemente para el bien y para el mal. Desconocer esta ley seria desconocer la sociedad humana, de la cual ha sido siempre la mas fuerte expresion, y la mas sólida garantía.

En el órden humano, la accion de este principio no es sensible en el vasto conjunto de la humanidad; y solo se la va conociendo y se la descubre á medida que se va estrechando el círculo de la existencia colectiva de los individuos. De aquí la responsabilidad de nacion, de gobierno, de ciudad, de compañía, y en fin, de familia.

Para pasar á la aplicacion, si tomamos á la humanidad en este estado de familia, que es su mas sencilla expresion colectiva, encontramos en él con toda su fuerza el principio de que vamos hablando.

¿No es verdad que un padre refleja sobre sus hijos y sobre su raza el esplendor de sus virtudes, y que la opinion pública, la voz del pueblo, que es la voz de Dios, saluda y honra al nieto de un héroe? Muere un hombre insolvente, y las maldiciones de sus acreedores empobrecidos lo persiguen hasta en la tumba; pero ha dejado un buen hijo que con sus sudores lo-

gra, al fin, juntar lo necesario para rehabilitar su nombre, y llega un dia en que el último acreedor recibe de este hijo el importe de la deuda que pesaba sobre la memoria de su padre; y esta memoria, ya rescatada, se justifica, y es por todas partes venerada. ¿No nos vemos obligados todos los dias, por consideracion á una persona que estimamos y respetamos, á favorecer á un extraño, y con frecuencia hasta á un enemigo? Lo que leemos en el Génesis, que Dios habria perdonado á toda la ciudad de Sodoma, si hubiese habido diez justos solamente, ¿no ha tenido lugar muchas veces en la conducta de los hombres? Y la salvacion de Calais, obtenida por el sacrificio voluntario de Eustaquio de Saint-Pierre y de otros cinco paisanos, ¿la hubiera inmortalizado la historia, si no hubiese sido la expresion de una grande y hermosísima verdad [1]?

Es cierto que semejantes ejemplos son raros en nuestros dias, y que á estos sentimientos se los llama *preocupaciones*; pero tambien lo es que en nuestros dias la sociedad se está disolviendo, y por lo mismo la rareza del ejemplo se convierte en un ejemplo mas.

El principio de la reversibilidad de los méritos es, pues, un principio verdadero y bueno en sí: un principio instintivo, universal, natural á la humanidad.

Permítasenos decir mas todavía; este principio es racional.

Porque, en fin, todos participamos mas ó menos del centro en que nos hallamos colocados. Cada uno vive algo de la vida de todos, y todos se resienten hasta cierto punto de la vida de cada uno. No todas nuestras acciones nos pertenecen exclusivamente, y una gran parte de sus causas y de sus consecuencias se distribuyen á nuestro rededor. Virtudes brillan en un

[1] «Jamás dejaré perecer á un pueblo semejante, mientras pueda salvarlo á costas «de mis dias, dijo Eustaquio de Saint-Pierre, uno de los principales habitantes de Ca«lais; me sacrificaré como víctima de los furores de Eduardo...»—Apenas Eustaquio había acabado de hablar, dice Broissart, *todos se acercaron á adorarle con ternura:* expresion enérgica y sencilla, que pinta el sublime enternecimiento de que el historiador se hallaba poseido al relatar aquel hecho.

Por otra parte, este pasaje histórico ofrece un doble ejemplo de la verdad que vamos exponiendo; porque si Eduardo perdonó á toda la ciudad, gracias á la entrega de los seis vecinos, despues perdonó tambien á los seis vecinos por respeto y á instancia de su esposa Felipa de Hainaut.—«Si me consideras digna de compartir contigo la victo«ria, dice aquella mujer heróica al cruel vencedor; si crees que he servido con algun «resultado á la causa comun: si, en fin, tengo algun derecho, lo reclamo ahora menos «para salvar á esos hombres virtuosos que para poner á salvo tu honor. Si mis plega«rias no tienen bastante fuerza, no ruego ya, exijo, pido su gracia como precio de mis «servicios, y debo obtenerla.»—«Señora, le contestó Eduardo airado, no puedo negaros «nada, pero en este momento me violentais mucho, y preferiria que estuviérais muy «léjos de aquí...» ¡Admirable violencia hecha al poder por los méritos de la virtud, y que clama muy altamente en favor del principio que queremos probar!

individuo, que á veces tienen su gérmen en cierto ejemplo dado por otro. El padre sobrevive en sus hijos y *merece* en ellos, por los consejos que les dió, aun cuando él mismo no los hubiese observado: lo mismo sucede con los hermanos, los amigos, los conciudadanos. ¿Quién es capaz de calcular la buena ó mala fecundidad de tal palabra, de tal accion, y quién puede seguirla en la multitud de consecuencias que obrará á su paso, y que se multiplicarán hasta lo infinito?

Reconocida esta verdad, parécenos demostrado, que limitar á cada uno á su mérito aparente es irracional é injusto, y que es mas conforme á la verdad el dar participacion de este mérito á los que nos rodean.

Pero hay una razon mas profunda y decisiva, que corresponde á la misma raíz del principio de la reversibilidad de los méritos. Debemos fijarnos mucho en ella, es la siguiente:

El mérito reclama una recompensa, de la misma manera que el demérito exige un castigo. Castigar al segundo y no recompensar al primero seria una injusticia. Pues bien, ¿por qué entre todas las recompensas que puede el mérito reclamar, le seria negada la de sacrificar en favor del demérito su derecho á la recompensa? Si la principal propiedad del mérito es el desinterés y el sacrificio, ¿por qué la propiedad de la recompensa que le corresponde no ha de poder ser la satisfaccion de un sentimiento de desinterés y de sacrificio? ¿Por qué se rehusaria á la virtud la mas dulce y pura de todas las satisfacciones? ¿Quién podria reclamar una satisfaccion semejante? Esta seria, por consiguiente, inútil, y no habria ningun corazon capaz de experimentarla...

Observad, además, que no bastaria para esto la justicia absoluta; porque á la vez el mérito seria recompensado y castigado el demérito: el mérito recompensado por la satisfaccion que se concederia á su espíritu de amor y de sacrificio, y el demérito castigado por este mismo sacrificio que haria la virtud de la recompensa que él mereciese.

¿Qué sucederia, pues, si el mérito fuera superior á toda otra recompensa, y que negándosele esta, se quedase sin recompensa? ¡Qué injusticia tan grande! ¡El mayor mérito posible seria el único que quedaria sin retribucion!...

Pues bien, tal es el mérito de Jesucristo cuya reversibilidad sobre la humanidad culpable constituye el fundamento de todos los méritos, el móvil y el medio por los cuales se obra su reversibilidad.

El Hombre-Dios era por su naturaleza superior á toda re-

compensa, y por esto mismo nada podia recibir, porque, como Dios, nada le faltaba. Todos los méritos que como hombre habia juntado en su persona hubieran por lo mismo sido perdidos, *irrecompensados*, y el Justo por excelencia hubiera sido el solo abandonado por la justicia. Pero si el Hombre-Dios nada podia recibir, podia dar; y dar, en Dios, es la felicidad, y por consiguiente puede ser su recompensa.

No se diga que, como Dios, podia inmediatamente dar el perdon á la humanidad, sin hacer de este perdon el precio de los méritos que él adquiriese como hombre; porque la Justicia eterna no podia aplacarse sin una satisfaccion, y sin ella se hubiera puesto en contradiccion consigo misma. Necesitábanse, pues, *méritos* para esta justicia, pero no se necesitaba menos una *justicia* para estos méritos; y como los únicos méritos que pudiesen convenir á esta Justicia divina eran los *méritos* de un Dios, de la misma manera la sola *justicia* que podia corresponder á estos divinos méritos era la recompensa de un Dios, es decir, como hemos visto ya, *dar* su recompensa, traspasar sus *méritos* y recompensarlos en nosotros perdonándonos, como nos habia castigado en sí mismo sacrificándose.

¡Qué divina filosofía! ¡cómo eleva nuestra razon! ¡qué armonía tan sublime nos hace descubrir en sus admirables arcanos! No hacemos mas que entreverla y presentirla; pero ¡qué concordancia! ¡qué equilibrio! Respecto á la inteligencia y al corazon del hombre es lo que la bóveda estrellada respecto á sus miradas.

Los méritos de Jesucristo, cuya reversibilidad se explica de este modo, forman, pues, el recurso eterno é inagotable de la humanidad ante la justicia de Dios; y á su ejemplo y por ellos pueden á su vez nuestros propios méritos adquirirse y traspasarse; de modo que todas las consideraciones anteriormente presentadas sobre este punto no eran mas que preludios y bosquejos de la presente, que es la principal.

Identificando nuestros méritos personales con los méritos de Jesucristo, les damos sus propiedades, y los hacemos aceptables á Dios y reversibles sobre nuestros hermanos: nos convertimos los unos respecto de los otros en otros tantos mediadores y redentores, y la súplica de un pobre mortal, apoyada en los méritos de Jesucristo, puede de este modo elevarse hasta el trono de Dios, y desarmar su justicia en favor de sus hermanos en este mundo y aun en el otro.

Para llegar á este último, las almas del purgatorio deben, como nosotros, á los méritos de la sangre derramada por Jesu-

cristo el alivio de sus penas; y nuestras oraciones y buenas obras acá en la tierra pueden aprovecharles por la oblacion de aquella divina sangre.

Véase, pues, como lo que dijimos al principio, esto es, que los dogmas cristianos se hallaban esparcidos en todas las religiones del universo, que no son mas que sombras y herejías de la única religion verdadera que ha existido siempre, encuentra aquí su justificacion.

Hemos visto ya que el dogma del purgatorio se halla claramente expuesto en Platon y en Virgilio. El dogma del sacrificio y la eficacia de la sangre inocente derramada es todavía universal, como puede verse en el estudio especial que dejamos hecho de esta verdad. Pero véase ahora lo mas curioso: la reunion y concordancia de estos dos dogmas en uno solo, es decir, el alivio de las almas de los difuntos por medio de la sangre de una víctima, y su admision á este socorro por los méritos de los vivos; en una palabra, el dogma católico del purgatorio, en lo que puede haber de mas completo, se encuentra en los mas antiguos monumentos del paganismo.

Y no nos limitarémos á las libaciones y sacrificios hechos sobre las tumbas, sino que podemos ir mas léjos todavía: en el canto undécimo de la Odisea, que tiene por objeto la *evocacion de los muertos* por Ulises, leemos que este héroe quiso bajar á los infiernos para consultar con el divino Tiresias, y que conformándose con las instrucciones que le habia dado al efecto la diosa Circe, se condujo de la manera siguiente:

«Al mismo tiempo Euriloco y Perimela cogen los animales «consagrados, y yo, echando mano á mi luciente espada, abro «un hoyo de un codo de profundidad, y á su rededor ofrezco «libaciones á todos los muertos... Despues de haberles dirigi- «do mis oraciones y mis votos, tomo las víctimas, las degüello «sobre el hoyo por el cual corre una sangre negra, y al ins- «tante salen del Erebo las almas de los manes; á mi rededor «veo aparecer esposas, jóvenes y ancianos agobiados de mise- «rias, y tiernas vírgenes deplorando su prematura muerte; es- «tos manes van corriendo en tropel al rededor del hoyo, dan- «do gritos lastimeros, y al ver esto se apodera de mí un fúne- «bre terror. Entonces mando á mis compañeros que desuellen «á las víctimas que la cruel cuchilla habia sacrificado, y que «las quemen, y que imploren á los dioses, al fuerte Pluton y «la terrible Proserpina; y yo mismo, sacando otra vez la afi- «lada espada, pendiente de mi cintura, me siento y no permi- «to que las ligeras sombras de los muertos se acerquen á la

«sangre que se acaba de derramar antes que Tiresias me ins-«truya de lo que se debe hacer.»

La sombra de Tiresias se presenta y dice á Ulises:—«Apár-«tate de esa hoya, y envaina tu espada, *para que pueda yo be-«ber la sangre de las víctimas* y decirte la verdad.»—Accede Ulises á lo que se le pide, y entra luego en conversacion con Tiresias.—Entre tanto, la sombra de la madre de Ulises se habia presentado tambien:—«Esta sombra se sentó silenciosa-«mente *junto á la sangre*, y aunque se hallaba en presencia de «su hijo, no era capaz de verle ni hablarle.»—Ulises pregunta entonces al adivino lo que debia hacer para hacerse reconocer por ella, y Tiresias le contesta:—«El muerto *á quien permitas «acercarse á la sangre* te dirá la verdad; y el que rechaces se «volverá hácia atrás y se alejará de tí.»—La sombra de Tiresias desaparece.—«Entre tanto yo, dice Ulises, me mantengo «inmutable hasta que mi madre llega *y bebe la negra sangre;* «me reconoce al momento, y entre suspiros me dirige estas «breves palabras, etc.»—En esto todas las demás sombras acuden en tropel para *beber la negra sangre;* pero tirando Ulises de su espada las desvia, y no les permite aproximarse mas que sucesivamente.

Toda esta relacion es fabulosa, grosera y pueril sin duda, pero seguramente que los hechos no son inventados por la sola imaginacion de Homero, pues es evidente que no hizo mas que poner en accion una doctrina religiosa que se hallaba muy recibida en su tiempo. No es menos manifiesto que esta doctrina pertenece al dogma universal del sacrificio y á la eficacia de la sangre expiatoria para aliviar las almas de los muertos y establecer una comunicacion entre ellas y los vivos.

Esta es la doctrina, cuyo verdadero espíritu se habia perdido, y que no debiera haber sido nunca mas que figurativa de la redencion verdadera, prometida y esperada desde el principio del mundo, por la sangre del Mediador, que vino el Cristianismo á hacer efectiva, y á la cual retiró, como á todos los demás dogmas, de entre las manos de la supersticion para hacerla objeto de una fe racional.

Por este medio podemos, en efecto, *evocar* del purgatorio *las almas de los muertos*, aliviarlas, y establecer entre ellas y nosotros un verdadero comercio.

Siendo la misma Divinidad, en el Cristianismo, el foco de la comunion de las almas, y los infinitos méritos de un Dios el agente por cuyo medio ella se efectúa, se concibe en realidad que todas ellas deben poderse volver á encontrar, y que esta

sociedad espiritual, cuyo lazo son el amor y la verdad, debe prescindir del espacio y del tiempo, de la vida y de la muerte, segun lo comprendemos en el órden material y sensible. Segun este órden de ideas, la muerte verdadera, la muerte que separa, es menos la muerte sensible que la muerte espiritual, menos la separacion del alma del cuerpo que de la verdad y la virtud. Él nos enseña que puede haber mas union á través de espacios inconmensurables que habitando bajo un mismo techo; menos separacion mediando la tumba que el pecado [1]: en una palabra, vivir es participar de la vida eterna, que es Dios; y como esta vida es indivisible é inmortal, todo lo que de ella depende está perpétuamente unido.

De este modo la sublime y sólida metafísica del Cristianismo rompe las barreras del tiempo y de la muerte, y pone bajo la accion de una misma caridad, no solo las generaciones vivientes, sí que tambien las que fueron y desaparecieron, devolviéndolas á nuestro amor y esperanza en el seno de Dios, que *es el lugar de los espíritus como el espacio es el lugar de los cuerpos* [2].

Por este medio Dios nos permite y hasta nos manda que entremos en sociedad de méritos con todos los que nos precedieron en la observancia de su ley, ya estén en el purgatorio ó en el cielo, y que unamos nuestra voluntad á la suya, nuestras oraciones á las suyas, y nuestras manos á las suyas, por decirlo así, para acercarnos todos juntos á su seno paternal. Nos dice que está dispuesto á aceptar nuestras oraciones y buenas obras en la tierra en pago de la deuda de aquellos hermanos nuestros que se hallan bajo su justicia en el purgatorio, y atender en favor de unos y otros á las súplicas y méritos de los que están ya en el cielo. Se halla Dios tanto mas dispuesto á admitir estos medios de descargo, cuanto él mismo, Padre de todos, se interesa por su amor en aplacar su propia justicia; y cuanto el medio mas seguro para hacérnosla favorable á nosotros mismos es procurar inclinarla en favor de nuestros hermanos, que son hijos suyos.

«Busqué, dice en las santas Escrituras, busqué en el dia de «mi justicia alguno que la desarmase, y que con sus oraciones «levantase una muralla entre mis castigos y los culpables, y «no lo encontré.» ¡Qué palabras! Si el corazon de un padre es

[1] Así se explican aquellas célebres palabras de la reina Blanca á san Luis: — *Hijo mio, prefiero verte morir que verte cometer un solo pecado mortal.* Estas palabras no son únicamente las palabras de una cristiana, sino de una madre.

[2] Malebranche.

el mejor emblema de la Divinidad, ¿quién no reconoce al Dios verdadero en ese movimiento paternal que, al mismo tiempo que la violacion de la ley del deber nos obliga á presentar mal ceño á un hijo rebelde, conspira secretamente en el fondo de nuestras entrañas con las personas que nos rodean para hacernos desear que sus ruegos é instancias nos obliguen á perdonarle [1]?

Hé aquí el dogma del purgatorio y de la comunion de los santos.

¿Quién no reconoce la tendencia moral de semejante dogma, la confianza que inspira, y los motivos que ofrece á la virtud? ¿Qué no pueden la memoria de una madre y la fe en su intercesion en el cielo á favor de los hijos que dejó en la tierra? ¿Qué no puede la fe en la eficacia de nuestras buenas obras para librar á esta madre de las penas que sufre, y que tal vez le fueron impuestas á causa del amor que nos tuvo? ¿Qué no puede la esperanza de vernos reunidos en el seno de Dios, que nos hizo á los unos para los otros, y á todos para sí, y que al reunirnos no hará mas que consumar su obra? Lo que decimos de una madre podemos asimismo decirlo de un padre, de un hijo, ó de una esposa, de un hermano y de un amigo.

«Admirable comercio, exclama aquí Mr. de Chateaubriand, «entre los hijos vivos y el padre difunto, entre la madre y la «hija, el esposo y la esposa, la vida y la muerte! ¡Cuán tier- «nas cosas encierra esta doctrina! Mi virtud, la virtud de un «miserable mortal, se convierte en un bien comun á todos los «cristianos; y de la misma manera que yo participé del peca- «do de Adan, mi justicia se comunica tambien á los demás, y

[1] Siempre deberíamos estar junto á los sepulcros de nuestros amigos en actitud suplicante, y no para tributarles alabanzas desmedidas con el fin de que á su vez nos alaben los demás por esta accion. Son una impiedad, no solo para con Dios, sino para con los mismos muertos, esos discursos sobre la tumba, en que se les alaba por lo que tal vez causa su tormento en la otra vida, haciendo reflejar las vanidades de esta sobre su ataud. El paganismo las hubiera reprobado, y á lo mas hubiera hecho oir su *placide quiescas!* ¡Cuán sólidos, nobles y delicados son en estas circunstancias los sentimientos de los verdaderos cristianos! — «¡Oh tú, cualquiera que seas, atraido por la «piedad á este lugar sagrado,— escribia Boileau sobre la tumba de Racine,—llora en un «varon tan grande el triste destino de todos los mortales; y por grande que sea la idea «que de él pueda darte su reputacion, advierte que lo que él te pide *no son elogios, sino* «*oraciones.*»

Queremos citar tambien estas patéticas líneas de La Harpe sobre Florian: — «Ama- «ble y desdichado jóven, á quien he querido como á mi hijo..., no *saludaré á tu sombra;* «este trivial y *filosófico* énfasis nos repugna á los dos; pero descanso en la confianza de «que el Dios justo y bueno que tan fuertemente te probó habrá recibido en su miseri- «cordia el tributo de los sufrimientos que su ley, que tanto respetaste, te habia ense- «ñado á ofrecerle, y que no es jamás perdido en su presencia.» (*Curso de literatura*, t. XII, pág. 503).

«se les tiene en cuenta.—¡Qué hermoso es haber forzado, por «el atractivo del amor, el corazon del hombre á la virtud, y «pensar que la misma moneda que da el pan del momento al «miserable, da acaso á una alma libertada un asiento eterno «en la mesa del Señor [1]!»

CAPÍTULO VIII.

EL INFIERNO.

Á esta terrible palabra parece que se desvanecen todas las convicciones que el apologista del Cristianismo habia logrado reunir á la verdad... Sobre todos los demás puntos se habia consentido al menos en escucharlo; y penetrando poco á poco la luz en las inteligencias, habia acabado por descubrirles ciertas relaciones y un designio tan bien enlazados y tan perfectos en la Religion, que la divinidad de la mano que la estableció y la conserva habia sido reconocida y aceptada. Mas del fondo de todas las almas se eleva aquí cierto murmullo que sofoca su voz. De repente se le retiran todas las simpatías que tanto trabajo habia costado granjearle, y todo el edificio de su apología se ve amenazado de desaparecer en el abismo que tuvo la temeridad de entreabrir.

¡Cuán poderosa es, sin embargo, para defenderla la fuerza de la verdad y de la fe! En semejante estado de oposicion con la violencia de las preocupaciones, se atreverá no obstante el apologista, á pesar de la desventaja que de esto le resulta, á sostenerse, y dirigiéndose solo al corto número de los que la calma filosófica y el santo amor de la verdad hayan conservado á su rededor, les dirá:—Sí, hay un infierno... hay penas eternas...

Para entrar en materia, empezarémos preguntando al mas incrédulo:—¿Estás bien seguro de que no hay infierno?—En este caso tienes una conviccion que nadie pudo alcanzar antes que tú, ni los mas grandes detractores de las leyes divinas; una conviccion que no tuvo nunca Juan Jacobo, quien á semejante pregunta contestaba: *no lo sé;* conviccion que no poseyó Diderot, que, poniendo en diálogo el monólogo de su alma, decia: «Si abusas de tu razon, serás desgraciado no solamen«te en esta vida sino tambien despues de la muerte en el in«fierno.—Y ¿quién te ha dicho que hay un infierno?—En la

[1] GENIO DEL CRISTIANISMO: *Del purgatorio.*

«sola duda debes conducirte como si lo hubiera.—Y ¿si estoy «seguro de que no lo hay?—*Desconfio de tal seguridad...*» Una conviccion, por último, que no tuvo Voltaire, quien, á uno de sus corresponsales que le habia escrito: «Creo haber encontra- «do, al fin, la certidumbre de la no existencia del infierno,» le contestó: *Sois harto feliz: ¡yo estoy aun muy léjos de ello!...*

La duda, el *tal vez...* Hé aquí el estado de la cuestion tomada en su mas ámplia oposicion con nosotros.

Por consiguiente, si aducimos autoridades, razones, pruebas, y, en una palabra, todo lo que puede inclinar la conviccion, la verdad de un infierno deberá pasar de lo posible á lo probable, y de lo probable á lo cierto.

No pretendemos, sin embargo, disimularnos que las razones y las pruebas deben ser respetables, porque en los vaivenes de una solucion tan vasta es indispensable tener en cuenta los pretextos y resistencias de una incredulidad que no duda sino mientras se halla entregada á sí misma, y que solo se encastilla en la negativa cuando se la quiere obligar á que afirme.

Despues de habernos hecho cargo de los subterfugios y dificultades, abordemos la discusion.

I. «El despotismo teocrático, los Papas y los curas, dicen «algunos espíritus atrasados, son los que levantaron al rede- «dor de la Iglesia católica la preocupacion del infierno, para «retener en la misma Iglesia por medio del terror á las almas «tímidas; y ellos son tambien los que han escrito sobre el din- «tel de aquella gruta imaginaria estas desconsoladoras pala- «bras: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.*»

Á su vez tendrán *estas palabras* cumplida explicacion en los presentes *Estudios*, y ya de antemano nos adelantamos á pronosticar que la razon y el corazon suscribirán á ellas. Entre tanto, por lo que respecta á la imputacion hecha á la Iglesia católica de haber inventado caprichosamente el dogma del infierno, contestarémos desde luego que no es este dogma una superfetacion ni una redundancia en el gran sistema de la verdad católica, sino que al contrario se halla tan rigurosamente ligado con el conjunto de este divino sistema, y tan unido á su misma base, que vacilar un momento en admitirlo es dudar de todas las demás verdades, y rechazarlo es rechazarlo todo. Negar el infierno es negar la redencion; negar la redencion es negar la salvacion del género humano por la cruz de Jesucristo, esto es, la mas adorable de todas las pruebas de amor que

el cielo podia dar á la tierra... Es negar en consecuencia el motivo de todas las instituciones de caridad que el ejemplo de un Dios muriendo por sus criaturas ha producido, y es, en fin, cegar la fuente de cuanto hay de mas dulce, de mas consolador y benéfico para la humanidad.

Escoged, pues, y decidíos: todo el magnífico edificio de la verdad católica está ahí, delante de vosotros, basado sobre las ruinas del paganismo, rodeado del homenaje de diez y ocho siglos, fortificado y engrandecido en medio de las vicisitudes de las cosas humanas, que todo lo han hecho desaparecer, y que nada respetan aun mas que á él. Si quereis quitar de este edificio la verdad del infierno, es preciso que lo destruyais enteramente, que lo arraseis, y que paseis el arado por el terreno donde se halla asentado.

¿Os decidiréis quizás á tomar este partido?... ¡enhorabuena! Ya estais fuera de esta Iglesia, que tan interesada suponeis en el dogma del infierno para hacerlo servir de trinchera á su autoridad. Ya no teneis que temer aquella máxima: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse,* porque no hay en el mundo sino ella que la enseñe. Ya sois libres; ya no hay autoridad ni amenazas; teneis el libre exámen, el protestantismo... y sus variedades y su variaciones... ¡Cuántos pretextos y cuántos rodeos para evitar la verdad de que quereis huir!

Mas ¡ay! todos esos rodeos solo sirven para hacérosla encontrar mas inevitablemente. Todas las verdades católicas han sido hostigadas por el martillo de la herejía, muchas han sido demolidas, pero ni una sola ha dejado de ser *reformada*, y reformada en sentido favorable á las miras de la *razon* y de la *libertad:* el celibato de los sacerdotes, la confesion, la presencia real, el culto y sus prácticas austeras, etc..., solamente la verdad de un infierno ha quedado en pié, intacta... decimos mal, ha tomado nuevo vuelo á expensas del dogma del purgatorio que ha quedado suprimido... Ya no le queda medio á la frágil humanidad: el cielo ó el infierno.

¡Desechamos, diréis acaso, ese Cristianismo todo entero!— Pero, ¿lo habeis pensado bien? ¡El Cristianismo, esa fuente de verdad y de vida, ese foco de civilizacion, esa gran lumbrera á cuyo resplandor van marchando las naciones, y en el cual brillan todos los caractéres de la Divinidad! ¿Qué esperais encontrar fuera de su seno mas que barbarie, supersticion y oscuridad? Y sin embargo, ¿es aquí donde quereis arrojaros para evitar la verdad del infierno? ¿Dejais las regiones de la verdad y de la luz para pasar á las del error y las tinieblas?...

¡Qué sacrificio tan inmenso haceis á vuestra incredulidad!...

No obstante, todavía os concederémos esto: pasead vuestro escepticismo por todos los países y por todos los siglos, y estad seguros que no haréis mas que aumentar, colmar la medida de la verdad que os persigue. No hay ningun tiempo ni lugar donde la creencia en el infierno no haya constituido el fundamento de todas las religiones. Nuestros mismos filósofos modernos reconocen, y lo tienen formalmente consignado en sus obras, que desde el tiempo de Moisés y de los hebreos, y en los tiempos posteriores los caldeos, los asirios y los egipcios, creian en las penas eternas.—«Desde esta época, dice «Voltaire, encontramos las mismas creencias entre los griegos «y romanos, en una palabra, entre todas las naciones de la «tierra [1].»—«La doctrina de un estado futuro de recompensas «y castigos, dice Bolingbroke, se pierde en la noche de los «tiempos, y es anterior á todo lo que sabemos de cierto. Desde «que empezamos á penetrar en el cáos de la historia antigua, «vemos ya esta creencia establecida de la manera mas sólida «en el ánimo de las primeras naciones que se conocen [2].»

En todos los países que la navegacion ha descubierto, desde las extremidades del Oriente hasta los confines del Occidente, y hasta en las islas mas apartadas y desconocidas, se observa que el corazon del hombre está penetrado del temor de un infierno eterno.

¿Quién inspiró al género humano este temor, y cómo se concibe que á través de tan grandes distancias, de tan infinitas variedades de tiempo, de lugares, de costumbres y de conocimientos, hubiese podido una misma creencia, si no hubiese sido mas que una mera *invencion*, persuadir igualmente á todos los hombres? ¿De dónde les habrá venido á estos, sino de una revelacion primitiva y de la misma fuente en que bebieron la conciencia y sus imprescriptibles verdades?

¿Y de dónde procederá semejante invencion? ¿Quién la habrá forjado?—¿Serán quizás los reyes?—Leed los poetas del paganismo, y observaréis que cási todos los condenados que citan habian sido reyes: los Sisifos, los Tántalos, los Ixiones, los Danaos y muchos otros. No debieron, pues, ser los reyes los que inventasen el infierno contra sí mismos. Por otra parte, ¿cómo se habria comunicado en un instante esta invencion de la una á la otra extremidad del mundo?... En fin, la misma incredulidad debe saber contenerse en ciertos límites si no quie-

[1] Voltaire citado en las *Cartas de algunos judíos*, etc.
[2] Bolingbroke, Works, t. V, pág. 237.

re caer en el *absurdo* para evitar lo *incomprensible*, y perder la razon para huir de la fe.

Pero, ¿por qué, se dirá acaso, debemos nosotros dar crédito á una multitud insensata? ¿No está mejor representado el género humano, cuya autoridad no podemos desechar, por las inteligencias privilegiadas, y por los hombres pensadores, que tienen la mision de combatir todos los errores y desvanecer todas las preocupaciones? ¿Por qué no hemos de apelar de las decisiones del vulgo al tribunal de la filosofía?

Enhorabuena: vamos, pues, al tribunal de la filosofía.

No os citarémos los grandes genios que tanto han honrado á la humanidad desde el tiempo de Jesucristo. Los habeis recusado como cristianos, y sin embargo, ¡qué nombres!... desde Justino hasta Pascal.—Pero pasemos adelante.

Los filósofos mas antiguos de los tiempos primitivos fueron los poetas, y todos enseñaron y describieron el Tártaro y los infiernos: Orfeo, Lino, Hesiodo, Museo, Virgilio, Ovidio, Horacio y otros. ¿Quién no recuerda aquellos versos del poeta romano, que todos hemos aprendido en nuestra infancia?

> . . . . . *Sedet, ÆTERNUMque sedebit,*
> *Infelix Theseus* [1].

Hé aquí un condenado fijo por toda una eternidad sobre un asiento de dolores, del cual no podrá moverse jamás. Mirad tambien á Ticio entregado al furor de un buitre que devora para siempre sus entrañas:

> *IMMORTALE jecur tundens, fecundaque pœnis*
> *Viscera* [2].

Lo que obligó á exclamar al impío Lucrecio: «¿Cómo es po-«sible que hallen los buitres un alimento *eterno* en las entra-«ñas de Ticio? ¿y cómo podia sufrir él *eternamente?*

> *Nec, quod sub magno scrutentur pectore, quidquam*
> *PERPETUAM ætatem poterunt reperire profecto...*
> *Non tamen ÆTERNUM poterit perferre dolorem,*
> *Nec præbere cibum proprio de corpore* SEMPER [3].

La misma eternidad se nos presenta en el suplicio de Sisifo:

> *Sisyphon aspiciens, Cur hic é fratribus, inquit,*
> *PERPETUAS* PATITUR POENAS [4]?

Todavía mas: todos los sabios de la antigüedad dan testimonio de este dogma que vosotros os atreveis á desechar.

[1] Virgilio, *Eneida*, lib. VI.
[2] Ibid.
[3] Lucret., lib. III.
[4] Ovid., *Metamorph.*, IV, 465. —Persio nos ha trazado de una manera admirable los preludios del infierno en el alma del malvado: «Gran Júpiter, dice, padre de los dioses, «cuando quisiéreis castigar á los tiranos mas crueles; cuando se habrán abandonado á

Quizás no veréis en todo esto mas que exageraciones poéticas. En tal caso oid á Platon, al grave Platon, que no quiere poetas en su república; pero que sin embargo acoge sus verdades.—«Los viles malvados, dice, cuya alma perversa merecció ser incurable, están reducidos á servir de escarmiento; y «sus castigos *que los atormentan sin curarlos*, no son útiles mas «que á los testigos de su HORRIBLE Y DOLOROSA ETERNIDAD [1].» —«Las almas que cometieron crímenes mayores, dice «en otra parte, son arrojadas AL ABISMO QUE LLAMAMOS INFIERNO, ó con otro nombre cualquiera... Tal es, ¡oh hombre! el «juicio de los dioses que están en el cielo, de los dioses que «crees no se ocupan de tí. Los buenos se reunirán con los buenos, y los malvados con las almas de los malvados [2].»

Sócrates, segun Ciceron, enseñaba que hay varios caminos para las almas que salen del cuerpo: las de los malos toman un camino desviado, que las conduce léjos de las asambleas de los dioses [3].

En fin, en los primeros tiempos del Cristianismo un filósofo pagano, Celso, acérrimo enemigo de nuestra Religion, escribia:—«Tienen razon los cristianos, creyendo que los que vi«ven santamente serán recompensados despues de la muerte, «y que los malos sufrirán SUPLICIOS ETERNOS. Además, añadia, «este sentimiento les es comun *con todo el mundo* [4].»

Todo el mundo, pues, poetas y filósofos, súbditos y reyes, antiguos y modernos, civilizados y bárbaros, *todo el mundo* cree igualmente en la verdad del infierno. Verdad terrible sin embargo, que todo el mundo tiene interés en ofuscar. «No hay «reposo posible, escribia el impío Lucrecio, y es imposible dor«mir tranquilo, ¿por qué? porque es forzoso temer para des-

«los crímenes mas abominables estos móntruos de la naturaleza, su castigo no sea otro «que obligarles á que habran sus ojos para contemplar los encantos de la virtud, para «que al verla tan bella se sequen de pena por haberla abandonado:

Virtutem videant, intabescantque relicta!

«Los mas horribles suplicios, los toros de bronce candentes por el fuego, esas espa«das suspendidas de un delgado hilo en magníficos artesones, y que amenazan de con«tinuo á Damocles arrebatarle la vida, ¿son por ventura tan espantosas como el mor«tal terror que turba el corazon del impio y que cubren de palidez su rostro, sin atre«verse á comunicarlo á nadie, ni aun á su propia consorte? Abandonado el infeliz so«lo y enteramente á estos crueles pensamientos, que no puede apartar de su espíritu «agitado: ¡ah! exclama ¡qué infortunado soy yo! corro, y corro precipitadamente á un «precipicio: *Imus, imus præcipites.*» (Sátira III, verso 35 y siguientes).

[1] *Gorgias.*

[2] *Libro de las leyes.*

[3] *Gorgias.*

[4] *Orígenes contra Celso.*—«La doctrina de un purgatorio, igualmente que de un infier«no, data de la mas remota antigüedad, dice Voltaire.» *(Addit. á l'Hist. génér.).*

«pues de la vida LAS PENAS ETERNAS. Ningun mortal puede ser «dichoso agobiado por semejante temor... Es indispensable ar- «rancar á toda costa este temor del corazon de los hombres, «y desterrarlo para siempre del universo; porque turba la paz «de todo el género humano, y no permite gozar de ninguna «seguridad, de ninguna alegría, de ningun placer [1].»

¡Inútil furor, que no puede hacer mas que sacudir, sin quebrarla, la cadena de la justicia eterna que tiene al mundo sujeto á sus leyes!... El corazon del hombre ha continuado como antes despues de Lucrecio, y seguirá hasta el fin llevando el yugo de este saludable temor, que es para él el principio de la sabiduría y el escudo de la felicidad.

No obstante, hay dos épocas en la historia de la humanidad, en que la creencia en un infierno parece desarraigada del corazon humano, y por consiguiente cumplido el deseo de Lucrecio: la primera en tiempo de Neron, la segunda... en el de Robespierre... Pero en ambas épocas el infierno apareció sobre la tierra como para venir á atestiguar su existencia; y los temerarios que lo habian evocado negándolo, se apresuraron á cerrar su abismo proclamando su verdad:—«Los buenos y los «malvados desaparecen de la tierra, pero con condiciones DI- «FERENTES... No, Chaumette, no: la muerte no es un sueño «eterno... La muerte es el principio de la inmortalidad [2].»

Por esto Voltaire contestaba con dolor profundo á aquel oficioso amigo que se jactaba de haber encontrado al fin la prueba de la no existencia del infierno: «*Sois en verdad bien feliz; «yo estoy muy léjos de haberla hallado.*»

Y efectivamente para llegar á serlo con esta condicion, es preciso desechar radicalmente todo el Catolicismo, todo el Cristianismo, todas las religiones de la tierra, el sentimiento universal de los hombres de todos los siglos, y presentarse solo contra todo el género humano. El ánimo mas esforzado no se atreve á pasar adelante al llegar aquí, y le es necesario rendirse por fin á aquel antiguo adagio de sentido *comun*, que lo que fue creido *siempre, en todas partes, y por todos*, es verdadero;

[1] *Nunc ratio nulla est restandi, nulla facultas;*
ÆTERNAS quoniam POENAS in morte timendum:
. . . . . .
Et metus ille foras præceps Acherontis agendus:
Funditus, humanam qui vitam turbat ab imo,
Omnia suffundens mortis nigrore, neque ullam
Esse voluptatem liquidam puramque relinquit.
(T. Lucretii, *De natur. rer.*, lib. I, III).

[2] Relacion hecha en nombre del comité de salud pública por Maximiliano Robespierre, sesion del 18 floreal, año 2.º

que debe *ser necesariamente cierto* lo que [1], segun Ciceron, reune las opiniones de todos, y últimamente, como dice Joubert, que «cuando un raciocinio ataca el instinto y la práctica uni-«versales, puede ser difícil de refutar, pero de *seguro* es sofísti-«co y falaz [2].»

II. Á pesar de todo empecemos nuestro exámen.

Confesamos desde luego que el dogma del infierno es aterrador é inaccesible á la razon.

La razon comprende una pena temporal cualquiera, por larga que sea, y una justicia que corrige; pero, ¡una pena sin fin, una justicia que siempre castiga, que nunca se ablanda; y todo esto del fuerte al débil, de un Dios á su criatura, de un padre á su hijo!... Me siento confundido... ¡Oh fe! ¡vuelve á ceñirme tu venda!

No obstante, tomemos aliento y prosigamos:

«Si yo fuera Alejandro, le decia á este su amigo Parmenion, «aceptaria las proposiciones de Darío.—Y yo tambien, contes-«tó Alejandro, *si fuera Parmenion.*»

Tal es la respuesta que podria Dios dar al hombre cuando, abusando de la familiaridad con que lo ha honrado por su misericordia, se atreve á escudriñar su majestad, y, olvidando su orígen de la nada, á medir la justicia infinita con el compás de la suya, y cortarla por su propio modelo.

¡Qué orgullosa sinrazon! ¿Es Dios, quizá, no mas que un hombre, ó el hombre un Dios? ¿No es lo *infinito* la principal propiedad de la naturaleza y atributos de Dios? Y ¿cuál es la propiedad de *lo infinito*, sino el ser *incomprensible* para todo lo que no sea él mismo?

Debemos razonar de la justicia divina como razonamos de su misericordia. «Para concebirla dignamente, dice Montaigne, «es menester concebirla inconcebible y absolutamente distin-«ta de la de nuestra miserable experiencia.»

La luz que Dios nos ha concedido es para vivir con nuestros semejantes, pero de ningun modo para juzgarlo á él. Nuestra justicia es nuestra norma para con nuestros hermanos; pero nos abandona desde el momento en que queremos hacerla servir para medir lo infinito. Dios es esencialmente incomprensible para todo el que no sea Dios. Todo lo que Dios tiene en sí es Dios, y por consiguiente todo cuanto tiene debe estar

[1] *De quo autem omnium natura consentit, id verun esse necesse est.* (*De natura Deor.*, lib. I, núm. 17).

[2] *Pensamientos, ensayos y máximas* de Joubert, t. I, pág. 318.

dotado de los mismos caractéres que él. Si la justicia divina pudiese ser comprendida por nosotros y reducida al mismo nivel que la nuestra, dejaria de ser justicia divina, esto es, incomprensible. Su misericordia está envuelta en los mismos arcanos; por esto comprendemos tan poco el misterio del Hijo único del Padre, muriendo en cruz por los pecadores ciegos é impenitentes, como los suplicios eternos de los condenados. ¿Qué dirémos de su poder, y quién es capaz de comprender los medios de que se valió para sacar el mundo de la nada? ¿Qué dirémos de su sabiduría al contemplar el maravilloso órden del universo, desde el mas vil insecto hasta los astros? ¿Qué dirémos, en fin, de todos los demás atributos de Dios, todos igualmente ininteligibles? Y esto mismo que es lo mas evidente á la razon, por ser lo mas esencial á la Divinidad, y que consiste en *ser necesariamente y sin principio*, es precisamente por su majestad lo que mas confunde á la razon.

De consiguiente, si Dios es infinito y soberanamente incomprensible en todos sus atributos: en su misericordia, en su omnipotencia, en su sabiduría, y, por decirlo de una vez, en su existencia, ¿por qué no lo habia de ser en su justicia? ¿Por qué razon solo habia de dejar de ser Dios en este atributo?... «Hallais muy puesto en razon, dice Malebranche, que «una recompensa eterna sea muy digna de Dios; aprobad, «pues, igualmente en Dios los rigores eternos.»

Esta nuestra disposicion de exaltar la infinita bondad de Dios y sobreponerla á su justicia, y de *limitar* esta por aquella, va á parar no menos que al ateismo. En efecto, siendo Dios *infinito*, no podemos menos de acordar á todos sus atributos el carácter de *infinidad*, si no queremos atacar su existencia. Rehusar á uno solo este carácter es aniquilarlo en todos, pues no seria esto menos que destruir la idea del *Infinito*, ó de Dios. Dios no seria infinitamente bueno si no fuese infinitamente justo, é infinitamente amante del órden; porque si esto no fuese, ni aun *existiria*. En una palabra, todas las perfecciones de un ser infinito son infinitas, y por esta razon iguales. Además de esta razon capital, observad tambien que un Dios que no pudiese ser infinitamente bueno sin dejar de ser infinitamente justo, é infinitamente amante del órden, estaria falto de *sabiduría*, y este nuevo defecto le haria desaparecer. ¡Qué digo! ni le quedaria un fantasma de esa bondad infinita, á la que se habrian sacrificado todas las restantes perfecciones. Porque ¿en qué consistiria una bondad sin órden, sin justicia y sin sabiduría?...

Está esto tan léjos de ser así, que no nos ha dado el Cristianismo la idea de la bondad de Dios en su mas elevado concepto, sino porque nos dió en el mismo grado la idea de su santidad y de su justicia, y por medio de esta armonía tan admirable, la idea de la mas infinita sabiduría, como verémos en nuestros *Estudios* sobre la Redencion. Y si queremos por nuestra parte cometer una insigne locura, lo harémos rompiendo este maravilloso acuerdo, queriendo destruir el uno por el otro unos atributos que se suponen necesariamente en la revelacion que de ellos se nos ha hecho.

En efecto, ahí va una reflexion que de una manera muy particular propongo á vuestras meditaciones, la que, al paso que descubrirá el orígen de esa disposicion que tenemos de exaltar la infinita bondad de Dios por encima de su justicia, pondrá de manifiesto al propio tiempo toda la inconsecuencia é ingratitud de nuestra incredulidad por las penas eternas del infierno.

Parece que fuera del Cristianismo el dogma de las penas eternas no encontró tanta oposicion en la razon humana, á menos que, como Lucrecio, se abandonaran á los últimos excesos de la impiedad. Entre los antiguos vemos este terrible dogma sencillamente expuesto y aceptado cási siempre, y no encontramos en ninguna parte ninguno de esos argumentos deducidos de la verdad divina, que constituyen toda la fuerza de nuestra incredulidad.

Entre los modernos, por el contrario, este dogma ha venido á ser el mas insuperable, no solo para la razon del incrédulo, sino para la fe del cristiano; y á veces hasta se encuentran almas que creerian en todo el resto del Cristianismo, y que se detienen como fascinadas en presencia de este solo artículo. Esforzando mas todavía la observacion, podemos hacer notar, que cuanto mas nos alejamos de la cuna del Cristianismo, este dogma se va haciendo proporcionalmente mas incomprensible á la razon moderna, y excita mas resistencias en su contra.

¿De dónde proviene esto?

Sin duda de que el Cristianismo nos ha revelado la Divinidad, particularmente en el atributo de su bondad, de su amor y de su caridad, y que las ideas que él mismo nos ha sugerido, tan favorables por otra parte á nuestra debilidad, se han ingerido de tal manera en nuestro espíritu y costumbres, que se nos han hecho como propias é instintivas, y que olvidándonos de su verdadero orígen, llegamos hasta á objetárselas para combatirlo. Su misericordia ha perjudicado en nosotros á su

justicia, y nos sirve de arma contra el mismo. Y como á medida que avanzamos bajo la influencia de las ideas cristianas, las costumbres se van dulcificando y van apropiándose estas ideas perdiendo de vista su orígen, el abuso que de ellas hacemos contra la divina justicia va adquiriendo tambien mas crédito y autoridad.

Sin embargo, la inconsecuencia é ingratitud de este abuso son muy manifiestas; porque si nos remontamos al verdadero orígen de esta nocion de la bondad de Dios y de todas las ideas de caridad y humanidad que de ella dimanan, solo lo encontrarémos en la cruz de Jesucristo, que ha sustituido el culto del amor al del temor, pudiéndosele aplicar aquellos proféticos versos de Virgilio:

Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
Irrita perpetua solvent formidine terras.

Pero la cruz de Jesucristo nos ha revelado tan grande amor, y nos ha infundido tanta confianza, revelándonos al propio tiempo una justicia tan infinita en su severidad como este mismo amor; pues la testificacion de este amor consiste precisamente en habernos *redimido del infierno*, y esto por medio de la muerte de un Dios. — ¡Qué justicia tan grande la que exige un rescate semejante! ¡Qué certidumbre mayor del infierno, que la que resulta de la necesidad de una víctima tan augusta!

De suerte que este mismo amor de Dios, en que pretendemos apoyarnos para impugnar la verdad del infierno, la supone necesariamente; prueba de que sin la existencia del segundo el primero no hubiera brillado con tan puros resplandores, y que por consiguiente es echarle en cara este amor el hacerlo servir en contra de la verdad del infierno, que es su motivo soberano, y sin el cual se desvaneceria.

Si Dios hubiese dejado el mundo en las cadenas de la condenacion, que nuestros crímenes merecian, no conociendo de él mas que su maldicion, lo hubiéramos adorado por el terror, á la manera de las naciones idólatras de que habla Virgilio: *Perpetua formidine terras;* — pero nos ha distinguido de ellas, y le blasfemamos.

¡Oh extremada malicia de nuestra ingratitud! Si el socorro hubiese sido completo, sin exigir de nuestra parte sacrificio alguno; si la muerte de Jesucristo por sí sola nos hubiese redimido inevitablemente del infierno, dejándonos por otra parte en nuestra entera voluntad respecto de las faltas; como ya no tendríamos interés en negar el infierno, hubiéramos reconocido su existencia y el amor inmenso que de él nos habria

librado. Pero como al sacrificio de Jesucristo deben unirse nuestros propios sacrificios; como solo somos curados *con la condicion* de aplicarnos nosotros mismos el remedio y sufrirlo; y como, en una palabra, el infierno existe, aunque solo se nos recuerda para que lo evitemos, nos revelamos contra la verdad de su existencia, fundándonos en la idea de la bondad de Dios que lo supone necesariamente.—Nos apoyamos en la idea de la bondad que nos presta el socorro para negar el peligro, y negamos el peligro para sustraernos á las condiciones del socorro.

¡Qué inconsecuencia! ¡qué abuso! ¡qué ilusion!

La verdad del infierno es seguramente incomprensible, porque debe serlo; pero lo seria mucho menos si, por la mas extravagante de todas las ilusiones, no extendiéramos esta misma incomprensibilidad á las razones que deberian disminuirla. No molestaba tanto esta idea á los antiguos, y deberia molestarnos mucho menos á nosotros, puesto que la grande obra de la redencion, que ellos solo conocian en promesa, la ha suavizado extraordinariamente; y sin embargo nos molesta mucho mas.

Pero vamos á consideraciones mas directas.

III. Aunque el dogma del infierno sea incomprensible, le sucede sin embargo lo que á todos los misterios cristianos: sus extremos se nos escapan; pero en la pequeña porcion de su infinidad, que puede alcanzar nuestra razon, descubrimos conveniencias, semejanzas y hasta razones que nos permiten suscribir á él, y presentir su razon absoluta que solo está en Dios [1].

Entremos, pues, en este nuevo órden de investigaciones filosóficas. Hay una reflexion, á nuestro ver muy concluyente, que debe animarnos en este estudio, á saber: que es imposible que los hombres hubiesen creido tan universal y perpétuamente en la eternidad de las penas, si esta verdad no encerrase algunas relaciones muy verdaderas con nuestra naturaleza y sus instintos. Todo nuestro trabajo debe consistir ahora en cavar con bastante profundidad para encontrar estas relaciones.

1. Todo está regido por leyes soberanas, porque nada puede subsistir por sí mas que aquel que *es el que es*, y de quien por consiguiente depende todo. El hombre es el ser que par-

[1] ¿Sucede de otro modo con los misterios de la naturaleza y las conquistas que todos los dias va haciendo la ciencia en ellos?

ticularmente recibió su ley. Esta ley es positiva, se halla escrita en nuestras conciencias, es natural, universal, y debe ser principio y norma de todas las leyes civiles que en la sociedad tenemos. El hombre se diferencia de todos los demás seres en un punto muy singular: en que puede violar su ley, en que es libre. Pero ¿puede esta libertad ser absoluta, y permitir al hombre apartarse indefinidamente del Ser soberano? No; porque siendo Dios el único ser infinito, no puede querer que otro ser, que él sacó de la nada, tenga facultad para señalarle límites, formándose ó creándose un destino separado de él. Es preciso, pues, reconocer que aunque el hombre es libre, no puede ser independiente; que por consecuencia es responsable, y que si delante de él hay la ley que puede violar, á su espalda hay tambien algun castigo del que no podrá huir. De otro modo la facultad indefinida de violar la ley implicaria la negacion de la misma ley; verdad que san Agustin nos ha expresado con aquellas profundas palabras: *La pena es el órden del crímen.*

Por consiguiente hay adherida á la ley natural una sujecion á la pena.

Pero ¿se efectúa esta pena siempre y completamente acá en la tierra?

En el capítulo de la *Inmortalidad del alma* dejamos demostrado que no; y en efecto, no puede desconocerse lo que se está viendo todos los dias; la impunidad del crímen, la prosperidad del criminal, el desórden moral del mundo, perpétuo orígen de recriminaciones y blasfemias contra la Providencia. Las leyes humanas no tienen tanto por objeto lo que es culpable en sí, como lo que es perjudicial á la sociedad, y son además tan ciegas é ineficaces, que no pocas veces producen un nuevo desórden en el seno del mismo desórden, que solo se diferencia de él por la fuerza de que va acompañado ó que lo garantiza; por otra parte la opinion, léjos de reparar el desórden, lo consagra á veces y lo corona; en fin, la conciencia y sus remordimientos acompañan al criminal en sus principios; pero muy pronto son por él sofocados, y solo arrojan algunos gritos que se pierden en medio del torbellino de sus prosperidades.

Es menester, pues, que exista una pena para mas allá de la vida presente. —De aquí toma orígen el dogma del infierno y su universal creencia [1].

[1] «Filósofo, exclama Juan Jacobo, tu moral es muy bella, pero hazme el favor de «mostrarme su sancion; ¿qué has puesto en lugar del infierno?»

2. Pero el problema no está resuelto todavía; no está mas que abordado. Todos reconocen la necesidad de un estado futuro de castigos, pero niegan la *eternidad* de este estado. Á este punto, pues, debemos concentrar toda nuestra atencion y nuestras investigaciones.

Nos atrevemos á decir que negar la eternidad del castigo, cuya necesidad se reconoce, es negar el castigo mismo; así como negar este castigo es minar todo el sistema moral y caer en otro infierno, queriendo evitar el primero; — en una palabra, que la eternidad del castigo es lo que lo constituye esencialmente tal.

En efecto:

Todo lo que debe acabarse algun dia nada es para el hombre. Es tal el sentimiento de su inmortalidad, que todo lo mide por esta condicion de su ser. — «¿Qué me importa *lo que «puede tener fin?* dice un incrédulo ya citado [1]; la hora que so- «nará dentro de sesenta años ya está ahí, junto á mí. Hago «poco caso de lo que se va preparando, acercando, y al fin lle- «ga y pasa para no volver... lo que yo deseo es un bien, un «sueño, una esperanza, que me entretenga siempre, que es- «té siempre delante de mí, que sea mas grande que mi mis- «ma esperanza, mas grande que todo lo transitorio...» Lo que decimos de la esperanza y de la felicidad puede decirse tambien del temor y de la pena; porque el corazon del hombre es siempre el mismo, y se deja llevar de la infinidad de su ardor en todas sus afecciones. De la misma manera que un cielo temporal no seria cielo, así un infierno temporal tampoco seria infierno. Los que atacan al dogma del infierno os concederán á cada paso todos los suplicios imaginables y toda la duracion que se les quiera dar, y no se sublevarán mas que contra una sola cosa: la *eternidad* de estos suplicios, sin reparar que con esto mismo atestiguan su necesidad. Estarian siempre dispuestos á suscribir con todas sus pasiones á esta transaccion que os proponen, salvando para satisfacerlas cualquiera abismo, con tal que no fuera eterno, que la Religion abriese delante de ellos; de manera, que lo que subleva al hombre es precisamente lo que lo contiene, y el freno que tasca es lo que le impide extraviarse.

«Es tan fuerte el atractivo de los bienes de este mundo, di- «ce madama Staël, que altera el color de todas las cosas, has- «ta el resplandor de una existencia futura. Disputando en «cierta ocasion con sus amigos, decia un filósofo aleman: *Por*

[1] Senancour, *Obermann*.

«*conseguir tal cosa daria dos millones de años de mi felicidad* «*eterna*, y estaba SINGULARMENTE MODERADO en el sacrificio que «ofrecia [1].»

Esto se explica perfectamente: es el hombre tan infinito en sus deseos, que por la ilusion mas caprichosa y mas ordinaria, á la vez reviste de esta infinidad los objetos mas frágiles de sus pasiones. Con el pié en el sepulcro y en el término de sus dias acumulará el oro que podrá bastar á diez vidas humanas, y aun así temerá que llegue á faltarle. En medio de los ardores de la juventud se entrega á sueños de una felicidad infinita, apoyándose sobre una flor que el viento deshoja. En fin, en la edad madura un *minuto* de poder presenta á su ambicion una satisfaccion tan profunda, que no le parece demasiado cara, aunque haya de comprarla á fuerza de torpezas, y hasta de crímenes que emponzoñarán despues todo el resto de sus dias. «Ningun peligro, ningun tormento podrá espan- «tarme; uno solo conozco: el de no reinar [2].»

Hé aquí el hombre.

No pongais al lado de tan ilimitados apetitos mas que un infierno limitado, por prolongado que sea; y francamente ¿cómo podréis ponerlo en equilibrio? Á cada instante y de propósito se burlarán de este infierno las pasiones, que no conociendo ya freno, y excitadas mas bien que contenidas por esta semibarrera que, una vez salvada, las hará mas impetuosas, y les hará encontrar la legitimacion anticipada de sus excesos en la idea de su término. Sintiéndose el hombre eterno, necesita esperanzas y temores que estén á su altura, á su nivel; pues todo lo que le es inferior desaparece ante su vista.

Si fuera posible conocer todos los crímenes que el temor de la *eternidad* del infierno ha evitado, quedaríamos convencidos de la necesidad de esta sancion, y de esta necesidad deduciríamos su realidad.

3. Pero la eternidad del infierno no solo se justifica por su *fin* y como pena *preventiva*, sino tambien por su *principio* y como *satisfactoria* á la divina justicia.

Esta última conclusion resulta de todo cuanto llevamos dicho para llegar á la primera.

Efectivamente, la no eternidad del infierno pondria al hombre en el caso de poder, al fin, decir á Dios: «Sé que podeis «castigarme, y me conformo con ello; pero sé al mismo tiem-

[1] *Reflexiones sobre el suicidio.*
[2] *Macbeth*, acto IV, escena II.

«po que no podeis hacerlo mas que con *cierta medida*, que, «por grande que sea, pasará, y os veréis obligado á perdo- «narme y hacerme dichoso. Pues bien, como en la satisfac- «cion de mis pasiones me propongo un placer *sin límites*, con- «siento en el castigo que me teneis preparado, y con esta con- «dicion puedo entregarme á todas las maldades, esperando «abrazaros algun dia, y obligar á vuestra misericordia á po- «ner un término á vuestra justicia.»

Ahora preguntarémos: ¿Semejante justicia quedaria satisfecha? ¿no quedaria mas bien hollada y vilipendiada? ¿no contendria la misma idea de su término la legitimacion anticipada de todos los excesos?

Cuéntase que un bufon muy rico de Roma se hacia seguir en las calles de esta ciudad por un esclavo que llevaba un saco de dinero, y se iba divirtiendo repartiendo bofetones á los que encontraba al paso, tapándoles luego la boca para que no entablasen contra él ningun procedimiento judicial, pagándoles en el acto el máximum de la indemnizacion á que hubieran podido condenarle los tribunales. —¿No es esta una imágen la mas exacta de la conducta que observaria el hombre respecto de la justicia divina, si esta no fuese eterna?

Pero hay mas: nosotros mismos usamos de la eternidad en nuestra justicia terrestre, en cuanto nos es permitido hacerlo: el destierro *perpétuo*, la muerte... Hay para el hombre crímenes *irremisibles*, ¿y no los habria para Dios?

No invoquemos, para eludir la dificultad, la bondad de Dios infinitamente mas grande que la del hombre: porque aquí no viene al caso. La bondad no puede estar en contacto con el crímen sino por medio del *perdon*, y el perdon es imposible sin el *arrepentimiento* que lo acepta. El perdon no se impone, se recibe; de otra manera deja de ser perdon, es debilidad, impunidad, injusticia; pues bien, el infierno solo es para los *impenitentes*.

No invoquemos tampoco su omnipotencia, que nada tiene que temer de nuestras maldades; porque está fuera de nuestro alcance. La *justicia* es el solo atributo de que ahora tratamos; y á no ser que neguemos la *justicia como justicia*, es necesario reconocer que reclama una satisfaccion, y que esta satisfaccion no debe ser menor que el crímen, lo cual sucederia si este, como acabamos de decir, pudiese con anticipacion *ponerle límites*.

Nos hallamos en la imposibilidad de formarnos una idea exacta de la *justicia* porque no la conocemos mas que por el

uso que de ella hacemos, que es *relativo* á nuestra condicion. En manos del hombre la justicia no es un *principio*, sino una *delegacion*. Su uso no está autorizado mas que por el interés de su conservacion, y tiene á este interés por su medida exacta. De aquí se originan dos consecuencias propias de la justicia humana: la primera, que á pesar del arrepentimiento se ve obligada á ser implacable, y que muchas veces castiga despues que la justicia de Dios ha perdonado ya; la segunda, que multitud de crímenes, mayores en sí mismos que los que castiga, están fuera de su jurisdiccion, y solo dependen de Dios, que muchas veces los castiga mientras los hombres los aplauden. Solamente en Dios es la justicia completa, esencial, libre, absoluta, toda entera en sí misma, y nada mas que ella misma. No hay crímenes, por enormes y numerosos que sean, que no pueda perdonar al arrepentimiento, pues su *omnipotencia* separa á su justicia de todo otro designio que no sea ella misma, y le permite recibir los méritos de Jesucristo. Pero no por esto hay ninguna violacion de la ley moral que no debe castigar, porque su *infinita justicia* no puede desmentirse en ningun caso. Perdon, siempre; impunidad, jamás: por consiguiente, poner límites al castigo de una falta en la cual se continúa, es impunidad, y los condenados, como verémos luego, continúan *necesariamente* en su pecado.

De aquí se sigue que, ya sea considerando el castigo del infierno en su fin ó en su principio, creemos haber justificado la proposicion que habíamos asentado, á saber: que este castigo consiste en su eternidad, y que destruir esta es destruir el castigo, y por consecuencia es introducir el desórden en la obra de Dios, é imputarle este mismo desórden.

IV. Avancemos, empero, algo mas en este abismo, y veamos si podemos encontrar otra razon mas precisa del infierno.

El hombre está dotado de dos atributos esenciales que es menester no perder de vista, porque son los grandes móviles de sus destinos: Primero, el ser *libre;* segundo, el ser *inmortal.*

Estos dos atributos se le dieron con un designio de pura bondad, pues que tienen por objeto el conducirlo á su felicidad eterna en la posesion de Dios, la *libertad* para conocerlo y amarlo, y la *inmortalidad* para gozar de él en su eternidad.

Pero corresponde á la naturaleza misma de este beneficio el que el hombre pueda no aprovecharse de él; pues la *libertad* importa en sí la alternativa del bien y del mal, que es el re-

sorte de la libertad y el orígen de sus méritos y de sus derechos.

Resulta necesariamente de esto que por su *libertad* puede el hombre dirigirse á Dios ó apartarse de él, y por su *inmortalidad*, dar á su eleccion un fin eterno.

En el primer caso seria fiel á la ley de su naturaleza, y en el segundo la violaria.

Pero debe tenerse muy presente que por esto mismo, y sin hacer intervenir á ningun otro agente, el hombre encuentra inmediatamente su recompensa ó su castigo en esta misma fidelidad ó en esta rebeldía; porque lo que constituye su fidelidad, *la union con Dios*, hace tambien su ventura; y lo que constituye su rebeldía, *su alejamiento de Dios*, hace tambien su desdicha; de manera que el culpable es su propio verdugo, la falta lleva en sí misma su castigo, y el pecado abre su propio infierno.

Hasta la filosofía antigua entrevió esta verdad cuando decia por boca de Platon, que «Dios no puede ser autor del mal moral y del pecado [1].»

Por consiguiente, no es Dios el autor del infierno, pues el infierno, si lo entendemos, es el mismo pecado, dice Bossuet [2]; lo engendró el pecado, de la misma manera que el crímen engendra los remordimientos. El hombre decide de su suerte por una eleccion libre.

En un principio, pues, el hombre por su primer pecado debia ser privado para siempre del bien supremo que él mismo habia despreciado, y *entregado*, como dice la Escritura, *á su sentido reprobado*. La justicia de Dios no debia ninguna consideracion á su amor.

Pero este amor que habia empezado á manifestarse al criar al hombre para una felicidad infinita, no se agotó con este primer beneficio. Se extendió hasta al hombre culpable, suspendió las *consecuencias* definitivas de su pecado, y solo dejó que pasaran sobre él las indispensables para hacerle sentir y expiar, y para provocar su regreso á la felicidad que habia abandonado. Le concedió una *próroga* para que su libertad tuviese tiempo de rehabilitarse, y esta *próroga* es la vida que pasa el hombre en la tierra, y cuyo único objeto es el reconquistar por sus merecimientos el bien que una vez habia perdido.

[1] La Harpe, que es quien cita este pasaje, observa que la palabra *pecado*, que entre nosotros solo se usa en el idioma religioso, pertenecia entre los antiguos al lenguaje filosófico. (*Curso de literatura*, t. IV, pág. 69-70).

[2] Sermon sobre *la gloria de Dios, en la conversion de los pecadores*, primera parte.

¡Por cuántos medios no procura Dios nuestro retorno hácia él! Nos atrae por medio de las bellezas de la naturaleza; nos sonrie con los goces de la virtud; nos reprende con los remordimientos de la conciencia; nos llama á sí por medio de los disgustos y calamidades de la vida, llenando de amargura todo lo que tenemos al rededor para que nos echemos en sus brazos, y nos asedia en fin con las luces y las gracias de su religion. Y despues de todo ¿qué exige de nuestra parte? No mas que un acto de nuestra libertad hácia él, una conversion del corazon. En rigor se contenta con el acto mas tardío de nuestra buena voluntad (con tal que tenga lugar en vida), si no para hacernos entrar desde luego en su posesion, al menos para ponernos en camino de ella, y encargarse él mismo de nuestra curacion.

Despues de todo esto, ¿puede hacer mas todavía á menos que alterara la naturaleza necesaria de las cosas, es decir, hacer que una cosa sea y no sea á la vez?

¿Puede hacernos amar lo que nos repugna, es decir, que queramos lo que no queremos? Esto es evidentemente imposible, porque seria quitarle la libertad á la naturaleza. Puede esperar, invitar, estimular nuestra libertad; pero forzarla seria destruirla y desnaturalizarnos.

Por otra parte, ¿puede hacer que seamos dichosos á nuestro antojo, siguiendo lo malo y apartándonos de él? Tambien esto es imposible, porque seria obrar contra su naturaleza infinita, que dejaria de serlo si un ser cualquiera pudiese formarse una existencia feliz y á despecho de su soberana voluntad.

Es, pues, necesariamente indispensable que nos abandone á nuestro *sentido reprobado*, á nuestra mala voluntad, y por lo tanto á la desdicha que le es consiguiente, desdicha tan larga como nuestra existencia, es decir, *eterna*.

¿Se dirá tal vez que el campo de nuestra libertad es demasiado reducido acá en la tierra, sus límites poco conocidos, y que durante este corto tiempo que llamamos vida no puede ejercerse una libertad cuyos resultados deben ser eternos?... Pero precisamente la corta duracion é incertidumbre de nuestra vida son para nosotros un beneficio, porque nos tienen de continuo ocupados de los juicios de Dios. ¿No nos enseña todos los dias la experiencia, que prolongar la vida es prolongar la cadena de nuestros errores y aumentar nuestra culpabilidad, y que la confianza de una muerte lejana y la esperanza de que hemos de tener tiempo para enmendarnos son los principales consejeros de una vida desordenada? No es todavía

bastante corta la vida ni bastante incierto el momento de la muerte, puesto que los mas vivos estímulos de nuestra santificacion son esta brevedad y esta incertidumbre.

Pero en la otra vida, añaden algunos, cuando los réprobos vean claramente que se engañaron, y que los golpes de la justicia divina les hagan sentir todo el interés que tenian ellos en no atraerlos sobre sí, ¿no ha de haber ya ninguna puerta que se abra al arrepentimiento?

Es necesario no conocer el corazon del hombre para hacer semejante pregunta.

Los réprobos pueden sentir *pesar*, pero no *arrepentimiento*. Basta el *interés* para engendrar el pesar; pero el arrepentimiento solo puede nacer del *amor*, que siendo el desinterés por excelencia, no puede ir á beber sus inspiraciones en las fuentes del solo interés. No se conoce en esta vida todo el interés que tenemos en amar á Dios; porque aquí Dios se oculta á medias: se oculta en la naturaleza, se oculta en las privaciones de la virtud, se oculta en los misterios de la Religion, aunque dispuesto á manifestársenos todo entero siempre que demos algunos pasos para atravesar el obstáculo que de él nos separa y á volverse á abismar en su misteriosa oscuridad siempre que lo despreciamos. Por este medio pone á prueba nuestra fe, nuestro amor y nuestro arrepentimiento, y ejercita nuestra libertad; pero en la otra vida, donde estarémos anegados en su vision, esta libertad será absorbida por la evidencia; como no podrémos pecar ya mas, tampoco podrémos contraer nuevos méritos, y lo que asegurará la felicidad de los santos consumará la desdicha de los condenados: —«Existe entre nosotros «y vosotros un abismo tan grande, que los que quieren pasar «de aquí allá, y de allá acá no pueden absolutamente [1].»

No por esto se estará exento en la vida eterna de las afecciones de amor ó de odio; al contrario, tendrán estas una energía prodigiosa y superior á toda comparacion con las que experimentamos en la tierra, porque se concentrarán en un solo objeto y tendrán un pábulo eterno; pero no serán mas que la continuacion y la dilatacion inmensa de las que se habrán adquirido en esta vida. Estas afecciones no podrán empezarse allí, y por lo mismo que no podrán comenzar, no podrán cambiar ni tener fin; permanecerémos eternamente en nuestra rebelion ó en nuestra fidelidad, en nuestro amor ó en nuestro odio [2].

[1] Parábola del mal rico antes citada.

[2] «Los que salen de esta vida, dice Leibnitz, con sentimientos de rebelion contra «Dios, como no son detenidos nunca por ningun llamamiento exterior de los sentidos,

Ya se concibe, por consiguiente, que los que al fin han sido mas bien frágiles que perversos, que sin seguir realmente toda la ley, han querido seguirla, se han esforzado por cumplirla y han muerto con un corazon convertido á Dios por medio del arrepentimiento; se concibe, decimos, que estos dén algun lugar á la divina misericordia, que sean *curables*, como dice Platon, y que por medio de sufrimientos pasajeros puedan reconquistar lo que habian perdido. Mas los que rompieron voluntariamente con la ley, los que entran en la otra vida siéndole hostiles, ¿cómo podrán librarse de las manos de la justicia para hacer alianza con la misericordia? Para esto seria necesario un cambio de voluntad que supone la libertad de eleccion, y esta libertad no existirá ya *meritoriamente;* serán excluidos. Solo esta vida es el lugar del mérito, porque únicamente acá en la tierra puede haber para nosotros tentaciones, perplejidad, division y lucha posible entre Dios, que se oculta á medias, y las criaturas, que ponen de manifiesto sus propias seducciones. Despues de la muerte no existirá ya este estado, y será absorbido en la vision eterna; se cerrará el campo de nuestra libertad para abrirse el de sus consecuencias, y la disposicion en que la muerte nos haya encontrado no se cambiará ya mas por nuestra dicha ó nuestra infelicidad, y en ambos casos *eternamente*, porque somos *inmortales* [1].

Se dirá, por fin: en la tierra no estamos bastante ilustrados sobre la importancia de estas consecuencias; y si nos fuera posible volver á empezar la vida despues de haberlas tan solo entrevisto, entonces sí que no tendríamos excusa, y sufriríamos con justicia nuestra eterna suerte.

Á semejante objecion se ocurren naturalmente dos respuestas. Primeramente, si la impresion de la vista del infierno fuese tal que borrase todas las impresiones que nos causan los objetos de nuestras pasiones, y que proyectase sobre ellas su siniestro reflejo, aquellos objetos dejarian de ser seductores y

«deben continuar siguiendo el mismo camino que una vez empezaron, perseverar para «siempre en el estado de alma en que fueron sorprendidos, y por solo esto hallarse se«parados de Dios; de manera que por necesidad caen en el último grado de desdicha, «y, si es lícito hablar así, se condenan ellos mismos.» (*Sistema teológico*, pág. 15).

[1] «Todas las veces, dice en otra parte Leibnitz, que al separarse un alma de su cuer«po se halla en estado de pecado mortal, y por consiguiente en mala disposicion con «respecto á Dios, por su propio movimiento y al modo de una masa desgajada á quien «no detiene ni impide una causa extraña, se precipita en un abismo de perdicion; y se«parada de este modo de Dios, se condena ella misma. De aquí es que movidos por es«te motivo hombres piadosos han pensado que los condenados experimentan un odio «tan grande contra Dios, que no quieren recurrir á su bondad, y prefieren una desgra«cia eterna y que dure para siempre.» (*Sistema teológico*, pág. 295).

nuestra voluntad de estar perpleja; volveríamos á la cuestion ya resuelta antes. Si, por el contrario, suponemos que esta impresion del infierno fuese bastante débil para dar lugar en ciertos momentos á la duda y á la insensibilidad, volveríamos á la cuestion de nuestra vida real, en la que á pesar de las advertencias de la conciencia y de la fe, á pesar de los remordimientos y de las gracias, obramos el mal, contratamos con él pactos infernales, y le permanecemos fieles á despecho de las desgracias que nos ocasiona hasta acá en la tierra.—«Tienen á «Moisés y á los Profetas, óiganlos...; porque si no oyen á Moi«sés ni á los Profetas, tampoco creerian á un muerto que re«sucitase [1].»

¡Cuánto contribuye á hacernos incrédulos nuestra dañada voluntad! Cada dia somos mas exigentes pidiendo nuevas luces; ¿por qué no pedimos mas caridad? ¡Luces!... Algun dia nos confundirá la abundancia de las que se nos habrán dado, y quizás bendecirémos á Dios por no habérnoslas dado en mayor cantidad, supuesto que no habian de haber servido sino para aumentar nuestras infidelidades. No es luz lo que hace falta; es el ojo, que está enfermo.

Cuando la pasion nos domina, cegamos voluntariamente, la luz del deber se va disminuyendo, y al fin se apaga en el desórden de la concupiscencia. Consumada la falta, reaparece esta luz vengadora, y su resplandor es el que produce los remordimientos, primer infierno del hombre, que tambien serán para él el último. Cuando dejamos el pecado, nos retiramos del infierno, y sin embargo, ¡cuántas veces no volvemos á caer en él! Esta ceguera de la pasion reiterada acaba al fin por sumirnos en un estado de embrutecimiento moral y religioso, insensible á los remordimientos y antipático á la verdad. En este estado, en que muchos se encuentran sin sospecharlo siquiera, parece el dogma del infierno desproporcionado á la idea que se tiene del pecado, en fuerza de estar avezados á él, y *beberlo como agua*. Pero cabalmente no es segun esta conciencia viciada, fatal obra de nuestros propios extravíos, que hemos de ser juzgados, sino segun nuestra conciencia tal como salió de las manos de Dios, tal como se nos confió, enteramente pura, limpia, clara y delicada. Recordemos lo que ella fue en los primeros dias de nuestra adolescencia: ¡cuán timorata! ¡cuán púdica! ¡cuán escrupulosa! ¡cuántos sobresaltos, cuántos remordimientos excitaron en ella los primeros desórdenes! ¡Cuán merecido le parecia entonces este mismo infierno, contra el

[1] Parábola del mal rico ya citada.

cual ahora nos rebelamos! Si de repente pudiésemos volver á adquirir esta conciencia primitiva, y el corazon sencillo de los doce años pudiese de pronto reaparecer y latir en el pecho maleado del hombre de treinta, ¡qué remordimientos! ¡qué infierno! ¡cuán enormes y monstruosas aparecerian en ese límpido espejo las manchas y deformidades acumuladas sobre toda la vida, y en cuyo lecho descansamos! ¡con cuánta premura procuraríamos librarnos de ellas, ó sofocando enteramente aquella conciencia acusadora, ó reformando esta vida culpable! ¡Y si no podíamos conseguir ni una ni otra cosa! ¡Ah! no, nunca. ¿Puede haber suplicio mas horrible que ese combate, que ese quejido eterno, en que estarian para siempre el honor con la vergüenza, la verdad con la mentira, el amor con el odio, y la vida con la muerte, sin poder jamás ceder el uno al otro, ni disminuirse jamás? Hé aquí el infierno, hé aquí el estado de los condenados. La verdad plenamente manifestada los penetrará hasta el fondo del alma, y les obligará á condenarse á sí mismos por haberla rechazado y desconocido, cuando podian seguirla y adorarla. La mas profunda conviccion de los culpables y el suplicio de su eternidad consistirá en ver todos los atractivos de aquella verdad y en reconocer todos sus propios extravíos.

Así es como penetra la razon en el misterio del infierno, y como, sin comprenderlo enteramente, descubre las relaciones y motivos que le permiten creer en él y sometérsele.

V. La confianza que abrigábamos, de que las ideas que acabamos de emitir sobre tan importante asunto eran enteramente conformes á la sana razon, ha sido confirmada por un hombre eminente, que sin consultarla mas que á ella, obtuvo tambien un resultado análogo. Este hombre, dotado de un gran talento filosófico, de una fe ilustrada por la experiencia de la incredulidad, y ya conocido en los presentes *Estudios,* es Isnard: oigamos su opinion razonada sobre las penas eternas:

«Si se me pregunta cuál es mi opinion sobre la suerte del «hombre despues de la muerte, y qué es lo que debemos en- «tender por las penas de que la Religion nos habla, contesta- «ré lo siguiente: Una alma, ó sea un hombre-espíritu separa- «do de la carne, que tendrá estas ó las otras afecciones buenas «ó malas, hijas de la clase de *amor* que le domine acá en la «tierra y que le dominará todavía mas en la verdadera man- «sion de la vida, pues que sus facultades adquirirán entonces «mas energía y su amor encontrará mas pábulo; este hombre,

«digo, existirá en una *esfera de vida* donde reina la dicha ó la «ansiedad en un grado análogo á este amor.

«Estas penas ó esta ansiedad, que sufrirá el hombre malva- «do, *las determina él mismo* por la clase de amor á que se en- «trega, *y él mismo las perpetúa* persistiendo *voluntariamente* en «este amor.

«Esta gran verdad se nos presenta tambien en este mundo, «porque todas las verdades celestiales permanecen escritas «siempre ante nuestra vista, aunque todo consiste en saber «leerlas. Por ejemplo:—El sabio que, no entregándose mas que «á amores legítimos, solo abriga en su corazon dulces y puras «afecciones, y el esposo que estrecha contra su pecho á una «esposa adorada y cuya sensibilidad derrama el contento so- «bre toda su familia, disfrutan placeres que contrastan fuer- «temente con la ansiedad y las penosas sensaciones que expe- «rimentan esos otros hombres feroces dominados por senti- «mientos crueles, y esos esposos coléricos, tiranos de sus fa- «milias. Sin embargo, estos últimos, aunque desgraciados por «los sentimientos que corresponden á sus afecciones, los con- «servan *voluntariamente*. Su razon les habia advertido del pe- «ligro, y su *voluntad* podia evitarlo, porque al principio tenian «fuerzas bastantes para separarse de la pendiente, por mas «atractivos que tuviera; pero entrados ya en ella por propia «eleccion, una vez sujetos *voluntariamente* al yugo de su fu- «nesta pasion, y dejándose encadenar por el hábito, llegan al «extremo de no tener ya fuerzas para vencer el amor que los «domina, y hasta prefieren el vergonzoso placer que en él en- «cuentran á todos los demás placeres, aunque realmente ten- «gan que sufrir sensaciones análogas y correspondientes á sus «perversas afecciones.

«Advertid á un jugador de que jugando sacrifica su fortuna, «su reputacion y su tranquilidad; os contestará que ya lo sa- «be, y sin embargo sigue jugando. Aconsejad á un libertino «que abandone sus gustos crapulosos; os dirá que conoce bien «toda la torpeza y peligros de una vida semejante, pero á pe- «sar de esto continúa siendo víctima de ella; la gangrena lo «corroe, y no obstante reincide. Todos persisten *voluntaria- «mente* en el funesto amor que los hace desgraciados.—Seme- «jante desconcierto no puede atribuirse á Dios, que, al con- «trario, quiere la felicidad de todos los hombres, y que para «ella emplea cuantos medios permite su justicia y su amor. «Pero habiendo concedido al hombre el don de la *libertad*, y «no retractando Dios nunca sus dones, no puede permitir me-

«dios coercitivos para obligar á este ser á obrar el bien á pesar «suyo, porque este dejaria entonces de ser libre; habiéndole «concedido igualmente el don de la *inmortalidad*, tampoco de- «be impedir que pueda permanecer *eternamente* en la clase de «amor que hubiese elegido: y, en fin, habiendo debido su sa- «biduría unir á los amores puros, que contribuyen á la gene- «ral armonía, felicidades inefables, y penas amargas á los amo- «res que alteran el órden, á fin de que no prevaleciera nunca «el desórden, penas que para que sean eficaces no pueden ser «disminuidas, puesto que aun siendo tan rigurosas, el mal «amenaza siempre con salir triunfante; y siendo estas leyes, «una vez establecidas, tan inmutables como las leyes de la fí- «sica natural, es imposible que tal especie de amor deje de «acarrear á los que se le entregan tal especie de penas.—Que- «daríamos seguramente pasmados si nos fuera posible apreciar «toda la equidad del celestial código y toda la fidelidad de la «divina balanza. El vicio que mas pesará contra nosotros es el «*orgullo*, que nos obliga á no amarnos mas que á nosotros mis- «mos, y que es el primer orígen de todos los males [1].»

Estas consideraciones tan exactas y profundas nos parecen muy propias para hacer entrever á la razon la admirable armonía que encierran los misterios que mas la aturden, y para convencerla de que no los comprende porque son demasiado sublimes, y porque creyéndose naturalmente capaz de comprenderlos, los mide segun su propia capacidad.

Por esto el lenguaje de la filosofía mas inspirada no puede sino tartamudear este idioma divino, que solo la Religion es capaz de hablar. Abandonemos á Dios su propia causa, que él sabrá defenderla como se debe en el tribunal de nuestra pobre razon.

He aquí cómo lo hace en sus santas Escrituras:

«Ellos dicen: ¡El Señor es injusto!

«¿Soy yo el injusto, ó es que vuestros caminos están corrom- «pidos?

«*Todo en la naturaleza obedece á mi voluntad, y en su obedien- «cia encuentra la dicha completa; únicamente el hombre, cuyo «destino es buscarme á mí, el bien soberano, me abandona por pre- «cipitarse hácia su ruina. ¿Puede concebirse un desvarío semejan- «te*[2]? ¡Cielos, admiraos y horrorizaos! Llorad, puertas del

[1] Isnard, *Notas al discurso sobre la inmortalidad del alma*, edicion de 1805.

[2] Los pasajes en letra *bastardilla* indican la paráfrasis: todo lo demás está textualmente sacado de los Libros santos, particularmente de Jeremías y de Ezequiel.

«cielo, y no querais consolaros, porque mi pueblo cometió «dos especies de iniquidades: me abandonó á mí, que soy «fuente de agua viva, y abrió cisternas cenagosas y sin agua.

«*Y ¿por qué me abandonaron?* ¿Puede una viña olvidar las «galas con que se viste, y la jóven esposa la banda que lleva «terciada sobre su seno?... Y sin embargo, ¡mi pueblo se ha «olvidado de mí por un espacio de tiempo infinito!

«¡Verdaderamente suceden en la tierra cosas muy raras, y «que no pueden contemplarse sino con grande asombro!!!

«El milano conoce en el cielo cuándo llega su tiempo; la tor- «tolilla, la golondrina y la cigüeña, saben discernir la época «de sus transmigraciones; y mi pueblo no ha sabido conocer «la hora de mi juicio.

«Oid, cielos, y tú, tierra, escucha tambien; porque es el «Señor el que habla. Alimenté y eduqué á mis hijos, y despues «me despreciaron. Conoce el buey á su amo, y el asno el pese- «bre de su señor, y mis hijos no me han conocido todavía.

«*Pueblo mio, ¿en qué te he faltado? ¿Te quejas acaso de que te «haya colocado á la cabeza de mi creacion, y de haberte hecho in- «teligente y libre para conocerme y poseerme? ¿Es posible que esta «misma elevacion de tu destino se haya convertido en la sima de «tu ofuscamiento?* Has despedazado mi yugo y roto mis ligadu- «ras, y has dicho:—Nunca serviré.—Por lo que á mí hace, yo «mismo te planté como una viña escogida donde no habia pues- «to mas que buen majuelo: ¿cómo, pues, has degenerado en «plantel bastardo, en viña que no reconozco? *¿Qué mas podia «yo hacer que ilustrar tu libertad, dirigirla, atraerla hácia mí, «y hacerle conocer por medio de tantas advertencias que se enga- «ñaba buscando fuera de mí su reposo y su destino? Despues de «todo esto, era preciso ó destruirla ó esperar á que ella misma re- «conociese su mal.* ¿Qué mas he debido hacer para mi viña, que «no lo haya hecho ya? ¿Le he faltado esperando á que diese «buen fruto en vez de las malezas que producia?

«Yo soy á quien irritan, dice el Señor; ¿no les valdria mas «que se hiriesen á sí mismos cubriéndose de confusion?

«Á lo menos invocadme ahora, y decidme: ¡Vos sois mi Pa- «dre! No dejeis pasar el dia de mi misericordia; buscad al Se- «ñor mientras podeis encontrarlo, llamadlo cuando aun está «cerca.

«Convertíos, hijos rebeldes, volved á vuestro Padre, y yo «curaré el mal que os hicísteis apartándoos de mí. *Mi miseri- «cordia está impaciente por derramarse sobre vosotros; pero es «menester que vosotros no le pongais obstáculos, forzando por me-*

«*dio de vuestras iniquidades la accion no menos imprescriptible* «*de mi justicia*, porque vuestras iniquidades son las que des- «viaron mis gracias, y vuestros pecados los que se opusieron «al bien que yo os tenia preparado.

«Dejad ya de obrar mal, buscad la justicia, y en seguida «volved y sostened vuestra causa contra mí; recordádmelo to- «do, defendamos cada uno su causa, y alegad todo cuanto pue- «da justificaros, y despues de esto, aunque vuestros pecados «sean como la grana, se volverán blancos como la nieve.

«Porque hé aquí lo que dice el Altísimo, el Sublime, que ha- «bita en la eternidad y cuyo nombre es santo:—Me complazco «en vivir en dos mansiones: en el lugar mas alto y en el lugar «santo... y con espíritu humilde y corazon compungido doy «la vida á los que tienen el espíritu humilde y compungido el «corazon, porque todos los espíritus me deben á mí el ser, y «yo soy el que crié las almas.

«*Ministros de mi justicia*, no os deis prisa: Instruíos, ins- «truíos todavía.—Esperad, esperad un poco.—Esperad, espe- «rad algo mas.

«*Pero, en fin, si os obstinais en vuestra rebeldía, y si en lugar* «*de arrepentiros decís:* No tengo pecado, soy inocente... entra- «ré en juicio con vosotros, *y ¿qué necesitaré para dejaros con-* «*fundidos? Nada mas que á vosotros mismos, porque* os acusará «vuestra propia malicia, vuestro alejamiento de mí depondrá «contra vosotros, las penas os harán conocer la verdad de cuan- «to se os dice, y la iniquidad tendrá cerrada la boca del mal- «vado.

«¡Ah, cuán desgraciado soy! dirá el pecador; yo mismo me «herí, y mis llagas son malignas é incurables, pero lo conoz- «co; soy la única causa de mi mal, y es muy justo que lo «sufra.

«*De este modo, por medio de mi justicia volveré á atraeros á la* «*dependencia que sacudisteis, cuando mi misericordia os instaba;* «*porque es preciso que todo vuelva á entrar en el órden universal* «*que lo tiene todo sujeto á mí: mi esencia infinita no consiente lí-* «*mites*, y es indispensable que me respeteis y que tembleis an- «te mi faz; ante mí, que he dado el grano de arena por lími- «tes á la mar, y le he dado una ley eterna que no traspasará «nunca.

«*A mas de que*, mis pensamientos no son los vuestros, ni «mis designios son tampoco vuestros designios. Tanta distan- «cia hay de la tierra al cielo como de vuestros designios á los «mios, y de vuestros pensamientos á los mios.»

¡Qué bellísima religion la que emplea semejante lenguaje y da tales ideas de la Divinidad, que haciéndola tan superior á todas nuestras concepciones por su infinita grandeza, la hace intervenir no obstante en nuestros miserables destinos por medio de relaciones tan paternales, y que tan perfectamente concilia sus atributos haciéndolos corresponder á todos los resortes del corazon humano!

¿Quién tuvo nunca mas derecho para hablar de la *justicia* de Dios, que una religion que da tales ideas de su *santidad?* y ¿quién no obstante sino ella templó esta justicia con mas *misericordia?*

¿Quién ilustró mejor al hombre sobre la grandeza de sus destinos *haciéndole* así mas *culpable* si se desviaba de ellos? y al mismo tiempo ¿quién tuvo mas en cuenta su *debilidad* y le prestó mas *socorros* para poder levantarse y ser fuerte?

Todas las verdades se encuentran atendidas y satisfechas en la divina economía de esta religion, que, como su Dios, es tan superior á todos nuestros pensamientos, *como los cielos son superiores á la tierra.*

Sin embargo, desde esta inaccesible elevacion desciende hasta ponerse á nuestro alcance; y aunque superior á la razon, se halla maravillosamente conforme con las mas puras luces de la razon, de la cual podemos decir con d'Aguesseau, *que si no siempre conoce esta doctrina, á lo menos la reconoce siempre* [1].

Queda indudablemente misterio en el fondo de todos los dogmas cristianos, porque otra cosa es imposible, siendo el fondo de todos ellos el mismo Dios, que es insondable; pero esta incomprensibilidad de los dogmas cristianos no es total; la misma luz de que se sirven para llegar hasta el espíritu y hacer alianza con la razon, se dilata lo suficiente para hacer admitir á esta última la parte que se le oculta, de modo que le seria mas difícil no querer reconocer lo que en ellos ve, que creer ciegamente lo que se oculta á sus miradas. Esta luz y esta oscuridad están en una proporcion admirable: tienen su ley que la razon admite, puesto que nos demuestra que todo lo que puede reducirse á la moral y á la práctica es luminoso, dejando solo de serlo lo que es puramente especulativo [2], lo cual hi-

[1] *Reflexiones varias sobre Jesucristo*, t. XV, p. 460.

[2] El punto mas incomprensible del dogma del infierno, y que es como el centro de su oscuridad, es el de la conciliacion de la *presciencia* de Dios, que le hace conocer de antemano la suerte de los reprobados, con su *bondad*, que á pesar de esta prevision no le impide darles una existencia que ha de ser eternamente desgraciada. Habríamos podido entrar de lleno en esta cuestion y quizás esclarecerla algo; pero como siempre habrian quedado en ella sombras que no habríamos hecho mas que mudar de sitio, nos

zo decir á un gran talento las siguientes palabras: «En el Cris-«tianismo, y sobre todo en el Catolicismo, los misterios son «verdades meramente especulativas, de las cuales se despren-«den, por el enlace de un misterio con otro, verdades eminen-«temente prácticas [1].»

Esto nos conduce naturalmente á una verdad capital, que á nuestro entender se tiene poco presente en las polémicas cristianas; y es que nuestros misterios no son para la razon tan incomprensibles y chocantes, sino cuando se les considera aislados; y no es extraño, porque en este caso los medimos valiéndonos de términos de comparacion tomados en nosotros mismos, y les quitamos sus proporciones con lo infinito; y porque no siendo los dogmas cristianos mas que la revelacion de los atributos de Dios, que se confunden en su suprema *unidad*, dividirlos es desnaturalizarlos. Mas cuando, por el contrario, los estudiamos en su conexion general, cuando los medimos unos por otros y con una escala proporcional de igual naturaleza, vemos que se corresponden, se equilibran y ajustan recíprocamente; vemos que unos á otros se sirven de *razon*, y que su particular desproporcion desaparece en la armonía del todo, y que su misma desproporcion llega á ser esencial para esta armonía, como esos grandes frescos de las cúpulas de nuestros templos, que para que produzcan su efecto, deben mirarse en conjunto y desde el punto de vista que el pintor calculó.

Así al lado de un abismo de justicia, hay abierto un abismo de misericordia; y ambos abismos se ciegan recíprocamente, porque es preciso, como dijo Pascal, que «la justicia de Dios

hemos abstenido de hacerlo, prefiriendo someter totalmente en esto la razon á la fe, que acostumbrarla á estudiar dificultades que se hacen sentir mucho mas que las respuestas, y que hacerle concebir esperanzas de encontrar su solucion.— Sin embargo, debemos hacer notar que este misterio de fe es análogo á otro misterio de razon no menos impenetrable, cual es el de la conciliacion de la *presciencia* de Dios y de la *libertad* del hombre; misterio que no obstante es preciso admitir si no se quiere caer en el *ateismo* ó en el *fatalismo*.— Sobre todas estas cosas es menester atenerse á una regla que el buen sentido dictó á Bossuet: «Una vez conocidas las verdades no debemos abandonarlas ja-«más, aun cuando sobrevenga alguna dificultad al querer conciliarlas; al contrario, es «preciso tener siempre bien cogidos y apretados, por decirlo así, los dos extremos de la «cadena, aun cuando no veamos todos los anillos que la constituyen.» (*Tratado del libre arbitrio*, cap. 4).— Podemos además añadir con Leibnitz: «Lo que conocemos de la «conducta de Dios es apenas nada, y sin embargo quisiéramos medir y juzgar de su sa-«biduría y bondad por este conocimiento. ¡Qué temeridad, ó mejor, qué absurdo! Las «objeciones parten de un supuesto falso, pues es ridículo juzgar del derecho cuando «no se conoce el hecho. Decir con san Pablo: *O altitudo divitiarum scientiæ et sapientiæ*, «no es renunciar á la razon: es mas bien emplear las razones que conocemos, porque «ellas son quien nos hace entrever esa inmensidad de Dios de que habla el Apóstol.» (*Teodicea*, parte II, núm. 134).

[1] PENSÉES, *Essais et Maximes*, J. Joubert, t. I, p. 3.

«sea tan descomunal como su misericordia.» El infierno nos parece tan incomprensible, porque naturalmente no nos formamos idea exacta de la gravedad del pecado, al cual sirve de castigo, y de la facilidad que tenemos de evitarlo y conjurarlo; pero pasemos á estudiar el dogma de la Redencion, que desvanecerá estos motivos de incomprensibilidad, manifestándonos que es de tal naturaleza el pecado, que fue preciso nada menos que la muerte de un Dios para expiarlo, y que los medios de salvacion que esta expiacion nos proporciona son tan inagotables, que el hombre mas cargado de crímenes puede aun cometer otro mas enorme todavía: el de desesperar del perdon.

CAPÍTULO XI.

LA REDENCION.—SU ENSEÑANZA.

El principal escollo que ofrece el objeto que nos hemos propuesto es ser demasiado vasto, demasiado poderoso, demasiado fecundo; es no poder ser comprendido y presentado sino por partes, cuando su mayor fuerza consiste en su admirable unidad. Es un edificio cuyas proporciones colosales exigen ser miradas de léjos, y nosotros tenemos la desgracia de no poder dirigirle mas que una mirada míope. De aquí resulta que en todas nuestras investigaciones la atencion parcial y tan necesaria que nos vemos obligados á prestar á cada prueba, debilita considerablemente el efecto de su fuerza colectiva, y que ellas se dañan así recíprocamente y todas en conjunto en virtud de su misma importancia individual.

No menor escollo es encontrar ordinariamente en el lector una exigencia ilimitada, una grande impaciencia de exámen, una tendencia secreta á la objecion mas bien que á la solucion, muy difícil de satisfacer, porque él no se coloca en el mismo punto de vista que el que escribe, y porque continuamente está fomentando su resistencia con las lagunas, laconismo, oscuridades, impropiedades de términos y mil otras imperfecciones que deben necesariamente encontrarse en un trabajo como este. El lector se da prisa, no espera, no compara, no suple nada, teme la prueba, aumenta las dificultades. Se hace, cuando lee, objeciones que el autor no habia previsto, ó á las cuales no habia dado mas que una importancia se-

cundaria, y que son como otras tantas puertas falsas por donde se escapa á cada instante. Se jacta de que el silencio ó la concision del autor nacen de la imposibilidad en que se encuentra de responder á las dudas, siendo así que el autor se daria por muy contento con que se le pidiesen explicaciones.

Tales son las disposiciones de la mayor parte de los lectores cuando se trata del estudio de la Religion; y ¿cuál es la ciencia, no digo filosófica y teológica, sino exacta y aun matemática, que pudiese sostenerse si se hallaba en el mismo caso?

Pero nosotros, sin preocuparnos por semejantes dificultades, dejamos su responsabilidad á la mala disposicion de aquellos en quienes se encuentran, y continuarémos tranquilamente en nuestro camino. Penetrando cada vez mas en las bellezas especiales del Cristianismo, vamos siempre de lo general al particular, de lo natural á lo que es revelado, y de lo humano á lo divino. Estamos trazando líneas de circunvalacion al rededor de la verdad divina, y sin abandonar nada de lo que de ella hemos ya recogido, la condensamos, si nos es lícito hablar así, en su principio, la hacemos remontar á su orígen, y la asediamos en su fuerte. Lucha por cierto amiga, en la que la sitiada da la mano al sitiador, en la que la verdad nada desea tanto como ser descubierta por la razon, y no se oculta entre las nubes de la fe sino para hacer de su descubrimiento la recompensa de la buena voluntad, y santificarnos al mismo tiempo que nos ilustra. Si los que comienzan esta empresa escaseando, y como regateando los sacrificios que necesariamente exige, se ven oprimidos por el peso de sus oscuridades, y la hallan tanto mas absurda, cuanto son ellos mismos mas indiferentes, mas soberbios, mas sensuales y vanos, está muy puesto en el órden; pero que sean confundidos aquellos que llenos de generosidad se levantan y marchan humildemente hácia la verdad religiosa sin mas interés que el de descubrirla, no se ha visto nunca ni se verá jamás.

Y esto precisamente es una marca de la eminente perfeccion de la verdad cristiana, y una prueba sensible de que no solamente debe estudiarse por el entendimiento, sino tambien por el corazon, es decir, por todo el hombre. Debe llevarse á este estudio el alma entera; la voluntad desde luego. Si la verdad religiosa fuese demostrable al entendimiento tan sencillamente como un teorema de geometría, no implicaria aquello que está en la esencia de la religion verdadera: el ejercicio y la purificacion de la voluntad. Si, por otro lado, se rehusase á la inteligencia dispuesta á recibirla, faltaria tambien á su mi-

sion, y no seria entonces la luz. Dirigiéndose á este doble objeto, satisfaciendo este doble fin, es como el Cristianismo hace conocer principalmente su divinidad. ¡Cosa peregrina! El Cristianismo es oscuro ó luminoso, absurdo ó sabio, segun las disposiciones y el grado de intensidad de la voluntad que lo examina. La causa de esto es que la verdad divina no es un espectáculo gratuito y vano: es preciso pagar con el sacrificio de la propia persona el ser admitido á contemplarla. Ella sufre violencia, como dijo el divino Maestro, y solo los esforzados son los que la alcanzan. Ella exige ser seguida hasta el desierto, hasta la montaña, es decir, fuera y por encima de todos los intereses humanos. No de otro modo, ni en otro lugar resplandece su luz, como Jehovah en el Sínai y Jesucristo sobre el Tabor, mientras que nubes tenebrosas, perfiladas solo por algunos relámpagos, la ocultan á la multitud de indiferentes tendidos en la llanura.

El punto al cual hemos llegado es precisamente al que se aplican estas consideraciones. Tocamos, en efecto, á la *locura* de la cruz, y ya creemos oir resonar en nuestro oido este lenguaje de la sabiduría humana:

«Amar á Dios y á su prójimo, ser caritativo, humilde, casto «y desinteresado; hé aquí el Evangelio.—Lo importante es es- «to.—Si este fin se cumple, poco importan los medios. ¿Para «qué insistir con tanto empeño en doctrinas abstractas y mis- «teriosas, cuando menos inútiles, si es que no sirven para dar «pábulo á la supersticion? Aun, añaden, podemos admitir al- «gunos dogmas en cuya posesion está de mucho tiempo la ra- «zon humana, tales como la existencia de Dios, una vida y un «juicio futuros, un cielo, un lugar de expiacion, un infierno «para los grandes criminales: esta es la teología natural; li- «mitémonos á ella: con esto basta. ¿Qué fuerza puede dar á es- «to, á qué puede conducirnos la doctrina y el espectáculo de «un Dios-hombre, de un Dios despreciado de los hombres, mi- «serable y anonadado, de un sentenciado, muerto y enclavado «en un patíbulo? ¿Á qué fin querer que adoremos un objeto «tan repugnante para los sentidos y para el espíritu? El Cris- «tianismo, que tiene por mision elevar y ennoblecer todas las «facultades humanas, ¿se propone acaso abatirlas y confun- «dirlas con la mas humillante de todas las concepciones?»

Así habla la sabiduría humana.

¿Qué respondian á esto los primeros predicadores del Evangelio?—«No os admireis tanto de la doctrina de un Dios cru- «cificado, pues no os la predicamos como una sabiduría, sino

«como una locura. Todos estamos de acuerdo; no nos echeis «en cara el no probar lo que afirmamos, puesto que lo que afir- «mamos es que la cruz de Jesucristo es un delirio; y como es- «to es precisamente lo que nos oponeis, vuestra oposicion nos «justifica.»

¿Ha existido jamás una predicacion mas atrevida, mas ámplia, mas francamente comprometida? Pero ved como de esta posicion desesperada parece que se levanta y se engrandece, cuando añade:—«Pero lo que parece en Dios locura es mas sa- «bio que toda la sabiduría de los hombres; lo que parece en «Dios debilidad es mas fuerte que todas las fuerzas huma- «nas [1].»

Despues invocando ya el hecho en apoyo de su palabra, exclamaba el grande Apóstol:—«¿Á qué han venido á parar los «sabios y los doctores? ¿Qué se han hecho los grandes talen- «tos del siglo? ¿No ha hecho Dios *loca* la sabiduría de este «mundo [2]?»

Diez y ocho siglos han venido á dar razon á esta gran paradoja de la Cruz; la sabiduría pagana caducó al aparecer el Evangelio; el poder de los Césares desapareció al soplo del Cordero, y la Cruz, *escándalo para los judíos, locura para los gentiles* [3], ha llegado á ser el punto fijo y radiante al rededor del cual no han cesado de girar los destinos humanos.

Sin duda la palabra de la Cruz *parecerá siempre una locura á aquellos que se pierden* [4], pero una locura que los oprimirá con todo el peso de la sabiduría y de la civilizacion que ha engendrado.

Vanamente se empeñan en desasir de la Cruz esa sabiduría y esa civilizacion, y en quererlas retener rechazando á aquella. Ímprobo es su trabajo; es preciso que acepten la Cruz, ó que retrocedan hasta la supersticion pagana, hasta la barbarie antigua.

No son razonamientos los que oponemos, son hechos; pero ¡qué hechos!!! Esa moral sublime del Evangelio de que el mundo se apodera; esa perfeccion de los dogmas relativos á Dios, á nuestra inmortalidad y al estado de una vida futura con que nos honramos; esas grandes y fecundas ideas de igualdad, de fraternidad y de caridad, de que tanto nos envanecemos; todo lo que constituye, en fin, la esencia de nuestra civilizacion,

[1] I Cor. IV, 25.
[2] Idem, I, 20.
[3] Idem, I, 23.
[4] Idem, I, 18.

data evidentemente de la introduccion del dogma de la Cruz en el mundo, y ha descendido de ella á pesar de las mas encarnizadas resistencias del poder y la sabiduría de los hombres.— El autor de esta vida moral es Jesucristo, y Jesucristo crucificado.—Por la fe en él se ha extendido y propagado la moral evangélica; con la Cruz en la mano ha sido predicada; con la Cruz ante los ojos ha sido practicada. Donde quiera que se ha clavado una Cruz, allí han germinado las virtudes y florecido la civilizacion, aun en el fondo de los desiertos; de donde quiera que se ha arrancado, allí han reaparecido la barbarie, la ignorancia y la ferocidad, aun en el seno de las ciudades. Á su sombra han nacido, se conservan y se extienden todas las grandes instituciones de libertad y de caridad, y aun hoy dia, en que la moral evangélica ha abierto ya todas sus flores y dado todos sus frutos, no por eso permanece menos indisoluble su alianza con el dogma de la Cruz. Á nadie es dado el poder de trasplantarla á otra doctrina, ni de arrancarla del dogma que la alimentó. Y no es que hayan faltado ensayos en nuestros dias: sansimonianos, furieristas, humanitarios, comunistas, panteistas, todos han tratado de adaptar la moral evangélica á dogmas nuevos, de *engrandecer al Cristo*, como ellos dicen, y *rehacer su túnica*... Y ¿qué ha resultado de esto? y ¿qué es lo que resulta todavía?... delirios que por fortuna no han tenido tiempo de convertirse en crímenes, y que han espirado en medio de la irrision y la rechifla general. El Evangelio, este fruto de vida, es semejante al maná que alimentaba á los hebreos en el desierto: se necesita recibirlo inmediatamente del cielo, y destilado por el árbol de la cruz. En cuanto se intenta acomodarlo á la prudencia humana y apropiarlo á las teorías de la tierra, se corrompe y convierte en una levadura pestilente y mortífera.

Despues de esto nada tiene de extraño que la doctrina de la Cruz haya parecido y siga pareciendo á algunos una locura: la sabiduría humana entregada á sí misma solo ha podido producir una moral opuesta á la del Evangelio; y de consiguiente, la moral del Evangelio ha tenido que ser el fruto de un principio opuesto á la sabiduría humana. La oposicion de los resultados supone forzosamente la oposicion de los principios y de los medios.

Pero ya es tiempo de que cese esta mala inteligencia y de dar su verdadero nombre á las cosas; ya es tiempo de decir: es una sangrienta ironía la que ha hecho llamar *locura* al dogma de la Cruz; esta sublime antífrasis fue necesaria para confun-

dir la sabiduría humana y destruirla atacándola de frente. Para que la virtud de Dios obrase sola y se manifestase *sobrehumanamente* á la tierra, era necesario que se impusiese al mundo como una locura; porque tan oscurecido estaba el espíritu humano en aquella época, que no hubiera podido comprender la sabiduría del Dios que acababa de crucificar: y así estaba en el poder de este Dios, y en su sabiduría presentarse ante los hombres al establecimiento de su religion, bajo tal aspecto, que no se la pudiera jamás confundir con la sabiduría humana, y que su divinidad reluciese en su mas completa oposicion con aquella, tomándola al revés. ¡Proceder loco, si hubiese sido del hombre; decisivo, si era de Dios! Allí estaba el porvenir para justificar la obra de Dios y descorrer el velo á su sabiduría, en razon misma de su humillacion y aparente locura por lo presente; solo el dueño del porvenir, solo la virtud y la sabiduría divinas podrian desafiar hasta tal punto el poder y la sabiduría humanos.

Es preciso oir á san Pablo sobre esta materia, para comprender la admirable economía de la conducta de Dios en el establecimiento de su religion, y mucho mas cuando el grande Apóstol unia la accion á la palabra, y la virtud de Dios obraba lo que él decia:

«El Cristo me envia para evangelizar con una palabra des-«provista de toda sabiduría humana, á fin de que la virtud de «la Cruz no pierda nada al anunciarla.

«Porque Dios escogió la locura de este mundo para confundir «á los sabios, y las cosas débiles para confundir á los fuertes.

«Escogió Dios las cosas viles y despreciables del mundo y «aquellas que no son, para destruir las que existen.

«Y yo, hermanos mios, al venir entre vosotros, no he veni-«do con la pompa de la retórica humana ni de la filosofía.

«Porque yo no creo saber nada, sino á Jesucristo, y este cru-«cificado.

«Para que vuestra fe no consistiese en sabiduría de hom-«bres, sino en virtud de Dios.

«Nosotros no obstante predicamos sabiduría á los perfectos, «pero una sabiduría oculta y que ninguno de los príncipes del «mundo ha conocido; porque si ellos la hubiesen conocido no «hubieran crucificado al Señor de la gloria.

«Mas el hombre animal no es capaz de las cosas que son del «espíritu de Dios; porque le son una locura, y no puede com-«prenderlas, porque para juzgarlas se necesita de una luz es-«piritual.

«Y yo, hermanos mios, aun no he podido hablaros como á «hombres espirituales, sino como á carnales y como á niños «en Cristo.

«Yo os he dado leche á beber, y no comida, porque todavía «no la podeis digerir, y sois incapaces de ella, porque todavía «sois carnales.

«Pero al fin se manifestará la obra, y el dia del Señor hará «ver quién es él...

«La sabiduría de este mundo es una locura delante de Dios, «porque está escrito: Yo cogeré á los sabios con sus mismas «sutilezas [1].»

Ahora que la *obra ha parecido, que la sabiduría de este mundo ha sido vencida por la locura de la Cruz*, que el espíritu humano se ha engrandecido bajo la influencia de la verdadera sabiduría escondida en esa fábula aparente, ya no nos es permitido llamarla con este último nombre. Llegados ya á ser hombres en Jesucristo, la leche de los infantes debe hacer lugar á esa comida sólida de los espíritus, que san Pablo rehusaba á los primeros cristianos; y la fe puede consentir el acceso á la razon en ese gran misterio de la Redencion, al cual debe la razon todas sus conquistas.

Esto ha de ser objeto de un doble estudio: el primero sobre la *enseñanza* del dogma de la Redencion, el segundo sobre sus *aplicaciones*.

El presente capítulo está consagrado al primero.

Todo el Cristianismo se comprende en el dogma de la Redencion.

Para hacer sensible esta proposicion, permítasenos revestirla con las formas de una comparacion vulgar.

Admitir no mas que la moral evangélica, admitir su pureza, su sublimidad, su fecundidad, es considerar únicamente el cuadrante de un reloj, la justa distribucion de las horas que se marcan en él, y la útil funcion de los minuteros que nos dan á conocer detalladamente la marcha del tiempo, conforme á nuestras necesidades. — Pasar de la moral á la consideracion de los dogmas mas inmediatos, mas naturales, mas universales: la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, su inmortalidad, un juicio futuro y un estado de castigo y de recompensas, es abrir el reloj, examinar las diversas ruedas que constituyendo su mecanismo producen en el interior el movimiento combinado cuyo útil resultado hemos admirado en el cuadrante. — Pero todo esto no es mas que resultado ó

[1] I Cor. I et II.

vehículo; todo parte y proviene de un principio motor, inspirador, de donde sale y se reproduce el movimiento para repetirse mas y mas, y que es como el resorte en el sistema mecánico que acabamos de suponer; este principio en el Cristianismo, que es en *el camino la verdad y la vida, es Jesucristo crucificado.*

Entremos en explicaciones sobre esta hermosísima verdad: vamos á descender ya al corazon del Cristianismo: estamos en el centro de nuestra obra.

El fin del hombre es obedecer á la RAZON, conformarse por el ejercicio de todas sus facultades á la ley de justicia y de verdad, é irse aproximando cada vez mas á la perfeccion soberana é infinita, cuya concepcion es la luz universal de los espíritus.

Todo esto quiere decir, segun lo hemos explicado ya muchas veces, conforme á los mismos filósofos paganos, y particularmente á Ciceron, que el hombre ha sido criado para Dios, el cual es esa Razon, esa Justicia, esa Verdad, esa Perfeccion soberana de que acabamos de hablar.

Este primer punto debe ya considerarse como suficientemente dilucidado; sin embargo, nos referimos ahora al desarrollo que le hemos dado en el capítulo de la *Religion natural*, y en la conclusion de la primera parte.

El segundo punto, no menos dilucidado, es que por una revolucion original se rompieron las relaciones del hombre con la razon divina, ó quedaron, cuando menos, considerablemente relajadas. La luz intelectual y moral se oscureció; la imágen de Dios se desfiguró entre nosotros; prevaleció el desórden, y el hombre no llegó á ser mas que una ALMA EN RUINA, para servirnos de las expresiones de Ciceron.

En esta situacion, se concibe perfectamente la necesidad para el hombre de una nueva manifestacion del carácter de Dios, adaptada á su debilidad, para volverlo á levantar hasta el tipo de donde habia caido.

Privado, por consecuencia de esta caida, de la vista de este tipo, que es la razon misma, cada uno se forjaba uno á su manera; y el imperio de la verdad no era mas que una anarquía de *razones* individuales, que disputaban entre sí de errores y de extravíos.

La religion verdadera debia, pues, proponerse por objeto capital reunir todas estas *razones* á la RAZON, á Dios, y para esto presentarles el original mismo, bajo los rasgos mas propios para ser comprendidos desde la profundidad de su prevaricacion.

El Cristianismo por su moral se comprometia sobre todo, bajo pena de inconsecuencia, á darnos esta manifestacion.

Toda su moral estriba, en efecto, sobre el *amor de Dios*, y un amor absoluto que ocupe todo nuestro corazon, y que sea sentido con una vivacidad tal, que domine las otras afecciones.

De consiguiente, era necesario que el conocimiento de Dios nos fuese dado en una proporcion igual á la obligacion de este amor.

Mas, ¿cómo es posible amar á Dios de esta manera, sin conocerlo, y sin conocerlo en todas las cualidades que lo hacen soberanamente amable, segun todas las condiciones y con la misma medida que pueden agradarle? El amor se alimenta del conocimiento del objeto amado, con su frecuentacion, con la contemplacion de sus cualidades, con la reproduccion de las mismas en nosotros; y hé aquí por qué toda la Religion puede definirse de esta manera: la manifestacion del carácter de Dios al hombre para que este conforme á él el suyo, y entre en participacion de sus perfecciones y de su felicidad.

Asentado esto, decimos que el Cristianismo, en el dogma capital de la Redencion del género humano por la muerte de Jesucristo en el árbol de la cruz, presenta el mecanismo moral mas admirablemente adaptado á la inteligencia y al corazon del hombre, para hacerle conocer el carácter de Dios, y producir en él la conformidad á este carácter, que es la ley de su naturaleza y el fin de su destino.

Para mejor venir á parar á esta conclusion hagámosla preceder aun de nuevas aclaraciones.

En el estado natural de las cosas, estado que no podemos juzgar bien, sin remontarnos mas allá del Cristianismo, que lo ha modificado profundamente, Dios no se revela al hombre mas que por la conciencia íntima, el espectáculo exterior de la creacion, y en fin, por la revelacion primitiva, escrita ó tradicional.

¡Manifestaciones bien débiles, por cierto, para la elevacion del fin que debian proponerse!

En efecto, por la conciencia, Dios no se nos aparece mas que bajo una figura vaga, velada, fugitiva, que se desvanece á cada instante en las impresiones que hacen sobre nosotros los objetos externos y sensibles. Sin duda antes que se desarrollen los sentidos, habla la conciencia muy alto, y sus primeros acentos vibran en los oidos de la inocencia; pero bien pronto se eleva la poderosa voz de las pasiones que la apaga, la sofoca, la dispersa, y concluye por constituirla en esclava cómpli-

ce de sus seducciones. Consideramos nuestra conciencia como parte de nosotros mismos, como una especie de órgano propio de que podemos disponer, á pesar de todo, á costa de las consecuencias, cualesquiera que ellas sean, que de esto podrán resultarnos, y que siempre nos disimulamos [1]. Luego concluye por rebajarse enteramente al nivel de nuestras inclinaciones, de las que va recibiendo todas las impresiones, y finalmente llega á no ser otra cosa mas que un código de moral formulado sobre nuestros intereses y extravagancias. Siempre, aun en los mas perfectos, solo se hace sentir por el sentimiento del *deber,* y, francamente hablando, lo que se llama deber es bien abstracto y cási inconcebible para un corazon tan ardiente y tan apasionado como el del hombre, si es que sea otra cosa mas que el orgullo de su propio mérito y el amor de su tranquilidad.

La segunda manifestacion del carácter de Dios por la creacion es asimismo bien insuficiente é infecunda. En la calma absoluta del corazon podrá un entendimiento elevado entregarse á la contemplacion del universo; y de esta impresion de órden y armonía que produce, concebir la idea de un Ser supremo que lo ha formado, de un poder, de una sabiduría, de una bondad que lo dirigen, y beber en estas ideas sentimientos de reconocimiento, de adoracion y de amor. Esto es por cierto muy exacto; y tenia razon san Pablo en decir que los filósofos paganos eran *inexcusables* de no haber escuchado la voz de la creacion.

Pero si consultamos la experiencia no podrémos negar que estos sentimientos producen mas bien una emocion halagüeña que el hábito debilita pronto, que los elementos prácticos de razon y de virtud que puede siempre el hombre llevar consigo, como armas poderosas en la estrepitosa lucha de las pasiones. Todo esto no dicen al corazon del hombre *precisa* y *constantemente* hasta qué punto reclama Dios nuestros homenajes y nuestro amor; hasta qué punto es santo, es justo, es bueno; hasta qué punto quiere que lo seamos nosotros, y por qué medios podemos conseguirlo. Todo esto, en fin, no está al alcance de la inteligencia y de los sentidos de la generalidad de los hombres, y supone mas bien la exencion de las pasiones que su direccion, y mas bien un quietismo moral sin resultado, que una actividad fecunda de nuestras facultades hácia nuestros deberes. Además, ¿por qué el entendimiento humano se in-

[1] Esto es lo que se ha elevado á dogma filosófico bajo el nombre de *libertad de conciencia.*

clina tan fácilmente ó á la idolatría de las fuerzas de la naturaleza en los tiempos de imaginacion y de ignorancia, ó al ateismo sistemático en los de análisis y de abstraccion? De suerte que la naturaleza misma nos desvia en cierto modo de su Autor, y no es sino, como decia san Pablo al Areópago, *casualmente y á tientas*, que llegamos á encontrarlo.

En fin, la tercera manifestacion de Dios por la revelacion primitiva, escrita ó tradicional, habia sido alterada en todo el universo, como se ha visto en el capítulo *De la necesidad de una segunda revelacion*, y era como una voz lejana é imperceptible que apenas llegaba al oido de algunos sabios, los cuales no se atrevian á repetirla. Es cierto que el pueblo judío habia conservado la verdad capital de la unidad de Dios; pero esta verdad era implícita é infecunda; y grabada en tablas de piedra mas bien que en los corazones, constituia un depósito nacional infructuoso, un testamento cerrado. Era la letra muerta, y era indispensable el espíritu, la accion y la vida.

Así es que las tres manifestaciones naturales de la Divinidad: la conciencia, la creacion y la revelacion primitiva, no habian podido hacer mas que detener y retardar la caida de la humanidad, pero al fin no habian podido impedirla, ni menos repararla.

De aquí procedia el espectáculo que presentaba el mundo al tiempo de la aparicion del Cristianismo. Dios era desconocido al hombre, y por consiguiente el hombre era desconocido á sí mismo, y de esto resultaba el trastorno del órden religioso, moral y social. El carácter divino, léjos de ser el modelo sobre el que venia á reformarse el carácter del hombre, sometido él mismo á las pasiones humanas y á las acciones mas infames, reflejaba los vicios que hubiera debido confundir. Como el navegante, que no puede conocer su ruta en los cielos cubiertos por la tempestad, y queda perplejo entre dos océanos que parece procuran confundirse para tragárselo, así el hombre fluctuaba á la ventura, envuelto por todas partes en las tinieblas de la ignorancia y de la corrupcion: ya atribuyéndose una superioridad sobre el mismo Dios, ya colocándose sistemáticamente inferior á las bestias; confundiendo el bien y el mal, sin saber cómo y hasta qué punto diferenciarlos, por falta de un principio inmutable que le sirviese para medirlos; equivocándose hasta el extremo de honrar los vicios como si fuesen virtudes, y de ignorar hasta el nombre de las primeras que brillan á la cabeza de la verdadera moral, considerando como derecho natural y social los excesos y abusos mas contrarios á

la naturaleza y á la humanidad. Hé aquí á dónde habia conducido al mundo la pérdida del conocimiento de Dios.

Esta gran verdad fue antiguamente proclamada por un poeta pagano, quien señalaba LA IGNORANCIA DE LA NATURALEZA DIVINA como el orígen de todos los crímenes y males que afligian á la miserable humanidad:

Heu! primæ scelerum causæ mortalibus ægris
NATURAM NESCIRE DEUM [1].

El Cristianismo encontró á la humanidad en este estado,—estado muy digno de que un Dios, autor de todo órden y padre de la razon humana, viniese en su socorro.—Si el Cristianismo es realmente la obra de Dios venido á socorrer á la humanidad, debió, para regenerarla, volverle á dar el conocimiento perdido del carácter divino, tipo del carácter del hombre, é imprimirle fuerte y visiblemente el conocimiento del mal y su remedio; debió tambien dar un gran golpe que hiciese brillar de una vez lo que era Dios, la ley primitiva del hombre, en lo que este se habia convertido separado de esta ley, y que le inspirase los mas poderosos motivos para reconocer y apartarse de semejante extravío.

La conciencia, la creacion, la revelacion primitiva, manifestaciones sencillas y naturales de la Divinidad, convenian al hombre inocente, al hombre en estado de salud moral; pero para el pecador, para el hombre degradado, era indispensable un remedio, y un remedio tan violento como el mal.

Lo que choca á la Incredulidad en el misterio de la Cruz, y le da ciertas apariencias de locura, es que realmente es un acto extraordinario, superior á las leyes naturales, irregular é incomprensible, si se considera en un estado ordinario, natural y regular. Pero no es este el estado de la humanidad; porque salió de este estado normal y regular por la caida primitiva, y solo por un remedio, es decir, por un medio anormal como su estado, podia rehabilitarse. El misterio de la Cruz corresponde al misterio del pecado original, y nunca se debe estudiar el uno sin el otro. La humanidad es un grande enfermo, y lo que es peor, un enfermo que cree estar bueno. Por consiguiente, no necesita manjares sólidos y frutas sabrosas, aunque las desee; necesita sí un remedio, pero un remedio violento, aunque no lo quiera. Por mas que grite, que se resista, que trate de insensato al médico, este debe obrar así, y come-

[1] SIL. ITALICUS. *Bell. punicum*, IV.—Este poeta nació el año 25 de nuestra era, y murió al principio del reinado de Trajano.

teria una injusticia procurando justificarse á los ojos del enfermo: debe sufrir la injuria, ser el primero que se llame loco para entrar en las miras pervertidas que quiere enderezar; pero al mismo tiempo debe hacer aceptar el remedio, cuyo primer efecto será dar al hombre el conocimiento de su mal, y obligarle á bendecir y adorar la sabiduría *sobrehumana* y el amor infinito que han sabido tan perfectamente contrariarlo para curarlo.

Tales han sido los efectos del misterio de la Cruz sobre el mundo.

Á un tiempo dió al hombre el conocimiento de sí mismo y el conocimiento de Dios, dos cosas que se ligan íntimamente, como lo habia vislumbrado el poeta latino. Realizó esta sencilla y bella súplica de san Agustin: *Noverim te! noverim me!* «¡que yo te conozca! ¡que yo me conozca!» Ha dado solucion al *Nosce te ipsum*, este grande enigma, cuya solucion buscaban los antiguos dentro de nosotros mismos, donde no podian encontrarla, pues que de allí procedia su ignorancia. En fin, iluminó á la tierra por el cielo, reuniéndolos en un cuadro maravilloso que los reproduce á ambos á la vez en su misma oposicion y armonía, y nos ofrece un espectáculo compendiado y al mismo tiempo el mas completo de ambos.

Fijemos, pues, nuestra vista sobre el grande espectáculo de la Cruz, donde la verdad misma reconcentró todos sus rayos, y donde la vida divina, para darse á nosotros, se revistió de los colores, de las formas, y hasta de los movimientos de la vida humana.

En él descubrirémos claramente lo que es el hombre y lo que es Dios.

I. Lo que es el hombre.—¡Qué espejo mas fiel del horrible estado en que habia caido la humanidad, que esa figura ensangrentada y despedazada sobre una cruz en expiacion de nuestros crímenes! ¡Figura que era toda la de un Dios, y que sin embargo ni aun llegaba á ser la de un hombre! ¡Qué sublime expresion de la deformidad moral del pecado y de la desgracia que le es inherente en nuestros destinos inmortales! ¡Qué medida mas exacta del abismo donde habíamos caido, y del otro mas profundo todavía sobre el que estamos suspendidos, que ese espectáculo de la belleza por esencia, de la felicidad suprema, del poder infinito de un Dios reducido, humillado á este estado de deformidad, de sufrimiento y de abyeccion! Por el remedio debemos calcular la gravedad del mal; por el

castigo medir la falta, y la profundidad del abismo por la distancia recorrida para venir á sacarnos de él. Si á tal ha venido á parar todo un Dios para sustituirse al hombre, ¡qué seria el hombre respecto de Dios!!!

Pero si este espectáculo abate al hombre y lo coloca en su verdadero lugar actual, tambien lo rehabilita y le reviste de una nueva grandeza, haciéndole conocer lo que es en los designios de Dios.

¿Qué es, pues, el hombre, para que Dios se acuerde de él hasta este punto? para que haya venido á visitarlo en su destierro, y le dé semejante testimonio de su ternura? ¿Cuál es, pues, el valor de esa presa del infierno para haber sido el objeto de semejante rescate? ¿cuál su precio, y qué le está reservado en adelante? ¿Qué no supone, en efecto, el sacrificio de la cruz sobre el valor y la vocacion del hombre conquistado por un Dios, y por este Dios Salvador, Conquistador y Señor del cielo? Si la naturaleza divina estuvo unida á la humana en la ignominia de la cruz, no dejó de estar tambien unida á ella en la gloria de la Resurreccion. La exaltacion de la humanidad corresponde al abatimiento de la divinidad en Jesucristo. La cadena que liga la tierra con el cielo es ahora mas que nunca visible; el dogma de nuestra inmortalidad y de nuestra resurreccion tiene en su favor todo el poder de un hecho cumplido, manifiestamente consumado en uno de nosotros, en nuestro Jefe, el que fue hecho, como dijo enérgicamente san Pablo, *las primicias de los que duermen* [1]. ¡Qué garantía, qué fundamento de esperanza no tenemos en el que realizó en sí mismo lo que nos prometió á nosotros, y con qué confianza debemos aspirar á la inmortalidad por entre las sombras de la muerte, cuando nuestro representante nos ha precedido ya victoriosamente en este tránsito, y que no habrá olvidado en su gloria lo que él mismo sintió cuando se hizo por nosotros el Hombre de dolores!

Ved aquí, pues, al hombre explicado, ved aquí desatado ese fuerte nudo de las contradicciones de su naturaleza. La filosofía de la Cruz ha venido á fallar entre la filosofía de Zenon y la de Epicuro, y á absorberlas á ambas en su profundidad.—¡Oh hombre, te estimas demasiado, y aun no te estimas lo bastante! No, tú no eres un Dios, para poder glorificarte á tí mismo y constituirte tu propio centro. Léjos de esto, eres el mas despreciable, el mas vil, el mas miserable de todos los seres: eres la escoria del mundo, y nada existe que no te confunda y que

[1] I Cor. xv, 20.

no acuse tu ignorancia y tu debilidad; no puedes hacer mas que sufrir y morir; siendo como eres esclavo vendido al dolor por el pecado, le perteneces, y este dolor tambien es infecundo. —Pero te engañas tambien miserablemente, cuando con Epicuro quieres asemejarte á un vil puerco, y te entregas á los sentidos y á la materia, dejando caer en el cieno el cetro de la inteligencia y de la virtud. ¡Levántate! eres rey de la tierra y aspirante á la gloria de los cielos.

La propiedad de la filosofía de la Cruz es haber deslindado y conciliado estos dos estados de fuerza y de debilidad, iluminando á la vez el fondo de nuestra miseria y la cumbre de nuestra grandeza, haciéndonos conocer que si bien por nuestra propia naturaleza no somos capaces mas que del mal, y dignos solo de reprobacion [1], por los auxilios divinos somos rehabilitados en Jesucristo y hechos participantes del mismo Dios [2]. La humanidad se halla de este modo colocada como entre dos polos: el uno de su naturaleza caida, que la reduce á la nada; el otro de la gracia celestial, que la eleva hasta Dios, de tal suerte que no tenemos jamás ocasion de poseernos de orgullo, antes al contrario, de ser humildes y temerosos aun hasta en el mas alto grado de la perfeccion, así como no debe nunca abatirnos la vista de nuestras miserias, sino ser confiados y valerosos para salir de ellas, cualquiera que sea su intensidad.—Este es el cristiano; este el hombre explicado.

Pero dejemos hablar aquí á Pascal citando aquel bello pasaje, en que despues de hacer una descripcion de la impotencia y contradicciones de la filosofía antigua en sus dos principales sectas, los epicúreos y los estóicos, prosigue en estos términos:

«Es sin embargo indispensable que se estrellen y se reduz-«can á la nada para dar lugar á la verdad de la revelacion. Es-«ta es la que concilia las contrariedades mas formales con un «arte enteramente divino. Uniendo todo lo que hay de verda-«dero, y separando todo lo falso, enseña con una sabiduría «verdaderamente divina el punto en que se unen los principios «opuestos, que parecian incompatibles con las doctrinas pu-«ramente humanas. Hé aquí la razon: Los sabios del mundo «colocaron las contrariedades en un mismo objeto: unos atri-«buian la fuerza á la naturaleza, otros le atribuian la debili-

[1] *Natura filii iræ.* (Ephes. II, 3).

[2] *Ergo jam non estis hospites et advenæ, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei.—Convivificavit nos in Christo, et conresuscitavit, et consedere fecit in cœlestibus in Christo Jesu.* (Ephes. II, 19, 5, 6).

«dad; contradiccion imposible de subsistir; en lugar de que «la fe nos enseña á colocarlas en objetos diferentes: toda la «fragilidad pertenece á la naturaleza; todo el poder á los so- «corros de Dios. Hé aquí la union admirable y nueva que solo «un Dios podia enseñar, que solo él podia realizar, y que no es «otra cosa sino una imágen y un efecto de la union inefable de «las dos naturalezas en la persona del Hombre-Dios. Así es co- «mo la filosofía conduce insensiblemente á la teología; y es di- «fícil no encontrar en ella cualquiera verdad que se busque, «porque es el centro de todas las verdades, lo cual aparece aquí «perfectamente, porque se ve que encierra en sí lo que hay de «verdadero en estas opiniones contrarias. Así, pues, no se con- «cibe cómo ninguno de ellos podria negarse á seguirla. Si es- «tán convencidos de la grandeza del hombre, ¿qué pueden ha- «ber imaginado ellos que no ceda á las promesas del Evange- «lio, que no son otra cosa que el digno precio de la muerte de «un Dios? Si quieren atribuir toda la debilidad á la naturaleza, «su idea no llega á la de la verdadera debilidad del pecado, cu- «yo remedio ha sido la muerte misma. Cada partido encuentra «en ella mas de lo que desea, y, lo que es mas admirable, los «que no podian concertarse en un grado infinitamente inferior, «encuentran en ella una union indestructible [1].»

II. Así es como la doctrina de la Cruz hace que nos conozcamos á nosotros mismos. Pero este resultado no es mas que secundario y reflejado, pues su principal y directo consiste en hacernos conocer á Dios. Aquí es donde nuestro estudio se dilata grandemente.

«Yo soy todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que se- «rá, y ningun mortal ha podido jamás descorrer mi velo.»

Tal es la inscripcion que el antiguo Egipto habia grabado en el frontispicio del primero de sus templos, indicando con esto á la Divinidad.

Todos los esfuerzos de la filosofía que nos sucedió despues no pudieron *descorrer el velo;* y cuando el Cristianismo apareció en la capital del mundo civilizado, leyó aun en el frontispicio del templo: AL DIOS DESCONOCIDO.

«Este es el Dios que vengo á anunciaros,» exclamaba san Pablo, y diciendo esto les predicaba á Jesús crucificado.

El Cristianismo, en efecto, vino á levantar el antiguo velo que cubria los ojos del linaje humano y á descubrir á la tierra el secreto de la eternidad. Hizo mas aun; como su resplandor

[1] *Pensamientos*, parte I, art. XI, § 4.°

nos hubiera deslumbrado, revistió á la Divinidad de formas sensibles que la revelasen acomodándola á nuestra capacidad: «Él dió, como dice admirablemente Erskine, en la obra de la «expiacion una forma palpable á los sublimes atributos de la «Divinidad; y los puso de manifiesto á nuestra vista en la sus- «tancial realidad de las acciones vivas, al mismo tiempo que «en su grandeza y en su adorable hermosura. Sin que perdie- «sen nada de su dignidad, los puso al alcance de nuestras «inteligencias, y los apropió á los sentimientos de la naturale- «za humana, mientras están excitando la admiracion, el pas- «mo y las alabanzas de los Ángeles de que está rodeado su di- «vino trono [1].»

Efectivamente, la santidad, la justicia, el amor, el poder mismo de Dios, aun en su grado mas infinito, se dejan en cierto modo mirar, tocar y medir sobre la Cruz, por el procedimiento mas sencillo y á la vez el mas fecundo.

1.° La santidad.—¡Qué santidad! ¡quién hubiera podido figurársela jamás, pues no permite al hombre acercársele sino despues de haberse lavado en la sangre de un Dios! ¿Hay Dios mas santo que aquel, cuyo altar rechaza toda otra víctima, y que exige por holocausto, no los mas puros animales, ni las criaturas humanas mas perfectas, ni la naturaleza angélica mas sublime, sino la misma naturaleza divina, sino un Dios igual suyo?

«Por esto, dice san Pablo, el Hijo de Dios al venir al mundo «dijo á su Padre: Vos no habeis querido la hostia ni la obla- «cion; no habeis aceptado los holocaustos y los sacrificios por «el pecado, pero me habeis dado un cuerpo, y entonces yo he «dicho: AQUÍ ME TENEIS.» ¡Por la pureza y magnificencia de semejante víctima medimos la santidad y la grandeza del Dios! ¡Qué profunda impresion no causa ya en las conciencias esta primera nocion, y á qué distancia no vuelve á colocar el límite del deber, tan frecuentemente removido por las pasiones!

Aquí hace Malebranche una reflexion verdaderamente sublime por su sencillez y por su fuerza, en la que se dan la mano la teología y la filosofía mas elevada.

«Para descubrir por medio de la razon, dice, entre todas las «religiones la que Dios fundó, es necesario consultar deteni- «damente la idea que tenemos de Dios ó del Ser infinitamente «perfecto.»

[1] *Ensayo sobre la fe*, por Erskine, célebre abogado inglés. Seguramente que su talento no se elevó nunca tan alto como en sus escritos sobre la Religion. Parte de ellos ha sido publicada por Mr. de Genoude en su *Razon del Cristianismo*, t. III.

Malebranche establece en seguida que Dios, la Verdad misma, *no puede obrar sino segun lo que él es*, de manera que cuando obra, manifiesta necesariamente al exterior el juicio eterno é inmutable que tiene de sus atributos, y que quiere tengamos tambien nosotros.

«Dios no pronuncia perfectamente el juicio que tiene formado «de sí mismo, sino por la encarnacion de su Hijo, y el estable- «cimiento de la Religion que profesamos, en la cual sola pue- «de encontrar el culto y la adoracion que sus diversas perfec- «ciones expresan, y que concuerdan con el juicio que tiene «formado de ellas. Cuando Dios sacó de la nada el cáos, dijo: «Yo soy el Todopoderoso; cuando formó el universo, se com- «plació en su sabiduría; cuando crió al hombre libre y capaz «del bien y del mal, expresó el juicio que tiene formado de su «justicia y de su bondad. Pero cuando unió su Verbo á su obra, «manifestó que es *infinito* en todos sus atributos; que este «grande universo no es nada comparado con él; que todo es «profano con respecto á su santidad, á su excelencia, á su so- «berana majestad. En una palabra, habla como Dios, obra se- «gun lo que él es, y segun todo lo que es. Comparad, Aristo, «nuestra Religion con la de los judíos, de los mahometanos, «y con todas las demás conocidas; y juzgad cuál es la que ma- «nifiesta mas claramente el juicio que Dios tiene formado de «sus atributos, y el que debemos formar nosotros de la limi- «tacion de la criatura y de la soberana majestad del Criador.

«El verdadero culto no consiste en el exterior, en tal ó cual «situacion de nuestros cuerpos, sino en esta ó la otra situacion «de nuestros espíritus en presencia de la Majestad divina, es «decir, en los juicios y movimientos del alma. Aquel, pues, que «ofrece el Hijo al Padre, que adora á Dios por Jesucristo, ex- «presa con su accion un juicio parecido al que Dios tiene de «sí mismo. Revela, digo, de todos los juicios el que expresa «mas exactamente las perfecciones divinas, y sobre todo, esa «excelencia y santidad infinita, que separa á la Divinidad de «todo lo demás, ó que la eleva infinitamente sobre todas las «criaturas. Por consiguiente, la fe en Jesucristo es la verda- «dera Religion, el acceso á Dios por Jesucristo el solo culto «verdadero, el único medio de colocar nuestro espíritu en una «situacion que adore á Dios y que pueda atraer sobre nosotros «las miradas de complacencia y de cariño del Autor de la feli- «cidad que esperamos [1].»

[1] Véase este bello cántico de la Iglesia en el prefacio de la misa: *Per* quem *(Jesum Christum) majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominationes, tre-*

Malebranche resume en seguida todo el rigor, toda la fuerza y todo el esplendor de su pensamiento en este último trozo: no tememos citarlo, pues semejantes páginas son siempre demasiado cortas:

«No hay punto de comparacion entre lo infinito y lo finito. «Esto puede pasar por una idea comun. El universo, compa- «rado con Dios, no es nada, y debe tenerse por nada; pero so- «lo los cristianos, solo los que creen en la divinidad de Jesu- «cristo, son los que cuentan verdaderamente por nada su ser «propio y este vasto universo que admiramos. Puede ser que «los filósofos sean tambien de esta opinion; pero al menos no «lo manifiestan. Por el contrario, desmienten con sus acciones «este juicio especulativo. Se atreven á acercarse á Dios, como «si no supiesen que la distancia de él á nosotros es infinita. Se «figuran que Dios se complace en el culto profano que le tri- «butan: tienen la insolencia, ó si se quiere, la presuncion de «adorarlo. Valdria mas que enmudecieran; y su silencio res- «petuoso manifestaria, mejor que sus palabras, el juicio espe- «culativo de lo que son relativamente á Dios. Solo á los cris- «tianos les es permitido abrir la boca y ensalzar dignamente «al Señor; y solo ellos tienen acceso á su soberana majestad. «Y la razon de esto es que se tienen verdaderamente por nada, «y tienen en nada todo el resto del universo con respecto á «Dios, cuando protestan que tan solo por Jesucristo pretenden «estar en alguna manera relacionados con él. Esta abnega- «cion, á que los reduce su fe, les da delante de Dios una rea- «lidad verdadera, y este juicio, que pronuncian de acuerdo con «el mismo Dios, da á todo su culto un precio infinito. Todo es «profano con respecto á Dios, y debe ser consagrado por la di- «vinidad del Hijo para ser digno de la santidad del Padre, y «para merecer su amor y benevolencia. Hé aquí el fundamen- «to inalterable de nuestra santa Religion [1].»

La santidad, la majestad infinita de Dios, no pueden manifestarse en ninguna parte mejor que en la oblacion de Jesucristo.

munt Potestates. Cœli, cœlorumque Virtutes, ac beata Seraphim, socia exultatione concelebrant. Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur, supplici confessione dicentes: Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth; pleni sunt cœli et terra gloria tua...

[1] Malebranche, *Última conversacion sobre la metafísica*, t. I, pág. 252, 253, 254.—Nos parece que es esta una buena filosofía en materia de fe y un hermoso texto para responder á los filósofos del dia que, como Mr. Francisco Boullier, en su introduccion á las obras del P. Buffier, dicen con seriedad: *¿Cómo puede concebirse una filosofía católica?* Pero esos señores convinieron en negar á Pascal el título de filósofo, sin duda porque está dotado de demasiado buen sentido y de talento.

De este primer foco de luz se desprenden como rayos los demás atributos divinos.

2.° La justicia. — ¡Qué golpe tan grande no da sobre la Cruz! ¡Cuán necesaria, inflexible é inevitable es preciso que aquella sea, para no haber sido desarmada por tan grande inocencia y santidad! Si de esta manera se ejerce la caucion, ¿qué no hubiera hecho con el autor mismo de la deuda? ¿Á qué hubiéramos quedado reducidos sin este divino escudo, y qué será de nosotros si somos negligentes en cubrirnos con él? ¿Podia el sentimiento de la justicia y de su inviolable rigor imprimirse mas profundamente en el corazon humano que por este espectáculo de Dios, cargando sobre su propio Hijo, á pesar de su santidad y de su divinidad, y únicamente porque habia tomado el pecado del hombre, todo el peso de su cólera, y no desarmando su indignacion sino con la última gota de su sangre? — ¿Qué es el remordimiento despues de semejante leccion? Ya lo hemos dicho: la conciencia y sus remordimientos se embotan, se adormecen, se debilitan en el crímen; pero este vivo espectáculo está fuera de nosotros, no depende de nosotros, una mirada basta para comprenderlo; y nadie puede dejar de oir esta gran voz, que, mas alto que la del condenado de Virgilio, grita á la tierra:

Discite justitiam moniti, et non temnere Divos [1].

La justicia, pues, se presenta igual á la santidad en la Cruz, y las dos son infinitas.

3.° Lo que hay de mas admirable y verdaderamente divino en la doctrina de la Cruz, es esa maravillosa sencillez que revela á la vez y por un mismo medio los atributos mas diferentes de la Divinidad, y que sin disminuir en lo mas mínimo su profundidad adapta, sin embargo, su comprension á las inteligencias mas vulgares. Así acabamos de ver brillar sobre la Cruz la santidad y la justicia de Dios en el grado mas infinito; despues de esto parece que las ideas de bondad, de misericordia y de amor no pueden tener allí cabida, y sin embargo salen del mismo punto, é igualmente que los demás atributos, son superiores á todas las humanas concepciones.

¡Dios mismo, inmolando su propio Hijo en sustitucion del hombre, amando al hombre por esto mismo mas que un padre ama á su hijo, y un hijo el mas digno de ser amado: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret!* ¡qué amor!!! — Y este mismo Hijo, que es uno con su Padre en es-

[1] *Æneid.*, lib. VI.

te acto de amor que le aventaja en cierta manera, *Tunc dixi: Ecce venio,* que rivaliza con él en abnegacion por los hombres: ¡qué idea tan tierna y tan sublime!

«No hay amor mas perfecto que el dar la vida por sus amigos,» dice Jesucristo en el Evangelio aludiendo á su sacrificio. En efecto, jamás el amor ha encontrado una expresion mas fuerte que la muerte: *Fortis ut mors dilectio.* Cualquier otro testimonio se desvanece al lado de este. ¡Cuán sublime es además la expresion que este toma, cuando la muerte recibida en favor del amigo va acompañada de los mas afrentosos suplicios, y cuando este amigo es un ingrato, y es no solamente el objeto, sino la causa y el instrumento de esta muerte! Este es el último límite del amor: el corazon y la imaginacion rebosan amor, y parece que ya no pueden contener nada mas... Pues bien, el amor que se nos manifestó sobre la Cruz va infinitamente mas léjos.

Porque al fin, cuando un hombre da su vida por otro, no le da, hablando con propiedad, *su vida*, sino algunos dias, algunos instantes quizás de vida; pues está condenado por la misma naturaleza á la muerte, que habrá merecido acaso cien veces á los ojos de la justicia suprema. Pero aquí el que muere no debia morir jamás. Era la Vida misma y la fuente de la vida. Estaba igualmente exenta de toda falta personal, ó mas bien, era la santidad por esencia. El pecado lo mismo que la muerte no podian nunca acercársele y turbar su felicidad. Pues bien, del seno de esta felicidad, de esta eternidad, de esta santidad, lo saca el amor para entregarlo á los golpes de la justicia que nos estaban destinados, lo hace *mortal* y el último de los mortales, lo convierte en *pecador* y en pecador de todo el linaje humano, y en este estado, doblemente antipático á su naturaleza, muere en el mas afrentoso suplicio entre dos criminales.

¡Oh abismo de amor!!! que nos hace comprender estas palabras de san Juan: «Dios es Amor, y nosotros hemos conocido y hemos creido en el amor [1].»

¿Nos ha ofrecido la conciencia alguna vez la amabilidad y los encantos del deber bajo una personificacion tan encantadora y tan cordial, y los ha confundido así con el mas vivo y mas peligroso de los sentimientos de la naturaleza? ¿Qué es el atractivo del deber comparado con el amor de Dios?

La creacion misma y todos los beneficios de la naturaleza ceden al sacrificio de la Cruz. Sacar al hombre de la nada, y

[1] I Joan. IV, 16.

elevarlo al trono de la creacion para colocarlo en el trono mismo de Dios, es un beneficio inmenso; pero nada hay en este beneficio que no sea doblemente grande, cuando se recobra despues de perdido, pues que esta misma pérdida hace conocer todo su valor. ¿Qué será, pues, cuando el medio por el que se consigue esto es en sí mismo un aumento inmenso en el beneficio? Tal es la redencion del género humano comparada con su creacion; porque por la creacion Dios no habia dado al hombre mas que las criaturas en patrimonio, y por la Redencion se le da él mismo, se incorpora á la humanidad y se hace hombre. Por este medio el dogma de la Redencion ha conquistado mas sólidamente el corazon del hombre que el de la creacion; y Dios en Jesucristo tiene sobre nuestras almas derechos mas íntimos que Jehovah; y si nos es permitido decirlo, al *Gran Ser* de la naturaleza y de los filósofos ha aventajado el *Buen Dios* de los cristianos. ¡El *Buen Dios!* calificacion tierna que se adapta á todos los corazones, á todas las lenguas, á todos los ojos, y que, dirigiéndose mas bien al sentimiento y al instinto que al espíritu, se justifica y se pone al alcance de todos los hombres al través de esa figura agonizante del gran Mártir de la bondad, de la misericordia y del amor.

Así pues, ¡cosa maravillosa y que tenemos ocasion de notar con bastante frecuencia! los contrarios se unen en el Cristianismo, y todas las verdades que no pueden concordarse en ninguna otra parte, aunque en un grado inferior, forman en él un enlace sólido, al mismo tiempo que son llevadas á su rigor mas absoluto.

El dogma de la Redencion nos da de la santidad, de la majestad, de la justicia de Dios la idea mas acomodada á nuestra flaqueza. Nos anonada, y sin embargo no hay nada que se acerque á esta altura, en la que no podemos acercarnos hasta Dios mas que por Jesucristo. Al mismo tiempo ninguna otra religion ofrece á la debilidad humana recursos de misericordia y de bondad que se le puedan comparar. Todos los atributos divinos se salvaron en la Cruz; en ella se ostentan en toda su infinidad y se armonizan en la unidad mas perfecta. Diríase que todos juntos se han sacrificado á cada uno: tan absoluta es la expresion que tiene cada cual; y sin embargo, no hay uno que aventaje al otro, ni que ceda á los demás, pues todos tienen allí participacion igual. Es la Santidad misma, la Justicia misma, el mismo Amor; es la fusion de todo esto en un mismo y único objeto.

4.° De aquí se desprende un cuarto atributo: la sabiduría;

porque una obra tan bella deja completamente satisfechas todas las condiciones de la sabiduría, tal como resplandece en el órden del universo, y tal como ella misma se define por estas palabras: *Attingens à fine usque ad finem fortiter, disponens omnia suaviter.*

Es preciso entrar mas directamente en esta nueva consideracion.

Pocas veces puede el hombre dar á sus obras cierto grado de perfeccion, y cuando no lo consigue, destruye su obra y la vuelve á empezar. De muy distinta manera obra el divino Artífice; porque todo lo que sale de sus manos lleva el sello de la mas profunda sabiduría; y porque habiendo dotado á una de sus criaturas del don eminente de la libertad, le concedió, por una consecuencia necesaria, la posibilidad de degradarse como resorte de la facultad de perfeccionarse, si del ejercicio de esta libertad llega á resultar el mal, que es la propiedad de la criatura humana, Dios no necesita aniquilarla y volverla á crear para salvar los intereses generales de su gloria. Hace brillar esta gloria en este mismo mal haciendo salir el bien del mismo mal por una fecundidad y una combinacion de resortes inconcebibles, que Mr. Villemain ha ingeniosamente llamado la *alquimia* de la Providencia. Cuanto mayor es el mal, tanto mas prodigioso es el bien que de él sabe sacar; y en esta lucha indefinida entre el bien y el mal, entre el órden y el desórden, Dios sale siempre vencedor; el mal se vuelve para él en una feliz ocasion, que ejercita su sabiduría y su poder, y le hace producir las creaciones mas magníficas; de tal suerte, que podemos decir lo que Leibnitz en su *Teodicea*, que en el conjunto de las obras de Dios el mal importa para un bien mayor, de manera que sin él pareceria menos perfecto aquel conjunto.

Esta profundidad de los tesoros divinos se descubre principalmente en la obra de la Redencion.

El universo que habitamos no existia aun cuando ya el mal se habia introducido por el sentimiento del orgullo en las inteligencias superiores, cuya caida fue la consecuencia inmediata de la rebelion. Esta primera tentativa del mal contra la gloria de Dios nos da motivo para creer que debemos á ella la creacion de este bello universo y del hombre su rey, destinado á reemplazar á los ángeles rebeldes en la felicidad que habian perdido. Por esto el hombre fue criado en un estado de inocencia y de gracia, pero libre, y por consiguiente capaz de pecado. La inspiracion del mal se dirigió á esta nueva criatu-

ra, y por medio del mismo sentimiento de orgullo, que es el primer pecado de las inteligencias, cayó el hombre de su condicion, y pasando desde Dios á sí mismo, no tardó en volver á caer desde sí mismo á la esclavitud de sus sentidos por medio de la concupiscencia, y de aquí á la esclavitud de la naturaleza por el dolor y la muerte. Con esta nueva conquista del imperio del mal no adquiria este nuevos motivos de satisfaccion, porque las desgracias iban en aumento, y la divina justicia quedaba en cierto modo vengada por las consecuencias de la misma falta del culpable. Pero la bondad de Dios, que es el atributo culminante de su naturaleza, no quedaba satisfecha, y aspiraba desde entonces á manifestarse por medio de un beneficio mas soberano. Habia además entre la falta del hombre y la del ángel la notable diferencia, que la de aquel era menos expontánea, puesto que la habia cometido á instigacion de este, y era tambien menos inmediata, pues aunque toda la humanidad habia pecado, solo lo habia hecho en la persona de su jefe.

Pero de aquí surgian obstáculos, que solo Dios pudo conocer, porque procedian de sí mismo; obstáculos que parecian oponerse invenciblemente á su bondad, y desafiar todas las combinaciones de su sabiduría.

El hombre puede perdonar, porque no posee la justicia absoluta, y su perdon deja que esta justicia, que es superior á nosotros, se satisfaga á sí misma y atienda á los legítimos intereses del órden; pero Dios, que es esta justicia absoluta, á la cual nada hay superior, no puede perdonar *gratuitamente* la falta sin contradecirse á sí mismo. Era necesaria, pues, una satisfaccion, y por lo mismo una satisfaccion proporcionada á la justicia que la reclamaba, y por consiguiente infinita.

Como culpable, el hombre era quien debia esta satisfaccion; pero por lo mismo no podia darla, porque su degradacion le habia privado de todo mérito. Aun en el estado de inocencia, tampoco hubiera podido pagar por la falta de otro, del ángel, por ejemplo, porque nunca hubiera podido dar nada de su propia esencia, siempre finita, que fuese capaz de satisfacer á la santidad y á la justicia infinitas de Dios. Con mayor razon aun era incapaz de pagar por su pecado y rescatarse á sí propio; no podia hacer mas que sufrir para siempre las consecuencias de su pecado, sin llegar nunca á redimir su causa.

De aquí se sigue que la naturaleza del hombre necesitaba una pura misericordia, y la naturaleza de Dios una completa justicia.

«¡Qué idea tan grande se ofrece aquí de una justicia supe-«rior á nuestra comprension! exclama d'Aguesseau. La justi-«cia no es mas que lo que corresponde á la naturaleza de cada «ser. Correspondia á la de Dios que el crímen del hombre fue-«se castigado, y correspondia á la del hombre que este pudiese «salvarse por un puro efecto de la bondad de Dios [1].»

¿Quién podia inventar un medio que satisfaciese á la vez y de una manera completa estas dos exigencias tan absolutas y tan contradictorias; y que por su conciliacion llegase á alcanzar, no solo la entera reparacion del desórden, sino que, siguiendo la marcha ordinaria de la divina sabiduría, produjese un resultado superior al órden primitivo? ¡Digno problema de un Dios, y que debia hacer salir de los tesoros de su sabiduría una solucion sublime, cuyo desenvolvimiento vamos á examinar!

Es propio de la naturaleza de Dios el contener en la suprema unidad de su sustancia tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La segunda de estas tres personas, el Hijo, Verbo de Dios, se desprende del seno del Padre y se ofrece en rescate de la humanidad víctima expiatoria de la culpa original. Como es Dios igual al Padre, el valor de sus méritos debe ser suficiente para pagar la deuda que su justicia reclamaba. Pero la dificultad no queda aquí resuelta, porque si es Dios, no podrá sufrir, y aunque pudiera sufrir, ¿de qué aprovecharian sus sufrimientos á la humanidad, que no tendria en ellos parte ninguna? La humanidad inteligente y libre no puede ser redimida sin su conocimiento y participacion, porque esto seria contrario á su naturaleza, y seria tambien contrario á la naturaleza divina el admitir una reparacion extraña á la falta y á su autor, y que los dejaria impunes. ¿Cómo, pues, podia aclararse este cáos de dificultades? Para que Dios pudiese sufrir seria menester que fuese hombre, y para que el hombre pudiese merecer seria indispensable que fuese Dios; y como el mérito debe resultar del sufrimiento, seria necesario un ser que fuese á la vez hombre y Dios. Hé aquí la grande obra realizada en Jesucristo, en la cual todas las satisfacciones quedan extinguidas, todas las necesidades conciliadas, y vencidas y superadas todas las dificultades.

Una de las principales propiedades de las obras de Dios es que en ellas se confunden siempre el fin y los medios, ó mas bien, todo es en ellas fin y medios recíprocamente; porque to-

[1] *Varias reflexiones sobre Jesucristo*, t. XV, pág. 478.

do lleva y concurre á su objeto con una concordancia admirable de suavidad y de fuerza, de sencillez y de fecundidad.

En la obra de la Redencion es donde se descubre principalmente esta propiedad.

En ella el Verbo de Dios se nos aparece reuniendo en sí solo las dos naturalezas divina y humana, separadas por el pecado, para volverlas á juntar y reconciliar en su sacrificio, por medio de una union mas íntima que la que tenian antes del pecado. Encargado por una parte de todos los derechos de la justicia de Dios, y por otra de todos los intereses de la humanidad culpable, marcha este gran plenipotenciario á concluir la importante obra de la negociacion. Observad como desde los primeros pasos empieza á consumarse la obra: un Dios se hace hombre, se hace de la raza de los culpables, se hace, si es permitido decirlo, criatura, y por este primer abatimiento expia el primer pecado del hombre, que consiste esencialmente en haber querido hacerse igual al Criador, cediendo á esta sugestion del mal: *Eritis sicut dii*[1]. El orgullo del hombre queda reparado por el abatimiento de un Dios. ¡Y cuán completo es semejante abatimiento! El Verbo de Dios no solo se hace hombre, sino que va á tomar esta vida del hombre en las fuentes en que el mismo hombre la toma, es decir, en el seno de una mujer. Se abate como un niño y se somete á la obediencia de la edad primera, cuya oscuridad se prolonga para él hasta la edad de treinta años. Pero aun no está aquí todo: la concupiscencia habia seguido luego al orgullo en la caida del hombre, y la rebeldía de los sentidos contra la razon habia sido la consecuencia de la rebeldía de la razon contra Dios. Para expiar esta segunda causa del mal se reviste el Verbo de una carne pasible. En fin, desde el orgullo y la concupiscencia habia caido el hombre en la servidumbre de las criaturas, como un rey destronado por sus propios súbditos, esforzándose por medio de la concupiscencia á volverlos á atraer á su yugo, y condenado por la muerte á perderlos para siempre. El Dios salvador se hace pobre y mortal para cegar la medida de todos estos desórdenes y de todas estas miserias de nuestra naturaleza. Inocula en su persona todos los efectos del pecado para extirpar y purgar todo su veneno, é inocular en nosotros todos los efectos reparadores de la gracia divina que debe sustituirlo.

Pero todo esto no son mas que preparativos. Cargado así como hombre con todas las miserias de nuestra naturaleza, y revestido por otra parte con todos los atributos de Dios, como su

[1] Genes. III, 5.

Hijo é igual, la gran víctima marcha al sacrificio para consumar en él la obra inmensa de nuestra Redencion. Aquí el hombre y el Dios deben volverse á encontrar juntos, hasta el punto de pasar, por decirlo así, el uno en el otro y no componer mas que un solo todo indivisible. El Dios va á descender hasta las últimas profundidades de la humana miseria, y el hombre á levantarse hasta las perfecciones de la naturaleza divina; y ambos movimientos van á obrarse por un medio único y á manifestarse por la misma expresion. Jesucristo es tratado en su pasion como eran tratados entonces los esclavos, y como si esto no bastara, es comparado y pospuesto á los mas viles criminales. Juguete de la irrision de sus enemigos y abandonado de todos sus amigos, por un privilegio de vilipendio y de barbarie que lo distingue de los dos malhechores con quienes se le quiere confundir, es azotado, y no solamente atado sino clavado en una cruz, coronado de espinas, abrevado con hiel y vinagre, insultado y escarnecido por el pueblo por cuya salvacion está muriendo, objeto y testigo del dolor de una madre y de un amigo, de los cuales se desprende para legarlos el uno al otro, no encontrando refugio ni consuelo en el seno de aquel Padre celestial del cual salió, y que en este terrible trance agota sobre él todos los torrentes de su justicia; en una palabra, muere abandonado del cielo y de la tierra, y hasta despues de su muerte la lanza de un soldado se atreve á interrogar á la vida en su último asilo... ¡Ah! ciertamente que se descubre aquí el sublime del infortunio, y como el océano de todos los dolores humanos acumulados sobre una sola cabeza. Nadie ha merecido con mas justicia que se diga de él: *Ecce Homo.*—Considerad, empero, el cuadro que nos ofrece este Dios, mirado bajo otro punto de vista: ¡Qué resignacion! ¡qué valor! ¡qué dulzura! ¡qué paciencia! ¡qué dignidad! ¡qué bondad! ¡qué olvido de sí mismo! ¡qué sublime abandono! ¡qué muerte! Menester es adorar mas bien que describir tantas y tan sublimes perfecciones, tan poco meditadas. Es la santidad misma de Dios bajo la condicion de hombre. Es el Hombre-Dios. ¿Cuál no seria el resplandor de su divinidad para que á la vista de sus restos ya exánimes proclamase en alta voz uno de sus mas crueles verdugos: «Verdaderamente este era Dios,» y para que al cabo de diez y ocho siglos el deismo mas osado, lleno de entusiasmo, se haya desvanecido hasta el extremo de escribir: *Si la muerte de Sócrates es de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios*[1]?

[1] J. J. Rousseau, *Emilio.*

En el sacrificio de este divino Mediador la humanidad, cubierta con el mérito de sus sufrimientos, pudo aproximarse á aquel Dios terrible que habia ofendido, y este mismo Dios sin contenerse por su justicia, ya para siempre satisfecha, pudo reconciliarse con el mundo [1]. La gloria del cielo y la paz de la tierra se abrazaron. La justicia y la misericordia fueron la una al encuentro de la otra hasta confundirse en un solo ósculo; y este Mediador mismo, autor de semejante reconciliacion, recogió las primicias por su Resurreccion, y se constituyó su depositario; conservó en sí las dos naturalezas para siempre unidas en la gloria y en la paz.

Hé aquí la obra maestra de la sabiduría divina, mas grande que el mismo mal que reparó, elevando á la humanidad á un punto mucho mas alto que aquel de donde habia caido, y dándole verdaderamente ocasion de exclamar en la admiracion de esta maravilla: «¡Oh feliz culpa, que mereció semejante reparacion!»

En efecto, si hubiese perseverado el primer ángel en el estado en que fue criado; si no hubiese revolucionado contra Dios tanto los Ángeles como los hombres, Dios hubiera sido honrado de todas las criaturas; pero el honor que de ellas recibiera seria tan limitado como ellas mismas, pues siendo la criatura de sí misma un nada, no puede dar al Ser infinito y soberano un honor que le sea proporcionado y digno de su grandeza. Mas despues del misterio de la Encarnacion, en que el segundo Adan reparó las ruinas del primero, Dios ha sido honrado y lo es de una manera verdaderamente digna de él, como lo vimos por las bellas reflexiones de Malebranche; porque el que adora es tan grande como el adorado, la víctima que se ofrece á Dios en sacrificio es tan grande como lo es aquel á quien se ofrece, ya que es *Jesucristo* el que en su humanidad adora á su Padre y se ofrece á él como víctima; y que es tambien el mismo *Jesucristo,* quien, segun su divinidad, recibe con su Padre tanto esta adoracion como este sacrificio, no siendo con él sino un mismo Dios.

En cuanto al hombre, era grande por cierto, cuando en la integridad de su naturaleza marchaba coronado de gloria y de honor al frente de la creacion, que le estaba sometida como á su rey legítimo, y cuando, inferior apenas á la naturaleza angélica, reflejaba los resplandores de la Divinidad. Pero por mas que un estado semejante fuese glorioso para él, podia tentarle todavía una ambicion, que era la de ser Dios, ya que en

[1] *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi.* (Hebr).

realidad sucumbió á ella. Mas ¡quién lo creyera! lo que fue causa de su caida se hizo un efecto de su rehabilitacion, habiendo sido levantada la naturaleza humana en el misterio de nuestra Redencion hasta el punto de no hacer mas que una sola persona con la naturaleza divina, pues Jesucristo es hombre, y Jesucristo es Dios, y es á un tiempo Dios y hombre: y no siendo los cristianos, sea cual fuere su número, mas *que un solo cuerpo con Jesucristo*, como dice san Pablo, son hechos participantes de su divinidad hasta no ser mas que una cosa con él, como lo es él con el Padre. Y todo esto es verdadero hasta tal grado, que se puede decir, no con mentira como lo dijo la serpiente antes de la caida: *Seréis como dioses*[1]; sino con toda verdad: *vosotros sois dioses*[2].

No se salvó por esto la humanidad inmediatamente y sin su participacion; se salvó como se habia perdido, por la mediacion del nuevo Adan, y voluntariamente por su adhesion á los auxilios de que este es orígen. Es menester hacerse de la raza del Cristo, es menester unirse espontáneamente á su gracia y contraer con él esos vínculos del alma, que, á semejanza de los vínculos de la sangre y de otros mas fuertes todavía, lo trasladarán á nosotros de tal manera, que lleguemos á ser otros tantos Cristos por la gracia como habiamos sido otros tantos Adanes por la naturaleza. Hechos en este estado, por nuestra parte, imitadores de su vida y de su muerte, santificamos los males de la naturaleza, los fecundamos, y estos nos ofrecen los elementos de la redencion particular de cada uno de nosotros, por la que alcanzamos una rehabilitacion superior y definitiva en el cielo, donde se realizarán todas nuestras esperanzas, y que seguramente no hubiéramos conseguido jamás sin aquella.

Así es como la Cruz de Jesucristo no solo nos patentiza la santidad, la justicia y el amor de Dios, sino tambien y en igual grado su sabiduría en el plan de salvacion que ella misma consuma.

5.° En fin, réstanos ver de qué manera la Cruz ostenta su poder.

Lo que constituye la debilidad aparente de Jesucristo crucificado, y le atrae el desprecio del mundo, es precisamente lo que expresa en el mas alto grado toda su fuerza, y la hace brillar como dominando el cielo y la tierra. Vamos á proponer tres consideraciones.

[1] *Eritis sicut dii.* (Genes. III, 5).
[2] *Ego dixi: Dii estis.* (Joan. X, 34).

Si algo pudiese haber difícil para Dios, no seria como nos sucede á nosotros, que no tenemos mas que un poder relativo y prestado, el hacer actos de fuerza ostensible y de visible majestad; porque como él posee en sí la plenitud del poder y *es el Dios fuerte*[1], no tiene necesidad para ello mas que de una efusion de su naturaleza. Por esto siempre que los Libros santos hablan de la creacion del universo, nos la representan como un juego del divino poder, «que dió las nubes por cintura á las «olas del océano, y que lo fajó como una madre faja al hijo que «acaba de dar á luz; á cuya presencia los mundos se balan- «cean como una gota de rocío suspendida de la hoja del ár- «bol, etc.» Al contrario, lo que pareceria un acto de fuerza y de poder superior á todo esto, de parte de la Fuerza y del Poder mismo, seria el replegarse, contenerse, dejarse dominar de sí misma, y anonadarse hasta tomar la actitud de la debilidad y de la impotencia misma.

Bajo este punto de vista el *Fiat lux* de la creacion, que arrojó los mundos luminosos en el espacio, dista mucho, como expresion del poder divino, de la que resplandece en aquel acto de la pasion del Hombre-Dios, cuando, siendo el blanco de la rabia é injusticia de sus enemigos, preguntado por Pilatos qué era lo que tenia que decir, él, la inocencia, la santidad, la verdad misma, que tantas veces habia *seducido al pueblo*, como se le echaba en cara, y confundido á los fariseos; él, autor de tantos milagros... enmudeció. JESUS AUTEM TACEBAT. ¡Qué silencio!!! aun considerándolo solo como hombre, ¡cuánto mas enérgico es que los discursos mas bellos, que los discursos de Sócrates en presencia de sus jueces! Y si recordamos que el que callaba era el Verbo que formó el mundo de la nada, que en aquel momento lo tenia suspendido de su mano, y que con una palabra podia destruirlo, ¿hay poder mas grande que semejante absorcion voluntaria de su poder?—«¿Piensas acaso, «habia dicho rechazando la vana ayuda que habia querido dar- «le el sable de Pedro, que no puedo rogar á mi Padre, que me «mandaria al momento mas de doce legiones de Ángeles?»— ¡Este aniquilamiento era, pues, voluntario! ¡Cuánta fuerza de voluntad no supone de parte del Ser por esencia! ¡Cuánta fuerza de amor, supuesto que por nosotros se habia puesto en semejante estado! EXINANIVIT SEMETIPSUM PRO NOBIS[2]. Todo su poder se habia puesto al servicio de su amor. Subiendo gradualmente la escala de su sacrificio, se sometia á él con entera

[1] Isai. IX, 6.
[2] Philip. II, 7.

libertad, dejándose atar, insultar, azotar, crucificar; dejándose hasta quitar la vida y reducir á la muerte mas afrentosa, para dejar cumplida la última profecía, y poder exclamar: ¡TODO ESTÁ CONSUMADO! «¡Qué grandeza en estas palabras! di-«ce d'Aguesseau. Por ellas se verifica lo que el mismo Jesu-«cristo habia profetizado cuando decia: *Nadie me quita la vi-«da, pues soy yo mismo que me la quito; puedo dejarla y volver-«la á tomar.* No son, pues, ni los judíos, ni los gentiles, ni «los tormentos, ni la cruz quien lo mata, sino su sola volun-«tad: *Oblatus est quia ipse voluit.* Muere porque todo está con-«sumado con su voluntario sacrificio, y por estas palabras se «inmola, por decirlo así, él mismo sin otra causa de muerte «que su voluntad, sometida á las órdenes de su Padre para ofre-«cerle la única hostia que era digna de él [1].» En una palabra, como dice Bossuet, *murió por poder.*

¡Qué grandeza y qué fuerza! ¡Cuán bien dijo san Pablo: *Christum crucifixum Dei virtutem* [2].

Hay una segunda consideracion, que hará brillar mucho mas aun esta verdad.

Por un defecto de nuestra naturaleza no tenemos por grandezas mas que las grandezas carnales, el triunfo de la fuerza que hace los conquistadores y los reyes, y que pone bajo su servidumbre á la multitud. Si Jesucristo hubiese querido estas grandezas, sin duda las hubiera tenido, pues sabemos que quisieron hacerle rey, y que todos los espíritus se inclinaban entonces á considerar el advenimiento del Mesías bajo el punto de vista de la conquista y del poder material. Pero precisamente venia á destronar esta especie de grandezas, y debia por consiguiente ser el primero en despreciarlas. Por esto habia tomado por divisa de toda su vida estas palabras que las confunden: *Ego sum mitis et humilis corde* [3].

Despues de las grandezas carnales vienen las intelectuales, que le son incomparablemente superiores, porque no solo le sobreviven, sino que además las hacen vivir é inmortalizan su memoria. «¡Feliz Aquiles, exclamaba Alejandro, por haber te-«nido un Homero!» Sin embargo, no son estas en las que un Dios debia pararse. Si hubiese querido, ¿quién habria podido gozar de ellas mas que Jesucristo? ¿Qué filósofo, qué orador hubiera tenido mas discípulos, que aquel que llevaba los pueblos suspendidos de los encantos de su boca, y que les obliga-

[1] D'Aguesseau, *Varias reflexiones sobre Jesucristo*, t. XV, pág. 599.
[2] I Cor. I, 24.
[3] Matth. XI, 29.

ba á exclamar: *Nunca habló nadie como él* [1]? Le seguian hasta el desierto, y necesitó hacer un milagro para alimentar allí á la multitud, que se olvidaba hasta del cuidado de la vida por escucharle. Y de toda esta gloria ¿qué reserva para sí? nada. La ofrece toda á su Padre, y sin querer atribuir ningun mérito ni á su estudio ni á su genio, dice que su doctrina no es suya, sino de *Aquel que lo envió*. Léjos de autorizar con su ejemplo las vanidades de la inteligencia humana, se complace en desconcertarlas y confundirlas por la sencillez incomparable de sus palabras, por la rusticidad de sus discípulos, y en fin por la locura de su cruz.

Últimamente, sobre las grandezas sensibles, sobre las grandezas intelectuales, está la grandeza moral: la virtud, la santidad, única grandeza verdadera, que se sostienen por sí misma, que no necesita ni de trofeos ni de alabanzas, y que, por el contrario, es tanto mas sublime cuanto es mas desconocida é insultada, que tiene la conciencia por trono y el ojo de Dios por testigo: esta era la única digna de un Dios. Platon, el mas sabio de los filósofos, habia ya entrevisto el ideal de esta grandeza moral con señales enteramente idénticas á las de Jesucristo crucificado. «Parece que Dios, dice con este motivo Bos«suet, no comunicó esta maravillosa idea de virtud al talento «de un filósofo, sino para realizarla en la persona de su Hijo, y «hacer ver á los hombres que el justo tiene otra gloria, otro «reposo, y, en fin, otra felicidad que la que puede alcanzarse «en la tierra. Establecer esta verdad, y mostrarla tan visible«mente cumplida en sí mismo, á costa de su propia vida, era «la obra mas grande de que un hombre era capaz; y era tan «grande aun para el mismo Dios, que la reservó á aquel Me«sías tan prometido, á aquel hombre á quien hizo una sola per«sona con su único Hijo. ¿Qué podia reservarse, en efecto, de «mas grande para un Dios que venia á la tierra? ¿Qué podia «hacer mas digno de sí que ostentar en ella la virtud en toda «su pureza, y la felicidad eterna á la cual la conducian los mas «grandes males [2]?»

¡Qué bien brilló esta grandeza en Jesucristo, precisamente porque se mostró desnudo de todas las demás! «¡Qué bien vi«no con el resplandor de su órden!» exclama Pascal. Efectivamente, ¿podia darse un cortejo mas digno de aquella santa majestad que las humillaciones y los sufrimientos, ni mas hermoso trono que aquella cruz, desde la cual repudia todas las

[1] Joan. VII, 26.
[2] Bossuet, *Historia universal*, parte II.

falsas grandezas de la tierra, confunde todas las sutilezas de la sabiduría humana, y anatematiza la criminal vanidad de nuestros placeres?

Por esto podemos decir con san Pablo, «que lo que parece «en Dios locura es mas sabio que la sabiduría de todos los hom- «bres, y que lo que parece en Dios debilidad es mas fuerte que «todas sus fuerzas [1].»

Pero esta divina sublimidad y esta fuerza dominadora de la Cruz se descubren principalmente en la última consideracion que vamos á exponer.

En la santa Escritura, donde podemos decir que el sublime rebosa por todas partes, se halla trazada la historia de Alejandro el Grande con los siguientes caractéres:

«Despues que Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, pri- «mer rey de Grecia, hubo salido de la tierra de Cetim, y bati- «do á Darío, rey de los persas y de los medos,

«Dió muchas batallas, se apoderó de todas las plazas fuer- «tes, y dió muerte á los reyes de la tierra.

«Y fué hasta los extremos del mundo, y se llevó los despo- «jos de una multitud de naciones, y enmudeció la tierra en «su presencia.

«Reunió un gran poder y un ejército muy fuerte, y su co- «razon se envaneció y se hinchó.

«Y se hizo dueño de pueblos y de reyes, y los convirtió en «tributarios suyos.

«Y despues cayó enfermo, y conoció que iba á morir.

«Y llamó y convocó los grandes de su corte, y viviendo aun, «repartió entre ellos su imperio.

«Alejandro reinó doce años, y murió [2].»

¡Qué elevacion y qué caida! ¡qué principio y qué fin! Hé aquí el hombre: todas sus grandezas son trofeos de su destruccion.

La historia de Jesucristo es el reverso de la medalla de los hombres, y podemos decir de él que sus abatimientos son los trofeos de su grandeza.

Esta es su historia:

«Despues que Jesús de Nazaret, hijo de María, hubo pasado «los treinta primeros años de su vida en la pobreza y oscuri- «dad del oficio de carpintero,

[1] I Cor. I, 25.
[2] I Mach. I.

«Fue la irrision de los hombres de su tiempo.

«Buscando la compañía de gentes de mala vida, y llevando «en pos de sí una porcion de publicanos, de débiles mujeres «y de pobres pescadores, fue perseguido y preso como un mal- «hechor.

«Conducido de tribunal en tribunal, entregado como un lo- «co á las burlas del populacho, azotado como un esclavo, y «clavado en una cruz entre dos ladrones, al fin murió.

«Despues de todo esto... llegó á ser el Rey inmortal de toda «la tierra y de todos los siglos.»

Entre todos los medios que pudiera escoger la Divinidad para dar á los hombres una idea de su poder, ¿podia inventar otro mas grande que el hacer que un hombre de baja extraccion, mas degradado todavía por la infamia de su muerte, llegase á ser, á pesar de su abyeccion, ó por mejor decir, por su abyeccion misma, ó mas bien por la infamia y con el mismo instrumento de su suplicio llegase á ser, repetimos, desde luego el reformador del género humano, el Dios de la tierra y el objeto de la adoracion, del temor y del amor de todos los hombres? —¿Puede haber nada mas grande que el ver caer en presencia de este Crucificado todo el paganismo con sus Júpiter y sus Vénus, romperse el hacha de los Césares, contenerse el torrente de los bárbaros, dispersarse las escuelas de la filosofía, desarraigarse las instituciones y los hábitos mas inveterados, transformarse las preocupaciones y los efectos de la misma naturaleza; y ver que la misma cruz, el tipo de la infamia y de la debilidad, se convierte de repente en el ornamento de las coronas y en la recompensa del valor?—¿Puede haber nada mas grande que el verle triunfar de todas las grandezas y de todas las fuerzas reunidas de la humanidad, y triunfar á pesar de las mas furiosas resistencias, y por medios siempre conformes á su estado: humildes, débiles, pobres, toscos, de todos y con todos triunfa siempre y por todas partes; y ver que el tiempo, el postrero y fatal escollo de las cosas humanas, que nada perdona, pierde solamente en gracia de este mismo Crucificado las propiedades de su naturaleza, y cede su lugar á la eternidad?

¿Puede concebirse una expresion mas pura del poder de Dios, que semejante prodigio?

«Si eres el Cristo, Hijo de Dios, decian los judíos al Salva- «dor, baja ahora de la cruz, y creerémos en tí [1].»—Precisa-

[1] Luc. XXIII, 39.

mente porque es el Hijo de Dios, dice d'Aguesseau, no bajará de la cruz. Las palabras del Hijo de Dios son inmutables. Predijo que moriria en la cruz, y en ella morirá. Para un hombre hubiera sido una gran cosa bajar de la cruz y salvarse; pero es digno de un Dios, y no conviene sino á un Dios el triunfar sobre la cruz, el atravesar así el universo, el vivir y dar la vida por medio de la misma muerte [1].

No es posible desentenderse de esta consideracion: es demasiado poderosa. No se conoce un solo prodigio que se le pueda comparar, y se necesita una ceguedad absoluta para no verlo.

En el órden material el acto mas admirable del poder divino es el haber criado el mundo de la nada. Pues bien, ¿qué será el haber reformado el mundo moral, el haber dado á luz el Cristianismo, y el hacerlo descansar con una inmutabilidad eterna sobre la nada, y hacerlo atravesar del mismo modo el océano de los tiempos?—Hay todavía aquí algo de mas prodigioso; pues la cruz de Jesucristo no es solo, humanamente hablando, lo que podríamos llamar *nada*, sino que parece además un obstáculo: *locura* para los judíos, *escándalo* para los gentiles. El mundo cristiano no solo fue sacado de la nada, sino de entre los elementos mas violentamente contrarios á su naturaleza; y sin embargo, á despecho de todos estos obstáculos y de todos estos elementos, apareció lleno de vida desde el principio, y subsiste y se agranda incesantemente, venciendo siempre todas las conjuraciones de sus mas poderosos enemigos, que en vano se conciertan para destruirlo. En una palabra, todo lo que constituye la imposibilidad y la inevitable ruina de las empresas humanas, contribuye á que esta grande obra del poder de Dios exceda en fuerza y en duracion á todo lo que ha existido desde que fueron criados los primeros seres.

«Si la divina sabiduría de la Cruz es impenetrable en sí mis«ma, dice Bossuet, se manifiesta por sus efectos, pues la Cruz «despide una virtud que hace estremecer á todos los ídolos: «se les ve caer por tierra, á pesar de estar sostenidos por todo «el poder romano. No son, pues, los sabios, no son los nobles, «no son los poderosos los que han obrado tan gran milagro: «la obra de Dios siguió sus efectos: y lo que habia principia«do por las humillaciones de Jesucristo se consumó por las «humillaciones de sus discípulos. Los Apóstoles y sus discípu«los, la escoria del género humano y la nada misma, si se les «mira con los ojos humanos, pudieron mas que todos los em«peradores y todo el imperio. Los hombres habian olvidado la

[1] D'Aguesseau, *Varias reflexiones sobre Jesucristo*, t. XV, pág. 597.

«creacion, y Dios la renovó sacando de esta nada á su Iglesia, «á la que concedió omnímodo poder contra el error; confun- «dió con los ídolos á toda la grandeza humana, que se intere- «saba en defenderlos, é hizo tan magnífica obra, del mismo «modo que habia hecho el universo, por la sola fuerza de su «palabra [1].»

Para resumirnos, dirémos, pues, que en la Cruz de Jesucristo se descubren en el grado mas infinito y al mismo tiempo el que está mas al alcance del hombre, todos los atributos divinos: la santidad, la justicia, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia. Y estos atributos se descubren en ella sin perjudicarse los unos á los otros, antes al contrario, sosteniéndose y justificándose recíprocamente, de manera, que el verdadero carácter de Dios nada pierde en ella, á pesar de que el carácter del hombre es allí invitado y atraido para conformársele.

En esta Cruz se nos manifiesta Dios con todo el esplendor de su santidad y de su justicia, y á la vez con toda la magnificencia de su misericordia y de su amor. Es justo hasta en la absolucion del culpable: nos revela su profundo odio al pecado en el mismo acto por el cual perdona al pecador. Con un mismo golpe hiere y cura, castiga y salva. Nos une á sí hasta el punto de hacer una sola persona con nuestra humanidad y su divinidad, y al mismo tiempo declara que todas las criaturas juntas no tienen ningun valor natural ante su soberano acatamiento.

La religion natural nos enseña que no hay relacion posible entre lo finito y lo infinito; que Dios debe siempre obrar á la vez segun su justicia y su misericordia, y conciliar la accion de su sabiduría y de su poder; pero ¿cómo pudieron estos atributos llegar á tener un contacto tan feliz en la obra de la redencion? Esta dificultad no puede explicársela el hombre que no profesa esta religion; pero cuando llega á conocer la doctrina de la Cruz de Jesucristo, descubre desde luego la perfecta madurez y el desarrollo completo de los principios, de los cuales no poseia antes mas que las semillas elementales. En esta Cruz se ha dignado el Señor, por un efecto de su compasion hácia nuestras miserias y de condescendencia con nuestra debilidad, dar vida y realidad á los confusos rasgos de la religion natural, y revestir las leyes eternas que arreglan á su gobierno espiritual de una forma que pudiese hacerlas accesibles á nuestra concepcion, y adecuadas á nuestras necesida-

[1] Bossuet, *Historia universal*, parte II.

des. La doctrina de la Cruz anticipa los descubrimientos de la muerte, y solo levantando el velo que nos oculta á Dios, nos muestra de mas cerca su carácter en sus verdaderas proporciones, y nos hace ver así los puntos por los cuales nos distinguimos de él, y aquellos por los que debemos procurar asemejárnosle.

Esta manifestacion nueva para la humanidad está, sin embargo, léjos de serle extraña, porque se halla en armonía con las inspiraciones espontáneas de nuestra razon y nuestra conciencia, hácia las cuales nos reconduce. Mas aun, nos reune como fragmentos dispersos, suple los que se perdieron, y los junta todos en un glorioso conjunto de belleza y simetría. Satisface al corazon del hombre en todas sus facultades y en todas sus afecciones. Su accion se halla siempre exactamente adaptada á los principios elementales de nuestra naturaleza, y la gloriosa verdad que revela está al alcance de todos los espíritus. Inteligible para el niño, puede no obstante dilatar y sublimar la inteligencia de un Ángel. Á medida que se agranda el entendimiento, va esta verdad agrandándose con él, y debe agrandarse eternamente, porque es la imágen viva del Dios infinito. Con todo, por mas inmensa que sea, se la halla siempre en disposicion de producir por todas partes un efecto relativo á la capacidad de los que la reciben, aunque sea en la inteligencia mas limitada [1].

Contemplemos, pues, en la Cruz el glorioso carácter de Dios, y unámonos para rendir gracias y alabanzas al que se dignó introducir, por tan oscuros caminos, la luz de este carácter en el corazon del hombre: ejercitemos nuestra inteligencia en estas sublimes y purificantes meditaciones, y fijemos nuestros distraidos ojos en ese instrumento de salvacion que vemos con tanta frecuencia, y que nunca miramos con atencion. En las horas de enfermedad ó de desgracia, tan frecuentes en la vida del hombre, toma una expresion solemne y penetrante, y proporciona al entendimiento y al corazon luces y consuelos, á cuyo lado todo es tinieblas y disgustos. Vosotros, sobre todo, que os habeis propuesto la investigacion de la verdad, y que flotando de sistema en sistema, deseais fijaros en algo decisivo, entrad en la doctrina de la Cruz, y debajo del símbolo vulgar que la representa descubriréis una filosofía

[1] Hemos procurado intercalar en los párrafos precedentes algunas de las mas felices expresiones del *Ensayo sobre la fe*, de Erskine. En ellas se descubre el genio inglés, cuyas composiciones algo vaporosas y flotantes se prestan con dificultad á las citas, y exigen ser leidas por completo.

sublime y cierta, sencilla y fecunda, que resolverá todos los grandes problemas de vuestros destinos; que juntando la síntesis al análisis por medio de un encadenamiento luminoso, reunirá la verdad como en un solo punto, y os permitirá, sin embargo, seguirla en sus mas infinitos desarrollos; que ofrecerá á vuestra errante imaginacion una ancha y sólida base sobre la cual podréis asentar y levantar, en fin, sin contradiccion, el edificio tantas veces destruido de vuestras convicciones, y poseer en la calma de la fe los verdaderos bienes de la inteligencia.

Pero la doctrina de la Cruz no se recomienda solo por su *enseñanza*, sino tambien y principalmente por sus *aplicaciones*. Acabamos de examinar su mecanismo; réstanos ahora verla funcionar.

CAPÍTULO X.

LA REDENCION. — SUS APLICACIONES.

No se nos ha mandado creer únicamente para que hagamos un acto de fe, sino mas bien porque los objetos revelados á nuestra fe tienden naturalmente á producir felices é importantes resultados en nuestro destino y en nuestros caractéres. El que dice: *He de creer tantas cosas y he de practicar tantas otras*, ha cometido ya un error fundamental. Las doctrinas son los principios que deben excitar y vivificar las acciones: son los puntos de partida de las diferentes líneas de conducta; y como á una línea puede considerársela formada por la continuidad de sus puntos, ó sacada toda de su sustancia, del mismo modo la conducta cristiana se halla formada por la accion progresiva del principio cristiano ó sacada de su sustancia. La doctrina de la expiacion es el gran molde espiritual donde la forma viva del carácter cristiano debe recibir sus combinaciones y sus propiedades. Si nos abandonásemos plena y enteramente á las impresiones de este molde, aun cuando no hubiésemos oido hablar nunca de los preceptos de la moral, nuestros corazones ofrecerian una fisonomía y una contraposicion armoniosa y completamente exacta. Pero como se hallan siempre dispuestos á huir de este verdadero molde de santidad y de dicha, para recibir impresiones contrarias de los objetos perecederos que nos rodean, ha sido preciso hacernos una des-

cripcion de lo que debemos ser, y deducir del dogma la moral.

Por aquí se descubre la sinrazon de los que quieren hacer de esto dos cosas distintas, y conservar la primera desechando la segunda. La moral evangélica no es mas que la glosa de la doctrina de la Cruz; se refiere continuamente al texto, donde toma su vida, su espíritu, su sustancia, y lo hace mas explícito y nos aplica las lecciones.

Si la moral evangélica hubiese sido formulada en un código de preceptos separados de la doctrina, y hubiese sido de este modo entregada al mundo pagano, es probable que nunca hubiera descendido á la aplicacion, no dirémos entre la generalidad de los hombres, pero ni siquiera entre los mas perfectos. Hubiera sido como una armadura de gigante, enteramente desproporcionada á las fuerzas de la conciencia degenerada de la humanidad. Podemos convencernos de esto recordando que la moral de los estóicos, menos severa por cierto, no habia podido hacer, al decir del mismo Epicteto, *un estóico en embrion.*

Para explicar, pues, el cómo esta moral evangélica llegó á ser la moral universal del género humano, y cómo un gran número de almas llevaron su observancia hasta los últimos límites, nos vemos necesariamente obligados á admitir que con esta moral extraordinaria se dió á la humanidad un agente extraordinario correspondiente á ella, una nueva conciencia que se hallase á la altura y á la dimension de esta moral en todas las direcciones de los afectos humanos, y en fin, que para una moral sobrehumana era menester una doctrina sobrehumana tambien.

Á llenar estas funciones se adaptó la doctrina de la Redencion. La moral evangélica está cortada, por decirlo así, segun el modelo del Hombre-Dios, que no despliega todo su carácter divino sino sobre la Cruz; de suerte que solo por medio de la Cruz pasa y se refleja sobre nosotros ese carácter divino, y por medio de nuestra conformidad con él llega la moral evangélica á resumirse en la imitacion de Jesucristo.

Examinemos mas detalladamente los efectos de esta doctrina, y por qué tendencias y resortes realiza en nosotros esta imitacion.

I. El primer obstáculo que encuentra la moral evangélica en el corazon del hombre es la repugnancia á creer que sea necesaria y obligatoria en lo que tiene de mas riguroso: la castidad llevada hasta prohibir las miradas; la caridad hasta abrazar á un enemigo; la mansedumbre hasta presentar la mejilla

á la mano que la hiere; el desinterés hasta arrancar el ojo que escandaliza; y una vez llegado á la cumbre de la perfeccion por la senda de todas estas virtudes, la humildad que abate el orgullo, que huye de los elogios, y que no nos permite ver en nosotros mas que miserables, dignos del mas soberano desprecio: hé aquí lo que la conciencia humana no hubiera llegado nunca á conocer ni á adoptar. Y ¿por qué? porque le faltaban dos nociones fundamentales: la nocion de la santidad infinita de Dios como ley de nuestro ser, y la nocion de su formidable justicia como sancion de esta ley.

La doctrina de la Cruz, como hemos visto ya, nos comunica precisamente estas dos nociones, y las imprime con fuerza en nuestras almas por la grandeza de la víctima que se ofrece en ella, y el inflexible rigor de la justicia que la inmola á la santidad. Fijada de este modo la idea y como el punto de vista de la perfeccion, se cambia toda la escala proporcional de nuestras virtudes; el término flotante y grosero sobre que descansaba nuestra conciencia va retirándose indefinidamente hasta confundirse con la perfeccion misma de Dios, y sin permitirnos contemplar lo que hemos hecho, nos excita sin cesar á hacer siempre mucho mas.

De este modo se encuentra resuelto el primer obstáculo á la aceptacion de la moral evangélica: su defecto de necesidad; pues se halla inmutablemente establecida sobre esta regla cuya expresion viva es el dogma de la Cruz: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial* [1].

Pero de esta solucion debia necesariamente surgir otro obstáculo: de la extrema confianza el hombre debia pasar á un desaliento extremado, y á fuerza de inspirarle el sentimiento de la sublimidad de su vocacion y de su indignidad propia, se le sumia en el abatimiento y en la desesperacion. ¿Cómo, pues, se le debia defender y armar contra este segundo peligro? ¿Cómo se le podia persuadir, por mas corrompido que estuviera, y aunque se causara horror á sí mismo y á sus semejantes, que podia encontrar gracia y misericordia en la presencia de ese mismo Dios, cuya santidad es tan exigente y su justicia tan temible? ¿Cómo se le podia hacer creer que no solo podia, sino que debia esperarlo? Todo esto es tambien efecto necesario del dogma de la Cruz, dispuesto de tal manera que la santidad misma, que aparece en ella armada de la justicia, se deja ver tambien allí mismo desarmada por la misericordia, y en una proporcion no menos infinita; porque, si bien es un Dios el

[1] Matth. v, 48.

que administra la justicia, tambien es un Dios el que nos concede la misericordia, así como es un Dios el que exige y es un Dios el que satisface; y como esta satisfaccion es desde luego tan infinita como la exigencia, resulta que seria hacer un ultraje no menos grande á la Divinidad dudar de su misericordia que dudar de su justicia; y porque la medida de la perfeccion infinita á que somos llamados es tambien la medida de la confianza y de la esperanza que deben animarnos, aun cuando nos hallemos sumidos en el mas ínfimo grado de nuestra imperfeccion, hasta el punto de que el mayor criminal, por un acto de humildad y de confianza en la misericordia divina, es tan agradable á Dios, como el Santo mas celebrado.

¡Cosa verdaderamente admirable! el mismo dogma se dirige á todos los hombres indistintamente para hacerlos mejores, y, cualquiera que sea su punto de partida, hacerlos caminar sin cesar hácia una perfeccion ilimitada. Á los mas perfectos les muestra un juez severo; á los mas débiles les ofrece un gran mediador. Á los unos les dice: Desconfiad y temblad aun en la cima de la mas elevada virtud, porque una sola mirada de complacencia dirigida sobre vosotros mismos basta para haceros perder todo el fruto de vuestros trabajos. ¿Qué sois, en efecto, delante de la santidad del Dios que exigió semejante víctima?—Á los otros les repite siempre: Confiad y esperad, aunque hubiéseis llegado á los últimos confines del mal, porque una sola mirada de arrepentimiento y de amor hácia la Cruz es bastante para apropiaros los méritos infinitos de un Dios, y no debeis poner límites á su misericordia.—Así es como por una economía maravillosa el dogma de la Redencion se adapta y satisface á las dos grandes debilidades del corazon humano, el cual pasa sin cesar de la confianza al abatimiento, y del abatimiento á la confianza; humilla al hombre sin abatirlo, y lo eleva abatiendo su orgullo; por el temor y la esperanza admirablemente fomentados y combinados, consigue hacer marchar nuestra frágil naturaleza, como por dos pesos infinitos, hácia el mas alto grado de moralidad, y esto con tal sencillez, que la misma Cruz que inflama y sostiene el piadoso ardor de la santa Hermana de la Caridad, recibe el ósculo del parricida conducido al cadalso, é inspira á los dos la confianza de encontrarse en el cielo. De este modo la gran Víctima recibe en su seno á todo el linaje humano; con sus dos brazos abiertos sobre el mundo, por una parte parece exceder en santidad todas nuestras virtudes, y por otra ser mayor en misericordia que todos nuestros crímenes, y derramar sobre

nuestras cabezas culpables los méritos infinitos de su sangre.

De aquí resulta una cosa muy notable: las otras religiones, menos escrupulosas, no conocen lo que en el Cristianismo llamamos pecados *veniales* que el mundo llama *escrúpulos*, y que, sosteniendo los esfuerzos y la humildad de las almas mas puras, les impiden caer en faltas mas graves. Pero por otro lado hay en las otras religiones crímenes *inexpiables* [1]. La religion cristiana, que no reconoce alma alguna exenta de faltas, tampoco conoce faltas exentas de perdon, porque ella sola posee y revela el verdadero tipo de la justicia y de la misericordia, de la santidad y del amor. Se dirige principalmente á los mayores pecadores, representándoles la Divinidad bajo la forma de un padre que espera á su hijo, ó de un pastor que corre tras de su oveja. Solo hay un crímen que sea inexpiable á sus ojos, este es el que se llama *pecado contra el Espíritu Santo*, es decir, el desprecio de sus misericordias y de sus gracias, y la continua negligencia en aplicárnoslas; pero aun en esto pone el colmo á su caridad, pues no se irrita sino por amor, y no nos retira su misericordia sino para obligarnos á aceptarla.

El talento juicioso y penetrante de Montesquieu le dictó estas bellas palabras:

«La religion pagana, dice, que no prohibia mas que algu-«nos crímenes groseros, y que detenia la mano, pero dejaba «abandonado el corazon, podia tener crímenes inexpiables. Pe-«ro una religion que abraza todas las pasiones; que es tan ce-«losa de las acciones como de los pensamientos y deseos; que «no nos tiene sujetos con cadenas, sino con un número innu-«merable de pequeñas cuerdas; que deja siempre muy atrás á «la justicia humana y principia otra justicia diferente; que «sin cesar nos lleva del arrepentimiento al amor y del amor al «arrepentimiento; que coloca entre el juez y el criminal un «gran Mediador, entre el justo y el mediador un gran Juez; «para semejante religion no puede haber crímenes inexpiables. «—Pero aunque ella infunde temores y esperanzas á todos, «nos hace conocer que aunque no haya ningun crímen que «sea inexpiable por su naturaleza, una vida entera puede ser-«lo; que es muy peligroso tentar incesantemente á la miseri-«cordia con nuevos crímenes y nuevas expiaciones; y que in-«seguros acerca de las antiguas deudas, nunca satisfechas res-«pecto del Señor, debemos temer el contraer otras nuevas,

[1] Ciceron en su *Tratado de las leyes*, lib. II, cita este pasaje del libro de los Pontífices: *Sacrum commissum, quod neque expiari poterit, impie commissum est; quod expiari poterit, publici sacerdotis expianto.*

«colmar la medida, y llegar al término en donde se acaba la «bondad paternal [1].»

Así es como el dogma de la Redencion excita en el mas alto grado las susceptibilidades de la conciencia humana, haciendo siempre marchar el temor á la par de la virtud, y la esperanza delante del crímen, excitando sin cesar el alma y conservando sobre ella una accion saludable, por una mezcla de terror y de confianza que la estimula sin desalentarla.

II. No se limitan empero á esto solo los medios de regeneracion que trajo á la tierra el dogma de la Cruz. Hay otro muy poderoso, sin el cual la moral evangélica no hubiera penetrado seguramente en las almas; este medio, que debemos ahora examinar, es el del *ejemplo*.

Por poco que estudiemos el corazon humano, nos convencerémos de que entre prescribir una cosa y ser el primero en hacerla el que la prescribe para dar de ella ejemplo, hay una diferencia inmensa respecto á la impresion que causa sobre los que se quiere obligar. Nada es tan contagioso y persuasivo como el ejemplo. Todos los tratados de patriotismo imaginables no hubieran hecho sobre el pueblo romano lo que hizo el desinterés de Régulo; ni nunca hubo ninguna arenga que tuviese tanto valor como la accion de Condé echando su baston de mando en medio de las filas enemigas, y siendo él el primero en arrojarse entre ellas para recobrarlo. El ejemplo es tanto mas persuasivo cuanto es mas elevado el personaje que nos lo da, y es tanto mas necesario cuanto mas riguroso es el precepto y mas grande el número de personas á quienes se dirige.

Dirigiéndose á todos los hombres indistintamente la moral evangélica, tan repugnante para la corrompida naturaleza del hombre, debia, pues, presentarse armada de un grande ejemplo, y resumirse en una accion sencilla y elocuente que cautivase todas las miradas y hablase á todos los instintos.

La vida, y principalmente la muerte de Jesucristo, contiene el ejemplo mas perfecto, mas decisivo y seductor. La moral evangélica no se contiene solo en los libros y en los discursos; se la encuentra por todas partes, y en el mas alto grado en la cruz de Jesucristo, libro abierto á todos los ojos, cátedra elocuente que habla por sí sola, y en la cual brillan con toda fuerza el conjunto y los mas minuciosos detalles de la ley evangélica, perfecto modelo, para todos inteligible, sencillo é inago-

[1] Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 13.

table, que puede ser comprendido de una sola mirada, y eternamente digno de fijar para siempre la atencion de todos.

¿Quién puede negar la elevacion del ejemplo? es el mismo Dios quien lo da. ¿Quién puede encontrarle faltas? encierra la mas inagotable perfeccion. ¿Quién puede dudar de su desinteres? el que lo da no tenia por su naturaleza ninguna obligacion de darlo. ¿Quién puede, en fin, dejar de comprenderlo? está rebosando por todas partes claridad y la mas pura y perfecta expresion.

El legislador se convierte á sí mismo en víctima de la ley para reproducir y pintar con mas viveza su necesidad; el médico es el que prueba el remedio en su propia persona; la palabra se convierte en accion, y, en fin, el Verbo se hace carne para imprimirse mejor sobre la humanidad carnal.

¡Cuán preciso era conocer bien el corazon del hombre y amarlo, para valerse de semejante medio, tan extremado en apariencia y tan insensato! ¿Quién sino el Autor mismo del hombre hubiera podido concebirlo, y hubiera tenido suficiente bondad para ponerlo en práctica, y bastante poder para hacerlo triunfar?

Es tan indulgente el hombre para consigo mismo, dijo Juvenal, que nunca cree haberse aprovechado bastante de la libertad de obrar mal:

Nemo satis credit tantum delinquere, quantum
Permittas, adeo indulgent sibi latius ipsi [1].

Con semejante disposicion, ¿qué hubiera sido de la moral evangélica si se hubiese presentado sin el peso decisivo del ejemplo de su autor?

«Supongamos, dice Bourdaloue, que el Hombre-Dios, en «lugar de la cruz, hubiese escogido para salvarnos las delicias «de la vida: ¿qué ventajas no hubiera sacado de esto nuestro «amor propio, fuente de toda corrupcion, y hasta qué punto «no se hubiera prevalido de ello? ¿Me hubiera atrevido enton«ces, como ahora lo estoy haciendo, á exigiros la mortifica«cion de los sentidos, la crucifixion de la carne, la renuncia «de vosotros mismos y la humildad de la penitencia? ¿Os dig«naríais escucharme? ¿No seria la sola idea de vuestro Dios, «rodeado del esplendor de los honores y de los placeres, una «preocupacion insuperable contra todas mis palabras? ¿Cuán«ta fuerza no da, pues, á todas ellas y á mi ministerio ese ejem«plo de un Dios muriendo sobre la cruz? ¿Con cuánta autori-

[1] *Sátira* XIV.

«dad puedo, pues, deciros que es menester que seais humil-«des, mortificados y desprendidos del mundo? En el caso con-«trario, ¿no os lo hubiera dicho temblando y sin esperanzas «de ser creido [1]?»

La concupiscencia, la voluptuosidad, la ambicion, el orgullo, las alegrías insensatas y los bienes de la tierra, en una palabra, habian arrastrado á los hombres á una multitud de crímenes y de males; era necesario equilibrar todas aquellas inclinaciones desordenadas, y obligar al mundo á inclinarse hácia las virtudes contrarias, esto es, la abnegacion, la penitencia, la humildad, los sacrificios de la naturaleza y las solas alegrías de la virtud. Para esto se necesitaba nada menos que el peso de un Dios. Por esto Jesucristo, pendiente de la cruz, pesa sobre el mundo, lo atrae todo á sí, cambia la direccion de todas las afecciones humanas, y en adelante es ya una gloria el ser humillado con él, es ganancia el ser pobre con él, es suavidad y dulzura el mezclar nuestros sufrimientos con los suyos, y es verdadera vida el morir á todo para sepultarse con el Autor mismo de la vida. ¿Quién puede vacilar ya entre el vicio y la virtud, entre el placer y el deber? Dios está del lado de la virtud y del deber; ya no es la conciencia solamente, es un Dios en persona, que encorvado bajo el yugo del sacrificio, nos llama á seguirlo diciendo: Venid á mí todos los que estais cargados, y yo os aliviaré asociándoos á mis consuelos, del mismo modo que yo me asocié á vuestros dolores.

¿Quién puede desconocer el inmenso efecto del dogma de la expiacion, presentado bajo este punto de vista? ¿Quién no conoce que todo lo que parece extraordinario é inadmisible, en este misterio de un Dios-Hombre muriendo en una cruz, envuelve una invencion verdaderamente divina, tan sabia es, tan robusta, atrevida y generosa, y tan proporcionada se halla á las verdaderas miras de semejante empresa?

Admiremos en dos palabras toda la sencillez y fecundidad de este medio: Lo que detiene y aparta á los hombres del cumplimiento del deber, consiste en que encuentran en su práctica repugnancia, pena y dolor; de consiguiente una cosa que acredita y ennoblece esta repugnancia, esta pena y este dolor, y que hasta los diviniza, es un resorte infalible é inmenso para hacer practicar el deber; porque no solo allana los obstáculos, sino que los convierte en medios de facilidad. En una palabra, divinizar el sufrimiento es humanizar la virtud.

[1] *Sermon de la pasion de Jesucristo.*

Pasando ahora á los detalles, si examinamos todas las virtudes evangélicas, las verémos descender, por la eficacia de estos medios, sobre el mundo desde lo alto de la cruz.

El amor al órden ó á Dios y la sumision á sus decretos toman una expresion inefable por el ejemplo de la misma inocencia, exclamando al ver aproximarse su sacrificio: «Padre mio, apar-«tad de mí este cáliz: sin embargo, cúmplase vuestra volun-«tad y no la mia;» y sometiéndose luego á esta voluntad hasta morir.

La fraternidad humana, la caridad: Dios muriendo por todos los hombres y diciéndoles: Amaos los unos á los otros como yo os amo á todos; haciéndoles doblemente hermanos por la creacion y por la redencion; haciendo de cada uno de nosotros á los ojos de los demás, no tan solo un hombre, sino un hombre redimido, hermano de Jesucristo, purificado por su sangre, y dándole de este modo el valor mismo de un Dios.

El menosprecio de los bienes de este mundo, y la estimacion de los bienes espirituales: un Dios despreciando los primeros, condenándolos y desacreditándolos con su voluntaria pobreza, y muriendo para alcanzarnos los segundos, y darnos así la mas alta idea de su valor.

El valor para vencer los obstáculos que se oponen á la práctica de nuestros deberes: un Dios que se constituye jefe nuestro en esta gran lucha, y que cubierto de heridas, nos inspira la mayor confianza, diciendo: *Confidite, ego vici mundum.*

El perdon de las ofensas, la mansedumbre, la bondad, la paciencia, la humildad: todas estas virtudes se ostentan sobre la cruz, y adquieren por la divinidad de su Autor un poder de autoridad y una seduccion de ejemplo que nos obligan á imitarlas, mas bien por atractivo que por razon, mas por dulzura que por necesidad.

¿Quién puede saber cuántas virtudes ha engendrado este divino modelo, cuánto valor y cuánta fuerza ha inspirado, todas las lágrimas que ha endulzado, todas las pasiones que ha enfrenado, todas las prosperidades que ha ennoblecido, todas las desgracias que ha hecho amar? ¿Quién no admiró alguna vez su maravillosa aptitud para todas las situaciones de la sociedad y de la vida? En una palabra, ¿quién no descubre en la cruz de Jesucristo la mejor palanca que podia emplear el brazo de Dios para levantar el mundo?

III. Pero el dogma de la Redencion obra además sobre el corazon humano por medio de otro poder. Este poder, el mas útil

para el bien así como el mas formidable para el mal, es el sentimiento del *amor*.

El amor es todo el corazon, el cual á su vez es todo el hombre. El que ha sabido excitar el amor se hace dueño, y puede mandar lo que quiera; pues todas las pasiones no son mas que transformaciones de aquella. No hay nadie que no sea susceptible del amor, hasta el que nada ama, pues este se ama á sí propio sobre todo lo demás. Todos los desórdenes de la humanidad no son otra cosa que el desvío de esta llama desde su foco natal, que es Dios, hacia nosotros mismos y las criaturas que ella misma consume y devora. No hay, pues, regeneracion para la especie humana, si no se consigue ampararse de este terrible elemento de nuestro ser moral, y si no se dirige toda su actividad hácia su principio. Y sin embargo, ¡cosa extraña y digna de atencion! ninguna filosofía, ningun sistema de moral, ni ninguna religion humana imaginaron jamás inspirar el amor y conducir los hombres al bien por ese sentimiento, que es el primer obstáculo á la virtud siempre que no es su primer móvil. Así es que ninguna religion ni ningun sistema de moral se propusieron jamás la regeneracion radical del hombre. Todos lo dejan con sus afecciones desordenadas, las mas veces las desenvuelven, y no le ofrecen siempre sino vanas teorías y frias reglas de virtud, que no pueden causar impresion alguna en su corazon. Este corazon, inspirado por la naturaleza, sabe mucho mejor que ella misma cuál es su ley, y aun violándola lleva en sí mismo su principio. No hace mas que trocar sus términos; porque, en vez de dirigir su amor á Dios, traslada el carácter de la Divinidad al objeto de sus amores. Este trastorno fue el orígen de la idolatría, en la que bastaba que una pasion fuese violenta para que por esto mismo se convirtiese en un Dios, como dice el poeta: *Sua cuique Deus fit dira cupido* [1]. De tal modo hizo Dios á nuestro corazon, que nada puede este amar con viveza que no le recuerde ó no le simule la Divinidad.

Al proponerse el Cristianismo la grande empresa de apartar al hombre del desarreglo de sus pasiones, debia ofrecer á su corazon un objeto de amor inmenso: tomarlo débil y convertirlo en fuerte. Esta condicion estaba en la naturaleza de las cosas: al amor solo pertenece triunfar del amor, porque solo el corazon conoce el mecanismo del corazon.

Por cierto que el Cristianismo no faltó á esta condicion. ¿No vino su divino Autor, con la antorcha del amor en la mano,

[1] Virgilio, *Æneid.*, lib. IX.

queriendo abrasar con él á toda la tierra? IGNEM VENI MITTERE IN TERRAM, ET QUID VOLO NISI UT ACCENDATUR? Él mismo es todo amor: DEUS CHARITAS EST. Su primer precepto es AMAR, el segundo tambien AMAR. En fin, de tal modo se compendia en el amor, que sus preceptos tan multiplicados, tan rígidos, tan variados, se reconcentran todos en el amor, como lo expresó san Agustin por estas palabras eminentemente cristianas: «Ama... y haz despues todo lo que quieras,» *Ama, et fac quod vis*, palabras que son como el eco de aquellas otras palabras adorables del Salvador hablando de la Penitente: «Muchos pe-«cados le han sido perdonados, porque amó mucho.» Todo el Cristianismo está representado en este cuadro eternamente admirable de la Magdalena, cubriendo con sus cabellos y bañando con sus lágrimas los piés del Salvador, que la defiende contra la soberbia crueldad del fariseo, y derramando, para consagrarlo á su culto, aquel vaso de alabastro, instrumento destinado á la vanidad.

Véase como el amor, por el que quiere el Cristianismo separar al hombre de todos los amores, está en justa proporcion con su designio; pero ¿de qué manera quiere que amemos su objeto? Hélo aquí: *Amarás á tu Dios* CON TODO TU CORAZON, CON TODA TU ALMA Y CON TODAS TUS POTENCIAS, *y á tu prójimo* COMO Á TÍ MISMO: expresiones admirables, medida perfecta de un amor que debe subordinar á sí todos los amores.

Sin embargo, no basta prescribir el amor; es preciso además saber inspirarlo. La voluntad, por mas que hagamos, necesita de atractivos.—Aquí es donde la doctrina de la Cruz desenvuelve todo su poder.

La manifestacion de la bondad de Dios esparcida sobre toda la naturaleza, y la dulce voz de la conciencia, eran impotentes para desvanecer el tumulto que los objetos sensibles forman en derredor del corazon del hombre, y sus intimaciones tampoco eran bastante enérgicas para resistir los ataques de la concupiscencia y ocuparla exclusivamente. Para poner término al gran divorcio, producido por el pecado, entre Dios y el hombre, debia el mismo Dios anticiparse, y pretendiendo el amor y los sacrificios del corazon del hombre, debia conquistarlos á fuerza de amor y de sacrificios. El amor atrae el amor, y en el fondo del alma humana hay un instinto generoso que aborrece la ingratitud y agradece el sacrificio. Á este instinto se dirige el dogma de la Redencion, y por su medio se apoderó del corazon del hombre para dirigirlo luego hácia el amor de Dios. ¡Y cuán perfectamente se adapta este dogma á tan

elevado fin! Lo hemos dicho y conviene repetirlo; ¿qué amor puede compararse con el que él expresa? Parece que en él quiso Dios asaltar por medio de su amor á todas las criaturas y apoderarse así de todos los corazones. Buscad, entre todos los grandes sacrificios que pueden haber inspirado las diferentes afecciones de la naturaleza, algo que se parezca al sacrificio de la Cruz. Su prodigio es tan grande que parece favorecer á la incredulidad presentándose como una locura; pero la locura de la Cruz es la locura del amor, locura que es en Dios sabiduría, porque tal debe ser la manifestacion del amor *infinito*, que nos parezca insensato, es decir, excesivo, comparándolo con el nuestro. Examinemos sus caractéres:—¡Qué abnegacion! ¿Qué necesidad tenia del corazon del hombre todo un Dios, que es la felicidad misma?—¡Qué generosidad! Él, la santidad y la justicia misma, se anticipa y marcha delante de su criatura culpable, cargada de infidelidades, manchada y afeada por el pecado.—¡Qué desinterés! Deja las delicias de la vida eterna para revestirse de esta naturaleza culpable y afligida, y se disfraza, por decirlo así, de hombre para poder llegar hasta el hombre, para poder obrar como hombre una impresion que no puede obrar como Dios, y para poder seducir en cierto modo el corazon del hombre valiéndose de atractivos humanos.—En fin, ¡qué amor! En este estado carga sobre sí todos nuestros crímenes, y se somete como hombre á todos los castigos que hubiera podido imponernos como Dios; acepta el papel de culpable, nada deja á su infiel criatura de sus culpas, las toma todas sobre su persona, y no se las hace sentir sino expiándolas él mismo. Y ¡qué expiacion! ¡cuán perfecta idea nos da de nuestra infidelidad y de su amor! Si hubiese Dios perdonado de otra manera que en la Cruz, ¿quién hubiera podido calcular nunca la gravedad de la ofensa y la grandeza del perdon? En la Cruz nos fue revelado todo de una manera indudable; la violacion de la ley habia atraido sobre nuestras cabezas los golpes de una justicia inexorable y los habíamos de sufrir eternamente: ¡qué inmensa bondad la que en estado tan deplorable nos perdona la ofensa! Pero sobre todo, ¡qué amor aquel, que no siendo conforme que nos perdonase la ofensa sin castigarla, la castiga en sí mismo, se hiere para curarnos, nada se perdona á sí para perdonárnoslo todo á nosotros, se inmola por nuestra salvacion y se deja clavar en la cruz para clavar al mismo tiempo en ella la credencial de nuestra libertad, y que en este horrible estado, trasladado desde las alturas de la naturaleza divina á los últimos aniquilamientos de

la naturaleza humana, descansa de algun modo en su sacrificio, y nos dice con una dulzura inefable: «Mis delicias se ci-«fran en estar con los hijos de los hombres.»—«He deseado «con grande ansia poder comer con vosotros esta Pascua...» ¡Aquella Pascua, cuyo cordero era él mismo!!!

Ahora preguntarémos á las almas mas amantes, ¿quién pudo jamás inventar ni concebir semejante idea del amor? ¿No se convierte esa figura tan tranquila, de un hombre ajusticiado sobre una cruz, en el objeto mas seductor y mas irresistible para el corazon? Figuraos un padre que muere por salvar los dias de su hijo, ó un amigo que sustituye á su amigo en el suplicio que le estaba reservado: cuanto mas desfigurada esté la preciosa Víctima por el dolor y la muerte, mas la embellecerán el amor y el reconocimiento; no habrá en toda la naturaleza cosa mas hermosa que ese dulce objeto; sepultarse con él parecerá preferible á brillar sobre el primer trono del universo, y saldrán torrentes de amor de la deformidad, ó mas bien de la suprema belleza del desinterés, del sacrificio y del amor. Del centro de esta belleza, y rodeada de ella resplandece la Cruz de Jesucristo, y por su medio seduce y encadena al corazon del hombre [1].

Observad como de paso toda la sencillez y toda la fecundidad de este medio (pues estos dos caractéres se encuentran siempre en el Cristianismo lo mismo que en la naturaleza, y descubren visiblemente en todas partes la accion de la misma mano):—Jesucristo murió por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular. Cada uno puede ver y distinguir su individualidad en la generalidad de aquel sacrificio. Por su medio se establece una relacion directa, un comercio íntimo de gratitud y de amor entre cada uno de nosotros y la Víctima suprema, que con todo el ascendiente y todo el poder de su desinterés, concentrado sobre nosotros solos, nos sitia y nos per-

[1] Predicando un dia el cardenal de Cheverus en un auditorio de protestantes, sobre la adoracion de la Cruz, hizo la siguiente comparacion, que dejó pasmado á su auditorio:—«Supongamos, les decia, que hay un hombre tan generoso, que viendo á uno de «vosotros expuesto á sucumbir en manos de su enemigo, se arroja entre él y el asesino, «y le salva la vida con su muerte. Un pintor, conmovido por semejante rasgo de he-«roismo, hace el retrato de aquel hombre tan generoso, y lo presenta al salvado cubier-«to de llagas y bañado en sangre. ¿Qué hará este entonces? Lo abrazará con amor y re-«conocimiento, lo besará, lo regará con lágrimas, y su corazon experimentará las mas «violentas impresiones. Hermanos mios, este es el dogma católico de la Cruz: sobre él «no debe el entendimiento discutir; solo el corazon puede sentir todo lo que es capaz «de inspirarle la imágen de su Dios, muerto por salvarle la vida.» Á estas palabras, añade el historiador, todo el auditorio se conmueve, el predicador toma el Crucifijo, y los protestantes, olvidando sus áridas doctrinas, se acercan con lágrimas y compuncion á besar la Cruz del Salvador. *(Vida del cardenal de Cheverus).*

sigue, diciéndonos: «Ámame como yo te amé; yo, que morí «por tí.» Hay mas: Jesucristo no murió por los hombres sino á causa de sus *pecados*, de los pecados de cada uno de nosotros, de los pecados que todos los dias cometemos, de los pecados que cometerémos aun; de manera, que siendo infieles á tan grande amor, no solo somos mónstruos de ingratitud, sino que nos convertimos en verdugos suyos, y lo crucificamos. Cada pecado es ensangrentado, por decirlo así, con la misma sangre que corrió sobre la cruz, y la hace correr de nuevo, ó á lo menos nos hace entrar retroactivamente y tener mas parte en las causas y dolores de su suplicio. ¡Qué poder mas ingenioso del amor que el que perpetúa é individualiza el sacrificio del Calvario; que se adhiere tan fuertemente al corazon del hombre para contenerlo y excitarlo por medio de los mas imperiosos instintos de su naturaleza, esto es, por la compasion, la gratitud y la generosidad; que afea los placeres del vicio con toda la enormidad del mal y del odio, y que reanima el sentimiento del deber con todos los fuegos del amor!

La belleza ideal, y el amor imaginario, que adoraba Platon, se encarnaron y realizaron en la cima del Calvario; y mas perfectos y mas adorables que no parecieron nunca al filósofo en sus meditaciones, se hicieron despues visibles y accesibles á la generalidad de los hombres, dándose á conocer hasta á los mas rudos. De aquí ha resultado sobre la tierra un sentimiento nuevo: el amor de Dios, que no solamente desaloja del corazon del hombre todos los amores corrompidos que lo degradan, sino que hallando estrecho este mismo corazon, lo dilata inmensamente hasta darle la misma capacidad del corazon de Dios, y hacerle obrar sus prodigios. Con este amor descendió el espíritu de sacrificio de lo alto de la Cruz: ¡la Cruz! tipo sublime del sacrificio del individuo á la generalidad; principio del deber, del órden, de la unidad, de la paz, de la felicidad verdadera; fundamento perdido y nuevamente descubierto del mundo moral, que hace de cada cristiano un hombre de sacrificio, un Hombre-Dios crucificado; pero crucificado por el amor que endulza todos los sacrificios, ó mas bien que los hace amar, porque se vive de ellos.

Animados por este sentimiento, ya no os parecerá la moral evangélica demasiado ardua y rigurosa. Todas sus asperezas y sus horrores se convierten en dulzuras y delicias, y el hombre, tan negligente para el bien, va corriendo por los caminos de la mas elevada perfeccion [1]. «Mi vida, exclama san Pablo,

[1] «Jesucristo no promete á sus discípulos mas que males presentes y sensibles, pe-

«es Jesucristo.—Vivo, no yo, sino Jesucristo en mí. ¿Quién me «separará de la caridad de Jesucristo? ¿La tribulacion? ¿la an- «gustia? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿los peligros? ¿la perse- «cucion? ¿la muerte?... No, nada podrá separarme de la cari- «dad de Dios, que es la de Cristo Jesús nuestro Señor [1].»

«La muerte y la pasion de Nuestro Señor, dice el bueno y «candoroso san Francisco de Sales, es el motivo mas dulce y «mas fuerte que puede animar nuestros corazones. El Calva- «rio es el monte de los amantes. Cualquier amor, que no tiene «su orígen en la pasion del Salvador, es frágil y peligroso [2]. «Ó amar, ó morir; morir y amar. Morir á todo otro amor para «vivir solo en el de Jesús. Los hijos de la Cruz se glorian y se «gozan en su admirable problema, que el mundo no puede «resolver, porque no lo comprende [3].»—Efectivamente, el mundo, es decir, los que permanecen fuera de las inspiraciones de la fe cristiana, no comprenden este amor; pero no puede negar su existencia en el corazon de todos los verdaderos cristianos, porque sus efectos son demasiado patentes. En este foco divino se enciende la caridad, que es el amor de Dios dirigido á los hombres. En él se inflamaban los corazones de tantos héroes, de tantos apóstoles y de tantos Santos, cuyos nombres son el mas bello patrimonio de la humanidad: los Pablos, los Agustinos, los Borromeos, los Franciscos de Sales, los Vicentes de Paul, los Cheverus, etc. Él es el que conduce á las mas lejanas playas á tantos de nuestros conciudadanos, que abandonan todas las dulzuras de la civilizacion para ir á llevar su antorcha, juntamente con la de la fe, al seno de los pueblos

«nas, tormentos, cruces... Hé aquí los atractivos que les ofrece para llamarlos á su mi- «nisterio, y sin embargo llega á persuadirlos, valiéndose de todo lo que mas podia re- «pugnarles. La doctrina de los sufrimientos es en sus labios encantadora: prescribe el «género de vida mas contrario á la humanidad, y no obstante es obedecido. Jamás usó «ningun príncipe, ningun legislador ni ningun filósofo de semejante lenguaje, ó si lo «usó, no se hizo seguir con él de la multitud. Jesucristo hablaba al corazon, cuyo me- «canismo aquellos no conocian.» *(Reflexiones varias sobre Jesucristo*, t. XV, pág. 468).—Esta hermosa reflexion de d' Aguesseau nos trae á la memoria lo que decia Napoleon á sus últimos amigos, cautivo en Santa Helena: «¿Quién se interesa en la actualidad por «Alejandro ni por César? Conmovieron el mundo de su época, y no dejaron á la poste- «ridad mas que su tumba. Yo mismo, añadia, que soy todavía el objeto de vuestra fi- «delidad, ¿qué habré hecho? Conmigo y con vosotros, y á lo mas con el último de mis «valientes, se extinguirá ese entusiasmo que inspiré durante mi vida. ¿En qué consis- «te que el imperio de Jesucristo dura hace diez y ocho siglos en los corazones, y que «por su nombre han muerto, mueren y morirán aun tantos millones de mártires? Con- «siste en que nosotros hemos asentado nuestro poder sobre la fuerza y el temor, y el «suyo descansa sobre la persuasion y el amor.»

[1] *Epist. ad Rom.*

[2] «Los que nunca hayan sido devotos, no pueden conocer bien lo que es la ternura «del alma.» *(Pensamientos de Joubert*, t. I, pág. 105).

[3] *Tratado del amor de Dios*, capítulo último.

mas salvajes, sin otro interés que el de *ganar almas,* como ellos dicen, *para Jesucristo,* y sin otro porvenir que las privaciones, las persecuciones, y á veces los martirios y la muerte. Este amor, en fin, es el que se pintó tan admirablemente á sí mismo en este hermoso pasaje de la *Imitacion de Jesucristo,* el himno mas sublime que haya podido jamás inspirar el amor:

«Gran cosa es el amor, bien soberanamente grande: él solo «hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo de- «sigual.

«Lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo «amargo.

«El amor es generoso, nos anima á hacer grandes cosas, y «nos mueve á desear siempre lo mas perfecto.

«El amor quiere estar en lo mas alto y no ser detenido de «ninguna cosa ínfima.

«El amor quiere ser libre y ajeno á toda aficion munda- «na, porque no se impida su interior vista, ni se embara- «ce en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algun «daño.

«No hay cosa mas dulce que el amor, nada mas fuerte, nada «mas alto, nada mas ancho, nada mas alegre, nada mas lleno «ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de «Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el «mismo Dios.

«El que ama vuela, corre y se alegra, y es libre en todo.

«Todo lo da por todo, y todo lo tiene en todo; porque des- «cansa en un bien superior á las demás cosas, del cual mana «y procede todo bien.

«El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; «desea mas de lo que puede; no se queja que le manden lo im- «posible, porque cree que todo lo puede y le conviene.

«Pues para todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone «por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae:

«El amor siempre vela, y durmiendo no duerme.

«Fatigado no se cansa, angustiado no se angustia, espanta- «do no se espanta; sino, como viva llama y ardiente luz, sube «á lo alto y se remonta con seguridad.

«Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz:

«Grande clamor es en los oidos de Dios el abrasado afecto «del alma, que dice: Dios mio, amor mio, tú todo mio, y yo «todo tuyo.

«Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar con deli-

«cia interior del corazon, cuán suave es amar y derretirse y «nadar en el amor [1].»

Aunque no se haya gustado nunca el amor divino, seria menester no haber experimentado ninguna especie de amor para no reconocer en estas palabras ese fuego del cielo que está en todos los corazones, y al cual no falta mas que un objeto digno de él para desarrollarse y obrar prodigios.

Este es el sentimiento que el dogma de la Cruz vino á encender sobre la tierra, apartándolo de los objetos creados y del egoismo en que se hallaba sepultado, para volverlo á dirigir hácia su principio y hacerle recobrar toda su pureza é intensidad.

Como aquel espejo de Arquímedes que, reuniendo en su foco los rayos de fuego del espacio celeste, los volvia á enviar á lo léjos sobre los mares, é incendiaba á gran distancia las escuadras enemigas, de la misma manera puede decirse que el corazon del Hombre-Dios despidió desde lo alto de la cruz sobre el mundo las llamas del divino amor, y abrasó toda la tierra [2].

IV. Este asunto es inagotable; pero por temor de parecer demasiado extensos, no debemos ser infieles á la verdad que exige de nosotros toda esta detencion.

Hasta aquí solo hemos considerado la accion del dogma de la Redencion en las relaciones del hombre con Dios, y nos falta examinarlo en las relaciones del hombre con el hombre. Nos fijarémos tan solo en los puntos generales.

Todavía vamos á admirar aquí la fecunda sencillez de esa economía de la sabiduría de Dios, que por unos mismos medios se dirige á muy diversos fines.

El dogma de la fraternidad humana habia desaparecido de la faz de la tierra; habia perecido, como antes dijimos, en el naufragio del dogma de la unidad de Dios, que es su base, y la humanidad se hallaba fraccionada en multitud de razas ó nacionalidades enemigas. Socialmente hablando, nada habia de comun entre el griego y el bárbaro, el libre y el esclavo, el hombre y la mujer, el dios César y el pobre plebeyo. Por todas partes estaba generalizada la guerra, guerra sorda é implacable: en las fronteras, en las provincias, en el foro, en el circo, en el taller y en el hogar doméstico; la fuerza era el único regulador del mundo, y el hierro, el puñal de Bruto ó de Caton era la única expresion del derecho y de la libertad.

[1] Traduccion de Madrid de 1833.

[2] *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (Luc. XII, 49).

¿Quién podrá romper todas esas cadenas, ni igualar todas esas desigualdades, hacer latir en todos esos pechos un mismo corazon, levantar la señal del suplicio del esclavo y colocarla sobre el corazon de los Césares, y obligar al César á humillarse hasta lavar los piés del último plebeyo? ¿Quién hará ir las delicadas vírgenes á vendar las llagas del gladiador con mas complacencia con que iban al circo á dar la señal de su muerte? ¿Quién hará del bárbaro, perdido en los confines del mundo y de la civilizacion, el hermano y el amigo del filósofo y del patricio, hasta obligarles á abandonar los placeres del Pórtico y los honores del Senado, para ir á tierras lejanas y bajo un cielo enemigo á derramar la verdad con su sangre? ¿Quién será capaz de obrar todos estos prodigios? ¿Quién podrá obrarlos sin el aliciente del interés, y sin los auxilios de la fuerza, por solo la persuasion y el amor?

La Cruz de Jesucristo.

1.° Ella sola ha abatido el orgullo, destruido toda clase de poderes, desvanecido todas las quimeras de nuestras distinciones, convirtiéndonos á todos en grandes culpables, haciendo pesar sobre el mundo el gran nivel de la justicia de Dios, y volviendo á recopilar toda la humanidad en un solo hombre, desnudo y muerto en una Cruz.

¡Cuán elocuente es esta Cruz, considerada como expresion de nuestra culpable igualdad! Con su desnudez deja desnudos á los ricos, con su ignominia humilla á los grandes, y con su debilidad aterra á los opresores. En efecto, el que está clavado en ella es sin excepcion el representante de la humanidad: es el hombre. Cada hombre se halla, por decirlo así, pendiente en efigie de la Cruz. Cuanto mas rico, mas elevado, mas poderoso y mas favorecido por los dones de la fortuna, que con tanta frecuencia se cambian en dones del pecado, mas clavado está en ella. Con esta señal en la mano, todos los hombres son iguales en miseria y en afrenta, y tal vez los mas elevados son colocados delante de ella en el puesto mas inferior.

2.° Pero ¡cosa admirable! el mismo dogma, que abate de este modo á los grandes, engrandece á los pequeños; porque Jesucristo no es solo el representante de la humanidad culpable y entregada á la justicia de Dios, sino tambien de la humanidad salvada, redimida y divinizada. En la Cruz fué engendrada la humanidad á una nueva vida, vida toda divina, y por este medio elevada sobre todas nuestras grandezas ficticias á una grandeza verdadera, cuya jerarquía, al revés de la

de la opinion y de la fortuna, está graduada por la verdad y la virtud, cuyo tipo es Jesucristo.

¡Qué magnificencia! ¡Cuán pálida es la púrpura de los grandes de la tierra comparada con la sangre de un Dios! Si el Dios salvador hubiese muerto por tal porcion de la humanidad con preferencia á tal otra, por una raza determinada ó por una familia en particular, ¡qué motivos no tendria esta raza ó familia privilegiada para creerse superior al resto de los hombres! Pero no hay nada de esto: Dios murió por todos los hombres sin distincion; y el griego y el bárbaro, y el señor y el esclavo, y el judío y el gentil, todos fueron redimidos, todos emancipados, todos ennoblecidos sobre la Cruz. Cada hombre sin excepcion en el mero hecho de ser hombre rescatado por un Dios y descendiente de Jesucristo, en una palabra, solo por ser cristiano, tiene en la Cruz un título de nobleza que borra todos los demás, y que, inspirándole sentimientos de la mas alta dignidad, no puede convertirse en causa ni orígen de ninguna clase de orgullo y de ninguna especie de tiranía, porque va inseparablemente unido al título de su degradacion original, y porque es comun á todos.

Y como para adquirir y conservar este título es menester identificarse todo lo posible con el estado de Jesucristo en la cruz, los mas pobres, los mas desgraciados y desvalidos segun el mundo, se convierten en los mas ricos, los mas grandes y los mas poderosos segun Dios. Por este título nos vemos obligados á unirnos y honrarnos unos á otros en razon inversa de estos mismos bienes y de estas mismas distinciones que nos tienen divididos, y que desacreditadas por semejante oposicion, se distribuyen mas fácilmente por las manos de la caridad entre los hombres, los cuales se hallan de este modo reunidos y confortados en el órden temporal y espiritual por el pan del alma y por el del cuerpo.

Hé aquí la grande igualdad cristiana obrada por la Cruz de Jesucristo, verdadero lecho de Procusto, en el cual se nivelan todas las distinciones del orgullo humano, y que reduce los dioses de la tierra á las proporciones del hombre, da á los pobres y desvalidos las proporciones de Dios, y hace de todos por medio de la caridad un solo Hombre-Dios.

3.° Mas el gran vínculo con que la Cruz de Jesucristo volvió á enlazar á todos los hombres es el divino amor, de que han sido el objeto.

Jesucristo amándonos á todos con un mismo amor sobre la cruz, y dando en ella su vida igualmente por todos, nos aso-

ció recíprocamente, y nos confundió en este amor y en esta vida como los miembros de un mismo cuerpo; de manera, que todos respiramos en Jesucristo sobre la cruz, como él respira en cada uno de nosotros sobre la tierra. Por este medio se convierten los hombres unos respecto de otros en verdaderos hermanos, en imágenes vivas de un mismo Dios, en objetos idénticos de un mismo amor, sustituidos en todos los derechos y en todas las obligaciones de este amor, debiendo amarse como Dios los amó, satisfacer los unos por los otros la deuda infinita que todos deben al Libertador comun, y continuar entre sí la obra de la Redencion, sacrificándose cada uno por la felicidad y la salvacion de sus hermanos[1]. De tal manera, que el mismo amor que nos une á Dios sobre la cruz nos une á nuestros hermanos; que la misma fuerza que nos atrae hácia ella nos aproxima y reconcentra en la misma, como los rayos de un mismo círculo, pero de un *círculo cuyo centro estuviese en todas partes, y la circunferencia en ninguna.*

Tal es, en efecto, la caridad cristiana; la caridad, que conserva el mismo nombre en el lenguaje evangélico, ya descienda de Dios al hombre, ó ya vuelva del hombre á Dios, ó ya, por fin, se dirija del hombre al hombre; porque así como todos los hombres componen uno solo en Jesucristo, así el mismo Jesucristo es uno mismo con Dios. Hé aquí por qué la expresion mas elevada de la unidad es la caridad, que á su vez encuentra su mas alta expresion en la cruz de Jesucristo, centro comun del cielo y de la tierra.

Aquí damos fin á nuestros *Estudios* sobre el dogma de la Redencion. Sin duda aparecerán insuficientes é incompletos, si se atiende á la profundidad y riqueza de un asunto que ninguna lengua humana podrá jamás tratar dignamente, y que es mas propio para meditarlo que para disertar sobre él. Cada lector puede sacar de este tratado lo que mas se adapte á sus miras y sentimientos particulares, y asimilárselo, desenvolviendo con sus propias reflexiones los gérmenes que en él hemos depositado. Pero de cualquier modo que se considere, y bajo cualquier aspecto que se estudie, se debe necesariamente, á nuestro parecer, venir á parar á esta conviccion comun, á saber: que la naturaleza no puede probar mejor que el Cristianismo la existencia de Dios, y en particular,

[1] «En esto conocimos la caridad de Dios, en que puso su vida por nosotros: y nos-«otros debemos poner nuestra vida por los hermanos. El que tuviere riquezas de este «mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo «está la caridad de Dios en él?» (*I Joan.* III, 16, 17).

que nada mejor que el dogma de la Redencion puede probar la divinidad de Jesucristo. Solamente Dios podia conocer tan bien el corazon humano para acertar á prescribir la única medicina que sus enfermedades requerian. Solo Dios podia haber conservado el secreto de nuestra naturaleza hasta el extremo de que el remedio que nos ofreció estuviese á la vez tan en contradiccion aparente y tan en armonía efectiva con nuestra constitucion original, así como tan fuera de las concepciones humanas, no solamente por su profunda sabiduría, sino tambien por su locura exterior; porque la *locura* de la Cruz es tal, que no podia caber en cabeza humana, y ella sola establece entre su Autor y el espíritu humano un espacio insuperable, en medio del cual viene á surgir este dilema: ó la razon humana cuando apareció el Cristianismo era buena y sabia, y entonces Jesucristo no merece el título de hombre, tan insensata es su concepcion; ó la razon humana estaba descarriada y pervertida, y debe por consiguiente su curacion á Jesucristo, en cuyo caso necesariamente Jesucristo es Dios; porque aquel que se habia librado del naufragio de la razon humana, y que tan fielmente habia guardado su depósito, no puede ser sino el principio mismo de esta razon. Es así que es un hecho, cuya manifestacion ha ido creciendo por espacio de diez y ocho siglos, y que en el dia está ya al alcance de todos, que el espíritu humano se hallaba, á la venida de Jesucristo, en el último parasismo de la corrupcion y del error, y que bajo la influencia del principio cristiano fué recobrando poco á poco la razon y la verdad, y ha ido siempre engrandeciéndose y marchando, en las reformas que se dirigen sin interrupcion y al través de los sacudimientos mas violentos, á la mas ilimitada perfeccion. Por consiguiente, Jesucristo es Dios. Es Dios, lo mismo que el Autor de la naturaleza, porque, como él, creó un mundo y lo conserva. Es Dios, porque nos amó hasta la muerte, y por esta muerte nos dió la vida. Es Dios, porque por una obra que le pertenece tan exclusivamente, que le valió el vivir en el destierro de la humanidad, salvó á esta humanidad. Es Dios, en fin, porque en esta obra tan menospreciada desplegó y concilió á la vez con un arte enteramente divino la santidad, la justicia, el amor, la sabiduría y el poder mas infinitos, todo el carácter de Dios, en una palabra, y lo puso en relacion con la oscuridad y degradacion en que se hallaba envuelto el carácter del hombre, hasta regenerarlo enteramente, y hacer brillar en él virtudes, luces y esperanzas desconocidas hasta entonces en la tierra.

«Y es grande á todas luces el sacramento de la piedad en «que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en «espíritu, ha sido visto de los Ángeles, ha sido predicado á «los gentiles, ha sido creido en el mundo, ha sido recibido en «gloria [1].»

CAPÍTULO XI.

LA TRINIDAD.

1. No se necesita ser gran teólogo para ser buen cristiano; pues el mas consumado teólogo no conoce una suma de verdades esenciales á la salvacion mas considerable que el humilde fiel con su catecismo: la única diferencia está en que, depositario aquel de la doctrina, se halla en mejor posicion para defenderla contra los ataques del error.

Pero esta elevada mision de la teología debe ostentarse mas particularmente en las cátedras destinadas á la enseñanza sacerdotal, de suerte que no sin inconvenientes se presenta á veces en los púlpitos de nuestras iglesias.

Me explicaré:

Si los dogmas cristianos, y sobre todos el de la Trinidad, son con frecuencia considerados como redundancias ó como enigmas propuestos á la razon humana, ó como abstracciones sin gusto y sin fruto, es porque hay dos causas en apariencia contradictorias que producen este resultado, por sus extremos opuestos: la ignorancia que no quiere reflexionar sobre cosa alguna, y la ciencia que se empeña en explicarlo todo.

Hay en efecto una ignorancia, hija de la indiferencia, que tiene á un gran número de cristianos, en apariencia de buena fe, apartados de la doctrina evangélica, hasta dejarles ignorar su letra, y que los obliga á resignarse con la deplorable preocupacion de que por lo mismo que esta doctrina se compone de misterios, debe aceptársela sin raciocinio y sin exámen, y que la fé consiste en una ciega disposicion á creerlo todo en globo, sin saber lo que se cree, cuando precisamente es todo lo contrario, pues la regeneracion que la fe produce solo puede introducirse en el corazon por la meditacion y la penetracion de las verdades cristianas y por su accion familiar sobre el espíritu.

[1] I Tim. III, 16.

Existe además un abuso de escolasticismo que algunas veces hace de los dogmas cristianos, considerados en sí mismos, objeto de disertaciones demasiado profundas, demasiado aisladas y que no conservan su enlace recíproco y general; que á fuerza de sutilezas los hacen mas ininteligibles, los separan de su natural acompañamiento para formar con ellos una cosa aparte, en la que la ciencia y la imaginacion se espacian dejando muy atrás el corazon y la vida, y esa razon práctica que es la primera garantía de la verdad; disertaciones, en fin, que sacrifican la fisiología de la Religion á su anatomía.

Los dogmas cristianos no son incomprensibles mas que en un sentido. Presentan siempre como dos faces: una por parte de Dios, el *cómo* del misterio: *¿cómo* puede un Dios hacerse hombre? *¿cómo* puede morir? *¿cómo* puede existir únicamente en tres personas? etc. ¡Misterio!!! La otra faz es de parte del hombre, el *por qué* del misterio: *¿por qué* se hizo Dios hombre? *¿por qué* murió? *¿por qué* nos reveló sus tres personas? Hé aquí lo que es comprensible, claro, inagotable en riquezas intelectuales y en fecundidad moral; y la luz que por este lado brilla es para nosotros una prenda de la verdad que en la tierra no comprendemos, y que se oculta á nuestras miradas por el otro lado del misterio que se refiere á Dios [1]. En una palabra, la Religion nos hace conocer á Dios, no como es por respecto á sí mismo, sino como es por respecto á nosotros.

Por otra parte los misterios cristianos se explican recíprocamente, y se eslabonan y ajustan entre sí para llegar por fin á adaptarse á la moral y fecundarla, haciendo así del Cristianismo un todo armónico, que produce muy mal efecto si se pierde de vista el enlace que lo constituye, y si se separan los elementos de que se compone.

La Religion es una ciencia eminentemente práctica: todo lo puramente especulativo debió separarse de ella, no solo como inútil sino como contrario. Lo que hay de mas en una obra

[1] «Basta, dice el gran Leibnitz, que tengamos alguna inteligencia analógica de «los misterios, á fin de que cuando los aceptamos no pronunciemos palabras sin sen«tido; pero no por esto es menester que la explicacion vaya hasta el punto que seria «de desear, esto es, que llegue hasta hacérnoslos comprender y explicarnos el *cómo*... «Los espíritus moderados hallarán siempre en nuestros misterios una explicacion su«ficiente para creer, y jamás se les presentarán tan luminosos que lleguen á compren«derlos; porque el *cómo* es superior á nuestros alcances, y un cierto *es* nos basta. De «las explicaciones de los misterios, que por acá y acullá se nos venden, puede decir«se lo que decia la reina de Suecia en una medalla, sobre la corona que habia abdica«do: *Non mi bisogna, e non mi basta.* Ni tampoco nosotros, como lo hemos observado «ya, tenemos necesidad de probar los misterios *á priori*, ó de dar razon de ellos; sino «que nos basta que la cosa sea así, sin que sepamos el *por qué* es así, cosa que Dios «se reservó.» (*Teodicea*, discurso I, núm. 54-56).

prueba poca inteligencia de parte del autor, lo mismo que lo que hay de menos. En este sentido el Cristianismo revela una sabiduría muy profunda, no permitiendo al espíritu humano la comprension de los misterios en sí mismos, que no conduciria mas que á hincharlo y ensoberbecerlo sin santificarlo; y reservando esta comprension para la sola práctica, á fin de que, por medio del contraste, nos hiera mas del lado especulativo y tenebroso.

Bajo este punto de vista la sobriedad y exactitud de la doctrina cristiana son admirables: nada se conoce en ella de inútil ni de supérfluo. Todos esos misterios que la incredulidad se representa como sobrecargas y redundancias, se hallan combinados de la manera mas económica para la obra de la salvacion humana. En ellos la Divinidad se manifiesta hasta oficiosa y llena de miramientos con la razon, y esta adquiere por ellos la revelacion de las verdades divinas en la justa proporcion de sus necesidades morales; de modo que en el mismo punto en donde se acaba la relacion moral, termina tambien la obligacion de la fe.

Aplicando, pues, estos principios al dogma de la Trinidad, ¿quién creerá que el destino de este dogma, que parece el mas repugnante á la razon, es aligerar el peso de todos los demás y ponerlos en evidencia para que podamos entenderlos mejor?

Vimos ya que el plan del Cristianismo consiste en restaurar el hombre degenerado, volviéndolo á que sea lo que fue al principio, la imágen de Dios, y poniendo á este efecto el carácter de la Divinidad en contacto con el suyo.

El dogma esencial por cuyo medio este carácter de la Divinidad se nos revela y se pone en relacion con el nuestro, como un molde vivo, segun el cual debemos reformarnos, es el dogma de la Redencion.

En él, como vimos tambien, da el Cristianismo una forma palpable, hasta cierto punto, á los sublimes atributos de la Divinidad, sin hacerles perder nada de su infinidad, y apropia á los sentimientos de la naturaleza humana estos mismos atributos, que excitan la admiracion y las alabanzas de los Ángeles en el cielo, de manera, que el hombre sabe tanto como el Querubin cuán santo, misericordioso, sabio y poderoso es Dios, y que la Cruz de Jesucristo, en donde estos atributos de la Divinidad resplandecen, es igualmente adorada en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

Pues bien, este dogma tan esencial, que es el centro del

Cristianismo, seria completamente incomprensible para nosotros sin el misterio de la Trinidad.

¿Cómo podríamos conocer hasta el punto que es necesario el misterio de la Redencion, si de antemano no supiéramos que hay en Dios tres personas: una que exige, otra que satisface, y otra que, como despues verémos, derrama sobre nosotros los frutos de esta satisfaccion? Era absolutamente necesario que hubiese tres actores en ese gran drama cuyo desenlace contenia la salvacion del género humano, y lo era así mismo que los tres fuesen *infinitos* y por consiguiente que no formasen los tres mas que *uno*, porque no puede haber mas que *un Infinito*. Sin la existencia de tres personas en Dios, hubiera sido imposible la redencion de la humanidad por la cruz de Jesucristo; y sin la nocion de este misterio, nuestra inteligencia no la hubiera comprendido, y por consiguiente no hubiera tenido ninguna relacion moral con nuestro corazon; de suerte que puede decirse que el dogma de la Redencion, el mas familiar de todos, seria, sin el misterio de la Trinidad, mas inconcebible que este mismo misterio, de lo que resulta, que el misterio de la Trinidad es en la doctrina cristiana lo que los primeros principios en las ciencias exactas, indemostrable en sí mismo, pero fundamento y raíz del dogma de nuestra justificacion; y este es, en efecto, el carácter con que lo expresó el concilio de Trento: *Initium et radix totius justificationis nostræ.*

Puede decirse que el misterio de la Trinidad en sí mismo carece de influencia moral. ¿Qué virtud, en efecto, qué santificacion nos resultaria de la pura consideracion de un Dios en tres personas? ninguna, ó cási ninguna [1]. Además, es, si nos atrevemos á decirlo, engañarse peligrosamente el hacer de este misterio el objeto de una disertacion especial, á menos que sea para fijar sus nociones y conservar teológicamente su doctrina. No debemos llamar hácia él la atencion de los fieles de un modo demasiado aislado y especulativo; porque nos expondríamos á convertir la doctrina cristiana en abstracciones estériles para los creyentes, escandalosas para los incrédulos, y siempre contrarias al verdadero espíritu del Cristianismo, que en todas sus cosas tiende á la práctica y á la moralizacion [2].

[1] Nos reservamos para mas adelante el modificar esta opinion, aunque todo contribuirá á confirmarnos mas en su generalidad.

[2] Por otra parte aquí no hacemos mas que repetir la leccion dada por el Catecismo del concilio de Trento: «Pero como nada hay mas expuesto que querer penetrar cosas «tan sublimes y difíciles, ni mas peligroso que equivocarse queriéndolas explicar,

Pero así como conviene ser circunspecto en la consideracion del misterio de la Trinidad en sí mismo, así es necesario presentarlo como el mas fundamental de todos los dogmas por su relacion con ellos. Sin cesar debe ser presentado á nuestro entendimiento, pero presentado en accion sobre la cruz, y realizando por medio de los elementos que lo constituyen, la suprema santidad, la suprema justicia, el supremo amor y la suprema unidad por la caridad que nos une á Jesucristo para unirnos á Dios, y hacernos así participantes de su naturaleza. Colocado de esta manera en su destino en el plan de la revelacion cristiana, el misterio de la Trinidad deja de ser una abstraccion enigmática, y se convierte en una visible operacion de la Divinidad que obra por sí misma en la salvacion de los hombres, y recibe en su misteriosa naturaleza las adoraciones que en nosotros excita la manifestacion de su amor.

Erskine expresó este pensamiento con palabras que quizás nos harán conocer mejor su exactitud.

«Sin el dogma de la Trinidad, dice, la doctrina de la justi-«cia y de la misericordia de Dios combinadas en la obra de la «Redencion, y de la continua vigilancia que ejerce sobre los «progresos de la verdad en el mundo en general y en el cora-«zon de cada hombre en particular, no hubiera podido comu-«nicársenos de una manera tan clara y tan distinta. Empero, «la sagrada Escritura jamás hace mencion de este dogma, «sino bajo el punto de vista de los designios morales de Dios «sobre el hombre, y aunque nos lo enseña con toda claridad, «no parece intenta proponérnoslo como el objeto aislado de «creencia, y *como se nos propone en el Catecismo*. Hay, pues, «grande y capital diferencia entre ambos métodos. En el pri-«mero, el dogma se presenta como un hecho aislado, de natu-«raleza extraña, ininteligible, y que hasta podria sugerir la «idea de que el Cristianismo pretende hacer creer las cosas «mas improbables: en el segundo se muestra el dogma uni-«do de una manera indisoluble á un acto de santidad y de di-«vina compasion que despierta en nosotros un tierno afecto, «cuya naturaleza y objeto son inteligibles y cuya influencia «es omnipotente. El hecho abstracto de que existe una plura-«lidad en la unidad divina, no se dirige realmente ni á nues-

«procurarán los pastores hacer entender á los fieles que deben retener con mucho «cuidado las palabras *esencia* y *persona*, consagradas á la explicacion propia de este «misterio, y recordar que la unidad está en la *esencia* y la distincion en las *personas*; «pero que deben evitar el engolfarse en otras investigaciones sutiles y curiosas, ate-«niéndose á esta sentencia: *El que escudriña la Majestad será oprimido por el resplandor «de su gloria.*» (Catecismo del concilio de Trento, cap. 2, § 3).

«tra inteligencia [1], ni á nuestros sentimientos, ni á nuestra «conciencia. Pero la oscuridad del dogma se disipa, al menos «en lo que concierne á su fin moral, cuando se nos anuncia «por medio de estas palabras: *Tanto amó Dios al mundo, que «nos dió su Hijo único, para que los que crean en él no se pier- «dan, sino que alcancen la vida eterna;* ó en otros términos: «*Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, que enviará el «Padre en mi nombre, os lo enseñará todo.* Es verdad que nues- «tra ignorancia metafísica de la esencia divina no se disminu- «ye con esta explicacion; pero se ilustra con ella nuestra ig- «norancia moral del carácter divino, y esto es seguramente «lo que mas nos importa.»

Por consiguiente, debemos creer que el misterio de la Trinidad se nos reveló, porque era necesario que conociéramos la Trinidad de las personas divinas, para comprender mejor su operacion moral en la redencion del mundo. Esta revelacion tuvo, pues, por objeto auxiliar á nuestra inteligencia, mas bien que limitarla. Explicar un misterio por otro es facilitar su comprension, y no puede ser otra cosa: porque siendo la naturaleza de Dios insondable para nuestra débil razon, no podemos verla tan clara que dejase de ser misterio. Este existe siempre en Dios para todas las inteligencias, hasta las mas puras, y solo hay diferencia en los grados de conocimiento, que únicamente en Dios es completo. Es cierto que Dios podia hacernos mas comprensible el misterio de la Trinidad y explicarlo mas claramente; pero esta explicacion debia envolver en sí otro misterio, y así sucesivamente. Pero ¿por qué se limitó la revelacion cristiana al misterio de la Trinidad, y fue tan reservada en todo lo demás?... Porque la explicacion de todo lo demás no tenia seguramente utilidad *moral*. El mismo misterio de la Trinidad no era esencial que fuese conocido sino para conocerse esencialmente la inteligencia del dogma de la Redencion: en sí mismo carecia de utilidad moral. Explicarlo en sí mismo por medio de otro misterio hubiera sido una redundancia en el plan del Cristianismo, que se halla perfectamente adaptado al fin de la curacion moral del hombre; hasta hubiera sido un obstáculo á este fin, porque nuestro orgullo se hubiera fomentado con un conocimiento que habria lisonjeado nuestra inteligencia sin reprimir nuestro corazon, y porque hubiéramos deseado y buscado con mas ansia el misterio que nos habria dado la explicacion del de la Trinidad, que este misterio mismo.

[1] Esto es demasiado absoluto: mas adelante lo explicarémos.

Jamás se estudia lo bastante esta bella economía del plan de la doctrina cristiana, en el cual no hay ninguna verdad dogmática que no aspire como por medio de una cuerda armónica á alguna impresion moral y vivificante para el corazon; y que no aspire sobre todo á hacerle sentir su miseria y su natural enfermedad, para obligarlo á desear y procurar su curacion. De manera que al mismo tiempo que se siente el espíritu elevado por la comunicacion de la luz divina, el corazon se siente en igual proporcion humillado por el conocimiento que esta misma luz le da de su nada; de manera que el conocer es humillarse, y el humillarse es disponerse á adquirir mas conocimientos, y por este medio la débil naturaleza humana, desembarazada del peso del orgullo que acompaña siempre á nuestras obras, puede desarrollarse sin obstáculo y elevarse sin desvanecerse hasta la cumbre de la perfeccion.

Hay, pues, una sabiduría profunda, un profundo conocimiento de nuestra naturaleza, que no puede pertenecer mas que á su Autor, y que está en justo equilibrio entre el dogma y la moral, que nos ilumina sin deslumbrarnos, nos instruye sin envanecernos, y dirige toda ciencia á la perfeccion de la virtud. —Esta sabiduría resplandece principalmente en el misterio de la Trinidad y en el espeso velo que lo cubre.

II. Los espíritus fuertes han explotado esta oscuridad contra la fe, deduciendo de ella mil absurdos, sin reparar en que las sombras, que nos impiden la comprension del misterio, lo protegen contra sus falsos y vanos juicios.

Si se limitasen á decir que el misterio de la Trinidad es *incomprensible* y superior á la razon, estarian exactos en cuanto á la proposicion, aunque su objecion careceria de objeto, porque, como dice un ilustre sabio que fue un hombre muy espiritual y cuerdo: «Entre todas las objeciones que puede «hacer el incrédulo, ninguna es tan miserable como la que se «funda en su defecto de comprension [1].»

Pero van mas adelante y dicen, que el misterio de la Trinidad es *absurdo,* esto es, *contrario á la razon.* Tres personas cada una de las cuales es Dios y que sin embargo no son mas que un solo Dios, les parece una contradiccion radical é inadmisible, contra la cual deben al fin estrellarse todos los argumentos en favor de la verdad de nuestra santa Religion, y que hasta les dispensa de examinarlos.

(1) Haller, *Cartas sobre el Apocalipsis.*

¡Cuán poca filosofía hay en esta ligereza de exámen y en esta osadía de conclusion!

Sin embargo, lo decimos sin rebozo: si algun dogma de la religion cristiana implicase realmente *contradiccion,* este dogma y toda la Religion serian *falsos.* Si la Religion es verdadera no puede ser contraria á ningun órden de verdad, porque la verdad es una y debe presentarse siempre intacta bajo todos sus puntos de vista. La revelacion cristiana vino sin duda á enseñar á los hombres verdades superiores y nuevas; pero encontró ya en la razon humana verdades primitivas que habian sido depositadas en ella desde el principio por el mismo Dios, que forma como el sello de la inteligencia divina en nosotros, y que seria una locura el rasgarle. Una religion que se dice divina debe aspirar á completar estas verdades y no á destruirlas. «Como la razon es un don de Dios, dice Leibnitz, «no menos que la fe, el combate que entre las dos se levanta- «ra, pondria á Dios en pugna consigo mismo; y si fuesen in- «solubles las objeciones que presentara la razon contra algun «artículo de fe, seria preciso decir que el pretendido artículo «seria falso y no revelado; seria mas bien una ficcion del es- «píritu humano, y el triunfo de semejante fe podria compa- «rarse á los fuegos de alegría que se hicieran despues de una «derrota [1].»

Por de contado que el triunfo de la fe cristiana no ha sido por este estilo: hemos visto que nada hay que esté mas en armonía con las verdades fundamentales del corazon humano que su moral y sus preceptos: hasta ha restablecido en nosotros las verdades primitivas de nuestra naturaleza, sepultadas antes como entre ruinas, y ha restaurado el edificio de nuestra grandeza con un arte que revela á las claras la mano que lo habia fundado.

Semejante religion no solo seria contraria á la razon, sino

[1] «Sin embargo, añade al momento este verdadero filósofo cristiano, no tienen to- «dos necesidad de entrar en discusiones teológicas; y las personas cuyo estado es po- «co compatible con las investigaciones exactas deben contentarse con lo que la fe les «enseña, sin ocuparse ni hacer caso de las objeciones. Si por casualidad se les pre- «sentase con viveza alguna muy fuerte dificultad, les es permitido apartar de ella su «espíritu, haciendo á Dios un sacrificio de su curiosidad; porque no hay necesidad de «escuchar las dificultades, cuando uno está seguro de una verdad. Y como la fe de al- «gunos es bastante pequeña y poco arraigada, para hacer frente á esta clase de prue- «bas peligrosas, creo que es una imprudencia presentarles lo que podria serles un ve- «neno; y si no se les puede ocultar por ser demasiado público, es preciso añadirles al «momento el antídoto, esto es, ha de procurarse ajustar la solucion al lado de la ob- «jecion, léjos de esquivarla como si fuera imposible.» (*Teodicea*, discurso I, núm. 39, 40). — ¡Cuánta fe no descubre esta reflexion! ¡y cuánta razon no manifiesta semejante fe! y en su alianza ¡qué cordura y qué filosofía no se encuentran!

tambien á sí misma, si, en el dogma fundamental de la Trinidad, se opusiera á alguna verdad absoluta del entendimiento humano.

Pero antes de tocar á este delicado punto, es menester aclararlo bien por medio de una distincion particular, formulada por Leibnitz en los siguientes términos:

«Hay una distincion, que no debe nunca olvidarse, *entre lo «que es superior á la razon y lo que es contrario á la razon.* Lo «que es contrario á la razon es contrario á las verdades ab- «solutamente ciertas é indispensables, y lo que es superior á «la razon es contrario solo á lo que estamos acostumbrados á «experimentar. Una verdad es superior á la razon cuando nues- «tro entendimiento no sabe comprenderla: tal nos parece la «santísima Trinidad, y tales son los milagros reservados á so- «lo Dios, como por ejemplo, la creacion. Pero una verdad no «puede ser nunca contraria á la razon, y léjos de ser incom- «prensible un dogma porque la razon lo combate, puede de- «cirse que nada es mas difícil de comprender que su absurdi- «dad. Dije al principio que por *la razon* no quiero entender «aquí las opiniones y discursos de los hombres, y mucho me- «nos el hábito de juzgar de las cosas segun el curso ordinario «de la naturaleza, sino el encadenamiento inviolable de las «verdades [1].»

Nada puede replicarse á semejante regla, por estar tomada en las mas puras fuentes de esa misma razon que se quisiera hacer prevalecer contra la fe.

Notemos principalmente en ella esta verdad: *Léjos de ser incomprensible un dogma porque la razon lo combate, puede decirse que nada es mas difícil de comprender que su absurdidad.*

El incrédulo, que pretende que el dogma de la Trinidad es contrario á la razon, no debe, pues, limitarse á decir que no lo comprende, sino que debe procurar comprender y hacer comprender á los demás que semejante dogma es un absurdo evidente. Debe poder manifestar que esta proposicion, *Hay un Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las cuales no hacen mas que un solo Dios,* es ostensiblemente contraria á la razon, es decir, no á nuestras opiniones, á nuestros discursos y á nuestros hábitos, sino, como dice Leibnitz, *al encadenamiento inviolable de las verdades absolutamente ciertas é indispensables.* El incrédulo debe, pues, demostrarlo si quiere conservar el derecho de pretenderlo.

Por lo mismo que no se limita á pedirnos que le explique-

[1] Leibnitz, *Teodicea*. Discurso sobre la conformidad de la fe con la razon.

mos el *cómo* tres personas, cada una de las cuales es Dios, no hacen sin embargo mas que un solo Dios, le responderémos que nada tenemos que explicarle; que aquí no somos mas que *sustentantes* contra los que pretenden que el dogma de la Trinidad implica contradiccion: que por lo mismo á nosotros solo nos toca callar, y que él es quien debe hablar y disipar el misterio para hacernos ver los absurdos que contiene.

Añadirémos además que nos pondríamos en contradiccion con nosotros mismos si intentáramos explicar este misterio, pues creemos y enseñamos, que es y debe ser superior á la razon; que solo su accion, su *por qué*, puede explicarse bien en el edificio del Cristianismo, y que nada tiene de misterioso, supuesto que sin él no hubiera habido redencion posible, ni nosotros hubiéramos podido comprenderla; que por él, puesto en accion en la grande obra de nuestra salud, pudieron todos los caractéres de la Divinidad desarrollarse á los ojos del alma humana, y ejercer sobre ella una influencia regeneradora; que solo esto era lo que nos importaba comprender; que hay una sabiduría profunda en no habernos elevado desde el abismo de nuestra miseria á una comprension mas especulativa, y que el Cristianismo se halla perfectamente de acuerdo consigo mismo y con la razon, habiendo dejado escondido este secreto en el seno de Dios.

Hé aquí lo que responderémos al incrédulo, y despues le harémos ver con mas fuerza aun la necesidad que tiene de explicarnos y manifestarnos dónde está lo que él pretende descubrir en el misterio de la Trinidad, esto es, una contradiccion. El incrédulo no puede, como nosotros, acogerse á la incomprensibilidad del dogma, porque desde este momento abandonaria su tésis. Es menester que se coloque enteramente al descubierto; y ya que, segun él, este dogma es un absurdo, debe poder demostrárnoslo; de lo contrario dirémos que semejante absurdo no existe, y que ha andado muy ligero al pretenderlo.

Oigámosle pues:

1.° «Dos cosas que son las mismas á una tercera son igual-«mente las mismas entre sí. Por consiguiente siendo el Hijo y «el Espíritu Santo, cada uno de ellos, una misma cosa con Dios «Padre, deben necesariamente ser una misma cosa entre sí, «como lo son con este. Por consiguiente la Trinidad de las per-«sonas se pierde en su unidad, y su semejanza las confunde; «á menos que se quiera decir que una misma cosa es á la vez «una y múltiple, lo cual seria el mayor de los absurdos.

2.° «Siendo Dios cada una de las tres personas, habrá tan-«tos dioses como personas, y decir, sin embargo, en segui-«da, que todas juntas no hacen mas que un solo Dios, seria «decir que tres veces uno hacen uno, lo cual es tambien ab-«surdo; pues así como la diversidad excluye la semejanza, «así la multiplicidad excluye la unidad.

«En dos palabras: si no hay mas que Uno, no puede haber «Tres; si hay Tres no puede haber uno solo.»

Todo el aparato de esta argumentacion, la única que de ordinario se opone y se puede oponer al dogma de la Trinidad, estriba en la ignorancia ó descuido, siempre inexcusables en quien quiere pasar plaza de controversista.

Para desvanecerla recordarémos las siguientes palabras del Catecismo del concilio de Trento: «Procuren los pastores ha-«cer entender á los fieles la obligacion en que están de rete-«ner cuidadosamente las palabras *esencia* y *persona* destinadas «á la expresion propia de este misterio, y tener presente que «la unidad está en la *esencia* y la distincion en las *personas*.»

Sentado esto, contestarémos á los dos argumentos.

Por lo que hace al primero, podemos decir desde luego que es vicioso en la menor del silogismo: *Siendo el Hijo y el Espíritu Santo, cada uno de ellos, una misma cosa con Dios Padre.* Aunque las premisas y la conclusion fueran exactas en sí mismas, la falsedad de esta menor destruiria su enlace. ¿Quién ha enseñado, en efecto, que el Hijo y el Espíritu Santo fuesen cada uno de ellos una misma cosa con el Padre? ¿Quién ha dicho jamás una cosa semejante? Al contrario, el dogma dice que el Hijo y el Espíritu Santo se diferencian positivamente del Padre, y que hay tres personas distintas:—la primera que es el Padre,—la segunda que es el Hijo,—y la tercera que es el Espíritu Santo. ¿Puede haber nada mas formalmente exclusivo y mas contrario á aquella asercion que constituye toda la fuerza de los argumentos del incrédulo: *Siendo el Hijo y el Espíritu Santo, cada uno de ellos, una misma cosa con Dios Padre?*

En este argumento, el artificio ó la ignorancia consisten en la reunion de estas palabras: *Dios Padre*, que tienden á confundir la esencia divina con las personas, que es distinta en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Así en Dios Padre hay dos cosas, la *Divinidad* y la *Paternidad*, de las cuales solo la segunda hace parte de la *Trinidad* [1]. El Hijo y el Espíritu Santo son una misma cosa con *Dios Padre* en cuanto á *Dios*, pero no en cuanto á *Padre;* y solo considerándolo como Padre de-

[1] Suplicamos al lector que se fije bien en el valor de cada palabra.

cimos que el Hijo, el Espíritu Santo y *Él* son tres. Estamos, pues, acordes con nosotros mismos. En una palabra, en el misterio de la Trinidad, la identidad no recae sobre el mismo punto que la distincion, en cuyo solo caso habria contradiccion, pues la identidad está en la esencia divina, y la distincion en las personas.

Es verdad que *dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí;* pero para que de esto pudiéramos deducir algo contra el misterio de la Trinidad, seria preciso que *el Hijo y el Espíritu Santo fuesen una misma cosa con el Padre*, lo cual no aparece ni puede aparecer, en el argumento que se nos opone, sino por una confusion entre *Dios* y *Padre*, entre la *esencia* y la *persona.*

Pasemos al segundo argumento. Desde luego podemos decir que se halla ya singularmente debilitado por la contestacion que acabamos de dar al primero, del cual no es mas que una especie de corolario.

Del mismo modo que el defecto del primero consiste en poner en las *personas* la identidad que solo está en la *esencia*, el defecto del segundo consiste en poner en la *esencia* la distincion que solo está en las *personas.*

«Siendo cada una de las tres personas Dios, dicen,—habrá «tantos dioses como personas,—por consiguiente, decir en se«guida, que estas tres personas no son juntas mas que un so«lo Dios,—es decir que tres veces uno hacen uno,—lo cual es «un absurdo.»

El argumento es vicioso en el segundo miembro de la mayor: *Habrá tantos dioses como personas.*

De que cada una de las tres personas sea Dios, no se sigue, en efecto, que haya tantos dioses como personas. Para que fuera así, seria menester que cada una de las tres personas fuese *un Dios,* lo cual no lo ha enseñado jamás el dogma.

Expongámoslo en toda su integridad:

«Hay en Dios tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu «Santo.

«El Padre es... Dios,

«El Hijo es... Dios,

«El Espíritu Santo es... Dios,

«Y estas tres personas no hacen mas que *Un solo Dios.*»

Se ve, pues, que el dogma no dice de cada una de las tres personas, como dice de las tres juntas, que es *un Dios,* sino solamente que es... *Dios.* Esta diferencia de expresion importa mucho, porque deja el carácter de la divinidad comun á las

tres personas, y no lo particulariza mas que en su reunion.

Si lo particularizase en cada una de las tres personas, habria tres veces *un Dios*, que sin embargo no haria mas que *un Dios*. Esto seria absurdo, pero no es así. Seria necesario violentar no solo el sentido sino tambien las palabras del dogma para discurrir de este modo. El dogma dice que cada una de las tres personas es... Dios, tiene la cualidad de Dios, la sustancia de Dios; que es UNO. Nada de contradictorio hay en esto, como no lo hay en que varios rayos de luz sean sustancia de un mismo cuerpo luminoso que los engendra, y con el cual están adheridos y confundidos, y como no lo hay en ciertos derechos incorporales que residen todos enteros en el conjunto de una cosa y en cada una de sus partes, segun aquella máxima de los juristas: *Est totum in toto, et totum in qualibet parte.* De la misma manera puede decirse, por analogía, que el dogma de que vamos tratando presenta trinidad de personas en la unidad divina, y unidad divina en la trinidad de personas: *Unitatem in trinitate, et trinitatem in unitate* [1].

Tambien aquí viene Leibnitz en nuestra ayuda con esta sencilla reflexion que previene todas las dificultades: — «Cuando «decimos que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios, que el Es«píritu Santo es Dios, y que sin embargo no hay mas que un «solo Dios, debemos creer que la palabra *Dios* no tiene igual «significado al principio que al fin de esta frase. En efecto, «una vez significa la sustancia divina, y otra vez una perso«na de la Divinidad [2].»

Pero ¡qué! el mismo Leibnitz, tan grande como era, bebió esta explicacion en la fuente comun y mas popular, y el mas pequeño infante hubiera podido darla tan bien como él y mejor que él, porque el candor de sus labios ha sabido guardar mas fielmente el depósito de la enseñanza católica. En efecto, el símbolo constantinopolitano, ese *Credo* que repetimos todos los dias, explica el dogma de la Trinidad de la manera siguiente:

«Creo en un solo Dios, — Padre todopoderoso, — en Jesucris«to su Hijo único, *Dios de Dios, luz de luz, consustancial* al Pa«dre; — creo en el Espíritu Santo, que es tambien *Señor*, que «*procede* del Padre y del Hijo, etc.»

Véase, pues, como cuando decimos el *Hijo de Dios*, etc., no queremos decir que el Hijo es un Dios (él solo), sino que *es de Dios, está en Dios*, y lo mismo hablando del Espíritu Santo,

[1] Símbolo de san Atanasio.
[2] Leibnitz, *Teodicea*. Discurso sobre la conformidad de la fe con la razon.

que procede del Padre y del Hijo; de modo que no hay ninguna especie de contradiccion en decir luego que las tres personas no son mas que *un solo Dios*.

Hé aquí lo que nos habíamos propuesto probar, y creemos haberlo conseguido [1].

De este modo se desvanecen las objeciones del incrédulo, y no queda ya mas que un misterio, pero no un absurdo.

El absurdo seria querer que la naturaleza divina no fuese un misterio; pues seria pretender que lo finito en lo que hay de mas finito, que el entendimiento humano, tan limitado, tan abismado en el misterio, que es para sí propio un misterio, pudiese comprender lo infinito en lo que tiene de mas infinito, y penetrar no solo la tierra y el cielo, sino el cielo de los cielos.

III. Ved, empero, toda la debilidad y las variaciones de este pobre entendimiento humano cuando va flotando fuera de aquel *navío de la revelacion divina que no teme nunca las tempestades*, como decia Sócrates: este mismo misterio de la Trinidad, que tanto ofusca á la razon moderna, y al cual considera esta como un yugo humillante, como un triste enigma propuesto para desesperarla y sujetarla, este mismo misterio constituia el orgullo de los mas esclarecidos ingenios de la filosofía antigua, que emplearon sus mas sublimes esfuerzos en acercarse á su conocimiento.

[1] Nuestros padres que vivian mas familiarizados que nosotros con la doctrina católica, se complacian en consagrar sus habitaciones con representaciones simbólicas de los principales misterios de nuestra fe, y lo hacian siempre con una naturalidad ingeniosa, aunque groseramente á veces por estar el arte atrasado. En la calle de Bahutiers, de Burdeos, se ve todavía sobre el arco de la puerta de una casa antigua, que visitan con frecuencia los arqueólogos, una exposicion figurativa del dogma de la santísima Trinidad, en la que se halla claramente reproducida esta distincion capital entre la esencia y las personas, que aleja de este misterio la contradiccion que se empeñan en ver en él los espíritus superficiales. Consiste en un triángulo al revés: en cada uno de sus ángulos tiene un globo, de los cuales los dos de arriba llevan escrito, el uno: PATER, y el otro: FILIUS; el de abajo: SPIRITUS SANCTUS, que por lo mismo se ve que procede de los otros dos. — En el centro del mismo triángulo hay otro globo, en el que se halla escrito: DEUS, que se junta con los tres otros por medio de tres rádios; — y de este modo se hallan las tres personas á los tres extremos en una disposicion tal, que indica su procesion relativa, y la esencia divina en el centro del triángulo. — En cada uno de los lados del triángulo se leen estas palabras: *Non est*, que distinguen las personas entre sí, y en cada rádio se lee: *Est*, que las reune en la divina esencia. Así es como siguiendo el perímetro del triángulo se lee de una parte: PATER *non est* FILIUS *non est* SPIRITUS SANCTUS *non est* PATER; y de otra, yendo de las extremidades al centro por los rádios: PATER *est* DEUS, FILIUS *est* DEUS, SPIRITUS SANCTUS *est* DEUS: esto es, trinidad y unidad á un mismo tiempo. Por lo demás, en ello no hay mas que una *exposicion*, y no una *explicacion* del dogma de la santísima Trinidad; hay lo suficiente para apartar de él la contradiccion y no dejar sino el misterio.

Dejemos hablar aquí á d'Aguesseau, cuyo superior talento dará nuevo realce á nuestras reflexiones:

«Todos los argumentos de los enemigos de la religion cris-«tiana se fundan en el único supuesto de una contradiccion «real en el misterio de la santísima Trinidad; contradiccion «que jamás llegarán á demostrarnos. Las consecuencias que de «aquí deduzcan deben por lo mismo ser necesariamente fal-«sas; y, léjos de que la razon las favorezca, sucede todo lo «contrario: cuanto mas perfecta y mas ilustrada es, mas sien-«te y reconoce sus defectos.

«Es además muy digno de notarse; y esta reflexion se os «ocurrirá por sí misma, Señor, que el misterio de la santísi-«ma Trinidad, que creemos el mas incomprensible de todos, «es no obstante el que parece haberse hecho mas accesible «que ningun otro á la filosofía mas sublime y racional de la «antigüedad, es decir, á la de Platon; de modo que de lo que «ella nos dice sobre esta materia no hay mas que un paso á lo «que la Religion nos enseña. Parecia á los platónicos tan po-«co contrario á la razon este dogma, que uno de ellos admi-«tió hasta con entusiasmo la introduccion del Evangelio de «san Juan, diciendo que no sabia comprender cómo una filo-«sofía, que él llamaba bárbara respecto de la de los griegos, «hubiese podido adelantar tanto [1]. En esto se ve cuán verdad «es que en materia de ideas y de raciocinios metafísicos es «siempre peligroso esforzar demasiado los argumentos saca-«dos de la razon, tan varia en estas materias, que lo que unos «creen que le es enteramente contrario, lo consideran otros «como la obra maestra de la misma razon. Esta reflexion po-«dria servir para establecer la gran verdad de que en lo que «concierne á la Divinidad solo Dios merece ser creido, y que «nuestra razon es siempre muy débil, cuando no se halla sos-«tenida y confortada por la autoridad de la revelacion [2].»

El dogma de la Trinidad, como todos los demás dogmas cristianos, se encuentra bajo formas confusas y alteradas en cási todas las teologías de los antiguos pueblos. Esto prueba

[1] Decia que estas primeras palabras del Evangelio de san Juan: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, deberian estar escritas con letras de oro en las portadas de todos los templos. — (San Agustin. *De la Ciudad de Dios*, lib. X, cap. 29).

[2] D'Aguesseau, *Cartas sobre varias materias*, t. XVI de sus obras, páginas 143, 144.

Esta última reflexion es tanto mas notable en la pluma de d'Aguesseau, cuanto era *cartesiano*; sostenia los derechos de la razon, y sobre todo la justificaba mejor que nadie por la fuerza de la suya. Su gran principio era que solo debíamos rendirnos á la *evidencia*; pero á renglon seguido distinguia entre dos especies de evidencia, una de *luz* y otra de *autoridad*: él seguia siempre esta última en tratándose de metafísica re-

que no hay mas que una sola Religion fundada en Adan por la mano del Criador, degenerada con su raza por todo el universo, y reedificada, completada y asegurada para siempre en Jesucristo y su Iglesia.

En efecto, Platon parece indicar la Trinidad en el *Timeo*, en el *Epinomo* y en una carta á Dionisio el Jóven: habla del Verbo con una claridad sorprendente. Segun él, el Verbo muy divino arregló el universo y lo hizo visible [1]. Habia aprendido el dogma de la Trinidad de Timeo de Locres, que á su vez lo habia aprendido de la escuela itálica. Los pitagóricos reconocian la excelencia del ternario: el TRES no es engendrado y engendra todas las demás fracciones, por cuya razon la escuela pitagórica le daba la calificacion de número sin *madre*. Los estóicos enseñaban la misma teología, segun refiere Tertuliano, citando á Zenon y á Cleanto. En la India, en Persia y en Egipto se vuelve á encontrar esta triple unidad en todas las degradaciones del teismo, y siempre el *Verbo*, la *palabra*, el *logos*, como la mas elevada manifestacion del espíritu divino. En fin, los misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la religion de los salvajes de Otaiti [2].

¿De dónde pueden proceder todas estas semejanzas entre pueblos tan diferentes y sobre una materia tan abstracta, sino de una revelacion hecha al hombre por el mismo Dios?

Esta induccion se trocará en demostracion luego que hayamos expuesto lo que aun nos resta que decir.

Ya nadie duda que la doctrina platónica sobre la Trinidad se remonta hasta la filosofía oriental. Los progresos hechos últimamente en las investigaciones asiáticas han puesto esta suposicion fuera de toda controversia. El *Oupnekhai*, compilacion pérsica de los Vedas, traducida y publicada por Anquetil-Duperron, contiene muchos pasajes mas análogos aun á las doctrinas cristianas que las alusiones de los filósofos griegos. Vamos á insertar dos, sacados de los extractos que el conde

ligiosa, lo que es seguir aun la razon, cuando se considera que se debe creer.— Los filósofos de nuestros dias no han reflexionado suficientemente sobre sus títulos, cuando se llaman *cartesianos*, y á favor de esta palabra se han puesto á cubierto bajo los grandes nombres de los *cartesianos* del siglo XVII: Fenelon, Malebranche, Bossuet, d'Aguesseau, etc. Hay *cartesianos* y *cartesianos*. — Tambien Spinosa era *cartesiano*.— Pero tambien es verdad que la filosofía ecléctica no rechaza á Spinosa, ¡y hasta ha encontrado el secreto de compartir su incienso entre él y Fenelon !!!

[1] Plat., t. II, p. 986, *in Epinomid.* — Filon, Proclo, Salustio el filósofo y otros platónicos contienen indicaciones de esta creencia mas claras todavía.

[2] Véase á Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, t. I, lib. I, cap. 3, y en los *Estudios históricos*, en los cuales hay una nota muy erudita, sobre este asunto, de Lenormant, que acompañó á Champollion á Egipto.

Lanjuinais hizo de la obra:—«El *Verbo* del Criador es el mis-«mo, el Criador y el grande *Hijo* del Criador.—*Sat* (la ver-«dad) es el nombre de Dios, y Dios es *Trabrad*, es decir, tres «veces no haciendo mas que uno [1].»

En el siglo pasado los enemigos del Cristianismo, y principalmente Dupuis, se habian aprovechado de estas coincidencias y las habian exagerado hasta llegar á deducir de ellas que el Cristianismo no era mas que una emanacion de la escuela filosófica que floreció en Oriente mucho antes de la venida de Jesucristo; pero desde entonces la ciencia filológica ha ido progresando, y esta suposicion ha sido confundida por el descubrimiento de un enlace manifiesto entre todas aquellas falsas nociones de la Trinidad esparcidas por el Oriente y desde aquí por el Occidente, con la tradicion judáica, es decir la revelacion primitiva, á la cual únicamente la revelacion cristiana se enlaza con una claridad tan pura y tan superior, que no es posible describir en ella mas que una emanacion del mismo espíritu y una reaparicion de la misma luz que brilló sobre la cuna del género humano [2].

En nuestros dias está probado que la China tuvo tambien su escuela platónica: las doctrinas de su fundador Laotseu tiene una semejanza demasiado marcada con las opiniones de la Academia, para que no se las considere como vástagos de una misma familia. Los primeros misioneros habian publicado algunos extractos de sus escritos y varios pormenores de su vida; sin embargo estos extractos eran incompletos, y los detalles sembrados de fábulas. Sobre ambas cosas debemos á Abel Rémusat una memoria sumamente interesante [3], y por ella vemos que en las obras de Laotseu no solo constan los principios fundamentales de Platon, sino que el sabio orientalista francés hasta ha notado semejanzas de expresion, que no pueden explicarse sino admitiendo algun punto de contacto entre el filósofo ateniense y el filósofo chino [4]. La doctrina de una Trinidad se halla tan claramente expresada en los escritos de este último, que no puede dejar de reconocerse; pero

[1] *Diario asiático*, París, 1823, t. III, pág. 15-83.

[2] Así lo esperaban los judíos; testigo, además de las profecías, el siguiente pasaje ya citado de un antiguo comentario de los Libros santos muy respetable entre ellos: «¿Sa-«beis cuál es esta luz tan resplandeciente, que verá el pueblo que anda en las sombras «de la muerte? Es la luz del primer dia de la creacion, que Dios ocultó en seguida á las «miradas de los hombres hasta la venida del Mesías.» (*Medrasch-Thauhhuma*).

[3] Memoria sobre la vida y opiniones de Laotseu, filósofo chino del siglo VI antes de nuestra era, que habia profesado las opiniones que comunmente se atribuyen á Pitágoras, á Platon y á sus discípulos: París, 1823.

[4] Véanse las pág. 24-27.

hay especialmente un pasaje en que lo es de una manera que revela su primer orígen:

«Lo que buscais y no hallais se llama J; lo que oís y no en-«tendeis se llama *hi* (la letra H); lo que vuestra mano busca y «no puede tocar se llama *Wei* (la letra V) [1]. Estos tres son im-«penetrables, y reunidos no forman mas que uno solo. Ni el «primero de ellos es mas brillante, ni el último es mas oscuro «que los otros. Hé aquí lo que se llama forma sin forma, imá-«gen sin imágen, un ser indefinible. Remontaos, y no encon-«traréis nunca su principio, descended, y jamás podréis des-«cubrir en dónde termina.»

Este extraordinario pasaje no tiene necesidad de comentarios, pues contiene evidentemente el dogma de la Trinidad. Lo que mas llama la atencion son las tres sílabas de que se compone el nombre de la esencia trina y una. Abel Rémusat observa que J H V son mas bien tres sílabas que tres letras, porque las sílabas expresadas en el texto chino no forman sentido en su lengua, y son por consiguiente la representacion de las letras solas [2]. Aquellas letras deben ser, pues, un nombre extranjero, y en vano lo buscaríamos en otra parte que no fuese entre los judíos. Su nombre inefable, como ellos lo llamaban, y que nosotros pronunciamos JEHOVAH, se encuentra desfigurado de mil maneras en los misterios de muchas naciones paganas [3]; pero en ninguna lo está menos que en este pasaje del filósofo chino, y seguramente no pudo expresarse en su lengua de otra manera que mas se pareciese á la palabra original [4].

El sabio orientalista francés, léjos de ver en esta etimología ninguna inverosimilitud, procura corroborarla con argumentos históricos que descubren mejor su probabilidad; pues establece, por medio del estudio de las tradiciones, que el filósofo chino Laotseu habia hecho, antes de la publicacion de sus doctrinas, un viaje filosófico al Occidente que debió extenderse hasta la Palestina, y que pudo coincidir con el que en aquella época hizo Pitágoras á los mismos países, por cuyo

[1] Al través de estas misteriosas enunciaciones se distingue sin embargo el *principio* (lo que buscais), — el *verbo* (lo que oís), — y el *espíritu* (lo que la mano no puede tocar).

[2] Como cuando entre nosotros se pone una A que significa *absuelto ó aprobado* una V *veto*, etc.

[3] ¿Se originará de aquí la palabra JOVIS, Júpiter? Esta es la opinion de todos los filólogos.

[4] Pronunciando la palabra china I-hi-wei, segun sus sílabas, se parece mucho mas á la hebrea *Jehovah*, tal como la pronunciaban los hebreos orientales, que no se parece á la palabra *Christus* el *Chi-li-si-tu-su*, de que se sirven para expresarle.

medio, esto es, por los viajes de aquellos sabios, se desparramaron por el Oriente y por el Occidente aquellas misteriosas doctrinas que se han encontrado despues en medio de naciones tan distantes entre sí [1].

De modo que todas estas analogías reconocen un orígen comun, y este orígen no puede ser otro que la revelacion primitiva, cuyo depósito habia sido confiado al pueblo judío, y en la cual la razon de los grandes filósofos habia buscado inspiraciones [2].

Es preciso, sin embargo, tener presente una objecion que parece querernos arrebatar los beneficios de esta conclusion en el mismo momento de irlos á recoger. — Para admitir una relacion cualquiera de dependencia entre las filosofías griega y china y la doctrina judáica sobre la Trinidad, por mas luminosas que sean sus analogías, es forzosamente indispensable que la nacion judía hubiese estado antes en posesion de esta doctrina, á lo cual se contestará que no hay ningun monumento que lo atestigüe. En el Antiguo Testamento, se dirá, ni una sola palabra se encuentra que suponga el conocimiento del dogma de la Trinidad; por consiguiente, ¿cómo puede decirse que en él tiene su orígen?

Semejante objecion es muy superficial. Cualquiera puede convencerse de que el pueblo judío estaba imbuido en el dogma de la Trinidad, consultando las Escrituras y la tradicion de este pueblo.

Es verdad que en sus Escrituras no se halla explícitamente revelado este dogma, pero está implícitamente contenido en ellas, pues todo el lenguaje de los Libros santos lo supone. Principalmente en el *Génesis*, el primero de estos libros, hay

[1] Otros sabios, entre ellos Windischmann y Klaproth, son del mismo parecer que Abel Rémusat. — En apoyo de este modo de pensar, ahí va un hecho que descubre visiblemente el curso de la tradicion indo-china y la fuente de donde emana y que nos cuenta el misionero Mr. Huc, en una carta muy curiosa sobre la Tartaria china, en los *Anales de la Propagacion de la Fe*, del mes de julio de 1847: «Todos los lamas, grandes y «pequeños, discípulos y maestros, dicen que la verdadera doctrina viene del Occiden«te, en lo que todos están contestes. *Cuanto mas adelantaréis hácia el Occidente*, nos de«cian, *tanto mas pura y luminosa se os presentará la doctrina*. El lama que ha hecho un «viaje á este pais es mirado como un hombre superior, como un *vidente*, ante cuyos ojos «han sido descubiertos todos los misterios de las vidas pasadas y venideras, en el seno «mismo del *eterno santuario*, y en la *tierra de los espíritus*.» ¿Cuál es esta *tierra de los espíritus* que de esta manera se halla al Occidente para los filósofos chinos, y al Oriente para los griegos, y á la que iban de una á otra parte para aprender la verdadera doctrina? ¿Seria quizás la *Tierra Santa*?

[2] Hemos sacado estas curiosas ideas sobre la semejanza de la doctrina china, tocante á la Trinidad, con las doctrinas judáicas, del *Discurso II sobre las relaciones entre la ciencia y la religion revelada*, por Wisseman. — Lo que vamos á añadir confirmará mas aun esta etimología.

muchos pasajes en que la Divinidad habla y obra claramente en *plural*, conservando empero una perfecta *unidad;* por ejemplo, aquellas palabras: «Dios dijo: *Hagamos* al hombre á *nues-*«*tra* imágen y semejanza, etc. [1],» nos muestran el consejo de las personas divinas reunido para imprimir en nosotros su imágen, por la cual podrémos, consultándola en adelante, llegar tal vez á adquirir alguna inteligencia del misterio de Dios tan estrechamente ligado con el misterio del hombre. Confesamos, sin embargo, que si este pasaje estuviera solo, ó si no hubiera mas que otros pasajes análogos, no seria bastante motivo para inducir la creencia en una pluralidad de personas en Dios. Podríamos no ver en ellos mas que una manera mas noble de hacer hablar la única y suprema personalidad divina, como hablan los reyes de la tierra y promulgan su voluntad, expresando del modo siguiente la plenitud de su poder: *Nos*, etc. Pero ¿cómo podrémos dar una interpretacion semejante á este pasaje: «Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre «que edificaban los hijos de Adan (la torre de Babel), y dijo: «Hé aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno «mismo, y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de lo «que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra; VENID, «pues, *descendamos* y *confundamos* ahí su lengua de manera «que ninguno entienda el lenguaje de su compañero; y de «este modo los esparció el Señor [2]?» —¿Se quiere algo mas formal todavía? Despues de la transgresion original, dijo el Señor Dios: «Hé aquí á Adan, hecho como UNO DE NOS, sabien-«do el bien y el mal; ahora, pues, *impidámosle* que alargue su «mano, y tome del árbol de la vida y viva para siempre. El «Señor Dios lo echó del paraíso del deleite, etc. [3].» — Estos pasajes, que fácilmente podríamos multiplicar, no necesitan comentarios, pues revelan en el Señor una pluralidad de personas distintas: VENID, PUES, — UNO DE NOS, y no perjudican, sin embargo, al gran dogma de la unidad divina, tan capital entre los judíos, y que hace resaltar tanto mas aquellas locuciones inconciliables con él, si no queremos ver en ellas el misterio de la Trinidad. Por esto los ciegos judíos, que no han querido admitir el Cristianismo, bajo pretexto de que las adoraciones que en él se tributan á Jesucristo se defraudan á Dios, han quedado siempre perplejos cuando se les han recordado estos pasajes.

[1] Genes. I, 26.
[2] Genes. XI, 5, 6, 7, 8.
[3] Idem. III, 22.

Pero vamos adelante: para designar á la Divinidad se han empleado en la sagrada Escritura dos expresiones muy notables: la una es JEHOVAH, la otra ELOIM. La primera, segun el parecer de todos los hebraizantes, correspondió siempre á la idea de la suprema esencia, del ser mismo de Dios considerado en su sustancia, á diferencia de ELOIM que se aplica mas especialmente á la idea de Dios con relacion á su presencia y á su poder [1]. Una de estas expresiones, JEHOVAH, está siempre en singular, y la otra siempre en plural. ELOIM significa, en efecto, los *Dioses* ó tiene un sentido análogo; y es tan enérgica esta pluralidad, que en una obra titulada *Eloim* ó *Los Dioses de Moisés*, el autor quiso fundar sobre ella la extravagante opinion de que la nacion judía era politeista [2]. Pero lo que destruye esta opinion aislada y confirma la nuestra, que tiene á su favor las mas imponentes autoridades, es que aquella palabra, que está siempre en plural, rige tambien siempre al verbo que la sigue en singular. Particularmente se observa esto en el primer versículo del Génesis, que traducido palabra por palabra debe leerse de este modo: «En el principio los *Dioses* HIZO el cielo y la tierra.»

Paguin, Marcelo de Serres y William Jones no vacilan en ver en la palabra ELOIM, y en el uso que de ella se hacia, una expresion misteriosa, que da á entender de una manera oculta la existencia de muchas personas en Dios, y que tiene las analogías de esta interpretacion en diversos pasajes de la Escritura [3].

Juan Jorés, judío convertido en Inglaterra hace unos cuarenta años (decia William Jones en 1800), publicó sobre esta materia un elocuente escrito que dirigió á sus hermanos incrédulos todavía, en el cual les expuso *sus motivos para renunciar á la religion judía y abrazar la de los cristianos*. El argumento que oponeis al Cristianismo, les decia, es que la divinidad de Jesucristo trastorna enteramente los principios de vuestra religion, que tienen por base *la unidad de Dios*. Pero esta unidad debe entenderse de la *esencia* y no de la *persona*. En la *esencia* puede hallarse comprendida mas de una persona; y en prueba de este último punto, entre otros argumentos, cita Juan Jorés á sus hermanos de otro tiempo el uso que hacian de la palabra ELOIM, que pertenece al plural, y de la cual

[1] Véase á Paguin y Marcelo de Serres, t. II, pág. 135.

[2] Mr. Lacour.

[3] Paguin, Marcelo de Serres, ya citados; —William Jones, *De la Trinidad segun las luces de la fe y las doctrinas de la religion católica.*

se sirven para expresar la idea de Dios, haciéndole regir un verbo cuyo sentido expresa el singular.

Los que hayan admirado estos argumentos á favor de la verdad de la creencia en el dogma de la Trinidad entre los judíos continuarán admirándose, y se admirarán mas cuando sepan que esta creencia no habia recibido, en todo el curso del Antiguo Testamento, una explicacion tan explícita y tan clara como la que le dió el Evangelio, ni tanto siquiera como la que hemos visto en los escritos de los filósofos citados. Vamos á contestar á esta réplica, y creemos poder hacerlo de una manera satisfactoria. Al propio tiempo completarémos la demostracion que hemos emprendido, disipando las últimas sombras que oscurecen aun la verdad que es su objeto.

Uno de los caractéres particulares y mas expresos de los libros inspirados del Antiguo Testamento es contener todas las verdades esenciales de nuestra fe, pero solo de una manera infusa, latente, oscura. El Mesías (tal era la creencia admitida entre los judíos) debia venir á romper los sellos del Testamento y á poner de manifiesto todas las verdades. En él debian todas las creencias venir á completarse, á desarrollarse, á *objetivarse*, y como no estaban mas que medio entreabiertas y como cubiertas con un velo, dormitaban, por decirlo así, esperando la luz que se habia de revelar á las naciones: *Lumen ad revelationem gentium.* San Agustin fue muy feliz, cuando para expresarnos esta verdad nos dijo hablando de los dos Testamentos: *In vetere novum latet, et in novo vetus patet.*

Sin embargo, aun antes de la venida de Jesucristo y á la par de los Libros santos, existia una tradicion sagrada, de la cual era depositaria la Iglesia ó la Sinagoga, que tenia su orígen en la revelacion primitiva ó en las instrucciones orales que, segun el sentir de los mas célebres rabinos, Moisés recibió de Dios sobre la montaña además de las tablas de la Ley, y que contenia una gran cantidad de preceptos y doctrinas no escritas ni oficiales, sino confiadas al cuidado del cuerpo de los sacerdotes, y progresivamente comunicadas y esparcidas por ellos entre el pueblo, que no hubiera sido capaz de conservarlas y las hubiera hecho degenerar en supersticion, si se le hubieran entregado sin discernimiento y sin restriccion. Apenas se habia hecho alusion en la ley escrita á estas secretas y mas sublimes doctrinas, pero no era permitido á los doctores el ignorarlas. Por esto hablando Jesucristo sobre el precepto de *renacer de nuevo*, le dijo á Nicodemo: ¿ERES

maestro en Israel é ignoras esto? Sin embargo, *esto* no se hallaba en la ley escrita. Lo mismo debe decirse del gran dogma de la inmortalidad del alma, del dogma de la Resurreccion, del misterio de la Encarnacion, y por último del de la Trinidad. Apenas encontramos vestigios de estas sublimes doctrinas en los libros canónicos de los judíos; y sin embargo, es indudable que los judíos, instruidos y aplicados á la ciencia de Dios, no las ignoraban, aunque es verdad que no tuvieron su entero desarrollo hasta el Catolicismo.

Un judío célebre, que tenia profundo conocimiento de todos los autores de su nacion, y á quien eran tan familiares los escritos de los rabinos, como lo son para nosotros los autores clásicos al salir de la universidad, se convirtió al Catolicismo, del cual es en el dia uno de los mas decididos defensores, por el descubrimiento de la grande é incontestable verdad de que entre los judíos hay una série de tradiciones que no reciben su desarrollo sino por el Catolicismo, y que ellos poseian una teología secreta que ha sido manifiestamente conservada y continuada por nuestra Iglesia. Hablamos del sabio Molitor de Francfort, autor de dos volúmenes llenos de interesantes indagaciones sobre esta materia, y cuyo título es: *La filosofía de la historia ó de la tradicion.*

Sin profundizar en este estudio, nos limitarémos á citar de él un solo artículo radiante de evidencia y que, tomándolo como tipo de los demás, nos llevará á la conclusion de esta parte de nuestro asunto.

Por poco que examinemos los antiguos comentarios ó tratados teológicos de los judíos, que son con relacion á los Libros inspirados propiamente dichos lo que los escritos de los Padres respecto del Nuevo Testamento, llamará ciertamente nuestra atencion encontrar en ellos tal prenocion de los principales artículos de la fe católica, que se diria fueron escritos bajo la inspiracion de la nueva Ley, lo cual no puede provenir sino de una tradicion sagrada, puesto que no se encuentra rastro de ella en las santas Escrituras propiamente dichas.

En el libro del *Eclesiástico*, por ejemplo, cuya composicion se remonta indudablemente á doscientos años antes de Jesucristo, segun confesion de los judíos, sorprende encontrar la doctrina del *Verbo*, Hijo de Dios, de su generacion y de su coexistencia en términos que hacen presentir la magnífica introduccion del Evangelio de san Juan, y es muy natural el pensar que es de la propia fuente de donde habia

sacado el talento de Platon lo que dijo sobre esto mismo [1].

Pero hé aquí lo que se refiere de mas cerca al misterio de la Trinidad, y derrama una luz mas viva sobre la relacion ya entrevista por Abel Rémusat entre las filosofías griega y china, y la doctrina de los judíos acerca de este gran misterio.

Hay un libro muy antiguo, conservado siempre con gran veneracion entre los judíos, titulado el *Zohar*. Escuchad lo que decia no há mucho tiempo sobre este libro un hombre tan célebre por su profundo saber como por su eminente piedad, y cuya conversion al Catolicismo deberia ser para el judaismo, del cual fue uno de los mas sabios doctores, un gran motivo para reconocer la verdad: «El *Zohar* es sin duda uno «de los mas preciosos monumentos de la antigüedad judáica; «contiene tradiciones de la Sinagoga que pertenecen á los «tiempos mas remotos y que ya entonces anunciaban, bajo «términos místicos, muchas verdades fundamentales del Cris- «tianismo, ¿nos será permitido decirlo? los misterios mas for- «midables de nuestra santa fe, que podemos y debemos ado- «rar y no profundizar. Los judíos, á pesar de profesar una gran «veneracion á este libro que llaman *Zohar, hakkadosch*, el «*Santo Zohar*, no ven ni quieren ver en él estas pruebas evi- «dentes de la verdad católica. Si se interpone un velo de hier- «ro entre sus ojos y las profecías del Antiguo Testamento, tan «claras cuando se las lee sin prevencion, en el mismo caso «están el *Zohar* y otros libros antiguos, donde se hallan estas «preciosas tradiciones de la *Iglesia antigua*, la Sinagoga, fiel «hermana primogénita de la Iglesia católica, y hablando con «mas propiedad, la misma *Iglesia* en distinta época [2].»

Hé aquí lo que se lee en la página 37 de esta obra con motivo de aquel versículo del Deuteronomio: «Oye, Israel, el Se- «ñor Dios nuestro es el único Señor [3],» que traducido literalmente debe leerse así: «Oye, Israel, Jehovah, Elohe-nou, Jehovah es *uno*.» Hé aquí lo que dice el *Zohar* sobre este pasaje:

«*Hay* DOS *á los cuales se junta* UNO, *y son* TRES, Y SIENDO TRES, «NO HACEN MAS QUE UNO.—*Estos dos son los dos Jehovah* del «versículo: Oye, Israel... *Elohe-nou es el que se les junta*.»

[1] Véanse las citas anteriormente hechas de muchos pasajes de este tomo, en la página 474 del tomo I. — La misma doctrina se vuelve á encontrar en los *Proverbios de Salomon*.

[2] Noticia sobre el *Talmud*, por el caballero Drach, bibliotecario honorario de la Propaganda de Roma. — (*Universidad católica*, número de junio de 1843). — Drach era antes primer rabino de París.

[3] Deut. VI, 4.

¿Qué puede desearse de mas formal en tratándose del misterio de la Trinidad, y cómo puede dejar de notarse la extraordinaria relacion que hay entre este pasaje y el del filósofo chino acerca de la palabra J, HEI, WEI, ó J H V, y no participar de la opinion de Abel Rémusat, de Windischmann y de Klaproth, que colocan el orígen de esta nocion confusa del misterio de la Trinidad, esparcida en las filosofías griega y china, entre los verdaderos adoradores de JEHOVAH, los judíos, nuestros padres en la fe?

Por esto cuando aquella luz, que desde el pueblo judío solo dejaba ver su aurora á los demás pueblos, se hubo levantado sobre el mundo en la persona de Jesucristo, uno de sus discípulos, Juan el pescador, tomando el vuelo del águila y remontándose infinitamente sobre la tierra, sobre el aire y sobre los cielos, sobre el ejército de los Ángeles y los coros de todas las potestades invisibles, en una palabra, sobre todo *lo criado* hasta colocarse al lado *del Criador*, proclamó la generacion del Verbo de la manera siguiente: «En el principio era el Ver«bo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en «el principio con Dios; todas las cosas fueron hechas por él, «y nada de lo que fue hecho se hizo sin él. En él estaba la vi«da, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas «resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron. Á lo «suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le re«cibieron, les dió poder de ser hechos hijos de Dios... y el «Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su «gloria, gloria como de *Unigénito* del Padre, lleno de gracia «y de verdad.» Al acento de estas palabras cayó el velo de los ojos de un gran número de platónicos, que reconocieron en ellas la doctrina de su antiguo maestro pasada al estado de revelacion celestial; y los Justinos, los Clementes, los Orígenes y todos los talentos filosóficos de aquel tiempo creyeron que intervenia en ellas la inteligencia divina, y que solo el mismo *Verbo* de Dios podia expresarse así por boca de un hombre que no habia conocido hasta entonces mas que sus redes.

El misterio de la Trinidad salió entonces de las abstracciones filosóficas, y se reveló con toda claridad á los hombres en la participacion de las tres personas divinas en la obra de nuestra redencion: el *Padre* que la promete, el *Hijo* que la ejecuta, el *Espíritu Santo* que la consuma. El Verbo de Dios hecho carne, visto en la tierra, *enviado* de Dios su Padre, *enviando* despues de él el Espíritu consolador para atraernos á

sí y llevarnos él mismo á Dios, y para consumarnos por la Trinidad en la unidad, que es la verdad, el amor y la vida. ¡Qué manifestacion tan tierna de la naturaleza divina! ¿Quién no la comprende tambien al leer aquellas amables palabras del Testamento de Jesucristo á sus discípulos y á todos los cristianos que debian sucederles? «Yo soy el camino, la ver-«dad y la vida: nadie viene al *Padre* sino por mí. Salí de mi «Padre y vine al mundo; ahora dejo al mundo y vuelvo al Pa-«dre, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para «que more siempre con vosotros, el *Espíritu de verdad*, á «quien no puede recibir el mundo, porque no lo ve ni lo co-«noce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vos-«otros y estará en vosotros. Cuando os haya dejado, os atraeré «hácia mí, á fin de que donde yo esté, podais estar vosotros «tambien. En aquel dia conoceréis que yo estoy en mi Padre, «vosotros en mí y yo en vosotros. *Como el Padre me amó, así «tambien yo os he amado.* Perseverad en mi amor. Mi manda-«miento es que os ameis los unos á los otros, *como yo os amé á «todos.* Al que me ama, mi Padre le amará, y vendrémos á él, «y harémos en él nuestra mansion. ¡Padre santo! guarda por «tu nombre á los que me diste; para que sean UNO *como nos-«otros.* No pido solamente por ellos (los primeros Apóstoles), «*sino tambien por los que deben creer en mí por su palabra,* á fin «de que TODOS *no formen mas que* UNO, *y así como Vos, Pa-«dre mio, estais en mí y yo en Vos, sean ellos tambien* UNO *en «nosotros.* ¡Padre mio! quiero que donde yo estoy estén tam-«bien conmigo todos los que me disteis, á fin de que vean la «gloria que me habeis dado, y como me amásteis desde antes «de la creacion del mundo [1].»

¡Qué sublime doctrina! ¡cómo eleva al hombre sin rebajar en nada la dignidad de Dios! Entendámoslo bien: debemos amarnos unos á otros, dice Jesucristo; y ¿cómo quién? *Como él nos amó á todos.* Y ¿cómo nos amó él? *Como le amó su Padre.* Y ¿cuál será el resultado de este amor? Hacer que seamos TODOS UNO, *de la misma manera que son uno el Padre y el Hijo unidos por el Espíritu Santo;* realizar en nosotros la *unidad,* es decir, la vida misma de Dios; y como si no fuera bastante el asociarnos á esta unidad *(como Vos, Padre mio, estais en mí y yo en Vos, así sean ellos una misma cosa en nosotros);* uniéndonos á todos, los unos á los otros, con el mismo amor y con la misma unidad que brilla en el misterio de la Trinidad, identificarnos con Jesucristo y por medio de Jesucristo con

[1] Joan. XIV, XV, XVI.

Dios, y hacer así del hombre una de las tres personas divinas, y hasta cierto punto un Dios.

«¡Oh grandeza! ¡oh dignidad de la Iglesia! ¡oh santa so-«ciedad de los fieles, exclama aquí Bossuet, que debe ser tan «acabada y tan perfecta, que Jesucristo le da por modelo la «misma unidad del Padre y del Hijo, y del Espíritu que de «ellos procede! Sean uno, dice el Hijo de Dios, no como los «Ángeles, ni como los Arcángeles, ni como los Querubines, «ni como los Serafines, sino *uno*, dice, *como nosotros* [1].»

Los idiomas son impotentes para expresar esta doctrina en toda su sublimidad; y sin embargo, la doctrina es la verdad, y esta verdad se hace sentir de todos los que la ponen por obra y la introducen en su alma por medio de la recepcion del Espíritu de gracia y de caridad, del cual decia Jesucristo que: *El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve, ni lo conoce; pero vosotros*, añadía dirigiéndose á sus discípulos, *lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros.*

IV. Apoyada en esta doctrina pudo la razon humana ejercitar sus fuerzas en penetrar la naturaleza divina y adquirir algun conocimiento de aquel grande espectáculo que se nos dará á contemplar en el cielo.

Llegados á este lado filosófico de nuestro asunto, no queremos entrar porfiadamente en las altas y peligrosas especulaciones que desde el principio hemos evitado; pero habiendo una filosofía, cuya tendencia final es el *ateismo*, falseado el misterio de la Trinidad para hacerlo servir á sus funestos sistemas, hay una utilidad práctica en desarmarla y confundirla, oponiéndole la filosofía verdadera, natural auxiliar de la fe, á quien devuelve en argumentos lo que de ella recibió en inspiraciones.

La doctrina católica de la Trinidad nos da de la naturaleza de Dios la idea mas conforme á las exigencias de la pura razon; sin ella seria imposible al espíritu humano formarse una idea lógica del carácter divino.—Esta proposicion nos parece susceptible de una demostracion rigurosa, exigiendo solo de nuestra parte un exámen muy detenido.

1.° En efecto, todo lo que la razon puede imaginar del carácter de Dios consiste en representárselo como un espíritu soberano, esencialmente dotado de pensamiento y de amor en el grado mas infinito. Quitad á Dios la propiedad de pensar y de amar, y le habréis quitado lo que lo constituye espíritu y

[1] Bossuet, *Sermon del misterio de la santísima Trinidad.*

alma, y por consiguiente, rehusándole lo que distingue á la criatura mas humilde en el órden de los seres pensadores, lo habréis aniquilado. Ó Dios es inferior al hombre, dijo Mr. Cousin, ó posee al menos cuanto hay de permanente y de sustancial en el hombre, *con la infinidad además* [1]. Para figurarse racionalmente á Dios es, pues, preciso formarse idea de un ser en quien la propiedad de pensar y de amar sea esencial é infinita.

2.° Pasemos mas adelante: no basta reconocer en Dios esta propiedad, este fondo esencial de su naturaleza intelectual; es menester además admitirla en constante actividad, y por consiguiente dotada de un objeto sobre que pensar y de un movimiento de amor en los cuales se ejerza con toda su plenitud; de otra manera seria forjarse una concepcion de la Divinidad para verla desvanecerse en seguida; seria negarle luego lo que antes le habríamos concedido. Es además preciso que ese objeto sobre que pensar y ese movimiento de amor, en quienes ejerce Dios su naturaleza pensadora y amante, sean correspondientes y adecuados á la infinidad de esta naturaleza; porque no puede concebirse el Ser eterno é infinito, ni un solo instante, ni sobre ningun punto, desprovisto de actividad en su facultad de pensar y de amar; pues siendo todo inteligencia y amor, equivaldria á decir que no es eterno é infinito. Dios ha debido pensar siempre, Dios ha debido amar siempre; por consiguiente, lo que en él es pensamiento y amor, debe serle coeterno, coexistente y coinfinito. *Orta autem simul est cum mente divina,* dice Ciceron, hablando de la recta razon de Dios, *recta ratio summi Jovis* [2]. Sin estas condiciones y estos caractéres toda idea de Dios se desvanece para la razon.

3.° Fácil es ver ahora que su concordancia no es otra cosa que el misterio católico de la Trinidad, y que supone necesariamente en Dios unidad de naturaleza entre él, su pensamiento y su amor, y en esta unidad supone Trinidad.

No puede haber mas que un *infinito;* y es esto una verdad que lleva en sí misma su evidencia. Dos *infinitos* implican contradiccion, porque se *finitan*, es decir, recíprocamente se destruyen. Si, pues, lo que es pensamiento y lo que es amor en Dios deben ser infinitos, como acabamos de reconocer, es necesariamente indispensable que sean de la misma naturaleza

[1] *Pensamientos de Pascal;* Memoria presentada á la Academia francesa, por Mr. V. Cousin, prólogo, pág. 44.

[2] *De legibus*, lib. I.

que Dios, consustanciales á Dios, Dios mismo, supuesto que solo Dios es infinito.

Pero por otra parte es necesario que este pensamiento y este amor sean *distintos en él* de la facultad que tiene de pensar y de amar. Toda actividad supone una relacion, y esta relacion supone dos términos: el sujeto y el objeto. No concebimos el pensamiento sino como un *producto* de la inteligencia, y por consiguiente distinto de la inteligencia. En la inteligencia que piensa hay *una cosa* que no hay en la inteligencia que no piensa: el *pensamiento*. El genio de Homero hubiera podido no producir la Ilíada; por consiguiente, la Ilíada es *una cosa distinta* de la inteligencia de Homero. Lo que decimos del pensamiento puede decirse tambien del amor, con la única diferencia que cuando este es recíproco, procede á la vez de dos seres á quienes reune. La consideracion precedentemente establecida de que Dios no puede concebirse un solo instante desprovisto de pensamiento y de amor, no destruye esta distincion; solamente que pone lo necesario en el lugar de lo contingente, y lo infinito en el lugar de lo finito. La inteligencia divina engendra su pensamiento desde toda eternidad: lo que nosotros hacemos sucesivamente y por intervalos lo hace ella una sola vez, y esta vez es siempre.

Es preciso, pues, que lo que es pensamiento y lo que es amor en Dios sean idénticos á Dios mismo, en cuanto á la sustancia, y sin embargo distintos en él de la misma facultad que tiene de pensar y de amar.

La razon debe tener presente todo esto para poder comprender la idea de Dios.

Hé aquí, pues, el misterio de la Trinidad que nos descubre tres personas [1] en un Dios: el *Padre* engendrando un pensamiento eterno, que es su *Hijo*, y que lo ama y es amado por él con un amor que procede igualmente del uno y del otro, y es el *Espíritu Santo*.

No vacilemos en decir que por mas misteriosa que parezca semejante doctrina, es la única que permite á la razon formarse una idea consecuente y lógica de Dios. Sin ella la filosofía carece de derecho para pronunciar tan augusto nombre; porque ó no es mas que una preocupacion que ella no puede comprender, ó si le estrecha, degenera en absurdo, porque por

[1] No debe preocuparnos la palabra *persona*; pues en el lenguaje teológico no se emplea tanto porque expresa rigurosamente la cosa, como porque no ha sido posible expresarla con otra palabra mas propia.—*Cum quæritur quid tres, magna prorsus inopia humanum laborat eloquium. Dictum est tamen tres personæ non ut illud diceretur, sed ne taceretur.* (August., *De Trinit.*, lib. V, c. 8 et 9; et lib. VII, c. 4).

una parte no puede rehusar á Dios lo que constituye la existencia de un ser cualquiera que son las relaciones; y por otra no puede encontrar términos para explicar estas relaciones mas que en él mismo. —Nos parece de tanto peso esta reflexion, lo decimos ingénuamente, que aun cuando jamás se hubiera recibido nocion ninguna del misterio de la santísima Trinidad, bastaria tener la verdadera idea de Dios para llegar, de deduccion en deduccion, al descubrimiento de este misterio; tan cierto es que la idea de Dios lo contiene necesariamente. Dios es mas incomprensible sin este misterio, que el misterio mismo.

Habiendo un predicador célebre dicho en cierto dia desde el púlpito que la creencia en la doctrina de la Trinidad era la vida de las naciones, y que por todas partes donde no se habia querido admitr este dogma, la vida moral y social habia sufrido menoscabo, nos pareció excesiva la proposicion; pero en la actualidad conocemos que era rigurosamente exacta, porque puede decirse que la creencia en la doctrina de la Trinidad es la creencia en el Dios verdadero, á la que sostiene y vivifica, y la salva de las caidas inevitables que no tardaria en dar hácia la supersticion y la impiedad. Es necesariamente preciso que el carácter divino vaya borrándose del espíritu de los hombres, ó que caiga y se envilezca en el círculo de las cosas finitas, si el misterio de la Trinidad no viene á rehabilitarlo y sostenerlo, imprimiéndole una actividad infinita, y realizando las facultades que le distinguen por medio de relaciones iguales á estas facultades.

Para mejor hacer sentir toda la riqueza filosófica de este misterio, debe sernos permitido recurrir á algunas analogías cuyo empleo justificarémos luego despues.

Dios se nos representa en este misterio bajo los atributos que mas convienen á su naturaleza: es un *Padre*. La fecundidad que es la propiedad del *ser* y que se revela en las mismas criaturas á proporcion que tienen mas vida y mas actividad, no podria rehusarse sin inconsecuencia al que es el Ser por esencia, y en el cual reside la plenitud misma de la vida y de la actividad. Sin embargo, todas las maravillas de la creacion no pueden expresar dignamente esta fecundidad, porque *crear* no es *engendrar;* supuesto que crear es *sacar de la nada*, y engendrar es *sacar de sí mismo*. El misterio de la Trinidad es, pues, el único que explica en Dios la facultad generadora, la verdadera *paternidad*, que es propia de la vida de los seres.

Esta paternidad es la mas fecunda, la mas sublime, la mas

digna de Dios que puede la razon concebir; porque *engendra* [1] lo que puede imaginarse de mas perfecto, pues es un ser sejante á sí mismo, y lo engendra eternamente. ¡Qué generacion! Figuraos un hombre de ingenio, uno de esos artistas á quienes el entusiasmo de los pueblos ha saludado con el epíteto de *divinos:* Platon, Miguel Ángel, Rafael, Milton, Palestrina, evocando en su grande alma el tipo, el ideal de lo bello, infinitamente superior á todo lo que nunca hayan podido darnos á conocer por la imposibilidad en que han estado de ejecutarlo: ¡qué ideas! ¡qué figuras! ¡qué cuadros! ¡qué poesía! ¡qué armonías! ¡qué cosas las que pasarian en los éxtasis de aquellos hombres inspirados, de las cuales todo lo que de ellos conocemos no es mas que una pálida sombra! comparacion grosera, pero al fin comparacion que puede ayudarnos á comprender algo de la concepcion de Dios, que es lo bello por esencia, *el Padre de lo bello,* produciendo cuanto puede imaginarse de mas perfecto, es decir, reproduciéndose á sí mismo. ¿Qué son el cielo y la tierra, la hermosura de la naturaleza y todas sus mas pasmosas maravillas? Juguetes, bosquejos, rasgos perecederos del grande Artífice que los conserva por un instante fuera de la nada de donde los sacó; pero hé aquí una obra que va á sacar de sí mismo, en la cual va á ponerse todo entero y en la que ostentará todas sus adorables perfecciones: ¡qué obra tan grande! ¡con cuánta fuerza brilla en ella la inefable paternidad de Dios! ¡paternidad incesante y eterna, porque de toda eternidad y durante toda la eternidad, aquella palabra de Dios, aquel pensamiento que es su *Verbo,* su Hijo (á saber, *la Verdad* en su mas lata y mas universal acepcion, *la Razon* misma, la recta Razon, ley soberana y señora de todas las inteligencias), sale de él sin separársele. ¡Jamás hubo misterio mas rico, mas sublime, mas expresivo de la fecundidad de aquel por quien todo es fecundado!

Ahora bien, si el amor está en razon de las perfecciones del objeto amado, ¿cuál debe ser el amor de semejante Padre por semejante Hijo, y de semejante Hijo por tal Padre? Debe ser no solo un amor, sino el Amor mismo, todo el Amor en su esencia, de la misma manera que su objeto es toda la Belleza en sus últimas perfecciones. Jamás existió idea de amor semejante á la que de él nos da el misterio de la Trinidad; jamás existió idea mas santa, mas absoluta, mas verdadera [2]. Figuraos que la

[1] *Genitum, non factum.* (Símbolo constantinopolitano).

[2] Es imposible no descubrir en todo lo que Platon dice de la belleza y del amor una prenocion del misterio de la Trinidad.

obra maestra de un grande artista, una magnífica estatua, hija de sus estudios, de sus vigilias y de sus prolongados y misteriosos trabajos, última expresion de la belleza y de la vida, ídolo de sus complacencias y de su orgullo, puede de repente animarse y recibir y dar el amor; ¡de qué modo brotará este sentimiento de su alma virginal, y saldrá al encuentro del de su padre y autor! ¡Qué amor el que va á encontrarse á sí mismo, procediendo de estos dos seres! ¡Qué union! ¡qué intimidad de relaciones va á establecer entre ambos! El artista habia trasladado á su obra toda su alma, todo su genio; y este genio y aquella alma van á volver á su principio, y á volver por el amor. La mitología personificó esta suposicion en la figura de Pigmalion, y un artista moderno [1] ha reproducido con su mágico pincel el pensamiento psicológico de esta fábula, representando entre la estatua y el artista, teniéndolos á ambos por la mano, á un niño alado, símbolo del amor, y que parece nacido de los dos seres que enlaza.

Por imperfecta que sea esta imágen, puede, no obstante, descubrirse en ella algo del misterio que vamos estudiando. Hay efectivamente en ella *trinidad*, á saber: 1.° El alma del artista; 2.° su concepcion; 3.° el amor. Hay igualmente en ella *unidad;* porque ¿qué es la estatua sino su misma alma manifestada y una emanacion de su sustancia intelectual? ¿Qué es el amor que los une sino esta misma alma concentrando su pensamiento en sí misma y haciéndola volver á entrar, hasta cierto punto, en la sustancia de su genio?

Toda esta vana suposicion se realizó en el misterio de la Trinidad, aumentándose en él con toda la distancia que media entre lo finito y lo infinito, entre lo relativo mas ínfimo y lo absoluto mas inaccesible á nuestra pobre imaginacion. En Dios la concepcion que produce la persona del *Verbo* es absolutamente perfecta, y no puede tener rival; es única; es continua é inseparable de su sustancia, y este Hijo adorable está siempre unido á las entrañas que no cesan de engendrarlo. El Espíritu Santo ó el Amor que nace de ambos, no encontrando nada mas perfecto que esta fuente de toda perfeccion saliendo fuera de sí misma, se vuelve á sumergir en ella como en su único elemento, y por medio de este comun movimiento realiza la mas trascendental unidad.

Aquí espiran todos los esfuerzos del entendimiento humano, la vista se turba y no alcanza á ver mas que vagas y remotas analogías: aquí está el misterio. Pero si la razon no puede com-

[1] Girodet.

prender claramente esta manera de ser de Dios, á lo menos se le hace evidente que no puede *ser* de otro modo; porque, como hemos dicho, no puede concebirse [1] la suprema inteligencia desnuda de pensamiento y de amor; porque este pensamiento y este amor necesitan un término y un objeto; porque este término y este objeto deben ser infinitos como la inteligencia infinita á la cual deben corresponder, y deben necesariamente no formar con ella mas que una sola cosa, porque no hay mas que un infinito, y porque así es como se halla matemáticamente probada la necesidad del misterio católico de la Trinidad.

Las analogías de que nos hemos servido para aclararlo están tomadas, además, en un órden de cosas que es su legítima imágen, y que, por este motivo, no es menos misterioso aunque indudable, pues que esta es la manera de ser de nuestra misma alma y de esa razon que procura concebirlo. ¿Cómo podria, por consiguiente, admirarse esta de encontrar en el original las dificultades que no puede resolver en la copia?

La filosofía y la teología han convenido siempre en reconocer en el hombre una imágen de Dios [2]. Es notable la manera con que el Génesis expresa esta verdad, en cuanto nos revela la impresion especial de la Trinidad divina en la formacion del alma humana que podria llamarse una *Trinidad criada.* «En «la creacion del universo, dice Bossuet, todas las demás obras «fueron hechas con palabras de autoridad; solo el hombre con «palabras de consulta: *Sea hecha la luz, sea hecho el firmamen-«to;* FIAT LUX; palabras de mando. El hombre fue criado de una «manera que tiene algo de mas magnífico. No dice Dios: *Sea «hecho el hombre;* sino toda la Trinidad reunida dice de comun «acuerdo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.* «¿Qué significa este nuevo modo de hablar? ¿Por qué no em-«pieza á declararse la Trinidad divina hasta que se trata de «formar á Adan, sino para hacernos entender que escoge al «hombre entre todas las criaturas para imprimir en él su ima-«gen y semejanza [3]?»

Y, en efecto, si imponemos silencio á nuestros sentidos y nos encerramos por algun tiempo en el fondo de nuestra alma, encontrarémos en ella, como han notado todos los doctores, al-

[1] Cuando el autor se sirve de esta y semejantes expresiones, habla, como se ve, de la razon iluminada por la fe, pues sin ella jamás la razon sola llegará á conocer el misterio de la santísima Trinidad. *(Nota de los Editores).*

[2] *Est igitur hominis cum Deo similitudo.* (Ciceron, *De legibus*, lib. I).

[3] Bossuet, *Sermon de la santísima Trinidad.*

guna imágen de la Trinidad. ¿Quién puede dudar de que nuestra alma es simple, y quién puede concebir multiplicidad en ese indivisible que llamamos *yo?* Sin embargo, en esta misma alma hay tres cosas sucesivamente distintas y producto unas de otras: 1.° la misma alma, es decir, ese fondo y como ese receptáculo de imágenes, de pensamientos y voluntades que en ella subsisten como de una manera infusa; 2.° la concepcion del pensamiento que procede de ella, y que sentimos nacer como el gérmen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia que habla interiormente, y cuyos ecos son los varios modos de expresarnos en el exterior con la ayuda de las bellas artes; 3.° la fecundidad de nuestro espíritu no se limita á esta palabra interior, á este pensamiento intelectual, á esta imágen de la verdad que en nosotros se forma. Nos complacemos en esta palabra interior y en este espíritu de que ella nace; los amamos, y amándolos sentimos en nosotros algo que nos es tan precioso como nuestro espíritu y nuestro pensamiento, que es producto de entrambos, que los une, que se une á ellos y no hace con ellos mas que una misma vida.

De este modo, en cuanto es posible encontrar relacion entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa, y del Hijo que es su pensamiento, para hacer con él y con su pensamiento una misma naturaleza igualmente dichosa y perfecta [1].

La gran diferencia que existe entre el espíritu del hombre y la Trinidad divina, y que hace que todos los puntos de semejanza que en él se pueden descubrir no sean mas que sombras y rasgos imperfectos que no pueden imitar al Principio de todos los seres; esta gran diferencia, decimos, consiste, como observó muy filosóficamente Malebranche, en que Dios engendra realmente á su Verbo de su propia sustancia, porque solo Dios es para sí mismo esencial y sustancialmente su sabiduría y su luz; y además en que ese Padre y ese Hijo se tienen por sí mismos un amor mútuo, porque solo Dios es para sí mismo su bien y su ley. Mientras que, no pudiendo nosotros ser para nosotros mismos nuestra razon, la luz con que nuestro pensamiento se formó no puede de ninguna manera ser una emanacion natural de nuestra sustancia, sino un préstamo que tomamos de la verdad eterna y de la sabiduría increada de Dios; y como tampoco somos para nosotros mismos ni nuestro bien ni nuestra ley, es preciso que todo el movimiento que te-

[1] Siguiendo á Bossuet en su *Historia universal*, segunda parte, y en el *Sermon* citado.

nemos nos venga de otra parte y nos conduzca á otra parte, nos una á nuestro bien y nos conforme á nuestro modelo [1].

Esta reflexion es de la mas pura y elevada filosofía, porque es á la vez eminentemente racional y moral. El hombre es una *imágen animada* de Dios; y si la propiedad de una imágen es parecerse al original, podemos decir que la propiedad de una imágen *animada* debe ser el *procurar* parecérsele. Esta es nuestra ley, este es nuestro fin. El hombre no cayó, y la imágen de Dios no quedó en él desfigurada sino porque quiso dejar de ser imágen para convertirse en tipo y original, y no siendo por su propia naturaleza mas que indigencia y nada, de la cual habia salido, debió empobrecerse infinitamente y degradarse. Mas por esto mismo debió obrarse su reformacion por medio de un retorno de conformidad á su divino modelo; es decir, á la verdad eterna por su espíritu, y al divino amor por su corazon. Entonces realizará el hombre en sí la Trinidad identificándose con ella y se hará participante de la misma naturaleza de Dios. Á este fin la verdad eterna, la recta razon que nos formó, el Verbo de Dios, la segunda persona de la santísima Trinidad, vino á vivir entre nosotros y se hizo semejante á nosotros, para apartarnos del abismo de nuestra degradacion, y hacernos semejantes á sí, y por sí semejantes á Dios. Con este objeto, acabada ya la obra de nuestra redencion, envió á su Iglesia el Espíritu Santo (como verémos en el *Estudio* inmediato) para derramar y perpetuar en toda la raza humana los frutos de esta redencion, y abrasar á toda la tierra con las llamas de la caridad: y á fin de que *nos amásemos unos á otros de la misma manera que él nos habia amado á todos*, es decir, *de la misma manera que su Padre lo amó á él*, y así fuésemos todos consumados por medio del amor en la misma unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La creacion del hombre nos presenta las tres personas divinas formándolo á su imágen; la redencion nos las representa igualmente ocupadas en reformar en nosotros esta imágen des-

[1] Doctrina de Malebranche en su *Tratado de moral*, cap. 5, núm. 2.—En su *Décimacuarta meditacion cristiana*, Malebranche pone en boca del Verbo estas bellas palabras: —«El hombre no solo fue criado para conocer la verdad, sino para amar el bien: tú sa«bes que tan capaz es de amor como de razon: solo yo puedo ilustrarle y hacerle razo«nable. Pero ¿quién crees que le inspira el amor al órden? Sábelo, hijo mio; es el Es«píritu Santo. Ningun espíritu puede ser razonable sino por la sabiduría eterna; nin«gun espíritu puede tampoco amar el órden sino por la accion del Amor sustancial y «divino. Tú subsistes, hijo mio, por el poder del Padre; conoces la verdad por la luz del «Hijo; amas el órden por la inspiracion del Espíritu Santo. Fuiste criado por la santa «Trinidad; cada persona divina te imprimió su propio carácter, y no puedes ser agra«dable á Dios, si no eres perfectamente reformado segun tu modelo.»

figurada por el pecado; el Padre prometiendo y preparando, desde la caida del hombre, la venida de su Hijo Jesucristo; este Hijo apareciendo en el tiempo prefijado y sometiéndose á todas las condiciones satisfactorias exigidas por la justicia de su Padre; y el Espíritu Santo generalizando y perpetuando en la Iglesia católica las semillas de gracia y de salud que son el fruto de esta satisfaccion.

Hé aquí con qué sublime conjunto se desarrolla la cadena de nuestra santa Religion: imágen de Dios su autor, ofrece tres estados correspondientes á las tres personas, y en estos tres estados es siempre la misma y lleva el sello del mismo Dios, á cuya unidad nos incorporará definitivamente en el cielo.

No podemos hacer mas que balbucear estas altas verdades; pero al través de la debilidad de nuestro lenguaje, ¿quién no ve la sabiduría, la profundidad, la exactitud y la fecundidad de semejante doctrina, y como en ella todas las ideas se enlazan, se completan y corresponden? ¿como por ella los principios engendran naturalmente sus consecuencias, y las consecuencias se remontan hasta sus principios? ¿como derrama su luz sobre los abismos del pensamiento, y desata los inextricables nudos de nuestro orígen y de nuestro fin; y como por ella se siente el espíritu dilatado, purificado el corazon, y todo el hombre elevado y transfigurado en la region del órden, de la verdad y de la paz en lo que tienen de mas universal y absoluto?

V. Si á vista de todos estos caractéres, que ninguna obra humana pudo jamás reunir en tan alto grado, vacilásemos todavía en reconocer la verdad, solo faltaria, para acabar de darla á conocer, comparar con ella lo que el genio del hombre ha podido producir y el resultado á que ha llegado cuando, ayudado de lo que él llama equivocadamente su filosofía, ha querido entrar en concurrencia con la sabiduría eterna de Dios.

En efecto, el dogma cristiano de la Trinidad ha llamado, por su profundidad, la atencion de la nueva filosofía, así como su prenocion habia llamado en otro tiempo la de los sabios de la Grecia y del Oriente. La filosofía ha conocido que este dogma encerraba la ley mas general de la vida, y ha querido apropiárselo: ha querido tener tambien su trinidad.

Es cási imposible seguir á esta filosofía en las vaporosas teorías en que se pierde, imitando fácilmente en esto á nuestros misterios, aunque tan solo en lo que tienen de oscuro. No obstante, ha dejado entrever con suficiente claridad el enlace de

su sistema con el que podríamos llamar su padre, y sobre todo ha acabado de revelarlo en sus resultados. En Alemania, que fue su cuna, se halla personificada en Kant y en Fichte; y Hegel la desenvuelve y la lleva á su apogeo y á su forma mas aventajada.

Segun Hegel, la esencia, la sustancia de todas las cosas, el pensamiento, la actividad espiritual, considerada en sí misma y antes de todo desarrollo, es exactamente lo que el Cristianismo designa con el nombre de Padre ó de la primera persona.

El tránsito de la sustancia indeterminada á la existencia realizada, la transformacion de la esencia infinita en universo, en mundo criado, lo que llamamos *la naturaleza*, en una palabra, se nos representa en Dios Hijo, la segunda persona, que expresa todo lo que la sustancia eterna contiene.

Por fin, cuando el espíritu, llegado al término de todo su desarrollo, se reconoce á sí mismo, cuando afirma la identidad del finito y del infinito, cuando por este conocimiento y esta afirmacion vuelve á entrar, por decirlo así, en sí mismo, se iguala á sí mismo, se completa á sí mismo, es el Espíritu Santo, la tercera persona; tal es el *espíritu humano*.

Así, *una sola esencia* que desarrollándose llega á ser *la naturaleza* y despues *la humanidad*, y que, llegada en el espíritu humano al conocimiento de sí misma, se detiene en él como en su zenit y en su expresion mas lata.

Hé aquí la teoría hegeliana de la Trinidad.

Harémos observar que semejante teoría implica una corrupcion no solo del misterio de la Trinidad, lo cual es evidente, sino tambien del misterio de la *Encarnacion:* segun este sistema, la razon de Dios, la verdad eterna, el Verbo encarnado, tercera persona de esta rara Trinidad, no es *Jesucristo,* sino todo hombre, el *espíritu humano,* ese pobre espíritu, que es capaz de tan extravagante desvarío.

Las consecuencias que envuelve esta teoría que tanto entusiasmo excitó en Alemania, y que tantas raíces ha echado en otras partes, son de tal manera contrarias á los primeros principios del sentido comun y de la moral, que no nos atreveríamos á deducirlas, aunque se desprenden espontáneamente, si sus mismos apóstoles no las hubiesen abiertamente formulado y confesado.

Esta teoría implica visiblemente la confusion de Dios con el mundo: es el panteismo. Su tendencia es negar toda suprema inteligencia fuera del espíritu humano: es el ateismo.

Si es cierto, en efecto, que no hay mas que *una sola esencia*,

que, convirtiéndose en la *naturaleza,* empieza solo por contraer una existencia determinada, y que no llega al estado de personalidad, de conciencia y de reflexion sino en la *humanidad,* es absolutamente necesario negar la existencia de una inteligencia infinita, de una voluntad infinita, anterior al mundo; es necesario negar la existencia de un plan del mundo anterior al mundo; es necesario negar la causa libre del mundo; es necesario negar una Providencia dirigiendo los destinos del mundo; es necesario, en fin, negar en la esencia infinita, el conocimiento perfecto y adecuado de sí misma.

Todas estas negaciones son inevitables; pero á su lado hay otras afirmaciones tan necesarias como ellas: es preciso afirmar que la humanidad es la conciencia de lo infinito y de lo absoluto; que no hay verdad distinta de lo ideal que en la humanidad se desarrolla; que no hay mas ley que su voluntad ó su pasion; que no hay para la humanidad temor ni esperanza; que no hay mas que un Dios, el espíritu humano, la humanidad, y que esta no tiene otra religion que la libertad absoluta. Observad que siempre hablamos del *espíritu humano,* de la *humanidad*, ese ser abstracto que nadie vió ni verá jamás, y no del hombre, ó mas bien de los hombres; porque ¿qué son los individuos á los ojos del hegelianismo? son, para valernos de imágenes familiares al panteismo antiguo, como las olas, como las burbujas que se forman y desaparecen á un mismo tiempo sobre la agitada superficie del océano de la existencia. El individuo no es mas que un momento de la vida universal, un aspecto de lo absoluto, mostrándose por un instante sobre esa sima siempre abierta para ser luego sepultado de nuevo en sus abismos. El ser abstracto humanidad está solo y aislado; el ser real individuo no existe; el ser abstracto humanidad es Dios; el ser real individuo es nada [1].

Hé aquí el resúmen de las negaciones y afirmaciones del racionalismo moderno: el *ateismo,* la irresponsabilidad individual, ó el *fatalismo;* la extincion de toda religion, de toda moral, de toda santa esperanza; la soledad y el vacío en el interior y en el exterior; y en este espantoso desierto fabricado á su rededor, la razon humana idolatrándose como si fuera el solo Dios, y empobreciéndose cada vez mas por su falta de comunicacion con la eterna fuente de la verdad y de la vida: tal es el término de la filosofía de este siglo.

[1] La exposicion del *hegelianismo,* que precede, está tomada en su mayor parte del curso del abate Maret, en la Sorbona.—Indicar esta fuente es dar la mayor garantía de ciencia y de imparcialidad.

En Alemania donde se ha desarrollado tan espantosamente y donde sus mas aventajados discípulos han tenido valor para escribir en su bandera: *Ateismo*, comienza á disputarle el terreno una reaccion empezada, como hemos dicho, por uno de sus antiguos maestros, *Schelling*, oponiéndole la única doctrina que puede librar al espíritu humano de todos estos abismos, el Cristianismo, al cual será siempre preciso recurrir si se quiere conocer la verdad y poseerla.

En Francia el mal permanece mas confuso, y por esto mismo quizá es mayor, porque no se puede remediar tan fácilmente. El hegelianismo ha pasado entre nosotros embozado bajo muchas formas y como de contrabando; ha tenido la lucidez lógica del talento francés, y ha conocido bien que, gracias á las trágicas aplicaciones que de él se hicieron en el último siglo, ya no puede el ateismo estar en boga. Por esto se ha negado á desenmascararse y ha procurado echar raíces en secreto. No hay vista algo experimentada que no le descubra en el fondo de todos esos sistemas humanitarios y socialistas que tanto ruido están metiendo.

El *progresismo* que los caracteriza á todos no es, en efecto, mas que la aplicacion del principio hegeliano, de ese principio que hace de la humanidad el único foco de inteligencia y de vida moral desenvolviéndose en sí mismo, por sí mismo, y para sí mismo, sin reconocer ningun otro principio superior y distinto. Sea prudencia, ó bien, preferimos creerlo, repulsion instintiva, los humanitarios y los socialistas franceses no han desenvuelto el ateismo, el fatalismo y sus horribles consecuencias, contenidas en este sistema. Unos, tales como los sansimonianos y los furieristas, afectando un soberano desprecio por los principios metafísicos, que son, sin embargo, como faros sobre los abismos del pensamiento, se han arrojado á ciegas en la aplicacion de este progreso á toda costa que supone en el hombre, no la perfectibilidad como el Cristianismo, sino la esencia misma de la perfeccion. Otros, como Pedro Leroux, Michelet y Quinet, se han parado, al contrario, en la region de la metafísica, pero para rodearse en ella de restricciones y de sombras, presentarse como inspirados y profetas mas bien que como investigadores y filósofos, y para anunciar desde allí la revelacion de un dogma siempre diferido. No espereis que ninguno de ellos formule con precision este dogma que necesariamente debe resolver el gran problema relativo á Dios y al mundo, y á la relacion entre ambos. Para ellos resolver es confundir. Evitan las explicaciones y se limitan á dotar á la

humanidad de una especie de fantástica iluminacion futura, que debe ser como el desenvolvimiento de la divina esencia, de la cual es aquella el término mas avanzado.

En las filas de la escuela progresista un solo hombre [1] se ha explicado claramente: ha querido efectuar entre el panteismo y el Cristianismo una alianza imposible; en su *Bosquejo de una filosofía* ha amalgamado el principio de la *unidad de sustancia* y los dogmas cristianos de la Trinidad y de la Creacion, y de esta absurda mezcla de palpables contradicciones ha resultado una doctrina que va cayendo por sí misma en descrédito y destruyéndose sin ningun esfuerzo exterior.

Pocas palabras dirémos del *eclecticismo*, que no tiene de sistema filosófico mas que las apariencias. Su punto de partida fue el *hegelianismo*, esto es, el panteismo, y jamás ha podido desprenderse de él. La pretension que le valió su nombre, supone que la verdad no es distinta del mundo, y que participa de la confusion que en él tiene lugar. La única diferencia que hay entre esta escuela y el *progresismo*, consiste en que este último profesa el desenvolvimiento *mediato* y *sucesivo* de la verdad, y el *eclecticismo* su desenvolvimiento *inmediato* y *directo*. Esta última pretension solo se distingue de la primera por la mayor dósis de orgullo que supone.

Una palabra basta para hacer conocer palpablemente cuán fabulosos son todos esos sistemas, cuya secreta tendencia consiste en prescindir de Dios.

Decís que la humanidad va desarrollándose y marchando de progreso en progreso; ó bien os arrogais la mision de aislar á la verdad de todos los sistemas que hubo en el mundo hasta ahora; pero ¿cómo medís ese progreso, segun qué *criterio* distinguís la verdad del error, si no reconoceis de antemano una verdad fija, una verdad constante y manifiesta, y sobre todo independiente y distinta de esa humanidad cuyo progreso afirmais y cuyas concepciones quereis purificar? Progresar ¿no es marchar hácia un objeto? elegir ¿no presupone una comparacion? Y ¿cómo sabeis que progresais, si delante de vosotros ni sobre vosotros nada teneis mas que á vosotros mismos? ¿cómo podeis comparar careciendo de término de comparacion? Para *reconocer* es preciso *conocer*; por consiguiente ¿cómo habeis podido conocer la verdad pura, y en consecuencia reconocerla, profesando, como decís, el principio, de que en *ninguna parte* está *libre* de error? Ó conoceis la verdad, y en tal caso teneis ya lo que buscais; ó no la conoceis, y entonces ¿cómo podeis

[1] Mr. de Lamennais.

reconocerla? Necesitaríais un *reactivo* superior y no lo teneis [1]. Así es que os veis empujados del *eclecticismo* al *sincretismo*; y hallándoos en la imposibilidad de separar lo verdadero de lo falso, os atreveis á concluir que todo es relativamente verdadero, y preferís confundirlo todo, divinizarlo todo, y por este fatal camino retornar al *panteismo*, que pararos en vuestra carrera.

No pretendemos llevar mas adelante nuestra exposicion, es decir, la refutacion de la filosofía del dia, cuyas sectas proceden todas de la teoría alemana de la Trinidad, es decir, de la unidad de sustancia ó del panteismo.

Únicamente nos habíamos propuesto hacer resaltar la divina superioridad del dogma católico de la Trinidad, su necesidad racional y su fecundidad moral, comparando con él las concepciones del talento humano declarado contra la fe.

Hemos dicho que Dios no puede concebirse ni su nocion conservarse sin el dogma de la Trinidad, porque la existencia del Ser infinito supone relaciones de pensamiento y de amor, que estas relaciones exigen términos, y que estos términos de relaciones no pueden concebirse sino de una naturaleza igual á la suya y por consiguiente *idéntica*, porque no hay nada igual á aquel cuya propiedad es de ser sin igual. En una palabra, negar la *trinidad* de las personas es negar la existencia *perfecta* de Dios, que no puede concebirse sin actividad productiva de pensamiento y de amor; y negar la *unidad* de naturaleza en esta trinidad de personas es tambien negar á Dios, que no

[1] Habíamos dado ya esta hoja á la imprenta cuando vimos el último número de la *Revista británica* (agosto de 1843), y en su primer artículo titulado: *Los filósofos franceses en el siglo XIX*, hemos vuelto á encontrar la misma objecion hecha al eclecticismo, y cási en los propios términos que lo hacemos nosotros. Solo hay un pequeño número de errores que se presten á semejante unanimidad de refutacion. «Falta preguntar al «eclecticismo, dice el crítico inglés, cuál es su *criterio* para saber lo que es verdad y lo «que es error, pues nosotros hallamos á una y otro en los escritos de todos los filósofos. «Para separar la zizaña del buen grano es necesario conocer primero al buen grano. El «colono separa al uno del otro en virtud de un conocimiento anterior que es su *criterio*. «El eclecticismo gira dentro de este círculo vicioso, busca un sistema de filosofía por «el encadenamiento y coordinacion de todas las verdades que los demás descubrieron; «mas para lograrlo, para conocer estas verdades, debe antes estar en posesion de lo «mismo que busca, á saber, de un sistema. Sin un sistema cualquiera no puede dar «un paso.»— Mas este raciocinio en ninguna parte ha sido opuesto al eclecticismo con tan rigurosa lógica y buena fe, en ninguna parte este sistema y toda filosofía racionalista han sido mejor convencidos de su vaciedad é impotencia, como en el discurso de abertura del curso de *Historia de la filosofía antigua*, pronunciado por Jouffroy en la facultad de literatura, en 1828, y publicado en sus *Nouveaux Mélanges*, p. 349. Por fin la fatalidad de este sistema ha sido de haber recibido el golpe mortal de la misma mano de su autor: véase Mr. Cousin, *Fragm. Phil.*, t. I, p. 40, y 42, tomo II, p. 38, 39.— No podrian recomendarse lo bastante sobre esta materia los *Études sur le rationalisme contemporain*, del abate de Valroger.

seria independiente, eterno é infinito, es decir, Dios, si pudiese haber alguna relacion *necesaria* entre él y otro que no fuera él.

El *hegelianismo* ha venido á prestar á nuestros argumentos el peso de su fatal experiencia; pues rehusando á Dios los términos de relaciones de una naturaleza idéntica á la suya, ha hecho degenerar su personalidad y su existencia en la del mundo y de la humanidad, y ha ido á parar rápidamente al *ateismo*.

De aquí la oposicion de los resultados; porque mientras que el Cristianismo desarrolla al hombre en Dios, lo finito en lo infinito, y haciéndole participante de la verdad eterna y del divino amor lo asocia á la grandeza, á la santidad y á la felicidad misma de Dios; aquella falsa filosofía coloca á Dios al nivel del hombre, ó lo deprime mas bajo que al hombre, es decir, lo suprime, hace al hombre huérfano, y no le deja mas recursos, mas esperanzas ni mas luces que las que puede encontrar en sí mismo, es decir, en una naturaleza evidentemente imperfecta, finita, inclinada al mal, al error y al sufrimiento, repugnante para sí misma, que no puede hallar sombra de reposo sino huyendo de sí misma, lo cual seria la mas insultante, absurda y bárbara concepcion que podríamos imaginarnos del hombre y de Dios, ya que no fuese la mas quimérica concepcion de ambos.

Así es como los mas profundos misterios del Cristianismo nos revelan, bajo todos conceptos, las verdaderas leyes de nuestra naturaleza en sus relaciones con la de Dios, autor y soberano término de nuestros destinos; así es como constituyen la mas alta y mas completa manifestacion de aquella verdad divina que entreveian los sabios de la antigüedad, y fuera de la cual no podemos buscar ninguna otra sabiduría ni ninguna otra luz sin caer desde luego en tinieblas inmensas y en abismos de los cuales no podríamos volver á salir jamás.

CAPÍTULO XII.

LA IGLESIA [1].

La obra de la Redencion del linaje humano se hallaba cumplida; el mundo estaba reconciliado con su Autor; la humanidad habia adquirido una nueva vida moral; se habia abierto una fuente de purificacion y de santidad que debia correr por el seno de la tierra; y entre la misericordia y la justicia de Dios se habia concluido ya la salvacion de todos los hombres.

¡Qué prodigio de poder y de amor habia sido preciso para llegar á este término! Todos los atributos de la Divinidad, como hemos visto, se habian desplegado en esta grande obra, y la Cruz de Jesucristo, que habia sido su teatro, habia visto correr la sangre de un Dios.

Pero esta gran maravilla era aun un secreto escondido en el seno de las tres personas divinas, toda la tierra ignoraba su salvacion, y sin embargo, esta salvacion no podia serle eficaz y real sino por su participacion en el misterio por el cual se habia obrado. El testamento que llamaba la humanidad á la herencia del cielo, permanecia cerrado; y era preciso romper sus sellos, promulgarlo, explicarlo, hacerlo aceptar por el mundo, y aplicarle luego sus frutos.

¡Obra sobrehumana, tanto como la de la Redencion, y sin la cual la Redencion hubiera quedado sin efecto! La Divinidad no habia dado, por decirlo así, mas que un paso; faltaba otro que solo ella podia dar tambien; pues no habia menos distancia entre todos los desórdenes de la naturaleza humana y la doctrina de la Cruz que entre esta Cruz y la naturaleza del Dios que en ella se habia sacrificado.

Aquella doctrina tan misteriosa, tan repugnante, tan absurda en apariencia y tan horrible para la naturaleza, es á la que es preciso conducir y amoldar el género humano; la que es necesario persuadir á un mundo que ha divinizado todas las pasiones que ella crucifica; la que es menester trasladar del lugar de los suplicios al palacio de los Césares; hacerla penetrar

[1] Los tres capítulos que siguen sobre la *Iglesia*,— el *Protestantismo*, —y la doctrina de la *Salvacion exclusiva*, han sido escritos con el designio de formar un conjunto. Por consiguiente, destinados á completarse recíprocamente, deben leerse con la misma intencion y considerarse como tres fases de un solo asunto.

igualmente en la cabeza del filósofo y en la del niño, en el corazon del dueño y en el del esclavo, en Corinto la disoluta y en las soledades de los bárbaros, en el pueblo judío y en el gentil; y, en una palabra, hacerla abrazar por todos los seres humanos sin distincion. ¿Cómo concebís la posibilidad de semejante empresa? Tomad la idea mas sencilla, la mas suave obligacion, y ved si podeis grabarla igualmente en el espíritu y corazon de un pequeño número de hombres; sin duda no lo lograréis. El espíritu del hombre es tan vano, tan móvil, tan aficionado á singularizarse, tan enemigo de la autoridad; su corazon está siempre tan ansioso de nuevas sensaciones y tan lleno de sí mismo, que no os será posible apoderaros de él. ¿Qué sucederá, pues, tratándose de un cuerpo de verdades y de deberes que se presentan como abstracciones y austeridades? ¿Qué sucederá, pues, cuando sea menester imprimirlas, no en la cabeza de algunos discípulos escogidos, sino de todos los hombres indistintamente, tales como sean, sabios ó ignorantes, grandes ó pequeños, civilizados ó bárbaros? ¡Qué pábulo para la controversia, la supersticion y la persecucion! ¡Cuántas doctrinas saldrán de esta doctrina! ¡Á cuántos evangelios va á dar orígen este Evangelio, segun los intereses y la conveniencia de cada preocupacion y de cada pasion! ¡cuántos errores! ¡cuántos desvaríos! ¡cuántas sectas! ¿Dónde estará la verdadera doctrina en medio de este mar inmenso de contradicciones? ¿quién guardará su depósito, y cuál será la señal para distinguirla? ¿qué carácter de autoridad y qué medio de persuasion se le darán para prevalecer siempre y poder reunir todos los espíritus, y darse á conocer por todas partes con evidencia y certidumbre en la fluctuacion universal de las ideas y en la furiosa reyerta de las pasiones?... La imaginacion retrocede ante este cáos, y no puede fijarse sino en que seguramente la doctrina cristiana, entregada de este modo á la accion disolvente del humano espíritu, hubiera muy pronto desaperecido; que probablemente no se hubieran encontrado dos hombres que sobre ella hubiesen estado de acuerdo, y que tal vez no hubiera habido ni uno que se hubiera atrevido á predicarla.

Y sin embargo, hasta ahora no hemos presentado mas que un lado de la dificultad; pues no era solo á los hombres que cubrian la tierra en tiempo de Jesucristo, á quienes el Evangelio debia ser anunciado, sino á todas las generaciones que debian sucederse hasta la consumacion de los siglos, cualquiera que fuese la diversidad de sus costumbres, de sus conocimientos,

de sus constituciones, de su civilizacion y de sus necesidades; debia anunciársenos á nosotros, hombres del siglo XIX, tan distintos por nuestras artes, nuestras ciencias, nuestra industria, nuestras ideas sin freno y nuestro entusiasmo sin objeto, de las generaciones que nos precedieron; debia anunciarse, en fin, hasta á los que vendrán despues de nosotros, en la sucesion quizás de millones de años, á los cuales les será tal vez concedido descubrir una nueva tierra y un cielo nuevo, á los cuales esta doctrina será anunciada tambien atravesando tantos trastornos, tantas revoluciones, tantas novedades y tantas ruinas, manteniéndose siempre intacta, inflexible, única, suficiente é inmutable, en medio del torrente que todo lo arrastra y lo hace desaparecer.

Digamos, pues, y publiquemos con entera seguridad, que si habia sido necesario un Dios para criar el mundo y rescatarlo, era tambien necesario un Dios para convertirlo y santificarlo.

Las tres personas divinas, inseparablemente unidas en la misma esencia, obraron de concierto en toda la economía del mundo moral; de modo que es el mismo Dios, el solo y único Dios, el que nos crió, el que nos redimió y santificó: pero para revelarse mas sensiblemente á la naturaleza humana, plugo á las tres personas de la Divinidad producirse sucesivamente cada una en particular en tres obras, que son, como ellas mismas, distintas en su modo pero esencialmente UNA en su objeto. El Padre manifestó el poder en la creacion; el Hijo la misericordia en la redencion, y al Espíritu Santo le estaba reservado asegurar y consumar nuestra salvacion en la grande obra de *la Iglesia;* la Iglesia, que es la medianera entre nosotros y Jesucristo, así como Jesucristo es el medianero entre ella y Dios, y que termina así nuestra unidad y nuestra santificacion en Dios, conforme á aquellas bellas palabras que le dirigia el apóstol san Pablo: *Todo es para vosotros,—vosotros sois de Jesucristo,—y Jesucristo es de Dios.*

Es cierto que la Divinidad no se manifiesta con una evidencia irresistible en estas tres obras; por esto hay *ateos* que no ven á Dios en la naturaleza, *deistas* que no ven á Dios en Jesucristo, y, en fin, *herejes* que no ven á Dios en la Iglesia; pero está todo así ordenado para poner á prueba nuestra voluntad y nuestra fe, ejercitarlas por medio del misterio, y obligarnos de este modo á dejar las cosas de la carne y del tiempo, para aspirar á las del espíritu y de la eternidad: pues cuando el alma por sus méritos se halla desprendida de esos densos vapores que le impiden la vista de Dios, poco á poco lo va des-

cubriendo, y se encuentra al fin toda impregnada del sentimiento de su presencia hasta no poder comprender que haya espíritus tan ciegos que no lo vean en todas partes.

Por esta misma razon, notadlo bien, esta presencia de la Divinidad se halla desde el principio mas oculta, y exige una fe mas viva á medida que es mas eminente el grado de perfeccion á que nos llama. De aquí se sigue que entrañando la fe en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia obligaciones sucesivamente mas estrechas, el objeto de esta fe se halla cada vez mas oculto, y aparentemente cuesta mas trabajo creer en la Iglesia que en Jesucristo, y en Jesucristo mas que en Dios. Pero debe notarse tambien que cuando llevamos esta creencia hasta su término, se convierte en un foco de inteligencia superior á todas nuestras convicciones, á quienes da una fijeza de que carecian hasta con respecto á las verdades mas incontestables. Para creer bien, es preciso creerlo todo [1]; y si en general hay mas incrédulos que deistas, y mas deistas que ateos, podemos observar tambien que la intensidad de la fe está en razon inversa de esta proporcion numérica de sus adherentes á sus diversos grados, y que á decir verdad, solo los católicos son los que creen firmemente.

En todo esto no hay nada que no esté muy lógica y sabiamente establecido: «La Religion es una cosa tan grande, dice «Pascal, que es muy justo que los que no quieran tomarse la «pena de buscarla, si es oscura, se vean privados de ella. So«lo tendríamos razon de quejarnos si fuese tal, que ni bus«cándola se la encontrase; pero no sucede así; pues Dios dotó «á su Iglesia de señales sensibles, para con ellas poderse dar «á conocer á los que la busquen con sinceridad; pero las ha «ocultado al mismo tiempo de tal suerte, que solamente pue«den ser descubiertas por los que la buscan de todo corazon. «*En la negligencia en que hacen profesion de estar* respecto á la «investigacion de la Verdad, ¿qué ventaja puede resultar á los «incrédulos de decir que nada se la demuestra, supuesto que «la oscuridad en que ellos están y que echan en cara á la Igle«sia, establece una de las cosas que ella sostiene, sin afectar «á la otra, y confirma su doctrina léjos de arruinarla [2]?»

En efecto, Dios ha dado á su Iglesia señales sensibles para hacerse reconocer de los que la buscan. Los que la examinan distraidos ó con alguna prevencion, no ven en ella mas que una institucion humana fundada sobre el fanatismo, manteni-

[1] Se entiende, dentro de los límites de la verdadera fe.
[2] Pascal, *Pensamientos*.

da por la política, y no ejerciendo mas que un imperio imaginario sobre los espíritus, que solo respetan en ella su debilidad, esperando su extincion. Mas los que la consideran con vista serena é ilustrada por la verdadera ciencia, y se dejan guiar en su exámen por aquella elevada imparcialidad que todo lo domina, y por aquella desconfianza juiciosa de su fragilidad, que requiere una obra que cuenta ya diez y ocho siglos de existencia, que resistió los golpes de Neron y de Diocleciano, y que subsiste todavía levantando su sagrada cabeza sobre la ruina de tantos poderes distintos, que la combatieron un dia y que ahora yacen todos destruidos á sus plantas; estos, repetimos, descubren al través de la envoltura de los accidentes humanos un hecho sobrenatural en su esencia y un designio tan bien concertado, tan bien sostenido en su concepcion, en su ejecucion, en toda su marcha hasta nuestros dias, y en todos sus presagios para el porvenir, que es indispensable reconocer en ella una sabiduría y un poder enteramente *divinos*.

Ocurre aquí la necesidad de dividir nuestro estudio á causa de la grandeza del asunto. Para ser fieles á nuestro plan nos vemos obligados á diferir para la tercera parte, esto es, para las pruebas extrínsecas ó históricas, el estudio de la Iglesia considerado como *suceso*, y concretarnos por ahora al estudio de su constitucion intrínseca, y examinarla en su raíz como *institucion*. Es preciso resignarnos al freno del método, y saber ordenar una materia tan vasta, si se ha de comprender bien. Esta es la única manera de verlo todo, de profundizarlo, y aun de ser original en fuerza de ser verdadero. El Cristianismo no quiere mas que una cosa, que es ser estudiado. En ninguna época fue mas combatido que en los tiempos en que ha sido mas ignorado. Solamente con declamaciones y epigramas, es decir, con cosas que nada prueban, se consiguió suscitarle ciertas prevenciones. Pero esto mismo deben considerarlo los espíritus severos como la mas fuerte y mas legítima de las prevenciones, prevencion que no tarda en convertirse en certeza cuando se quiere examinarla bien de cerca, á fondo, y con esa paciencia de la verdad, que es la primera condicion de sus investigaciones, y despues el primer título á su posesion.

Entremos en materia:

¿Qué es la Iglesia?

Es un cuerpo que enseña lo que es necesario creer, prescribe lo que se debe practicar, dispensa los socorros espirituales y

las gracias para nuestra regeneracion moral en Jesucristo, y se rige por las leyes de su propia disciplina.

Su jurisdiccion se extiende por todo el mundo; su duracion ha de llegar hasta el fin de los siglos.

Se compone: del Papa, que es la suprema cabeza;—del colegio de cardenales, que son los príncipes electores;—de los obispos, que son los gobernadores de las provincias eclesiásticas;—de los sacerdotes, que son los inmediatos dispensadores de la Religion á los fieles,—y de los mismos fieles, que por su fe participan, desde cualquier punto del espacio y del tiempo, de la unidad soberana que se resume en el papado.

Es ejercida capitalmente por el Papa, en quien reside la fuente de todo poder en materias de fe, y que, como Jefe supremo de esta Iglesia, íntimamente unido á ella, centro de todos sus prelados y doctores, y como órgano de las sentencias decretadas ó aprobadas en comun, es infalible. Ordinariamente manda sin apelacion por medio de decisiones que se llaman *bulas*, cuya autoridad se manifiesta por la aceptacion que de ellas hace todo el cuerpo del Episcopado.—Puede tambien en casos dados, y cuya oportunidad dictan generalmente los sucesos, reunir todos los obispos en consejo, reuniones que se llaman concilios *ecuménicos (universales)*, y tomar con ellos, y á su cabeza segun el testimonio de las tradiciones conservadas en cada sede particular, las decisiones que las novedades de la herejía y las insinuaciones del error en materia de dogma, de moral ó de culto hagan necesarias.

Desde el principio del Cristianismo no ha habido mas que veinte y un concilios de esta clase [1], de los cuales fue el último el de *Trento*. En los primeros siglos eran mas frecuentes, porque la fe era mas dogmáticamente atacada; pero en el dia, que las herejías han agotado ya toda especie de ataques contra ella, y le han proporcionado ocasiones de explicarse sobre todos los puntos, esta manera extraordinaria de decidir se ha hecho menos necesaria.

La institucion de la Iglesia se remonta sin interrupcion de Papa en Papa, desde el que actualmente ocupa el trono pontificio el grande Pio IX, hasta san Pedro y los demás Apóstoles, de quienes era jefe. Este primado de san Pedro y de sus sucesores hasta nuestros dias es el hecho histórico mejor probado, y mas universalmente reconocido de cuantos se conocen [2]. Hay dos señales notabilísimas, y siempre mas claras á

[1] Hablando con todo rigor solo se cuentan diez y siete. *(Nota de los Editores)*.

[2] Bien pronto lo pondrémos fuera de toda controversia.

medida que nos vamos remontando hácia el orígen del Cristianismo, que dan mucha luz á este importante punto: la primera consiste en las herejías que, mas frecuentes en aquella época, con su novedad hacian resaltar la antigüedad y preeminencia del fundamento que atacaban, y servian como de antorchas destinadas á iluminar para la posteridad la sucesion de la *grande Iglesia*, segun entonces la llamaban los mismos paganos [1]; la segunda señal es la unanimidad del testimonio de los Padres de la Iglesia, esos grandes genios de los primeros siglos cristianos, que, en oposicion á las herejías que combatian, formaban una especie de cortejo al rededor de la silla apostólica, y proclamaban á competencia su soberanía como adhiriéndose sin interrupcion á Pedro, el primer anillo de la cadena de los Pontífices. Sobre este cimiento y con estos accesorios se nos presenta la dinastía de los obispos de Roma multiplicando las pruebas de su primado en razon del alejamiento de su orígen, y desarmando con anticipacion cualquiera controversia que la mas remota posteridad hubiera podido suscitar sobre este punto [2].

Sin embargo, Pedro y los once Apóstoles no eran mas que hombres: de manera que, ateniéndose solo á esto, la institucion de la Iglesia en sí misma seria un hecho puramente humano. Pero hé aquí el orígen divino, el principio sobrenatural que no solo consagró y garantizó la autoridad de Pedro, sino tambien la de todos sus sucesores, y que explica el prodigio de la conversion del mundo al Evangelio, y de la perpetuidad de la Iglesia, instrumento y custodio de esta conversion.

Vamos á asistir ahora al espectáculo mas digno de fijar la atencion del espíritu humano, el de la creacion de la Iglesia, de la construccion y del acto de botar al agua *aquel gran navío que no teme nunca las tempestades*, como la llamaba Sócrates en sus deseos, de aquel navío destinado á conducir la verdad por entre los abismos movedizos del error, á hacerle atravesar los siglos, y llegar al puerto de la eternidad tan vírgen é intacta como de ella habia salido.

Solo deseamos que los que no ven en la Iglesia mas que una formacion de la casualidad, un feliz suceso de la política de los sacerdotes, y un acontecimiento hijo de las circunstancias, y glorificado fuera de tiempo en su orígen, observen con imparcialidad y atencion lo que vamos á exponer, y que digan

[1] Expresion de Celso.—*Orígenes contra Celso*, lib. IV, núm. 59 y 60.

[2] En el capítulo siguiente satisfarémos del todo á los que todavía pudiesen dudar de esta verdad.

en seguida si es posible imaginar nada de mas previsto, de mas sabiamente concebido, y de mas perfectamente dispuesto desde su principio, es decir, desde el pensamiento de Jesucristo, para producir todos sus efectos mas remotos, á despecho de todos los obstáculos humanos, por los medios mas contrarios al éxito de las empresas de este mundo, y en virtud de una fuerza que se complace en hacer brillar su divinidad en nuestra miseria, y á producirse excluyéndonos á nosotros.

Leemos en el Génesis, que queriendo Dios criar al hombre tomó un poco de barro de la tierra, formó con él un cuerpo, é inspiró en su rostro un soplo de vida, comunicándole por este medio su imágen y semejanza.

En la creacion de la Iglesia por Jesucristo sucedió una cosa parecida: pues se observan en ella, como en la creacion del hombre, tres cosas notables:

1.° La materia escogida;
2.° La forma dada;
3.° La inspiracion y la vida.

I. «Caminando Jesucristo por las orillas del pequeño mar «de Galilea, dice el Evangelio, vió unos pescadores, y les di«jo: Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.»

Hé aquí la materia y los primeros rudimentos de la institucion de la Iglesia, de esa institucion que debia llevar por toda la tierra la antorcha de la verdad, confundir la sabiduría de los filósofos, abatir las haces romanas ante la Cruz, sentarse sobre el Capitolio, y reinar sin límites y sin fin sobre todo el mundo. Los que han de llevar á cabo esta empresa gigantesca no son grandes, ricos, hábiles ni fuertes: son hombres oscuros, ignorantes, pobres y groseros; son unos infelices pescadores cuya fortuna consiste en sus redes, y cuya ciencia está limitada al arte de hacer uso de ellas, son *el barro de la tierra*, en una palabra: son hombres que, segun la sublime metáfora del Salvador, deben cojer al mundo en sus redes.

La debilidad, que era el distintivo de estos hombres, es además de tal manera el objeto deliberado de la eleccion que Jesucristo hace de sus personas, que al darles sus instrucciones para la conquista del mundo, les recomienda, como una condicion característica del éxito de su mision, el permanecer *débiles*, humanamente hablando, y el renunciar á todo socorro, á todo artificio y á toda defensa terrestre.—«Jesús envió «sus doce Apóstoles despues de haberles dado las instruccio-

«nes siguientes: No os atareeis por no tener oro ni plata, ni «otra moneda en vuestro bolsillo.—No dispongais ni un saco «para el camino, ni dos vestidos, ni calzado, ni báculo.—Si al- «guno no os quiere recibir ni oir vuestras palabras, abando- «nad la casa ó la ciudad, y al pasar la puerta sacudid el pol- «vo de vuestros piés, á fin de que sea esto un testimonio con- «tra ellos.—Yo os envio como corderos en medio de lobos... Los «hombres os harán comparecer en sus asambleas, os manda- «rán azotar en sus sinagogas, y seréis presentados, por mi cau- «sa, á los gobernadores y á los reyes para servirles de testi- «monio á ellos y á las naciones... Cuando vayais á ser entre- «gados en sus manos, no penseis en lo que habeis de decirles, «ni cómo debeis hablarles... Todos los hombres os aborrecerán «á causa de mi nombre... El discípulo no es superior al maes- «tro, ni el esclavo á su señor; si llamaron al padre de familias «Belzebú, mucho peor tratarán á sus servidores, etc.»

Las instrucciones dadas á los Apóstoles eran, pues, dignas de la eleccion que se habia hecho de sus personas; y entraba de tal manera en aquel designo el ser escogidos débiles, pobres é ignorantes, que se les mandaba permanecer débiles, pobres é ignorantes; y, como consecuencia de esta eleccion y de esta conducta, se les anuncia que serán perseguidos, azotados é inmolados como aquel cuya doctrina han de predicar.—¡Extraña condicion para lograr un feliz resultado! ¡conquistadores por cierto singulares!

Además, lo que de este modo estaba predicho á los Apóstoles, no tardó en verificarse; ya san Pablo, escribiendo á los corintios, les decia: «Dios nos trata á nosotros los Apóstoles, co- «mo á los últimos de los hombres, como sentenciados á muer- «te, haciéndonos servir de espectáculo al mundo.—Somos *ne- «cios* y *flacos* por el amor de Jesucristo;—hasta esta hora pa- «decemos hambre y sed, y andamos desnudos, y somos abofe- «teados, y no tenemos morada segura; trabajamos con pena y «por nuestras propias manos; nos maldicen y bendecimos, nos «persiguen y lo sufrimos, somos blasfemados y rogamos; he- «mos llegado á ser como las basuras de este mundo, como la «escoria de todos hasta ahora.»

¿No os compadeceis de la suerte de estas pobres gentes? ¿No echais de menos para ellos la tranquila oscuridad de la condicion de pescadores, de la cual fueron arrancados para convertirlos de una manera tan rara en pescadores de hombres? ¿Y qué sucederá cuando los veais apedreados, decapitados, crucificados, entregados á las fieras, y que Neron, segun cuenta

impasiblemente Tácito, los convierte en antorchas para alumbrar sus festines nocturnos?

Sin embargo, veamos lo que debe contraponerse á este primer juicio, y dispertar en el espíritu un sentimiento enteramente opuesto. Aquella carta de san Pablo, en que describe la miserable suerte de los Apóstoles, está escrita, no á un cristiano, sino á todo un pueblo de cristianos, y ¿qué pueblo? el de *Corinto;* es decir, el mas disoluto y mas separado de la doctrina de la Cruz entre todos los pueblos conocidos. Pero no es esto todo; el mismo Pablo apóstol, *escoria del mundo*, escribe al propio tiempo cartas á los *gálatas*, á los *efesios*, á los *filipenses*, á los *colosenses*, á los *tesalonicenses*, á los *hebreos*, á los *romanos*, y está en correspondencia con la familia de *Narciso*, favorito del Emperador, segun es de ver en las numerosas salutaciones con que termina así sus cartas: *Todas las iglesias de Jesucristo os saludan...* Todavía vivian los Apóstoles, y el mismo Pablo decia ya á los romanos, «que su fe era anunciada *en «todo el mundo* [1].» Decia á los colosenses que «el Evangelio ha«bia sido predicado á toda criatura que habia debajo del cielo, «y que daba fruto y creia en todo el universo [2].»—Seguramente, la pesca es ya abundante, y á vista de tan buen éxito comprendemos el celo de los divinos pescadores; pero todo esto no es aun mas que el preludio; dejad que hayan crecido las persecuciones, y que todo el poder de los Césares se haya conjurado contra esta empresa: entonces será cuando las fronteras del imperio romano, fruto de ochocientos años de conquistas y de política, serán demasiado estrechas para la Iglesia de Jesucristo. Se pasarán apenas cien años, y el filósofo Justino contará en el número de los fieles las mismas naciones salvajes, y hasta aquellos pueblos nómadas errantes por la soledad [3]: las Galias, la España, la Germania están ya en contacto con el Egipto y todo el Oriente hasta el fondo de las Indias: y «así como no habia «mas que un sol en todo el universo, dice san Ireneo, contem«poráneo de este prodigio, veíase en toda la Iglesia, desde una «á otra extremidad del mundo, la misma luz de la verdad [4].»

Este es el hecho.—Inútil seria atacarlo, está ahí [5].—Es preciso buscar su ley en sus relaciones con la pobreza de los elementos empleados por la mano de Jesucristo en la construccion de su Iglesia.

[1] Rom. 1, 8.— [2] Colos. 1, 5, 6, 23.
[3] San Justino, Apol. 2, y contra Trifon.
[4] Iren., 1, 2, 3.
[5] Lugar tendrémos de examinarlo en sí mismo y de interrogarlo. Aquí lo indicamos solamente para dar fuerza al argumento.

Hé aquí el resultado inevitable á que llegará todo talento reflexivo: —Ó la accion de la Iglesia en la conversion del mundo no es recibida mas que como un hecho humano, y en este caso no hay prodigio ni misterio, sino una contradiccion palpable, un trastorno completo de todas las leyes de la razon, en una palabra, un absurdo manifiesto en el resultado comparado con los medios; —ó consentimos en ver en estos medios una virtud divina; y desde este momento su eleccion, su empleo y su éxito revelan y manifiestan el sello de la mas profunda sabiduría, de la mas perfecta y mas rica economía.

Porque, en fin, es evidente, por todo lo que precede, que, en la composicion de su Iglesia, desechó Jesucristo todo lo que el hombre de la mas comun prudencia hubiera buscado, y que hizo entrar en ella todo lo que el mismo hombre hubiera desechado. Juzguemos de su conducta por la de los hombres. Emprender la tarea de convertir á todo el género humano á una ley única y la mas severa de todas las leyes, ¿no era ya una locura? —Escoger á este efecto los agentes mas débiles, mas frágiles, mas evidentemente impropios para dominar, persuadir, seducir, desvanecer, corromper, y hacer, en una palabra, todo lo que es humanamente indispensable para la mas insignificante de todas las empresas, ¿no era el colmo de la locura? — Y no solo escogerlos de esta manera, sino mandarles que permaneciesen tales; predecirles los mas horrorosos males y obligarlos á seguirle; llegar á suceder estos males, y mirar con impasibilidad y esperarse como para cerciorarse de que se mantienen firmes, adictos y triunfantes; y en fin, llegar al mas prodigioso resultado que se haya visto nunca debajo del sol, á acreditar punto por punto aquel cálculo, el mas contrario á las mas sencillas reglas del sentido comun: hé aquí todos los absurdos que el incrédulo debe admitir si niega la accion divina.

Y no hay que recurrir aquí al cálculo de los accidentes físicos y morales que hubiesen podido contribuir á favorecer esta empresa. Ya verémos que nada puede explicarla, humanamente hablando; pero por otra parte, concretándonos al punto preciso de nuestro estudio actual, no tratamos ahora de juzgar de esta empresa en sus *resultados*, sino en su *concepcion*. ¿Era natural, era humanamente racional obrar como Jesucristo obró? ¿Es concebible que, si no hubiese tenido á su disposicion mas que fuerzas y recursos humanos, los hubiese todos despreciado en la mas gigantesca de todas las empresas? ¿Es lógico *prever* y *pronosticar* el resultado en razon directa de la inferioridad, de la debilitacion, si nos es permitido decirlo así,

de los mismos medios? No, repetimos, y la prueba está en que no hay en la tierra un solo hombre que, teniendo que emprender el negocio mas insignificante, no obre de una manera diametralmente opuesta, si no quiere pasar plaza de insensato.— Y sin embargo, ¡el resultado mas riguroso y mas inaudito habria coronado esa obra tan descabellada!... ¡Esto es demasiado! Es cien veces menos violento para la razon creer en la accion divina.

En efecto, en esto como en todo la fe se presenta á salvar á la razon humana de todos estos escollos, y á ofrecerle en su lugar el mas justo objeto de admiracion y alegría. Desde que admitimos en Jesucristo el carácter de la Divinidad, no solo desaparecen todas las contradicciones que se notan en la eleccion de los elementos constitutivos de la Iglesia, sino que se descubre el plan mas juicioso y profundo de la sabiduría. En efecto:

1.° Dios para nada necesita de los hombres, de nada necesita para obrar los mas grandes prodigios y burlarse de todos los obstáculos; pero, queriendo servirse de los hombres para hacer la felicidad del linaje humano, queriendo poner á prueba nuestra fe para que tuviéramos el mérito de practicarla, no podia velarse de una manera mas trasparente que introduciéndose en una institucion enteramente compuesta de los elementos humanos mas débiles, mas impotentes, mas humanos que puede haber, y obrando por ellos el mas colosal de todos los prodigios.

2.° Además, era una consecuencia enteramente natural de la misma sabiduría que así habia obrado, revelarse á sí propia bajo la forma de un esclavo crucificado. Por este medio hacia resplandecer á la vez su poder y su santidad, y presentaba en accion las virtudes de la humildad y de la fe por las cuales habia venido á regenerar el mundo. Hubiera por lo mismo sido absurdo que hubiese confiado á los filósofos y á los conquistadores la propagacion de una doctrina que pulveriza á los filósofos y á los conquistadores. Se anonadó y aniquiló realmente en la sabiduría y fuerza humanas, mientras se revelaba y manifestaba al mundo al través de la ignorancia y sencillez de sus agentes. La debilidad de estos lo ocultaba y descubria al mismo tiempo, y era precisamente necesario obrar así para probar la fe de los hombres. Lo que habia en ellos *de humano* era un motivo de escándalo para los impíos, y lo que ellos mismos obraban *de divino* un argumento en apoyo de la fe de los creyentes, porque, como dice san Juan Crisóstomo: «Fue una

«grande prueba de la majestad de Jesucristo, que en su au-«sencia, pero por él, se hicieran cosas que no se habian he-«cho aun estando él presente.»

3.° Por este medio debió tambien encontrar en sus agentes mas docilidad, conviccion y celo. Un Marco Aurelio ó un Séneca hubieran estado tentados de confundir las inspiraciones de Dios con su propia razon y cegar su manantial apropiándoselas; mas un Pedro, un Santiago, un Juan, ¿cómo habian de hacer esto? Los Apóstoles, en efecto, hombres oscuros, y sin embargo revestidos de una fuerza sobrenatural; indoctos, pero llenos de una luz toda divina; á cada momento perseguidos, atormentados, escarnecidos, y no obstante jamás desalentados, jamás vencidos, jamás confundidos; obrando mas maravillas á medida que todo les faltaba, convirtiendo mas mundo á proporcion que el mundo mas los infamaba; los Apóstoles, decimos, llevaban en sí mismos un milagro perpétuo que debia infundirles la mas invencible conviccion y la fe mas ardiente. Por esto mismo eran, á los ojos de los demás, los primeros garantes y los primeros modelos de la doctrina que predicaban; la humildad y la fe, que estaban siempre en sus labios, debian tambien estar necesariamente en su corazon; porque cuanto mas ilustrados y fortificados se hallaban por el cielo, aquella luz y aquella fuerza hacian resaltar mas la oscuridad y la nada natural de sus personas, y los conservaban siempre en la misma condicion á que debian procurar convertir á los demás. Esto hacia decir á san Pablo: «Todo cuanto «soy, lo soy por la gracia de Dios... Si soy débil, en esto mis-«mo soy fuerte, porque todo lo puedo en aquel que me fortifi-«ca.» Este pensamiento era el que le hacia escribir á los corintios aquellas palabras en las que brillan todo el ardor del apostolado y aquella atrevida libertad que debia inspirar el sentimiento de una fuerza que se creia superior al universo, y que contaba con la eternidad:

«Tenemos tan grande confianza en Dios por Jesucristo. No «que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo «bueno, mas nuestra suficiencia viene de Dios. El cual tam-«bien nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento, «y ¡qué ministerio! El ministerio de la antigua alianza, mi-«nisterio transitorio, fue glorioso; pero esta gloria se desvane-«ce, si la comparamos con la sublimidad de la del Evangelio; «porque si el ministerio que habia de tener fin fue en gloria, «mas debe serlo el que no ha de acabar jamás. Así, pues, tenien-«do tal esperanza, hablamos con mucha confianza. Por lo cual

«teniendo nosotros esta administracion, segun la misericordia «que hemos alcanzado, no desmayamos, antes desechamos los «disimulos vergonzosos, no andando en astucia, ni adulteran- «do la palabra de Dios, sino recomendándonos á nosotros mis- «mos á toda conciencia de hombres delante de Dios en la ma- «nifestacion de la verdad. Y si nuestro Evangelio está aun «encubierto, solo lo está para los que se pierden, cuyos enten- «dimientos cegó el Dios de este siglo para que no les resplan- «dezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo. Nosotros «somos delante de Dios el buen olor de Jesucristo, ya respecto «de los que se salvan, ya respecto de los que se pierden; para «los unos olor de muerte que los mata; para los otros olor de «vida que los reengendra. Y ¿quién es capaz de semejante mi- «nisterio? En cuanto á nosotros, no nos predicamos á nosotros «mismos, sino á Jesucristo, Señor nuestro, no considerándo- «nos además sino como siervos vuestros, por Jesús; porque el «mismo Dios que hizo resplandecer la luz del seno de las ti- «nieblas, el mismo resplandeció en nuestros corazones á fin «de que pudiéramos iluminar á los demás, comunicándoles el «conocimiento de la gloria de Dios, segun brilla en Jesucristo. «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro para que reconoz- «camos que la alteza de la fuerza que poseemos es de Dios y «no de nosotros. Por esto, aunque padecemos tribulacion, no «nos acongojamos; estamos en apuros, mas no quedamos sin «recursos; padecemos persecucion, mas no somos desampara- «dos; somos abatidos, mas no perecemos, trayendo siempre la «mortificacion de Jesús en nuestros cuerpos, á fin de que se «manifieste tambien en ellos la vida de Jesús, porque *el nos-* «*otros*, que vive, es á cada paso entregado á muerte por Jesús; «para que la vida de Jesús aparezca tambien en nuestra carne «mortal. De modo que la muerte imprime sus efectos en nos- «otros para que la vida grabe los suyos en vosotros. Por esto, «teniendo el mismo espíritu de fe, conforme está escrito: Creí, «por lo cual hablé; nosotros tambien creemos, y por esto ha- «blamos [1].»

¡Qué palabras tan sencillas y tan verdaderas! ¡cuán bien templada está la espada, no en las aguas estancadas de la filosofía, sino en las aguas vivas y corrientes de la fe! ¡Qué bien se explica esta fe por el concurso de la debilidad humana y de la inspiracion divina y por su mútua reaccion! ¡Cuán perfectamente se descubre la hermosa economía de la sabiduría de Dios en la composicion de su Iglesia, que tiene, como dice Pascal,

[1] II Cor.

señales sensibles de su presencia para los que la buscan, cubiertas, no obstante, de tal manera que solo pueden ser percibidas por los que la buscan!

4.° Hay además otra causa particular, que debia inflamar á los Apóstoles, y por ellos al mundo en razon de los obstáculos que encontraban en su propia debilidad. Todo cuanto les sucedia les habia sido predicho con mucha anticipacion. Jesucristo les habia anunciado toda especie de tribulaciones, y era demasiado evidente que habian de sobrevenirles para que la prevision humana no hubiese hecho otro tanto; pero lo que solo Dios podia hacer, era el predecirles al mismo tiempo el éxito y el triunfo, y mas que todo el realizarlo; y esta realizacion en sí misma tan prodigiosa, ¡cuánto mas debia parecerlo á los Apóstoles por su exacta conformidad con la prediccion! «Se «queda uno pasmado al ver que Jesucristo hubiese encontrado «discípulos no anunciándoles mas que cruces y tribulaciones; «pero cesa el pasmo cuando se considera juntamente lo que «promete y lo que cumple al mismo tiempo de prometerlo. Pa«ra prometerlo era necesario ser profeta; para cumplirlo era «preciso ser Dios [1].»

5.° Vamos á presentar la última consideracion.

El buen éxito de las cosas humanas depende generalmente de la habilidad y la fuerza. Pero el éxito de las cosas humanas es siempre caduco, y lleva consigo la causa de su ruina; de modo, que esta causa es lo que hay de efímero en la habilidad y la fuerza humanas, siempre limitadas bajo algun respecto, como dice Bossuet, y encontrando escollos y precipicios en sus mismas precauciones y en su grandeza. Por lo mismo, si para fundar y perpetuar su empresa se hubiese valido Jesucristo de conquistadores y de filósofos, esta empresa hubiera tenido la misma suerte que la que tienen siempre las conquistas y los sistemas, á no ser que por una palpable derogacion de las leyes de la naturaleza hubiese perpetuado ostensiblemente la fuerza y la debilidad de una sucesion de hombres, milagro que habria hecho forzosa nuestra fe, es decir, la habria destruido. Al contrario, valiéndose de la debilidad y de la ignorancia, y sufriendo hasta las imperfecciones en sus ministros, el divino Fundador de la Iglesia ponia á prueba nuestra fe, y además tomaba lo que hay de mas constante, de mas natural y de mas fundamental, si nos es permitido decirlo así, en la naturaleza humana, que en efecto tiende siempre á esto. Prescindiendo de todos los auxilios humanos, salvaba todos los obstáculos

[1] D'Aguesseau, *Reflexiones varias sobre Jesucristo*, t. XV, pág. 493.

humanos. Ponia su edificio fuera de todo combate, ó mas bien le hacia encontrar asiento y solidez en los mismos ataques de que seria objeto, porque dirigiéndose estos ataques á debilitarlo humanamente, lo volvian á colocar en la primitiva condicion de su vitalidad, que podemos formular del modo siguiente: el auxilio divino en razon directa de la debilidad humana, segun aquellas palabras del Apóstol: *Cum infirmor, tunc potens sum.* La Iglesia, semejante al gigante de la fábula, debia ir adquiriendo la fuerza de Dios, á medida que se le hacian perder las fuerzas del hombre. Se la salvaba *destruyéndola*, porque se la volvia á poner en contacto con el principio de su existencia: la humillacion, el martirio, la cruz de Jesucristo; lo cual hacia decir á san Leon que *la religion fundada sobre la cruz de Jesucristo no puede ser destruida por ningun género de crueldad.* Podia la Iglesia hallarse pasajeramente revestida de fuerza y genio, y ver marchar humildemente detrás de sí los sabios y los reyes, de los cuales, en tal caso, se hubiera servido menos para su propia causa que para hacer la felicidad del género humano; pero debia tambien, y con mas frecuencia, verse insultada y proscrita, como lo fue siempre la verdad, y entonces con nada tanto como sacudiendo el polvo de sus piés llenaba de terror el alma de sus enemigos, y retornándoles su cruz de oro, se apoyaba sobre su cruz de madera, aquella cruz de madera que habia vencido al mundo [1].

De aquí debia resultar indudablemente un milagro: el de una institucion siempre combatida, no defendiéndose nunca y venciendo siempre; pero este milagro es menos sensible y manifiesto, y exige mas atencion para ser conocido. La debilidad aparente de la Iglesia engañará siempre á los impíos y servirá constantemente para probar la fe de los que creen. Aquellos, confiando en el resultado y en el estruendo pasajero de sus persecuciones, se lisonjearán siempre con la idea de vencerla; estos, al verse reducidos á los últimos apuros, se sentirán siempre tentados á desesperar. Con frecuencia duerme Jesucristo en la barca de Pedro, y la cubren entonces las encrespadas olas, y los Apóstoles exclaman: «¡Maestro, perecemos!» Pero en seguida despierta el Salvador, habla á las tempestades, y sucede una gran calma. La ilusion que estas vicisitudes de la Iglesia producen, no ha cesado ni cesará jamás. Al principio se le echaba en cara su juventud, y Juliano, el apóstata, de-

[1] Son muy conocidas aquellas hermosas palabras que Mr. de Montlosier dijo en la Asamblea constituyente: «Quereis quitarles su cruz de oro; no importa, llevarán una «cruz de madera; cabalmente una cruz de madera fue la que salvó al mundo.»

cia: *No cuenta mas que trescientos años* [1]. En nuestros dias se le echa en cara su antigüedad, y otro filósofo nos dice: *No puede durar mas que unos trescientos años*. Á pesar de todo, la Iglesia prosigue su carrera sin inquietarse por estas oscuras predicciones, funestas tan solo para sus autores, confiando siempre en aquella prediccion que le prometió los siglos por duracion, y que hace mas de mil ochocientos años que le va cumpliendo perfectamente la palabra.

«Por una dispensacion enteramente voluntaria, dice el juicioso Nicole, quiso Dios que esto sucediera así. Podia hacerse seguir de toda la tierra desde el primer momento de su predicacion; pero esto hubiera sido un milagro muy visible y palpable, que lo hubiera puesto demasiado en evidencia á los hombres. Prefirió establecer su religion por medio de un progreso sucesivo que chocase menos al espíritu, y en el cual la divina virtud que lo obraba estuviera mas escondida. Pero aunque esté escondida para la mayor parte del mundo, no obstante, los que consideren este progreso con la atencion que merece no podrán dejar de reconocer en él esa virtud que lo produce y que lo distingue infinitamente de los progresos que las opiniones de los hombres pueden hacer. Aunque esté oculto en encubierto, no es por esto menos milagroso. Solo es dado á los talentos reflexivos y despreocupados el descubrirlo, y esto es precisamente el designio de Dios. No quiere ocultar sus obras á los que aman sinceramente la verdad; pero tampoco quiere manifestarlas á los soberbios, que no juzgan de las cosas mas que por capricho ó pasion; y esto es lo que hace al cubrirlas con la semejanza de las obras de los hombres, y al distinguirlas, no obstante, por medio de diferencias reales y efectivas, conocidas tan solo de los amantes sinceros de la verdad, y desconocidas perpétuamente de todos los demás [2].»

Tal es la sabiduría que resplandece en *la eleccion de la materia* de que compuso Jesucristo su Iglesia.—Estudiémosla ahora en la *forma que le dió*.

II. «En aquel tiempo, dice el Evangelio, iba Jesús seguido de la multitud de sus discípulos, y subiendo á un monte, llamó á sí á los que él quiso, *vocavit ad se quos voluit ipse*, y vinieron á él.—Y escogió doce, *et fecit ut essent duodecim*, para que estuviesen con él, y enviarlos á predicar.—Y á Simon le

[1] Chateaubriand, *Estudios históricos*, parte II.
[2] *Ensayos sobre la moral*, t. IX, pág. 445.

«puso el nombre de Pedro, etc.»—(Siguen los nombres de los demás)[1].

En estas palabras se nos presenta la primera forma y como el boceto de la constitucion de la Iglesia.—Rodeado de una porcion de discípulos, Jesucristo se coloca á alguna distancia, y de entre ellos llama á sí *doce* que escoge: hé aquí la primera agregacion.—De la primera eleccion hace luego otra segunda, la de *Pedro*, en quien se consuma la unidad, que es la forma esencial de la Iglesia y de la Verdad.

Muy luego vamos á ver como se completa la operacion divina, y como el pensamiento, no desarrollado todavía, de la concentracion de la Iglesia en la eleccion y primado de Pedro, se manifiesta y descubre con la mayor energía.

Entre tanto, observemos que la eleccion de los *doce* nada deja que desear, y que es formal y claramente expresada: *vocavit ad se quos voluit ipse... et fecit ut essent duedecim.*

Lo que corrobora la verdad de este hecho es, que desde este momento los santos Evangelios hablan constantemente de *los doce*, como de la escolta del Salvador, y como si fuesen los confidentes de sus designios y los mandatarios de sus voluntades. Entre otros pasajes se distingue el en que les da sus instrucciones para la grande empresa de la predicacion del Evangelio: «Y llamando Jesús á sus *doce* Apóstoles, les dió virtud y «potestad sobre todos los demonios, y que sanasen enferme- «dades, y los envió á predicar el reino de Dios, y les dijo, etc.[2].» —Es verdad que el mismo Evangelista habla en el capítulo siguiente de otra eleccion de setenta y dos discípulos para trabajar con los Apóstoles en la misma mision; pero distingue esta segunda eleccion de la primera. «Y despues de esto, dice, «señaló el Señor tambien *otros* setenta y dos discípulos, y los «envió... y les decia: La miés ciertamente es mucha, mas los «trabajadores pocos, etc.» *Post hæc autem designavit Dominus et* ALIOS *septuaginta duos*[3]. Estos setenta y dos discípulos no son nunca confundidos en lo demás de la relacion con los *doce* Apóstoles, pues los últimos aparecen siempre en primera línea. Cuando se quiere hablar de uno de ellos, se dice comunmente *uno de los doce*, y despues de la defeccion de Júdas, *uno de los once*. Por esta misma razon, á los *once* es á quienes entrega sus poderes al momento de ir á subir al cielo[4]. Y en fin,

[1] Marc. III, 13 et seq.
[2] Luc. IX, 1.
[3] Luc. X, 1.
[4] Matth. XXVII, 16; Marc. XVI, 14; Luc. XXIV, 33.

leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que habiendo subido Jesús al cielo, «despues de haber instruido por el Espíritu San-«to á los Apóstoles *que habia escogido,*» el primer acto de estos fue reunirse *á la voz de Pedro* para completar el número de los *doce*, nombrando á uno para reemplazar á Júdas, «el cual era «contado con nosotros, dice Pedro, y tenia suerte en este mi-«nisterio,» *qui connumeratus erat in nobis, et sortitus est sortem ministerii hujus;* pero que por su prevaricacion y su muerte «habia merecido que otro ocupase su lugar en el episcopado:» *Et episcopatum ejus accipiat alter.* «Entonces, dice el libro ci-«tado, echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, y fue «contado con los once Apóstoles, *et annumeratus est cum un-«decim* [1].»

La verdad de este hecho (la eleccion de los doce Apóstoles por Jesucristo) nada deja que desear.

Pero hemos dicho que esta primera eleccion no era mas que una preparacion y una tendencia á otra segunda eleccion mas concreta, mas limitada, mas *Una*, y esta eleccion es la de *Pedro.*

Vamos á ver ahora como Jesucristo da á su obra la última mano. Los *doce* son como piedras ya preparadas que están esperando la piedra fundamental para formar por ella y con ella un solo edificio.

Ya desde el principio vimos que cuando la vocacion de los *doce* uno de ellos, *Simon*, fue objeto de una consagracion particular y distintiva, «é impuso á *Simon* el nombre de *Pedro:*» *et imposuit Simoni nomen Petrus* [2].—Otro evangelista, san Juan, reproduce el mismo hecho de una manera mas explícita: «Y «Jesús le miró y dijo: Tú eres *Simon*, hijo de Joná: tú serás «llamado Cefas, que se interpreta *Pedro.*» *Intuitus autem eum Jesus, dixit: Tu es Simon, filius Jona: tu vocaveris Cephas* (quod interpretatur *Petrus* [3]).

Antes de aducir otros textos mas explícitos todavía, observemos ya cuán bien se empieza á diseñar en estos el pensamiento del Salvador.

Era costumbre establecida entre los doctores judíos de dar un nuevo nombre á sus discípulos, cuando estos acreditaban una grande superioridad ó una virtud muy rara. Parecia que esta costumbre se remontaba hasta el mismo Dios, que con frecuencia habia señalado de este modo en la vida de sus siervos

[1] Act. I.
[2] Marc. III, 13 et seq.
[3] Joan I, 42.

un acontecimiento importante, que servia de introduccion á un nuevo órden de cosas. Así vemos que cambió los nombres de Abrahan y de Sara cuando hizo con el primero la alianza, cuyo signo era la circuncision, y prometió á la otra que concebiria en su vejez, y que de entrambos descenderian reyes y naciones. Así vemos tambien que Jacob recibió de Dios el nombre de Israel (que quiere decir *fuerte)*, cuando despues de su lucha con el Ángel se le dijo que podria en adelante vencer á los hombres. Una distincion semejante es, pues, la que recibió Simon cuando se presentó delante de Jesucristo, que le *impuso* tambien un nombre nuevo: «Tú eres Simon, hijo de Jo-«ná, tú serás llamado *Cefas.*»

Por analogía con los ejemplos anteriormente citados debemos examinar á qué alude este nombre respecto de los designios de que era objeto. El nombre de Cefas, nos dice el Evangelista, significa *piedra (kipho* en lengua siríaca significa una *piedra).* Es, pues, lo mismo que si el Salvador hubiese dicho á este Apóstol: «Entre todos los demás Apóstoles tú serás la «piedra [1].»

Pero dejemos que el pensamiento del Salvador se comunique, y se desenvuelva en toda su magnificencia. La escena va á agrandarse y sublimarse; vamos á asistir á un drama inmenso de sencillez y de profundidad, y digno, bajo todos conceptos, de los grandes destinos de la Iglesia, cuyo cimiento va á colocar la misma mano de Jesucristo.

Oigamos los divinos relatos, y reservemos para mas adelante nuestras reflexiones.

«Habiendo Jesús venido á las partes de Cesarea de Filipo, «preguntaba á sus discípulos, diciendo:—¿Quién dicen los «hombres que es el Hijo del Hombre?

«Y ellos respondieron:—Los unos que Juan el Bautista, los «otros, que Elías, y los otros, que Jeremías ó uno de los Pro-«fetas.

«Y Jesús les dice:—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

«Respondió Simon *Pedro* y dijo:—Tú eres el Cristo, el Hijo «del Dios vivo.

«Y respondiendo Jesús, le dijo:—Bienaventurado eres, *Si-«mon, hijo de Juan:* porque no te lo reveló carne ni sangre, «sino mi Padre que está en los cielos.

«Y yo te digo que tú eres *Pedro,* y sobre esta piedra edifica-«ré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán con-«tra ella.

[1] Wisseman, *Conferencias sobre el Protestantismo.*

«Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que «ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que «desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cie- «los [1].»

Pasa esta escena durante el curso de la predicacion del Salvador y antes de su pasion. Respecto de Pedro no encierra mas que una promesa: «*Yo edificaré... yo te daré...*» Pero el misterio de la Redencion se ha cumplido, y Jesucristo ha resucitado; se ha manifestado ya y dado las últimas instrucciones á sus Apóstoles; va á dejar la tierra que pisan sus plantas por la última vez, y aquí debemos observar una cosa algo mas definitiva que las anteriores.

«Y cuando hubieron comido, dijo Jesús á Simon Pedro: Sí- «mon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos?—Pedro le res- «pondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo.—Jesús le dice: *Apa- «cienta mis corderos*. Le dice segunda vez: Simon, hijo de Juan, «¿me amas?—Pedro le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. «—Jesús le dice: *Apacienta mis corderos*.

«Le dice tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas?— «Pedro se estremeció, porque le habia dicho la tercera vez: «*¿Me amas?* y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas, tú sa- «bes que te amo.—Le dijo Jesús: *Apacienta mis ovejas* [2].»

En fin, para completar nuestras citas sobre esta materia, añadirémos un pasaje, desapercibido con frecuencia, y que sin embargo, por su relacion con los demás, entre los cuales debe colocársele, pone mas de relieve la prerogativa y las funciones del *Príncipe de los Apóstoles*, como no puede menos de llamarle el mismo *Grocio* en sus comentarios sobre el anterior pasaje [3].

La víspera de la pasion del Salvador y durante la comida de la Pascua, en que las entrañas de su caridad se deshicieron, por decirlo así, en palabras del mas inefable amor, se entabló discusion entre los Apóstoles para saber *quién de entre ellos debia ser el mayor*. Jesús les dijo que á diferencia de los grandes de la tierra, el mayor de entre ellos debia considerarse como el menor y el servidor de los demás [4]; y despues, como si quisiese designar cuál debia ser bajo este respecto el mayor de todos ellos, dirigió á Pedro las siguientes palabras de la mas solemne ternura: «Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido

[1] Matth. XVI, 13 et seq.
[2] Joan. XXI, 15.
[3] Hug. Grotius, *Annot. in N. T. ad Joan.* XXI, 15.
[4] De aquí viene el título que se dan los Papas de *Siervo de los siervos de Dios*.

«para zarandearos como trigo; mas yo he rogado por tí, que «no falte nunca tu fe. Y tú una vez convertido, confirma á tus «hermanos [1].»

Demos libre curso á las reflexiones que nos sugiere cada palabra de esta grande historia.

Hay entre las dos primeras escenas una relacion evidente; pues en la primera promete el Salvador á Pedro lo que le concede en la segunda.

Notemos el encadenamiento de esta conducta de Jesucristo, y cuán bien va conociéndose poco á poco su designio, y apareciendo al fin cercado de la mas incontestable evidencia.

Desde la vocacion de los Apóstoles Jesús distingue á Simon imponiéndole el nombre de *Pedro*, distincion que encierra el gérmen de la funcion capital que mas tarde debe conferirle.

Mas adelante, en efecto, y durante el curso de sus predicaciones, pero antes de su sacrificio, descubre á este Apóstol, en presencia de todos los demás, lo que contenia de misterioso el nombre emblemático que le habia dado. «Tú eres *Pedro*, y so«bre esta *piedra* edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno «no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de «los cielos, etc.»

Sin embargo, todo esto no es aun mas que un proyecto y una promesa. Todavía no ha llegado la hora de que la Iglesia suceda á Jesucristo. Este momento se aproxima, y la divina solicitud obra aun de una manera muy especial sobre el futuro jefe de la Iglesia, y deja entrever el fondo de la misma intencion por lo que á él toca. «Simon, Simon, mira que Satanás os «ha pedido para zarandearos como trigo; mas yo he rogado por «tí, que no falte nunca tu fe, y tú, una vez convertido, confir«ma á tus hermanos.»

Llega, por fin, el instante del cumplimiento de los designios de Dios sobre su Iglesia. Jesucristo va á dejar la tierra, y la Iglesia á apoderarse de ella. Entonces es cuando realiza Jesucristo su fundacion, y cuando Pedro, que hasta entonces habia sido su pontífice *electo*, recibe su investidura pontificia por medio de aquellas palabras tres veces repetidas: *Apacienta mis corderos*, *apacienta mis ovejas*.

¿Qué puede haber de mas formal, de mas sostenido, de mas acabado, que este pensamiento y esta voluntad que reina y se desenvuelve progresivamente durante todo el curso de la vida mortal de Jesucristo, y que del estado de proyecto y de promesa pasa, en fin, al estado de ejecucion en el momento mismo

[1] Luc. XXII, 24 et seq.

en que van á empezar los destinos de la Iglesia? Aun cuando no conociéramos mas que esta última escena, en que Jesucristo confiere formalmente á Pedro la jurisdiccion de pastor de la Iglesia, y aun cuando ignoráramos las anteriores promesas que le habia hecho, no nos seria lícito suscitar la mas ligera controversia sobre este punto. Pero ¿cuánto mas palpable se hace todavía, considerando su íntimo enlace con todas las demás promesas? ¡Cuán admirable y recíprocamente se fortifican estas promesas y su ejecucion! ¿Puede concebirse que tantos de nuestros hermanos extraviados duden todavía de una verdad tan evidente é incontestable?

No tememos hacernos pesados, extendiéndonos mucho sobre una materia tan interesante y trascendental: por esto despues de esta ojeada general pasarémos á un exámen detallado de ciertas circunstancias, que son como los accesorios del pensamiento de Jesucristo, y por él verémos que este pensamiento se refleja de la manera mas confirmativa.

Empecemos examinando la primera escena, en que Jesucristo promete á Pedro hacer de él el fundamento de su Iglesia.

Habia escogido ya sus materiales y convertido una porcion de pescadores en discípulos suyos. De entre estos ha elegido *doce*, que deben ser como las columnas del edificio. Pero llega el momento solemne, fáltale verificar otra eleccion entre los elegidos; se trata del fundamento, del jefe sobre quien todo debe descansar, que debe desde luego recibirlo todo, y por cuyo medio debe despues transmitirse y distribuirse todo á los demás. Vemos ya en esto lo que va á hacer y cuáles serán los caractéres y las pruebas de esta importante eleccion.

Llama á todos sus discípulos, y teniéndolos á su presencia empieza á sondearlos: «¿Qué dicen los hombres del Hijo del «Hombre? ¿Quién dicen que soy?

«Y ellos le respondieron: Los unos dicen que eres Juan el «Bautista; los otros que Elías, y los otros que Jeremías ó uno «de los Profetas.»

Hé aquí la incredulidad general de todos los hombres, la variacion, la diversidad de doctrinas.—Todo esto es precisamente lo que Jesús trata de reformar y de reducir á la fe y á la unidad.

La pregunta del Salvador va luego á ser mas directa, y la prueba mas dicisiva.

«Jesús les dice: Y vosotros, ¿quién decís que soy?»

¡Ah! sin duda van todos á responder á la vez como á la pri-

mera pregunta, van unánimemente á exclamar: *¡Tú eres Dios!* y la eleccion va á quedar dudosa.

Pero, no.

La fe no es igualmente viva en todos los Apóstoles, y uno de ellos, el mismo á quien Jesucristo habia impuesto antes el nombre de *Pedro,* se adelanta á todos ellos, y se designa á sí mismo sin pensarlo para la eleccion del Salvador. «Tomando «la palabra Simon Pedro, le dijo: TÚ ERES EL CRISTO, HIJO DE «DIOS VIVO.»

La celeridad y firmeza de esta respuesta fijó, en efecto, la eleccion: hé aquí el fundamento de la Iglesia que debe comunicar la fe en Jesucristo á toda la tierra y guardar para siempre su depósito. Este fundamento debe distinguirse por la excelencia de la fe; por esto en lo sucesivo Jesucristo *rogará en particular por él á fin de que su fe no desfallezca nunca, y de que pueda confirmar en ella á sus hermanos.*

Aquí la escena se engrandece y toma un carácter solemne. Desaparecen todos los discípulos, y no quedan, por decirlo así, mas que Pedro y Jesucristo; se establece una comunicacion íntima y personal entre SIMON, HIJO DE JUAN, Y EL CRISTO, HIJO DEL DIOS VIVO, es decir, entre la tierra y el cielo: «Bienaventu- «rado eres, Simon, hijo de Juan, dice el Salvador, porque no «te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los «cielos» (es decir: No te envanezcas por la eleccion que de tí voy á hacer, pues no la mereces; pero eres bienaventurado, porque la fe que te distingue es un don que has recibido, y cuyo principio, que por tu medio debe extenderse por toda la tierra, no tiene su orígen en tí sino en Dios). Y ahora que estás elegido para esta grande empresa, ya no eres Simon, hijo de Juan el pescador, sino Pedro, el primero de los pontífices de mi Iglesia; y te digo esto con la misma verdad que tú has dicho que yo era el Cristo, Hijo del Dios vivo. «Y yo te digo, que «tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y *las «puertas del infierno no prevalecerán contra ella...»*

Es necesario convenir en que la fuerza de estas últimas palabras es sobrehumana. El fundador de la Iglesia preve con anticipacion todos los males que han de llover sobre ella, todos los tiros que se dispararán contra su existencia, su independencia, su unidad y su autoridad: las persecuciones, los cismas, las herejías, las apostasías, toda esa interminable cadena de desprecios, injurias, asechanzas, violencias y sangre desde Neron hasta el perseguidor de Pio VII, desde Celso y Juliano hasta Voltaire, desde Arrio hasta Lutero, y todo lo que

los siglos futuros han de hacer para destruirla; ve, en una palabra, todas las puertas del infierno abiertas contra su Iglesia, sin que esta les oponga otra defensa que la Fe, la Paciencia, la Verdad..., y pronostica al mismo tiempo que su Iglesia lo vencerá todo, y sus predicciones son despues puntualmente confirmadas por los hechos. Á la verdad, la fe se engrandece apoyada sobre este doble prodigio; y repite con d'Aguesseau: «Para predecirlo era preciso ser profeta; para cumplirlo es necesario ser Dios.»

Al mismo tiempo Jesucristo añade: «Y te daré las llaves del «reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, «será tambien desatado en los cielos.» Poder que mas adelante debia transferirse igualmente á todos los Apóstoles, como verémos; pero que primeramente se prometió de una manera muy especial á la persona de Pedro, como su representante y jefe de ellos.

La segunda escena que nos ofrece Jesucristo realizando y completando lo que habia prometido y empezado en esta no es menos significativa en sus detalles. Al momento de *volverse á su Padre,* se dirige tambien particularmente á Pedro, en presencia de los demás discípulos, y le hace por tres veces la siguiente pregunta: «Pedro, ¿me amas?» Fijemos la atencion en la primera pregunta, de la cual no son mas que una repeticion las dos restantes: «Pedro, ¿me amas *mas que estos?*» de modo, que no exige de Pedro tan solo un amor ordinario, sino un amor *superior* al de los demás discípulos, y esta superioridad en la condicion nos hace presentir ya la superioridad en el fin que se propone. Por esto, sobre la respuesta afirmativa de Pedro, lo instituye por tres veces *pastor de su rebaño.*

Á la manera que un arquitecto quiere asegurarse bien de la solidez del cimiento antes de confiarle el edificio, para conocer si es capaz de sostener su peso, con aquellas tres preguntas quiere probar Jesucristo si tiene Pedro las condiciones que requiere el objeto á que lo destina. Este objeto es fundar en él el gran principio de la Unidad que debe recibir y guardar la verdad cristiana para transmitirla á todo el mundo. Por consiguiente, esta unidad debe ser tal, que en primer lugar toda la Iglesia, es decir, todos los Apóstoles, todos los discípulos y todos los cristianos que se juntarán á su palabra, no hagan mas que uno, y se resuman en la persona de Pedro, lo cual expresan aquellas palabras: «Sobre esta piedra edificaré mi «Iglesia...» Y en segundo lugar, esta unidad debe consistir

tambien en que el mismo Pedro á su vez, y como representante de toda la Iglesia, no haga mas que uno con Jesucristo (uno por la fe, uno por el amor) de la misma manera que Jesucristo no hace mas que uno con Dios, y que de este modo sea Pedro el centro y como el anillo de conjuncion entre la tierra y el cielo, conforme á aquellas memorables palabras del Salvador: «Padre santo, conservad en vuestro nombre á los que me ha-«beis dado, para que sean *uno* como nosotros. No ruego sola-«mente por ellos (los Apóstoles), sino tambien por todos aque-«llos que deben creer en mí por su palabra (los cristianos de «todos los lugares y de todos los tiempos, presentes á la sazon «en el pensamiento de Jesucristo), para que TODOS no sean «mas que UNO, del mismo modo que Vos, ó Padre mio, estais «en mí y yo en Vos, que sean ellos UNO EN NOSOTROS.»

¡Qué admirable encadenamiento! El asiento principal de la unidad, que con razon se ha definido la *unidad en el número*, se descubre ya por su naturaleza en el misterio de la Trinidad, en virtud del cual el Padre y el Hijo no hacen mas que uno con el Espíritu Santo ó el amor. Este principio de la unidad va á dilatarse con aquel amor que es su lazo, y cuya propiedad es descender hácia un objeto y elevarlo á sí para identificárselo; y Jesucristo, haciéndose hombre por este amor, va á *unir* á él la naturaleza humana y hacerla entrar con él en la unidad divina, reconciliándola con su Padre en la Cruz. Pero todo esto no es aun bastante; no se limitará esta unidad á solo Jesucristo como representante de la naturaleza humana; se dilatará de nuevo hasta que abrace á todos los hombres de buena voluntad con el mismo lazo, y hasta hacerlos participantes de Jesucristo, como Jesucristo lo es de Dios; y esta extension, esta participacion de la unidad divina en Jesucristo se cumplirá por la mediacion de la Iglesia, la cual no hace mas que Uno en la persona de Pedro, quien tampoco hace mas que Uno con Jesucristo, que es uno solo con Dios. Esto es lo que significan las tres preguntas dirigidas á Pedro por Jesucristo: «Pe-«dro, ¿me amas mas que estos?» Es decir, ¿tú, bajo cuyo cayado voy á reunir mi Iglesia, estás bien unido á mí, para que puedas ser la piedra angular del edificio? *¿Me amas?* No le pregunta si tiene genio para poder dominar el mundo, si tiene armas para conquistarlo ó recursos para ganarlo; sino *¿me amas?* para manifestar evidentemente que la union con Dios era la condicion esencial de su eleccion. Observemos tambien la bellísima sencillez que respiran todas las contestaciones de Pedro. Ama tan de veras, que despues de haber respondido: «Sí, Se-

«ñor, tú sabes que te amo,» no puede sufrir la tercera pregunta, y *contristado* su corazon por una prueba tan repetida, deja escapar estas impacientes palabras: «Señor, tú sabes todas las «cosas: tú sabes que te amo;» palabras que rebosan no solo amor, sino la fe mas pura, pues significan: «Tú eres Dios, y «me preguntas lo que tu poder puede descubrir tan bien.»— En efecto, no tenia necesidad Jesucristo de preguntar á los Apóstoles, acerca de su amor y de su fe, para saber cuál de ellos debia ser el fundamento de la Iglesia; pero obró así para llamar mas eficazmente la atencion del hombre, y para instruir por ellos á todo el género humano en las condiciones de la unidad, que debe unir todos los hombres á la misma Iglesia, la Iglesia á la persona de Pedro, y Pedro á Jesucristo, que lo está á Dios: esta condicion es el espíritu de amor y de fe.

Hé aquí, pues, la *Unidad*, carácter esencial del gran cuerpo de la Iglesia, como lo es tambien de la verdad [1], carácter que exige en seguida otro como su garantía, la *Autoridad*. Por esto añade inmediatamente Jesucristo en la primera escena: «Y te «daré las llaves del reino de los cielos, etc.,» y en la segunda: «Apacienta mis ovejas [2].»

No hay verdad, en efecto, sin unidad; porque la verdad ó es

[1] «El carácter esencial de la verdad, ha dicho Guizot con mucho acierto, y lo que «hace de ella precisamente el lazo social por excelencia, es la unidad. Como la ver«dad es una, los hombres que la han reconocido y aceptado están unidos; y su union «no tiene nada de accidental ni de arbitrario, porque la verdad no depende ni de los «accidentes de las cosas, ni de la incertidumbre de los hombres; no tiene nada de pa«sajero, porque la verdad es eterna; ni cosa limitada, por ser la verdad completa é in«finita. Así como, pues, la unidad es el carácter esencial de la verdad, así tambien lo «será el de la sociedad que no tenga por objeto mas que verdad, esto es, de la sociedad «puramente espiritual. No hay ni puede haber dos sociedades espirituales, porque de «su naturaleza es única y universal. Así es como nació la Iglesia; y de aquí provino «esa unidad que proclamó como su principio, y esa universalidad á que ha siempre «aspirado.» (*Histoire de la civilisation en France*, t. I, p. 316).

[2] Despues que el Sr. Guizot ha reconocido tan explícitamente la *Unidad* como el carácter distintivo de la verdad y de la Iglesia, trata de evitar la condicion que ha de realizarla, que es la *autoridad*, para no exponer otro principio, que es el de la *Libertad*, principio que, como verémos, se concilia amigablemente con ella. Sin embargo, no puede enteramente disimularse el vacío que siente en sus conceptos, y que trata mas bien de cubrir que de llenar discurriendo de esta manera: «Si es libre la voluntad, no «es árbitra; y si la razon individual tiene el derecho de exámen, está no obstante su«bordinada... *á esa razon general que sirve de medida y de piedra de toque á todos los espíritus.*» (Pág. 390). Hablemos francamente, Mr. Guizot, yo apelo del filósofo al publicista, y del profesor al hombre de estado: ¿qué seria esta *razon general* sin la Iglesia que la formó y que la mantiene como por medio de una fuerza central de gravitacion? ¿Qué es lo que fue entre los antiguos? y ¿en qué para entre los herejes y los filósofos? Es evidente que se necesita una autoridad mas consistente, mas distinta, mas visible, y mas elevada que la *razon general*, y que esta *razon* supone necesariamente como el principio de donde procede: este principio es la RAZON DIVINA revelada al mundo en Jesucristo, fijada por él en el seno de su Iglesia; y esta es la verdadera PIEDRA DE TOQUE de los espíritus.

una, ó no existe; pero tampoco hay unidad sin autoridad, sin un centro de enlace que llame á sí las partes divergentes; y en fin, no hay autoridad verdadera y legítima sino la de Dios ó que procede de Dios.—Es, pues, una sabiduría perfecta la que en la institucion de la Iglesia fundó la posesion que nos daba de la verdad en la unidad, la unidad en la autoridad, y la autoridad en la palabra de Dios.

¿Qué era la verdad en la tierra antes de la venida de Jesucristo, la verdad acerca de Dios, acerca del hombre, acerca de nuestros deberes y destinos? Era una cosa incomprensible en fuerza de ser múltiple y flotante, que no podia precisarse ni fijarse no solo entre los hombres, pero ni siquiera en el hombre mismo, que se desvanecia sin cesar para reaparecer bajo mil hipótesis, y que nada presentaba de cierto mas que la misma incertidumbre [1]. Entreveíanse, no obstante, algunas verdades naturales, que no llegaban á fijarse jamás; pero ¿de qué provenia esto sino de que no habia *unidad* de querer cada uno hacer prevalecer su dictámen, fundar su escuela, abrir su cátedra para enseñar á su modo, no proponiéndose con frecuencia otra mira que el furor por *distinguirse* de los demás, es decir, de aislarse y de desunirse? ¿De qué provenia esta carencia de *unidad* sino de la carencia de *autoridad*, que impedia el que ningun hombre tuviera derecho para decir á otro: *Tú pensarás como yo*, y de decirse á sí mismo: *Yo pensaré mañana lo mismo que hoy?* En fin, apurando mas las cosas, ¿de qué provenia la carencia de autoridad sino de que, habiendo roto el hombre el vínculo de sumision que lo adheria originariamente á la autoridad suprema de Dios, habia visto romperse de un solo golpe todos los vínculos por cuyo medio estaba sometido á sí mismo, y unido á sus hermanos en una comun sumision á Dios?

La sumision es el primer deber del hombre, y es además el principio y la base de todos sus derechos y verdaderos intereses. La libertad que oponemos siempre á la sumision es su instrumento, y no su antagonista: no se nos dió, en efecto, para vagar sin guia en la nada de nosotros mismos, y verla perderse luego en la esclavitud inevitable de las pasiones; sino para que la hiciéramos servir en la eleccion de una autoridad, objeto de nuestra sumision, y hacer así esta sumision honrosa

[1] «La variedad de opiniones y las contrariedades de los hombres nos desconciertan, «escribia Ciceron; á las nociones que varian segun las personas, y que *no son siempre «constantes en una misma persona*, las llamamos ficciones.» (*De legibus*, lib. I, § 17).—Ciceron se expresa así á propósito de la distincion *del bien y del mal, de lo lícito y de lo prohibido*, es decir, de lo que deberia haber de mas claro y cierto.

haciéndola voluntaria. Con este buen uso de nuestra libertad no la abdicamos, al contrario, la ejercemos en nuestra misma sumision, y adquirimos por esta el derecho y la fuerza que necesitamos para mandar nosotros mismos á nuestra vez.

Estos grandes principios, verdaderos fundamentos del deber y de la libertad, no fueron conocidos de los antiguos, pues carecian de una autoridad visible que se los presentase y garantizase [1]. El Cristianismo fue quien los dió al mundo, presentándolos en accion y en perfecto modelo en la grande institucion de la Iglesia, que durante toda la edad media fue el único asilo de la verdad, de la unidad y de la perfecta libertad, en medio de la barbarie universal que cubria al mundo, y despues ha ido comunicando poco á poco á todas las instituciones humanas esos principios de civilizacion y de vida, que hubieran mil veces desaparecido, si ella no guardase para siempre su depósito en su seno [2].

Efectivamente, Jesucristo que, segun la bella expresion de san Agustin, *ocupaba en la tierra el lugar de la Verdad*, y que

[1] En el *Tratado de las leyes*, de Ciceron, § 20, leemos el siguiente diálogo, que trata sobre *el fin de la virtud, y del objeto á que se dirigen y deben dirigirse todas nuestras acciones.* —«Marc. Es esta una cuestion muy debatida y fecunda en contestaciones entre los mas «doctos, pero que al fin *será menester que se falle sobre ella algun dia.*— Attic. *Pero ¿cómo?* ¿no murió por ventura L. Gelio?—Quint. Y ¿qué importa para el fallo de esta «cuestion la muerte de L. Gelio?—Attic. Es que me acuerdo haber oido decir que «cuando vuestro amigo Gelio, al concluir su pretura, pasó á Grecia en calidad de pro«cónsul, convocó á todos los filósofos que en aquel entonces se hallaban en Atenas, y «les aconsejó sériamente que fijasen un dia para poner un término á sus controversias, «diciéndoles que si no tenian genio de disputar hasta la muerte, la cosa podria arre«glarse, y añadió que les prometia su mediacion si trataban de hacer paces.—Marc. «El hecho es gracioso, y ha sido muchas veces asunto de bromas.»

Era por cierto gracioso que un hombre, por mas que fuese un procónsul, esperase poner de acuerdo las opiniones de los filósofos, y fallar sobre la verdad por un compromiso. Razon tenian los antiguos de mofarse de este *eclecticismo*, y de esta intervencion proconsular en los dominios del pensamiento. Solo á la misma *Verdad* es á quien puede competir este derecho, y la facultad de comunicarlo, comunicándose á los que toma por su órgano; y esta es la Iglesia.

[2] «Debo llamar vuestra atencion, añade Mr. Guizot, sobre un hecho que domina so«bre todos los demás, que forma el carácter de la Iglesia cristiana en general, y que «decidió, por decirlo así, sobre sus destinos. Este hecho es la unidad de la Iglesia, la «unidad de la sociedad cristiana, que se presenta independiente de todas las diversi«dades de tiempos, de lugares, de dominacion, de lengua y de orígen: hecho poderoso, «señores, y cubierto de gloria, que desde el siglo V hasta el XIII ha prestado inmensos «servicios á la humanidad. La unidad de la Iglesia es lo único que mantuvo unidos «con algun lazo unos pueblos y países, que de otra parte todo conducia á la separa«cion; bajo su influencia continuaron desarrollándose algunas nociones generales, y «algunos sentimientos de una vasta simpatía; de modo que del seno de la mas espan«tosa confusion que haya visto jamás el mundo, se ha levantado la idea mas extensa y «la mas pura que haya estrechado jamás los hombres, cual es la idea de la sociedad «espiritual; porque si queremos llamar filosóficamente la Iglesia, este es el nombre «que habrémos de darle, y este es el tipo que ella se propuso realizar.» (*Histoire de la civilisation en France*, t. I, p. 314).

por consiguiente poseia en sí la unidad y la autoridad que le son inseparables, habiendo venido á traer esta verdad y queriendo dejárnosla, debió dárnosla con su forma esencial y con su condicion conservadora. Si se hubiese marchado dejándola desarmada en el mundo, la verdad no hubiera podido aclimatarse, ó á lo menos no hubiera tardado en convertirse en lo que habia sido entre los filósofos de la antigüedad, y en lo que de hecho se ha convertido fuera del seno de la Iglesia, en las sectas que de ella se han separado: un motivo mas de division, y un cáos de contradicciones que hubiera acumulado sobre el espíritu humano nuevas tinieblas y errores.

El *Salvador* por excelencia debia, pues, levantar en medio de nosotros una especie de fortaleza espiritual, donde la verdad pudiera atrincherarse, y desde la cual saliese á la conquista del mundo, dominase las eternas fluctuaciones del espíritu humano, y le imprimiese su santa unidad. Esto es lo que hizo en la Iglesia, cuyas llaves dió á Pedro, que recibió al mismo tiempo de sus manos el cayado, como vicario visible del invisible gran Pastor de las almas.

¡El cayado y las llaves! ¡símbolos admirables! Este cayado es el que hace diez y ocho siglos va pasando de mano en mano en la sede de Roma, y, extendiéndose desde este centro de la unidad hasta las extremidades del mundo, abate todas las grandezas, engrandece todas las inferioridades, supera todos los obstáculos, vence todas las hostilidades; y nivelando esta pobre tierra, tan erizada de nuestras distinciones y discordias, nos reune á todos en un reino que comprende todos los reinos de este mundo, y nos hace descansar como un solo rebaño á la guarda de un solo pastor.—Estas llaves son las que guardan y dispensan la verdad y las gracias que nos conquistó Jesucristo con su sangre: llaves de la verdad que todo el mundo se disputaria, que todos pretenderian poseer, y que, por el depósito que de ellas se hizo en la unidad de la Iglesia, ha sido siempre para los hombres rectos la mejor prueba de la certidumbre, los sellos de la fe y las dispensadoras de la vida y de la muerte; estas llaves son las que en todos tiempos han hecho entrar el mundo en los caminos de la civilizacion, excluyendo siempre el error y el mal bajo cualquier forma que hayan pretendido introducirse en él: estas llaves, en fin, que son aun en el dia las únicas llaves del porvenir, de ese provenir misterioso que encierra el tiempo, y de ese otro porvenir mas misterioso aun que oculta á cada uno de nosotros la eternidad.

Hé aquí los caractéres llenos de sabiduría y de grandeza, que se descubren principalmente en la formacion de la Iglesia.

Pero no son bastantes todavía para garantizarnos la integridad y la certidumbre de la transmision de la verdad hasta nosotros. Es cierto que es una concepcion admirable; pero descansa sobre bases humanas; porque al fin Pedro no es mas que un hombre, por mas grandes que sean su amor y su fe, y sus sucesores lo serán todavía mas que él. Al formar la Iglesia, se quedó Dios hasta cierto punto fuera de esta institucion, y la dejó abandonada á sus elementos humanos, débiles y perecederos. Considerando las cosas bajo este punto de vista, nos es imposible tomar al pié de la letra aquellas palabras: *Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra la Iglesia,* á no ser que estas palabras supongan un complemento de auxilio divino mas inmediato. Es menester que el espíritu de Dios, Dios mismo, entre y se encarne en este gran cuerpo, para cumunicarle toda su fuerza y su infalibilidad; para impedir que caiga tambien en la disolucion de que debe preservar al mundo, y para obtener de todos los hombres una sumision racional y sólida á las verdades por cuyo medio quiere regenerarlos.

Hemos visto ya la materia,—hemos visto la forma,—nos falta ver el espíritu y la vida.

III. Nada de mas explícito en todas las acciones y palabras del Salvador, que lo que se refiere á la comunicacion del espíritu de Dios y á la promesa de su permanencia en la Iglesia. Sobre este particular no hay nada metafórico: la inspiracion divina, en todo el rigor de la palabra, viene á fijar su permanencia en esta institucion.

Muchas veces durante el curso de su vida manifiesta el Salvador este designio, y lo recuerda como el gran proyecto de su amor por los hombres, proyecto que debe realizarse despues de su muerte, y recibir su complemento despues de él y ser como una sucesion de su persona. Así vemos que al acercarse su pasion, su promesa se va precisando cada vez mas, se completa despues de su muerte, y finalmente, despues de subir él al cielo, se extiende su accion por toda la tierra; porque en realidad por medio de su muerte debia adquirirnos las gracias de la salvacion, y por esto hasta despues de su muerte no se hacia necesaria la institucion destinada á conservárnoslas y transmitírnoslas. Es tan visible la economía de esta conducta de Jesucristo, que no es menester hacer ningun esfuerzo para conocerla.

Hé aquí lo que dice á sus discípulos en aquel memorable discurso que les dirige pocos momentos antes de dejarlos para ir á empezar su pasion:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre «sino por mí... Me vuelvo al que me envió, pero no os dejaré «huérfanos: *vendré á vosotros... y rogaré al Padre, y os dará otro «Consolador,* para que more *siempre* con vosotros, *el Espíritu «de verdad*, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo «ve ni lo conoce: mas vosotros lo conoceréis, *porque morará «con vosotros y estará en vosotros.*»

Despues de haberles dado muchas otras instrucciones, añade:—«Estas cosas os he hablado estando con vosotros; *y el «Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nom«bre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello «que yo os hubiere dicho.*»

Mas adelante hablando de los que no habian querido conocerlo, dice:—«Me aborrecieron gratuitamente; pero cuando «viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, *el Espíri«tu de verdad* que procede del Padre, *él dará testimonio de mí,* «y vosotros daréis tambien testimonio, porque estais conmigo «desde el principio.»

En fin:—«Salí de mi Padre, y vine al mundo; ahora dejo el «mundo y me vuelvo á mi Padre... Aun tengo que deciros mu«chas cosas, mas no las podeis llevar ahora: *cuando viniere «aquel Espíritu de verdad, él os enseñará toda la verdad*[1].»

En todos estos pasajes descuella la promesa de un socorro sobrenatural. No serán ya los Apóstoles, aquellos hombres débiles los que darán testimonio de Jesucristo y anunciarán su doctrina, sino *el Espíritu de verdad que procede del Padre,* es decir el mismo *Dios* que *vendrá á ellos, que morará con ellos, será quien les enseñe todas las cosas,* y en este caso, ¿qué importa su debilidad, su ignorancia y su natural indigencia? Muy pronto serán instruidos en la escuela de la verdad, y, desprendidos de la falsa sabiduría del siglo, serán mas aptos para repetir las lecciones de la sabiduría de Dios.

En todo este discurso de Jesucristo se nos aparece la Trinidad de las divinas personas trabajando de concierto en la obra de nuestra salvacion. El Padre, criador del género humano, envia su Hijo á rescatar el mundo, y el Hijo, una vez terminada su mision, se vuelve á su Padre: entonces empieza la mision del Espíritu Santo, y con ella la existencia de la Iglesia que ha de ser su órgano hasta el fin de los tiempos. En estas

[1] Joan. xvi.

diversas fases de la accion divina es siempre el mismo Dios que obra en cada una de estas tres personas, y esta distribucion de las personas, sin perjudicar en nada á esta unidad de Dios, nos hace mas visible el desenvolvimiento del plan de la Religion, y nos hace distinguir y conocer mejor todas sus partes. Esta es la razon por que Jesucristo en su Evangelio habla de sí mismo, ya como *persona*, y en este caso se distingue del Padre y del Espíritu Santo, ya como *Dios*, y entonces se confunde con ellos. Por esto en el discurso antes citado dice primeramente: «No os dejaré huérfanos, *vendré á vosotros*,» y en seguida «ro-«garé á mi Padre, y él os enviará *otro Consolador, el Espíritu «de verdad.*»

Pero sus palabras van á hacerse mas explícitas y solemnes; su muerte ha consumado nuestra redencion y abierto el tesoro de sus gracias; tocamos al momento supremo al que se referian todas sus promesas; va á dejar la tierra; la Iglesia, que despues de él está llamada á llenarla de sus maravillas, se halla á sus piés en la persona de los Apóstoles reunidos en un solo cuerpo, oscura todavía, ignorada, desconocida de sí misma, y no existiendo mas que en el pensamiento de su divino Fundador; pero existiendo en él con toda aquella plenitud de fuerza y de vida que debia cambiar la faz de la tierra. Él prometió siempre á su Iglesia enviarle el *Espíritu de verdad* cuando se hubiese vuelto á su *Padre;* sin embargo como no hace mas que uno con el Padre y el Espíritu Santo, quiere darle las primicias de la divinidad é imprimirle, antes de marcharse, el movimiento que ella debe comunicar despues al mundo.—¡Qué situacion!!! ¡Cuán propias son de ella las palabras del Cristo!!!

«Y los *once* discípulos, dicen los Libros santos (despues de «la prevaricacion de Júdas no eran mas que once), se fueron á «la Galilea, al monte á donde Jesús les habia mandado. Y «cuando lo vieron le adoraron; mas algunos dudaron; y lle-«gando Jesús, les habló diciendo:

«SE ME HA DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA. COMO «EL PADRE ME ENVIÓ, ASÍ TAMBIEN YO OS ENVIO.—Y dichas estas «palabras, sopló sobre ellos, y les dijo:—RECIBID EL ESPÍRITU «SANTO.—Á LOS QUE PERDONÁREIS LOS PECADOS, PERDONADOS LES «SERÁN, Y Á LOS QUE SE LOS RETUVIÉREIS, LES SERÁN RETENIDOS. «—ID PUES, Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES, BAUTIZÁNDO-«LAS EN EL NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO, Y DEL ESPÍRITU SAN-«TO, ENSEÑÁNDOLES Á OBSERVAR TODAS LAS COSAS QUE OS HE MAN-«DADO; Y MIRAD QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS

«DIAS HASTA LA CONSUMACION DEL SIGLO. (*Et ecce ego vo-*
«*biscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi* [1]).»

Preciso se hace oponer á la verdad un espíritu muy preocupado para no dejarse llevar de la fuerza de estas palabras, de su concordancia con todo lo que ha precedido en la mision del Salvador, de su enlace profético con todo lo subsiguiente en la mision de la Iglesia, de su majestuosa y enérgica precision, verdaderamente digna de Dios, digna de la verdad, y que no puede compararse sino con aquellas primeras palabras que iluminaron el cáos é hicieron obedecer á la nada.

SE ME HA DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA... ¡Qué principio! Debe ser, pues, un acto muy grande de este poder el que va á ejecutar el Hijo de Dios, supuesto que siente la necesidad de recordarlo y de ponerlo todo entero en accion. ¡Sin duda debe ser su poder (aquel mismo poder divino que hizo el mundo y lo redimió) el que va á ponerse de nuevo en movimiento para realizar algun gran prodigio!

COMO EL PADRE ME ENVIÓ, ASÍ TAMBIEN YO OS ENVIO...—Para juzgar de la confianza de los Apóstoles en esta delegacion del poder divino, es necesario tener presente que habian sido testigos de la investidura que de él habia recibido de su Padre el mismo Jesucristo, cuando su transfiguracion sobre el Tabor. Por esto san Pedro dice expresamente en su segunda carta: «No os hemos hecho conocer el poder y la presencia de Nues-«tro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas, sino como «que contemplamos con nuestros propios ojos su Majestad; «porque recibió de Dios Padre honra y gloria cuando descen-«dió á él de la magnífica gloria una voz de esta manera: *Este «es mi Hijo, el amado, en quien yo me he complacido: oidle.* Y nos-«otros oimos esta voz enviada del cielo, estando con él en el «monte santo [2].»

Para atestiguar la autoridad de su predicacion, apela san Pedro al testimonio dado á Jesucristo en aquella ocasion. Y ¿cuál era el carácter de este testimonio? No hay duda que este carácter era doble. En primer lugar, Moisés y Elías, los dos personajes mas eminentes de la antigua Ley, habian aparecido al lado de Jesucristo, ofreciéndole sus homenajes, dando testimonio de su mision y abdicando todos los poderes que habian recibido para fundar la Ley en manos del que habia venido para perfeccionarla y completarla. En segundo lugar, se habia dado entonces al Cristo un testimonio incomparable-

[1] Matth. XXVIII, 18, 19, 20; Joan. XX, 21, 22, 23. — [2] II Petr. I, 16.

mente mas decisivo y solemne: el del Padre todopoderoso, mandando á los Apóstoles prestar una fe implícita á toda palabra salida de los labios de Jesucristo: «Este es mi Hijo el amado, «en quien yo me he complacido: oidle.»

Despues de esto juzgad cuán firme debia ser la confianza de los Apóstoles en la autoridad de Jesucristo. Y cuando despues vieron que el Cristo les legaba esta misma autoridad por estas formales palabras: «Como el Padre me envió, así tambien yo «os envio; el que os oye, me oye; el que os desprecia, me des- «precia á mí y al que me envió,» ¿cuán grande no debió ser su fe en su propia mision despues que, testigos de la solemne investidura del Tabor, se sentian á sí mismos investidos de aquella autoridad omnipotente dada por el Padre á su Hijo, y transmitida por el Cristo á sus discípulos con toda la magnificencia de sus atributos [1]?

De modo que la autoridad de la Iglesia es la omnipotente autoridad del mismo Dios. Impugnar la divinidad del principio que anima á la Iglesia es atacar la divinidad de Jesucristo, y aun mas, es atacar la omnipotencia del Padre que lo envió. ¡Encadenamiento fatal, que la experiencia de las caidas de la incredulidad confirma mas evidentemente aun que las sumisiones de la fe, y que en nuestros dias y á nuestra propia vista, ha hecho que un genio revolucionario cayese del cisma en la herejía, de la herejía en el deismo, y del deismo en el panteismo y en los delirios de la razon natural!

Y DICHAS ESTAS PALABRAS, SOPLÓ SOBRE ELLOS Y LES DIJO: RECIBID EL ESPÍRITU SANTO: Á LOS QUE PERDONÁREIS LOS PECADOS, PERDONADOS LES SERÁN, Y Á LOS QUE SE LOS RETUVIÉREIS, LES SERÁN RETENIDOS.—Aquí la comunicacion del poder divino se transforma en un hecho: el soplo de Dios, aquel mismo soplo que habia dado á Adan *un alma viviente* [2], viene á animar á los futuros pastores de los pueblos con las fuerzas necesarias para la regeneracion de la humanidad, y á derramar sobre la Iglesia, y por medio de la Iglesia sobre todos los cristianos, un nuevo espíritu, que es al alma caida lo que la misma alma es al cuerpo, y del cual la Iglesia está constituida depositaria y dispensadora.

ID PUES.—¡Palabra enérgica! ¡consecuencia inflexible! ¡impulso divino, que ha destruido todos los obstáculos que podian oponerse á la marcha de la Iglesia, y que aun en la actualidad la hace avanzar por los campos del porvenir, sola, aislada, pe-

[1] Wisseman, *Conferencias sobre el Protestantismo*, t. I, pág. 218.
[2] Genes. II, 7.

ro llena de fuerza y de majestad! —ID PUES, es decir, por mas irrealizable que os parezca la empresa de reformar el género humano y de dominarlo siempre por el ascendiente de la verdad; por mas imposible que esto os parezca á vosotros, que nada sois, que nada teneis y á quienes yo pronostico todo género de persecuciones, ID apoyados, llevados sobre los brazos del Omnipotente, INSTRUID Á TODAS LAS GENTES, ENSEÑÁNDOLAS Á OBSERVAR TODAS LAS COSAS QUE OS HE MANDADO, Y ESTAD SEGUROS QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS... Despues de este impulso no ha cesado nunca la Iglesia de IR, y VA todavía é IRÁ siempre, porque el mismo poder que le dijo ID, y que tan milagrosamente ha correspondido á sus promesas hasta nuestros dias, le dijo tambien: ID... HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.

Observad asimismo, pues todo es notable aquí, cuál es la mision precisa de la Iglesia y á qué se refiere la divina asistencia que se le prometió. No es esta mision vencer con la fuerza, deslumbrar con el genio, ni aun edificar con la santidad de la disciplina y de las costumbres: sobre todo esto quiso dejar Jesucristo á su Iglesia en el estado natural de las cosas, y no prometerle nada en particular, y debió hacerlo así, á fin de cubrir su obra con la semejanza de las obras de los hombres, y ejercitar así nuestra fe, que se hubiera visto obligada y forzada por el milagro demasiado evidente de la concurrencia invariable del genio y de la virtud en la sucesion de los ministros de la Iglesia. La mision especial y única de que la Iglesia fue investida, y por la cual debemos examinar si la asistencia divina le ha faltado nunca, es de instruir á los pueblos y de enseñarles á obedecer todo lo que Jesucristo habia mandado (docete *omnes gentes*, docentes *eos servare quæcumque mandavi vobis*). En apoyo de esta mision habia añadido el Cristo aquellas palabras: *Mirad que yo estoy con vosotros, todos los dias, hasta la consumacion de los siglos*... «Con vosotros instruyendo, añade «Bossuet comentando el pasaje, con vosotros bautizando, con «vosotros enseñando á mis fieles á guardar todo cuanto os he «mandado, y con vosotros, por consiguiente, ejerciendo en mi «Iglesia un ministerio exterior. Estaré con vosotros, con todos «los que os sucederán, y con la sociedad reunida bajo su cui«dado, desde ahora hasta la consumacion de los siglos, has«ta que el mundo se acabe, todos los dias sin interrupcion; «pues no os abandonaré ni un solo momento, y aunque au«sente mi cuerpo, mi espíritu estará aquí siempre presente [1].»

[1] Bossuet, *Conferencias con el ministro Claudio*, núm. 1.

La invariabilidad de la doctrina y la pureza de su tradicion, hé aquí, pues, lo que quiso el Cristo confiar á su Iglesia con el ministerio exterior y la potestad de distribuir las gracias de la salvacion á los que con ella se conforman. No quiso darle un iman ó un ascendiente irresistible: la Iglesia es un faro, cuya base batida por las olas y cubierta muchas veces por su espuma parece confundirse con los escollos, pero en su cúspide brilla siempre una luz que jamás se debilitará.

En este sentido prometió Jesucristo estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos, y solo por la verdad de esta promesa puede explicarse, no solamente el triunfo y la duracion de la Iglesia históricamente hablando, la invariable sucesion de sus pastores y la union jerárquica de todos sus miembros, sino tambien, y sobre todos, la incorruptibilidad de la doctrina que constituye su esencia, la unidad é invariabilidad de su símbolo en todos los lugares y en todos los tiempos, la infalibilidad de las decisiones que ha tomado contra las innumerables herejías que pulularon á su rededor sin haber vacilado nunca acerca de un solo punto, y encontrando, al contrario, en los asaltos que sin cesar ha sufrido, felices ocasiones de ejercer su poder y ostentar su claridad.

Este doble prodigio de la existencia exterior y de la existencia interior de la Iglesia, de su unidad jerárquica y de su unidad dogmática, que nada en el mundo ha podido romper, léjos de debilitarse con el espectáculo de sus vicisitudes respecto de todos los demás puntos en que la Providencia la dejó abandonada al estado natural de las cosas se ha hecho mas visible; y en este sentido las imperfecciones de sus propios ministros, tan exageradas por sus enemigos, son como otros tantos testimonios irrecusables del auxilio sobrenatural que se le prometió para la conservacion de la verdad, y que es tal, que la ha preservado de todo, hasta de sí misma, en lo que se le dejó de humano. Por esto lo que escandaliza al impío se convierte en motivo de edificacion para el fiel.

Hé aquí, pues, la universalidad, la perpetuidad, y la infalibilidad de la Iglesia, predichas, aseguradas y afianzadas no solo por la palabra, sino tambien por la *presencia* misma de la Divinidad. Dios está con la Iglesia, en la Iglesia, y la Iglesia no es mas que un medio visible de comunicacion de la Divinidad con todos los hombres, y, permítasenos la expresion, una bocina de su palabra al través de todos los siglos; es, en fin, como dice el sabio Mœhler, *la encarnacion permanente del Hijo de Dios, por cuyo medio continua siendo entre nosotros todo*

lo que él es; es su religion hecha objetiva. Así como se habia hecho hombre, se hizo Iglesia.

Durante su vida mortal no se comunicó Jesucristo mas que con un pequeño número de hombres; sin embargo, habiendo venido para regenerar á todo el género humano, debia perpetuarse y universalizarse, y, sin dejar de ser el mismo, estar siempre y en todas partes. Debia hacerse accesible á todos los hombres, de modo que todos pudiesen reconocer su presencia sin verse forzados á reconocerla. Á este fin sin cambiar en apariencia la naturaleza de las cosas, pero presentando bajo esta apariencia al observador atento un prodigio que lo domina, se introdujo en una sociedad que por la multitud de sus miembros y la sucesiva renovacion de estos ha podido derramarse por todas las naciones, perpetuarse en todos los siglos, y prestarse *naturalmente* á ese hecho *sobrenatural* de una institucion que, compuesta de los hombres mas ordinarios que podian buscarse, debia obrar en el mundo la mas extraordinaria de todas las revoluciones; vencer rápidamente y sin violencia los obstáculos mas variados, mas furiosos y prolongados; imprimir al universo moral una marcha enteramente nueva y que debia ir siempre en aumento; sostenerse á sí misma, á pesar de la caducidad que acompaña siempre á las cosas humanas, á pesar de esa ley de la fortuna que hace suceder á los triunfos las derrotas, á pesar de la vicisitud de los acontecimientos que despues de diez y ocho siglos de duracion, la reservaba un ataque mas espantoso acaso que todos los que sufrió en su cuna; conservarse á sí sola en el mundo en una perfecta unidad de jerarquía y de doctrina, en la mas extensa universalidad de comunicacion, de una perpetuidad de existencia contra la cual nada puede el tiempo; y conservarse, no por el resultado de una casualidad, ó por una série de casualidades, que en tal caso serian inexplicables, sino por un temperamento y por unos medios que le son propios y en ejecucion precisa y literal con este título fundamental de su institucion: *Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella, el espíritu de vida y de verdad morará en ella hasta el fin de los tiempos, y antes pasarán el cielo y la tierra que la palabra* que sale garante de su inmortalidad.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras creadoras cuando empezó ya su ejecucion, y la historia de la Iglesia que Juan Jacobo Rousseau llama con justicia *una historia de prodigios*, se desarrolló con una admirable fidelidad á la ley de su constitucion.

Así vemos en los *Hechos de los Apóstoles*, escritos por san Lucas, libro que es como continuacion del Evangelio del mismo Apóstol [1], que al dejar Jesús la tierra encargó á sus discípulos que no salieran de Jerusalen para ir á la conquista del mundo *antes de haber recibido la promesa del Padre que oisteis*, les dijo Jesucristo, *de mi boca.—Recibiréis*, continúa, *la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos* EN JERUSALEN Y EN TODA LA JUDEA, Y SAMARIA, Y HASTA LAS EXTREMIDADES DE LA TIERRA [2].—Cuando esto hubo dicho, dicen los *Hechos*, viéndolo ellos se fue elevando, y lo recibió una nube que lo ocultó á sus ojos... Fieles los Apóstoles á las instrucciones que habian recibido, se volvieron á Jerusalen, y cuando entraron subieron al *Cenáculo*, en donde estaban *Pedro*, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, etc., los cuales perseveraban unánimemente en oracion con las mujeres y con María Madre de Jesús [3].

El espíritu humano queda verdaderamente confundido, y la fe se estremece de alegría al contemplar el cuadro de la Iglesia naciente, llevando en su seno la fe en sus destinos, y esperando con calma y unidad en la persona de algunos pobres proletarios reducidos al *cenáculo* de una casa de Jerusalen, el momento solemne en que ha de descender aquella virtud del Espíritu Santo, que los ha de convertir en pregoneros y propagadores de la luz evangélica *en Jerusalen, en la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra* [4].

En virtud de los primeros poderes que habia recibido de Jesucristo, la Iglesia hacia, esperando, el primer acto de disciplina. Conforme á la ley de unidad y de autoridad que le dió á Pedro por cimiento y jefe, *Pedro se levantó en medio de los hermanos*, dice el historiador, y tomando la palabra, les expuso la necesidad de dar un sustituto á Júdas... Sigue luego la eleccion del primer obispo que hizo la Iglesia, la cual prueba *el derecho y el poder de su renovacion*, confirmados por la consagracion del Espíritu Santo, cuyo descenso se verificó poco despues de la manera siguiente:

[1] Mas tarde probarémos que hay pocas obras, cuya autenticidad esté mejor comprobada que la de los *Hechos de los Apóstoles*.

[2] Act. I.

[3] Ibid.

[4] «Ignoradas, dice el esclarecido conde de Stolberg, desconocidas del mundo, cubierto de templos de ídolos, en una época en que se agitaban las mas salvajes pasiones con un frenesí que espanta, aquellas santas personas se hallaban piadosamente reunidas y se ocultaban con ellas virtudes desconocidas tambien del mundo, y para las cuales el mundo ni siquiera tenia nombres: la humildad, la fe, la esperanza, la caridad.» (*Historia de Jesucristo*, t. II, pág. 470).

«Cuando se cumplian los dias de Pentecostes, estaban los dis-«cípulos todos unánimes en un mismo lugar, y vino de repen-«te un estruendo del cielo, como de viento que soplaba con «ímpetu, y llenó toda la casa donde estaban aposentados.—Y «se les aparecieron unas lenguas repartidas, como de fuego, «y cada una reposó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos «llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias «lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.—Y «residian entonces en Jerusalen judíos, varones religiosos de «todas las naciones que hay debajo del cielo. Y cuando corrió «esta voz, acudió mucha gente y quedó pasmada, porque los «oia hablar cada uno en su propia lengua [1].»

«Entonces *Pedro, en compañía de los once*, puesto en presen-«cia del pueblo, alzó su voz y dijo: Varones de Judea, y todos «los que habitais en Jerasalen, esto os sea notorio, y oid con «atencion mis palabras... [2]» Sigue la primera predicacion de la Iglesia por boca de su jefe, que da por resultado la conversion de tres mil hombres. Hé aquí la barca de la Iglesia botada al agua. Sucédense en seguida las persecuciones, la prision de Pedro, la lapidacion de Estéban, que produce la conversion de Pablo, uno de sus verdugos, y lo convierte en apóstol de los gentiles; insensiblemente, segun las divinas promesas, la fe llena á Jerusalen, la Judea, la Samaria, la Grecia, la Tesalia, y se abre camino hasta Roma; como un incendio prendido en el corazon de un viejo y grandísimo bosque, la antorcha de la fe, agitada por el Espíritu de Dios, comunica el divino fuego al viejo mundo, y sin interrupcion va ganando terreno, extendiéndose y propagando sus llamas, lo abrasa y devora todo hasta los confines de la tierra [3]. Todas las demás predicciones de Jesucristo se realizan con la misma puntualidad: los Apóstoles son tratados como insensatos y sediciosos; son perseguidos, mueren todos en los suplicios y fecundan las semillas del Evangelio, por medio de una vida y una muerte que son su mas elocuente predicacion. Repartidos por todo el universo, y algunos, como san Pablo, no habiendo visto nunca á sus hermanos, no están por esto menos unánimes en su enseñanza, y todos predican igualmente los profundos misterios, en que los mejores talentos filosóficos se perderian, pero en los cuales el espíritu de Dios, que los anima, les hace expresarse en un mismo lenguaje por toda la tierra [4]. Los Apóstoles conservan

[1] Act. II, 1 et seq.
[2] Ibid. II, 14.
[3] *Ignem veni mittere in terram; et quid volo nisi ut accendatur?* (Luc. XII, 49).
[4] *In omnem terram exivit sonus eorum.* (Rom. X, 18).

siempre con preferencia la unidad de constitucion que les dió á Pedro por jefe. Pedro personalmente nada tiene que lo recomiende, y hasta es uno de los menos distinguidos, si hemos de juzgarlo por su ingenio y sus trabajos. San Mateo, san Marcos y san Lucas escribirán la Historia del Salvador; san Juan, llamado *el águila de Patmos*, se remontará en el Apocalipsis hasta el trono del Cordero, y san Pablo será arrebatado hasta el tercer cielo, nos dejará sus cartas inmortales, é iluminará con su predicacion á todos los gentiles; pero Pedro nada habrá hecho que lo distinga; predicará á los judíos, y no escribirá mas que dos cortas epístolas, en una de las cuales hará el elogio de san Pablo. Mas Pedro es el fundamento de la Iglesia y el centro de la unidad; la rivalidad, el amor propio ó el falso celo no podrán disputarle nunca el cayado de pastor; todos los Evangelistas referirán á porfía las varias circunstancias que le aseguran este título [1]; tendrá las primicias de todo, será siempre el primero: el primero en confesar la fe [2], el primero en la obligacion de ejercer el amor [3], el primero (esta admirable observacion es de Grocio) que da ejemplo de una penitencia austera y de una fe renovada [4], el primero de todos los Apóstoles que vió á Jesucristo resucitado [5], el primero que dió al pueblo testimonio de su resurreccion [6], el primero que habló cuando fue necesario volver á completar el número de los Apóstoles [7], el primero que confirmó la fe con un milagro [8], el primero en convertir á los judíos [9], el primero en recibir á los gentiles [10], el primero en todas partes *visitando de ciudad en ciudad á todos los discípulos*, como dicen los *Hechos* [11] y siendo el objeto de veneracion para el gran san Pablo, que abandona sus trabajos lejanos, y que, *bajado del tercer cielo, va á verlo*, como dice Bossuet, y segun la fuerza del original, *á contemplarlo* [12].

En fin, para complemento del misterio de la unidad, Pedro

[1] Es notable independientemente de los textos que dejamos citados, que los Evangelistas, que en la enumeracion de los Apóstoles no guardan ningun órden fijo, convienen en nombrar siempre á Pedro en primer lugar, y como el primero.

[2] Matth. xvi, 16.

[3] Joan. xxi, 15.

[4] «Pedro es particularmente designado, dice Grocio, como jefe del colegio apostólico «*(duæ apostolici cœtus)*, y se convierte por esto en un ejemplo palpable, ofrecido á todos, «de la debilidad humana, de una penitencia austera y de una fe renovada. En él se «muestra la alegría de los Ángeles por el pecador convertido de que habia hablado Je«sucristo.» — Grocio citado por Stolberg en la *Historia de Jesucristo*, t. II, pág. 388.—Bossuet dijo tambien: «Todo concurre á probar su primado; sí, hermanos mios, todo, has«ta sus faltas, que enseñan á sus sucesores á ejercer tan grande potestad con humil«dad y condescendencia.» *(Sermon sobre la unidad de la Iglesia)*.

[5] I Cor. xv, 5.— [6] Act. ii, 14.— [7] Act. i, 15.— [8] Act. iii, 6, 7.— [9] Act. ii, 14.

[10] Act. x, 14. — [11] Act. ix, 32. — [12] Galat. i, 18.

es el que, despues de haber fundado la Iglesia de Jerusalen en Oriente, viene á fundar y purpurear con su sangre la Iglesia de Roma en Occidente [1], y á empezar en ella esa gloriosa cadena de Pontífices, reconocidos y proclamados por todas las iglesias del universo como investidos de la supremacía pontificia en la persona de Pedro, y representantes, como él, de Jesucristo.

Tal es la Iglesia estudiada en su institucion.

El que concibió su plan, puso sus bases, dirigió su accion y aseguró su triunfo hasta nuestros dias, ¿puede no ser mas que un hombre?... ¡Ah! ¿qué talento dotado de alguna sinceridad no se sentirá obligado á decirle como Pedro: TÚ ERES EL CRISTO, HIJO DEL DIOS VIVO?

CAPÍTULO XIII.

EL PROTESTANTISMO.

Únicamente la Verdad puede salir gananciosa de ser combatida. Si desde el momento en que fue fundada por Jesucristo hasta el dia no hubiese sufrido la Iglesia persecucion alguna, no hubiéramos conocido los grandes elementos de vida y de inmortalidad que encierra en su seno. Si no hubiese sido atacada y combatida por las herejías, su antigüedad y su filiacion con Jesucristo hubieran parecido sospechosas á las generaciones sucesivas, su doctrina hubiera permanecido confusa é indefinida, y su autoridad se hubiera ido debilitando en una sumision que, á fuerza de ser continua y general, nos pareceria ahora una mera preocupacion.

Las persecuciones que han zapado los cimientos de la Iglesia, y que la han despojado de todas las apariencias y recursos humanos, han puesto al descubierto la poderosa mano que la sostiene, y han confirmado la solidez de esta sentencia: *Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella.* Asimismo las herejías, levantando sucesivamente contra esta institucion los estandartes de la novedad, han hecho resaltar su antigüedad, su unidad y su infalibilidad, y han ocasionado promulgaciones de su doctrina, que á pesar de no tener al prin-

[1] Eusebio, *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. 25.

cipio mas objeto que confundir el error de los heresiarcas, nos han hecho conocer despues todos los tesoros de la fe, nos han iniciado en el conocimiento elemental de todos sus dogmas, de su encadenamiento necesario, de su mútua dependencia, del espíritu y de todo el conjunto de la doctrina cristiana, y han ilustrado, vivificado y racionalizado nuestra obediencia y nuestra fe. De suerte, que puede decirse con razon, que las persecuciones y herejías han sido necesarias para fecundar el divino gérmen, depositado en el seno de la Iglesia, y que esta no es menos deudora de sus triunfos á los Dioclecianos y á los Arrios que á los Constantinos y Orígenes.

Nada es tan magnífico como este triunfo de la verdad católica: nacida en medio de sangre, criada entre persecuciones, pudiendo contar los artículos de su símbolo por las sediciones de sus apóstatas, y las señales de su divinidad por las llagas que le abrieron los tiranos, puede tambien decir á los incrédulos de todos los tiempos lo que Jesucristo resucitado decia á aquel Apóstol: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos traspa-«sadas de heridas; acerca acá tu mano, métela en mi costado, «y no seas incrédulo, sino fiel [1].»

Tal es la historia de la Iglesia, que podríamos titular, como dice muy bien Pascal, la *Historia de la Verdad.*

Colocados en este punto de vista se ocurre naturalmente hablar de la grande herejía que ha cerrado el catálogo de todas las demás, y poner el dedo en la gran llaga del Protestantismo, no para rechazar las tendencias de esta herejía, pues que estas en realidad no son funestas mas que á ella sola, sino al contrario, para sacar de ella nuevos argumentos en favor de la verdad de nuestra Iglesia que, exenta de solicitud por sí misma, no puede llorar mas que sobre sus hijos, cuyo extravío convierte en saludable manifestacion de su autoridad.

Dios nos es testigo, y lo acredita el tono que hemos empleado hasta ahora en esta obra, que está muy léjos de nuestro corazon el querer avivar ó resucitar antiguas disensiones entre hermanos separados por la fe, pero unidos con frecuencia por la estimacion, y algunas veces por la amistad, y que aun respecto de la fe, al menos están de acuerdo acerca del deseo de una reconciliacion, y acaso en vísperas de abrazarse en el seno de su madre comun. Pero el honor de esta madre y el interés bien entendido de sus hijos exigen, siempre que la ocasion naturalmente lo requiere, una explicacion que no seria cari-

[1] Joan. xx, 27.

tativa si fuese tímida, y cuya rectitud y sinceridad la hacen esperar que su tentativa será perdonada.

Nuestra tésis es:

Que la Iglesia católica es á Jesucristo lo que Jesucristo es á Dios; esto es, que Jesucristo es el único fundamento inmutable del conocimiento de Dios y de todas las verdades del órden sobrenatural, y que la Iglesia católica es á su vez el único fundamento del conocimiento de Jesucristo. De suerte, que abandonar el sendero de la Iglesia es abandonar el único camino que conduce á Jesucristo, así como abandonar á Jesucristo es abandonar el único camino que conduce á Dios: por esto el Protestantismo tiende irremisiblemente al deismo, y el deismo al ateismo y á la impiedad.

En efecto:

I. Admitamos por un momento que la institucion de la Iglesia no es una obra divina, ó que ha dejado de serlo; salgámonos de este camino, y desde el mismo instante entramos en la duda mas vaporosa, y sin embargo la mas legítima, acerca de la divinidad de Jesucristo: dirémos mas: desde este momento, si queremos obrar lógicamente, ya no podemos creer en él.

Si se nos presenta Jesucristo como un Dios, es principalmente viniendo á salvar el mundo. Quitadle esta cualidad de *Salvador*, y le habréis quitado el carácter distintivo de su divinidad. Por esto contestando á los que iban de parte de Juan á preguntarle si era él el Mesías prometido, él mismo les decia: *Contadle que los pobres son evangelizados* [1], es decir, la generalidad y el comun de los hombres, y en particular los pobres, los sencillos y los ignorantes, los que no saben leer, lo mismo que los escribas y fariseos.

Para evangelizar de este modo á la generalidad y al comun de los hombres de todos los lugares y tiempos, de *todas las naciones*, como él mismo dice, *hasta la consumacion de los siglos*, fue preciso que se pusiera en contacto universal, perpétuo y vulgar con todo el mundo, y que concediese á todos los hombres un medio visible y seguro de llegar al conocimiento de la misma verdad.—Por esto, no habiendo pasado mas que como hombre, debió necesariamente dejar en alguna parte, despues de su regreso al lugar de donde habia venido, un depósito de su poder, de su palabra y de sus gracias, y un órgano y un intérprete visible y auténtico de sus voluntades, que fuese *uno*

[1] Matth. XI, 5.

como él, como la verdad; y *universal*, *perpétuo* y *vulgar*, como las generaciones de los hombres que debian sucederse; que nos convirtiese á todos en cadena y continuacion de sí mismo, y que pudiese fácilmente ser reconocido y consultado por todos como la continuacion y la extension y prolongacion, si nos es permitido decirlo así, de su persona.—De otro modo, lo repetimos, Jesucristo no se comunica con el mundo, y su tránsito por la tierra no es mas que un accidente histórico sin enlace ni relacion con nosotros, deja de ser el Salvador del mundo; ya no es Dios: es menester renunciar á la cualidad de cristiano y pasarse á las filas de los puros deistas, ó reconocer cuanto acabamos de decir.

Supuesto todo esto, vamos á preguntar,—y aquí la pregunta exige una contestacion rigurosa: —¿Hay fuera de la Iglesia católica nada en el mundo que, partiendo *inmediatamente* de la persona de Jesucristo, haya llegado hasta nosotros sin interrupcion y sin variacion alguna, y que ofrezca garantías de porvenir para las generaciones futuras, llevando en sí esos grandes caractéres de UNIDAD, de UNIVERSALIDAD, de PERPETUIDAD y de POPULARIDAD, desprendiéndose de todo lo demás, y distinguiéndose á la vista de todos como un centro de reunion universal, como una cadena no interrumpida de tradicion, como un oráculo y un intérprete comunes de la palabra de Jesucristo?

La respuesta no puede ser dudosa: nada hay en el mundo mas que la Iglesia católica que presente semejantes caractéres. Debe notarse tambien, que si fuera del Cristianismo ha habido en todos tiempos religiones falsas, que hayan querido hacerse pasar por verdaderas, en el Cristianismo no ha habido nunca *varias* Iglesias que, partiendo de Jesucristo, se hayan confundido con la verdadera. No puede, pues, existir ninguna dificultad sobre este punto: desde Jesucristo no ha habido mas que un Iglesia única, y esta es la Iglesia católica, *la grande Iglesia*, como la llamaban los paganos, ó mas bien, únicamente *la Iglesia* es verdadera, ó no existe; consideracion que hacia decir á Lutero: «Nadie podrá quitar á nuestros adversa«rios este título de Iglesia, y mientras lo conserven, nos con«denarán y perderán [1].»

Por consiguiente, si la Iglesia católica no es un órgano divinamente instituido y divinamente gobernado por el mismo Jesucristo para comunicarse con el mundo, Jesucristo no está en comunicacion con el mundo, y por consiguiente no es el

[1] Lutero, sobre el capítulo VI del Génesis.

Salvador del mundo, no es Dios. Es forzosamente indispensable optar entre el Cristianismo y el deismo, y reconocer que el protestantismo, que quiere mantenerse entre ambos, es irracional.

Es tal la fuerza de esta conclusion, que mucho tiempo antes del protestantismo la habia deducido san Agustin en todo su rigor, confesando que *no creeria en el Evangelio, si no existiese la autoridad de la Iglesia* [1].

Por la misma razon muchos célebres protestantes han *abjurado el Cristianismo* explicándose en los términos siguientes: «Si en la religion partimos de un *principio supernaturalístico*, «dice Staudlin [2] (por ejemplo, una revelacion escrita, como la «Biblia ó el Koran), es *necesario* admitir, que la Divinidad que «dió al hombre una revelacion, debió tambien cuidar de impe«dir que el sentido de esta revelacion no estuviera jamás aban«donado al arbitrio de un juicio *subjetivo*. Esta *inconsecuencia* «de Jesucristo (de no haber tenido este cuidado) no me permi«te ver en él mas que un sabio muy benéfico.»—David Jorge, hombre de Dios y de una santa vida, al decir de Osiandro su biógrafo, escribe: «Si la doctrina de Jesucristo y de sus Após«toles hubiese sido verdadera y perfecta, la Iglesia que fun«daron se hubiera conservado; pero como se ve ya, segun él, «que el Antecristo, es decir, el Catolicismo, la ha trastornado, «está fuera de toda duda que su doctrina era falsa é imperfec«ta [3].»—En fin, Ochino, hombre de sólido juicio, *y mas sabio él solo que toda la Italia*, segun Calvino, formulaba del modo siguiente la misma conclusion: «Considerando por un lado, «cómo podria ser que la Iglesia hubiese sido fundada por Je«sucristo y regada con su sangre, y por otro, cómo ha podido «verse enteramente adulterada, tal como está en el dia por el «Catolicismo, he deducido que el que la fundó *no podia ser el «Hijo de Dios*, pues evidentemente le *faltó providencia* [4].» Despues de estas reflexiones renunció Ochino al protestantismo y se hizo judío.

Hé aquí, si nos es permitido decirlo, un *error racional*, supuesto que es consecuente consigo mismo. Error, sí, error funesto es el no ver precisamente en la Iglesia católica el instrumento de la providencia de Jesucristo en la propagacion y con-

[1] D. Aug., *Epist. fundam.*, cap. 5.
[2] *Almacen de la historia de la Religion*, por Mr. Staudlin, tercera parte, pág. 83.
[3] Estas palabras se hallan citadas en su vida; impresa en Amberes el año de 1518.
[4] *Diálogos sobre el Protestantismo*, obra compuesta en Inglaterra en tiempo de Cárlos II, pág. 55.

servacion de su doctrina por el mundo, y el suspender su fe en las divinas promesas á causa de algunos desórdenes de disciplina, que en nada han afectado jamás á la esencia de su enseñanza católica, única cosa investida del privilegio de la infalibilidad;—pero, en fin, una vez cometido este error, es consiguiente y racional deducir de él, como de rechazo, que Jesucristo no es Dios.—No hay Cristianismo racional sino en el Catolicismo; rechazar á este es rechazar implícitamente á aquel; porque es rehusar á Jesucristo el atributo distintivo de la Divinidad, la *Providencia:* y además de todo esto es imputarle una falta de prudencia que no nos permitiria ver en él ni siquiera á un *sabio muy benéfico.*

Este es el grande argumento contra el cual vienen á estrellarse, uno tras otro, todos los esfuerzos del protestantismo que quiere ser cristiano; argumento que la experiencia de sus extravíos y caidas ha venido á engrosar como los destrozos sobre un escollo.

Sin embargo, nuestros hermanos separados han pretendido poder guardar la fe en Jesucristo negando la antigua autoridad de la Iglesia, y se han lisonjeado con la idea de que hacian con esto un acto de independencia y de razon. No han observado que esta misma autoridad es la que salva nuestra independencia y nuestra razon, dándonos el único fundamento racional y filosófico de la creencia en Jesucristo; que sin este fundamento, la fe en Jesucristo no es sino una preocupacion; que el yugo de esta fe y de todo lo que tiene relacion con ella es mas gravoso para la razon cuando la llevamos solos y sin la ayuda del gran concurso de la Iglesia; y que fuera de esta senda luminosa, en cuyo término vemos y tocamos, por decirlo así, á Jesucristo, no hay mas que conjeturas, opiniones humanas, cálculos vagos é incompletos, y tinieblas llenas de fantasmas y variaciones, en cuyo seno no podemos seguir llevando el yugo de la fe, sino condenando nuestra razon á la mas intolerable servidumbre, y encadenándola en el mismo campo de su libertad. Á esto viene á parar fatal pero justamente el protestantismo; á percipitarse hasta el deismo, hasta el escepticismo, ó á no poderse detener en esa pendiente tan fecunda en vértigos, sino imponiendo un entredicho á su razon.

El católico no cree exclusivamente á su propia razon en materia de fe, porque su razon es un apoyo demasiado peligroso [1];

[1] Cree en ella, y tiene esto de comun con el protestante, pero no *exclusivamente;* y en esto se diferencia de él. Falta saber si *la razon natural* puede *ser exclusivamente* juez competente de una verdad *sobrenatural*, y si esto mismo no es contrario á la razon. Mas adelante lo verémos.

no cree en la razon ni en la infalibilidad de ningun hombre en el mundo, y no se rinde á la autoridad de ninguna escuela ni de ningun concilio local ó particular; cree tan solo en la infalibilidad de toda la Iglesia reunida, en su universalidad y en su perpetuidad: es decir, cree en lo que ella ha afirmado siempre de una manera unánime en todos los lugares del universo y por espacio de diez y ocho siglos, tocante á Jesucristo y su doctrina. Esta es la base mas ámplia, mas visible y mas honrosa que jamás haya podido darse á la fe. Aun considerando las cosas bajo el punto de vista humano, ¿qué puede encontrarse de mas imponente y mas sabiamente combinado que semejante garantía? En efecto, observémoslo bien: en el orígen del Cristianismo se tocaba á los tiempos apostólicos, y el recuerdo de las palabras y de los actos de Jesucristo era todavía reciente; en consecuencia, la tradicion católica se recomendaba á sí misma por su abocamiento inmediato con la verdad. Desde entonces esta garantía de proximidad se fué debilitando á causa de la dispersion de los Apóstoles y de sus sucesores por todo el universo, y á causa de todos los elementos heterogéneos que la diversidad de tiempos y de lugares hubiera debido introducir en la doctrina: pero se forma al mismo tiempo una nueva garantía en razon de esas mismas causas de deterioro de la antigua, la cual se va agrandando á medida que los hombres se van alejando de la primera. Por esto, si á pesar de todas estas causas de alteracion, siempre crecientes, cada sede particular ha conservado idénticamente la misma doctrina, y si las interrogamos separadamente ó reunidas por el llamamiento universal que les hace el jefe del Catolicismo, las tradiciones de todas las Iglesias vuelven sin ninguna discusion á encontrarse y confundirse en una sola y única tradicion, y se oye entonces esta exclamacion general: «Esta es la fe de «nuestros padres, así es como todos pensamos[1],» y se tiene entonces una garantía de verdad, tanto mas poderosa cuanto su resultado está en razon inversa de sus elementos humanos, y triunfa de todos ellos[2]. Pues bien: tal es el método católico, y tales son siempre sus resultados: jamás pudo convencérsele de lo contrario[3]. ¡Método admirable y verdaderamente decisi-

[1] Fórmula de las decisiones de muchos concilios.

[2] «¿Seria verosímil, decia Tertuliano, que á tantas y tan numerosas Iglesias las hu«biese reunido un mismo error? En donde debe reinar una diversidad prodigiosa, no «podria existir la perfecta unidad, y el error variaria necesariamente siempre. No: lo «que se conserva siempre inalterable entre muchas gentes no es error, es tradicion.» (*Tratado de las prescripciones*, § 27).

[3] La doctrina católica, bebida en sus verdaderas fuentes, no ha podido ser nunca convencida de la menor variacion; al Catolicismo no se le podrá formar jamás una

vo de conservar y atestiguar la verdad, colocándola bajo la salvaguardia de una tradicion pública, exenta de tiranía porque parte de la universalidad, y exenta de confusion porque se resume en la unidad!

El protestante abandona este método para seguir el del juicio individual.

Á pesar de esto, es menester que haya un indicio cualquiera para saber á qué atenerse respecto de la doctrina cristiana, de la persona de su Fundador, de su enseñanza, de sus preceptos, y sobre todo de lo que quiere que creamos y practiquemos.

Este indicio, única base y regla única de la fe del protestante, es la *Escritura* y nada mas que la *Escritura*.

La *Biblia* sola, sin comentarios, sin interpretaciones y sin mas ayuda que la razon individual de cada hombre en particular, seria, segun nuestros hermanos extraviados, el único tipo que de su doctrina hubiera dejado Jesucristo á los hombres, y sobre el cual cada uno seria llamado á formar su fe.

El medio mas breve y mas seguro de averiguar si semejante método de enseñanza es digno de un Dios, seria consultar sus resultados; y el cáos de variaciones que de ellos veríamos salir seria la señal mas infalible de que no puede pertenecer al

Historia de variaciones.—Este es un fenómeno que en ciertas circunstancias por cierto bien notables ha llamado con motivo la atencion de Mr. Guizot:

«La Iglesia, dice, aspira desde un principio á la unidad en sus leyes, y lo consigue. «Mas, ¿en qué circunstancias, señores? El Oriente se separa del Occidente: este se di- «vide todos los dias en Estados distintos é independientes; ¿habrá para la Iglesia, dis- «persada de este modo, muchos legisladores? Los concilios de las Galias, de la España, «de la Italia, ¿les darán distintas leyes religiosas? No, señores; encima de la diversi- «dad de iglesias y concilios nacionales; encima de todas las diferencias que por nece- «sidad tendrán que introducirse en la disciplina, en el culto y en los usos, habrá siem- «pre para la Iglesia toda una legislacion general y única, y los decretos de los concilios «generales serán aceptados en todas partes, y en todas se les mirará como obligato- «rios. Desde el siglo IV hasta el VIII se celebraron seis concilios ecuménicos ó gene- «rales, y todos se celebraron en Oriente por obispos orientales y bajo la influencia de «los emperadores de Oriente, sin haberse presentado á ellos mas que unos pocos obispos «del Occidente. Pero no importa: á pesar de tantas causas de mala inteligencia y de «separacion, no obstante la diversidad de lenguas, de gobiernos, de costumbres, y lo «que es mas todavía, á pesar de la rivalidad de los Patriarcas de Roma [1], de Constanti- «nopla y de Alejandría, es adoptada en todas partes la legislacion de los concilios ge- «nerales; el Occidente se somete á ellos no menos que el Oriente, habiéndose apenas «movido contestaciones por un tiempo sobre algunos decretos del quinto concilio. ¡Tan- «ta es la influencia que ejerce ya sobre la Iglesia la idea de la unidad, y tanto lo que «domina todas las cosas el lazo espiritual!»

[1] No podemos disimular al Sr. Guizot lo de las «rivalidades del Patriarca de Roma.» El Obispo de Roma no es solo Patriarca, es el Papa, ó supremo Jefe de la Iglesia universal. No puede ser rival de ningun otro obispo, porque sabe muy bien que Jesucristo le ha hecho superior á todos: sus rivales fueron los orientales, especialmente los patriarcas de Constantinopla. Bastaba una palabra: Guizot es un protestante, y habla el lenguaje de su secta. «(Nota de los Editores).»

Autor de todo órden, á aquel de quien está escrito que el SI y el NO *no se encuentran nunca en él, sino que todo lo que hay en él es siempre* SÍ [1].

Pero este medio, tan victoriosamente empleado ya por Bossuet, tiene la desventaja de ser en el dia demasiado convincente, y de cortar demasiado pronto la cuestion. Como no hay nadie que no se sienta desde luego arrastrado por semejante evidencia, es preciso que los que se resistan á su impresion sean enteramente insensibles, y que por lo mismo sea inútil el presentársela. Irémos, pues, á ellos por otro camino: por el del raciocinio, dejando, no obstante, al argumento *de las variaciones* toda su fuerza, que se aumentará con el descubrimiento de sus causas, y las confirmará despues.

II. Dejando la tradicion católica para fijarse exclusivamente en la Escritura, nuestros hermanos han aumentado mucho la dificultad que les determinó á separarse de nosotros, y la han hecho cási indisoluble.

¿Por qué, en efecto, la misma razon, que les hizo sacudir el yugo de la autoridad de la Iglesia, no les hizo sacudir tambien el yugo de la autoridad de la Escritura?

Si son consecuentes responderán, que porque la Escritura, aislada de la tradicion católica, es muy digna de fe y los pone en contacto mas directo con Jesucristo, que acompañada de esta tradicion.

Aquí está ya el primer error.

¿Cuál es el fundamento de la fe exclusiva del protestante en el libro que tiene entre manos?... Muy difícil le seria contestar á esta primera pregunta.

El libro de los Evangelios ¿fue escrito por Jesucristo?—no; —¿dictado por Jesucristo?—no;—¿recomendado por Jesucristo?—no.

Sabemos bien que Jesucristo en la eleccion y mision de los Apóstoles fundó una enseñanza por medio de la tradicion y la palabra; pero no vemos en ninguna parte que hubiese fundada una enseñanza por medio de la escritura y mucho menos por medio de la escritura *exclusivamente*. «Jesucristo, dice san «Juan Crisóstomo, no dejó á sus Apóstoles *ni un solo escrito; en «lugar de libros* les prometió el Espíritu Santo. Él es, les dijo, «quien os inspirará lo que deberéis *decir* [2];» consideracion que

[1] *Jesus Christus, qui in vobis por nos prædicatus est, non fuit EST et non, sed EST in illo fuit.* (II Cor. 1, 19).

[2] *Homil. in Matth.* 1, 1.

tenia tambien presente san Agustin cuando hablando á los fieles, les decia: *Nosotros somos vuestros libros* [1].

Hasta aquí solo vamos apoyados en la misma Escritura de que quiere prevalerse el protestante; ella misma se resiste, aislada, al abuso que de ella quiere hacer aquel; lo condena, y para confundirlo, solo se necesita obligarle á que la lea con atencion.

Vemos efectivamente en el libro de los Evangelios, que despues de haber *edificado* su Iglesia sobre *Pedro* y los doce Apóstoles, les dice Jesucristo: «*Del mismo modo que fuí yo enviado*, «os envio... Id, pues, *enseñad* á todas las naciones (DOCETE *om-«nes gentes*), *predicad* el reino de los cielos (PRÆDICATE *regnum «cœlorum*), *enseñándoles á guardar* todo lo que yo mismo os en-«señé.» En otra parte dice tambien: «Cuando os entregaren á «los gobernadores y á los reyes por causa de mí, no penseis «cómo ó qué *habeis de hablar;* porque en aquella hora os será «dado lo que *hayais de hablar*, pues no sois vosotros los que «*hablais*, sino el *Espíritu*, de vuestro Padre que habla en vos-«otros.»—En otra parte, hablando de todos los cristianos que han de suceder á los Apóstoles, dice: «Todos los que han de «creer en mí *por su palabra*,» y en fin, para explicar la perpetuidad de esta enseñanza, añade: «Mirad, *que yo estoy con vos-«otros* hasta la consumacion de los siglos.»

No puede, pues, dudarse que la enseñanza por medio de *la palabra*, la palabra por *inspiracion*, la inspiracion prometida segun las *necesidades* de la Iglesia, y su existencia asegurada hasta el fin de los tiempos, son el único conducto *oficial* de la difusion de la fe por toda la tierra, y que, debiendo haber apóstoles hasta la consumacion de los siglos, debe tambien existir siempre esta difusion en todas partes, esto es, debe ir necesariamente transmitiéndose á sus legítimos sucesores en la Iglesia; de manera que, segun consta de la misma Escritura, esta no entra en la difusion de la fe ni en la enseñanza de su doctrina.

Es verdad que hay escritos cuatro libros históricos sobre la vida y la enseñanza del Salvador, los santos Evangelios, y hay además las cartas escritas por los Apóstoles á los primeros cristianos, el *Nuevo Testamento*, en una palabra, que la Iglesia adoptó desde su orígen como legítimo, como fiel é inspirado, y que todos los católicos veneran con mas respeto que los protestantes; pero la enseñanza que de él resulta está tambien subordinada á la enseñanza por tradicion y de viva voz, exis-

[1] Sermon CCXXVII.

tentes ya antes de la composicion de estos libros, *única* enseñanza directamente establecida por el Salvador, enseñanza que habia ya convertido el universo antes que se escribiese una sola palabra, ó al menos antes que se publicara; enseñanza, en fin, que no hubiera cedido *exclusivamente* su lugar á las Escrituras sino en el caso de que, adoptando á estas la Iglesia, hubiese renunciado á la constitucion que Jesucristo le habia dado. Pero no hay nada de esto. No se escribieron y adoptaron las Epístolas y Evangelios con semejante objeto. Nunca fueron considerados, ni aun por *sus mismos autores*, mas que como auxiliares de la enseñanza oral, como anejos de la tradicion, mezclándose *accidentalmente* con ella, ilustrándola y robusteciéndola, sin duda, pero sin excluirla, colocándose al contrario bajo su salvaguardia, y recibiendo de ella el auxilio de una sana interpretacion.

Por esto los mismos Evangelistas nos dicen que no escribieron mas que una muy pequeña parte de las instrucciones que recibieron del Salvador: «Jesús, dice san Juan, hizo otras mu«chas cosas, que si se escribiesen una por una, me parece que «ni aun en el mundo cabrian los *libros* que se habian de escri«bir [1].» No podemos, pues, admitir que los Evangelios contengan todo cuanto debemos saber y creer tocante á Jesucristo, y que este haya querido enseñárnoslo solamente por medio de los *libros*.—Vemos asimismo en las cartas de san Pablo, que este grande Apóstol ponia á la par la tradicion oral y la escritura, la palabra escrita y la no escrita, y hasta reservaba ciertos puntos de su enseñanza para esta última: «Conservad las «tradiciones, decia á los de Tesalónica, que aprendísteis ó *por «palabra* ó por carta nuestra [2].»—«Las cosas que has oido de «mí delante de muchos testigos, escribia á Timoteo, encomién«dalas á hombres fieles que sean capaces de instruir tambien á «otros [3].»—Deseo veros, escribia tambien á los romanos, para «comunicaros alguna gracia espiritual con que seais confirma«dos [4].» San Juan Crisóstomo hace sobre uno de estos pasajes la siguiente reflexion: «Es evidente que *no todo fue escrito;* que «hubo otro método de enseñanza acerca de muchos puntos, y «que es necesario creer igualmente lo que no está escrito. Es ne«cesario apoyarse en las tradiciones de la Iglesia, porque así «lo enseña la tradicion, y esto basta [5].» Y san Ambrosio estudiando mas profundamente el último pasaje citado de san Pablo, se expresa así: «¿Por qué san Pablo, que corrige por me-

[1] Joan. xxi, 25.— [2] II Thes. II. — [3] II Tim. II. — [4] Rom. I, 16.
[5] *Hom.* IV *in* II *Thes.*

«dio de sus escritos á los romanos, les dice no obstante, que «es necesaria su presencia para comunicarles alguna gracia «espiritual, sino porque todo lo que no se dice de viva voz es «con frecuencia mal entendido? Desea, pues, verlos para en- «señarles la doctrina evangélica en el sentido en que se la es- «cribió [1].»

Si no hubiese sido así, ¿cómo lo habrian hecho aquella *multitud de pueblos bárbaros*, que en tiempo de san Ireneo, segun él mismo refiere, *creian en Jesucristo* SIN PAPEL Y SIN TINTA, *y llevaban la salvacion escrita en sus corazones por el Espíritu Santo*, manteniéndose escrupulosamente fieles *á la antigua* TRADICION [2]?—¿Vemos jamás en los Hechos de los Apóstoles, ni en la historia de los tiempos posteriores, que los ministros de la Iglesia se hicieran seguir de un bagaje de libros, y que antes de predicar lo distribuyeran á los pueblos? ¿Nos hemos olvidado de que la imprenta, sin cuyo auxilio seria imposible esa abundante reproduccion de la Escritura, data solo del siglo XV? ¿Podemos concebir que la rapidez de la conversion del universo al Cristianismo hubiese podido acomodarse á la lentitud é insuficiencia de todo otro método de reproduccion? Á mas de que, ¿quién no sabe, que en los primeros siglos del Cristianismo, la ignorancia en que el mundo estaba sumido y la tendencia á la supersticion que el paganismo favorecia, habian introducido en toda la Iglesia la prudente costumbre de no enseñar los sagrados misterios de la doctrina cristiana á los catecúmenos, sino sucesivamente y á medida que por su conducta y su instruccion se hacian dignos de conocerlos? Estas y otras muchas razones, que no mencionamos, atestiguan claramente que el método de enseñanza establecido y practicado en el Cristianismo debia ser, con preferencia á todo otro, el de la predicacion y de la tradicion, que supone en consecuencia una autoridad docente y tradicional.

Todos los Padres de la Iglesia están concordes sobre este punto. Á pesar de haber citado ya algunos de ellos omitimos muchísimos otros, y recordarémos tan solo las palabras de una de las mas ilustres lumbreras de los primeros siglos: «¿De qué «serviria, pregunta Tertuliano, recurrir á las Escrituras cuan- «do uno afirma lo que otro niega? Buscad mas bien quién posee «la fe de Jesucristo, á quién pertenecen las Escrituras, de quién, «por quién y cuándo nos vino esta fe que nos hizo cristianos. «Allí, donde encontreis la verdadera fe, allí estarán la inalte-

[1] *In epist. ad Rom.*, t. III, p. 241.
[2] *Adver. hæres.*, lib. III, cap. 4, p. 205.

«rable pureza de la Escritura, su sentido real y todas las tra-«diciones cristianas. El Cristo escogió sus Apóstoles y los en-«vió á predicar el Evangelio á todas las naciones. Estos pu-«blicaron su doctrina y fundaron las iglesias, que despues «transmitieron á otras la semilla de la misma doctrina, como «sucede aun en nuestros dias. Para saber, pues, lo que los «Apóstoles enseñaron, es decir, lo que el Cristo les reveló, es «menester recurrir á las iglesias que ellos fundaron, y *á las «cuales transmitieron una enseñanza oral al mismo tiempo que «les dirigieron sus epístolas*. Es evidente que toda doctrina con-«forme á la fe de estas Iglesias madres debe ser verdadera, «pues ellas la recibieron á su vez de Jesucristo, quien antes «la habia recibido de Dios. Todas las demás opiniones son nue-«vas y falsas [1].»

Cuanto acabamos de exponer es intachable, y todo hombre ilustrado y de buena fe se ve obligado á admitirlo. Por esto no nos sorprende ver á veces á *protestantes* recomendables prestarnos su apoyo, y sacrificar ellos mismos sus intereses al ascendiente de esta verdad.

Semler, uno de los mas célebres teólogos protestantes, que escribió sobre el Cánon, se expresa así [2]: «Prueba mucha igno-«rancia en historia el confundir la religion cristiana con la *Bi-«blia*, como si no hubiese habido cristianos antes de existir «esta; como si muchos no hubiesen podido ser buenos cristia-«nos no conociendo mas que uno de los cuatro Evangelios ó al-«gunas de las epístolas de la coleccion entera. Antes del siglo IV «apenas se podia encontrar un *Nuevo Testamento completo*, y «sin embargo, nunca dejó de haber fieles discípulos de Jesu-«cristo con mas ó menos fuerza en sus principios y sentimien-«tos, segun que iban apartándose mas ó menos del antiguo ju-«daismo.»

Un doctor protestante, mas célebre todavía, Lessing, en sus *Obras teológicas póstumas*, habla del modo siguiente:—«Toda la «religion de Jesucristo estaba ya puesta en práctica, y sin em-«bargo, ninguno de los Apóstoles y Evangelistas habia escri-«to aun nada. Rezábase la Oracion dominical antes de consig-«narla san Mateo por escrito: el mismo Jesucristo habia ense-«ñado esta oracion á sus discípulos. Usábase ya la fórmula del «Bautismo antes de que este mismo san Mateo hiciera de ella «mencion: el mismo Jesucristo la habia prescrito á los Após-«toles. Por consiguiente, si los primeros cristianos no estaban

[1] *De præscript.*, cap. 19.
[2] *Elementos históricos de Hirching.*, lib. XXII, pág. 193.

«en el caso de atenerse, en estos puntos, á los escritos de los «Apóstoles y Evangelistas, ¿por qué *habian de estar sujetos á «esta obligacion* respecto de otros artículos? ¿Por qué, des- «pues de haber orado y bautizado conforme á la máxima de «Jesucristo, *transmitida oralmente*, habian de rehusar el se- «guir *el mismo método* en todo lo que pertenecia necesariamen- «te al resto del Cristianismo? Pero tal vez se me preguntará, «si Jesucristo arregló *oralmente* estos puntos, ¿por qué no obró «del mismo modo respecto de todo lo que los Apóstoles ense- «ñaron despues de él, y de lo que el mundo debia creer?— «¿Seria quizá porque el Nuevo Testamento no hace ninguna «mencion de semejante máxima, ó de semejante disposicion?... «—*¡Como si los autores del Nuevo Testamento hubiesen pretendi- «do jamás haber consignado en sus escritos todas las palabras y «acciones de Jesucristo! ¡Como si no hubiesen dicho expresamente* «TODO LO CONTRARIO, *con la intencion sin duda de dejar*, POR SU «PARTE, LUGAR Á LAS TRADICIONES!»

Finalmente, en una obra publicada hace poco por Newman de Oxford, ministro anglicano, con aprobacion del antiguo profesor real *(regius professor)*, despues de decir que los artículos principales de la fe cristiana eran enseñados con mucho discernimiento y precaucion á los catecúmenos de la primitiva Iglesia, el autor prosigue así:—«Á los que no hayan leido «mas que las obras de los modernos, podrán chocarles mis «palabras; no obstante, un estudio profundo de la cuestion «probará que las doctrinas de que tratamos, *nunca tuvieron la «Escritura* como única base de enseñanza; porque no hay du- «da que el Libro sagrado jamás estuvo destinado á *enseñarnos* «nuestras creencias, aunque sí es cierto que podemos servir- «nos de él para justificarlas, *despues que ya se nos han enseña- «do*, á pesar de las excepciones individuales que se encontra- «rian al lado de la regla general. Desde el principio, la Iglesia «siguió la regla de enseñar la verdad y de apelar en seguida «á la Escritura como corroborante de su enseñanza. El primer «error de los herejes fue despreciar esta enseñanza y empren- «der una obra de que son incapaces: la de formar un cuerpo «de doctrina de las verdades parciales que se encuentran en «la Escritura. En este hecho aparece desde luego la insuficien- «cia de un estudio individual de la Escritura, como medio de «llegar al conocimiento de la verdad que ella encierra; y ma- «nifiesta además, que los símbolos y los doctores encargados «de explicarlos fueron siempre establecidos por el cielo, y que

«ha habido siempre discordancia de opiniones donde ha falta-«do esta *divina institucion* [1].»

Por consiguiente, circunscribirse á la Escritura, desechando la autoridad tradicional de la Igesia, es obrar contra la Escritura, que consagra esta autoridad, y que fue originariamente compuesta y ha sido siempre transmitida para marchar al lado de la tradicion que es su salvaguardia.

De modo que *teóricamente, por principios*, en la fe protestante podemos decir que los cimientos rechazan el edificio.

III. Pero sobre todo, *prácticamente, de hecho,* se vuelve la Escritura contra el protestante, y se convierte para su espíritu en orígen de las mas desolantes dificultades.

¿Quién le asegura que el libro que tiene en las manos, con el nombre de *Biblia*, es realmente el cuerpo entero y exacto de las santas Escrituras, y que es canónico, inspirado y divino? ¿Quién le asegura que la version latina, que conocemos con el nombre de *Vulgata*, es una version pura y conforme al texto original? Y ¿qué dirémos de la multitud de versiones hechas en las lenguas vivas; de las muchas no solo infieles sino emponzoñadas, que el siglo de la Reforma ha hecho circular por el mundo, y de la facilidad con que de una plumada y en el retiro de la composicion tipográfica, se puede sustituir ó alterar una palabra, una frase, una puntuacion, y cambiar por este medio enteramente los dogmas y preceptos mas esenciales? Los anales de la *Sociedad bíblica* refieren, que gran número de versiones, ya distribuidas por los pueblos que se querian convertir al Cristianismo, han sido recogidas á causa de los absurdos, impiedades é innumerables errores que contenian [2]. Pero ¿cómo podria no suceder así, cuando vemos que la falsificacion de los textos fue erigida en sistema por los jefes de la Reforma, los cuales enseñaron y practicaron, que siempre que el texto no se explicase claramente y que se tratase de refutar á la Iglesia romana, «se pudiese *quitar* ó *aña-«dir* á la palabra de Dios [3]?» En fin, júzguese de lo peregrino

[1] *Los arrianos del siglo IV*, por Mr. Newman, pág. 49.—Una buena fe como esta no podia menos de hacer que volviera á la *institucion divina* el célebre autor que acabamos de citar. Desde que publicamos por primera vez nuestros *Estudios*, Mr. Newman abjuró públicamente la herejía.

[2] Wisseman, *Conferencias sobre el Protestantismo*, t. I, pág. 146.

[3] Por esto cuando Lutero concibió el designio de predicar la justificacion por la sola fe, hallando en el texto: *El hombre se justifica por la fe*, añadió la palabra *sola*. Debiendo Swingle enseñar la presencia *figurativa* de Cristo en el Sacramento, y viendo que el texto: *Esto es mi cuerpo*, le estorbaba, pensó poner en lugar de la palabra *es*, la palabra *significa*. La legitimidad del matrimonio de los sacerdotes se arregló del modo siguien-

de este sistema por la siguiente tabla de materias de una obra protestante titulada: *Nuevo y seguro método para fijar la autoridad canónica del Nuevo Testamento*:—1.° *la tarea de fijar la autoridad canónica de los libros del Nuevo Testamento está erizada de graves dificultades*; 2.° *esta materia es de suma importancia*; 3.° *muchísimos cristianos se hallan en estado de no poder articular ni una sola palabra para justificar la creencia en que están, de que los libros del Nuevo Testamento son canónicos*; 4.° *hay pocas obras sobre esta materia* [1].

¿Qué harán los protestantes á la vista de estas dificultades? Dejemos hablar á un ministro de esta secta:—«Se contenta-«rán, dice, con las traducciones mas autorizadas...; en caso «de duda, ellos (¡los simples fieles, los ignorantes, los niños!!!) «podrán comparar las versiones hechas por los doctores de los «diferentes partidos...; pues aun cuando no sean todas igual-«mente fieles y exactas (¡puede, por consiguiente, haberlas «infieles é inexactas!!!), no hay ninguna tan defectuosa, que no «tenga suficientemente todo lo necesario á la fe y á la piedad [2].»

No hay que asustarse por lo absurdo de semejante táctica; ni se debe imputar al ministro, sino á su doctrina. Es una consecuencia forzosa del Protestantismo el dejar á sus partidarios en la mas completa carencia de toda autoridad que dirija y enseñe. Si así no fuera, ¿con qué objeto hubieran abandonado la autoridad católica, la mas respetable del universo, para sujetarse á cualquiera otra autoridad? Seria esto otro absurdo de no menos bulto que el primero.

Entre estos dos absurdos inevitables, ó de constituir á cada fiel juez *obligado* de la autenticidad literal y de la divinidad del libro que tiene entre manos, ó de imponerle la autoridad de la costumbre, variable hasta el infinito segun las sectas, los tiempos y lugares, despues de haberle hecho abandonar la grande autoridad que no conoce sectas, tiempos, ni lugares, los protestantes optan por el último. ¡Hasta en esto se ve la tendencia de la naturaleza y de la razon á someterse á una autoridad! «Es por cierto muy raro, exclama un famoso protes-«tante, vernos condenar como el acto del papismo mas inju-«rioso á la Divinidad, el principio de la autoridad de la Igle-«sia, convertido en regla soberana de la fe, y al mismo tiem-

te: antes de la Reforma el texto decia: *¿Por ventura no tenemos nosotros potestad de llevar por todas partes* UNA MUJER *hermana?* (I Corinth. IX, 5), y ahora se lee en muchas Biblias protestantes: *¿Por ventura no tenemos nosotros potestad de llevar por todas partes* UNA ESPOSA *hermana?* etc., etc.

[1] Este tratado es del R. Jeremías Jones, publicado en Oxford en 1827.

[2] Jacob Vernet, *Inst. crist.*, t. I, lib. III, cap. 6.

«po admitir una regla idéntica, con la única diferencia que «los papistas creen en la Escritura como en la palabra de Dios «sobre la fe de su Iglesia, y nosotros creemos en ella sobre la «fe de nuestra propia autoridad. Es necesario confesarlo: hay «millones de hombres que profesan el Cristianismo y alimen«tan un odio violento contra sus enemigos, segun los mismos «principios vergonzosos y corrompidos, bajo cuya influencia «los judíos aborrecieron y crucificaron al Cristo. *Cada uno*, di«cen, *debe seguir la religion de su país; cualquiera que profese «una creencia opuesta es digno de reconvencion. Han nacido y se «han educado en este culto* (hé aquí, en efecto, la única razon «de la fe protestante). Si estas personas hubiesen nacido y se «hubiesen educado en la religion mahometana, tendrian el «mismo celo por el Alcoran: de manera que segun esto, el aca«so y no la superioridad de su instruccion es quien establece la «diferencia [1].»

Pero hay aun otras razones mas inmediatas para convencer al protestantismo de inconsecuencia en su adhesion exclusiva á las Escrituras.

El católico, que no toma la Escritura por fundamento exclusivo de su fe, tiene por esto mismo mas motivo de creer en la autenticidad y en la santa inviolabilidad del libro de las Escrituras que la Iglesia le ofrece. Para él es verdaderamente un libro *sagrado*, y que se le ofrece como único entre todos los libros por la prerogativa que ha conservado siempre de ser el objeto de la vigilancia y fidelidad de un depositario infalible, instituido por el mismo Jesucristo, y que no puede, aun hablando humanamente, engañar ni ser engañado: tan universal y compacta á la vez es la sociedad que lo constituye.—Hay además para el católico, en favor de este libro, un argumento muy sencillo formulado por Tertuliano: la Iglesia católica que antes de todas las herejías y desde el principio ha estado en posesion de las Escrituras, y que se ha formado con ellas y por ellas, no ha tenido interés alguno en alterarlas, antes bien lo ha tenido muy grande en conservarlas intactas y en defenderlas contra las alteraciones de los herejes, que querian acomodarlas á un nuevo sentido. «Lo que nosotros somos, decia «Tertuliano á los herejes, lo son las Escrituras desde su orí«gen. Somos cristianos por ellas, antes que pudiesen contener «nada que nos fuera contrario, es decir, antes que vosotros «hubiéseis podido alterarlas. Toda alteracion tiene por princi«pio el odio y la envidia, posteriores necesariamente al objeto

[1] Richard Baxter citado por Wisseman, t. I, pág. 131.

«alterado. Ningun hombre sensato podrá persuadirse jamás de «que nosotros, que nacimos con las Escrituras, las hayamos «corrompido; sino nuestros enemigos, que vinieron despues «de ellas [1].»

Tales son los fundamentos de la confianza del católico en la incorruptibilidad y divinidad de las Escrituras.

El protestante no solo carece de estos fundamentos de confianza, sino que se convierten para él en motivos tan grandes de desconfianza, que debe desechar el libro de las Escrituras como el mas sospechoso de todos los libros.

En primer lugar, habiendo el protestantismo recibido originariamente las Escrituras de manos de la Iglesia católica que hacia quince siglos era su depositaria [2], debe desconfiar muchísimo de su integridad, precisamente porque han pasado por las manos de esta Iglesia, que por tanto tiempo las guardó. No creyendo en la infalibilidad del depositario, no puede tener fe en la integridad del depósito. Al contrario, creyendo que la Iglesia católica es una BABILONIA CORROMPIDA, un ANTECRISTO en la cual todo está adulterado y enteramente pervertido, debe mirar con horror todo cuanto de ella proceda, y al recibir por su conducto el libro de las Escrituras debe ver en cada una de sus líneas, en cada una de sus palabras marcadas señales de alteracion. Sin embargo, por la mas insigne de todas las inconsecuencias, cree no solo en la integridad, sino en la divinidad de las Escrituras, siendo así que no puede creer en ellas sino sobre la palabra de esa misma Iglesia, cuya autoridad rechaza: el protestante convierte en fundamento de su fe y de su amor lo que es el fundamento de su desconfianza y de su odio, y cae por la misma razon bajo los golpes de este terrible argumento de san Agustin: «Elegid lo que querais: «si me decís que crea á los católicos, los católicos me declaran «que no tienen ninguna fe en vosotros. Si al contrario me de«cís que no crea á los católicos, ¿con qué títulos me obligaréis, «por el Evangelio, á la fe del maniqueo, supuesto que si creo «en el Evangelio solo es porque los católicos me lo han predi«cado? Acaso os atreveréis á decir que hago bien en creer á los «católicos cuando alaban el Evangelio, pero que obro mal si

[1] Tertul., *De præscript.* § 38.

[2] «Reconocemos, escribia Lutero, que el papismo posee la *verdadera Escritura santa*... «Es necesario que le concedamos lo que le corresponde: en el papismo hay la palabra «de Dios, la mision apostólica, el verdadero Bautismo, el verdadero Sacramento del al«tar, las verdaderas llaves para la remision de los pecados, el verdadero catecismo...; y «respecto de la *Escritura santa* y la enseñanza debemos confesar que las aprendimos de «ella, de modo que sin ella ¿qué sabríamos?» (Tomo IV, Wittenberg, pág. 227, b, etc.).

«los creo cuando hablan contra los maniqueos. ¿Me suponeis «tan insensato que, sin que me presenteis ninguna razon plau- «sible, me someta á creer lo que vosotros querais, y á no creer «lo que vosotros no querais [1]?»

Si el protestante se ve de este modo abrumado por la inconsecuencia de su fe en las Escrituras, consideradas en su orígen católico, ¿qué nuevo motivo de desconfianza no debe encontrar en las vicisitudes por que han pasado desde que, separadas de este orígen, fueron arrojadas sin guia y sin custodio por el protestantismo en el mundo de la mas vulgar publicidad, y despues que por espacio de tres siglos han sido continuamente profanadas por las pasiones?

Las Escrituras deben parecerle, pues, doblemente sospechosas en su orígen y en su curso: primero, porque vienen de la Iglesia católica, y despues porque en el protestantismo han sido alteradas, falseadas y profanadas por mil sectas fogosas que se las han opuesto sin discrecion, y las han convertido en objeto comun de sus divisiones.

De este modo rechazando el protestante la autoridad de la Iglesia para sujetarse á la autoridad de la Escritura, da sin advertirlo tal vez un golpe mortal á esta última autoridad; la destruye al querérnosla oponer, y se quita á sí mismo todo fundamento racional de su fe en Jesucristo.

IV. Pero no se limitan á esto todas las dificultades. Hemos hablado de la integridad material y de la canonicidad de las Escrituras: ¿qué sucederá con su interpretacion?...

Hé aquí, en efecto, que el libro de las Escrituras tal cual está, es un libro cerrado y como si no existiera para la mayor parte de los hombres: para los pobres, los pequeños, los ignorantes, todos aquellos cuyo pensamiento está inculto, y cuya inteligencia se halla ocupada en el cuidado de los negocios, en las fatigas y trabajos del campo, ó que no saben leer las Escrituras, ó no pueden comprenderlas, ó, en fin, que no tienen la calma y el espacio necesarios para elevarse á la sublimidad de su enseñanza y extraer de ellas un símbolo de creencias y un código de moral. Podemos decir que para esta inmensa multitud el Evangelio no existe. Se nos contestará quizá que pueden hacérselo leer, pero entonces ya no tomarán por regla de su fe *el libro de las Escrituras interpretado por su sentido privado* (regla fundamental del protestantismo), sino la opinion, el modo de leer, de ver y de interpretar de un

[1] San Agustin, *Epistola fundam.*, cap. 5, ed. Frob., pág. 118.

extraño, de cuya fidelidad y rectitud no tienen ninguna garantía, ni mucho menos de la *infalibilidad*, sin la cual no puede tener lugar la *fe*.

El protestantismo no puede sustraerse nunca á su propio principio, que está siempre ahí, detrás de él, obligándole á cada momento á admitir un absurdo. *¡Ninguna autoridad!* Este fue su grito de guerra al separarse de la Iglesia: ¡la *Escritura* y nada mas que la *Escritura*, interpretada por el *juicio privado!* «Derribemos, decia Lutero, toda esa vieja armazon «de la antigua ortodoxia de las escuelas de teología, de la au«toridad de los Padres, de los Concilios, de los Papas, del con«sentimiento de los siglos; y no admitamos mas que la santa «Escritura [1], pero con la condicion de que tendrémos derecho «de entenderla del modo que la hubiéremos interpretado.» — En este caso, ¿para qué sirven vuestros sínodos, vuestras confesiones, vuestras congregaciones y prédicas? — Para nada decisivo respecto de la fe, contesta Calvino: «Decidan los sí«nodos y las congregaciones como mejor les plazca; si no «eres de su opinion, mantente en la tuya, y no por esto de«jarás de ser un verdadero hijo de la Iglesia reformada.» — ¿Cuál es, pues, la regla infalible de la fe? — Ya se ha dicho, la *Escritura interpretada por el juicio privado.* — Pero ¿y los que no saben interpretarla? — Todo el mundo debe saberlo. — ¿Y los que no saben leer? — Todos deben saber. — «La Biblia es «la cartilla del cristiano, escribia no ha mucho un ministro «protestante; debe, pues, conocerla para poder observar sus «preceptos, y debe de consiguiente leerla é interpretarla. «¿Acudirá para esto al juicio de otro? Pero ¿por qué? ¿Quién «le responderia de que su intérprete no se equivoca ó no le «engaña [2]? En ninguna parte de la Biblia se habla de tribu«nal alguno establecido para explicarla y comenterla [3]. Ella «manda *á todos y no á algunos* solamente que la lean y estu«dien [4].»

¡Qué absurda é inevitable exigencia! En la imposibilidad de poderla satisfacer, hé aquí que poblaciones enteras carecen del importante auxilio de la enseñanza católica, que descansa en el testimonio de las mismas Escrituras, en el consentimiento de los siglos y en la autoridad de los Papas, de los

[1] Pero ¿quién os garantiza esa santa Escritura que *admitis* sino *esa misma autoridad de los Padres, de los Concilios, de los Papas, y ese consentimiento de los siglos que rechazais?* Sin ellos, como vosotros mismos habeis dicho, *¿qué sabriais de esa misma Escritura?*

[2] Entonces ¿de qué sirve que seais ministro?... Otra inconsecuencia.

[3] Dentro de poco lo examinarémos.

[4] Mr. Nicolás, ministro protestante. (*Correo de la Moselle*, febrero de 1838).

Concilios, de los Padres, de los Apóstoles, de Jesucristo... y todo para sujetarse al yugo de la *infalibilidad* ficticia del primer *predicante* sin mision, que se coloca algunos piés mas alto sobre la turba de sus oyentes. ¡Qué inconsecuencia! Y ¿sobre quiénes recae principalmente? Sobre los pobres, es decir, sobre la flor del rebaño de Jesucristo. *Los pobres son evangelizados*, decia este gran Maestro para caracterizar su mision; *los pobres no son evangelizados*, podemos decir, para señalar la herejía que hace consistir la regla de la fe *en la sola Escritura interpretada por el juicio privado.* Mientras que en la Iglesia católica el mas humilde habitante de los campos eleva su inteligencia hasta el mismo símbolo que cautiva el sublime genio de un Bossuet y de un Pascal, y bebe la verdad en la misma copa que los sabios y los reyes; el pobre protestante anda errante á la ventura siguiendo la opinion individual del último que le habla, que con una Biblia ó un simulacro de Biblia en la mano se dice intérprete de la Divinidad: creyendo aquí en la presencia real, allí no creyendo en ella; dudando aquí de la necesidad de las buenas obras, y mas adelante vacilando hasta en la fe de Jesucristo, segun sea el predicador, el tiempo, el lugar, las circunstancias; y fluctuante é incierto siempre acerca de lo que puede servir de sólido apoyo á sus costumbres, de regla á su fe y de refugio cierto á sus trabajos y sufrimientos. Dejémosle hablar á él mismo y confirmar con sus quejas la justa compasion que nos inspira: «¡Qué desgracia la nuestra! decia «uno de ellos al consejero de la chancillería de Leyser; qué «desesperacion para los pobres habitantes del campo tener que «oir tantas blasfemias que se profieren contra nuestra santa «Religion, sin que, en medio de nuestras calamidades, poda«mos saber lo que debemos creer y esperar! Nuestros mismos «ministros han perdido todo derecho á nuestra confianza, pues «emplean en las sociedades un lenguaje enteramente distinto «del del púlpito, y nos tratan de imbéciles á quienes faltan «fuerzas para soportar la verdad [1].»

[1] Mr. Jacobi, autor protestante, en la obra titulada: *¿Qué debo creer y esperar para el descanso de mi alma?* Sella, 1791, pág. 22 y 23.—«El Cristianismo, dice Chateaubriand, «empezó entre los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes; la fe fué su«biendo poco á poco á los rangos elevados, y últimamente al trono imperial. El protes«tantismo siguió una marcha opuesta. Las señales características de ambos orígines «han permanecido enteramente distintas. Nunca el protestantismo fue tan popular co«mo el culto católico; porque, de raza patricia y de príncipes, no simpatiza con la mul«titud. Su bondad es mas por cálculo que por ternura: viste al desnudo, pero no le «abriga y calienta en su seno; abre asilos á la miseria, pero no vive ni llora con ella «en sus pobres é inmundas mansiones: socorre al infortunio, pero no comparte con él «sus desgracias. El religioso y el cura son los inseparables compañeros del pobre: po-

Sigamos adelante y entremos en esas sociedades *que tienen mas fuerza para soportar la verdad.* ¿Qué descubrimos aquí? ¿En qué se convierte esta verdad, no teniendo nunca otro criterio que la Escritura interpretada por el *juicio privado?* Los mas doctos tendrán ó creerán tener el texto de la Ley, pero ¿y el sentido? No consiste el Evangelio en la letra de la Escritura, sino principalmente en el sentido que deba dársele; de donde se sigue que una mala interpretacion, dice un Padre de la Iglesia, cambia el Evangelio de Jesucristo en evangelio de un hombre, ó en evangelio del demonio. *La fe* no se contenta con *la probabilidad*, sino que le es precisa *la infalibilidad;* y la infalibilidad de la revelacion seria para nosotros completamente inútil sin la infalibilidad de la interpretacion; de poco nos serviria estar seguros de que la revelacion no puede engañarnos, si no lo estuviéramos tambien de que tomamos el texto de la revelacion en su sentido verdadero; y sin esta infalibilidad, sin esta certidumbre, permaneceríamos necesariamente en la esfera de las *opiniones* sin poder llegar nunca á la de la *fe.*— Supuesto esto, ¿en dónde encuentran los protestantes esta certidumbre? ¿Quién puede garantizar á cada lector protestante que el sentido que le parece en un pasaje dado de la Escritura es el *único* sentido exacto, que él solo encuentra la verdad, y que todos los demás se desvian de ella? Una de las parábolas mas claras del Evangelio es, sin contradiccion, la del injusto administrador doméstico, que se halla en el capítulo XVI de san Lucas; pues bien ¿quién lo creeria? el doctor Thiess contó *ochenta y cinco* explicaciones distintas de este pasaje, y ciento cincuenta de un versículo de una de las cartas de san Pablo [1]. ¡Qué argumento en favor de la necesidad de un tribunal jurídico y universal que interponga su autoridad, y una autoridad *infalible*, entre tan distintas opiniones! ¡Cuánta razon tenia

«bres como él, tienen para sus compañeros las entrañas de Jesucristo; los andrajos, la «paja, las llagas y los calabozos no les inspiran ni disgusto ni repugnancia; en su con«cepto la caridad ha perfumado la indigencia y la desgracia. El pastor protestante «abandona á los necesitados en su lecho de muerte: para él los sepulcros no son una «religion, porque no cree en esos lugares de expiacion, en los cuales las oraciones de «un amigo alcanzan la libertad de una alma que padece; en este mundo no se le ve «nunca en medio del fuego, ó de la peste; porque guarda para esa familia particular «esos afectuosos cuidados que el sacerdote romano prodiga á la gran familia humana.» (*Estudios históricos*, t. IV, reinado de Francisco I).—Si nos fuese permitido añadir á tan bello pasaje algunas palabras, diríamos que, entre muchísimas causas, las dos siguientes harán al protestantismo eternamente *infecundo*: 1.° el matrimonio de sus ministros; 2.° la carencia del sacramento de la *Eucaristía;* para ser *todo de todos*, es menester no ser *sino de todos*, para tener caridad en las entrañas es menester introducirla en ellas.

[1] *De la incompatibilidad del poder espiritual con el profano*, pág. 17, not. 14.

Staudlin al decir que *si Jesucristo es Dios, necesariamente debió procurar que el sentido de su revelacion no estuviera abandonado al arbitrio de un juicio subjetivo!*

Las leyes humanas mucho mas sencillas, mucho mas precisas, y cuyo objeto es mas sencillo y mas usual, no pueden subsistir sin una magistratura que las aplique y proteja; y á pesar de esto, no alcanzan mas que una infalibilidad facticia de interpretacion, que la diversidad de jurisprudencia desmiente todos los dias; ¿con cuánta mas razon la ley evangélica, toda espiritual, toda misteriosa y teniendo en cada lector, cuyo orgullo y pasiones condena, un enemigo interesado en acomodarla á su capricho, tendrá necesidad de un tribunal que sea centro de su unidad, oráculo de sus verdades y santuario de su santidad? ¿Podrá el libro animarse á sí mismo para defenderse contra la ignorancia y la pasion de su lector, ocultándole lo que le escandaliza y deslumbra, señalándole lo que debe herirle para curarlo, y soltarle las dificultades que ofrecen dos sentidos y á veces dos textos aparentemente contradictorios? ¿Deberá este libro desenvolverle toda la cadena del dogma, enseñarle los límites del precepto, y señalarle hasta dónde se extienden los del consejo? ¿Encontrará cada protestante en él un genio familiar, un *espíritu* infalible y siempre presente que le ayude en sus investigaciones y le inspire sobrenaturalmente la verdad? Esto es lo que se han atrevido á pretender; sí, se han atrevido á sostener que ese socorro milagroso, que niegan al cuerpo entero de la Iglesia católica, lo concede Dios á cada hombre en particular, y que la Iglesia puede muy bien engañarse explicando la Escritura, y que el simple protestante no puede dejar de acertar. ¿No se descubre en semejante proposicion algo mas que un simple orgullo? Sin embargo, el protestante se ve obligado á llegar á este extremo. Para evitar el caer en él, han negado algunos esta pretension á la inspiracion *individual*, y se han limitado á la inspiracion *natural*, como suficiente para interpretar la Escritura y conocer por ella la verdad; pero por esto mismo han caido en una contradiccion palpable, porque decir revelacion es lo mismo que decir conocimiento *sobrenatural* de la verdad, conocimiento superior á la razon *natural;* no pudiendo la razon aislada admitir mas que lo que comprende, semejante método seria borrar todo misterio y toda revelacion para someternos á la sola razon. Toda ley debe ser interpretada idénticamente conforme al mismo espíritu en que es concebida, cuando la interpretacion tiene por objeto la infalibilidad; es, pues, preciso

negar la inspiracion en las Escrituras, ó admitirla en su interpretacion [1]. Así el protestante, ya aspire personalmente á la inspiracion despues de haberla negado á todo el cuerpo de la Iglesia, ya no invoque mas que su sola razon como intérprete de verdades superiores á ella, incurre siempre en manifiesta contradiccion.

Pero sobre todo se halla altamente desmentido por la experiencia. Es evidente, en efecto, que si cada particular poseyera en sí mismo el orígen de la infalibilidad para explicar bien la Escritura, siendo esta ventaja comun á todos los protestantes, no podria encontrarse entre ellos ninguna diferencia de sentimientos respecto á la explicacion de la Escritura. Pero ¿quién ignora sus divisiones y contestaciones sobre este punto? Hallándose tan divididos acerca del sentido de la Escritura, ¿no será necesario que unos ú otros se equivoquen al explicarla? ¿Y no será evidente, en consecuencia, que no puede tener cada particular el don de infalibilidad para explicarla?

El argumento de las *variaciones* va á entrar aquí con una ventaja decisiva. ¿Quién no admira el contraste que presentan bajo este respecto el Catolicismo y la Reforma? En todos los puntos del espacio y del tiempo, por todas partes donde hay católicos, podeis preguntarles, y siempre y en todas partes veréis salir de sus labios el mismo símbolo, la misma fe, la misma esperanza; el mismo amor. ¡Espectáculo imponente y capaz de convencer á los hombres de recto corazon! San Ambrosio podria volver á aparecer en nuestros dias, y repetir con grande edificacion de su pueblo las mismas homilías que predicaba antiguamente en la catedral de Milan, y si se presentase san Crisóstomo en la basílica de San Pedro en Roma delante del Papa y del Sacro Colegio excitaria en nuestros dias el mismo entusiasmo que arrebataba al pueblo de Antioquía al escucharlo, y podria pronunciar con seguridad todos los discursos en que tan claramente explicaba la doctrina de la Iglesia sobre el Sacramento de nuestros altares. Es, en efecto, muy digno de observarse, que cuando nuestros modernos predicadores quieren exponer el dogma, hablar de la moral, é interpretar, en una palabra, las santas Escrituras, creen tanto mejor fundadas sus opiniones sobre la fe católica, cuanto el sentido que les dan es mas conforme con la doctrina de los Padres de la Iglesia. Esto sucede porque donde está el espíritu de verdad, hay unidad, y su presencia es tanto mas cierta en la Iglesia, cuanto esta unidad brilla en materias en que el espíritu

[1] Staudlin llamaba *inconsecuencia* á la no admision de este principio.

del hombre no puede hacer mas que divagar, y está en una proporcion de lugares y de tiempos que hace su prodigio incomparable.

¿Qué podríamos sino encontrar de mas propio para hacer resaltar este prodigio, que el espectáculo de las variaciones de la Reforma? Si actualmente volviera Lutero al mundo y predicara de nuevo su doctrina, ya no se le comprenderia: las universidades protestantes le acogerian con frialdad; los partidarios de la nueva exégesis le mirarian con desprecio; y es probable que á vista de los cambios sobrevenidos en la Reforma, el impetuoso fundador no podria contener su cólera. Si Calvino, por otro lado, apareciera en Ginebra, seria muy poco festejado; ¡qué decimos! se le calificaria de *metodista;* se le llamaria *momiero,* y no tendria mas remedio que echar á huir de su ciudad [1]. Pero ¿qué necesidad tenemos de semejantes ficciones [2]? Mejor es oir al protestantismo hablando de sí propio: «Estoy viendo «á los nuestros, decia Teodoro de Beza, errar á merced de to«do viento de doctrina, y caer, despues de haberse elevado mu«cho, ya á un lado, ya á otro. Lo que piensan hoy sobre la Re«ligion puedes saberlo; pero lo que pensarán mañana, te será «imposible afirmarlo. ¿Sobre qué punto de Religion están de «acuerdo las Iglesias que han declarado la guerra al Pontífi«ce romano? Examínalo todo, desde el principio al fin, y ape«nas encontrarás una cosa afirmada por uno de ellos que otro «no califique luego de impiedad [3]...»—«Si el mundo dura to«davía algun tiempo, decia el mismo Lutero asustado de su «propia obra, las infinitas y distintas interpretaciones que se «habrán hecho de la Escritura nos obligarán, para conservar «la unidad de la fe, á recibir de nuevo los decretos de los con«cilios, y refugiarnos á sus decisiones [4]...»—«La supresion de «la autoridad del Papa ha sembrado en el mundo gérmenes in«finitos de discordia, escribia asimismo Puffendorf; como no «hay ninguna autoridad soberana para poner término á las «disputas que por todas partes se suscitan, hasta hemos visto «á los protestantes dividirse entre sí y despedazarse las entra-

[1] Este pensamienso es del presidente Riambourg, *Obras filosóficas,* t. I, pág. 290.

[2] No hay en esto mas ficcion que la reaparicion viva de Calvino, pues en cuanto al ostracismo de que seria víctima se le ha aplicado ya en efigie. (Véase la memoria del conde de Sellon acerca del llamamiento hecho á sus correligionarios con motivo del tercer jubileo de la reforma de Ginebra en 1836). Pero si Ginebra ha negado una estatua á Calvino, en desquite ha concedido una á J. J. Rousseau, y es menester convenir que en esto ha andado consecuente consigo misma.

[3] Th. Beza, *Epistola ad Andream.*

[4] Luth., *Ep. ad Zwinglium.*

«ñas [1].»—Oigamos todavía lo que Capiton, teólogo del partido de Lutero, é íntimo amigo de Bucer y de otros calvinistas, escribia á Farel: «Como se ha quitado al clero su crédito, es «natural que todo esté en confusion. Reconozco los grandes «perjuicios que hemos causado á la Iglesia, negando con tan«ta imprudencia y precipitacion la autoridad del Papa. El pue«blo está ahora sin freno, y cualquiera exclama: *Se lo suficien«te para dirigirme: ¿qué necesidad tengo de ningun auxilio ex«traño, supuesto que puedo encontrar en el Evangelio á Jesucris«to y su doctrina* [2]?...»—Tan cierto es, como decia muy bien Montaigne, que es preciso no dejar al juicio de cada uno el conocimiento de su deber, que es menester prescribírselo, y no dejárselo escoger á su antojo, pues de otra manera, atendida la imbecilidad y variedad infinita de nuestros raciocinios y opiniones, acabaríamos por forjarnos deberes que nos mandarian comernos los unos á los otros.

Esta conclusion de Montaigne no tiene nada de hiperbólico aplicada al protestantismo, pero á las razones de esto que ya dejamos expuestas debemos añadir otra que merece un exámen particular.

Basta abrir el libro de los Evangelios para convercerse de que los que los escribieron jamás pensaron en hacer de ellos un símbolo de doctrina y un código de moral explícitos, completamente definidos y capaces de bastarse á sí mismos en manos del comun de los lectores. Estaban tan léjos de esto, que no se halla en ellos nada preciso, formulado ni articulado á este efecto. Son una relacion en la que están consignados algunos actos de la vida del Salvador y algunas de sus instrucciones, tales como se efectuaron dentro del círculo del tiempo, de personas y lugares en que aquella vida mortal pasó. Las instrucciones y preceptos se hallan en el Evangelio, diseminados á la ventura y entrelazados con una multitud de hechos que aclaran su sentido; ocultos muchas veces y encubiertos á propósito bajo figuras y parábolas que impiden su inteligencia y restringen en cierto modo su luz, parece esperan que el mismo espíritu que los depositó allí vaya á sacarlos y exponerlos segun la variedad de los casos lo requiera. La verdad no está allí mas que en gérmen: es un programa divino que se refiere á una enseñanza preexistente y regular. El mismo Evangelio corrobora esta verdad: «Acercándose los discípulos al Salva«dor, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?—Y él les

[1] Puff., *De monarchia Pontificis Romani.*
[2] Capit., *Epist. ad Farel.*

«contestó: —Porque á *vosotros* es dado saber los misterios del «reino de Dios; mas á *ellos* (los simples fieles) todo debe traér- «seles por parábolas, *para que viendo, vean y no vean, y oyen- «do, oigan y no entiendan*... Todavía tengo que deciros muchas «cosas, pero en la actualidad, ni *vosotros mismos* sois capaces «de comprenderlas; cuando venga el *Espíritu de verdad*, él os «enseñará todas los verdades[1].» —Tal es el carácter de los Libros santos: carácter divino por la religiosa oscuridad que oculta su sentido al comun de los hombres y que permite á una interpretacion jurídica, ayudada á su vez por el espíritu de verdad, difundir su conocimiento con peso y medida, segun las enfermedades de las almas que deben encontrar en ella su curacion; pero carácter, no tememos decirlo, funesto, si, como el protestantismo pretende, impidiendo á los hombres todo socorro regular, se ven estos reducidos á no tener mas guia que un libro en que la verdad se halla cubierta con parábolas, y que él mismo dice que se ha hecho así, para que los mismos hombres *viendo, vean y no vean, y leyendo, lean y no entiendan ni comprendan lo que lean.*

¿Qué resulta de aquí sino que entregar este libro en manos de los hombres, sin miramiento y sin direccion, es poner una espada en manos de un niño, ó convertir un depósito de remedios, destinado á la curacion y á la salud, en pestífera fuente de males y enfermedades? ¿Qué espectáculo ha dado al mundo el protestantismo en Alemania y en Inglaterra, mas que el de mil sectas fanáticas y embriagadas, por decirlo así, de la santa Escritura, que han llegado realmente á *crearse deberes que les hacian comerse unos á otros*, como decia Montaigne; sectas que han transformado un libro de amor y de paz en un campo de batalla, en el que cada pasion cogia un arma de furor y de discordia, y que han hecho, en una palabra, del Cristianismo separado de la Iglesia algo infinitamente mas monstruoso que todos los desvaríos del humano entendimiento antes de la aparicion de la luz evangélica[2]?

[1] Marc. IV, 11, 12; Joan. XVI, 12, 13.

[2] «Llevados los primeros reformadores de su espíritu de oposicion á la Iglesia roma- «na, dice un escritor protestante, reclamaron á voz en grito el derecho de interpretar «las Escrituras conforme al juicio particular de cada uno;... pero afanados por eman- «cipar al pueblo de la autoridad del Pontífice romano, proclamaron este derecho sin «explicacion ni restricciones, y las consecuencias fueron *terribles*. Impacientes por mi- «nar la basa de la jurisdiccion papal, sostuvieron sin limitacion alguna, que cada in- «dividuo tiene indisputable derecho á interpretar la sagrada Escritura por sí mismo; y «como este principio tomado en toda su extension era insostenible, fue menester, para «afirmarle, darle el apoyo de otro principio, cual es: que la Biblia es un libro fácil, al «alcance de todos los espíritus; que el carácter mas inseparable de la revelacion divi-

V. Por otra parte ¿no ven los protestantes la condenacion de un sistema exclusivo de toda autoridad religiosa en todos esos pasajes del Evangelio que nos presentan á Jesucristo instituyendo precisamente esta autoridad, y en la inmediata realizacion de esta institucion por los Apóstoles y sus sucesores

«na es una gran claridad: principios ambos que, ora se los considere aislados, ora uni-«dos, son incapaces de sufrir un ataque sério.

«El juicio privado de Muncer descubrió en la Escritura, que los títulos de nobleza y «las grandes propiedades son una usurpacion impia, contraria á la natural igualdad «de los fieles, é invitó á sus secuaces á examinar si no era esta la verdad del hecho: «examinaron los sectarios la cosa, alabaron á Dios, y procedieron en seguida, por medio «del hierro y del fuego, á la extirpacion de los impíos y á apoderarse de sus propieda-«des. El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia, que las leyes es-«tablecidas eran una permanente restriccion de la libertad cristiana, y héos aquí que «Juan de Leyde tira los instrumentos de su oficio, se pone á la cabeza de un popula-«cho fanático, sorprende la ciudad de Munster, se proclama á sí mismo rey de Sion, to-«ma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia era una de las libertades «cristianas y el privilegio de los santos. Pero si la criminal locura de los paisanos ex-«tranjeros aflige á los amigos de la humanidad y de una piedad razonable, por cierto «que no es á propósito para consolarlos la historia ds Inglaterra, durante un largo es-«pacio del siglo XVII. En ese período de tiempo levantáronse una innumerable muche-«dumbre de fanáticos, ora juntos, ora unos en pos de otros, embriagados de doctrinas «extravagantes y de pasiones dañinas, desde el feroz delirio de Fox hasta la metódica «locura de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel hasta la necia impiedad «de *Praise-God-Barebones*. La piedad, la razon y el buen sentido parecian desterrados «del mundo, y se habian puesto en su lugar una extravagante algarabía, un frenesí re-«ligioso, un celo insensato; todos citaban la Escritura, todos pretendian haber tenido «inspiraciones, visiones, arrobos de espíritu, y á la verdad con tanto fundamento lo «pretendian unos como otros.

«Sosteníase con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad «real; pues que los sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes eran los de-«legados de la Prostituta de Babilonia, y que la existencia de unos y otros era incom-«patible con el reino del Redentor. Esos fanáticos condenaban la ciencia como inven-«cion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anticristiana. Ni la «santidad de sus funciones protegia al obispo ni la majestad del trono al rey; uno y otro «eran objeto de desprecio y de odio, y degollados sin compasion por aquellos fanáticos, «cuyo único libro era la Biblia sin notas ni comentarios. A la sazon estaba en su mayor «auge el entusiasmo por la oracion, la predicacion y la lectura de los Libros santos; «todos oraban, todos predicaban, todos leian, pero nadie escuchaba. Las mayores atro-«cidades se las justificaba por la sagrada Escritura: en las transacciones mas ordina-«rias de la vida se usaba el lenguaje de la sagrada Escritura; de los negocios interio-«res de la nacion, de sus relaciones exteriores, se trataba con frases de la Escritura; «con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones, y todo era «no solo justificado, sino tambien consagrado con citas de la sagrada Escritura. Estos «hechos históricos han asombrado con frecuencia á los hombres de bien, y consterna-«do á las almas piadosas; *pero demasiado embebido el lector en sus propios sentimientos ol-«vida la leccion encerrada en esta terrible experiencia, á saber: que la Biblia sin explicacion «ni comentarios no es para leida por hombres groseros é ignorantes.*

«La masa del linaje humano ha de contentarse con recibir de *otro* sus instrucciones, «y no le es dado acercarse á los manantiales de la ciencia. Las verdades mas importan-«tes en medicina, en jurisprudencia, en física, en matemáticas, ha de recibirlas de «aquellos que las beben en los primeros manantiales, y por lo que toca al Cristianis-«mo, en general se ha constantemente seguido el mismo método; y siempre que se le «ha dejado hasta cierto punto, *la sociedad se ha conmovido hasta sus cimientos.*» (O'Callaghan, citado por el presbítero Balmes en el *Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*. Edicion de Barcelona en 1844, t. I, página 101 y siguientes).

hasta nuestros dias en el cuerpo de la Iglesia?... ¿Qué significa esa eleccion de los doce Apóstoles entre tantos discípulos? ¿Qué significa la eleccion de Pedro entre los doce? ¿Qué significa el nombre simbólico que se le dió? ¿Qué significan aquellas vigorosas palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella?* ¿No se descubre en ellas el designio expreso de una institucion grande, fuerte, coordinada bajo un solo jefe y llamada á destinos inmensos? ¿No se ve la entrega de las llaves en estas palabras: *Todo lo que atares ó desatares sobre la tierra, será atado ó desatado en los cielos... El que os oye me oye; el que os desprecia, me desprecia á mí y á aquel que me envió... Si alguno no oye á la Iglesia, sea como pagano y publicano?* ¿No se ve el cayado en estas otras palabras: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas?* ¿Puede darse significacion mas precisa de la unidad y de la autoridad? Por fin, ¿qué significan aquellas grandes y solemnes palabras, tan notables en sí mismas, y mas notables aun por el momento supremo en que fueron pronunciadas: ME HA SIDO DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA; COMO MI PADRE ME ENVIÓ, ASÍ YO OS ENVIO: ID, PUES, ENSEÑAD Á TODAS LAS NACIONES, Y ACORDAOS DE QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS, HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS?... Es necesario empeñarse en cerrar absolutamente los ojos para no sentirse deslumbrado por el resplandor de esta verdad, es decir, de que por medio de estas palabras y las demás que anteceden, quiso el Cristo fundar y poner en movimiento una autoridad de enseñanza poderosa, legítima é infalible como la suya propia, perpétua y transmisible hasta el fin del mundo como la asistencia sobrenatural que se le prometió, y destinada á conservar y propagar entre los hombres la verdad que ella misma recibiria del Espíritu Santo.—Por esto no extrañamos que un protestante se sienta conmovido por tanta evidencia hasta el punto de decir: «*La Iglesia católica* trae su orígen del «mismo Jesucristo, que puso á Pedro á su cabeza. Leed el Evan«gelio de san Mateo, cap. XVI, 18 y 19, y el de san Juan en el «cap. XXI, 15 y siguientes, y veréis que *es necesario ó negar la «verdad de las santas Escrituras, ó confesar que el mismo Jesu«cristo prometió un jefe de la Iglesia á todas las generaciones ve«nideras* [1].»

Mas ¿en qué vienen á parar todas estas promesas tan magníficas, si nos empeñamos en no ver su cumplimiento en la sucesion de los Pontífices de Roma y en la autoridad de la

[1] William Cobbet, *Historia de la Reforma protestante*, carta II, núm. 40.

Iglesia católica? ¿Qué es de esa autoridad de Pedro? ¿En dónde están el fundamento, el edificio, las llaves, el cayado y la unidad y autoridad pastorales en el protestantismo? ¿Con quién está Jesucristo hasta la consumacion de los siglos? ¿Con Lutero, con Calvino, con Zwinglio, con Muncer, con Socino, con Servet ó con mil otros?... Y ¿con quién estaba antes de ellos sino con la Iglesia? y ¿por qué dejó á la Iglesia para transferir á ellos su poder, y en dónde está la señal visible de semejante desviacion [1]? Además, ¿cómo se concuerdan para representar este poder en su santa y caritativa unidad? Los protestes dan al mundo el espectáculo de la division misma, de la confusion y del desprecio de toda autoridad recíproca; se despedazan unos á otros, ni uno solo hay que esté de acuerdo con su vecino, y hay mas distancia y mútua oposicion entre ellos que la que habia originariamente entre todos ellos juntos y la Iglesia católica.—La Iglesia católica, al contrario, desde Jesucristo hasta Lutero, y desde este hasta nosotros, no ha dejado de presentar el fenómeno verdaderamente sobrenatural de la unidad, de la concordia, de la sucesion mas invariables; su marcha firme y compacta no se ha suspendido un solo instante á través de tantas oposiciones y de tantas ruinas acumuladas á su paso... Podria decirse que es un solo hombre atravesando los siglos y llevando á las postreras generaciones la antorcha de la verdad encendida por Jesucristo. En ella vemos siempre un edificio, un fundamento, un poder, una unidad, una universalidad, una perpetuidad y una invariabilidad que concuerdan maravillosamente con las divinas promesas; mientras que en el protestantismo no descubrimos mas que dispersion, variacion, confusion y ruinas, que convierten estas promesas en la mas insultante y cruel irrision que se haya jamás derramado sobre la humanidad.

Embarazados los protestantes con lo que presentan de significativo y formal todos los pasajes de la Escritura que atestiguan la fundacion de la Iglesia por Jesucristo, han intentado darles una explicacion restrictiva que los conciliase con su sistema. Es verdad, dicen ellos, ó mas bien algunos de ellos (pues en nada están todos de acuerdo), que Jesucristo fundó una Iglesia á la cual dió la autoridad y la infalibilidad: pero esta institucion no comprendia mas que á los doce Apóstoles, á

[1] «Pedidle de dónde ha recibido su mision (decia Lutero en su ataque contra Mun«cer); si responde que de Dios, intimadle que lo pruebe con un milagro; porque solo «con milagros puede probarse la mision de aquel que se atreve á interrumpir el curso «ordinario de las cosas.» (Meshorius, lib. I, pág. 10).—Y los milagros de Lutero, ¿dónde estaban?

quienes Jesucristo se dirigia, y por consiguiente no debia tener mas extension ni durar mas que los trabajos y la vida de aquellos primeros predicadores del Evangelio; despues de lo cual, sembrada la fe en toda la tierra, germinó por sí misma con la ayuda de los divinos escritos que estos mismos Apóstoles nos dejaron. Todo lo demás es una mera usurpacion.

Semejante explicacion no puede subsistir ni un solo instante en presencia de la crítica mas indulgente.

¿Dónde están las palabras del Salvador, de las cuales resulte esta fundacion de la Iglesia que los protestantes quieren encontrar en los primeros Apóstoles? Principalmente son estas: *Id, enseñad á todas las naciones, y no olvideis que yo estoy con vosotros todos los dias,* HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS. Pero basta leer estas palabras para ver que esa Iglesia no debia jamás tener fin, y que el poder que Jesucristo le daba y la asistencia que le prometia, no se limitaban á un dia ó algunos dias, sino que se extendian *á todos los dias, hasta la consumacion de los tiempos.* «No se crea, pues, ni se diga que el minis-«terio de Pedro acaba con él, dice Bossuet. Lo que debe servir «de fundamento y sosten á una Iglesia eterna no puede tener «fin. Pero vivirá en sus sucesores [1].»

Pero hé aquí otro argumento mas perentorio todavía:

La enseñanza de los Apóstoles era infalible; verdad que se reconoce en el mero hecho de tener por inspirados los libros que ellos escribieron, y de querer circunscribir á ellos solos las promesas de Jesucristo. Por consiguiente, sus palabras y su conducta sobre la cuestion que nos ocupa deben ser para nosotros una regla *infalible* de decision. Pues bien, por todas partes, en las palabras y en los hechos de los Apóstoles, observamos que tenian de la Iglesia la idea de una institucion que debia durar siempre, ejercerse por la tradicion y encontrar perpetuamente en los sucesores *que ellos mismos se dieron,* igual autoridad que la que residia en sus personas.

San Pablo, en su segunda carta á los Corintios, cap. III, comparando el ministerio del apostolado evangélico, conferido por Jesucristo á los Apóstoles, con el ministerio de la ley judáica, confiado por Jehovah á Moisés, dice que el sacerdocio evangélico se distingue del sacerdocio mosáico en dos puntos esenciales, ambos característicos de la Iglesia católica y concluyentes contra los que pretenden restringir la duracion de este sacerdocio á la vida de los Apóstoles y sustituirle en seguida la Escritura.

[1] *Sermon de la unidad de la Iglesia.*

El primer carácter diferencial entre ambos sacerdocios, señalado por san Pablo, consiste en que el ministerio de Moisés era el *ministerio de la* ESCRITURA, *de la* LETRA *grabada sobre piedra*, y el ministerio evangélico es el ministerio del ESPÍRITU, ó, como dice perfectamente él mismo, el ministerio *de la letra de Jesucristo, de quien hemos sido secretarios*, Y QUE ESTÁ ESCRITA NO CON TINTA, SINO CON EL ESPÍRITU DEL DIOS VIVO; NO SOBRE TABLAS DE PIEDRA, SINO SOBRE TABLAS DE CARNE, QUE SON NUESTROS CORAZONES. *El mismo Jesucristo nos hizo capaces de ser ministros*, NO DE LA LETRA SINO DEL ESPÍRITU, *ministerio mas glorioso que el de Moisés;* PORQUE LA LETRA MATA Y EL ESPÍRITU VIVIFICA.— El segundo carácter diferencial que señala san Pablo, consiste en que el ministerio de Moisés, que habia durado en la Sinagoga mil quinientos años, *habia tenido fin, y el del Evangelio* DEBE DURAR ETERNAMENTE. (Por esto Jesucristo tendrá SIEMPRE *secretarios*, para escribir su Evangelio, *no con tinta*, sino *con el espíritu; no sobre tablas de piedra*, sino *en los corazones* de todas las generaciones que han de venir).

¿Qué se deduce de aquí, sino que queriendo los protestantes hacer degenerar el ministerio evangélico en un ministerio DE LA LETRA ESCRITA CON TINTA, ó que aboliendo todo ministerio para no dejar subsistir *mas que* LA LETRA *sola*, LA LETRA *muerta*, LA LETRA *que mata*, han no solo puesto la Iglesia evangélica al nivel de la Sinagoga judáica, sino que la han hecho infinitamente inferior; porque, aparte la Escritura, tenia incontestablemente la Sinagoga una autoridad de interpretacion, mientras que, segun ellos, la Iglesia careceria de autoridad inmediata de enseñanza oral por la inspiracion, y hasta de la simple autoridad de interpretacion de la Escritura, y de este modo seria totalmente suprimida por la sola *letra escrita con tinta*, que seria entregada como una espada que *mata* en manos de todas las pasiones?

La enseñanza de los Apóstoles, cuya autoridad se reconoce, reprueba, pues, la restriccion que se pretende hacer de esta autoridad á sus personas.

La conducta de los Apóstoles viene á su vez á confirmar sus palabras, y atestigua evidentemente que, sin ocuparse de la Escritura, trabajan para fundar y transmitir una autoridad puramente espiritual, oral y tradicional. ¿Qué hecho mas decisivo, en favor del derecho de renovacion de la Iglesia, que el de la eleccion de san Matías, efectuada en el intermedio de la ascension del Salvador y la fiesta de Pentecostes? como si Jesucristo, que podia completar el número de los *doce*, y que

parece debia hacerlo, hubiese querido dejar á su Iglesia aquel preludio y ensayo de su poder disciplinario y electivo, con la intencion de consagrarlo en seguida á la vista de todo el mundo con la venida del Espíritu Santo. Por lo demás vemos de nuevo á los Apóstoles ejercer esta misma autoridad, instituyendo en todas partes obispos, y delegándoles el mismo poder que ellos habian recibido [1]. Vemos especialmente á san Pedro fundar la sede principal del Catolicismo en Roma, seguirle en ella un sucesor regular, que á su vez fue seguido de otro, y así sucesivamente y sin interrupcion hasta el que ocupa actualmente la silla pontificia, á la cual no ha cesado jamás de estar unida la autoridad central que Pedro habia recibido del mismo Jesucristo, y que la Iglesia universal ha reconocido siempre en sus sucesores.

Este punto histórico tan importante encontrará sin duda espíritus rebeldes que se negarán á admitirlo. Es preciso, sin embargo, que tomen bien sus medidas, porque cabalmente nada hay que esté mejor probado. Cinco Padres de los primeros siglos escribieron el catálogo de los obispos de Roma: San Ireneo en el siglo II, Tertuliano en el III, san Epifanio en el IV, san Optato y san Agustin en el V; y nos dejaron una lista de los Papas hasta su tiempo, y pueden examinarlos los críticos en los pasajes que señalamos en la nota [2].

El haber sido reconocido el hecho por los críticos protestantes mas recomendables, y no haber sido negado por sus mas encarnizados enemigos, nos dispensa de citarlos. «Tenemos, «dice el baron de Stark [3], á favor de *la primacía del episcopado «de san Pedro en Roma*, el testimonio de toda la antigüedad «cristiana, desde Papias é Ireneo, que vivian en el siglo II de «la Iglesia, el primero de los cuales era discípulo de san Juan «Evangelista. *Basnage* dice que no hay ninguna tradicion que

[1] «No tiene duda, dice Mr. Guizot, que los primeros fundadores, ó para hablar con «mas exactitud, los primeros instrumentos de la fundacion del Cristianismo, los Após«toles, se miraban como investidos de una mision especial, que habian recibido de lo «alto, y á su vez transmitian á sus discípulos, por la imposicion de las manos, el dere«cho de enseñar y de predicar; de manera que la ordenacion es un hecho primordial «en la Iglesia cristiana. De aquí resultaba un órden de sacerdotes, un clero distinto, «permanente, é investido de funciones y derechos particulares.» *(Hist. de la civil. en France*, t. I, p. 71).

[2] Iræneus, lib. III, cap, 3 ad Colon., p. 232; — Tertul., lib. *De præscrip.*, cap. 32; — Epiph., Hær. 27, t. I, ed. Patav., p. 2294; — Opt., liber II cont. parm., ed. du Pan, pág. 31; — Aug., Ep. 163, t. II, ed. Froban, pág. 750. — Á estos pueden tambien añadirse; Euseb., *Hist. eccl.*, lib. II, cap. 25; — san Jerónimo, *De viris illustribus, in Petro*, t. IV, part. 2; — san Ambrosio, lib. III *de sacr.*, cap. I.

[3] *Conversaciones filosóficas sobre las diferentes comuniones cristianas*, por el baron de Stark. *(Razon del Cristianismo*, t. III, pág. 68).

«tenga tantos testimonios en su favor, y que no se puede du-«dar de ella sin destruir toda certidumbre histórica. *Parson* «asegura que ninguno de los antiguos puso jamás en duda la «fundacion de la Iglesia romana por san Pedro, y la sucesion de «los Papas á este Apóstol. *Puffendorf*, en su libro de la *Monar-«quía del pontífice romano*, y *Grocio* en sus *Cartas* se expresan «claramente en favor de la *primacía de la Iglesia romana, de su «jerarquía y de su sucesion episcopal*, verdad tan incontestable, «por otra parte, que ni Lutero, ni Calvino, ni los centurialis-«tas de Magdeburgo se atrevieron á atacarla.»

Á estas autoridades protestantes podemos añadir tambien la de William Cobbet, que se expresa así: «San Pedro murió már-«tir en Roma, cerca de setenta años despues del nacimiento «de Jesucristo, pero *fue reemplazado por otro;* y es del todo evi-«dente que la cadena de sucesion no fue jamás interrumpida «desde esa época hasta el dia... Cada Papa, al subir á la Santa «Sede, es el jefe de la Iglesia, y su poder y autoridad supre-«mos fueron siempre reconocidos por todos los obispos y por «todos los predicadores cristianos de todas las naciones en que «esta Religion ha existido [1].»

La restriccion de la autoridad y de la infalibidad de la Igle-sia á los primeros Apóstoles se halla, pues, declarada imposi-ble por el hecho que nos muestra esta misma autoridad, que reconocemos en ellos, transmitiéndose por su medio á sus su-cesores regulares hasta nosotros. Admitida la cabeza, es pre-ciso dejar pasar el cuerpo.

Leibnitz con su buena fe tan elevada y tan plena, que le ha-ce anteponer la verdad á las preocupaciones de su secta, ha dejado consignadas estas líneas memorables, que son como un resúmen de todo lo que acabamos de escribir, y que pueden mirarse como la abjuracion de este grande ingenio: «La jerar-«quía de los Pastores de la Iglesia comprende no solo el sacer-«docio, y los grados preparatorios que á él conducen, sino «tambien el episcopado, y hasta el grado supremo del Sobera-«no Pontífice, *que todos debemos mirar como instituidos por de-«recho divino*.—En efecto, ya que Dios, en su soberana bon-«dad y misericordia, se ha dignado establecer en esta tierra la «Iglesia como una santa ciudad, edificada sobre una piedra, y «como su esposa inmaculada é intérprete de su voluntad; ya

[1] William Cobbet, *Hist. de la Reforma protestante*, carta II, núm. 41, 42.—El mismo protestante nos da así la etimología de la palabra *papa*: «En latin se llama *papa*, que es «una union compendiada de las dos palabras *pater patrum*, esto es, *padre de los padres*. «De aquí se deriva el nombre de *papá* que los niños de todas las naciones cristianas dan «á sus padres, y que denota el mayor respeto y el mas tierno y sincero afecto.»

«que ha recomendado con tanto empeño el mantenimiento de «su unidad en el universo por el lazo de la caridad; y ya que «manda á todos que la obedezcan so pena de ser tenidos por «gentiles y publicanos; es forzoso admitir que ha de haber fi- «jado un modo, por medio del cual se hiciese conocer la volun- «tad de la Iglesia, intérprete de la voluntad divina. Podemos «conocer cuál es este modo por el ejemplo de los Apóstoles, los «que en los primeros tiempos representaban el cuerpo entero «de la Iglesia, y que al publicar su modo de pensar en el con- «cilio de Jerusalen, decian: Ha parecido al Espíritu Santo y á «nosotros. Y este privilegio de la asistencia del Espíritu Santo «de ningun modo cesó para la Iglesia con la muerte de los «Apóstoles, sino que debe durar hasta la consumacion de los «siglos, y se extiende á todo el cuerpo de la Iglesia por medio «de los obispos, en su calidad de sucesores de los Apóstoles.— «Pero como los concilios no pueden estar perennemente reu- «nidos, ni aun ser convocados con frecuencia, y como, sin em- «bargo, es indispensable que la persona de la Iglesia sea siem- «pre viva y presente, á fin de que su voluntad pueda ser cono- «cida; ha debido admitirse, *segun el mismo derecho divino,* se- «gun la interpretacion de aquellas palabras memorables que «Jesucristo dirigió á san Pedro, por las que le confió con espe- «cialidad las llaves del reino de los cielos, y por tres veces le «encomendó solemnemente que apacentara sus ovejas; final- «mente, segun la opinion de toda la Iglesia, que uno de los «Apóstoles, y despues de él uno de los obispos, seria investi- «do de un poder superior, á fin de que, constituido centro vi- «sible de la unidad, pudiese servir de lazo al cuerpo de la Igle- «sia, proveer á las necesidades comunes, convocar, en caso de «necesidad, los concilios y dirigirlos, y cuando estos no estu- «vieran reunidos velar para que la república cristiana no su- «fra ningun detrimento. Es constante por la tradicion de los «antepasados, que el apóstol san Pedro fijó su residencia en «Roma, capital entonces del universo, y desde allí gobernó á «la Iglesia, que sufrió allí el martirio, y que designó el que «habia de sucederle. Y como no hay ningun otro obispo que «pueda hacer constar que su poder se deriva de un orígen se- «mejante, hemos reconocido justamente al obispo de Roma co- «mo Príncipe de los Pastores[1].»

De manera que el protestantismo no puede sostenerse por ningun lado; todo le falta, ó mas bien, todo se vuelve contra él: los argumentos y los hechos, la Escritura y la tradicion, la

[1] Leibnitz, *Systema theologicum*, pág. 259, 261, 263.

evidencia del sentido comun y el peso de la autoridad, su antigua madre la Iglesia y sus propios hijos, que, como hemos visto en tantas citas, la confunden con sus infidencias. No podemos, pues, dejar de suscribir á la siguiente sentencia que contra sí mismo pronunció Lamennais en una época, sin embargo, en que habia levantado su mano contra la Iglesia:

«Admitida la base de una revelacion divina, dice, indispen-«sable para la salvacion, y consignada en un libro sobrenatu-«ralmente inspirado, no sé ver absurdo comparable al de aban-«donar este libro á la interpretacion individual de cada hom-«bre, sábio ó ignorante, sencillo ó ilustrado, pues estas dife-«rencias nada importan aquí; de modo que cuando los ca-tó-«licos establecen contra los protestantes la necesidad de una «autoridad viva, perpétua, universal, que determine con cer-«teza el verdadero sentido del sagrado texto, resuelva todas las «dudas y juzgue infaliblemente todas las controversias que de «él pueden originarse, lo que dicen es tan claro y tan peren-«toriamente decisivo, que si no supiéramos cuán grande es el «poder de ciertas preocupaciones inculcadas desde la cuna «creeríamos imposible el resistirse á semejante evidencia[1].»

Tal es el juicio formado del protestantismo por un hombre que le pertenece, con la sola diferencia que la elevacion de su caida le ha hecho traspasar de un salto todo el espacio de incredulidad que el protestantismo recorrió en tres siglos. Terrible ejemplo de la fragilidad humana, que debe inspirarnos mas desconfianza de nosotros mismos que severidad por los demás, y sin disminuir nada de nuestra abominacion por las doctrinas, disponernos á una grande indulgencia por las personas, segun estas bellas palabras de san Agustin: «Los judíos «fueron cortados del tronco, y los gentiles ingertados en su «lugar; los herejes han sido excluidos de este ingerto; mas es «preciso que no nos consideremos superiores á ellos, para que «no corramos el mismo peligro... Hermanos mios, á pesar de «cuanto hayan podido deciros, os conjuro con todas mis fuer-«zas, para que, ya que habeis tenido la dicha de permanecer «hasta ahora en la Iglesia, no desprecieis jamás á los que no «están en ella; antes bien rogad para que en ella entren; por-«que el Señor es poderoso, y de él depende todavía el introdu-«cirlos en su seno[2].»

[1] *Discusiones críticas sobre la Religion y la filosofía*, por Mr. de Lamennais, pág. 120 (año de 1841).

[2] August., *Enar. in Psalm.* LXV, núm. 5. — Esta es la verdadera tolerancia de que hablarémos en el capítulo siguiente.—Mr. de Lamennais, en su pequeño libro, harto poco conocido, cuyo título es: *El guia de la edad primera*, en cierto modo predice y juz-

Pero acabemos de recoger las elevadas instrucciones que nuestro asunto contiene.

VI. Seria muy curioso é instructivo el sondear las causas del protestantismo. En sus *Memorias de Brandeburgo* dice Federico el Grande: «Si se quiere reducir las causas del progre-«so de la Reforma á principios sencillos, se verá que en Ale-«mania fue obra del interés, en Inglaterra del amor, y en «Francia de la novedad.» Lo que dice Federico está enteramente conforme con la historia. En efecto, no hay duda alguna que la codicia de los príncipes, su ansia de aumentar sus dominios con los despojos de la Iglesia, la esperanza del alto clero de librarse de sus onerosas *anatas*, de las retribuciones exigidas por el *pálio* y otros objetos; las esperanzas concebidas por el clero inferior de obtener mas libertad; la confianza de las ciudades imperiales de ver terminadas aquellas largas disputas con los obispos por el mantenimiento de los derechos recíprocos; las disposiciones favorables de muchos curas y monjes, cansados del celibato y sujecion del claustro; no hay duda, repetimos, que todas estas causas fueron como la levadura inmediata de la Reforma [1]. Como quiera, puede decirse

ga su caida del modo siguiente: —«Jesucristo. Todo el que procura sustraerse á la «autoridad de mi Iglesia se rebela contra mí. *¡Ay de aquel por quién viene este escándalo!* «(Matth. xviii, 7). ¡Ay del cismático! *será atado* con un eterno anatema y *lanzado en las «tinieblas exteriores. Allí será el llorar y el crujir de dientes.* (Matth. viii, 12; xxv, 30).— «El Discípulo. ¿Es posible, Señor, que haya hombres bastante perversos que intenten «romper el lazo sagrado que une á vuestros fieles en una misma Iglesia, que procuren «revolucionar las ovejas contra el Pastor, los hijos contra su Padre, contra el Sobera-«no Pontífice vuestro representante en la tierra, contra esa Roma santa que Vos mis-«mo habeis establecido centro de la fe, y de la que se puede decir con toda verdad co-«mo de Vos mismo: *El que no coge con ella esparce?* (Luc. xi, 23.—Jesucristo. Todo esto «se ha visto ya, hijo mio, y todo puede volver á verse todavía: por esto *velad y orad, pa-«ra que no entreis en tentacion.* (Matth. xxvi, 41). Dias vendrán en que será probada la fe «de muchos: *Que procure no caer el que está en pié.* (I Cor. x, 12). El infierno combatirá «hasta la fin á mi Iglesia, cuya fuerza reside en el Jefe que yo la he puesto para con-«ducirla; pero no podrá el infierno prevalecer contra ella. Pedro, que es el fundamen-«to que le he puesto, siempre vivo en la persona de sus sucesores, permanecerá siem-«pre inmoble, y se estrellarán eternamente contra esta piedra inmutable las herejías «y los cismas.» (Edicion de 1828, pág. 93, 94).

La lectura de estas líneas tan tristemente proféticas, deja en el fondo del alma yo no sé qué mezcla inefable de terror y de compasion. No es posible poder contener un profundo y doloroso gemido sobre ese malhadado ingenio, que habia sabido sondear tan plenamente el abismo en que se ha precipitado él mismo; quien, segun la elocuente imágen del presbítero Balmes, ha recogido las brillantes alas con que surcaba los cielos, y se revolotea ahora, cual ave de mal aguero sobre las aguas impuras de un lago solitario.

[1] «Quisiera, dice un inglés *protestante*, por respeto á mi país, no hablar nunca del «frívolo pretexto que dió origen á este grande acontecimiento; pero es demasiado co-«nocido para que pueda uno, sin todas las apariencias de afectacion, pasarlo en silen-«cio: fue la pasion ilegítima de Enrique VIII por Ana Bolena. Si en la disposicion de «este Monarca no hubieran tenido parte la pasion y el capricho, habria conservado

que el pretexto fue *la reforma* de las costumbres y de la disciplina eclesiástica, y el resultado inmediato fué *la ruina* de lo mismo que se queria reformar. «¡Así es como se sacrifican! «exclamaba el cáutisco Erasmo; parece que *la reforma* no ha «tenido mas objeto que transformar en novios y novias los «frailes y monjas, y que esta gran tragedia ha de acabar como «las comedias en cuyo último acto todos se casan [1].»

Sin embargo, es menester confesar que en aquel tiempo se hallaba muy relajada la disciplina de la Iglesia. Se sentia en ella una gran necesidad de reforma, que era altamente reclamada, mucho antes que apareciera Lutero, por una multitud de prelados, que no por esto dejaron de mantenerse inviolablemente unidos á la Iglesia. Lutero se separó de ella y arrastró consigo muchos partidarios de buena fe, á favor de una confusion entre la disciplina y la doctrina; confusion que nosotros hemos disipado ya, haciendo notar que la asistencia divina no se prometió á la Iglesia sino segun la medida y el objeto de su mision, que era *enseñar* la doctrina y conferir los Sacramentos. No se dijo que la Iglesia estaria asistida en la *santidad de sus miembros*, sino en la *pureza* de su doctrina; no se dijo que nunca habria *escándalos*, sino que jamás habria *errores*. Por esto solo la doctrina es la que debe conservarse sobrenaturalmente en la Iglesia; la disciplina, como el poder temporal, como el brillo del ingenio, puede relajarse, eclipsarse ó verse entregada á las vicisitudes humanas: hé aquí la distincion. De aquí resulta que la institucion de la Iglesia, que presenta en el conjunto de sus miembros mas santidad que ninguna institucion humana, ha tenido, no obstante, que deplorar á veces grandes escándalos y grandes abusos en lo relativo á la disciplina y á las costumbres. Mas ¿podrémos deducir de esto que le haya faltado el auxilio divino y su infalibilidad? Todo lo contrario, pues nunca se ha puesto su infalibilidad mas en

«sus amistosas relaciones con la Santa Sede; habria merecido siempre el título de *de-*«*fensor de la fe* que le habian granjeado sus escritos, y sus sucesores habrian podido «usar de él, sin que se convirtiera, como actualmente, en motivo de irrision respecto «del que se lo da y respecto del mismo título; PERO EL TRÁNSITO DE LA IGLESIA Á UNA «SECTA SE HACE GENERALMENTE POR EL CAMINO DE LOS VICIOS, Y EL DE UNA SECTA Á «LA IGLESIA SIEMPRE POR EL DE LAS VIRTUDES... Si el pretexto era despreciable, los «medios fueron todavía mas horribles, etc.» (Fitz-William, *Cartas de Ático*, París, 1826, «pág. 112).

[1] «Entre cien evangélicos, escribia Calvino, apenas se hallará uno que se haya he-«cho tal por otro motivo que para poderse abandonar con mas libertad á todo género de «voluptuosidades é incontinencias.» *(Comment. in II epist. Petri*, II, 2, p. 63). — Por no afligir á algunos lectores y escandalizarlos á todos, suprimimos una exposicion de las costumbres y sentimientos particulares de Lutero, sacada de sus propios escritos. Puede consultarse sobre este punto á Theiner, *La Suecia y la Santa Sede*, t. I, cap. 5.

evidencia. Efectivamente, es un gran prodigio el ver á una sociedad de hombres, que no siempre fueron todos tan puros como convenia, como guardan por tanto tiempo y sobre tantos puntos y en materias tan vastas, semejante invariable fidelidad de doctrina, sin permitir introducirse en ella ninguna alteracion, ninguna innovacion, y como presentan el espectáculo de la mas indisoluble unidad en la mas ilimitada generalidad de tiempos y lugares [1]... Pero lo que colma el prodigio y lo coloca en la categoría de verdadero milagro, es que esta misma virginidad de doctrina se haya conservado no menos inviolablemente en poder de manos manchadas y de bocas corrompidas, condenándose de este modo á sí mismas y anatematizándose antes que dejar peligrar en lo mas mínimo el depósito de la verdad y apagarse sus fuegos vengadores; que jamás el carácter moral de los Papas, de su corte y de su siglo, cualquiera que haya sido, no ha tenido la menor influencia sobre la fe; que toda la corrupcion de un Alejandro Borgia no haya introducido ninguna mancha en la doctrina de Jesús, y que el *Bulario* de ese mónstruo, como dice De Maistre, sea *impecable*. «Un navío que surca las aguas, dice Bossuet, no deja «en ellas menos vestigios de su tránsito.» Léjos de justificar su rebelion, debia este pensamiento unir mas á Lutero á la Iglesia, como le sucedió á aquel, de quien habla Montaigne, que, «habiendo ido á Roma para admirar la santidad de nues«tras costumbres, al ver la disolucion de los prelados y del «pueblo de aquel tiempo, se afirmó *con mas fuerza* en nuestra «Religion, calculando que debia ser esta muy poderosa y di«vina para poder conservar su dignidad y su esplendor en me«dio de tanta corrupcion y en manos tan viciosas [2]. »

Lutero hizo lo contrario [3]. Presentándose al principio como

[1] Prodigio que arrancaba al mismo Lutero la siguiente exclamacion: «Doy gracias «á Jesucristo de que por medio de un gran milagro conserva en la tierra una Iglesia «única, de suerte que por ningun decreto se ha separado jamás de la verdadera fe.» No hallamos el punto en que se lee este pasaje, pero es exacto.

[2] *Ensayos de Miguel Montaigne*, lib. II, cap. 12.

[3] Pero Dios quiso que antes trazara él mismo su propia condenacion. «Es cierto, es«cribia, que Dios ha distinguido á la Iglesia romana sobre todas las demás; pues en el «seno de esta Iglesia derramaron su sangre y triunfaron de la muerte y del infierno san «Pedro y San Pablo, cuarenta y seis Papas y millones de mártires... No niego que el «Obispo de Roma haya sido, sea y tenga que ser siempre el primero: me induce á creer«lo así, primeramente la voluntad de Dios, tan visible en este hecho; porque es indu«dable que el romano Pontífice no hubiera podido llegar nunca á esta monarquía, si «Dios no lo hubiese querido; pues debemos recibir y acatar con respeto la voluntad de «Dios cualesquiera que sean los medios porque se nos signifique, y por tanto *no nos es «permitido resistir* al Pontífice romano en su primacia. Es tan poderosa esta razon, que «aun cuando no tuviera á su favor ningun texto de la santa Escritura, ni ninguna otra «razon, bastaria esta *para reprimir á los que le resisten*... Es, pues, evidente la deferencia

reformador solamente de la disciplina, sedujo á algunos hombres de buena fe; ganó despues un número mucho mayor de hombres corrompidos que se dejaron arrastrar por la abolicion de toda disciplina, que bajo esta pretendida reforma tuvo lugar [1]; y, en fin, arruinada toda la disciplina, la reforma, es decir, *la abolicion*, invadió tambien la doctrina, que asimismo se arruinó en sus manos, continuando empero inmutable en el seno de la Iglesia católica, y restituyendo á su pureza la disciplina, cuyo órden se habia alterado por algunos instantes [2]. «Eternamente, dice Bossuet, mientras la Iglesia sea Iglesia, «vivirá en la sede de Pedro la pureza de la fe y el órden de la «disciplina, *con la única diferencia*, que la fe no sufrirá nunca «menoscabo, y la disciplina podrá con frecuencia alterarse: «porque plugo á Jesucristo, que fundó su Iglesia como un «edificio sagrado, que hubiese siempre que hacer alguna re- «paracion en el cuerpo de la obra, pero que fuesen al mismo «tiempo tan firmes los cimientos, que nada los pudiese con- «mover. Auxiliados de su gracia pueden los hombres seguir «conservando este edificio, pero jamás podrian reconstruirlo «de nuevo; pues para esto seria necesario que Jesucristo vol- «viera al mundo, y esto pone en evidencia el descaro de nues- «tros modernos herejes, que en su confesion de fe se han «atrevido á decir que Dios habia enviado al mundo á Lutero y «Calvino para reedificar la Iglesia. Solo pertenece esta obra á «Jesucristo: solamente él podia levantar este edificio, y para «ello era preciso que viniera al mundo; pero como habia re- «suelto no venir á él mas que una vez, fabricó su templo tan «sólidamente, que nunca habrá necesidad de restaurarlo, y «bastará conservarlo como él lo dejó [3].»

«que debemos tener con esta Iglesia, y si en la actualidad las cosas se hallan en Roma «en tal estado, que seria de desear que estuvieran mejor arregladas, sin embargo, ni «estos desórdenes *ni ninguna otra causa* deben ser motivo para que nos separemos ni «alejemos de esta Iglesia; *antes al contrario, cuando mas deplorable sea el estado de esas co- «sas, mas adictos y unidos debemos estar á ella.*» (Lutero en su declaracion de ciertos artí- «culos y en su tratado: *Resolucion de trece problemas*, t. I de la edicion de Jena).

[1] «Segun el testimonio de los historiadores *protestantes* mas concienzudos, (dice un «*protestante*), Strype, Cambden, Dugdale, el mismo Lutero, etc., y segun la declaracion «de Enrique á su Parlamento, las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron des- «de luego la corrupcion general de las costumbres y el completo abandono de la justi- «cia, etc.» (Fitz-William, *Cartas de Ático*, pág. 119.)

[2] Es verdaderamente sublime el espectáculo del arreglo universal de la disciplina en la Iglesia católica, por oposicion al desórden y á la carencia de medios del protestantismo, que el historiador *protestante*, Leopoldo Ranke, tomó por punto de vista en su preciosa *Historia del pontificado durante los siglos XVI y XVII.*

[3] Bossuet, *Cartas de piedad y direccion*, carta IV, § 40, t. XI, pág. 296. — Bossuet es siempre el mismo: ¿no parece que este fracmento de carta está tomado en la *Historia universal* ó en las *Oraciones fúnebres*?

VII. El protestantismo debia sufrir todas las consecuencias de su principio: la inexorable lógica debia arrastrarlo desde la autoridad legítima, que él rechazaba, á la anarquía, de la anarquía á la tiranía, y de la tiranía á la muerte: estas son las diversas fases por que ha pasado ya. Vemos, en efecto, que para detenerse en la pendiente de su disolucion, se da el protestantismo, apenas nacido, los mas tiránicos y caprichosos señores, y cae bajo el yugo de la intolerancia mas insensata. Lutero no tardó en querer obligar á los demás á aceptar su manera personal de ver las cuestiones religiosas; y de aquella misma boca que habia apelado al *libre exámen* y á la razon individual contra la legítima autoridad de la Iglesia, se oyó salir estas palabras que no tienen igual en los fastos del despotismo y del orgullo humano: «No hay ningun Ángel en el cielo «y mucho menos hombre alguno en la tierra que pueda ni se «atreva á ser juez de mi doctrina: el que no la adopte, no pue«de salvarse; y quien no crea lo mismo que yo, está destinado «al infierno [1]... Si no sucede esto en el mundo durante mi vi«da, sucederá despues de mi muerte, cuando estaré allí (en el «cielo), y maldeciré á todo el que esté contra mí, porque soy «yo mas sábio que el mundo entero [2]... Á este Evangelio «que he predicado yo el doctor Martin Lutero, deberán ceder «y someterse el Papa, los obispos, los sacerdotes, los monjes, «los reyes, los príncipes, el demonio, la muerte, el pecado, y «todo menos Jesucristo: nada podrá impedirlo... *Cedo nulli!* «Afuera, pues, todo lo que estorba el camino, porque hé aquí «que viene el que á nadie cede [3]... Mi palabra es la palabra de «Jesucristo, y mi boca su boca. ¿No es este Lutero un hombre «extraordinario? Yo CREO QUE ES DIOS. ¿Cómo se explicaria, «sino, que sus escritos y su nombre tuvieran suficiente poder «para cambiar los mendigos en señores, los asnos en doctores, «los bribones en santos y el cieno en perlas [4]?» ¿No parece que haya en semejante frenesí una especie de maldicion divina? ¿No se descubre en él una inteligencia degradada y que ha ido á estrellarse contra aquella terrible piedra que aniquilará, como dice Malebranche, á todos los que se atrevan á chocar contra ella [5]?

Todo el mundo sabe que Calvino estaba dotado de una crueldad sombría, y que J. J. Rousseau dijo con mucha exactitud

[1] T. II, pág. 44, edic. Witt. *germ.*— [2] T. V. pág. 107, edic. Witt.
[3] T. VII, pág. 56, edic. Witt., y t. II, pág. 145, et Jen.
[4] T. IV. pág. 378, edic. Witt., y t. III, pág. 559, ed. Jen.
[5] *Qui ceciderit super lapidem istum, confringetur.* (Matth. XXI, 44).

hablando de él: «¿Quién fué mas cortante, mas imperioso, mas «decisivo, mas divinamente infalible que Calvino, para el cual «la mas ligera oposicion que cualquiera se atreviese á hacerle, «era siempre una obra digna de Satanás, un crímen merece- «dor del fuego [1] ?»

Tales fueron los jefes de la Reforma, y tal la salvaje tiranía que sustituyeron los herejes á la maternal autoridad de la Iglesia [2].

Hay mas todavía: los soberanos empezaron tambien á mezclarse en ella, y despues de haber explotado la Reforma en provecho de sus pasiones individuales contra el Papado, la encadenaron haciéndose á su vez árbitros supremos de la fe de sus súbditos, que se sujetaban con gusto á este yugo insensato. En la ciudad de Montbeillart el primer efecto de la Reforma fué una asamblea que se celebró de los principales habitantes, para saber *lo que dispondria el príncipe respecto de la comunion;* en Basilea se vió tambien á los legos tomar en sus manos las llaves del reino de los cielos, y, segun escribe Mycon á Calvino, *el magistrado se hizo papa*. Todo el mundo conoce las extravagancias tiránicas y teológicas de Enrique VIII. En Suecia el rey Gustavo publicaba bulas ó mandamientos en que prescribia á los pueblos *ayunos y oraciones*, y siempre terminaba con esta frase: «El que se permitiere contravenir al pre- «sente edicto, no podrá librarse de nuestra cólera y del cas- «tigo á que se haga acreedor: sea esto público [3].» — Estos ayunos y oraciones *forzados* eran prescritos de este modo, segun el mismo edicto, á causa «del orgullo, del desenfreno, de «los asesinatos, del libertinaje y de todos los demás crímenes, «resultado de las perpétuas sediciones y frecuentes motines «que aniquilaban á nuestros Estados.» La anarquía y el despotismo: hé aquí los dos escollos contra los cuales iban las sociedades á estrellarse, separándose de la Iglesia. ¡Tan cierto es, como hemos dicho ya, que la verdadera libertad y la sumision verdadera solo se hermanan en el seno de la autoridad legítima, fuera de la cual no hay mas que rebeldía y servidumbre!

La economía de esta obra no nos permite extendernos en

[1] Rousseau, *Cartas de la montaña*.

[2] «El espíritu del luteranismo, dice un ministro protestante, sustituyó á la infalibili- «dad del Papa su propia infalibilidad, que (¿por qué he de callarlo?) ha suscitado mas «obstáculos al progreso de las luces que la primera.» (*Perfecta concordancia de las ciencias con la Religion*, por Descôtes, ministro en Kircheim-Bolenden, pág. 180; en 8.º, Gotinga, 1805).

[3] *La Suecia y la Santa Sede*, por Agustin Theiner, t. I, pág. 379.

mas detalles; pero siempre se ve que al través de tantos sacudimientos, lo que quedaba de cristianismo en la Reforma iba disolviéndose progresivamente. Y ¿cómo podia suceder de otra manera, cuando vemos que á la *Confesion de Augsburgo*, que debia ser su símbolo, se la llamaba, en el formulario de las concordias, *símbolo de su tiempo*, y que el mismo Melanchthon, el mas sábio de los apóstoles de la Reforma, escribia que: Los ARTÍCULOS DE FE DEBEN CAMBIARSE CON FRECUENCIA, Y ACOMODARÁ LOS TIEMPOS Y CIRCUNSTANCIAS?

Podríamos llamar á estas palabras el *epígrafe* del protestantismo, y el *epitafio* del Cristianismo y de toda la religion.

En efecto, como dice uno de las mas juiciosos teólogos *protestantes* ya citado, Staudlin: «Las verdades de la Religion no «pueden nunca progresar, no pueden estar sujetas á ningun «cambio ni llegar á la edad viril, porque jamás tuvieron in«fancia ni juventud; siempre inmutables, tuvieron desde el «principio y por completo toda la perfeccion que les conve«nia. Hablar de la perfectibilidad del dogma de una religion «revelada es desconocer absolutamente el carácter de la reve«lacion [1].»

Este *perfectibilismo*, ó mas bien, este espíritu de eternas variaciones es sin embargo el carácter primitivo de la Reforma. Melanchthon lo confesó, y el autor de la *Historia de las sectas religiosas* se lo echa en cara con mucha oportunidad: «Si las «variaciones son parte integrante del protestantismo, es inú«til arreglar fórmulas, actos simbólicos, confesiones, etc. [2].» Efectivamente, segun esta ley, no debe extrañarse que el protestante niegue mañana la Trinidad, luego la Encarnacion de Jesucristo, su muerte expiatoria, su divinidad y toda la Biblia, y que en su lugar admita el Alcoran sin dejar por eso de ser un buen protestante; pues *los artículos de fe deben cambiar con frecuencia, y acomodarse á los tiempos y circunstancias*.

El protestantismo no ha desobedecido á esta ley, si hemos de juzgar por la siguiente pintura que trazó una mano protestante:

«Estamos en el dia muy distantes del camino que nos abrie«ron nuestros abuelos á principios del siglo XVI. Lutero y Cal«vino tienen entre nosotros pocos sectarios; en ninguna parte «se ve á nuestro partido, fraccionado ya en mil subdivisiones «distintas, y nuestros mismos hijos se han hecho adversarios «nuestros. Cuákeros, puritanos, anabaptistas, armenios, gomo-

[1] *Suplemento para la Religion y la moral*, pág. 190, parte III.
[2] Tomo II, pág. 242.

«ristas, unitarios, racionales, supralapsarios, no conformistas, «en una palabra, una multitud de sectas, salidas de nuestro «seno, ha echado entre nosotros tal confusion, que la misma «muchedumbre de jefes nos hace acéfalos. Y no sabemos á «quién pertenecemos ni en qué banderas estamos afiliados. «Teistas hoy, y mañana cristianos, tan pronto estamos por la «religion natural, tan pronto por la revelada. Al espíritu de «partido, que en otro tiempo nos animaba, ha sucedido una «indiferencia tal por todos los partidos, que estoy por creer «que el sistema dominante es el pirronismo [1].»—Escribióse esto cuarenta años atrás: calcúlese el progreso que se ha verificado despues, progreso inevitable, porque el protestantismo no vuelve nunca á ser lo que fué una vez, y no puede permanecer siendo lo que es; una pendiente irresistible lo arrastra hácia su fin, en el cual ha de sufrir una nueva metamórfosis. Su constitucion misma es lo que mas corroe su existencia.

En efecto, la constitucion del protestantismo (debemos resumir nuestras ideas sobre este punto) consiste en tomar á la razon *natural* por intérprete exclusivo de la revelacion. Importando necesariamente la revelacion verdades *sobrenaturales*, esto es, que están fuera del alcance de la razon *natural*, no puede ser interpretada por esta sin dejar de serle superior, y por consiguiente sin dejar de contener verdades *sobrenaturales*. Es tan claro esto como la luz del dia. El racionalismo conduce, pues, invenciblemente al naturalismo, y la revelacion supone necesariamente en sí, como complemento directo, una autoridad de su misma naturaleza, esto es, sobrenatural, que enseñe. La razon puede y debe sin duda examinar el sello de esta autoridad; pero una vez reconocida, no puede mezclarse como soberana en el exámen crítico de las verdades que enseña, sin desnaturalizarlas y contradecirse á si misma. Puede estudiar para penetrar estas verdades, pero no para regularizarlas; elevarse á su altura, pero no rebajarlas á su nivel, so pena de destruirlas y de empobrecerse á sí misma creyendo elevarse sobre sus ruinas. De aquí se sigue que colocándose el protestantismo fuera del círculo de estos principios, debia tender inevitablemente á la extincion de toda creencia, y como les echaba en cara Jurieu á los socinianos, *á esa religion de plataforma que allana todas las prominencias.*

Pero el mismo Jurieu era inconsecuente en semejante re-

[1] El traductor de Beaufort citado por el baron de Stark. (*Razon del Cristianismo*, t. III, pág. 84).

prension; porque *la autoridad de la Escritura*, que es la única cosa que opone á los socinianos, no basta de ninguna manera para contenerlos, como no podia contenerle á él mismo. En efecto, desde el momento en que la razon se constituye intérprete de la Escritura, no puede esta obligar á aquella sino en cuanto su texto es claro y preciso. Quien no habla con claridad, nada decide. La Escritura, que en tantos pasajes parece enseñar cosas misteriosas, ininteligibles, y que la razon no puede comprender, como la Trinidad, la Encarnacion, la Transustanciacion, etc., es menester ó reputarla oscura, es decir, muda y nula sobre todos estos puntos, ó atribuirle el sentido á que la razon puede acomodarse, aunque sea violentando su texto. Así, al encontrar estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, etc., la razon, dueña, ó mas bien obligada á interpretarlas, dirá: tomad este texto al pié de la letra, no es inteligible y repugna al sentido comun; por consiguiente no puedo admitirlo y debo *desecharlo* ó hacerlo *razonable*, leyendo: *Figuraos que esto es mi cuerpo*, y aun limitándose á esto, no hará mas que una concesion á los tiempos y á las circunstancias que han de cambiar, y con ellos los artículos de fe, hasta que de cambio en cambio lleguen á aquella *plataforma de la razon que nivela todas las prominencias*.

Á esto ha llegado en nuestros dias el protestantismo. La misma autoridad de la Escritura, corroida por la razon individual, ha desaparecido, y no queda de ella mas que el título y la envoltura. Lessing lo ha expresado ingeniosamente en el siguiente apólogo.

Un viajero arribó á una isla y encontró en ella á unos niños, hijos de padres europeos que acababan de morir. Á la pregunta que les hizo de si eran cristianos, contestaron los niños muy afirmativamente, pero sin poder justificar de ningun modo qué era lo que de sus padres habian aprendido. Interrogados con mas instancia, presentaron al fin la encuadernacion vacía de un catecismo, diciendo: «Todo está contenido aquí dentro.» —«En otro tiempo, mis queridos niños, sí, en otro tiempo todo estaba contenido aquí, respondió el viajero [1].»

Los protestantes han dado al mundo el espectáculo de sus variaciones y rompimientos, mientras que han tenido algo que perder de su fe; pero hoy dia, en que han disipado ya todo su patrimonio, viven en paz en una indiferencia comun, y por consiguiente en una tolerancia recíproca en todo modo de pensar. En otro tiempo las sectas se contradecian y chocaban unas

[1] Lessing, citado por el baron de Stark (*Razon del Cristianismo*, t. III, pág. 84).

contra otras como las aguas salidas de la meseta de una montaña y estrechadas por las fragosidades de la vertiente; pero en el dia duermen confundidas como estas mismas aguas despues de llegar á la llanura, y como ellas se deslizan sin ruido, pero tambien sin límites.

Una sola cosa ha hecho vivir por tan largo tiempo al protestantismo, y prolongará todavía por algun tiempo mas sus apariencias de existencia: la grandeza y la fuerza siempre permanente de la Iglesia católica: y esto por dos razones:

La primera: porque conservando de una manera fija y teniendo levantado en medio del universo el depósito incólume de fé cristiana, la Iglesia, *columna y base de la verdad*, como la llama san Pablo [1], ha hecho resaltar como un gran testimonio el punto de partida de los protestantes, la decadencia y las infinitas variaciones de su fe, y ha impedido que esta fe se extraviara y desapareciera tan pronto como lo hubiera hecho sin esta advertencia saludable y este testimonio acusador.

La segunda razon es, que los protestantes divididos sobre todo lo demás, y no existiendo ni siquiera en sí mismos, han encontrado un centro de enlace y un foco de animacion en su hostilidad, contra el Catolicismo; satisfaciendo tanto mas fácilmente esta hostilidad, en cuanto la Iglesia, como dijimos, ocultando su fuerza invencible bajo las apariencias de la debilidad, han creido poderla destruir y han vivido en esta ilusion. — En esto encontró el protestantismo lo que constituye la vida de todas las cosas: la *unidad*. ¡Triste unidad! Es la unidad de la oposicion y del odio, como lo indica la misma palabra *protestante;* pero al fin unidad que es el reverso de la medalla de la unidad católica, ó mas bien la *unidad católica atacada*. No es mas ni menos el protestantismo: una negacion. El célebre Hegel lo caracterizó perfectamente cuando dijo: *Se han unido en la nulidad:* y un celoso protestante, el obispo de Saint-David, queriendo definir el protestantismo no supo encontrar otra definicion que la siguiente: *Es la abjuracion del papismo*. De modo que todo lo que son los protestantes, se reduce á que *no son* católicos. Son conjurados; no hermanos. Suprimid el protestantismo, y el Catolicismo subsistirá siempre lo mismo despues que antes, porque su existencia es esencialmente afir-

[1] I Tim. III, 15. — Hé aquí un hermoso comentario de estas palabras, salido de una pluma protestante: «La Iglesia sostiene y eleva la verdad, dice Grocio *(veritatem sustentat atque attollit Ecclesia)*, á fin de que el alma no la pierda de vista nunca y que siempre se la pueda ver desde léjos: pues á los no obstinados les hace gran fuerza el testimonio de los hombres de bien, que todos á una dicen que esta doctrina y prescripciones les han venido de los Apóstoles.» (Hug. Grot., *Annot. in N. T. ad I Tim.* III, 15).

mativa; al contrario, suprimid con el pensamiento el Catolicismo: ¿qué quedará del protestantismo?...

Ved cómo los pintó Tertuliano catorce siglos antes de su aparicion en la persona de los herejes de su tiempo:

«Opuestos los unos á los otros en su creencia, todo les es «igual, y si alguna vez se concilian, es para triunfar de la ver- «dad. No piensan en convertir á los impíos, sino en pervertir «á los nuestros; hacen consistir su gloria en derribar á los que «estan de pié, en vez de levantar á los caidos. No me extra- «ña esto, porque ni ellos mismos pueden levantarse sino sobre «las ruinas de la verdad; y este es el motivo por que se es- «fuerzan en destruir nuestra Iglesia para edificar la suya. Qui- «tadles la ley de Moisés, los Profetas, el Dios criador, y les ta- «paréis la boca: nada entienden en edificar, y todo su talento «se reduce á destruir. Además, no conocen ni aun el respeto á «sus prelados, y esta es la causa de que no haya cismas entre «ellos. Nunca están divididos, pero su misma union es un cis- «ma perpétuo; varian sin cesar y se separan de sus propias re- «glas; cada uno interpreta á su placer la doctrina que se le ha «enseñado, de la misma manera que el que se la enseña la «habia inventado segun su fantasía. En sus progresos no des- «miente nunca la herejía su naturaleza y orígen. Los valenti- «nianos y los marcionitas tienen tanto derecho á innovar, se- «gun su antojo, en la religion, como Valentino y Marcion. El «que examine á fondo las herejías, las encontrará á todas en «disidencia con sus autores. En fin, la mayor parte ni siquie- «ra reconocen iglesias; son flotantes, sin madre, sin fe, sin ca- «sa ni hogar [1].»

Esta pintura de los marcionitas y valentinianos se aplica perfectamente á nuestros modernos sectarios; y aun cuando lleguen á desaparecer estos como aquellos, se aplicará tambien con la misma exactitud á los nuevos fautores de herejías que los siglos futuros vean surgir contra la Iglesia; porque las herejías se suceden unas á otras, pero la herejía permanece siempre para atestiguar y hacer resaltar con sus variaciones y su impotencia la invencible inmutabilidad de la Iglesia. En este sentido deben tomarse aquellas palabras que producimos al principio: OPORTET HÆRESES ESSE [2].

La herejía protestante, considerada como *herejía*, ha llegado ya á su ocaso. El protestantismo, muriendo y muerto en to-

[1] Tertul., *De præscriptionibus*, núm. 42. — Hemos cortado algunos trozos de este pedazo, por habernos parecido demasiado fuertes.

[2] 1 Cor. xi, 19.

dos sus visos de cristianismo, no conservará mas que el carácter de hostilidad contra la Religion; carácter que le es comun con la impiedad de todos los tiempos, é irá á perderse en el filosofismo y naturalismo: esta será su última metamórfosis.

En semejante situacion sucederá irremisiblemente una grande escision en el partido protestante; escision que el observador atento descubre ya diseñada á lo léjos [1]. Todos los de este partido que aun conservan algun resto de cristianismo en su corazon, que quieren una religion positiva, que la quieren para sí y para sus descendientes, y para sus subordinados y sus súbditos, se verán en la necesidad de romper con los que, bajo el nombre de protestantes, solo trabajan, como dice Stapfer, *para escamotear al pueblo su religion.* Al fin comprenderán que la época del cristianismo protestante se acabó; que ya no es mas que un edificio en ruina, y, como dice Muller, una miserable cabaña de la cual es menester salir para volver á entrar en esa Iglesia edificada sobre la *roca viva* por la mano de Jesucristo, en cuyo seno murieron los padres de sus padres; y que por su milagrosa conservacion despues de dos mil años, y por su resistencia á los últimos asaltos de la herejía y de la impiedad, debe haber acabado sus pruebas á los ojos de los menos ilustrados. Las preocupaciones que el protestantismo naciente podia alimentar contra el *papismo*, y que se han explotado y alimentado en los espíritus con tanta perfidia, no serian ya excusables en el dia que la ciencia ha venido á levantar todos los velos, y que parece haber llegado el tiempo de la imparcialidad para todas las grandes cosas. Para declamar en la actualidad contra el *papismo*, es preciso no solo ser protestante, sino *anticristiano.* Las denominaciones de *papistas* y *protestantes* deben parecer tan anticuadas como las de *güelfos* y *gibelinos* [2]. No hay mas que dos principios en boga: la *fe* católica y el *racionalismo*, ó en otros términos, los que tienen religion y los que no tienen ninguna. La razon aislada no puede encontrar en sí misma un fundamento sólido de religion; tiene su *instinto* que no sirve sino para atormentar con investigaciones infinitas; pero no su *solidez.* Esta solidez no puede encontrarse mas que en una autoridad estable y venida de lo alto; y esta autoridad no se halla en ninguna parte mas que en esa Iglesia, á la cual se dijo: *Como yo fuí enviado, te envio,*

[1] Obsérvese lo que está pasando en Inglaterra.

[2] *Los que en el dia declaman contra el papismo*, decia el célebre Johnson, *pertenecen á esa clase de hombres que clamarian: fuego, fuego en medio del diluvio.*

y en la cual se ha verificado esta promesa: *Yo estoy contigo hasta el fin de los tiempos.*

Todo esto ha sido admirablemente reconocido hace poco por los doctores de la universidad de Oxford, tan acreditados en la Iglesia anglicana. «Los católicos, dicen [1], han conservado «una Iglesia visible, depositaria de los Sacramentos, y tienen «así la ventaja de poseer un instrumento adaptado desde el «principio á las necesidades de la naturaleza humana, y al «cual Jesucristo vinculó en seguida su gracia y sus bendicio- «nes. Vemos los buenos efectos que su celo sabe sacar de es- «to...; la antigüedad, la universalidad y la unidad de su Igle- «sia, los hacen superiores al mundo y á las innovaciones reli- «giosas del dia. Á la vista de un sistema tan bello y tan bien «ordenado, no podemos dejar de suspirar pensando que esta- «mos separados de ellos [2].»

Es tal la urgencia de una autoridad en materias de fe, que la razon, cansada de su propia independencia, se siente inclinada á encadenarse á sí misma para encontrar algun descanso. Escuchad estas admirables palabras de un célebre protestante que fue á la vez un demasiado célebre filósofo:

«Si yo hubiese nacido católico, permaneceria siempre ca-

[1] *Tratados de los tiempos presentes*, t. III. núm. 20, pág. 3. Obra que ha conmovido á toda la Inglaterra.

[2] ¿Cuántos protestantes se hallan en este caso? Pero ¿quién les impide hacerse católicos? El espíritu de partido, las preocupaciones de la infancia, el qué dirán, el interés, sin contar otras muchas causas secretas que hacen que muchos de vuestros católicos sean malos católicos. Porque es mas difícil ser católico que protestante, y porque, como dijo un protestante ya citado, *el tránsito desde una secta á la Iglesia se verifica siempre por el camino de las virtudes*. Además, no pudiendo hacerse ilusion acerca de la verdad, se la hacen sobre sus grados de evidencia: ven en el Catolicismo una institucion excelente, la mejor de todas, pero no *absolutamente* buena y verdadera, es decir, *divina*. Juzgan de él filosofando mas bien que creyendo, y se figuran haber dado á la verdad todo lo que le corresponde alabándola de palabra y por escrito, manteniéndose empero fuera de su seno. Por esto vemos tantas, tan numerosas y tan explícitas confesiones á favor del Catolicismo salidas de plumas protestantes por situacion y católicas por juicio y criterio; confesiones tanto mas ruidosas cuanto que vuelven á caer sobre sus autores.

Sin embargo, debemos decirlo cada dia hay mas y mas protestantes distinguidos y honrados que saben declararse, romper la corteza protestante y volver á la unidad católica con una abnegacion y una generosidad de carácter á las cuales Dios reserva ciertamente recompensas especiales, así como tiene preparados severísimos juicios para los que, heridos por su luz, todavía tergiversan y embrollan la verdad.

Por lo demás el movimiento señalado en Inglaterra por la aparicion de los *Tratados sobre los tiempos presentes*, se va desenvolviendo de una manera asombrosa. Parece que la *Isla de los Santos* se agita sobre sus cadenas y que quiere romperlas para bogar hácia la cátedra de Pedro. «Ya no puede dudarse del término á donde deberémos llegar, excla- «ma un enemigo de este movimiento: *Tendimus in Latium!*» (Carta al Arzobispo de Cantorbery para impedir el nombramiento de un profesor pusseysta). — Desde la primera edicion de nuestros *Estudios*, ¡qué multitud de hechos no ha venido á confirmar esta prevision!

«lico, porque sé bien que vuestra Iglesia pone saludable fre-«no *á los extravíos de la razon humana, que no encuentra ni fon-«do ni ribera* cuando quiere sondear el abismo de las cosas, y «porque estoy tan convencido de la utilidad de este freno, que «*yo mismo me he impuesto uno semejante, prescribiéndome, para «lo restante de mi vida, algunas reglas de fe, de las cuales no «me permito separarme...* Y os juro que no estoy tranquilo sino «desde que he hecho esto, bien persuadido de que sin seme-«jante precaucion no lo hubiera estado nunca... Os hablo, se-«ñor, con toda la efusion de mi alma, y como podria hacerlo «un padre á su hijo.»

¿Quién trazó estas líneas? ¿Quién es el desgraciado que así encadenó su razon y se prohibió hacer uso de ella, queriendo emplearla mejor? ¿Quién perdió hasta tal punto la conviccion de su fe, no conservando de ella mas que lo que tiene de violento? Es J. J. Rousseau [1]. ¡Qué confesion y qué castigo! Este hombre, este protestante verdadero, á quien su patria echó en vida de su seno, porque llevaba la incredulidad demasiado léjos, y á quien se levanta ahora una estatua, porque la resume toda; el filósofo de Ginebra, el *libre pensador*, que se vió obligado á suspender de ejercicio á su razon, como si estuviera loca, y á encadenarla á un acto postrero de sí misma, que sin ofrecer mas garantía que sus actos precedentes, no tiene mas mérito que ser el último: este filósofo, decimos, reducido á crearse una fe facticia para poder hallar algun descanso, para acabar con ella; una fe absurda, y que era menos que una sumision, una supresion de su razon: porque ¿en dónde aprendió Rousseau esas reglas de fe, *de las cuales no se permite á sí mismo separarse mas?* — En su razon; — y ¿qué es su razon? — es una loca que no hace mas que *extraviarse, y que no encuentra ni fondo ni ribera cuando quiere sondear el abismo de las cosas.* — De modo que da *reglas* á su fe una razon esencialmente *desarreglada*, y se encierra en esta razon para librarse de su *desarreglo*. ¡Qué aberracion! Dice que *no se permite separarse mas de ellas:* lo creemos; ¿pero por qué? ¿Es quizá por la *fe* que tiene en la bondad de estas reglas? No. Es mas bien por desconfianza, no viendo en estas mas que un extravío de su razon. Estas reglas de fe no son, pues, mas que un entredicho puesto á su razon, y un divorcio de su pensamiento con el cielo.

Hé aquí el último término, y, por decirlo así, la última convulsion del racionalismo, que á su vez no es mas que una degeneracion del protestantismo; pues entre este y el racionalis-

[1] *Cartas*, t. XXXI, pág. 153, París, 1793.

mo no hay mas que la *Escritura* que, sola y desprovista del auxilio de una autoridad docente é interpretante de su misma naturaleza, no puede librarse de la tendencia de la razon á asimilársela, y hacerla participar de sus propias fluctuaciones.

Esta última verdad es el punto culminante del presente *Estudio:* hemos procurado establecerla y seguirla en todas sus ramificaciones y consecuencias, tan fatales para la razon y para la fe, en oposicion á la sabiduría que brilla en la divina institucion de la Iglesia.

Terminarémos, pues, nuestro trabajo invocando aquí una opinion muy respetable y elevada, libre de las preocupaciones modernas, y perfectamente adecuada á nuestro asunto; opinion que no pertenece ni á un católico, ni á un protestante, ni á un escéptico, sino á la mas sublime filosofía antigua, y que merece ser considerada por los que se glorian de no seguir mas que las inspiraciones de la razon.

Hé aquí como habla Platon:

«El hombre, que debe toda su instruccion á la *escritura,* «nunca poseerá mas que las apariencias de la sabiduría. La «palabra es á la escritura lo que un hombre á su retrato. Las «producciones de la pintura se presentan á nuestra vista como «vivas, pero *si las interrogamos, guardan silencio con dignidad.* «Lo mismo sucede con la *escritura, que ignora lo que es menes-«ter decir á unos y ocultar á otros.* Si se la ataca ó insulta sin «razon, no puede defenderse, porque *su padre no está con ella «para ayudarla.* De modo, que ES UN GRAN NECIO [1] quien crea «poder *establecer por medio de la sola escritura* una doctrina «*clara y permanente;* y si realmente poseyera los legítimos gér-«menes de la verdad, se guardaria muy bien de creer que *con «un poco de licor negro y una pluma* puede hacerlos germinar «en el mundo, guardarlos de la inclemencia de las estaciones, «y comunicarles la eficacia necesaria. Cualquiera que sea quien «así piense, particular ó legislador, y ya lo diga ó lo calle, «siempre será indigno de consideracion y honor [2].»

Tal vez no se ha expresado nunca la sabiduría humana con tanta exactitud. ¿Qué mas podia hacer que proclamar la inutilidad de las doctrinas humanas, y qué remedio podia ponerle? El mas perfecto de los legisladores humanos se ve obligado á abandonar, al morir, su ley á merced de los errores y pasiones de sus semejantes. Para conservarla intacta seria preciso que él mismo pudiese perpetuarse y multiplicarse para

[1] Traducido palabra por palabra *rebosa de bestialidad.*

[2] Platon, *in Phœdr., Op.* t. X, pág. 381, 382, 384, 386, 387, ed. Bipont.

acompañarla siempre y por todas partes, apoyarla, defenderla y explicarla en la infinita variedad de sus aplicaciones; seria preciso á lo menos que su *espíritu*, el mismo espíritu que concibió la ley, se transmitiese al alma de los encargados de aplicarla, y se sucediese en ellos, hasta la revolucion de los tiempos señalados á su duracion.

Si á semejante condicion se hallan condenadas la fuerza y la duracion de las instituciones y leyes de una ciudad ó de una escuela, y solo en lo relativo á los intereses exteriores y superficiales de la vida, ¿qué deberémos pensar de una doctrina que se dirigiese á todo el género humano, y pretendiese una duracion eterna, que debiese propagarse entre mil naciones distintas en orígen, costumbres, clima y lenguaje; que tuviese que atravesar centenares de siglos diferentes en conocimientos, preocupaciones, revoluciones y transformaciones, y reinar no solamente sobre las acciones y en la superficie, sino en lo mas íntimo del corazon y del pensamiento, contrariando todas las preocupaciones y todas las tendencias por medio de preceptos inflexibles y de dogmas misteriosos, sin perder, á pesar de esto, nada de su sencillez, de su integridad ni de su pureza originales?

Si el autor de semejante empresa hubiese comunicado su pensamiento á Platon, este le hubiere contestado sin vacilar las siguientes palabras: *sois un loco, ó un Dios.*

Sois un loco si pensais llevar á cabo este gigantesco proyecto de universalidad y perpetuidad por medio de las promulgaciones y persuasiones humanas, y principalmente por medio de la *sola escritura*, y desde luego os pronostico con toda seguridad, que, léjos de alcanzar lo que deseais, vuestra doctrina no podrá dar un paso ni vivir un dia, sin ser juguete de mil variaciones, presa de mil sectas, y que, en el corto tiempo que de ella se hable, dejará por todas partes la confusion, la division y el mas incurable escepticismo.

Pero si el autor de la empresa hubiese añadido: No escribiré ni una palabra de mi doctrina, y me marcharé sin haberla grabado sobre el mármol ni sobre el bronce: solo depositaré algunas instrucciones, algunos gérmenes de mi verdad en el alma de doce pobres discípulos organizados bajo un jefe único; pero al depositarlas en su alma, depositaré tambien en ellos para hacerlas *germinar por el universo, el espíritu de su maestro, que hablará por su boca, que les enseñará toda verdad, y les recordará cuanto yo les hubiera dicho* [1]. *Y escribiré para*

[1] Joan. XIV, 26; XVI, 15.

ellos mi ley, NO CON TINTA, *sino con Espíritu de verdad: no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son los corazones* [1]. *Yo les inspiraré lo que tendrán que decir* á unos y callar á otros, *porque todo cuanto digan les será con oportunidad inspirado* [2]. En fin, *yo mismo estaré con ellos* para ayudarlos, y con los que les sucederán y con la sociedad reunida á su voz, *todos los dias hasta la consumacion de los siglos* [3]. Mi cuerpo estará ausente, pero mi espíritu estará siempre presente, y comunicándose por medio de ellos *á todas las naciones*, circulará en el seno de la humanidad como una nueva luz para los espíritus, como un nuevo fuego para los corazones, y juntará toda la tierra en la indisoluble unidad de mis representantes, con quienes yo mismo estaré siempre unido, *de modo que todos juntos no formen mas que uno solo* [4].

Á semejante explicacion hubiera sin duda contestado el sabio Platon: Vuestra concepcion solo puede pertenecer á un Dios. Jamás salió de la cabeza de un mortal empresa tan vasta y sublime. Pero permitidme, hombre extraordinario, que, á pesar de la entusiasta admiracion que ella me inspira, os diga que cuanto mas divino me parece semejante pensamiento, mas me voy convenciendo de que solo un brazo divino puede llevarlo á ejecucion; porque la empresa está destituida de toda clase de medios humanos, carece de toda causa natural, y revela un poder de inspiracion y de ayuda que en realidad no puede proceder mas que de un Dios. Permitidme, pues, que os aplace para la ejecucion, y entretanto venid á sentaros conmigo en los dominios de la utopia, donde descansa mi *República*, aun cuando sea en sitio mucho mas elevado que esta, y en la mas encumbrada region de ese país de quimeras, tanto por lo que tiene de sublime, como por lo que tiene de impracticable vuestra concepcion.

Si en este momento el misterioso interlocutor, tocando los ojos del filósofo, hubiese podido fijar sus miradas en una perspectiva de veinte siglos, y le hubiese desarrollado la marcha y el desenvolvimiento de la doctrina cristiana y todos los combates de la Iglesia, todos sus triunfos, todas las potencias del mal enfurecidas, pero vencidas y arrastradas y sobrepujadas por ella en toda la extension del universo como por un rio que desborda y cubre hasta lo mas léjos las campiñas; esta Iglesia tan invulnerable contra la prosperidad como contra los reveses, contra las seducciones como contra la fuerza, contra la

[1] II Cor. III, 3. — [2] Matth. x, 19.
[3] Matth. XXVIII, 19, 20. — [4] Joan. XVII.

inclemencia de los espíritus como contra la de las estaciones; sola durando siempre; sola viviendo por todas partes; sola sin conocer la corrupcion ni el error, y rejuveneciendo por veinte veces sucesivas el universo agotado en su seno maternal; tan grande y elevada, que trata con las naciones lo mismo que con los individuos, con los siglos del mismo modo que con los dias; tan desprovista de todo humano socorro que cualquiera puede insultarla, y tan fuertemente asentada sobre sus divinos cimientos, que todos los pueblos reunidos y sublevados no pueden conmoverla; tan atribulada, en una palabra, y tan fuerte y vigorosa despues de veinte siglos de trabajos y combates, que es mas difícil imaginar cómo podria acabarse, de lo que lo era al principio comprender cómo podria empezar.

Á semejante perspectiva el discípulo de Sócrates habria sentido la presencia de Dios, y prosternándose á los piés del nuevo maestro, habria exclamado: Vos sois el que yo buscaba, *el Verbo, el Dios Salvador que yo invocaba, lo mismo que su Padre y Señor, á fin de que por medio de una* ENSEÑANZA EXTRAORDINARIA Y MARAVILLOSA *nos salvase, instruyéndonos en la doctrina verdadera* [1]. ¡Verdad coeterna con Dios! ¡Sabiduría increada! yo os entreveia detrás de las nubes de mi filosofía, y vuestra incierta luz vibraba en el fondo de las tinieblas de mi razon. Solo vos habeis podido concebir tan grande obra para daros de nuevo al mundo. Se os descubre en toda ella: su pensamiento y su ejecucion solo pueden pertenecer á un Dios.

CAPÍTULO XIV.

FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE.

«El mahometano, el persa, el indio, el chino, etc., todos esos «pueblos que forman las cuatro quintas partes del mundo, «arderán eternamente en el infierno, porque la casualidad no «los hizo nacer cristianos... Esto es indudable, pues está es- «crito que: FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE. ¡Qué «horribles palabras! Me acuerdo que siendo aun muy jóven «causaban mi desesperacion. ¿Cómo puede ser, me decia á mí «mismo, que tantos pueblos que no son cristianos, y que ni «siquiera conocen el nombre de Cristo, y tantos otros que exis- «tieron antes de la venida de Cristo, sean culpables del crímen

[1] Plat., *Tim.*, *Oper.*, t. IX, p. 341.—*Epist.*, VI, *Oper.*, t. XI, p. 91-92.

«de su nacimiento, que solo depende de Dios?... Debo decir lo «que pienso: esto me parece el colmo del absurdo. — Pero vos «me decís que no debemos querer penetrar en los secretos de «Dios, y que su misericordia es infinita. — En este caso seria «falso que FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE; de suer- «te que esto no seria mas que un espantajo para que los hom- «bres no se separasen de su seno.»

Tal es la dificultad, textualmente transcrita, del programa que ha dado ocasion á estos *Estudios*. Es menester convenir en que está presentada con fuerza, porque es hija de una conviccion generosa.

Sin embargo, nosotros queremos prestarle nueva fuerza todavía, y completarla, tomándola desde su orígen, y de su mas hábil y peligroso comentador, J. J. Rousseau: pues fué él el primero que dió el impulso á todas esas imprecaciones de *intolerancia*, lanzadas durante los últimos sesenta años contra aquella máxima fundamental de la Iglesia católica:

«¡No permita Dios, dice en su *Emilio*, que yo predique ja- «más á los hombres el cruel dogma de la intolerancia! Si exis- «tiese una religion en la tierra, fuera de la cual no hubiera «mas que penas eternas, y que en cualquier lugar del mundo «un solo mortal de buena fe no fuese herido de su evidencia, «el Dios de semejante religion seria el mas inícuo y el mas «cruel de los tiranos.» — «Me anunciais, hace decir en otro «lugar al salvaje, un Dios nacido y muerto hace dos mil años «en el otro extremo del mundo, en no sé qué pequeña ciudad, y «me decís que todos los que no creyeren en este misterio se «condenarán. Decís que habeis venido á enseñármelo; pero «¿por qué no vinísteis á enseñarlo á mi padre, ó por qué con- «denais á este buen viejo por haberlo ignorado? ¿Debe ser cas- «tigado eternamente á causa de vuestra tardanza, siendo así «que era tan bueno, tan benéfico, y que siempre buscaba la «verdad?...»—«Obligados por estas razones, continúa, prefie- «ren unos hacer á Dios injusto, porque castiga en los inocen- «tes el pecado de sus padres, que renunciar á su bárbaro dog- «ma; y otros se forjan la ilusion de que envia necesariamente «un Ángel á instruir á cualquiera que, permaneciendo en una «ignorancia invencible, hubiese vivido moralmente bien. ¡Qué «bella invencion la de este Ángel! No contentos de servirse «de él como de una máquina, ponen al mismo Dios en la ne- «cesidad de valerse de sus servicios.»

Si Rousseau en vez de tomar fastuosamente por divisa esta máxima: *Vitam impendere vero*, hubiese realmente querido

mostrarse fiel á su observancia; si en vez de cubrirse con los hábitos del *Vicario saboyano*, para hacerle hablar contra la Iglesia, hubiese consultado con el de su parroquia para enterarse de la doctrina católica antes de combatirla, hubiese visto que tergiversaba estrambóticamente esta doctrina, ó que juzgaba de ella con una ligereza imperdonable. Pero no entraba esto en el plan del altanero sofista, que, nuevo Eróstrato, no creyó pagar demasiado cara su inmortalidad con el incendio del templo.

El templo ha salido de sus cenizas, y todos aquellos ataques subversivos no sirvieron sino para descubrirnos y hacernos admirar mejor sus indestructibles cimientos.

No es tan fácil como algunos creen el confundir la verdad católica. Hay quien se figura hacerlo, y no hace mas que herirse á sí mismo con el dardo que le dispara, y convencerse de la sabiduría de una doctrina tan no inventada por el hombre, que el primer movimiento de este es burlarse de ella, así como el último y mas sublime esfuerzo de su razon es adorarla.

Esto es lo que esperamos demostrar tambien en el presente *Estudio*.

Pero como nunca estará por demás el método y la claridad, en una materia que el espíritu del error solo ha logrado embrollar y hacerla desconocer á fuerza de confusion y desórden, vamos á ordenar nuestro tratado de la manera siguiente:

Hay que establecer y fijar estas tres verdades:

1.ª Intolerancia de la Iglesia.
2.ª Tolerancia de la Iglesia.
3.ª Conciliacion de aquella intolerancia con esta tolerancia.

La materia es rica y abundante, y puede compensarnos con usura el trabajo de su exploracion.

I.

Intolerancia de la Iglesia.

1.° La intolerancia es la ley de las leyes, y por consiguiente la condicion necesaria de todo lo que pretende existir.

Desenvolvamos esta proposicion.

Nada existe, no solo en las sociedades humanas, pero ni en toda la naturaleza, sino segun las leyes á que se le ha sujetado. Cada sér tiene su ley, su manera de ser que le es propia,

y segun la cual es mas ó menos invariablemente lo que es. La evidencia de esta verdad debe hacérnosla recibir como un axioma.

Debemos igualmente conceder que la idea de ley envuelve en sí la idea de sancion. Decir ley es lo mismo que decir mandamiento y amenaza, en cuyo término hay prescripcion ó castigo. Una ley que pudiésemos seguir ó desechar á nuestro antojo, dejaria de ser ley. Por esto todas las definiciones de la ley revelan la idea de la necesidad ó de la fuerza. La ley, dice Ciceron, es lo que tiene derecho de *mandar* ó *prohibir;* las leyes, dice Montesquieu, son las relaciones *necesarias* que se derivan de la naturaleza de las cosas.

Por consiguiente, si la *necesidad* es el carácter de la ley, y la ley el carácter de la existencia de todo sér, de tal manera, que no podemos concebir un sér sin su ley, y su ley sin necesidad, preciso es deducir de aquí, que todo sér lleva en sí su necesidad de ser, fuera de la cual perece ó hace perecer: en una palabra, todo sér lleva en sí su *intolerancia.*

Examinad todas las leyes imaginables, físicas ó morales, naturales ó positivas, civiles ó religiosas, y ved si fuera de estas leyes podréis disfrutar de lo que ellas contienen, y si esto no se desvanece para vosotros ó vosotros para ello al momento en que violais esas leyes. Edificad una casa sin querer seguir las leyes de la gravedad, y la casa se desplomará; haced un acto contrario á la ley natural, y perderéis el reposo de la conciencia y el sentimiento inestimable de vuestra dignidad; infringid una ley positiva, y perderéis vuestros derechos; olvidad siquiera una formalidad, y vuestros actos serán declarados nulos. Por todas partes y siempre, en vuestro interior y al rededor de vosotros, en la sociedad como en la naturaleza, encontraréis la *intolerancia:* pero precisamente esta intolerancia constituye el órden, el equilibrio y la armonía del universo; porque si cada sér no se hallase protegido contra los demás, ó contra sí mismo por la necesidad de sus leyes, habria desde luego en el mundo una confusion universal.

Pero esta sancion constitutiva de cada cosa, que llamamos intolerancia, está en relacion con su naturaleza y su fin, y debe consistir evidentemente en la privacion de la ventaja que esta cosa está destinada á producir, cuando nos conformamos con sus leyes. Por ejemplo, ¿qué ventajas debe producir la ley de la gravedad? La solidez y el equilibrio de los cuerpos dispuestos conforme á esta ley. ¿Y qué le sucederá al que se separe de ella? Carecerá de solidez y de equilibrio; lo mismo

hablando de las leyes de la conciencia, de la sociedad, etc.

De aquí podemos pasar á una aplicacion mas inmediata á nuestro asunto.

¿Cuál es la naturaleza y el fin de la *Religion*? Es *librar* al hombre de su miseria natural, renovando sus relaciones con Dios. ¿Cuál será la suerte de aquel que se aparte de la Religion? Vivir en el sitio en que él mismo se habrá colocado: separado de Dios, *separado de la salvacion.*

De manera, que insensiblemente hemos llegado á justificar en principio la máxima de que *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, por medio de una ecuacion de sentido comun, que se resume en el siguiente dilema:

Ó hay una religion verdadera, es decir, un medio de reanudar las relaciones del hombre con Dios, ó no la hay. Si no la hay, ya está dicho todo, y la discusion de su intolerancia es un contrasentido, pues seria discutir sobre la *manera de ser* de una cosa *que no existe.* Si semejante Religion existe, y por consiguiente suponemos que discutimos su manera de ser, incurrimos en absurdo si le negamos el dogma de la *salvacion exclusiva;* porque siendo esta Religion, por esencia, *el camino de la salvacion,* pretender la salvacion fuera de su seno, seria negarle la existencia que se presupone.

Por consiguiente, cuando Rousseau echa en cara á la Iglesia, en boca de su *Vicario saboyano*, este patético apóstrofe: *¡No permita Dios que jamás predique yo á los hombres el cruel dogma de la intolerancia!* se contradice y confunde á sí mismo, pues es como si dijera: ¡No permita Dios que yo predique jamás una religion que sea verdadera, pues siendo la Religion verdadera, lo repetimos, el *lazo* de union entre el hombre y Dios, no puede tolerar que se rompa esta union sin renegar de sí misma; semejante tolerancia seria, por su parte, igual á una abdicacion. Es, pues, absolutamente indispensable, ó negar la verdad de una religion, ó reconocer su intolerancia.

No nos preocupemos á pesar de esto por el rigor de esta última palabra, cuyo sentido tanto se ha pervertido. Nos reservamos para la segunda y tercera parte de este *Estudio* purgarla de todo cuanto en ella se ha mezclado de odioso é injusto. Baste decir por ahora, que no entendemos hablar de la intolerancia *civil*, sino de la intolerancia *espiritual*, y además, que solo tratamos de esta en principio, dejando para mas adelante el exámen de las leyes de su aplicacion.

La pretension de la Iglesia bajo este respecto, es la misma

pretension de Jesucristo; porque ¡cosa notable y que prueba la verdad del Cristianismo! ninguna religion habia tenido antes de él conciencia de su propia verdad. Las diferentes religiones habian podido disputarse la tierra; pero no habian pensado en disputarse el cielo, que debe ser el verdadero lugar de su imperio. Bajo este punto de vista nada tenian de exclusivas, porque nada habia en ellas de verdadero, y se toleraban con absurda complacencia. Jesucristo dijo antes que nadie: *Mi reino no es de este mundo*, y por este medio fundó la *tolerancia* civil, la libertad de conciencia ante los reyes de la tierra. Pero añadió tambien: *Yo soy el camino, la verdad y la vida;* NADIE LLEGA HASTA EL PADRE SINO POR MÍ [1], y de este modo sancionó la *intolerancia* espiritual de la verdad delante de Dios.

El piadoso y profundo autor de la *Imitacion*, comentando estas últimas palabras del Salvador, añade: «Sin camino no se «anda, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive [2].» Alejados como nos hallamos de Dios, nos es indispensable un camino para ir hácia él, y una revelacion de su verdad para conocerlo; pero el distintivo del camino y de la verdad, por espaciosos y comprensivos que se los quiera suponer, es menester determinarlos en el sentido exclusivo de todo lo que no comprenden y de todo lo que no abrazan. Desde el momento en que pudiéramos salvarnos fuera de una religion, esta religion nada tendria de determinado para la salvacion, se destruiria por su propia inutilidad; y como en el sistema de la tolerancia universal absoluta no hay religion fuera de la cual no podamos salvarnos, la consecuencia de este sistema es destruir toda religion. De manera, que en no queriendo admitir la salvacion exclusiva, quitamos á los hombres todos los medios efectivos de la salvacion, y rechazando el dogma *cruel* de la intolerancia, entregamos la tierra al imperio triste, y *cien veces mas cruel*, de la impiedad.

En cualquiera punto que nos detengamos, fuera de este último resultado, es preciso apoyarse en el dogma de la intolerancia. Si el católico dice: Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse, el protestante deberá decir: Fuera de Jesucristo no hay salvacion; y el teista á su vez tambien: Fuera de la religion natural nadie puede salvarse. Si no dicen esto no habrá teistas, cristianos, ni católicos: solo el ateo no es intolerante, porque la nada no es exclusiva, sino el vacío y la tumba del sér.

[1] *Ego sum via, et veritas, et vita; nemo venit ad Patrem, nisi per me.* (Joan. c. XIV, 6.)
[2] *Sine via non itur, sine veritate non cognoscitur, sine vita non vivitur.*

Sin embargo, solo á la Iglesia católica se hace la objecion de intolerancia, y es notable que solo se la hacen los protestantes y los deistas, que en esto forman un coro con los ateos, como si no se viesen obligados á invocar el mismo dogma, para mantenerse y distinguirse de los últimos en ciertos grados de irreligion absoluta. ¿De qué proviene semejante inconsecuencia, sino que de vacilantes en sus creencias, todos participan mas ó menos de la impiedad radical, que no tiene enemigo mas verdadero que la Iglesia católica, á la cual tributan en esto, sin advertirlo, un homenaje manifiesto?

Dejemos que un *ministro protestante* haga resaltar esta inadvertencia:

«Es muy justo reconocer ante todo, dice, que la objecion «puede hacerse á todos los cristianos, y no á los solos católi- «cos, á los cuales se hace hoy cási exclusivamente. Cuando «los católicos dicen que fuera de la Iglesia nadie puede sal- «varse, no dicen sino lo que los cristianos en general, cuan- «do sostienen que la fe en la religion cristiana es necesaria «para salvarse. ¿Por qué pretenden los católicos que nadie «puede salvarse fuera de su Iglesia, sino porque están per- «suadidos de que solo esta Iglesia es depositaria de la fe, y «de lo que ella supone, esto es, del conocimiento puro y com- «pleto de la religion cristiana?... Los cristianos protestantes «pueden, pues, decir que se equivocan los católicos compren- «diendo en la religion cristiana cosas que no tiene; pero no «podrán reprenderles de considerar, como necesario á la sal- «vacion, todo lo que les parezca que forma parte de la reli- «gion cristiana. Esto seria, lo repito, echarles en cara lo que «ellos mismos hacen. Tan fácil es probar, por la misma na- «turaleza de las cosas, que la simple creencia en Jesucristo «es necesaria para salvarse, como demostrar la misma nece- «sidad con respecto á la presencia real, la confesion y to- «dos los demás dogmas de la fe católica. La verdadera dificul- «tad consiste, respecto de la salvacion, en el mismo principio «de la necesidad de una creencia particular, que no está al «alcance de todos, y no en la mayor ó menor extension de «esta creencia. Lo mismo repugnaria á la razon creer en la «exclusion de la salvacion de cien millones de hombres, por- «que no hubiesen creido lo que de ninguna manera podian «conocer, que admitir el mismo hecho respecto de un solo «hombre.—Ya es tiempo de que cesen los cristianos de hacer «con otros cristianos lo que no quieren que se haga con «ellos, dirigiéndoles reconvenciones que solo sentarian bien

«en boca de los enemigos del Cristianismo, que las hacen in-«distintamente á todos los cristianos. Ya es tiempo de que «procuren reunirse todos para disminuir la dificultad, redo-«blando su celo, á fin de ir reduciendo el número de los que «no son cristianos, y de mostrar en su verdadero sentido y «encerrando en sus justos límites la misma máxima que mo-«tiva tantas objeciones, y á veces las reconvenciones que se «les dirigen [1].»

Este lenguaje tan razonado, tan candoroso y caritativo debe hacer penetrar la verdad en los entendimientos mas preocupados, y hasta supone en quien lo usa una disposicion á abrazarla toda entera en su unidad católica [2].

Además, el protestantismo, separando los espíritus de esta unidad, ha justificado el saludable dogma de la intolerancia católica con el laberinto de errores é impiedades en que ha arrojado á sus partidarios, y se ha hecho culpable á su vez de una intolerancia inexcusable, supuesto que tiende á la exclusion de su propia fe.

Dejemos tambien que un *protestante* proclame esta verdad:

«Es verdaderamente monstruoso suponer que pueda haber «*dos creencias verdaderas*. No puede ser; *es necesariamente in-«dispensable* que una de las dos sea *falsa*. ¿Quién seria capaz «de decir que debemos aprobar una medida que de toda nece-«sidad debe producir un número indefinido de creencias? Si «nuestra eterna salvacion está fundada sobre nuestra *creencia* «en la *verdad*, ¿será racional *obligar* á los hombres á tener «muchas creencias? y ¿no es *obligarlos* á ello *quitarles el Je-«fe de la Iglesia* [3]?»

Así la intolerancia que se echa en cara á la Iglesia católica, es por parte del protestantismo una doble contradiccion, pues se apoya á su vez sobre una doble intolerancia: intolerancia externa por la exclusion de la salvacion, que se ve obligado á fulminar contra los deistas, é intolerancia interna por la

[1] ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA MÁXIMA CRISTIANA: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, por un ministro protestante. Folleto en 8.º París, 1827.

[2] Leemos en el mismo folleto: «Hé aquí porque el Catolicismo vuelve á ganar poco «á poco en nuestros dias el terreno que perdiera en el siglo XVI. Los protestantes em-«piezan á conocer lo que se escapó y debió escaparse á sus antepasados, á saber: que «esa nueva autoridad visible que los reformadores habian sustituido á la autoridad de «la Iglesia católica, es ilusoria; que el sagrado Libro entregado á la interpretacion de «los individuos, limita á cada uno á su propia razon; que participa, por decirlo así, «de las incertidumbres y fluctuaciones de esta, y que jamás puede satisfacer á la ne-«cesidad de la fe, que es la disposicion interior que nos impele á buscar por guia, en «materia de religion, una autoridad que nos diga de una manera clara y perentoria lo «que debemos creer y obrar.»

[3] William Cobbett, *Reforma protestante*, carta III, núm. 86.

ruina de la fe á que condena á sus secuaces, quitándoles el fundamento de la autoridad; con la única diferencia, que esta última intolerancia es realmente culpable y no tiene analogía con la primera, porque ataca á la verdad con la licencia de todos los errores.

Pero ¡ oh contradiccion mas monstruosa todavía, y que es como justo castigo de la imprescriptible razon, que jamás se deja ultrajar impunemente! la misma pluma que escribió con tanta hipocresía: «No permita Dios que jamás predique yo á «los hombres el dogma *cruel* de la intolerancia,» se vió despues arrastrada á trazar estas sanguinarias palabras: «Sin «poder obligar á nadie á creer en los artículos de la fe de la «religion del país, puede el soberano desterrar de sus Estados «al que no cree en ellos..., y si alguno despues de haber reco- «nocido públicamente estos mismos dogmas *obra como si no «creyera en ellos*, SEA CASTIGADO CON LA MUERTE [1].» Palabras salvajes que reprodujeron el deicidio en la persona de tantos sacerdotes desterrados ó asesinados por haberse negado á suscribir y doblegar su conciencia á la *constitucion civil del clero*, y que justifican esta observacion de Benjamin Constant: «No «conozco ningun sistema de servidumbre que haya consagra- «do errores mas funestos que la eterna metafísica del *Contra- «to social* [2].»

Muy distinta es sin duda, como luego verémos, la intolerancia de la Iglesia católica, tan diferente de la de Rousseau, como puede serlo el corazon de una madre del de una madrastra; pero, en fin, por mas triste que sea el ejemplo, es bastante bueno para Rousseau, ya que viene de él, y basta para confirmar en principio nuestros raciocinios sobre la necesidad de una intolerancia cualquiera en materia de religion, lo mismo que en todas las demás, por el monstruoso abuso que se hace de este principio despues de haberlo negado.

Este principio de la intolerancia que va envuelto en la existencia de cada cosa, como la ley de su ley y el preservativo de su destino, debia estar revestido en la religion verdadera de un carácter *dogmáticamente* absoluto.

Debemos hacer aquí una distincion fundamental. La intolerancia de la verdad católica no es una intolerancia cualquiera y análoga á todo lo que se ha convenido llamar con este nombre. Debemos haberlo conocido ya; su carácter distintivo

[1] J.-J. Rousseau, *Contrato social*, lib. IV, cap. 8. — *Sin poder obligar á nadie á creer*, es muy gracioso cuando se llega á esta conclusion: *sea castigado con la muerte.*

[2] *Curso de política constitucional*, t. VIII, pág. 329.

es ser exclusivamente *dogmática* y *espiritual*, esto es, exclusivamente limitada á las relaciones del alma con Dios. Seria, pues, un error sacrílego el confundirla con las intolerancias terrestres y temporales, intolerancia filosófica, intolerancia civil, intolerancia social, por cuyo medio procuran los hombres usurpar unos sobre otros una dictadura que solo á Dios pertenece. Léjos de autorizar y justificar todas estas intolerancias, el Catolicismo las reprueba, las condena; y no solo las reprueba, sino que engendra su contrario; la tolerancia filosófica, civil y social, la caridad, la libertad.

Todo lo explicarémos. Al presente solo queremos poner en evidencia que la intolerancia católica, cuya justificacion hemos emprendido, es única y exclusivamente *dogmática*.

Aparte las razones generales con que hemos probado hasta aquí la necesidad de una intolerancia, esta intolerancia tan particular del Catolicismo queda justificada con las razones que nos resta exponer.

Todas las demás religiones, aun comprendiendo en ellas las sectas cristianas protestantes, se han identificado y circunscrito al poder humano y á las nacionalidades terrestres, y se han apoyado en su brazo. La tiara y la corona se han confundido para ellas en una misma cabeza; y el círculo de su símbolo ha sido trazado ó garantido por la espada de los conquistadores. No han pasado gran cuidado por lo que se refiere al otro mundo ni por las relaciones íntimas y verdaderas que pueden ligar el alma con esta mansion; su tolerancia *dogmática* no tiene igual, pues ellas declaran espontáneamente que *no pueden obligar á nadie á creer en los artículos de la fe de* LA RELIGION DEL PAÍS. ¿Puede darse nada mas tolerante? Pero atended: hé aquí que su intolerancia *civil* es infinitamente mas terrible, y mas de un Sócrates experimentó ya los efectos de esta sentencia: *Si alguno obra como si no creyese en ellos,* SEA CASTIGADO CON LA MUERTE. Sus fines y sus medios son la apariencia y no la creencia, la fuerza bruta y no el ascendiente de la verdad; de modo que á su intolerancia cuadran perfectamente aquellas palabras del poeta: *La intolerancia es hija de los dioses falsos.*

La religion católica ofrece un espectáculo inverso. Las otras religiones obran del exterior al interior, ella del interior al exterior. Enteramente libre de los intereses y circunstancias de tiempos y lugares, pertenece á todos los países y á todos los siglos. Para ella no hay mas que un reino, y este no es de este mundo. Su representante es un débil anciano, que solo

levanta las manos para bendecir, y que solo dispara rayos espirituales. No hiere; predica, y predica sobre todo con su resignacion en los sufrimientos y con su magnanimidad en el perdon. Solo exige una cosa de los dueños del mundo: la libertad; y si se la rehusan, se la toma ella misma por medio del martirio. Abandonando á los hombres la represion de las acciones, no se propone mas que la reforma de las almas, y solo obra sobre ellas con el concurso de su voluntad. En los combates que da, no corre mas sangre que la suya, no emplea mas armas que la palabra y el ejemplo, y todas sus conquistas son para el cielo. *Tiene la verdad por cintura, la justicia por coraza, por calzado la paz, por escudo la fe, por yelmo la salud, y la palabra de Dios por espada* [1]. Habitante de una region toda moral y sobrenatural, solo se propone un fin moral y sobrenatural. Á pesar de hallarse colocada en una elevacion que parece vacilante, y rodeada de un aparato fantástico en apariencia, ninguna otra religion se hace creer como ella, ni se hace seguir, ni ver afluir hácia su centro los espíritus y los corazones desde todos los puntos del espacio y del tiempo.

¿Por medio de qué lazo puede así cautivar la tierra? ¿por qué resorte la conmueve? ¿cuál puede ser el punto de apoyo para tan incalculable accion?... Uno solo, su pretension á la *Verdad*, la Verdad misma elevada á su mas alto poder de afirmacion, y por consiguiente de exclusion; pues toda afirmacion importa en sí la negacion de su contrario. La tolerancia dogmática es hija del escepticismo; no somos indulgentes con las opiniones de los demás, sino cuando desconfiamos de las nuestras propias; hay entonces cierta parte de error recíproco, porque se ignora en dónde se halla precisamente la verdad. Solo pertenece á esta y á la fe que ella inspira el fulminar anatema á la opinion contraria; y si no lo hiciese, dejaria de ser una afirmacion, es decir, abdicaria su pretension á la verdad; y por consiguiente no teniendo la Iglesia católica, como acabamos de ver, mas punto de apoyo que esta pretension, se abdicaria á sí propia.

No se trata ahora, notadlo bien, de saber si la Iglesia justifica esta pretension (aun cuando sea imposible concebir cómo hubiese podido producir en su aplicacion tantos prodigios, si no fuera mas que una ilusion, una ilusion universal de diez y ocho siglos de existencia, ¡una ilusion que no parece por ahora dispuesta á desvanecerse!!!), sino si en esta pretension

[1] Ephes. VI, 14 et seq.

se halla contenida toda la fuerza de su existencia, y por consiguiente, si no es matarla, y hacerse con ella culpable de la intolerancia que se le echa en cara, el negarle lo que necesariamente debe tener de exclusivo.

En una palabra, es menester que todo, hasta la religion, tenga un punto de apoyo, sino en la tierra, en el cielo; sino en la fuerza, en la verdad. Admitiendo la existencia de una religion, solo se debe tratar de decidir qué clase de intolerancia se le concede: ó una intolerancia civil y temporal, ó una intolerancia dogmática y moral; ó la intolerancia de la fuerza ciega, ó la intolerancia de la verdad. Esta última es el patrimonio del Catolicismo; solo por su medio se sostiene en todo el universo esta Religion, la mas vasta de todas; y léjos de deducir de aquí una objecion contra ella, debemos descubrir en esta condicion única de su existencia la señal decisiva de su divinidad.

La segunda consideracion que vamos á presentar pondrá mas de manifiesto todavía la exactitud de esta conclusion.

La religion católica que, como hemos visto, saca toda su fuerza de la conciencia y persuasion de su verdad, es entre todas las religiones la que pone á la naturaleza humana mas y mas pesadas cadenas. Ella sola, ó á lo menos en mas alto grado que cualquiera otra institucion moral y religiosa, impone al alma preceptos estrechos, austeros y numerosos, y contraria todas sus inclinaciones para reformarlas. Naturalmente hablando, todo le es hostil: el espíritu, el corazon y los sentidos, porque ella misma se presenta como hostil al espíritu con sus misterios, al corazon con sus preceptos, y á los sentidos con sus prácticas.

¿Quién puede contrabalancear todas estas desventajas y motivar todos estos rigores, sino la necesidad, la absoluta necesidad?

Figuraos un médico que se presenta á un enfermo, engañado hasta entonces por los charlatanes, y le dice: Vengo á proponeros un remedio nuevo, pero terrible; es preciso que os decidais á sufrir la amputacion.—¡La amputacion!!! ¿No hay mas medio de salvacion que este?... Esta es inevitablemente la primera pregunta que hará el enfermo, y de la respuesta del médico va á depender su resignacion ó su obstinada resistencia. — Si el médico le contesta: Sí, hay otros medios; todos son buenos, cualesquiera que sean, y vos podeis decidiros por el que mas os acomode, ó si quereis hasta podeis no adoptar ninguno.—Á semejante contestacion probablemente ex-

clamará el enfermo: Pues entonces vos os burlais de mí; quereis atormentarme por gusto y sin necesidad; sois absurdo, loco, ó extremadamente cruel; sí, estoy convencido de que soy un hombre abandonado, pues que todos los remedios me son buenos, que es decir que ninguno es bueno; dejadme, pues; no aumenteis mi desgracia con suplicios inútiles; dejad que pueda distraerme de mi triste suerte, abandonándome á todos los caprichos que se me antojen.

Este es el inevitable resultado de la supresion de la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.* El Cristianismo dice al hombre: Si tu ojo te escandaliza, arráncalo; si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalos. Le presenta un suplicio, y sobre este suplicio un hombre despedazado y ensangrentado, y le dice: Este es tu modelo; es necesario que lo imites y que te sometas tambien á esta cruz. Por otro lado, si la Religion dijese: Lo que te propongo es el bien, pero no es necesario, y puedes pensar sobre ello lo que quieras; lo mismo puede el hombre salvarse viviendo como un turco ó como un pagano, que viviendo y muriendo como Jesucristo; el camino ancho y florido de los placeres conduce á la salvacion, de la misma manera que el de la mortificacion y de la penitencia; si la religion cristiana, repetimos, usase de semejante lenguaje, tuviese esta tolerancia, seria el colmo del absurdo, y no mereceria tener ni un solo discípulo, pues se convertiria en una monstruosa superfetacion, que la naturaleza y el buen sentido rechazarian á porfía para seguir ó adoptar las fantasías del entendimiento y del corazon. Ó la verdad católica es *necesaria*, en toda la fuerza de la palabra, ó es absurda [1].

De aquí se sigue que la tolerancia *dogmática* de Rousseau tiende ó al absurdo ó al aniquilamiento de la Religion, y en ambos casos á la mas cruel intolerancia; porque ó quiere tolerar la Religion, y entonces, quitándole el dogma de la salvacion exclusiva, la convierte en un conjunto de rigores no justificados por la necesidad, arbitrarios, gratuitos é intolerables; ó quiere destruirla (esto es efectivamente lo mas explícito de su sistema), y en este caso, como él mismo dijo hablando de otros filósofos, «priva á los afligidos del último consuelo «en sus miserias; quita á los ricos y poderosos el freno de sus «pasiones; arranca del fondo de los corazones los remordi- «mientos del crímen, y la esperanza de la virtud, y se enva- «nece todavía de ser el bienhechor del género humano.»

[1] Por esto dice perfectamente ella misma: *Porro unum est necessarium!*

Absurdo ó crueldad; hé aquí, pues, el fondo de la tolerancia sentimental del escéptico.

Razon y caridad; hé aquí, al contrario, el fondo de la intolerancia dogmática de la Iglesia.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida, decia Jesucristo; el «que quiera salvarse debe llevar su cruz y seguirme,» y él mismo justificaba la necesidad de este remedio aplicándoselo libremente y muriendo para ejemplo y persuasion universal del linaje humano. Despues de esto se le quiere vituperar porque diga: Nadie puede salvarse separado de la virtud de mi sacrificio, separado de mi Iglesia, que es la depositaria y dispensadora de esta virtud. Se llama intolerante al amigo que sufre, al amigo que muere voluntariamente para convencer á su amigo de la necesidad de sufrir. Está bien que un simple mortal, indulgente para consigo mismo, como Rousseau, diga de su cuenta y riesgo: «No permita Dios que jamás predique «yo el dogma cruel de la intolerancia;» pero Jesucristo, la inocencia y la felicidad misma (el incrédulo debe raciocinar bajo este supuesto), haciéndose hombre de oprobio y de dolor para salvar al mundo, debe tener derecho para decir: Fuera de mí, fuera de mi Iglesia no hay salvacion; y esta máxima en su boca debe ser verdad, debe ser caridad.

Debe ser verdad; y sino ¿por qué hubiera sido él el primero en sujetarse á ella, si no hubiese sido de una necesidad absoluta? ¿Por qué hubiera venido, padecido y muerto, si hubiésemos podido salvarnos sin él y sin los auxilios de su sacrificio? ¡Entonces sí que su cruz hubiera sido una verdadera locura!!!

Debe ser caridad; porque si su Religion no hiciera sentir por todas partes y sonar como un gran trueno esta saludable advertencia, ¡cuántas almas permanecerian separadas de su seno, y por consiguiente fuera de la verdad y de sus socorros! Su tolerancia seria mortal, y su rigor es saludable. Es una madre que rompe en amenazas para obligar á su hijo á tomar un brebaje repugnante del cual depende su salud, y que además lo toma y lo traga ella misma para dárselo luego mezclado con su leche. Es el bello ideal de la caridad.

Atacando al Catolicismo en su máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse,* se ataca directamente á su fundador y fundamento Jesucristo, y se le ataca en la obra maestra de su *tolerancia* y de su amor, en su cruz; porque sobre esta cruz escribió él mismo esta máxima con su sangre. Faltábale otra herida mas cruel, mas deicida, que las que le causaron los ju-

díos, cual es la de oir que estas eran innecesarias é inútiles, y que la doctrina que ellas enseñan es intolerante.

En vano procuraríamos entrar en un órden ménos teológico: la verdad y el error nunca se tolerarán mútuamente. Seria absurdo pretenderlo, pues seria obrar contra su naturaleza, que es excluirse recíprocamente. Hasta seria criminal el intentarlo, porque si se lograse, desde el mismo instante no habria en los espíritus ni verdad ni error, ni vicio ni virtud, ni bien ni mal, sino un inmenso escepticismo, peor mil veces que el mas funesto error caracterizado, que daria motivo á todos los errores.

Pero ¿no es este el triste estado que nos legó el último siglo, y el fruto amargo de esa tolerancia *dogmática* de la filosofía de Rousseau, que, gracias á Dios, empieza á caer ya en desuso? Sin remontarnos á una época dolorosa, ¿cuántas tentativas subversivas no hemos presenciado en estos últimos tiempos? ¿Qué principio hay que no haya sido atacado, y qué paradoja que no haya tenido su dia de triunfo? ¿Hasta dónde no ha llegado la audacia de nuestros modernos reformadores? ¿No ha sido el crímen mismo, en presencia del cielo y de la tierra, colocado sobre el teatro comun de la opinion, que ha visto sucederse tantos personajes? De aquí resultó un sacudimiento y una disyuncion general de todas las partes de la sociedad: perdieron la conviccion las almas, la calma los espíritus, y los lazos los corazones: y les sucedió una desconfianza recíproca, un cambio continuo de recriminaciones en parte verdaderas y en parte falsas, no consistiendo hasta cierto punto el mérito del uno mas que en el demérito del otro, y siendo la conservacion general de las cosas, menos el resultado de una direccion arreglada que de un concurso favorable de sucesos contrarios, que se neutralizaban y que mas revelaban la accion de la Providencia que la de la humanidad.

Afortunadamente en medio de este combate de todos los elementos sociales se oyó siempre una gran voz que pronunciaba palabras de afirmacion, y hubo una verdad que se mantuvo intacta prefiriendo arrostrar toda la furia de las pasiones desencadenadas contra ella, que ceder en nada ni dejarse siquiera poner en tela de juicio. Verdad madre, y sustancia de todas las verdades, puesto que abraza todas nuestras relaciones con la perfeccion soberana, con los demás hombres y con nosotros mismos, y que se propone nuestra salud eterna y temporal; verdad católica que defendiéndose á sí misma, ha defendido inmediatamente la sociedad entera hasta en los miem-

bros que le eran mas hostiles, y ha salvado á sus ciegos enemigos. Nunca mereció mejor la Iglesia ser saludada con aquel bello nombre que le daba san Pablo de *columna y basa de la verdad*, y en consecuencia columna y basa del órden social.

Pero lo que no se ha observado bien todavía es que esta intolerancia dogmática de la verdad católica es altamente favorable á la libertad.

La historia del Catolicismo es de hecho la historia de la libertad. Tendrémos ocasion de probarlo en la parte de las *pruebas históricas*, limitándonos por ahora á demostrar esta verdad teóricamente ó en *principio*.

Para llegar á esta demostracion, que debe dar fin al presente párrafo, bastará un argumento muy sencillo.

La libertad, y para fijar desde luego esta palabra por medio de una aplicacion, la libertad *civil*, consiste en poder hacer todo lo que un ciudadano tiene derecho á hacer; esta es sin duda su definicion usual: es la igualdad ante la ley civil, superior á todos los ciudadanos, sometiéndolos todos indistintamente á las mismas obligaciones, y garantizándoles iguales derechos. Es evidente que de la inflexibilidad é intolerancia de esta ley resulta para cada ciudadano la libertad.

Pasemos mas adelante. Lo que acabamos de decir de la libertad civil podemos decirlo tambien de la libertad natural, que es la verdadera libertad, de la cual la primera no es mas que la aplicacion, la imitacion limitada. Esta libertad natural debe, pues, consistir en poder el hombre hacer todo lo que tiene derecho á hacer: es la igualdad de todos los hombres ante una ley universal, que por lo mismo es superior á ellos, y los somete, como habitantes de una sola ciudad, á los mismos deberes, y les asegura los mismos derechos. Por consiguiente, tambien la libertad natural deberá resultar de la inmutabilidad é intolerancia de esta ley.

En una palabra, toda libertad supone la igualdad, y toda igualdad supone una ley superior á todos que los somete á su nivel. En el fondo de toda libertad se encuentra la intolerancia de una ley que la conserva y la protege: en el órden civil debe ser esta ley la positiva, y en el órden natural la ley natural.

Esta última ley es la de la razon y de la verdad, ley sobrehumana, ley divina, Dios mismo hecho ley.

Pero en nuestro estado de debilidad natural se halla esta ley sin influencia ni accion sobre nuestras conciencias; y la

propiedad de la religion verdadera es precisamente ponerla á nuestro alcance, hacerla salir de la abstraccion, y manifestarla y conservarla sobre nuestras cabezas, armándola con los saludables terrores del porvenir.

Los antiguos, que estaban privados de la religion verdadera, no tenian mas que una débil y flotante idea de esta ley; hé aquí la razon por que entre ellos la libertad y la igualdad naturales eran cási desconocidas. Sus leyes positivas, que hubieran debido estar formadas conforme á esta gran ley, no eran por lo comun mas que su infraccion. Ya sabemos que las mas célebres repúblicas de la antigüedad descansaban sobre un régimen *de excepcion* respecto del derecho natural, en el cual el derecho estricto acallaba la naturaleza y la equidad. Todo en ellas era ficcion: hasta cierto punto no podian vivir en la atmósfera de la equidad natural: de manera que cuando esta empezaba á penetrar en su constitucion, era la señal cierta de su decadencia [1]. Pero como su legislacion era ficticia, lo era tambien su libertad: era una libertad manca y que solo podia sostenerse sobre la esclavitud de las dos terceras partes del género humano; era la libertad de hacer esclavos.

¿Qué se necesitaba para arrancar al mundo de este estado? Era indispensable conducirle todo entero á esa ley católica ó universal, á esa ley *intolerante* que tan bien definia Ciceron cuando decia:

«Hay una ley verdadera, absoluta, universal, invariable y «eterna, cuya voz enseña el bien que prescribe, y aparta del «mal que prohibe. *No se la puede invalidar* por otra ley, ni «*quitarle* nada, ni abrogarla; ni el senado ni el pueblo *pueden* «*dispensar su cumplimiento*. No será distinta en Roma de Ate«nas, ni hoy de mañana; sino siempre única, perpétua, in«mutable, imperará en todas las naciones por todos los si«glos; *será como un solo Doctor universal y un mismo Dios que* «*reinará igualmente sobre todos* [2].»

Esta es la ley verdaderamente católica, entrevista ó presentida por Ciceron (es notable que no habla de su reinado sino en tiempo futuro), que Jesucristo vino á traer y fijar para siempre en la tierra, haciéndola primeramente visible en su persona y luego en su Iglesia, en cuyo seno se halla provista de todos los socorros espirituales necesarios para conservarse y hacerse practicar.

[1] Se ve esto palpablemente en la preciosa obra de Mr. Troplong: *De la influencia del Cristianismo en el derecho romano.*

[2] Cicero, *De republica*, lib. III.

Aquel *Doctor universal* vino ya á cumplir al pié de la letra los votos de Ciceron, que eran la esperanza del linaje humano, y profirió las siguientes palabras, cuya aplicacion se hizo luego universal: «No querais ser llamados maestros, porque «*uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos.* Y á «nadie llameis vuestro padre sobre la tierra, porque *uno solo «es vuestro Padre, que está en los cielos.* Ni os hagais llamar «maestros ó doctores, porque no hay mas que *un Maestro* y «*un Doctor,* QUE ES EL CRISTO [1].»

De esta autoridad única, exclusiva y universal, autoridad de la razon y de la verdad, hechas visibles en Jesucristo y su Iglesia, han surgido en el mundo los grandes dogmas de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad humanas. Sobre esta autoridad está basada *la república*, la única república verdadera, la gran *república cristiana.* Haciendo á todos los hombres súbditos iguales de una misma ley moral, y no *tolerando*, dogmáticamente hablando, mas poder que el suyo, ó subordinando á sí todos los demás, poniendo freno á todas las tiranías, á la de nuestros propios vicios, y á la de las pasiones de los otros, su divina intolerancia nos emancipó interior y exteriormente, y de esclavos de los hombres, nos hizo hijos de Dios, segun aquella promesa del Libertador: «Si «guardais mis palabras, conoceréis la verdad, y la verdad os «hará libres [2].»

El triunfo del Cristianismo es haber dado de este modo al mundo la libertad moral, que es el alma de todas las demás libertades, igualándonos á todos bajo una sola ley verdadera, que es la ley *natural* perfeccionada, y á la cual llamamos *evangélica*, á causa de su nueva y divina promulgacion; el triunfo del Cristianismo es haber hecho á esta ley, que hasta su tiempo se hallaba perdida entre las abstracciones de la naturaleza, cada vez mas positiva y mas práctica en los diferentes estados de la sociedad; y de poder decir al mundo libertado lo que Jehovah decia en otro tiempo á su pueblo: *Yo soy el Señor tu Dios, que te ha sacado de la casa de la esclavitud* [3].

El triunfo del Cristianismo es sobre todo haber conservado el depósito de esta ley y haberla opuesto á todas las pasiones, á todos los errores y á todas las tiranías, y haberla ido infiltrando insensiblemente en las costumbres, las instituciones

[1] Matth. XXIII, 8, 9, 10.
[2] Joan VIII, 31, 32.
[3] Exod. XX, 2.

y las leyes humanas, hasta el punto de que el derecho natural, que era en otro tiempo borrado por el derecho estricto, ha venido á ser el mismo derecho estricto, y que ya no hay ninguna ley positiva que podamos en cierto modo distinguir de la ley natural.

En fin, el consuelo y la esperanza de nuestros tiempos es ver despuntar la aurora de esta completa transformacion. Por haberla querido precipitar demasiado, la habíamos retardado mucho. Por haber querido prescindir de su principio, nos vimos precipitados desde la cumbre de la civilizacion al estado de la mas ignominiosa barbarie. Puestos ya en pié, despues de esta gran caida, pero magullados y heridos todavía, no podrémos acabar de rehacernos sino volviendo á colocarnos bajo el amparo de esa emancipadora ley de la verdad católica, que nos sujeta para libertarnos; que, suprimiendo los errores y pasiones, suprime tambien las causas y los pretextos de la tiranía, y cuya divina intolerancia se convierte así en el principio generador de toda sabia libertad, de toda legítima reforma, y de toda verdadera tolerancia; de la misma manera que el sólido cimiento de un edificio ahorra los apoyos y columnas, y permite formar sus bóvedas majestuosas y esbeltas.

§ II.

Tolerancia de la Iglesia.

La táctica de los enemigos de la Iglesia en sus ataques contra el dogma fundamental de la *salvacion exclusiva* rebosa perfidia y contradiccion, y merece ser condenada por toda filosofía verdadera.

Empezaron por aplicar la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse* á casos á los cuales no puede aplicarse; la falsearon indignamente, y habiendo llegado por este medio á presentar la intolerancia de la Iglesia con un carácter injusto y odioso, proclamaron sin distincion la *intolerancia*. Emponzoñaron esta palabra, y la hicieron tan infamatoria, que se hizo inservible aun para los casos mas legítimos, y en los cuales seria un absurdo no emplearla. Con esta triste ventaja, llegaron hasta el punto de que en cierto modo no pudiese la Iglesia respirar sin *intolerancia*, y llevando las cosas al extremo de echarle en cara y atribuirle toda la odiosidad de semejantes palabras, para castigarla del crímen imaginario de

condenar á los *salvajes*, se hicieron ellos mismos salvajes á su vez, desterrándola de sus templos y sacrificándola sobre sus altares... Toda confusion empieza regularmente por la de las palabras, de modo que el que hiciese la historia de estas, trazaria al mismo tiempo la historia de todas nuestras desgracias.

La máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, ¿significa, por ventura, que todos los que geográfica y corporalmente están ó han estado fuera de la Iglesia católica, visiblemente representada por el Papado; todos los que han ignorado *invenciblemente* la historia de la vida y muerte de Jesucristo y su doctrina, los antiguos paganos, las tribus salvajes, los idólatras de la India, los mahometanos, los cismáticos y los protestantes de buena fe; en una palabra, todos los que por *un hecho involuntario* mueren fuera de la Iglesia católica en su organizacion visible, son *por esto solo* condenados y arrojados al infierno?

Tal es la doctrina que imputa Rousseau á la Iglesia católica, doctrina que despues de él todos repiten como un punto católico incontestable, y que la ignorancia y las pasiones admiten, creyéndose con ella dispensados de estudiar la Religion, y que pueden juzgarla, como si dijéramos *por el rótulo*.

Semejante doctrina es el *colmo del absurdo*, dicen todos los dias las almas rectas. Convenimos con ellas; pero por esto mismo repetimos que es el colmo de la injusticia ó de la prevencion haberla gratuitamente atribuido á la Iglesia católica.

Antes de examinar su doctrina literal bajo este punto de vista, todo nos inclina á creer que su rigor no es tan grande; pero debemos, á pesar de esto, empezar por concederlo, violentando hasta cierto punto las nociones generales que tenemos de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia.

En efecto, Dios se nos representa en el Cristianismo bajo la figura de un *Padre* que envia su lluvia y hace salir su sol sobre todos los pueblos, y que se revela á todas las inteligencias por la razon, y á todos los corazones por la conciencia. «De uno solo hizo todo el linaje humano, dice el Apóstol, pa«ra que habitase en toda la haz de la tierra, señalando el ór«den de los tiempos y los términos de su habitacion, para «que buscase á Dios, si por ventura lo pudiese tocar ó hallar, «aunque no está léjos de cada uno de nosotros; porque en él «vivimos, nos movemos y somos [1].»

Nada es mas opuesto á la doctrina de la salvacion exclusiva,

[1] Discurso de san Pablo al Areópago. (*Act.* XVII, 26, etc.).

como la entiende Rousseau, que esta idea ámplia y sublime que nos da el Cristianismo de la Divinidad.

No es menos imposible conciliar esta doctrina con la idea que tenemos de Jesucristo, muerto por *todo el género humano;* venido á la tierra mas particularmente por los pecadores; esperando y pagando á los operarios llegados á última hora el mismo jornal que á los que sufrieron todo el peso del dia y del calor; reuniendo por todas partes, en las plazas públicas y en las encrucijadas, á los mas miserables para hacerlos entrar y tomar asiento en la sala de su festin, y dejando las noventa y nueve ovejas de su rebaño para ir en persona detrás de la que se habia extraviado; de Jesucristo, verdadero Salvador del mundo, que no hacia distincion entre el judío y el samaritano sino para interesarse en cierta manera á favor del segundo con preferencia al primero, y colocando en el reino de los cielos á los publicanos y á las prostitutas en lugar mas distinguido que á los escribas y fariseos; de Jesucristo, en una palabra, que es la paternidad, la caridad, el amor y la misericordia de Dios, hechas visibles y manifiestas en un prodigio de beneficencia mas grande que el de la creacion. Lo confesamos, pues: nos es tan difícil imputar esta horrible proscripcion á Jesucristo como á Dios; es aun mas difícil; porque Dios, tomado en abstracto, está oculto en la naturaleza bajo una tenebrosa y terrible oscuridad que puede dar lugar á todos los temores; siendo así que Jesucristo ha venido á nosotros como la paz y el amor mismo, como la gracia y la abnegacion mas ilimitada.

Finalmente, al espíritu de la Iglesia repugna tanto esta doctrina como al mismo carácter de Jesucristo; la Iglesia, que sigue y reproduce tan fielmente á Jesucristo en la abnegacion y martirio de tantos apóstoles de caridad, de tantas santas mujeres cuyas virginales manos curan las llagas de todos los hombres sin distincion, y realizan en todos tiempos y lugares la tierna parábola del Samaritano; la Iglesia, que ha inspirado á los Vicentes de Paul, los Fenelon, los Javier, los Las Casas, los Borromeos, los Belzunces, los Cheverus y tantos otros héroes de la humanidad, cuyo número los confunde y oculta, y que aun en la actualidad derraman su sangre en las mas lejanas playas para conquistar tantas razas embrutecidas y darles la dignidad de hombres y de cristianos; la Iglesia, en fin, cuyo supremo jefe extiende todos los dias desde lo alto del Vaticano su mano paternal, para bendecir á la vez á la ciudad y *al mundo... Urbi et* ORBI.

Antes de examinar de cerca la doctrina católica, nos atrevemos á decirlo desde luego, nuestro católico corazon nos dice de la misma manera que nuestro corazon cristiano y nuestro corazon de hombre, que la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse,* aplicada indistintamente á los que están en una ignorancia invencible de la verdad evangélica y á los que están en su foco, es un ultraje á la razon y á la fe.

Hay mas: podemos reproducir aquí una consideracion importante, que en otra parte hemos indicado ya; es decir, que solo por las ideas de humanidad y caridad que introdujo el Cristianismo en nuestras costumbres, nos choca todo cuanto hay de injusto y odioso en esta interpretacion; de manera que léjos de estar autorizada por el espíritu de la doctrina cristiana, no nos parece odiosa sino porque es anticristiana.

¿De dónde sacó, pues, Rousseau, que fue el primero en imputar esta doctrina á la Iglesia, que efectivamente le pertenecia? Importaba mucho asegurarse bien de ello, pues el espíritu general de la Iglesia la condena, y era mas natural suponerle una doctrina enteramente contraria. Eran necesarias pruebas muy irrecusables y muy textuales para atribuírsela. ¿Quién le dijo, pues, que tal era la doctrina católica? ¿En qué se fundó? ¿Acaso en su símbolo, en sus concilios, en sus Padres, sus Papas, sus Doctores, sus oráculos mas puros y acreditados?... ¿Lo ha leido quizás en los santos Evangelios, en san Pablo, san Agustin, santo Tomás, en alguna decision canónica, en alguna bula pontificia?... ¿Han escrito Bourdaloue, Bossuet ó Pascal, estos tres grandes genios de los cuales se halla compendiada la enseñanza católica en toda su severidad, una sola palabra que se lo pudiese hacer sospechar?... Aun concediendo todo lo mas posible á la ligereza y á la prevencion, ¿ha podido la máxima *Fuera de la Iglesia no hay salvacion*, dejarle creer ni consentir naturalmente una interpretacion semejante?... Dentro de poco demostrarémos que no. — ¿De dónde sacó, pues, Rousseau, repetimos, tan grave imputacion para atreverse á echarla en cara á la Iglesia católica, en un tiempo en que tan poco generoso era calumniarla, en que se acogia todo, y todo se admitia á ciegas, con tal que fuese contra ella, y en que por consiguiente la delicadeza de un hombre de bien y veraz, de un verdadero filósofo, debia ponerse en guardia contra la prevencion general? ¡Ah, cuán grande fue la ceguera de las preocupaciones de ese hombre entregado á la idolatría de sí mismo! No solamente no le autorizaba á hablar así el lenguaje ni la doctrina de la Iglesia,

sino que le enseñaban lo contrario el formal mentís que le habia dado la facultad de teología de París, y toda la doctrina anterior del Catolicismo, desde Bourdaloue hasta san Pablo... Cuando vemos tanto talento hecho servir contra la verdad, y el sagrado don de la elocuencia y del genio empleado en disfamarla y hacerle traicion, se apodera de nosotros una especie de santo furor... nos parece estar viendo la espada de san Luis ó de Carlomagno en manos de un espadachin ó de un asesino.

Digámoslo claramente y sin reticencias.

¿Niega la Iglesia la salvacion á los cismáticos, á los herejes, á los paganos, y aun á los idólatras, que hallándose en una ignorancia invencible de la ley evangélica, han practicado todo el bien que conocieron, y mueren en estado de justicia natural? — NO.

¿Hubo alguna vez sobre esta cuestion duda ó contrariedad entre sus teólogos? — NO.

Siendo así, cuando Rousseau dice que «obligados por estas «razones, *los unos prefieren hacer á Dios injusto, porque casti-«ga en los inocentes el pecado de sus padres, antes que renunciar «á su bárbaro dogma;* y que los otros se hacen la ilusion de que «envia un Ángel, etc...» adultera impudentemente la doctrina católica.

En el caso supuesto los teólogos católicos se pronuncian *unánimemente* en favor de la salvacion de los herejes y de los infieles.

Solo difieren en los *medios* que Dios emplea para salvarlos, lo cual pertenece efectivamente al dominio de las opiniones y de la controversia; y no se presta tanto á la mofa, como han creido algunos; — pero sobre el punto decisivo y canónico de saber si SE SALVAN, concuerdan todos, lo repetimos, y se declaran por *la afirmativa.*

Procurarémos probarlo.

Desde luego y antes de todo comentario, podemos decir que la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse,* aislada y naturalmente entendida, conduce á esta tolerancia.

En efecto: Esta máxima pronuncia una pena: es una ley penal. La aplicacion de toda ley penal presupone una *culpabilidad*, y la culpabilidad á su vez importa dos cosas: EL HECHO y LA INTENCION. Esto es un axioma elemental de sentido comun, admitido siempre por todos los hombres.

Viajando en compañía de algunos amigos, nos asaltan unos malhechores, y se traba un combate; en medio de la oscuri-

dad uno de mis amigos cae al golpe que yo dirigia contra uno de los agresores, y otro de mis amigos muere herido por el mismo agresor. Interviene la justicia, y prende á este último y á mí por haber dado muerto cada uno á un hombre. Explícanse despues las cosas, y se hace evidente mi equivocacion; pero yo he matado á un hombre y la ley castiga al homicida. ¿Se aplicará esta ley igualmente á mí y al asesino?... ¡Qué absurdo!... Pues bien, no lo es menos el aplicar á ciegas la sentencia *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.* Como en toda ley penal hay en esta sentencia una palabra que se suple, la palabra *voluntariamente*, pues las leyes se han establecido para los hombres, y el hombre no es cuerpo solamente, sino *voluntad:* no es máquina, sino *intencion.* Esto, que por sí mismo es tan evidente, lo es aun mas en el órden religioso que en el civil, porque siendo la Religion toda espiritual, tiene principalmente en cuenta las intenciones y las voluntades [1].

Hay una máxima de derecho civil en la cual descuella el mismo pensamiento, que es la moralidad del derecho en general. Es la que suspende las prescripciones en favor de los que por ignorancia ó debilidad no hayan podido precaverse contra ellas. La prescripcion está reconocida como principio, pero la justicia natural ha introducido esta extension. Hé aquí (sin violentar la analogía) lo que significa la sentencia de que estamos hablando; es una *exclusion* que no debe comprender á los que no pudieron precaverse contra ella [2].

La impiedad empezó, pues, por prescindir de la razon para dar á la máxima fundamental de la Iglesia una interpretacion falsa y judáica, que era *incompatible* con la misma razon. Añadirémos mas aun, y es que la doctrina del Catolicismo enseña todo lo contrario.

Leemos en los santos Evangelios estas palabras del Salvador: —«¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsaida! (ciudades «evangelizadas) que si en Tiro y en Sidon (ciudades dormidas «en las tinieblas del paganismo) se hubieran hecho las mara-

[1] «No hay crímen sin voluntad, dice Mr. de Frayssinous, y no somos nunca culpa«bles delante de Dios, mientras es inocente nuestro corazon... Es menester decirlo, es «necesario proclamar altamente que en el tribunal de Dios no será responsable el hom«bre por respecto á sus opiniones, sino por su mala fe; y por respecto á su conducta «sino de las transgresiones voluntarias de sus deberes.» *(Máximas de la Iglesia católica sobre la salvacion de los hombres.*

[2] «La revelacion cristiana es una ley positiva, y entra en la naturaleza de la ley el «no ser obligatoria sino cuando es publicada y conocida. Si, pues, el infiel se halla con«denado en el tribunal del Juez soberano, no será sino por haber violado lo que podia y «debia conocer de esta ley interior, que se manifiesta por medio de la conciencia.» *(Ibid.)*

«villas que han sido hechas en vosotras, ya mucho há que hu-«bieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza... Por tanto os «digo: Que habrá *menos rigor* para Tiro y Sidon, que para vos-«otras, en el dia del juicio [1].»

Este pasaje es formal, y desvanece enteramente la imputacion de Rousseau; porque de él se deduce claramente que entre su *buen* viejo pagano y un católico impenitente, el peor tratado será el católico, y no el pagano. Es decir, que lo que Dios mira propicio, ya se haga en la Iglesia ó fuera de ella, y lo que valdrá en el dia del juicio en favor ó en contra de la salvacion, no es la posicion geográfica ó cronológica, sino la posicion de la voluntad, relativamente al rayo de verdad que habrémos recibido en la tierra.

Estas otras palabras del Salvador, con motivo de la fe del Centurion, que era pagano, lo confirman mas todavía:—«Ver-«daderamente os digo que no he hallado fe tan grande en Is-«rael. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occiden-«te, y se asentarán con Abrahan, é Isaac, y Jacob, en el rei-«no de los cielos; mas los hijos del reino serán echados á las «tinieblas *exteriores* [2].»

En todos los santos Evangelios encontramos aquella justicia distributiva y benéfica, *que no quiere recoger sino donde ha sembrado;* que exige, como en la parábola de los *talentos*, conforme á lo que ha dado; y que cuando le place observa desigualdad en sus favores, como en la otra parábola de los operarios de la *viña*, porque sus favores son gratuitos, pero que no consiente jamás semejante desigualdad en sus juicios.

Si de los Evangelios pasamos á las instrucciones de los Apóstoles, vemos la misma doctrina predicada muy explícitamente por el mas eminente de todos ellos, el gran san Pablo. Oigámosle:

«Dios retribuirá á cada uno segun sus obras: esto es, con la «vida eterna á los que perseverando *en hacer obras buenas*, bus-«can gloria y honra é inmortalidad; mas con ira é indigna-«cion á los que son *de contienda*, y que *no se rinden á la ver-«dad*, sino que *obedecen á la iniusticia.*—Tribulacion y angus-«tia será sobre *toda alma de hombre* que obra mal;—mas, glo-«ria y honra á *todo obrador* del bien, al judío primeramen-«te (es decir, al pueblo que está en la Iglesia) y al gentil;— «*porque no hay excepcion de personas para con Dios.*—*Así todos «los que sin haber recibido la ley* (revelada) *pecaron, perecerán*

[1] Matth. XI, 21.
[2] Matth. VIII, 10, 11.

«*sin ser juzgados por la ley, y cuantos en la ley pecaron, por la* «*ley serán juzgados;* porque no son justos delante de Dios LOS «QUE OYEN LA LEY; mas los HACEDORES de la ley serán justifi- «cados. — Cuando los pueblos que *no han oido hablar nunca de* «*la ley*, hacen NATURALMENTE las cosas que son segun la ley, «*son discípulos de la ley, pues ellos son la ley para sí mismos,* — «manifestando LA OBRA DE LA LEY ESCRITA EN SUS CORAZONES; «dando testimonio á ellos su propia conciencia y los pensa- «mientos interiores, que unas veces los acusan y otras los de- «fienden.»

«En el dia en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hom- «bres, segun el Evangelio que predicó Jesucristo, si tú que «llevas el sobrenombre de judío, y reposas sobre la ley, y te «glorias en Dios, deshonras á Dios violando la ley, *serás con-* «*denado*. La circuncision en verdad aprovecha (lo que dice aquí «san Pablo, hablando del judío y de la circuncision, corres- «ponde exactamente y se aplica al cristiano y al Bautismo; «pues el judío de que está hablando es el cristiano anterior á «Jesucristo y salvado por él), si guardares la ley; pero si la «quebrantares, tu circuncision se convirtió en prepucio; *mien-* «*tras que* si el *incircunciso* guardara la ley, ¿no es cierto que «*su prepucio será estimado como circuncision?* No es judío el que «aparece tal en el *exterior;* el verdadero judío es el que lo es «*interiormente*[1].»

Estas palabras de san Pablo concuerdan perfectamente con lo que poco antes habia dicho de los filósofos paganos, á quienes no condena sino oponiéndoles la ley natural. «Sabemos «por el Evangelio, que es virtud de Dios para salvar á todos «los que creen, sea judío ó gentil, que la ira de Dios se ma- «nifiesta del cielo contra toda impiedad é injusticia de los «hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia, pues- «to que lo que se puede conocer de Dios, *por el conocimiento* «*que de él nos dan sus criaturas,* les es á ellos manifiesto, y por- «que habiendo conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios, «antes se desvanecieron en sus pensamientos, y trocaron la «gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hom- «bre corruptible[2].»

Todos estos pasajes de san Pablo confunden hasta la evidencia la falsa imputacion hecha á la doctrina católica de predicar la condenacion eterna de los que no habiendo oido la predicacion evangélica, han procurado, no obstante, practicar la ver-

[1] Rom. II. — [2] Rom. I.

dad cuanto les ha sido posible. Las instrucciones apostólicas demuestran claramente todo lo contrario.

Desde los Apóstoles hasta nuestros dias, no ha habido en la Iglesia mas que UNA VOZ para repetir la misma predicacion, la misma doctrina, y rechazar abiertamente la opuesta.

«Á MENOS DE HABER PERDIDO EL JUICIO, dice san Clemente de «Alejandría, ¿quién podria nunca creer que las almas de los «justos y de los pecadores sean envueltas en una misma con- «denacion, ultrajando de este modo á la justicia de Dios?... Era «muy digno de sus consejos que los que hubiesen vivido en la «justicia, ó que despues de haberse extraviado se hubiesen ar- «repentido de sus faltas; que estos, digo, aunque en distinta «posicion, siendo incontestablemente del número de los que «pertenecen al Dios todopoderoso, fuesen salvados por los co- «nocimientos que respectivamente poseyesen... El justo no se «diferencia del justo ya sea gentil, ya haya vivido en la ley, «porque Dios es Señor no solo de los judíos, sino de todos los «hombres, á pesar de que, como Padre, está mas inmediato á «los que mas le conozcan. Si vivir bien es vivir segun la ley, «los que antes de la ley vivieron bien, deben ser tenidos por «hijos de la fe y reconocidos por justos [1].»

Igual lenguaje emplea san Agustin: «Los que no defienden «*con violenta animosidad* una opinion falsa ó perversa, dice, «principalmente si esta opinion no es efecto de su audacia y «presuncion, sino herencia de padres seducidos y arrastrados «por el error; los que buscan *de buena fe la verdad*, y están «dispuestos á corregir sus juicios, no deben de ninguna ma- «nera ser contados en el número de los herejes [2].»

Seria menester citar todas las lumbreras de la Iglesia, si quisiéramos nombrar todos los predicadores de la misma tolerancia. Al presente nos limitarémos á hacer memoria de santo Tomás, san Jerónimo, san Justino, san Ireneo, san Juan Crisóstomo y Salviano, todos los cuales son tan explícitos como san Agustin, Clemente y san Pablo. Mas adelante citarémos algunos de ellos, y al presente solo á Salviano, que es el mas reservado, y que, no obstante, puede ser contado entre los que profesan la misma doctrina. Hablando de los vándalos y godos, hace observar que estos bárbaros no sabian mas que lo que habian oido, y que toda su ley consistia en las tradiciones; y luego añade: «Por consiguiente son herejes, mas sin «saberlo: es cierto que nosotros poseemos la verdad; pero ellos

[1] Clemente de Alejandría, *Stromat.*, lib., VI, pág. 637, 638 y 639, ed. París, 1641.
[2] San Agustin, *carta XLIII á Glario.*

«creen que son ellos quien la posee. Se engañan, no hay duda, «pero de buena fe. *Hæretici ergo sunt, sed non scientes; veritas «apud nos est, sed illi apud se esse præsumunt. Errant ergo, sed « bono animo errant.* ¿Cómo serán castigados por este error el «dia del juicio? Nadie puede saberlo mas que el Juez sobe- «rano.»

¿Se dirá tal vez, que efectivamente esta era la doctrina de la primitiva Iglesia, pero que despues ha cambiado; que entonces la posicion de la Iglesia naciente reclamaba estas opiniones, porque rodeada y combatida de todos lados por el mundo pagano, no se atrevia á atraerse desde luego su odiosidad con una máxima que hubiera justificado tan enérgicamente la acusacion que se le hacia, de ser enemiga del género humano?

Expliquémonos con franqueza:

La *doctrina* de la Iglesia no ha cambiado; pero habiendo cambiado el mundo al rededor de la Iglesia, ha debido cambiar en la misma proporcion *el uso y la aplicacion* de esta doctrina. Rodeada de pueblos llenos de buena fe en sus tradiciones y hábitos, no pudiendo exigirles que de repente se rindieran á una luz que parecia nueva, la Iglesia obraba con sabiduría y justicia, no introduciendo la desesperacion en las conciencias, con una máxima que, aplicada al pié de la letra, los hubiera herido, á despecho suyo y sin razon. Por esto, á medida que se iba haciendo pública esta máxima, ella misma iba explicando sus excepciones, porque á las mismas puertas de sus templos se ofrecian de continuo los casos de estas excepciones. Pero despues, habiendo ya resplandecido la luz evangélica por todo el mundo, habiéndolo enteramente penetrado, habiéndose convertido, de excepcion que era en el universo, en regla del universo y como en su ley natural, *la parte excepcional* de la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse* cási no ha podido encontrar aplicacion entre nosotros, y la ha encontrado siempre la misma regla. La predicacion de esta máxima se ha ido haciendo cada vez mas absoluta y rígida, hasta absorver, en cierta manera, toda excepcion, porque de hecho toda excepcion ha sido absorvida en el conocimiento casi universal de la verdad. Así vemos que los que combaten esta máxima, se ven obligados á ir á buscar sus argumentos prácticos en los confines del universo civilizado, y entre los pueblos salvajes, á los cuales la Iglesia no ha llegado todavía, y á desnaturalizar de este modo la posicion de las cosas por medio de hipótesis enteramente gratuitas. Pero esto no es mas que una sorpresa hecha á la buena fe de la Iglesia. Sí, la Igle-

sia dice en la actualidad, de una manera mas absoluta que en otro tiempo, *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, porque en la actualidad, mas que en otro tiempo, aquellos á quienes lo dice son inexcusables de vivir fuera de la Iglesia. No habla con los salvajes, los infieles, ni los paganos. Vosotros sois los que haceis hablar con ellos á vuestro antojo, trocando las situaciones, falseando la verdad de las circunstancias, y tomando las palabras de un predicador ejerciendo su ministerio en el seno de una nacion encanecida en el Catolicismo, para ponerlas en boca de un misionero errante por los bosques del Nuevo Mundo; ignorando ó afectando ignorar que una verdad puede ser la misma, y sus aplicaciones variar segun los lugares y los tiempos. — Para confusion vuestra quiso el cielo que uno de los órganos mas ortodoxos, mas austeros y mas ilustrados de la Iglesia, predicando en el siglo mas católico y en la corte del país mas católico, con un lenguaje inmortal como el de la razon, Bourdaloue, recordase casualmente y sin necesidad, segun parece, la antigua tolerancia de la Iglesia, y mezclase su voz á la de los antiguos Padres, para protestar en favor de la unidad de la doctrina católica en medio de la mutabilidad de los tiempos y lugares: —«Es preciso, cristianos, «dice, y este pensamiento no es mio, sino de san Jerónimo, es «preciso fijar bien en nuestro entendimiento una verdad en la «cual, quizá, nunca hemos reflexionado bastante, esto es, que «en el juicio de Dios habrá una diferencia infinita entre el pa«gano que no haya conocido la ley cristiana, y el cristiano que, «habiéndola conocido, haya interiormente renunciado á ella, «y que Dios, segun el mismo órden de su soberana justicia, «tratará de muy distinto modo al uno que al otro. *Sabemos bien* «que un pagano, á quien nunca se le hubiese anunciado la ley «de Jesucristo, no será juzgado segun esta ley: y que Dios, á «pesar de ser tan absoluto, guardará con él la natural equi«dad *de no condenarlo* por una ley que no le habia hecho co«nocer. San Pablo enseña esta doctrina en estos precisos tér«minos: *Qui sine lege peccaverunt, sine lege peribunt.*[1]

Por consiguiente, cuando Rousseau, en su lenguaje falsamente ingénuo, hace decir á su salvaje hablando con el misionero: «Vos me anunciais un Dios nacido y muerto hace dos «mil años en el otro extremo del mundo, en no sé qué peque«ña ciudad, y me decís que todos los que no hayan creido «en este misterio serán condenados... Decís que habeis venido «á anunciármelo; pero, ¿por qué no vinísteis á enseñárselo á

[1] Bourdaloue, *Sermon sobre el juicio final*, parte I.

«mi padre, ó por qué condenais á este pobre viejo por haber-«lo siempre ignorado? ¿Ha de estar eternamente condenado á «causa de vuestra tardanza, él que era tan bueno, etc.?» Dejemos acabar su insolente período, y cuando haya llegado al término, digámosle con Bourdaloue, y con toda la Iglesia católica esta verdad de catecismo: «SABEMOS BIEN que un paga-«no á quien nunca se le hubiese anunciado la ley de Jesucris-«to, no será juzgado segun esta ley, y que Dios, á pesar de «ser tan absoluto, guardará con él la natural equidad de no «condenarlo por una ley que no le habrá hecho conocer.» Este lenguaje puede no ser seductor, pero tampoco es falso [1].

Creemos, pues, que queda suficientemente probado que, por mas inflexible que especulativamente sea la máxima de *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, en la práctica, esto es, en su aplicacion, es una cuestion de intencion y de buena fe, y que la tolerancia de la Iglesia, en este punto, se halla al nivel de la razon, la justicia y la verdad.

Esta tolerancia va, si es posible, mas léjos todavía. Despues de haber dicho que la máxima no comprende sino á los que están intencional y voluntariamente fuera de la Iglesia verdadera, si preguntais á esta Iglesia cuáles son nominalmente los que por vicio de su intencion están fuera de la Iglesia y de la salvacion, se abstendrá de contestaros. Si le pedís que os indique, en todo el universo y aun en el curso de los siglos pasados, *un solo* hombre que en su concepto esté ciertamente condenado, os dirá que le es imposible responderos. Si le presentais el sér mas degradado, mas cargado de crímenes, el mas execrado y maldito de los hombres, ella sola en el mundo no le maldecirá; ¿qué decimos? solo ella rogará por él como una madre, y rogará por él no solamente durante su vida, sino despues de su muerte, por mas impía y sacrílega que en las apariencias haya sido esta muerte. Si le preguntais la razon de esta inconcebible tolerancia, que excede á la de la humanidad y que se extiende hasta mas allá de la tumba; os contestará muy sabiamente, que solo Dios puede castigar y juzgar; que á ella le basta dar sus advertencias, dar el grito de

[1] Esta doctrina, que es tambien la de Nicole y de la facultad de teología de París, en la censura que hizo del *Emilio* de Rousseau, no ha dejado de ser desde entonces, como lo habia sido antes, la doctrina de la Iglesia universal. Véanse particularmente sobre esto las conferencias de Mr. de Frayssinous; — el análisis que trae el *Univers*, periódico de París, de una conferencia que predicó en la catedral de la misma ciudad el abate de Ravignan, el 21 de abril de 1841, en la que este sabio y piadoso predicador fija exactamente los límites de esta materia; — finalmente el Catecismo del concilio de Trento, nota de Mr. el abate Donney, ahora arzobispo de Montalban, t. I, pág. 212. Dentro de poco vamos á citar esta nota.

alarma y promulgar el *derecho;* pero que Dios se ha reservado para sí el hecho, y que tan solo á este Juez soberanamente poderoso pertenece fallar acerca de la cuestion de culpabilidad. Os dirá que, «cualesquiera que hayan sido la patria, la «religion y hasta la conducta de un hombre, cuando se halla «este en el umbral de la eternidad, pasan en su alma miste«rios divinos de justicia, sin duda, pero al mismo tiempo de «misericordia y de amor [1].» Y llegando hasta el punto de tomar la defensa de este maldito contra toda la tierra, dirigirá al mas perfecto, al mas santo, que se atreviese á condenarlo, las siguientes palabras de san Pablo: «¿Quién eres tú que juz«gas al siervo ajeno? Para su señor está en pié ó cae; mas «estará firme, porque poderoso es Dios para hacerlo estar fir«me.—*Tu quis es, qui judicas alienum servum? Domino suo «stat, aut cadit; stabit autem: potens est enim Deus statuere «illum* [2].»

Se nos dirá sin duda: —Esta teoría es magnífica, pero la conducta de la Iglesia la desmiente todos los dias; porque ¿quién no conoce las formidables excomuniones que tantas veces ha arrojado contra los infieles y los herejes, y á veces hasta contra sus propios hijos, proscribiéndolos de la humanidad? ¿No cierra aun en nuestros dias la puerta de sus templos, no niega sus ceremonias y oraciones y hasta su sepultura á los suicidas, á los duelistas, á los comediantes y á algunos que acaso hayan honrado á la humanidad con su genio y hasta con sus virtudes? ¿Quién podrá olvidar jamás aquellas palabras de Boileau: *Antes que un poco de tierra, obtenida con súplicas*, hubiese encerrado para siempre á Molière debajo la tumba?— La consecuencia que de esto quiere deducirse contra lo que antes dijimos no deja de ser una ilusion, que quedará desvanecida con poco que nos expliquemos.

Es una verdad elemental en la doctrina católica, que la *excomunion* no envuelve un *juicio de condenacion.* —El *anatema* se ha distinguido siempre de la *maldicion:* —hay entre ambas cosas la misma distancia que la que en la justicia humana separa la *prevencion* de la *condena.*—Un *excomulgado* se halla simplemente en *estado de prevencion.*

Por esto vemos que todos los rayos de la Iglesia de que tanto se habla no hieren al hombre sino en vida, y no traspasan nunca el umbral de la eternidad.

Un padre castiga siempre á su hijo parcialmente, por no te-

[1] El abate Ravignan, *Conferencia en Nuestra Señora*, del 21 de abril de 1841.
[2] Rom. XIV, 4.

ner que castigarlo del todo; castiga solo para espantar y curar. Esto es lo que hace la Iglesia: un instinto de misericordia y caridad enciende siempre sus rayos en interés del mismo á quien van dirigidos, á fin de que se reconozca y vea el abismo que tiene á sus plantas, y en interés de sus hermanos para que no los seduzca su ejemplo.

Este doble interés existe mientras vive el presunto culpable. Despues de su muerte el interés de todos los demás fieles subsiste todavía, y *basta* para motivar la excomunion que se pronuncia sobre su sepulcro. Sin embargo, esta no es mas que un simple PRESERVATIVO; la *excomunion* no tiene otro objeto que impedir la *comunicacion* del mal.

Pero, ¿por qué, añaden, se les han de rehusar las oraciones? Segun vosotros, el desgraciado puede no estar condenado, y en este caso las oraciones pueden influir sobre su suerte: negarle este socorro es perseguirlo evidentemente hasta en la presencia de Dios.

No, jamás se rehusan las oraciones al impío. Solo se le niegan las oraciones públicas [1], las oraciones del Ceremonial en su entierro; pero si el sacerdote cierra las puertas del templo al escándalo, es para encerrarse dentro y ponerse en oracion para rogar por los mismos que le maldicen por fuera, y por aquel cuyos restos hacen servir para fomentar el odio y el desprecio de la Religion, que pereceria el dia en que consintiese en convertir sus pompas fúnebres en un aparato teatral que se concediese ó se vendiese á cualquiera [2].

Todo cuanto acabamos de decir está fundado en la doctrina mas invariable y mas elemental de la Iglesia.

En uno de los mas acreditados libros de doctrina, *Cornelio Alápide*, leemos lo que sigue: «No debemos tener al incestuoso por fiel y cristiano, sino por pagano y publicano. Está excomulgado y separado de la Iglesia, para que no comunique á los fieles el contagio de su crímen. *No se pronuncia excomunion contra el pecador para que perezca, sino para que se enmiende...*, á fin de que, humillado de este modo, reconozca su estado; de donde se seguirá que él implorará la gracia de

[1] La Iglesia ora tambien *públicamente* el dia de Viérnes Santo por los herejes é infieles.

[2] «Ó creeis, dice Mr. Cormenin con su vigorosa lógica, ó no. Si no creeis, no pidais «á la Iglesia lo que no concede mas que á los que creen; si creeis, si teneis fe, someteos á los que gobiernan la fe. —¿Entrais en la Iglesia como ciudadanos? No, sino «como cristianos. ¿Os dirigís á un funcionario? No, sino á un sacerdote. Lo que pedís «¿es un acto material, auténtico, legal, etc.? No, sino una gracia, una oracion. Y «¿quién es juez, *único juez*, para saber si teneis derecho á esta gracia, á esta oracion, «mas que el sacerdote?» (Sobre un recurso de fuerza por privacion de sepultura.)

«ser admitido de nuevo; pedirá perdon á Dios y á la Iglesia, «y en fin, los fieles se dignarán orar en secreto por él, para «que vuelva á reunírseles [1].»

Todo el discurso 76 de san Juan Crisóstomo gira sobre la misma verdad; pero nos limitarémos á citar los siguientes pasajes:

«Es menester, dice este Padre, combatir y anatematizar las «doctrinas impías de los herejes; mas á los hombres debemos «perdonarlos, y *rogar por su salvacion.*» En otro pasaje dice además: «¿En qué os fundais para decir que el *anatema* en- «trega al demonio *al que de él es objeto;* que este ya no puede «salvarse, y que está excluido de toda participacion con Je- «sucristo? ¿Quién os ha dado esta autoridad y este poder? «¿Cómo os atreveis á arrogaros así la dignidad del Hijo de «Dios, que juzgará, colocando las ovejas á su derecha y los «cabrones á su izquierda?»

Esta es la doctrina de la Iglesia y el uso que hace de la máxima en cuestion.

En presencia de la verdad presentada de este modo, ¿qué son todas esas declamaciones de intolerancia contra la Iglesia, que no castiga sino espiritual y preventivamente; y que hasta en la vida y la muerte mas culpables deja ancho campo á la esperanza, y mezcla siempre oraciones á sus castigos, y lágrimas de madre á las manifestaciones de su enojo?

Los dos enemigos mas grandes quizás que ha tenido escribieron, por su propia autoridad, sobre esta misma materia lo siguiente:

El primero: «Si alguno *obra como* si no creyese en la Reli- «gion, SEA CASTIGADO CON PENA DE MUERTE.»

El segundo: «Las almas piadosas que obran el bien para «ganar el reino de los cielos, *no lo conseguirán*, no solamente «*jamás*, pero aun debemos contarlos entre los impíos: y es «mas conveniente guardarse de las buenas obras que de los «pecados. — Todo sucede segun la eterna é invariable volun- «tad de Dios, que *destruye* el libre albedrío. — Dios crea en «nosotros el mal lo mismo que el bien. La mas alta perfeccion «de la fe consiste en creer que Dios es justo, aunque nos ha- «ga *necesariamente condenables* por su voluntad, y aunque «parezca que *se complace en los tormentos de los desgraciados.* «—Si os agrada Dios coronando á los infelices, es necesario «que os agrade tambien *cuando condena á los inocentes*... Este «es el verdadero Evangelio, y una inspiracion que he recibi-

[1] Véase al baron de Stark, *Razon del Cristianismo*, t. III, pág. 130 y 131.

«do del Espíritu Santo. El Emperador, el Papa, ni todos los «diablos juntos no se atreverian á contradecirme.»

Estos dos hombres que, como dos verdugos se repartieron el empeño, el uno de matar el cuerpo, el otro de matar el alma, son Rousseau y Lutero [1] (sin duda que, para conseguirlo mas pronto, este último suprimió el purgatorio y los sufragios por los muertos), es decir, los dos grandes oráculos de los que acusan á la Iglesia católica de crueldad é intolerancia.

Á semejante acusacion la Iglesia vuelve su augusta cabeza, y por toda defensa dirige á la conciencia ilustrada del género humano estas palabras de una gran reina, víctima de un infortunio inmenso: «Apelo á todas las madres.»

III.

Conciliacion de la intolerancia de la Iglesia con su tolerancia.

«Siendo así, será falso que *Fuera de la Iglesia nadie puede «salvarse;* de suerte que esta máxima no seria mas que un es- «pantajo para que los hombres no se separen de su seno.»

Esta es la última objecion: y aun cuando nada hemos dicho que haya podido motivarla, y á pesar de que está ya contestada con lo que llevamos dicho hasta aquí; no obstante, una parte de esta contestacion tiene necesidad de que la saquemos de la oscuridad y del laconismo en que se halla contenida, á fin de que aparezca con su completo desarrollo.

Necesitamos que el lector tenga ahora un poco de paciencia, y que siga sin prevencion los diversos grados por los cuales vamos á marchar en el estudio de la verdad. Solo pedimos para nuestras investigaciones lo que se quiere oponer con tanta frecuencia á la Religion, la *filosofía*, pero la filosofía *verdadera*.

Dijimos que la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, era necesaria y absoluta, y nos confirmamos en esta primera proposicion.

Dijimos despues que en todas las religiones no era imposi-

[1] Lutero, *De servo arbitrio*, edic. de Jena, t. II, pág. 170.

No es menos cruel Calvino: *Non pari conditione creantur omnes, sed aliis vita æterna, aliis* DAMNATIO ÆTERNA PRÆORDINANTUR... *Instit.*, lib. III, c. 21, num. 6... *Consilio nutuque suo ita ordinat Deus, ut inter homines nascantur* AB UTERO CERTÆ MORTI DEVOTI, QUI SUO EXITIO EJUS NOMEN GLORIFICANT, lib. III, cap. 23, núm. 6, etc.

Hasta el dulce Melanchthon profesa ese fatalismo salvaje: *In quæstionem vocatur, sitne libera voluntas, et quatenus libera sit?* Resp. *Quandoquidem omnio quæ eveniunt* NECESSARIO *juxta divinam* PRÆDESTINATIONEM *eveniunt, nulla est voluntatis nostræ libertas.* (Loc. theol., Basileæ, 1521, p. 35).

ble la salvacion con tal que estando en una ignorancia invencible de la ley evangélica, se siguiesen con entera buena fe las luces de la conciencia y de la razon. Nos confirmamos en esta segunda proposicion, y decimos con toda la Iglesia católica, por boca de san Agustin: «Creemos firmemente que el «Dios justo y bueno no puede exigir imposibles [1].»

Hé aquí los dos términos, los dos extremos de la cadena que tenemos asidos. ¿Cómo pueden conciliarse? Vamos á verlo.

Cuando decimos que la aplicacion de la máxima se resuelve en una cuestion de buena fe, ¿es esto decir que la buena fe excusa de *estar fuera de la Iglesia?* ¿que la buena fe hace que *podamos salvarnos fuera de la Iglesia?* ¿que para un gran número de hombres no es *necesaria* la Iglesia, ni la mediacion de Jesucristo indispensable; en una palabra, que es falso decir *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse?*

NO. Esto seria una blasfemia, y además un absurdo; porque ó la mediacion de Jesucristo era necesaria para todos los hombres, ó no lo era para ninguno; ó la Iglesia, que es la continuacion de Jesucristo, es el camino universal, el camino real de la salvacion, ó no conduce á ella exclusivamente: no hay medio.

Por consiguiente, cuando decimos que la aplicacion de la máxima se resuelve en una cuestion de buena fe, no queremos decir que la buena fe *excusa de estar fuera de la Iglesia*, sino que *hace que no estemos fuera de la Iglesia.* No es esto una derogacion de la máxima, sino una ampliacion de sus beneficios.

Vamos á explicarnos para que no se nos diga que incurrimos en juego de palabras, y á manifestar que no alteramos en nada la sustancia de las cosas.

Una de las verdades del Cristianismo es que Jesucristo murió por todos los hombres sin excepcion, en toda la generalidad de los tiempos y lugares. Siendo así, no hay ni un solo hombre entre todos los que han existido y existirán en la tierra sobre el cual no haya obrado la virtud *redentora* del sacrificio de Jesucristo, y que no haya sido objeto de las inefables miras de su gracia *suficiente.* El género humano no existiria, y hubiera sido de repente aniquilado, ó maldecido sin apelacion, como el ángel rebelde, si desde el momento del primer pecado, que rompió el primitivo lazo del hombre con Dios, la Religion no lo hubiese *reanudado* por el *único Mediador* Jesucris-

[1] *Firmissime creditur Deum justum et bonum impossibilia non posse præcipere.* (De natura et gratia, cap. 69).

to, cuya virtud expiadora se remonta de este modo hasta el orígen del mundo, y obra ya en la misma raíz del pecado original. Por esto dice san Juan que: *El Cordero fue inmolado desde el orígen del mundo;* y Orígenes añade: *El altar fue el Calvario; pero la sangre de la Víctima bañó todo el universo.*

En este sentido podemos, pues, decir que todos los hombres pertenecen á Jesucristo, y que son cristianos.

Pero los beneficios de la gracia de Jesucristo no se obtienen sin el concurso de nuestra voluntad, sin cuya circunstancia la libertad humana no existiria, ni habria justicia en Dios. Es necesario que el hombre se fije todo lo que pueda en el conocimiento de Jesucristo, para que pueda llegar hasta él. ¿Cuántos hombres no han oido nunca hablar de Jesucristo y menos de su Evangelio? Siempre la misma dificultad, lo confesamos; pero no se crea que tratamos de ocultarla; al contrario, queremos presentarla bajo todas sus formas para hacer mas brillante su verdadera solucion; solucion que, como hemos dicho ya, es favorable á la salvacion de *todo hombre que obra siempre bien y que obra toda la verdad* que puede conocer. Este es un punto sobre el cual podemos estar tranquilos.

Entre los teólogos, solo hay discordancia acerca de la exigencia de los medios de conciliar esta solucion con la doctrina de la *salvacion exclusiva* en Jesucristo. De aquí se han originado dos sistemas amigos, que van envueltos el uno en el otro, y que se resuelven ambos en un mismo resultado.

Uno y otro son indicados de la manera siguiente por el sabio traductor francés del Catecismo del concilio de Trento:

«Se pregunta ¿si el infiel adulto, que cumplió fielmente con «todos los deberes que le eran conocidos, ó que, en cuanto «pudo, reparó con un arrepentimiento sincero las faltas que «habia cometido, y que estaba en la disposicion positiva de «cumplir exactamente todo cuanto conoceria de las voluntades y de los mandamientos de Dios, se condenará, ó se salvará, muriendo en la infidelidad?

«Santo Tomás responde que Dios enviaria un Ángel á este «hombre antes que dejarle morir en su infidelidad, y que por «este motivo se condenase eternamente.

«Algunos autores católicos creen sencillamente que un hombre como este pertenece al alma de la Iglesia, y que tiene «derecho al cielo.

«Por lo demás esta opinion en su resultado no difiere de la «de santo Tomás, ya que tanto este como aquellos son de opinion que la bondad de Dios exige que admita semejantes in-

«fieles en el reposo de su gloria. Sin embargo, la sentencia de «santo Tomás es á un mismo tiempo la mas seguida, la mas «segura y la mas conforme á la dignidad de la Iglesia católi- «ca, y á la necesidad de los méritos de Jesucristo para conse- «guir la salvacion [1].»

Examinemos una y otra de estas dos opiniones, por ser ambas dignas del mayor interés.

I. La mas ámplia y la que concede la salvacion al infiel, que ha cumplido exactamente todos los deberes que le eran conocidos, se explica y se justifica de la manera siguiente:

¿Qué es la Iglesia? Es Jesucristo enseñado, explicado á los hombres. ¿Qué es Jesucristo? Él mismo lo dijo: es *la Verdad y la Vida* de las inteligencias; es *la Luz del mundo*, *aquella luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, es *el Principio*. En una palabra: Jesucristo es el Verbo, es decir, el pensamiento y la Razon soberana, la sabiduría increada de Dios, aquella razon y aquella sabiduría (porque no puede haber mas que una) que percibimos por el espíritu y la conciencia, que son lo regla de nuestros juicios y acciones, *cuya voz enseña el bien que prescribe y aparta del mal que condena*, segun Ciceron, y *que está escrita en los corazones, y de la cual la conciencia da interior testimonio, acusando ó defendiendo*, segun san Pablo. Esta Ley de las leyes, Arquetipo soberano de lo justo y verdadero, Principio de los principios, eterna Verdad de Dios, que es como el sol de todas las inteligencias, es Jesucristo, ó mas bien Jesucristo es su encarnacion y su personificacion humana. La ley cristiana y evangélica no se diferencia de la ley natural y primitiva; es esta misma ley hecha mas explícita, mas acabada, pasada en cierto modo al exterior. Esto hacia decir á Jesucristo: *No he venido á abolir la ley, sino á cumplirla*, é inspiraba á san Agustin la siguiente reflexion:

«Lo mismo que ahora llamamos religion cristiana, dice, «existia entre los antiguos, ni dejó de existir nunca desde el «orígen del linaje humano, hasta que, *habiendo venido en car-*

[1] Catecismo del concilio de Trento, nota del Ilmo. Sr. Donney, obispo de Montalban, t. I, pág. 213.—La sabiduría de la Iglesia no ha querido decidir jamás sobre lo que es puramente especulativo, como la cuestion que abordamos en este momento. No da mas que lo necesario, no revela mas que el hecho, y entrega el *cómo* á nuestras disputas; destruye la inquietud, pero no la curiosidad; anuncia la solucion y deja subsistir el problema. En una palabra, la Iglesia es siempre fiel á su bella divisa: *In necessariis unitas; in dubiis libertas; in omnibus charitas*. Limitando de este modo la fe en lo puramente necesario, deja ancho campo de independencia á la filosofía y á la razon, comunicándoles al mismo tiempo, pero desde léjos, una fuerza central que las atrae libremente hácia la verdad.

«*ne* el mismo Jesucristo, se empezó á llamar cristiana la ver-«dadera Religion que ya antes existia [1].»

Ahora es fácil sacar la consecuencia; pero dejemos que lo haga san Justino en su segunda apología:

«Con pretexto, dice, de que Jesucristo nacido en tiempo de «Quirino, no empezó á enseñar su doctrina hasta el tiempo de «Pilatos, se pretenderá tal vez justificar á todos los hombres «que vivieron en las edades anteriores (por no haber conocido «la ley); pero la religion nos enseña que Jesucristo es el Hijo «único, el primogénito de Dios, y como lo hemos dicho ya, *la «soberana Razon de la cual participa todo el género humano*. Por «consiguiente, todos los que vivieron conforme á esta razon «son cristianos, aun cuando se les acusare de ser ateos. Tales «eran entre los griegos, Sócrates, Heráclito, y los que se les «parecian; y entre los bárbaros, Abrahan, Ananías, Azarías, «Misael, Elías y muchos otros, cuyos nombres y acciones seria «largo referir [2]. Al contrario, aquellos de entre los antiguos «que no arreglaron su vida á las instrucciones del *Verbo* y de «la *Razon eterna*, eran enemigos de Jesucristo y contrarios de «los que vivian segun la razon. Pero todos los que vivieron ó «viven conforme á la razon (en la ignorancia invencible de la «ley evangélica) son verdaderamente cristianos, y están al «abrigo de todo temor [3].»

Todos los santos Padres usan un lenguaje parecido al que hemos citado de san Pablo. «Cuando los pueblos que no han «oido hablar nunca de la ley (revelada), hacen *naturalmente* las «cosas que son segun la ley, son *discípulos de la ley;* pues ellos «son la ley para sí mismos, manifestando que lo que se halla «escrito en la ley, es lo mismo que ellos tienen grabado en sus «corazones [4].»

Terminarémos nuestra exposicion insertando las siguientes reflexiones de Clemente de Alejandría.

Comentando este gran Doctor estas palabras del apóstol san Pedro: *Reconoced, pues, á un solo Dios, criador de todas las cosas, invisible, inmenso y eterno, adorad á este Dios, no* COMO *los griegos, ni* COMO *los judíos, sino dad á Dios* UN CULTO NUEVO *por medio de Jesucristo*, hace notar que el objeto de las adoraciones de los gentiles, de los judíos y de los cristianos es el mismo, y que solo es distinto el culto. El Apóstol no dice: No adoreis al

[1] San Agustin, *Retract.*, lib. I, cap. 13, núm. 3.

[2] Estas indicaciones de san Justino deben tomarse como arbitrarias y solo como ejemplos.

[3] S. Just., *Apolog.* II, pág. 83, edic. de París, año de 1516.

[4] Rom. II.

Dios que adoraban los gentiles: al contrario, dice: Adorad á este Dios, *pero no como los gentiles, ni como los judíos*, etc. Observa Clemente sobre esto que Dios hizo tres especies de alianza con los hombres: una con los gentiles, otra con los judíos, y otra con los cristianos, y que unos y otros le han servido y honrado, cada uno segun sus luces. Se comunicó á los gentiles por la tradicion natural, á los judíos por la ley escrita, y formó su Iglesia de judíos y gentiles, reuniendo de este modo en un solo cuerpo las tres alianzas, fundadas todas en la palabra de Dios, en el mismo Verbo, ya hable naturalmente á la conciencia, ya se exprese por medio de la ley escrita; ya, en fin, se vista de nuestra naturaleza y se encarne en Jesucristo y su Iglesia, para facilitarse á nuestra miseria y dársenos todo entero [1].

Estos son los diferentes estados de los hombres relativamente á Dios, á su Verbo y á su Iglesia: esta comprende en su sociedad á todo hombre católico, hereje, judío ó gentil que honra á Dios *conforme á las nociones que de él tiene, y á las que puede tener.*

Ofrécensenos aquí algunas objeciones que léjos de debilitar la doctrina que acabamos de exponer, prueban mas bien su sabiduría, y descubren su maravilloso mecanismo.

Primera objecion:

Si la razon y la ley natural bastan, si son el Verbo de Dios que habla á nuestra inteligencia y á nuestro corazon por medio de las criaturas y de las tradiciones sociales, lo principal y mas importante consiste en seguirlas; y si no pedís mas al gentil, ¿por qué exigís mas de parte del cristiano, y lo sujetais á creencias mas misteriosas, y á prácticas mas austeras? ¿Por qué lo declarais fuera de la Iglesia, cuando no sigue estas prácticas y estas creencias, siendo así que decís que el gentil está en ella, siendo fiel tan solo á la ley natural? Lo que decimos aquí del gentil respecto del cristiano, debe tambien entenderse del hereje respecto del católico.

Hé aquí la respuesta á este argumento:

Vivir segun la razon y la verdad es procurar, en cuanto es posible, seguir la ley de razon y verdad hasta su mas alto grado de perfeccion conocida. Dejar voluntaria y sistemáticamente de alcanzar un solo grado de ella, es no querer seguirla, es limitarse á sí mismo su destino, es convertirse á sí mismo en su ley. Estando la ley mas desarrollada, mas explícita para el cristiano que para el gentil, para el católico que para

[1] Clement. Alexandr., *Strom.*, lib. VI.

el hereje, la obligacion de la obediencia y de la fe se aumenta en la misma proporcion que el conocimiento de la verdad; y de aquí resulta que el mas fiel católico no hace mas que seguir la ley divina como el gentil y el hereje de buena fe; y que si no siguiese todas las prescripciones de esta ley católica, aun cuando estuviera en un grado de moralidad relativamente superior al del gentil y del hereje, él seria de hecho infiel y hereje, mientras que el hereje y el gentil de circunstancias, pero obrando toda la verdad que conociesen, serian católicos y verdaderos hijos de Jesucristo y de su Iglesia.

Figuraos un centro inmutable, la Verdad, el Verbo de Dios, que ilumina á todas las inteligencias, y luego algunas circunferencias, mas ó menos extensas, en las cuales se dilata el principio que hay en el centro. Cada hombre deberá extender su fe y moralidad en la rigurosa proporcion del círculo de conocimientos en que se halla colocado. Deberá forzar esta circunferencia y procurar con todas sus fuerzas agrandarla; y obrando de este modo, cada uno en su propia circunferencia participarán igualmente todos por la voluntad del mismo principio; porque el infiel y el incrédulo, como dice san Pablo, son «el espíritu contencioso que no se rinde nunca á la verdad.» Podemos decir al pié de la letra de los católicos y de los cristianos, respecto del bautismo, lo que el mismo Apóstol decia de los judíos respecto de la circuncision: «Si violas la ley «evangélica, la ley católica, por mas bautizado que estés, «serás como si no lo estuvieres; mientras que si un hombre «no bautizado observa las disposiciones de la ley natural, á «pesar de no estar bautizado, será como si lo estuviere; por- «que el verdadero cristiano, el verdadero católico, no es el «que lo manifiesta exteriormente, sino el que lo es en el in- «terior [1].»

No por esto el bautismo deja de ser necesario; pero la voluntad del bautismo es mas indispensable que el bautismo de hecho; el cual por lo mismo se hace indispensable desde que se hace posible; y cuando no sea posible, deberá ser reemplazado por la voluntad, la fe implícita y el deseo de hacer todo cuanto es necesario para agradar á Dios: lo mismo podríamos decir de los demás preceptos.

Despues de haber hablado san Juan Crisóstomo de la necesidad de confesar á Jesucristo para salvarse, dice: «¡Y qué! «¿Es Dios injusto con los que vivieron antes de su venida? No «por cierto, pues podian salvarse sin confesar (explícitamen-

[1] Rom. II.

«te) á Jesucristo. No se exigia de ellos esta confesion, sino «el conocimiento del Dios verdadero, y que no se entregasen «al culto de los ídolos. Para salvarse bastaba entonces cono- «cer tan solo á Dios. Ahora esto no es bastante: es menester «conocer tambien á Jesucristo... Finalmente, concluye san «Juan Crisóstomo, todos aquellos que, sin haber conocido á «Jesucristo antes de su Encarnacion, se apartaron del culto «de los ídolos, adoraron al solo Dios verdadero, y observaron «una vida irreprensible, gozan ciertamente del bien sobera- «no, conforme á lo que dice el Apóstol: Gloria, honra y paz á «todos los que obraron el bien, ya sean judíos ó ya gentiles[1].»

Para hacer mas comprensible nuestro pensamiento, y enlazarlo mas con la misma objecion, lo sensibilizarémos por medio de un ejemplo:

Figurémonos el salvaje de Rousseau, y figurémonoslo como él quiere, *bueno, benéfico y no buscando mas que la verdad:* hé aquí un hombre que pertenece á Jesucristo y á su Iglesia, porque sigue, en cuanto le es posible, la soberana Razon. Llega un misionero á las lejanas playas donde vive aquel salvaje; le anuncia á Jesucristo y su santa ley, y le hace conocer todo el rigor y asimismo todos los motivos y gracias del Evangelio: podríase apostar, y la historia de las misiones lo ha constantemente acreditado, que ese buen salvaje va á abrazar con la mas viva ternura la cruz en que Jesucristo murió por él, y con ella todas las virtudes y prácticas del Cristianismo. ¿Y qué hará con esto? Nada mas que continuar siendo cristiano y católico, pues continuará unido á la verdad, siguiéndola en el acrecentamiento de su luz; solo recogerá de ella frutos mas maravillosos, y mas poderosas garantías de salvacion. Es propiedad de la ley evangélica hacer mas fáciles por la gracia los deberes que son mas difíciles por la naturaleza, y hacerse seguir á través de todos sus rigores por los mismos que siguen con pena ó que no siguen de modo alguno la ley natural.

Supongamos ahora que aquel salvaje no se rinde á la nueva luz que se le ofrece, que la resiste, ó que por indolencia, capricho, interés, etc., lo rechaza, y que quiere continuar en las preocupaciones y en los deberes mas ó menos falsos é imperfectos que antes seguia: desde este momento este salvaje está fuera de la Iglesia y de las condiciones de la salvacion.— ¿Cómo es esto? preguntaréis; y supuesto que lleva el mismo género de vida, ¿cómo puede estar mas comprometida su sal-

[1] San Juan Crisóstomo, *homil.* XXXVI.

vacion? — Yo respondo que su vida no es la misma; antes de la llegada del misionero buscaba la verdad, y la seguia tan léjos como ella se le aparecia, y despues que esta verdad se ha aumentado, y va marchando delante de él, ha dejado de buscarla y seguirla, quedándose precisamente en el mismo punto en donde antes estaba.

Lo que decimos del pagano ó del judío respecto del Cristianismo, se aplica tambien al hereje respecto del Catolicismo, y al católico de solo nombre respecto de la fe viva y de su práctica. Todos somos excusables mientras estamos en error involuntario, en ignorancia invencible y de buena fe (sobre este particular cada uno puede conocerse bien). Pero, desde el instante en que brilla y atraviesa nuestras tinieblas un destello mas claro de verdad; desde que entrevemos esta verdad, y que no se necesitaria mas que reflexion, exámen, consecuencia, desinterés, voluntad, en una palabra, y amor para acabar de conocerla y abrazarla, y que solo nos negamos á todos estos nobles sacrificios por un espíritu contencioso, vano, pagado de sí mismo y de las criaturas, rebelde á dejar todo lo que le cautiva para tender las manos libres y puras á la verdad; desde este momento se rompen los lazos que nos unen á Jesucristo y á su Iglesia, é incurrimos gravemente en la ruina de nuestra salvacion.

De aquí resulta una diferencia profunda entre la filosofía antigua y la moderna. La filosofía antigua, entendiendo por ella, como Ciceron, aquella elevada y real filosofía representada por Anaxágoras, Sócrates, Platon y el mismo Ciceron, era una filosofía piadosa y santa, una especie de religion; porque no teniendo, en medio de las tinieblas de la idolatría, otro guia que la razon natural, el unirse á esta como á la mas alta manifestacion de Dios, deseando é invocando siempre una revelacion mas eficaz y mas completa, era seguir y honrar á Dios. El entendimiento de aquellos buenos talentos estaba dotado de una ingenuidad que les hacia abrazar todo lo que creian ser la verdad, y recoger hasta los mas débiles rayos de la luz divina. No tenian en la sola razon individual esa confianza absoluta y exclusiva, que en su esencia no es mas que una idolatría de sí mismo y una irreligion; confesaban noblemente su debilidad, le juntaban la fe en las antiguas tradiciones, las santas aspiraciones por el cielo, y como un presentimiento de la luz evangélica, lo cual nos obliga á creer que, si hubiese aparecido en su tiempo esta luz, ellos hubieran sido sus primeros apóstoles y sus generosos confesores.

Los filósofos modernos, al contrario [1], se han declarado antagonistas de la verdad divina. En lugar de ver en la verdad revelada el mejor don que haya podido hacérseles, la han rechazado como una usurpacion de su imperio. Mas celosos de deberse la luz á sí mismos, que de poseerla en su mismo orígen, han procurado rodearse de tinieblas por el vano placer de verse brillar en medio de la noche. Pero como no dependia de ellos el apagar la grande antorcha de la revelacion, concretándose á las luces de su propio talento, han aparecido como insensatos que en medio del dia quisiesen ser guiados por la pálida é incierta luz de una pequeña vela. En vano, para justificarse y elevarse, han procurado enlazar su filosofía con la filosofía antigua, considerándola siempre como una ciencia independiente, á la cual la revelacion no ha modificado en nada, y que antes y despues debe ser constantemente el culto de la razon: los separa un abismo de los que ellos quieren que sean sus antecesores; todo el abismo que separa á estos de los sofistas de su tiempo. Es cierto que todos pretenden seguir las luces de la razon, pero los unos como el solo medio de dirigirse á Dios, y los otros como el de pasarse de la Divinidad: aquellos invocando el auxilio divino, y los otros desechándolo; los primeros como una emanacion de Dios y un destello de su sabiduría, que desean se aumente, y los segundos como una emanacion de sí mismos y una ciencia que orgullosamente oponen á la ciencia de Dios; en una palabra, los unos la siguen en amor, y los otros en odio de la verdad. Presentándose esta verdad mas brillante en el mundo, puso á prueba á sus verdaderos amigos, y condenó á los que por un espíritu contencioso se niegan á reconocer su luz, y que con su conducta atraen sobre sí, como dice el Apóstol, la indignacion y el furor [2].

Á esto aluden aquellas palabras de Jesucristo: «Si yo no hu«biese venido, y no les hubiese hablado, no tendrian el peca-

[1] Hablamos solo de los *racionalistas*.

[2] *Iis qui sunt ex contentione, et qui non acquiescunt veritati, ira et indignatio.* (Rom. II, 8). — «¿Por qué, pues (les dice san Agustin con mucha elocuencia, despues de una bri«llante exposicion de la reforma evangélica), por qué perseverais en el entorpecimien«to de la ignorancia y del error? Y cuando se trata de hablar de estas materias, ¿por «qué habeis de poneros mas bien Platon en la boca que Dios en vuestros corazones? «Los filósofos que aun en el dia de hoy reciben sus inspiraciones de la doctrina de Pla«ton, deben en este encuentro reconocer á Dios, como lo hubiera hecho el mismo filó«sofo, é inclinar su cabeza ante el Maestro, que convenció con sus verdades á todos los «pueblos del universo. Que cedan, pues, á Aquel que completó esta grande mara«villa, y procuren que su curiosidad ó su vanagloria no les impida reconocer la in«mensa distancia que va de las conjeturas de un corto número de filósofos, y la «salud manifiesta y la reforma de todas las naciones.» (*De vera Relig.*, cap. IV.)

«do que ahora tienen; pero ya nada hay que excuse su peca-«do.» — «Si yo no hubiese hecho en medio de ellos obras que «nadie ha hecho, no tendrian el pecado que ahora tienen; «pero ya las vieron, y me aborrecieron á mí y á mi Padre [1].»

Podemos decir que los mismos elementos de salvacion que rechazamos, van preparando nuestra condenacion. Terrible economía de las gracias celestes, que nunca se nos niegan en vano: á la manera de aquellos dioses nómadas de la antigua mitología, que cambiaban en templo la humilde mansion que los cobijaba, y que dejaban detrás de sí la desolacion y la ruina en los palacios poco hospitalarios que se habian negado á hospedarlos.

Pero ¡qué! ¿Vino acaso Jesucristo, el Salvador por excelencia, para perdernos, puesto que sin él seríamos excusables, y que por él nos hemos hecho culpables de pecado?

No nos detendrá esta nueva objecion.

Al revelársenos la Sabiduría eterna mas claramente en su encarnacion y en su Iglesia, solo se propuso un designio de bondad; quiso hacernos mas fácil el acceso á ella, mas explícita la fe, mas elevada la virtud; nos dió auxilios mas poderosos, sin los cuales hubieran muchos permanecido en el desórden, y otros en una moralidad incompleta é infecunda; hizo á los malos buenos, y á los buenos perfectos; hizo que nuestra frágil naturaleza creciera y progresara en la santidad y en la verdad, y le dió un valor moral inmenso. Si algunos se hicieron mas culpables por haber rehusado el beneficio, no es por culpa del bienhechor; y si otros han sido santificados, todo lo deben á su gracia. Era correlativamente necesario que lo que constituye el mérito de los unos, constituyera tambien el demérito de los otros, y que el mismo Dios salvador, por el uso ó abuso que hiciéramos de sus gracias, fuese á la vez principio de resurreccion y de muerte [2]. La libertad y la justicia lo exigian así.

En este caso, diréis, trocarémos la objecion y dirémos: Si la revelacion evangélica es en sí misma un beneficio, ¿por qué no se ha dado á conocer á todos los hombres sin distincion?

Debemos confesar que aquí tocamos ya á los límites, é inclinándonos delante del abismo, solo podemos contestaros: No lo sabemos.

Sin embargo, insistimos en que de esto ninguna consecuen-

[1] Joan. xv, 24.

[2] *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum.* (Luc. II, 14.)

cia puede deducirse contra nuestro principio; porque la desigualdad de un beneficio no es ninguna injusticia. Basta que cada hombre haya tenido los medios *suficientes* de salvarse para que sea inexcusable, y no pueda pedir cuenta á Dios de los medios mas *eficaces* que haya querido conceder á otros. Así como Dios hubiera podido negar estos medios mas eficaces á todos los hombres, pudo tambien negarlos á algunos; y no obró de este modo sin razon; solo que no estaba obligado á manifestárnosla, porque solamente debe darnos cuenta de su justicia, y este es un secreto de su misericordia.

El mismo Jesucristo nos enseñó ostensiblemente esta verdad en la parábola de los que iban á trabajar en la viña. La contestacion del padre de familias á los murmuradores no tiene réplica: «Amigo mio, dijo á uno de ellos, no te hago agravio: «¿no te concertaste conmigo por un denario en pago de tu «jornal? Toma lo que es tuyo y vete; pues yo quiero dar á «este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que «quiero? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno[1]?»

Además, esta desigualdad de los dones de Dios se observa por todas partes, lo mismo en el órden natural que en el social. Á cada paso vemos la debilidad al lado de la fuerza, la indigencia junto á la riqueza, la felicidad al lado del infortunio, y el genio al de la incapacidad. Si el deista nos pregunta por qué las luces de la revelacion están repartidas con desigualdad, se le puede responder preguntándole el por qué sucede lo mismo con las de la razon. Si esta dificultad bastara para negar el Cristianismo, debia hacer negar tambien la religion natural. Solo refugiándose en el ateismo podriamos salvar estas incomprensibles verdades; pero seria, como dice Bossuet, cayendo en mas incomprensibles errores.

Lo cierto es que Dios, padre comun del género humano, es bueno y justo con todos, á pesar de parescer mejor con algunos. Hay secretos que no conocemos, pero que no pueden ser sino secretos de un órden perfecto y de una sabiduría adorable. En esto consiste el misterio; y si no consistiese en esto, le encontraríamos un poco mas allá. Basta que sea misterio, y no contradiccion, para inclinar ante él nuestra razon; porque esta misma razon concibe, quiere y exige que lo infinito exceda á lo finito, y que haya misterio en Dios en todo lo que tiene relacion con nosotros.

Resulta, pues,—de la exposicion doctrinal que acabamos de hacer,—que todos los hombres pertenecen á la Iglesia, esto es,

[1] Matth. xx, 13, 14, 15.

á la sociedad de Dios y de su Verbo, por la redencion que en su favor se obró, mientras que acepten su beneficio, obrando todo el bien que puedan y adhiriéndose á toda la verdad que les sea posible conocer. De manera que la máxima: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, no comprende mas que á los que voluntaria y sistemáticamente desconocen la verdad religiosa, cuyo punto de partida se halla en la ley natural, y cuyo apogeo está en la ley evangélica.

Tal es, segun ya dijimos, la opinion de algunos teólogos, y que se apoya en la doctrina de varios Padres de la Iglesia.

II. Hemos dicho que hay en la Iglesia otra opinion; no porque haya diversidad en la doctrina católica en lo que es necesario relativamente á la fe, sino tan solo variedad de opinion en lo que es de pura curiosidad, como lo es la explicacion que estamos buscando en este momento.

Esta segunda opinion se confunde con la primera en lo que ambas tienen del principio, á saber: *que no hay salvacion sino por Jesucristo*, y en lo que tienen de resultado, esto es: *que esta salvacion se concede á todo hombre que hace el bien*. Ambas opiniones concuerdan en estos dos puntos, porque las dos pertenecen á la *doctrina*, y se diferencian tan solo en el enlace que guardan entre el principio y el resultado.

La primera opinion, expuesta ya, admite la salvacion de todo el que observa la ley natural *ipso facto*, considerando á Jesucristo como principio de esta ley, y como el manantial de las gracias que son necesarias para cumplirla.

La segunda, considerando además á Jesucristo como *Mediador*, añade á esta condicion la de la fe, á lo menos implícita en esta nueva cualidad; fe que ella supone estar al alcance de todos los hombres, ó que ella les facilita, por un milagro de la bondad divina, como recompensa obligada de la fidelidad á la ley natural[1].

Santo Tomás, que está considerado como el representante de esta doctrina, y cuyo sublime talento haria sin duda muy poco caso de la jactancia epigramática de Rousseau, escribe: «Si se salvaron algunos hombres sin haber conocido la revela-«cion del Mediador, se salvaron por la fe en este mismo Me-«diador: porque aun cuando no tuvieron la fe *explícita*, te-

[1] No vaya á creerse que estas dos opiniones se hallan perfectamente deslindadas en los diversos doctores que las han emitido: unidas, como hemos dicho, en el principio y el resultado, revelan esta union hasta en lo mismo que las diversifica: son dos matices de un mismo color.

«nian, sin embargo, una fe *implícita* en la divina Providencia, «creyendo que Dios era libertador de los hombres, y que los «salvaria por los medios que tuviese á bien escoger, y segun «su espíritu lo habia revelado á los que conocian la verdad[1].»

Se ve, pues, que, segun santo Tomás, no es indispensable para la salvacion un conocimiento claro y distinto, *explícito*, en una palabra, de los misterios de Jesucristo, y menos, como lo interpreta Rousseau, el conocimiento *de que Jesucristo murió hace unos dos mil años en cierta pequeña ciudad:* es simplemente la fe en la divina providencia y en su intencion de venir á socorrernos por un medio cualquiera, que tuviese á bien escoger, *secundum modos sibi placitos*.

«Bastaba á los judíos sencillos y menos ilustrados, dice otro «doctor, tener un conocimiento general de la redencion del «género humano, oculto bajo las significaciones de los sacri«ficios y de las ceremonias; y con respecto á los gentiles, si al«gunos se salvaron sin el conocimiento (explícito) del Media«dor, les *bastó* tener esta fe comprendida en la fe en Dios, es «decir, *les bastó creer que Dios seria el salvador del género huma«no, segun el órden secreto de la Providencia, revelado á algunas «personas inspiradas por Dios* [3].»

Iguales sentimientos manifiesta san Bernardo:

«Así como muchos cristianos, dice este santo Padre, creen y «esperan la vida eterna, y la desean con ansia, sin conocer la «manera y el estado de esa vida; del mismo modo muchos, «antes de la venida de Jesucristo, creyendo en Dios todopode«roso, amando al que les habia prometido la salvacion y cre«yéndole fiel á sus promesas, se salvaron en esta fe y esperan«za, aun cuando ignorasen cuándo y cómo se les concederia «la salvacion que se les habia prometido[3].»

Pero dejemos ya las citas, pues nos parece suficientemente explicada esta doctrina, y vamos á justificarla.

No extrañaríamos que algunos de nuestros lectores no quedaran todavía satisfechos. Ó la fe implícita en el *Mediador*, de que hablan los teólogos, dirán quizá, viene á ser un puro deismo, y en tal caso es nula; ó es algo mas, y entonces supone

[1] S. Tom., 2, 2, quæst. 2, art. 7, ad tert.

[2] Sixto de Sena, *Biblioth. sancta*, lib. VI.

[3] *Tract. de bapt. qui olim erat.* Epist. LXXVII. — El venerable Beda, citado por san Bernardo, dice igualmente: «Así como en la Iglesia algunas personas poco ilustradas, «no pudiendo distinguir ni explicar claramente los artículos de la fe, creen sin embar«go todo lo que está contenido en el Símbolo, dando de este modo fe á las mismas cosas «que ignoran, y teniendo una fe velada y oscura; así en aquellos tiempos los menos «ilustrados se adherian á la revelacion que se habia hecho á sus antepasados, y se «unian á ellos por su creencia.»

una promesa, una revelacion, una intervencion cualquiera de la Divinidad que el estado *natural* de las cosas de que vamos hablando no consiente.

Semejante objecion peca por el *hecho*, y para quedar desvanecida solo se necesita un poco mas de erudicion. Á la luz de la verdadera ciencia descubrimos, en efecto, que el estado natural de las sociedades importa universalmente el gérmen de una revelacion primitiva, particularmente en lo que concierne á la promesa de un Mediador.

Hemos tratado ya este interesante punto en la primera parte de nuestros *Estudios*, y creemos haber demostrado que, naturalmente y entregado exclusivamente á sí mismo, no tiene el hombre, hablando con propiedad, ideas ó conocimientos *innatos*, sino tan solo facultades; que todo cuanto puede su entendimiento poseer, reducido á su principio, le viene del exterior, de la sociedad, la cual debe haberlo necesariamente recibido de su autor, de Dios; y que por esto lo que nos hemos convenido en llamar ley natural, no es tal sino con respecto á la segunda revelacion; pero que en sí misma es una ley primitiva igualmente revelada [1].

Hemos probado además con hechos universales é incontestables [2], que en aquella primitiva revelacion iba envuelta la promesa de una redencion, el dogma de la salvacion del género humano por el sacrificio de un Mediador, y que no habia un solo punto del globo, una sola sociedad, una aldea, en que este Mediador no hubiese sido prefigurado bajo nombres y símbolos diversos.

Reduciendo esta verdad á lo que tiene de mas genérico, es tambien perfectamente comprensible. En efecto: jamás ha habido sociedad sin religion: primer hecho incontestable. En todo sacrificio hay el sacerdote que desempeña las funciones de mediador y sobre todo la *víctima*, interpuesta entre la ira divina y los pecados de los hombres, expiando estos últimos por medio de su inocencia y de su muerte. Voltaire lo dijo tambien: «Entre tantas religiones diferentes, no ha habido ninguna «que no tuviera por *objeto principal* las expiaciones.» No es menos verdadero que no ha habido ninguna que no haya buscado las expiaciones en los sacrificios por medio de una víctima que se interpusiera entre el hombre y Dios. La fe en un *mediador* se halla, pues, tan universalmente atestiguada por los sacrifi-

[1] Véase el capítulo sobre la *Necesidad de una revelacion primitiva*, t, I de nuestros *Estudios*, pág. 129.

[2] Véase el capítulo sobre las *Tradiciones universales*, t. I, pág. 311.

cios, como la fe en Dios por las religiones, puesto que jamás existieron las religiones sin los sacrificios, y que, como tambien dijo Voltaire, EL TEISMO PURO NO HA EXISTIDO JAMÁS [1].

Pues bien, aquí está el gérmen de la fe en Jesucristo, Víctima de las víctimas, Mediador por excelencia, cuya promesa, depositada en la cuna del género humano, ha sido conservada por este en medio de todas sus emigraciones y teogonías. Si os figurais un hombre (creemos que, gracias á Dios, habrá habido muchos), por mas perdido que se haya hallado en las tinieblas del gentilismo, que, practicando de buena fe todo el bien que su conciencia le prescribia, haya honrado á la Divinidad segun los ritos de su país; como en estos ritos se encontraba, por mas oscura y desfigurada que se la suponga, la fe en un Dios salvador, libertador y mediador, este hombre se habrá salvado por su adhesion implícita al grande, al único Mediador verdadero, Jesucristo.

Hay mas: fuera de lo que contenia el uso general de los sacrificios, todas las naciones tuvieron un conocimiento mas explícito aun de Jesucristo por las tradiciones universales con respecto á la venida de un salvador de los hombres. Á pesar de haber sido tan grande el diluvio del error religioso entre los hombres, quiso la divina Providencia, que por la superficie de aquel mar de extravagancias flotase siempre, ya en la imperecedera institucion de los sacrificios, ya en la esperanza mas explícita del Libertador, la gran verdad que debia ser la salvacion del género humano. En este sentido es muy exacto decir tambien con Voltaire, que todas las religiones no fueron mas que *sectas* de la religion verdadera, y por consiguiente sectas cristianas.

Abrahan vió mi dia, decia Jesucristo. No quiso decir con esto que solo Abrahan lo vió, porque ¿cuántos otros patriarcas, profetas ó santos de la antigua ley lo vieron tambien? Abrahan no está tomado aquí mas que como *padre de los creyentes,* conforme lo califica la sagrada Escritura. Podemos decir que esos creyentes que vieron á Jesucristo estuvieron diseminados por todo el universo, puesto que todo el universo fue depositario, en mayor ó menor escala, de la gran profecía, hecha á los primeros hombres, y transmitida á toda la raza por medio de las tradiciones universales [2]. ¿Creeréis que Confucio, por ejemplo, no vió el dia de Jesucristo, Confucio que tanta fe tenia *en la*

[1] Véase nuestro *Estudio de los sacrificios,* t. I, pág. 329.

[2] *Multis gentilium facta fuit revelatio de Christo, ut patet per ea, quæ prædixerunt.* (Summ. Theol., 2, 2, p., quæst. 2, art. 7, ad tert.).

venida del SANTO *por excelencia, esperado hacia tres mil años, que debia bajar del cielo á las regiones occidentales* (relativamente á la China), *y que habia de producir naturalmente un océano de acciones meritorias*[1]? Y lo que decimos de Confucio, ¿no podrémos decirlo asimismo de toda la China, donde, segun Abel Rémusat, la idea de un Santo se hallaba acreditada desde el siglo VI antes de la era vulgar?—¿No conservó implícitamente el bramismo de las Indias la misma idea en esas encarnaciones del Dios salvador, *Brahma* ó *Vishnou*, destructor de la gran serpiente *Kaliga?*—¿No manifestó la religion de Zoroastro á todos los pueblos del Oriente el dia de Jesucristo, en el mediador *Mithras que intercede y media*, y sobre cuyo advenimiento recuerda Plutarco la tradicion, que se hallaba *tan profundamente grabada en la fe y persuasion de los hombres, que no habia medio para borrarla ni arrancarla; tan frecuente era en sacrificios y divinas ceremonias á los dioses*, á saber: «Qué lle-«gará un dia fatal y predestinado en que *Ahrimanio* (el genio «del mal) será exterminado; en que la tierra será toda plana, «unida é igual, y en que no habrá mas que una vida y una «especie de gobierno entre los hombres, y que mientras tanto «el *Dios* que habrá obrado, hecho y procurado todo esto, huel-«ga y descansa por un espacio de tiempo no largo para un «Dios?»—¿No encontramos la misma tradicion en Egipto bajo la figura de *Oro*, hijo de la mujer *Isis*, que debia quebrantar la cabeza á la serpiente *Tifon?* ¿En Grecia bajo la figura de *Epafo*, hijo milagrosamente concebido de la vírgen *Io*, que debia ser el libertador de *Prometeo*, el hombre encadenado? ¿No habia brillado esta creencia en la alta filosofía griega, como podemos verlo en el segundo diálogo entre Sócrates y Alcibíades, y en otros muchos pasajes de Platon, que obligaban al sabio Faber á decir que *la esperanza cierta de un doctor universal era un dogma admitido que no sufria ninguna contradiccion?* ¿No oimos en toda la Italia el oráculo de la Sibila hablar de la venida de aquel divino infante, cantado mas adelante por Virgilio, al cual aludia Ciceron, á quien tanto temia el Senado, y cuya expectacion universal nos refieren Tácito y Suetonio? En fin, ¿no nos ha hecho conocer Mr. de Humboldt una *antigua profecía*, que circulaba en todos los pueblos del Nuevo Mundo y principalmente en Méjico, «que hacia esperar «á los mejicanos una reforma benéfica *por medio de Centeolt*

[1] Véase para esta cita y las demás que vamos á hacer el *Estudio sobre las tradiciones* y la *esperanza del Libertador*, en nuestra primera parte, t. I, página 353, donde se hallan provistas de la mas escrupulosa justificacion.

«*que habia de triunfar de la ferocidad de los demás dioses?*»— Para abreviar pasarémos por alto las tradiciones galas, escandinavas, japonesas, etc., para llegar á las grandes confesiones de tres célebres incrédulos: «Desde tiempo inmemorial todas «las naciones esperaron un sabio [1].»—«Las tradiciones sagra- «das y mitológicas de los tiempos anteriores habian esparcido «por toda el Asia la creencia en un gran Mediador que habia «de venir, juez final, legislador y salvador futuro, que libra- «ria á los hombres del imperio del mal [2].»—«No ha habido «ningun pueblo que no haya tenido su expectativa de esta es- «pecie, y que no haya esperado, como los hebreos, un sér in- «definible que todos los pueblos esperaban del lado del Oriente, «que podríamos llamar el polo de la esperanza de todas las na- «ciones [3].»

De manera, que el conocimiento *implícito del Mediador* ha estado constantemente al alcance de todos los pueblos. Es como el fondo de verdad, del cual hizo salir la supersticion todas sus fábulas. Este hecho está probado, y por él queda justificado aquel sentimiento de san Agustin, en el cual se resume la doctrina que vamos estudiando:

«Desde el principio del género humano, dice este gran Pa- «dre, todos los que han creido en Jesucristo, *que lo han cono- «cido todo lo que les ha sido posible*, y han vivido, segun sus «preceptos, en la piedad y la justicia, EN CUALQUIERA TIEMPO «Y LUGAR que hayan vivido, han sido salvados por él. Así co- «mo nosotros creemos en él permaneciendo en su Padre y ve- «nido en carne, los antiguos creian en él permaneciendo en «su Padre y debiendo venir en carne. Y no porque, segun la «variacion de los tiempos, anunciamos en el dia el cumpli- «miento de lo que entonces se anunciaba como debiéndose «cumplir, ha variado la fe, ni es diferente la salvacion. Por- «que una misma cosa sea predicada ó predicha por *diversos «ritos sagrados*, no debemos figurarnos que sea dos cosas dis- «tintas y de efectos diversos... Así una misma y única religion «verdadera es figurada y practicada, en otro tiempo por cier- «tos nombres y ciertos signos, ahora por otros signos mas nu- «merosos; al principio mas oscuramente, y en el dia con mas «claridad [4].»

Despues de esto, para contestar á todas las hipótesis, y formular con precision el rigor de la doctrina sobre los dos puntos de la necesidad de Jesucristo para la salvacion, y de la certi-

[1] Voltaire. — [2] Volney. — [3] Boulanger.
[4] San Agustin, *Sex quæst. contr. pagan.*

dumbre de la salvacion para todo hombre de buena fe, el ángel de las escuelas, santo Tomás, dijo estas hermosas palabras: *En su bondad preferiria Dios enviar un Angel al que lo buscase con rectitud de corazon, que dejarlo abandonado en las tinieblas eternas.* Á estas palabras se referia Rousseau al escribir: «¡Qué bella invencion la de este Ángel! no contentos con «servirse de él como de una máquina, obligan tambien á Dios «á valerse de sus servicios [1].»

Esto no deja de ser, como observa Frayssinous, una burla que revela á la vez la ignorancia y la malignidad de su autor. Nunca dijeron los teólogos que Dios estuviera *obligado* á enviar un Ángel, como si no tuviese otros medios de que echar mano: esto seria una solemne ridiculez. Lo que dice santo Tomás no es mas que una *manera de expresar* la bondad de Dios y la caridad de la doctrina católica, que concibe mas bien una excepcion en las leyes de la naturaleza que la pérdida de un solo hombre de buena voluntad. Pero, aun sin enviar un *Ángel*, ¿no puede Dios enviar un pensamiento, *y sabemos acaso*, dice el gran Leibnitz, *todos los medios extraordinarios de que Dios puede servirse para ilustrar las almas, y particularmente lo que sucede en el artículo de la muerte* [2]? Siendo él el eterno foco del cual proceden todas nuestras luces, ¿no puede derramarse algo mas en una inteligencia que se abre y se dispone, cuanto le es posible, para recibirlo? Si algo hay mezquino y ridículo en el mundo, es sin duda la pretension de algunos filósofos de aprisionar el pensamiento eterno en el círculo de Popilio, y decirle: *No pasarás mas allá.* Como si el comercio del alma con la verdad, para la cual fue creada, no fuese indefinido, y como si hubiera algun escalon fatal y extremo en esa misteriosa escala, por la cual los *Ángeles* de Dios, es decir, los santos pensamientos van subiendo y bajando. Con-

[1] En todo el presente *Estudio* hemos hablado especialmente de Rousseau, porque nos ha parecido el jefe de ese falso liberalismo, lleno de prevencion y afectando sinceridad, de ese filosofismo agridulce que, de sesenta años á esta parte, tiende en nombre de la *libertad* á todos los géneros de servidumbre, y en nombre de la *tolerancia* á toda especie de persecuciones. Por esto todo el talento de Rousseau, toda su elocuencia y todo su ingenio, que no puede negarse que lo tuvo, no salvarán á sus escritos de un descrédito seguro ante la posteridad que, imparcial y verídica, no acoge sino lo que es imparcial y verdadero.

[2] Teodicea, *Sobre la bondad de Dios*, primera parte, n.º 93, 98.—«Puede sostenerse, «dice en otra parte este verdadero filósofo, que al concederles Dios la gracia de exci«tarse á un acto de contricion, les da tambien, sea explícitamente, sea implícitamen«te, sea virtualmente, pero siempre sobrenaturalmente, antes de morir, aun cuando «solo fuera en los últimos momentos, toda la luz de la fe y todo el ardor de la caridad «que les son indispensables para salvarse.» (*Nuevos ensayos sobre el entendimiento huma«no*, lib. IV, cap. 18).

cebimos que un entendimiento poseido por el orgullo y ocupado de sí mismo se sienta limitado y encuentre tambien á Dios limitado en sus comunicaciones; pero que el alma que ama, ora y sale de sí misma para ir en pos de la Belleza soberana, no lo vea, no lo sienta jamás venir á iluminarla, dilatarla y darla la viva inteligencia de su deber y de su salud, esto no nos es fácil comprenderlo, porque solo cabe semejante comprension en los que no han conocido nunca las inefables vias por donde Dios nos conduce. Debemos creer que esas comunicaciones *oficiosas*, si podemos llamarlas así, de la verdad con el alma fiel son tanto mas abundantes, cuanto mas aislada se halla esta alma y mas desprovista de los socorros ordinarios y de los medios exteriores por los cuales plugo á Dios establecer su Religion. La divina Sabiduría se convierte entonces en *catequista* de estas almas sencillas; *la Sabiduría que se da á las naciones en las almas santas*, dice la Escritura, *y forma los amigos de Dios* [1]; *que se adelanta á los que la desean y es la primera en manifestárseles, porque busca por todas partes á los que son dignos de ella, y les sale al encuentro con toda su providencia* [2]; *que enseña sin ruido de palabras, sin confusion de pareceres, sin fausto, sin alteracion de argumentos, y hace conocer en un momento mas secretos de la Verdad eterna, que los que se puedan aprender en diez años en las escuelas* [3]; *y que, en fin,* GUARDA LA SALVACION COMO UN TESORO *para los de recto corazon, y protege á los que andan en sencillez* [4].

Si quisiéramos acumular mas testimonios, los encontraríamos tambien entre los paganos, y no tendríamos necesidad mas que de recordar aquellas oraciones que contienen lo mismo que piden, y en las cuales vemos brillar la fe implícita en el Verbo de Dios, Salvador de las almas, y el deseo ardiente de conocerlo, que es la necesaria condicion para salvarse, y que ningun Ángel probablemente, si entendemos por esto una *máquina*, como dice Rousseau, la habia ido á infundir en el alma de sus autores.

«Orad, decia Platon, al Dios del universo, autor de todo lo «que es y de todo lo que será [5]. Orad á *su Padre y Señor*, á «quien todos conocemos tan claramente como á los hombres es «posible, si profesamos el culto de la verdadera sabiduría.— «Invoquemos, dice en otra parte, al *Dios salvador*, á fin de

[1] Sap. VII, 27. — [2] Sap. VI, 14-17.
[3] *Imitacion*, lib. III, cap. 43. — [4] Prov. II, 7.
[5] *Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso factum est nihil, quod factum est*, dice san Juan.

«que por medio de una enseñanza extraordinaria y maravi-«llosa nos salve, instruyéndonos en la verdadera doctrina...»

«Glorioso Rey de los inmortales, decia Cleanto, adorado ba-«jo nombres diversos, eternamente todopoderoso, autor de la «naturaleza, que gobiernas el mundo con tus leyes; ¡yo te «saludo! Á todos los mortales es permitido invocarte, pues «somos tus hijos, tu imágen y como un débil eco de tu voz; «nosotros que vivimos un momento y nos arrastramos sobre «la tierra. Te celebraré siempre, cantaré siempre tu poder. «Todo el universo te obedece como un súbdito dócil. *Tú diri-«ges la razon comun*, y penetras y fecundas todo cuanto exis-«te. Rey supremo, nada se hace sin tu voluntad ni en la tier-«ra, ni en el cielo, ni en el profundo mar, excepto el mal que «cometen los insensatos mortales.—Estos apartan sus miradas «y pensamientos de la ley de Dios, LEY UNIVERSAL, que hace «feliz y conforme á la razon la vida de los que la observan.— «Autor de todos los bienes, Padre de los hombres, líbralos de su «triste ignorancia, disipa las tinieblas de su alma, *hazles co-«nocer la sabiduría con que gobiernas el mundo*, á fin de que «honremos dignamente y cantemos sin cesar tus obras, se-«gun deben hacerlo todos los mortales.»

Estos sentimientos son cristianos, y brilla en ellos la fe en Dios, *salvador de los hombres;* la fe *en la sabiduría increada, en la razon eterna por cuyo medio gobierna Dios el mundo;* la fe en aquel que lo ha hecho todo, y por cuyo medio podemos conocer á su *Padre y Señor...*

Todo esto justifica las exigencias de la Iglesia, cuya ley *católica* es aquella ley UNIVERSAL de que habla Cleanto, que *hace feliz y conforme á la Razon la vida de los que la observan,* y que solamente es mas explícita en el dia que en otro tiempo, mas visible y mas abundante en socorros y gracias desde que se encarnó en Jesucristo, á pesar de no haber estado nunca ausente del universo; de modo que siempre se ha podido decir: *Fuera de la Iglesia*, que es la sociedad de los justos que viven conforme á esta ley, *no hay salvacion.*

CAPÍTULO XV.

DE LA GRACIA Y LOS SACRAMENTOS.

§ I.

La religion cristiana no es solo un medio; ante todo es un principio.

Cuando en el estudio de sus misterios hemos manifestado con qué maravilloso y secreto arte se adapta á todas las necesidades y á todos los instintos de nuestro corazon para regenerarlo, hemos venido á inferir, que solamente la Sabiduría que hizo al hombre habia podido adivinar tan admirablemente sus males y dirigir su curacion; tanto mas cuanto la sabiduría humana, léjos de disputarle la gloria que de esto le resultaba, ni siquiera habia sabido comprenderlo.

Sin embargo, seria un error, del cual no queremos ser cómplices, el no ensalzar al Cristianismo sino bajo este punto de vista exterior, y no descubrir en él mas que un conjunto de medios persuasivos, hábilmente dispuestos para moralizar á la humanidad. Con este título participaria tambien el Cristianismo de la naturaleza de las concepciones humanas que se han propuesto el mismo objeto, y no se diferenciaria de ellas sino por el grado de su perfeccion. La verdad no puede sufrir semejante analogía. Á cualquiera distancia de las concepciones humanas que el prodigioso éxito del Cristianismo y su profunda sabiduría lo coloquen y sostengan, esto no seria conocerlo en todo lo que es, ni honrarlo en todo lo que vale; seria tributarle un homenaje, al fin y al cabo, relativo. En una palabra: no debemos ni podemos decir el divino Jesús en el mismo sentido que diríamos el divino Platon, cualquiera que sea el grado de los méritos que á aquel concedamos [1].

Jesús es Dios, simplemente Dios. Es Dios, no solamente porque dió pruebas de una sabiduría y fuerza sobrehumanas en la eleccion y buen éxito de los medios exteriores por los cuales renovó el mundo, sino principalmente porque introdujo en la humanidad un principio nuevo y sobrenatural, que vivificó estos medios, y cuyos resultados solo él puede expli-

[1] Ya se sabe que, en tratándose del Cristianismo, la controversia de los filósofos del dia es *Respeto;* palabra sacramental que por la significacion exclusiva que en sus labios importa, quiere decir, *inadoracion*, esto es, *negacion* de su divinidad.

car. Por la adicion de este principio á la naturaleza humana obró como Dios; creó. Este principio es la *Gracia*.

En el Cristianismo la *Gracia* lo es todo: es su soplo, su sávia, su levadura; por ella ha triunfado del mundo. El plan del Cristianismo, con todas sus armonías y sus profundas relaciones, jamás hubiera podido caber en la concepcion de una cabeza humana; pero aun admitiendo que esto hubiera sido posible, nunca hubiera podido ser formulado; y si alguna vez hubiera salido, en efecto, de la cabeza de su autor, le hubiera sucedido lo que á la *República* de Platon, hubiera ido á morir en el papel. Conciba Arquímedes una máquina bastante poderosa para levantar el mundo, y Descartes el mecanismo del universo, disponiéndose á crearlo con el movimiento de sus átomos; la audacia del humano ingenio no puede pasar mas allá, ni llegar á la ejecucion: al uno le falta *un punto de apoyo*, al otro *materia y movimiento*. Solo á Jesucristo nada le ha faltado: concibió é hizo; su concepcion no se reveló sino en la ejecucion, y para él, como para el Criador, haber querido es haber hecho.

Por lo mismo sin el conocimiento de la *Gracia*, que es la virtud creatriz de Jesucristo, no verémos mas que la envoltura del Cristianismo; y por consiguiente, si queremos conocerlo por completo, es menester bajar hasta las profundidades de la *Gracia*.

I. Pero, ¿qué es la *Gracia*? ¿Cómo podrémos conocerla? Solo hay un medio para esto último, y es recibirla.

La *Gracia* no es una idea metafísica, una verdad intelectual y comunicable por la palabra: es un *hecho vivo*, visible por la experiencia; y como es un *hecho sobrenatural* no tiene analogía con nada de lo que conocemos, y por consiguiente no hay nada que pueda darnos una idea de ella, ni nada que nos dispense de ponernos en contacto directo con ella para conocerla.

Por esto la Gracia es el secreto de las almas piadosas, va inherente á la práctica de la fe, y es como el premio de la fidelidad; aunque si esta fidelidad cesa alguna vez, la Gracia se pierde, y se pierde con ella todo, hasta su memoria.

Esto está admirablemente conforme con todo el conjunto del Cristianismo, que conduce las almas á la luz por las pruebas de la fe, y que convierte la inteligencia de sus misterios en premio de sus virtudes. La accion de la Gracia en nosotros es la prueba mas sencilla y mas irresistible de la divinidad

del Cristianismo. Era, pues, muy justo que estuviera reservada á los verdaderos fieles, y que los que mas creyesen fueran los que viesen mas [1]. Un piadoso aldeano ve claramente y con plena y racional certidumbre (porque se halla esta fundada en el testimonio de su propia y sensible experiencia) la divinidad del Cristianismo en lo que un talento, por otra parte cultivado, pero separado de la Gracia, no hace mas que entreverla.

¿Quereis, pues, una hermosa prueba del Cristianismo, una prueba que todavía no ha fallado en nadie, prueba infalible y que comprende á la vez todas las pruebas? Abandonad los estudios filosóficos, y en lugar de discutir sobre la verdad, *hacedla*, practicadla, poned manos á la obra, y lo que os parecia deber ser la consecuencia de la fe, se convertirá en su principio, ó mas bien se cambiará en intuicion... Seguid, seguid los caminos de Dios, y á cada paso que deis veréis aumentarse la luz y desvanecerse ó dejar atrás todas las dificultades: y sentiréis introducirse en vosotros y en todas vuestras mas secretas facultades un espíritu vivificante, una dulce energía, una uncion corroborante, que no habréis jamás conocido y que mejor que todos los raciocinios os demostrarán la verdad... En algunos de sus efectos es la Gracia un milagro que prueba tan bien la accion de Dios, como la resurreccion de un muerto; porque es un hecho sensiblemente sobrenatural. ¿Quién es el que viniendo de beber en las fuentes de la Gracia, no ha adquirido en ellas una certidumbre inmutable, una fe invencible, que se rie de todas las objeciones, como aquel filósofo, que para probar el movimiento, creia que no tenia necesidad mas que de echarse á andar?... Haced esto y creeréis.

II. Deberíamos, por consiguiente, terminar aquí el presente capítulo y remitiros á la experiencia, como al único terreno del estudio de la Gracia; pero queremos probar, no obstante, á daros de ella un ligero bosquejo, menos para persuadiros que para advertiros.

Escuchad, y tened cuidado sobre todo, os dirémos con Bossuet, de no oir con menosprecio el órden de las divinas advertencias y la economía de la Gracia [2].

Se han dado muchas definiciones de la Gracia. La mas sen-

[1] «Cierra los ojos y verás.» (Joubert, *Pensamientos, ensayos y máximas*, t. I, pág. 115).
[2] *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*

cilla y exacta [1] nos parece la que da Pascal de la fe: «Es Dios «sensible al corazon [2].»

«La Gracia, dice además san Agustin, que tanto la habia «gustado, es una inspiracion del amor divino para hacernos «practicar, por medio de este santo amor, el bien que conoce-«mos [3].»—«No creais que haya nada de pesado ni molesto en la «santa violencia de que Dios se vale para atraernos á sí. Todo «en ella es suave, todo es placer: el *placer* es el que nos atrae [4].»

Esta palabra explica perfectamente el efecto de la Gracia: es un poder *atractivo* que previene á la voluntad, la cambia, la dirige á Dios, la atrae por una delectacion interior, y le hace amar como por instinto una belleza que tal vez no amaria sino por convencimiento. Esto es lo que nos advertia Jesucristo cuando dijo: «Sin mí no podeis hacer nada... Nadie «puede venir á mí, si el que me envió no lo *atrae* [5].» Con su muerte expiatoria sobre la cruz nos abrió el tesoro de sus gracias, y estando levantado en esta cruz, como él mismo habia dicho, debia *atraerlo todo á sí* [6].

La Gracia de Jesucristo es en el órden moral lo que la atraccion en el órden físico. Obra sobre la humanidad como el astro de la noche sobre los mares: se apodera de las voluntades y corazones de los hombres, y los hace correr tras los santos rigores de sus virtudes, de la misma manera que antes corrian tras los culpables placeres de la licencia; y todo esto por medio de una fuerza seductora que solo impera por amor, y que hace que, aunque se la pueda resistir, no se resiste á su eficacia en la práctica. Hé aquí el *quid divinum* de la conversion de todo el universo pagano á la cruz de Jesucristo, y que es el mismo agente de la conversion, de la perseverancia y del progreso de cada cristiano en el camino de esa cruz, que es el de la virtud.

III. Procurarémos dar una idea mas sensible de la Gracia, tomando la idea de un fenómeno moral que nos es comun á todos, y del cual es ella remedio y antídoto.

[1] Con todo el respeto que nos merece el Sr. Nicolás decimos que esta definicion de la Gracia es muy vaga, y que podria aplicarse á todas las virtudes infusas. Los teólogos cuando hablan de la Gracia sobrenatural tomada generalmente entienden por ella propia y peculiarmente los dones sobrenaturales que nos promueven á la vida eterna. *(Nota de los Editores).*

[2] Pascal, *Pensamientos.* — [3] S. August., *Epist. ad Bonif.*

[4] S. August., *Serm.* 131, cap. XI.

[5] *Sine me nihil potestis facere... Nemo potest venire ad me, nisi Pater qui misit me traxerit eum.* (Joan. VIII, 22.)

[6] *Et ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum.* (Joan. XII, 32.)

Si no todos conocen la Gracia, todos conocen la *concupiscencia*: es decir, esa inclinacion al mal que traemos al nacer; ese veneno hereditario que se nos comunica con la sangre en el seno maternal, y que hacia decir á un gran rey: «He sido «concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi ma«dre [1];» y á Ovidio despues de Eurípides y antes que á san Pablo:

Video meliora proboque,
Deteriora sequor [2].

¡Qué peregrino fenómeno! Si no lo experimentáramos á cada instante, ¿podríamos creerlo? Naturalmente es preferible el bien al mal, el órden al desórden; lo vemos, lo confesamos, y á pesar de verlo y confesarlo, hacemos todo lo contrario, y nos inclinamos, nos arrojamos al mal. *Veo una ley en mis miembros que contradice á la ley de mi voluntad y me lleva esclavo á la ley del pecado; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco, aquello hago* [3]. Hay como un iman secreto, un encanto fatal, embozado, en todo lo que está prohibido, que lo hace triunfar en nosotros de todas las razones, de todas las resoluciones, y nos desvia hácia el desórden como á pesar nuestro, sin que cási podamos hacer otra cosa que echar estériles miradas á la virtud al irnos alejando de ella, y ocultar la vergüenza de nuestro rostro con nuestras manos [4]. No todos ceden igualmente á este atractivo, pero todos lo sienten: la razon aislada es para ello impotente, y los mas virtuosos no hacen mas que oponerle consideraciones de interés, de orgullo y de egoismo, salidas del mismo orígen, y que son otro de los modos de obedecerla pareciendo resistirla.

Si se quiere tener una idea exacta de la Gracia, figurémonos que es el reverso de la medalla de esta mala inclinacion, y una especie de contrapeso puesto en la balanza de nuestro libre albedrío, para neutralizar la inclinacion que tenemos al mal, darnos aplomo, y restablecer en nosotros la rectitud y la libertad del bien. Naturalmente la razon está en un lado, y en el otro la pasion; por medio de la razon vemos el bien, por medio de la pasion gustamos el mal. La Gracia da á la razon atractivos, y ofreciéndole el bien se lo hace gustar. Combate á la concupiscencia en su propio terreno, en el corazon; y ella misma se hace al fin la concupiscencia del bien.

[1] *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.* (Psalm. *Miserere*).

[2] Véase nuestro capítulo *De la naturaleza humana*, t. I, pág. 295.

[3] Rom. VII, 15, 22, 25.

[4] Esto es lo que nos representó el grande Homero bajo la fábula de las sirenas.

«El hombre se entrega al mal por su propia concupiscencia, «dice Leibnitz; el placer que en él encuentra es la red en que «se deja prender. Platon lo dijo, y lo repitió Ciceron: *Plato «voluptatem dicebat escam malorum.* La Gracia, como observa «san Agustin, le opone un placer mas grande. Todo placer es «un sentimiento de alguna perfeccion: amamos un objeto en «cuanto sentimos sus perfecciones: nada excede á las perfec- «ciones divinas; de donde se sigue que la caridad y el amor «de Dios causan el placer mas grande que se puede concebir, «á medida que (por la Gracia) vamos penetrándonos de estos «sentimientos, que no son ordinarios en los hombres, porque «están siempre ocupados y repletos de los objetos de sus pa- «siones [1].» — Esto nos conduce á la definicion que de la Gracia daba Pascal: «Es Dios sensible al corazon.»

Estos dos estados de concupiscencia y de Gracia no son naturales.

El estado de concupiscencia es un estado viciado relativamente á nuestra naturaleza primitiva, y aun á la naturaleza pura. Es imposible que hayamos salido de este modo de las manos de Dios; y los mismos paganos lo creyeron así, á pesar de no conocer el hecho del pecado original. Con la sola ayuda de la razon adivinaron que la humanidad era una especie de resto ó ruina de sí misma [2]. De aquí se originó una como segunda naturaleza en nosotros, naturaleza extraviada con la cual todos nacemos, pero que no es la naturaleza verdadera. Esta ha sobrevivido en parte, aunque débilmente, lo bastante para resistir hasta cierto punto, para protestar contra los malos instintos de la naturaleza corrompida, y para hacerle pagar nuestros vicios con remordimientos. Esclavos por aquellos, dice Rousseau, somos libres por estos. ¡Triste libertad! Se parece á la de aquellos pueblos conquistados que insultan á sus tiranos en secreto, y que en público los obedecen y veneran.

La Gracia de Dios por Jesucristo es la destruccion de este estado y el retorno hácia la vida primitiva con la sola diferencia de que este auxilio, sobrenatural en los dos estados, es mas poderoso en el presente, pues que es eficaz y en Adan no lo fue, y sin embargo deja subsistir siempre ó cási siempre el gérmen de la corrupcion en el fondo de nuestros corazones.

Por consiguiente, entre el estado de concupiscencia y el estado de Gracia, el mas anormal, el mas antinatural, el mas incomprensible á la razon es el primero, porque pone nuestra

[1] Leibnitz, *Teodicea*, parte III, núm. 278.
[2] Véase nuestro capítulo *De la naturaleza humana*, t. I, pág. 295.

voluntad en desacuerdo con nuestras inclinaciones, subleva la carne contra el espíritu, el sentimiento contra el pensamiento, y nos divide como en dos hombres, en dos naturalezas irreconciliables aunque indisolubles; mientras que el estado de Gracia, haciéndonos amar lo que debemos querer, domando la carne, emancipando el espíritu, inclinándonos al bien por instinto y por conviccion, por amor y por una delectacion eficaz, y haciéndonos encontrar el gusto y la felicidad en nuestros deberes y destinos, es el verdadero estado de la naturaleza; porque es un estado de órden, de rectitud, de armonía y de unidad.

IV. Los modernos reformadores, Saint-Simon, Fourier, Owen, han medido bien toda la altura del problema y han emprendido atrevidamente su solucion. Segun ellos, no es natural que nuestras inclinaciones estén en desacuerdo con nuestros deberes; este estado de guerra intestina es falso y anormal, y toda reforma verdadera debe dirigirse á hacerlo cesar, conduciéndonos á un estado de unidad y de armonía. En esto se hallan perfectamente de acuerdo con el Cristianismo, pero nace la diferencia de que, segun ellos, nuestras inclinaciones son buenas, y desordenados nuestros deberes, tales como los hemos entendido siempre: mientras que, segun el Cristianismo, son desordenadas nuestras inclinaciones, y santo nuestro deber. En el sistema de los reformadores, la armonía consiste en seguir sus inclinaciones y sus mas brutales apetitos sin freno y sin medida; el desórden proviene, segun ellos, de que no somos bastante incontinentes, es decir, bastante discípulos de la naturaleza: nunca puede haber excesos en este camino, que es el de la perfeccion [1]. El Cristianismo, al contrario, anatematiza la concupiscencia y tiende á desarmarla y someterla no solamente por medio de la razon y de los restos de la naturaleza primitiva, que en nosotros han quedado, si-

[1] No exageramos nada: véase el concienzudo *Estudio sobre los reformadores modernos*, por J. Reybaud, obra coronada por la Academia. «Todos esos conflictos interiores «en que el ángel vence al demonio, dice, son tratados por ellos de preocupaciones. Ha«cen consistir la virtud en ceder á la naturaleza, abandonarse á los instintos de los «sentidos, y gozar de todo sin reserva y sin medida. Todo esto podria pasar si solo se «tratase de un capricho epicúreo ó anacreóntico, pero quieren que sea esto un sistema, «una filosofía, una predicacion. La ley que regia en la isla de Circe ha hallado en «nuestros dias comentadores y apóstoles. Uno de ellos la eleva á la categoría de un prin«cipio religioso; otro la convierte en un resorte social; otro en un agente esencial de «nuestros destinos. Así se truecan todos los papeles: el cuerpo es el señor, y el alma «la esclava. Pasaron ya los tiempos de privacion y de violencia; la distincion del bien «y del mal es una sutileza; no hay ya eleccion entre las pasiones, vale mas obedecer«las á todas.» (Pág. 313, 314, 315).

no por medio de la Gracia: esto es, por medio del atractivo sobrenatural que experimentamos en el deber, que es Dios.

El sentido comun y el instinto moral no han vacilado en rechazar el sistema de Saint-Simont y de Fourier como una locura degradante; pero, rechazando esta solucion, no han hecho desaparecer el problema, el eterno problema del orígen del mal moral y del verdadero remedio que se le debe oponer. Nuestros deberes y nuestras inclinaciones no pueden ser igualmente naturales y tener orígen en la misma fuente, porque se contradicen mútuamente. Es menester, pues, que unos ú otros ó sean malos, desordenados, de orígen posterior al estado de órden en que todos debimos ser formados. Si no son las nociones del deber las que acreditan en nosotros un vicio original, son nuestras inclinaciones: no hay medio. Si nuestras inclinaciones están viciadas, es preciso reformarlas; pero ¿cómo? ¿por la razon? La razon aislada es demasiada débil; ofrece la perspectiva, pero no el gusto del bien, y el gusto es quien nos determina, el sentimiento el que nos mueve. Por esto todos los moralistas del mundo solo lo son con la pluma en la mano, y en su conducta desmienten las reglas que trazan sobre el papel. Seria, pues, preciso oponer al atractivo del vicio un atractivo igual ó superior de virtud; á las voluptuosidades sensibles los placeres espirituales; al amor terrestre el amor divino, á la concupiscencia del mal, en una palabra, la concupiscencia del bien. Pero este atractivo por la virtud, este placer espiritual, este amor divino, esta concupiscencia del bien, no se encuentran en nuestra naturaleza ó no le pertenecen ya, y por cierto que no depende de nosotros el volver á poseerlos. Tan solo el Autor mismo de nuestra naturaleza puede reformarla y oir favorablemente el voto del gran Rey ya citado: «Criad en mí, ó Dios, un corazon puro, y «renovad en mis entrañas un espíritu recto [1].» La misma mano que crió, puede volver á criar, y á esta exclamacion de san Pablo, que es el grito de la naturaleza humana: «¡Desgracia«do de mí! ¿quién me librará?» no hay otra contestacion que la que se da en seguida él mismo: «La Gracia de Dios, por «Jesucristo nuestro Señor [2].»

Así resuelve el Cristianismo el gran problema de nuestro mal y de su curacion, no solo teórica sino prácticamente, por los milagros de santidad que ha obrado en el mundo moral, y

[1] *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.* (Psalm. *Miserere*).

[2] Rom. VII.

que prueban su divinidad del mismo modo que la vista dada á los ciegos, el oido á los sordos, el movimiento á los paralíticos y la vida á los muertos atestiguan la divinidad de Jesucristo en el Evangelio. Bajo este punto de vista, la divinidad de Jesucristo se halla tan bien atestiguada como la existencia de Dios, y la mano del grande Artífice de nuestra naturaleza se manifiesta tan claramente en su reforma como en su creacion [1].

V. Esta gracia reparadora á nadie ha faltado, aunque es verdad que ha sido dispensada con desigualdad á los hijos de Adan. Se concedió á la humanidad desde su caida por anticipacion de la única fuente de gracias que en la plenitud de los tiempos debia abrir la grande expiacion del Mediador. Sin ella, como ya dijimos, la humanidad caida no hubiera podido producir ninguna buena accion. Todas las buenas acciones, todas las virtudes que han florecido en la humanidad, aun antes de la venida de Jesucristo, deben atribuirse á aquel divino socorro que los teólogos llaman *Gracia suficiente*, como distribuida á todos los hombres, porque á todos ellos se ha dado en el grado que era suficiente para su salvacion; *Gracia eficaz* en cuanto obra la salvacion en algunos. No son otra cosa los impulsos de la conciencia y sus remordimientos. Esa voz interior que nos advierte, nos consuela ó nos avisa, con tanta mas fuerza cuanta es mayor la violencia que le oponemos, atestigua perfectamente que no depende de nosotros mismos, que es algo distinto de nosotros... que es la voz de Dios. Los antiguos, mas naturalmente piadosos, no se equivocaban sobre este punto. Así vemos á sus poetas, á Homero sobre todos determinar siempre á sus héroes por el impulso divino, y á Platon apelar constantemente á ese *hombre interior*, á esa *centella divina*, á esa *voz de Dios que habla en nosotros* [2].

Pero desde la venida de Jesucristo al mundo y por el efecto inmediato del Cristianismo, ha sido derramada esta Gracia con mas abundancia, y se la ve obrar de una manera mas visible. Crea en los que la reciben una nueva naturaleza, que no solo resiste al mal, sino que conduce al bien, cuyo atractivo no solo sigue á la virtud, sino que la previene y determina, y derrama sobre los mas penosos deberes y los mas violentos sacrificios una paz tan dulce, que hace mirar con compasion la

[1] Véase nuestro capítulo *La venida y el reino de Jesucristo*, t. I, pág. 395.
[2] Plat. *República*, lib. X.

felicidad de los reyes[1]. Esta Gracia, segun parece, se ha pintado á sí misma con la pluma del autor sagrado: «Yo produje «como la vid frutos de suave olor, y mis flores dan frutos de «gloria y de abundancia. Yo soy la madre del amor hermoso, «del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí se «halla toda la Gracia del camino y de la verdad; en mí toda «esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me «deseais, y saciaos con mis dulces frutos, pues mi espíritu es «mas dulce que la miel, y mi herencia superior á la miel y á «los panales. Los que me coman quedarán con hambre, y los «que me beban quedarán sedientos. Los que me oigan no se«rán confundidos, y los que obren segun mi ley no pecarán. «Los que me conozcan tendrán la vida eterna[2].»

El aumento que ha recibido por la aparicion del Cristianismo en el mundo, lo ha profetizado el mismo autor por estas palabras: «Yo salí del paraíso como un arroyuelo de las aguas «inmensas de un rio, y dije: Regaré las plantas de mi jardin «y sazonaré los frutos de mi prado. Y hé aquí que *mi arroyue«lo se ha convertido* EN UN GRAN RIO, Y ESTE RIO EN UN MAR[3].» Profecía que se halla conforme con la esperanza universal en que estaba el género humano *del* SANTO *por excelencia*, como dice Confucio, *que debia bajar del cielo*, *y que produciria naturalmente* UN OCÉANO DE ACCIONES MERITORIAS.

VI. Pero si tal es el poder de la Gracia, dirán acaso los que no la conocen, nuestros méritos individuales son absorbidos por ella; somos virtuosos por necesidad, y nuestra voluntad ninguna parte tiene en nuestra salvacion.

Sin entrar en la famosa cuestion acerca de la armonía entre la Gracia y la voluntad; cuestion ociosa, porque basta la experiencia para resolverla, haciendo sentir á la vez la Gracia en la voluntad y la voluntad en la Gracia, decimos con Leibnitz: «Así como nuestra corrupcion no es nunca absolutamen«te invencible, y nunca pecamos necesariamente aun cuando «estemos bajo la esclavitud del pecado, puede decirse tambien, «que nunca somos ayudados invenciblemente, y por mas efi«caz que sea la divina gracia, siempre podemos resistirla, aun «cuando con anticipacion estemos seguros de no resistirla. «Es menester distinguir siempre entre lo infalible y lo nece«sario[4].»

[1] *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.* (Philip. IV, 7.).
[2] Eccli. XXIV. — [3] Eccli. XXIV.
[4] *Teodicea*, parte III, núm. 278.

Por otra parte la experiencia, á la cual es preciso recurrir como al verdadero guia en esta materia, nos descubre en las operaciones de la Gracia un carácter particular que la concilia con la accion de nuestro mérito y libertad: este carácter es la *intermitencia.*

La accion de la Gracia en lo que tiene de *preveniente*, es esencialmente intermitente. En las almas mas piadosas y á proporcion que lo son mas, hay épocas á veces bastante largas en que parece que este auxilio les falta enteramente, como el viento á una embarcacion en un mar inmóvil. Cuantos mas esfuerzos hacen estas almas para atraerse la Gracia y merecerla, mas parece que huye de ellas, las deja en la aridez, en el desaliento, en la estéril espontaneidad de sus esfuerzos. Hé aquí dónde mas ostensiblemente se presenta la parte del mérito y de la libertad en las almas cristianas; parte inmensa, preciosa, en la cual se consuma su virtud, y en la cual ellas adelantan tanto mas cuanto menos se aperciben de ello. No es que la Gracia las haya realmente abandonado: acaso nunca la hayan tenido tan cerca de sí: no las previene sensiblemente, á fin de que se ejerciten; se halla oculta. Escondida en cierta manera, las vigila como una madre á su hijo, dispuesta á socorrerlas al primer asomo de peligro. Por esto, si su virtud es alguna vez sorprendida, ó si sienten desfallecer su constancia, persuadidas entonces de que se hallan abandonadas, creen estas almas que están perdidas; pero de repente reaparece la Gracia que las alienta, y las lleva como en sus brazos.

«Parece, dice un santo Doctor, que Dios se entretiene con «los hombres, como un padre con sus hijos: tan pronto se fi- «guran que lo tienen; tan pronto les parece que lo han per- «dido; tan pronto se les aparece como un sol, rodeado de luz; «tan pronto se les oculta como entre nubes. Se va y vuelve, «huye y se detiene, los sorprende ó se deja sorprender por «ellos, y luego se les desaparece. Despues de haberles hecho «derramar algunas lágrimas y arrancado de sus corazones al- «gunos suspiros, vuelve y se les manifiesta, y en fin, los con- «suela con la suavidad de sus visitas[1].»—Este cuadro encantador es la viva imágen de la economía de la Gracia en sus relaciones con la libertad.

Aun para las almas mas favorecidas con las dulzuras prevenientes de la Gracia hay tambien un mérito: el de la correspondencia á sus favores. La Gracia no destruye la concupiscencia; solo nos ayuda á vencerla. Esta subsiste siempre en el

[1] Ricardo de San Víctor, *De grat. charit.*, cap. 2.

fondo de las almas mas puras, y les hace experimentar golpes que provocan su infidelidad hasta en la cumbre de la perfeccion. De aquí el mérito de la correspondencia á la Gracia; mérito tanto mas grande, cuanto que no siendo esta correspondencia siempre exacta, y siendo Dios mas exigente á proporcion que ha sido mas liberal, es preciso á veces redoblar mucho la asiduidad para reconquistar sus favores perdidos por nuestras negligencias. Si estas negligencias se reiteran ó se agravan, la Gracia de Dios disminuye en la misma proporcion: sus visitas, en otro tiempo tan familiares, se hacen cada vez mas raras, y, como una esposa contristada y dignamente celosa, se retira, se encierra en sí misma y se calla. La concupiscencia prevalece entonces como la concubina y el esclavo; entorpece el entendimiento y deprava el corazon; con la ruina del sentimiento religioso acarrea la pérdida del sentimiento moral; con la extincion de la fe la ceguera de la razon, hasta que despues de haber recorrido todos los grados de la impiedad, llega al término, que es la burla y el desprecio.

VII. Pero, ¿qué estamos haciendo nosotros ahora al publicar estas verdades, mas que exponerlas quizás á este desprecio?... ¡Qué importa! La divina Gracia tiene muy buenos defensores: sin evocar aquí todas las grandes almas que ella formó, bastará recordar que fue obra suya la rápida conversion de todo el género humano al Evangelio. Pero aunque no fuera así; aunque estuviera reducida á una sola alma, seria bastante para vindicarse á sí misma, para asegurar á esta alma contra el escepticismo de todo el universo, y consolarla de su desprecio: esto fue lo que hizo con los primeros Apóstoles.

El fenómeno de la Gracia para todos los que se hallan favorecidos por ella es demasiado positivo, demasiado constante, íntimo y sensible, para que puedan creerse ni un solo instante víctimas de una ilusion. Este fenómeno lleva en sí su completa evidencia. Que los que nunca la han experimentado la ignoren, lo concebimos y no nos admira; pero que la nieguen y la conviertan en objeto de escarnio, es una temeridad imperdonable, y no puede dejar de causarnos lástima, como si un ciego negase la existencia de la luz del dia. No deben fiarse, sobre este punto, ni en la fuerza de su razon, ni en la sagacidad de su talento, ni aun en su estudio sobre los misterios del corazon. La Gracia pertenece á un órden enteramente distinto. No se presta á las especulaciones, ni deriva de ninguna de las

fuentes de nuestros conocimientos. Sobrenatural y eficaz, se acompaña con los sencillos de corazon, y se da á los hombres de buena voluntad, cualesquiera que estos sean. Todo el ingenio humano no puede procurársela, y ella se entrega á los mas pobres talentos, y llega á ser en ellos una especie de genio. Perfecciona la razon y la virtud en los que se hallan mas felizmente dotados de ella, y les inspira una resolucion y firmeza superiores á la naturaleza; y para los que no posean la una ni la otra, crea un instinto que vale mas que la razon, y una sabiduría mas segura que la virtud. No se posee la verdadera fe sin poseer la Gracia, y teniendo la Gracia se tiene tambien la fe; se tiene la intuicion de la verdad divina. Los que creen comprender mejor el Cristianismo, que tienen la fe del talento, ni siquiera sospechan lo que es, hasta que han experimentado los efectos de la Gracia y obtenido la fe del corazon; así como aquellos cuya incredulidad se cree estar enteramente segura, ni por asomo se figuran que exista este poder, que en un momento puede abatirlos á sus piés como unos niños.

En una palabra, lo repetimos; figuraos un ciego de nacimiento á quien se le diera de repente la vista; tal es, sin duda, la revolucion que obra en una alma la entrada de la Gracia. Esta comparacion no es nuestra; la tomamos prestada á una inteligencia que habia experimentado sus efectos y que los cuenta de sí misma con las palabras siguientes:—«Para mí, «dice, hubiera sido el mayor de todos los milagros el hacerme «creer firmemente en el Cristianismo... Y hé aquí que por una «iluminacion repentina me sentí tan ilustrada y de tal modo «transformada por haber encontrado lo que hacia tanto tiem- «po estaba buscando; se derramó en mi corazon una alegría «tan dulce y una fe tan sensible, que no hay palabras capa- «ces de expresarlo, é hice la aplicacion de la bella compara- «cion del ciego á las verdades de la Religion y de la otra vida... «El misterio que me parecia mas increible, la presencia real «de Nuestro Señor, la sentí como se sienten las cosas visibles «y de las cuales no se puede dudar... Mi ejemplo, añade, debe «enseñaros que hay cosas muy excelentes y admirables que «se escapan á nuestra vista, y que no porque no las podamos «comprender ni imaginar son menos verdaderas ni menos «apetecibles.» «En efecto, añade Bossuet, cuyo candoroso ta- «lento era tan á propósito para exponer el milagro de aquella «conversion; en efecto, falta un *sentido* á los incrédulos como «al ciego; y este sentido lo da Dios conforme aquellas pala-

«bras de san Juan: *Nos dió un sentido para conocer al verdadero «Dios, y para vivir en su verdadero Hijo*[1].»

¿Qué podemos decir, despues de esto, á los que tienen la desgracia de estar privados de la Gracia? Dirigirles aquellas palabras del Salvador á la Samaritana: «¡Si supieras lo que «es este don de Dios!!!»

Estudiemos ahora los medios de adquirirla.

§ II.

La Gracia, considerada en su principio (pues hasta aquí no la hemos definido mas que segun sus efectos), es *la Vida divina en nosotros*[2].

Para comunicárnosla podia Dios obrar inmediatamente sobre nuestra alma, y esta manera de obrar de la Gracia tiene lugar algunas veces. La simple elevacion de nuestros corazones hácia él por medio de la oracion podria además atraer sobre nosotros sus frutos, efecto que la oracion produce todos los dias, y que la ha valido ya el nombre de *canal general de las gracias*. Por otra parte, la oracion es indispensable para el buen éxito de los demás medios particulares de que vamos á tratar, y que son como su cultivo.

Además de esta accion inmediata de Dios sobre el alma, además de este medio de la oracion, Dios ha instituido, en efecto, medios particulares de comunicarnos sus gracias; medios obligatorios, por lo mismo que están á nuestro alcance, á los cuales puede disponernos la oracion, y sin los cuales ella misma se agostaria muy luego.

Estos medios son los *Sacramentos*.

I. ¿Qué es *Sacramento*?

Es un signo visible de la Gracia invisible, instituido para nuestra santificacion[3].

En esta definicion dominan dos caractéres, que es menester tener muy presentes:

Los Sacramentos son *signos*, es decir, *imágenes sensibles* de lo que la gracia de Dios obra invisiblemente en nuestras almas, y que tienen por objeto el recordárnoslo.

¿Es esto todo, y no son los Sacramentos otra cosa que signos, y unos símbolos?

[1] Bossuet, *Oracion fúnebre de Ana de Conzaga*.
[2] *Semen Dei, participatio quædam naturæ divinæ*. (Santo Tomás).
[3] Definicion de San Agustin, que está admitida en los catecismos.

No; poseen además la virtud *de obrar lo que significan.*

Dios, que podia generalizar sus gracias, las ha concretado, en lo que tienen de mas eficaz, en los Sacramentos, que son como sus canales. Indudablemente estos medios no son *para él* exclusivos: y, fuera de los Sacramentos, tiene mil caminos para llegar inmediata ó mediatamente hasta nuestras almas, y hacerles sentir los toques de su gracia; pero quiso escoger el camino de los Sacramentos y de sujetarnos á ellos de una manera muy particular, hasta el punto de hacer este camino exclusivo *para nosotros*, cuando solo depende de nosotros el recurrir á ellos.

Mas adelante nos detendrémos á estudiar la sabiduría de esta divina institucion de los Sacramentos. Entre tanto empezemos observando bien los dos caractéres que los distinguen: son á la vez *signos* y *agentes* de la Gracia; tienen la doble virtud de *representar* y de *producir* la justicia y la santidad.

Es, pues, preciso distinguir cuidadosamente los demás signos usados en la Religion, como las imágenes, las ceremonias, aun las que acompañan ordinariamente la administracion de los Sacramentos, y que en rigor no forman parte de ellos: es preciso, decimos, distinguir entre esto y el cuerpo de los mismos Sacramentos. En estos con el signo concurre el efecto, con la imágen la realidad.

En su epístola á los romanos dice san Pablo, hablando del universo, que *las invisibles perfecciones de Dios se hacen en él visibles por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas.* Si las criaturas, además de manifestarnos las divinas perfecciones, tuviesen la propiedad de comunicarnos estas perfecciones, podríamos decir que son otros tantos Sacramentos.

Segun el Génesis, parece que Dios habia concedido esta virtud á una de sus criaturas, desde antes de la caida del hombre. En medio del paraíso terrenal habia colocado un árbol misterioso, llamado *el árbol de la vida*, cuyo fruto debia ser para el hombre un alimento de inmortalidad; y á juzgar de sus efectos por los del *árbol de la ciencia del bien y del mal*, podemos creer que eran tan morales como físicos, y que debian producir la santidad en el alma así como la salud en el cuerpo.

Siendo esto así, puede decirse que el *Sacramento* es un cierto modo de institucion natural.

Como consecuencia de su infidelidad, incurrió el hombre en la pérdida del beneficio de esta institucion. «Impidamos, dice «Dios en el Génesis, que Adan no alargue quizá su mano, y «tome tambien del árbol de la vida, y coma, y viva para siem-

«pre... y el Señor Dios echó á Adan del paraíso del deleite, y á «su entrada puso Querubines y espada que arrojaba llamas y «andaba al rededor para guardar el camino del árbol de la «vida [1].»

Excluido así el hombre de la participacion del Sacramento del *árbol de la vida,* debia morir eternamente. Pero Dios, que habia resuelto salvarlo, entonces mismo le prometió volverle á dar este Sacramento bajo una forma mas noble, mas inmediata, mas gloriosa para él; es decir, segun san Juan, que la VIDA *misma que era al principio,* debia venir á vestirse de nuestra humana naturaleza, y manifestársenos de nuevo, pero bajo la forma que convenia al hombre pecador, bajo la forma de esclavo y de víctima, y hacerse por medio de su expiacion el principio, el alimento y la fuente de nuestra nueva justificacion [2].

Tal es Jesucristo. Es como un nuevo *árbol de vida,* plantado en medio de la humanidad, para purgar en ella los efectos del *árbol del bien y del mal.*

Convertidos, por nuestra participacion original con este último en ramas *silvestres* que no dan mas que fruto emponzoñado, no podemos volver á ser *perfectos* como antes, hasta que habrémos sido INGERTADOS EN JESUCRISTO, y que, *participantes de su muerte expiatoria, hayamos tambien llegado á ser participantes de su resurrecion* [3].

Por esto decia Jesucristo: «Yo soy la verdadera vid que da «á sus sarmientos el alimento y la vida; como el sarmiento no «puede de sí mismo llevar fruto si no estuviese en la vid, así «vosotros no podeis hacer ninguna obra saludable si no estu«viéreis en mí [4].»

La muerte de Jesucristo es el principio y la fuente de esta santificacion. Es como la *incision* por la cual se nos comunica la sávia de la divina Gracia, que poniéndonos á todos en un estado semejante y correspondiente de mortificacion, nos *ingerta* en él, derramando sobre nosotros esa Gracia preciosa que nos hace participantes de la misma virtud de Dios, y nos pone en camino de poder volver á la inmortalidad, de la cual fuimos excluidos.

[1] Genes III, 22, 24.

[2] QUOD FUIT AB INITIO, *quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ, et* VITA MANIFESTA EST.

[3] *Si enim* COMPLANTATI *facti sumus similitudini mortis ejus: simul et resurrectionis erimus.* (ROM. VI, 5.)

[4] *Ego sum vitis, vos palmites... Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso, nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis.* (Joan. XV, 4, 5).

Jesucristo, en su pasion y muerte, es como el tronco de los Sacramentos; él mismo es el Sacramento de los Sacramentos; estos no son mas que las ramas por las cuales se extiende y comunica á la humanidad.

Es necesario estudiar mucho el conjunto de este divino plan.

De Adan, pecador, se transmitió la concupiscencia á toda la humanidad; y de Jesucristo, mediador, volvió la gracia á esta misma humanidad.

La concupiscencia se transmitió de Adan á nosotros por el canal de la generacion; la Gracia se transmitió de Jesucristo á nosotros por el canal de los Sacramentos.

Por la generacion carnal de Adan nacemos corrompidos, esclavos del mal, hijos de malicia y de perdicion; por la regeneracion sacramental de Jesucristo renacemos purificados, nos hacemos libres, hijos de justicia y de inmortalidad.

De modo que por la via de los Sacramentos, Jesucristo es para el bien lo que por la via de la generacion fue Adan para el mal. Es el nuevo Adan en quien podemos renacer de nuevo. El pecado original, que inundó con sus consecuencias todo el género humano, ha encontrado en él solo una solucion de continuidad, un dique, y no solamente un dique, sino una reaccion hácia la Gracia original, de la cual Jesucristo es orígen, y por la cual todos los hombres, hasta el mismo Adan, habrán podido ser justificados.

¿Puede darse una doctrina mas sencilla, mas luminosa y mas consoladora?

II. Á primera vista indudablemente parece esta doctrina algo rara; pero ¿qué hay que no sea extraño en todo lo que concierne á los fines del hombre, á menos que sea para los que en nada reflexionen?

Vacilar en abrazar la Religion, porque encierra cosas raras, es una verdadera contradiccion: siendo propio de la Religion arrancarnos de nuestro estado actual de ignorancia en que nacemos, debe contener de necesidad cosas que naturalmente ignoramos nosotros, cosas nuevas, sobrenaturales, raras. De donde se sigue que, á menos de ignorar que todo lo ignoramos, que seria la peor de todas las ignorancias; á menos de ser insensibles á este estado, que seria la peor de todas las insensibilidades, es preciso admitir la rareza en materias de religion como una condicion virtual de verdad.

Este pensamiento, aunque elemental, no se nos alcanza cási

nunca: y debemos recordarlo siempre y conservarlo en nuestra memoria como un correctivo de nuestra incredulidad. Su aplicacion es, sobre todo, indispensable en el presente Estudio que es cabalmente sobre el punto mas misterioso, porque es el mas intrínseco de todo el Cristianismo.

Hay otra reflexion, igualmente muy sólida y exacta, que debemos en general tener presente, y sobre todo aquí.

Los puntos mas misteriosos de la doctrina cristiana corresponden á otros tantos puntos de nuestra naturaleza, mas misteriosos todavía, y tienen por objeto explicarlos y hacerlos desaparecer, con la inmensa ventaja de que los misterios de nuestra naturaleza en sí mismos son absolutos, inconciliables, desesperantes; y los misterios de la Religion presentan un encadenamiento luminoso que los explica unos por otros, y sobre todo, una virtud vivificante que demuestra sus principios por medio de los resultados.

Por ejemplo: al lado del misterio religioso de la Gracia se encuentra, como vimos, el misterio natural de la concupiscencia; misterio mucho mas absoluto, mucho mas inconciliable en sí mismo con la idea de órden á la cual todas las demás ideas nuestras deben encaminarse.

Y si del hecho de la concupiscencia pasamos al fenómeno de su transmision, encontrarémos la misma rareza, mayor seguramente que en la transmision de la Gracia.

¿Qué es lo que nos parece tan raro en la transmision de la Gracia? Es que la *inclinacion al bien* es en nosotros fruto del mérito de otro que es Jesucristo. — Pero *la inclinacion al mal*, ó la concupiscencia que nos invade ya al nacer, ¿es por ventura fruto de nuestro demérito? ¿No debemos creer que precede en nosotros á la accion de nuestra libertad, y no solo que la precede sino que la paraliza?

¿Puede haber rareza en que un fenómeno enteramente espiritual, como la Gracia, nos sea comunicado por conductos materiales y sensibles como los Sacramentos? —Y ¿por dónde se nos comunica la concupiscencia, sino por el conducto material de la generacion?

Explicadnos cómo el acto ciego de la generacion, el conducto de la carne y sangre, nos transmiten con las enfermedades del cuerpo las del alma, y os explicarémos cómo la participacion sensible de los Sacramentos obra su curacion. Explicadnos nuestra solidaridad carnal en Adan, y os explicarémos nuestra solidaridad espiritual en Jesucristo. Explicadnos, en una palabra, la concupiscencia por medio de la generacion, y

nosotros os explicarémos la regeneracion por medio de la Gracia.

Si apuramos mas las cosas, verémos que la Gracia y su transmision son mucho menos inconcebibles que la concupiscencia. Si la gracia nos viene de Jesucristo; si nos viene por conductos materiales, es menester comunmente otra cosa para que podamos alcanzarla: nuestra *voluntad*, nuestro propio *mérito;* siendo así que nuestra *voluntad* y nuestro *demérito* permanecen extraños á la transmision de la concupiscencia.—El misterio del misterio, si podemos decirlo así, es que la depravacion de la voluntad en la raza humana se transmita sin el concurso de la voluntad, lo cual no sucede en el misterio de la Gracia, en el que la transmision del bien no se efectua comunmente sino por la adhesion sacramental de la voluntad humana á la divinidad de Jesucristo.

Desterrémos, pues, esos temores pueriles que excitan en nosotros los misterios de la Religion, mucho menos difíciles que los de la naturaleza. Esto seria tener miedo á su propia sombra, porque el misterio nos sigue y va siempre pegado á nosotros como nuestra sombra. Solo los espíritus flacos nada creen ó lo creen todo. La fuerza y rectitud del entendimiento, la verdadera filosofía, consisten en evitar la supersticion y en abrazar una fe racional. Y ¿qué cosa mas racional que la fe cristiana? ¿Qué cosa mas decisiva, aparte la sabiduría que nos revela el estudio de sus misterios, que la prueba de la experiencia á la cual ella misma apela por medio de estas hermosas palabras de su Autor: «El que haga la voluntad de mi Pa«dre, conocerá si mi doctrina procede de él, ó si yo hablo por «mi propia autoridad?»

Pero prosigamos.

III. Un estudio concienzudo puede descorrer muchos velos haciéndonos descubrir en la institucion de los Sacramentos razones tan sólidas como numerosas.

La primera y mas clara es la siguiente: Si el hombre no hubiese tenido cuerpo, se le hubieran dado los verdaderos bienes despojados de toda envoltura extraña; pero ya que el alma se halla unida á un cuerpo, era preciso que las cosas sensibles fuesen para ella un medio de conocer las cosas invisibles. Este es el órden de la naturaleza misma. Nada llega hasta nuestra alma sino por la mediacion de los sentidos, de donde tomó orígen aquel adagio escolástico, verdadero en sí: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.* No queremos decir que

esta ley sea absoluta, pero al fin es ordinaria y natural; de donde se sigue que la transmision de la Gracia por el conducto sensible de los Sacramentos es menos extraña que si se efectuara de una manera inmediata é innata.

Esta primera razon se corrobora con la siguiente: no adquiriendo nosotros la Gracia como la concupiscencia, *involuntariamente*, como ya hemos visto, es necesario que correspondamos á ella. Esta correspondencia supone, pues, de parte de Dios una advertencia para disponernos á ella, y de parte nuestra la manifestacion de sometérnosle, lo cual se efectúa con los Sacramentos, que son como los puntos de reunion de la Gracia de Dios y de la fidelidad del hombre; y supone tanto mas el empleo de estos medios sensibles, cuanto que el hombre es parte correspondiente en esta divina comunicacion.

Por otra parte á nuestro entendimiento le cuesta trabajo creer en las cosas que solo ve en promesa: así vemos que toda la historia de la Religion desde su principio ofrece una série de signos y figuras, por cuyo medio Dios recordaba y confirmaba la certidumbre de sus promesas. Era, pues, conforme á esta exigencia de nuestro entendimiento y á esta conducta de Dios, que Jesucristo al prometernos el perdon de nuestras faltas, la gracia celestial y la comunicacion del Espíritu Santo, estableciese signos sensibles que fuesen como los gajes de su alianza con nosotros, y las infalibles garantías de su fidelidad en cumplir lo que nos habia prometido.

No olvidemos tampoco que el hombre está destinado por la naturaleza á vivir en sociedad con sus hermanos, y que la Religion estrecha y consagra los vínculos de esta sociedad. Ninguna sociedad de hombres, á cualquiera religion verdadera ó falsa que pertenecieren, puede componer un cuerpo, si estos hombres no están enlazados por algun signo ó señal sensible que los una entre sí, y que los distinga de los que quieren permanecer apartados de esta sociedad. Los Sacramentos producen este doble efecto: distinguen á los cristianos de los infieles, y son como el lazo sagrado que los une y liga entre sí. Por medio de los Sacramentos profesamos exteriormente nuestra fe y la hacemos pública en el mundo. Por su comun participacion nos sentimos inflamados de esa caridad que debe animarnos mútuamente á todos, pues nos unen con los lazos mas indisolubles y sagrados, y nos hacen miembros de un solo y mismo cuerpo en el tiempo y en la eternidad.

Hay todavía otra razon de la institucion de los Sacramentos, muy importante á los ojos de la piedad cristiana, y es que do-

man y reprimen el orgullo del espíritu humano, y nos obligan á la práctica de la humildad. Habíamos abandonado á Dios de una manera indigna para entregarnos á las criaturas, y los Sacramentos nos obligan á prescindir de las cosas sensibles para obedecer á la voluntad de Dios.

En fin, hay otra razon todavía mas profunda y mas inmediata, que hemos explanado ya en otro lugar, hablando del dogma de la Encarnacion, y por lo mismo nos limitarémos á recordar ahora el pasaje:

«De hecho, las tradiciones universales, de acuerdo con la al-«ta filosofía, nos han enseñado suficientemente la causa: el «hombre se habia hecho grosero y carnal; su alma se habia «ido poniendo densa hasta identificarse con la carne, en la «cual se hallaba sepultada como en un sepulcro; cada vez mas «entregada á los sentidos, y enteramente distraida al exterior, «no veia ya nada, nada comprendia de las cosas del espíritu, «y las puertas del mundo invisible estaban, por decirlo así, «cerradas para ella. En este estado la Razon pura, abstracta é «ideal se le hubiera presentado en vano, ¡qué digo! no habia «dejado aun de presentársele siempre; pero su celestial res-«plandor era neutralizado por nuestras tinieblas, y no era si-«no como una centella divina oculta entre escombros: *tam-«quam obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis.*

«Para volverse á dar al mundo era, pues, necesario que la «Razon cambiase el medio de su comunicacion, y que se adap-«tase á nuestra flaqueza. Era necesario que se dejase ver bajo «una forma y por medio de atributos exteriores y sensibles, á «fin de volver á entrar en seguida en nuestro interior por las «puertas de los sentidos, y reedificar en *él al hombre espiritual.* «Era necesario que siguiese al hombre por las sendas en que «se habia extraviado, y que tomándolo por la mano lo hiciese «volver á subir por el mismo camino, de la carne al espíritu, «de lo visible á lo invisible, de la fé á la inteligencia, de las ti-«nieblas á la luz. Á este efecto, era preciso que la misma Ra-«zon, que debia ser ese *camino* de retorno, se adaptase á nues-«tra ceguera velando parte de sus resplandores, se hiciese vi-«sible y carnal, y que todas las virtudes que queria hacernos «practicar las hiciese oir á los oidos, ver á los ojos, tocar á las «manos, y en fin que las inoculase en esta misma carne espi-«ritualizada por su Gracia, como en el estado de naturaleza el «espíritu habia sido *carnalizado* por el pecado... Pero nuestro «estado de enfermedad exigia que se infundiese por sí mis-«ma en nuestros corazones, como un divino remedio, en el

«estado de encarnacion y de fe, para brillar despues interior-«mente en el estado de razon pura y de perfecta inteligen-«cia [1].»

Esto decíamos en nuestro Estudio sobre la encarnacion del Verbo; pero es tal la unidad de nuestro asunto y la relacion de los Sacramentos con el misterio de la Encarnacion, que les es aplicable el mismo argumento.

La union íntima de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, *el Verbo hecho carne*, es el hecho radical del Cristianismo. Toda la Religion debe descansar sobre esta misma union y estar enteramente penetrada de las consecuencias que de ella emanan: en cada una de sus partes debe descubrirse como un reverbero de la Encarnacion [2].

Seríamos inconsecuentes si tomáramos aisladamente el dogma de la Encarnacion, para admitir en seguida comunicaciones inmediatas y puramente espirituales entre Dios y el hombre; porque ¿con qué objeto se habria Dios encarnado sino porque la naturaleza humana tenia necesidad de un *Mediador*, y de un Mediador *visible?* ¿Acaso el Verbo eterno no habria venido mas que un momento á la tierra, con el solo objeto de revestirse de nuestra carne como con un traje de teatro, y acabada su mision, dejarnos como antes sin comunicacion con el mundo invisible, y obligados hasta cierto punto, segun la bella expresion de san Pablo, á *buscar á Dios con las manos y como á tientas?* No: vino á crear un nuevo órden de cosas, fundado en la Encarnacion, en la mediacion visible de la Verdad, que, segun la expresion de Bossuet, vino á residir personalmente entre los hombres; y á este fin fundó una Iglesia en cuya palabra se encarnó su doctrina, de la misma manera que su gracia en los Sacramentos.

Hé aquí por qué no hay verdadero Cristianismo mas que en el Catolicismo; porque el Catolicismo manifiesta siempre en la enseñanza de la doctrina, en la administracion de los Sacramentos y en su culto y ceremonias, relaciones de un mismo género, y porque hay en su conjunto como una magnífica reproduccion de la Encarnacion; mientras que el protestantismo, haciendo abstracto el Cristianismo y borrando todas sus relaciones sensibles, lo ha convertido en una inconsecuencia disolvente que de grado en grado ha ido llegando hasta el principio, hasta el dogma de la Encarnacion que ha espirado en el aislamiento, y se ha desvanecido en el espacio, no dejando

[1] Tomo I de nuestros *Estudios*, pág. 462.

[2] *Introduction á l' Étude des vérités chrétiennes*, par. Mr. l' abbé Gerbet.

en pos de sí mas que el socinianismo y el deismo, al cual habia de llegar necesariamente por semejante camino.

Los Sacramentos son, pues, como los órganos divinos de la Encarnacion; por su medio se particulariza en cada uno de nosotros la encarnacion divina en Jesucristo, convirtiéndose así todos los fieles, junto con su divino Mediador, en un solo cuerpo místico, en el cual él vive en ellos y ellos en él.

De este modo se justifica la institucion de los Sacramentos con razones tan fuertes como numerosas, y todo concurre á descubrirnos en el Cristianismo bien estudiado y comprendido una filosofía eminentemente trascendental.

IV. Si de este estudio del principio de los Sacramentos pasamos al de los varios Sacramentos en particular, volverémos á encontrar la misma sabiduría y la misma providencia.

Los Sacramentos son siete, distribuidos para toda la carrera de la vida del hombre; es decir, para socorrer todas sus necesidades, presidir á todos sus períodos mas importantes, é inaugurar todos sus cambios mas notables.

El hombre nace á la vida de la carne al entrar en el mundo, á la vida de la inteligencia y de la voluntad al entrar en la adolescencia, á la vida social al entrar en la edad madura, y en fin, á la vida eterna al morir.

Además de estos cuatro períodos de la vida, puede decirse que desde el segundo el hombre renace ó puede renacer todos los dias por la reiterada accion de su libertad sobre su perfeccionamiento moral.

Los siete Sacramentos corresponden de la manera mas admirable á estos diversos estados de nuestra existencia.

—El Bautismo es la *puerta* por donde entramos en la sociedad cristiana; nos *lava* ante Dios del pecado original, nos reviste de la inocencia como de un *vestido blanco*, y nos hace pasar de la *familia* de Adan á la de Jesucristo. Deposita en nuestra alma una levadura de gracia que fermenta en secreto, se desarrolla con nuestra razon y voluntad, y tiende á neutralizar la antigua levadura de la concupiscencia que está en nuestra carne, y que debe causar mas adelante tantos desórdenes.

—La segunda edad, la de la adolescencia, trae consigo el ardor de las pasiones y el ejercicio de nuestra voluntad, y es la edad crítica y ordinariamente decisiva en la vida del hombre. Hasta aquí no ha hecho mas que preludiar sus destinos, que han estado en manos de otro y que ahora van á pasar á sus propias manos. ¡Época terrible y fatal para la virtud, en

que empieza el combate, en que la vida y la muerte entran en terrible lucha! En este momento solemne interviene segunda vez la religion cristiana para *confirmar* la gracia del Bautismo, *ungir* al jóven atleta, *señalarlo* en la frente con la señal de salud que debe distinguirlo en la pelea, é imprimirle en la *mejilla*, con el signo de la afrenta, el valor para sobrellevarla hasta la muerte por la santa causa del deber, en la cual se halla aislado [1].

—Pero esto no es aun bastante: si la Confirmacion da armas y dispone para la lucha, no nos hace invulnerables, y nos deja correr peligros mortales, en los cuales mas de una vez podríamos sucumbir y recibir heridas que nos pondrian fuera de combate. Previendo esto la religion cristiana nos hace acompañar, desde este momento, por dos Sacramentos, que á diferencia de todos los demás, pueden recibirse con frecuencia, de los cuales el uno es como el *vulnerario*, y el otro el *cordial* del alma. Hablamos de la Confesion y de la Eucaristía, en cuyo exámen entrarémos luego muy detenidamente.

—Llega la edad madura, la edad social, en que la vida, hasta entonces agitada y vacilante, se fija y puede todavía rescatar muchos años de disipacion y de escándalo por años de arrepentimiento y de edificacion. En la primera edad el hombre es conducido por otro; en la segunda debe conducirse á sí mismo, y en la tercera conducir á los demás. Ofrécense á su eleccion dos estados, ambos grandes, ambos santos, ambos dignos de interesar á la Religion en las nuevas necesidades que los dos han de producir; ambos, en fin, aunque opuestos en apariencia, unidos por profundas analogías.

¡Entrar por medio del Matrimonio en la cadena de las generaciones, y transmitir la antorcha de la vida; formar de dos existencias una sola, y de esta sola existencia hacer que salgan muchas; cumplir los fines augustos de la naturaleza y asociarse en cierto modo á la grande obra de la creacion, y no solamente de la creacion física, sino de la creacion moral, cuya accion á su rededor es tan fecunda para el mal ó para el bien, y cuyos fines en uno y otro caso son eternos; ser esposo, ser autor de la existencia! este es el primer estado en el órden de la naturaleza, para el cual la Religion debia reservar un socorro particular. La union de los sexos, esta fuerza ciega que siembra las generaciones en los reinos inferiores, y

[1] Alude á la costumbre que hay en Francia de no administrar el sacramento de la Confirmacion hasta la adolescencia y despues de la primera comunion, lo que no se acostumbra entre nosotros. *(Nota de los Editores.)*

que se disuelve con la impulsion física que la determina, se halla elevada en el hombre á la dignidad de contrato social, y es la obra de la libertad, de la reflexion y del sentimiento ilustrado por el pensamiento. La Religion la eleva mas todavía, y la remonta á la altura de Sacramento; Dios mismo interviene en ella con sus gracias y la hace un acto no solamente lícito y noble, sino santo, en el cual él mismo toma parte, lo regala con la dote invisible de las virtudes, y lo arregla segun nuestros intereses eternos y segun su gloria. El sacramento del Matrimonio corresponde así admirablemente á los instintos de la naturaleza, imprimiéndole un sello de dignidad y de santificacion que la purga de todos sus desórdenes, y convierte en el mayor bien del hombre el agente mas terrible y acaso el mas inmediato de la concupiscencia.

El otro estado de la vida, para el cual ha establecido tambien la Religion un Sacramento, es el del celibato religioso del sacerdocio. Estado tan sublime, tan santo, tan puro, que puede decirse que tiene mas de ángel que de hombre, pues que no deja á este último un cuerpo sino para consagrarlo al servicio de Dios y de los hombres, y convertirlo en mediador de las gracias celestiales, y hasta cierto punto en un Sacramento entre sus hermanos. Las razones de este admirable estado corresponden á muchos órdenes de ideas que seria demasiado difuso indicar ahora; pero dirémos tan solo que tiene un objeto eminentemente social y fácil de comprender.

El matrimonio concentra los recursos y la solicitud del hombre en la familia de que es jefe, y á la cual se debe desde luego todo entero. Bajo este punto de vista este estado es perfecto para la familia que cria y que alimenta, mientras la fortuna le es próspera. Pero, para las demás familias arruinadas, como hay tantas en la tierra: para todos esos niños sin padre, esos ancianos sin hijos, esas viudas sin apoyo, y aun para esas familias que, aunque no les falta ninguno de sus miembros, son como huérfanos de la Providencia; y en fin, hasta en el seno de la opulencia, para todas esas angustias, tanto mas punzantes cuanto mas secretas son, y para esos males tanto mas horribles cuanto que están cubiertos con la apariencia de todos los bienes; para todos esos abandonados de la fortuna y de la felicidad; cualesquiera que sean, en una palabra, el matrimonio tiene algo de exclusivo, de personal, de sordo, que con frecuencia no ve en todas estas miserias, que pululan á su rededor, mas que un objeto de temor y de ansiedad para sí mismo, y que le hace escasear tanto mas sus socorros

cuanto mas privados ve á los otros de ellos.—El sacerdocio cristiano equilibra precisamente este estado por medio del celibato religioso. Balancea la fuerza absorbente del matrimonio con la fuerza expansiva de la abnegacion y de la caridad. Aparta del matrimonio y de la familia algunas existencias y algunas fortunas, solo para reservarlas en favor de los que se hallan privados de los auxilios y dulzuras del matrimonio y de la familia; y mientras el matrimonio funda y propaga, el sacerdocio viene detrás de él á reparar y conservar. Intercesor de los pobres para con los ricos, limosnero de los ricos en favor de los pobres, consolador y confidente de todos, y en cierta manera *corredor* de la Providencia, siendo, en fin, *de todos* para ser *todo de todos*, introduce entre los diversos miembros de la familia humana, aislados por sus intereses respectivos, el dulce lazo de la fraternidad, de la caridad, y los enlaza tanto mas cuanto que los junta en el centro de toda caridad, en el corazon mismo de Jesucristo.—Tal es el fin eminentemente social del celibato religioso en el Cristianismo.

Pasando á otro órden de ideas, podemos añadir que el sacerdote cristiano, para ser digno órgano de la autoridad y de la santidad divina, para ser superior á los hombres, debe mostrarse en sí mismo superior al hombre. Este sentimiento es el que, entre cási todos los pueblos del universo, ha hecho considerar la castidad como la primera condicion del sacerdocio. En el Cristianismo esta condicion debia ser mas rigurosa, porque esta Religion es el espiritualismo por excelencia, y tiende siempre, por medio de todos sus dogmas, su moral y todas sus prácticas, á formar en nosotros *el hombre espiritual;* es decir, la preeminencia del espíritu sobre la materia, del alma sobre los sentidos.

Estas consideraciones, tan incompletas como son, bastan al presente para dar á conocer la eminencia del sacerdocio cristiano, y la necesidad de un Sacramento especial para investirlo de todas las gracias que deben santificarlo.

Tal es el objeto del sacramento del Órden, que perpetúa en el seno de la Iglesia la mision apostólica que aquella recibió de Jesucristo; transmite y comunica á través de las edades el sagrado fuego con que la animó, y bajo este respecto cumple en la sociedad religiosa con los mismos fines que el matrimonio en la sociedad civil. Marcando al sacerdote con un sello indeleble, le da los socorros que, unidos á los que sobre él refluyen de la administracion de los Sacramentos, y especialmente á los que él mismo atrae directamente sobre sí todos

los dias en el de nuestros altares, lo elevan en general hasta un grado de santidad que cautiva nuestros respetos, y aun cuando alguna vez se mostrara infiel á su carácter, lo constituyen, á pesar de su indignidad, en dispensador de las mas puras y abundantes gracias, pues estas no dependen de los ministros sino de los Sacramentos.

—En fin, la vida del hombre, cualquiera que sea el estado que haya abrazado, cualquiera que sea el camino que haya recorrido, del crímen ó de la virtud, de la prosperidad ó del infortunio, llega á la muerte, que es como un angosto y sombrío desfiladero, por el cual todos los hijos de Adan están condenados á pasar para dirigirse al tribunal de Dios y empezar en él sus eternos destinos. En este momento supremo en que el hombre va á dejar de obrar; en que todo lo que ha hecho en vida va á serle imputado en juicio, sin que pueda volverse atrás para enmendarlo, y en que la cuenta de sus acciones, cualesquiera que hayan sido, va á ser fijada para siempre, la religion cristiana interviene tambien por medio de un Sacramento último, y así como al principio por el Bautismo nos habia introducido en la vida de la gracia, por la Extremauncion nos llama otra vez á ella, y nos introduce de nuevo en ella por la última vez junto á los umbrales de la muerte.

La Extremauncion es como el bautismo de la otra vida, solo que se halla colocada del lado de acá, porque del lado de allá la justicia tiene ocupada su entrada. Nos hace morir al pecado antes que muramos á la naturaleza; cierra sucesivamente las puertas de la concupiscencia, y hace entrar de nuevo la gracia del perdon por el mismo sitio donde se habia perdido la de la inocencia: *Por esta santa uncion*, dice el sacerdote, *el Señor te perdone todo el mal que hiciste con la vista, el olfato, el tacto*, etc.; y con estas palabras, con la uncion que las acompaña y las sublimes oraciones que las siguen recibe el alma fiel la vida de la gracia, y se obra con frecuencia en ella una alegría y una paz tan sensibles, que el mismo cuerpo encuentra quizás en ellas un principio de mejoría, y el alma bendice y ama siempre los padecimientos, mas á veces que los criminales placeres de que son dolorosa expiacion.

Los siete Sacramentos están de esta manera distribuidos para presidir á todos los períodos notables de la vida, é introducir en nuestra alma gracias especiales conforme á sus diversos estados.

Indudablemente la gracia en su principio es la misma, es siempre la virtud de la pasion de Jesucristo; pero se nos co-

munica por los Sacramentos en proporcion á nuestras necesidades; se especializa en sus efectos y se modela hasta cierto punto á nuestras debilidades, para ponerse al alcance de nuestra voluntad, para entrar en nuestras disposiciones mas diversas, y hacernos volver á Dios.

El que reflexione sobre la debilidad humana y su gran miseria comprenderá cuán profundas y divinas son la sabiduría y bondad de una religion que tan bien sabe ponerse en contacto con nosotros, encaminarnos sin cesar á la perfeccion misma de Dios, y, teniendo siempre en cuenta y conciliando á la vez su auxilio y nuestra libertad, su accion divina y nuestra fe, su sublimidad y nuestra bajeza, dirigirse á sus fines con una fuerza invencible por unos medios cuya condescendencia y suavidad nada iguala.

Pero para completar este estudio debemos volver á tratar de los dos Sacramentos que son como el nervio y el alma del Cristianismo: la Confesion y la Eucaristía.

CAPÍTULO XVI.

DE LA CONFESION.

Si se quiere saber qué dogmas y prácticas del Cristianismo son los mas admirables, no hay necesidad sino de examinar cuáles han sido los mas insultados; la espuma honra al freno.

Bajo este supuesto debemos esperar hallar en los dos Sacramentos propuestos abundante materia de estudio, y la confirmacion de esta verdad general, á saber: Que es propio de todo lo que es profundamente sabio y verdadero el parecer superficialmente incomprensible y contestable, precisamente porque sus razones son profundas.

Ocupémonos primeramente de la Confesion.

«Todo dogma católico tiene sus raíces en las últimas pro-«fundidades de la naturaleza humana, está apoyado en algun «sentimiento innato, como nuestra propia existencia, y por «consiguiente en alguna tradicion universal y tan antigua «como el hombre...; verdad que descuella principalmente en «el dogma de la Confesion y la Penitencia. En este punto, «como en todos los demás, el Cristianismo ha revelado el «hombre al hombre; se ha apoderado de sus inclinaciones,

«de sus creencias eternas y universales: ha puesto en eviden-«cia sus antiguos fundamentos; los ha purificado de toda «mancha y de toda mezcla extraña; los ha ennoblecido con «el sello divino; y sobre estas bases *naturales* ha establecido «su teoría *sobrenatural* de la Penitencia y de la Confesion sa-«cramental.»

Estas bellas reflexiones son de José de Maistre [1]. Si no las hubiera hecho nunca mas difíciles de justificar, se habria librado mas fácilmente de la nota de paradojista, nota á que se ha expuesto mas que no la ha merecido; pues semejante á un cometa este brillante talento, tiene su aparente irregularidad, y con frecuencia inspira tambien su terror.

Examinemos ahora la exactitud de su reflexion:

I. Bajo el punto de vista mas humano, la Confesion es la *confidencia*. Y ¿hay algo mas natural que la confidencia, ese movimiento de un corazon *que se inclina hácia otro para derramar en él un secreto* [2]?... Esta verdad sirvió un dia para que el cardenal de Cheverus hiciera una oportunísima reflexion. Habiéndole dicho una señora protestante que lo que mas le repugnaba en la religion católica y mas le impedia el abrazarla era el precepto de la confesion: «No, señora, repuso el «amable apóstol, no os repugna la confesion tanto como vos «misma creeis; al contrario, sentís su necesidad y su valor, «pues hace rato que, sin pensarlo, os estais confesando con-«migo. La confesion no es otra cosa que la confidencia de las «penas de la conciencia, que me estais exponiendo para que «os dé mi parecer [3].»

Esta necesidad de la confidencia es *innata* en el corazon del hombre: todos la experimentamos lo mismo en las amarguras que en las alegrías, y sobre todo en las primeras. Todos nos encorvamos bajo el peso de la tristeza, de la contradiccion, de la inquietud; buscamos entonces una alma que se digne suspender sus propios cuidados para interesarse en los nuestros, y no siempre la encontramos: el sitio está ya ocupado. Los mas desgraciados, es decir, los que mas necesidad tienen de un confidente, son precisamente los que menos lo encuentran, viéndose obligados á beber sus lágrimas en secreto por faltarles una mano discreta que se digne enjugarlas. Los mas felices, es decir los que lo parecen mas, se sienten agitados

[1] *Veladas*, t. II, pág. 233.—*Del Papa*, t. II, pág. 439 y 443.
[2] Palabras de Bossuet.
[3] *Vida del cardenal de Cheverus*, pág. 60.

por igual necesidad, y si es cierto que las penas mas penetrantes son las mas íntimas, es menester tambien convenir en que son las que menos consuelo reciben, precisamente porque las causan aquellos á quienes solo podríamos confiarlas si no nos las causasen ellos mismos. Además ¡cuántas penas *indecibles*, cuántas dificultades de delicadeza, que seria imposible y peligroso el confiar á cualquiera! ¡Cuántas confidencias inconsideradas han corrompido y despedazado el corazon que deberian haber purificado y consolado! No está todo en encontrar una alma atenta y dispuesta á lo que se busca; es preciso encontrarla pura, discreta, generosa, experimentada é ilustrada, y no basta encontrarla una vez y para una cosa que le interese, sino mil veces y para las cosas que nos son mas exclusivamente personales, y que solo á nosotros interesan. ¿En dónde encontrar una alma semejante? ¡Cuántos corazones desgraciados se entregan al crímen ó á la desesperacion por no haber podido dar con ella!

Sucede esto sobre todo en los tiempos de una revolucion como la nuestra, en que el continuo desquiciamiento de condiciones é intereses fomenta y desvanece á la vez tantas ambiciones y esperanzas, y en que el rompimiento de los lazos domésticos y sociales irrita con el aislamiento los corazones heridos ya por la decepcion. De aquí resultan tan fatales explosiones. La sociedad en el dia es como una máquina de gran presion sin válvula de seguridad. La Confesion, ese divino desagüe de las penas del alma, se adaptaria maravillosamente á este estado, y todo hombre de buen juicio, que se pare á reflexionar en ello, quedará convencido de que el abandono en que ahora se la tiene contribuye muchísimo á todos esos suicidios y á todos esos crímenes que ensangrientan hoy nuestras costumbres con el puñal, como lo hicieron en otro tiempo con la espada.

La Confesion provee admirablemente á esta gran necesidad del corazon humano: la confidencia. Ella ofrece á nuestra eleccion una multitud de hombres distinguidos con cuya amistad se honrarian los potentados, y que no se rehusa á los mas infelices; hombres que reunen todas las condiciones de virtud, de sabiduría y experiencia que ni por la mas feliz casualidad ni aun buscándolos asiduamente encontraríamos en otra parte, y á las cuales ellos juntan un espíritu de abnegacion y de sobrenatural caridad, que solo puede proceder de la fuente de su ministerio. Por estado, y por un estado que desempeñan generalmente con ardiente celo, nos esperan á todas

horas, de dia y de noche; cualesquiera que seamos, pobres ó ricos, sabios ó ignorantes, en el momento que queremos escuchan con atencion, con paciencia y sin cansarse, la relacion de nuestras mas viles miserias; entran sin repugnancia en los mas vulgares detalles de nuestra situacion; comparten con nosotros nuestras penas, las alivian con solo escucharlas, y las consuelan completamente indicándonos medios para cegar su fuente, que es ordinariamente la misma de nuestros extravíos, empleándose á veces ellos mismos en quitárnoslas, y haciéndonoslas aceptar siempre por un espíritu de resignacion y de sacrificio que saben inspirarnos con tanta mas facilidad, cuanto que su vida entera es un ejemplo vivo de ellas. Para acabar de pintar todo el mérito de esta admirable institucion, señalarémos dos de sus mas bellas condiciones: la primera es que el confidente se halla ligado con el mas formidable empeño á la ley del *secreto* mas inviolable, y es tan fiel en este punto, que, entre tantos millones de casos, no se encuentra ni un solo ejemplo de violacion, por mas críticas que hayan sido las circunstancias y aun cuando el confesor haya tenido alguna vez la desgracia de faltar á todas sus demás obligaciones [1]. La segunda condicion, que garantiza la primera y hace del confidente no solo un hombre discreto sino un hombre desinteresado y sacrificado, consiste en que se ha prohibido á sí mismo el contraer estos vínculos de afeccion, de familia ó de negocios que podrian hacerlo parte en lo que solo debe ser juez, que lo expondrian á la seduccion, y lo distraerian legítimamente de la solicitud y de la caridad con que debe estar animado por todos.

Por todos, y este es tambien un rasgo admirable sobre el cual es preciso insistir. Á los piés del confesonario, cualquiera que sea el rango del ministro que en él se sienta, todas las condiciones se mezclan y se confunden. Allí no hay preeminencia ni favor; todo ser humano, sea el que fuere, tiene derecho de acercarse á su vez, de obtener igual atencion, igual condolencia; y el grande de la tierra se ve con frecuencia obligado á esperar, y esperar por mucho tiempo, que los pesares que él mismo causó á un humilde doméstico suyo hayan sido consolados por la misma boca que reserva para él lecciones tal vez mucho menos suaves.

[1] «Es altamente prodigioso, quizás es hasta milagroso, que entre todos los crímenes de «la revolucion francesa, jamás se haya oido hablar de ninguna revelacion penitencial y «sacramental de parte de ningun sacerdote apóstata.» (*Memorias de la marquesa de Créquy*, t. V, pág. 31).

Pero no le basta aun al confesor tener su puerta siempre abierta á todo el que se presenta: él mismo irá si es menester, volará á la cabecera de la cama del enfermo y del moribundo, cualesquiera que sean su morada y su estado, se sentará en la paja en que está echado, respirará su aliento apestado, no se detendrá ante las asquerosidades y peligros que quizás harian titubear en acercársele á los parientes y amigos, subirá al cadalso del parricida, y único y postrer consolador del miserable mas justamente abandonado de los hombres, introducirá y encenderá de nuevo en esta alma criminal el amor de Dios y de la virtud, á fuerza de presentarle su imágen.

¡Y á pesar de esto ha habido hombres bastante ciegos para mofarse de la Confesion! ¡Cuánta lástima causan!!!

II. Pero la Confesion no es solo una confidencia: es además una *direccion*, y bajo este segundo respecto ha satisfecho otra necesidad no menos grande de la naturaleza humana.

Oigamos á esta explicarse sobre este punto, por la pluma de un pagano: ¿Cuál es, pues, Lucilio, esa maligna influencia que «nos desvia del punto á que nos dirigimos y nos coloca en el «sitio del cual huimos? ¿Cuándo y cómo podrémos librarnos «de ella[1]? Nadie en sí es bastante fuerte para resistirla: es pre«ciso que algun otro nos dé la mano y nos saque del abismo. «Epicuro habla de muchos que sin ayuda de nadie llegaron á «la sabiduría. Otros, segun él, tienen necesidad de ayuda... «Nosotros dos no pertenecemos en verdad á la primera cate«goría: ¿qué digo? se nos trataria favorablemente admitién«donos en la segunda. Nadie debe despreciar al que pueda «salvarse con la ayuda de otro, pues ya es mucho el querer sal«varse[2]. — Mas ¿á quién debo dirigirme? dirás acaso, á ese ó «á aquel?—Decídete por aquellos cuya vida es una continua «enseñanza; que despues de haber dicho lo que conviene ha«cer, lo prueban con sus acciones; que enseñan lo que es pre«ciso hacer, y nunca se les sorprende en las faltas que dicen

[1] Este es siempre el fenómeno de la concupiscencia, el *Video meliora, deteriora sequor*. Los impíos modernos han venido demasiado tarde para negar este desórden que solo el Cristianismo vino á explicar y reparar. Los paganos, mas desinteresados en la cuestion, la entablaron demasiado claramente y buscaron su solucion demasiado estérilmente, para que podamos quitar hoy al Cristianismo el honor de este divino resultado.

[2] Esto es uno entre tantos pasajes como se hallan en Séneca, que prueban que no estaba muy fuera de propósito el criado de la comedia cuando decia:

Este Séneca, señor,
Era un hombre tan bueno y elevado!

«se deben evitar. Toma un guia que sea mejor aun para visto «que para oido[1]...»

Estos consejos, que en el dia no podrian darse mejores, sobre la necesidad y la eleccion de un *director,* van seguidos en Séneca de un tal cuadro de los filósofos, entre los cuales aconseja buscarlo, que al mismo tiempo inspira la desconfianza de encontrarlo jamás. El Cristianismo satisface esta gran necesidad por medio de su sacerdocio y de la institucion de la Confesion. Forma hombres especiales en el arte de conocer las enfermedades del alma, en la experiencia de su tratamiento y en un cuidado tan grande de preservarse á sí mismos de ellas, que todos ofrecen á la vez el precepto y el ejemplo, y salen de su boca esas luces eficaces que persuaden lo que ellos aconsejan, disipan nuestras ilusiones, nos descubren las causas secretas de nuestras debilidades, desenredan la embrollada trama de nuestras pasiones, nos dicen clara y enérgicamente lo que nuestro juicio y nuestra conciencia no nos dicen mas que con voz débil y poco comprensible, y son, en una palabra, para nosotros, verdaderos *mentores* que ahuyentan el vicio, atraen la virtud y dirigen nuestros extraviados pasos por las sendas del deber.

¿No hay ya una ventaja muy preciosa en el solo hecho del contacto de una alma disipada con una alma recogida, en esta sola comunicacion de conciencias, una de las cuales obligada mas particularmente y por su estado á la virtud, formada cada dia en la perfeccion por la participacion de los santos misterios, preservada de todo cambio por la exencion de los cuidados y placeres que nos corrompen, y tanto mas dispuesta á dominar y arreglar las agitaciones en que nosotros nos hallamos sumergidos, cuanto ella solo las ve desde la ribera, y se enriquece todos los dias su experiencia con los restos de tantos náufragos como van á él para repararse por el arrepentimiento; una de las cuales, decimos, preservada é instruida de este modo, debe comunicar necesariamente á la otra su fuerza y su luz, y ser para ella como la piedra iman que atrae el hierro y le comunica sus propiedades?

Es verdad que para los que no ven la Religion mas que de léjos y al través de sus prevenciones, el retrato que hacemos de sus ministros es exagerado; es verdad que, segun ellos, son víctimas de las mismas debilidades, y que, bajo este respecto, el fruto de esta comunicacion es contestable y á veces hasta malo.

[1] Séneca, carta CDXI.

Nos reservamos contestar á esta objecion en lo que tiene de mas extremado, y solo dirémos entre tanto: Primeramente, que la experiencia la desmiente del todo, y que, á Dios gracias, hay aun bastante gente, y gente ilustrada, que hace uso de la Confesion para que podamos saber de su boca, y sobre todo conocer por su conducta, si lo que acabamos de decir es exagerado. ¿Se nos citará un solo hombre que *por virtud* se haya apartado de la Confesion?... Dirémos mas todavía: ¿se nos citará uno solo que no se haya apartado de ella *por vicio?*... Despues de semejante prueba parécenos que la buena fe estará en disposicion de pronunciarse.

La sola razon indica además que hay virtudes de posicion, y que por este solo título, prescindiendo de los auxilios sobrenaturales, la gran mayoría de los sacerdotes católicos, por las consideraciones que hemos aducido ya, deben ser los mas virtuosos de entre los hombres; y si añadimos á esta primera garantía la de una eleccion ilustrada y prudente, es indefectible que cada uno encontrará con facilidad entre ellos al sabio cuya descripcion acabamos de hacer.

Dos medidas hay para juzgar del mérito de los hombres: la de la perfeccion soberana, y la de nuestro estado ordinario de imperfeccion. Siempre aplicamos la primera á los ministros de la Religion, y se les condena sin piedad cuando á ella no corresponden; en seguida se pasa fácilmente de la maledicencia á la calumnia, y solo porque no son Ángeles, en nada se les quiere distinguir ya del resto de los hombres. Juzgadlos, sin embargo, comparándolos con estos, con vosotros mismos, y veréis con qué resplandores brillarán á vuestros ojos.

El clero católico (la verdad y la justicia nos obligan á reconocerlo) se distingue por una gran pureza de costumbres y por un mérito tanto mas real cuanto su humildad lo oculta á sus enemigos, y parece que conspire con sus prevenciones para no dejarles ver mas que sus debilidades. Si se encuentran por casualidad en él algunos miembros menos dignos, están paralizados para el mal, y funcionan hasta simpáticamente para el bien, movidos como se hallan por el santo vigor del cuerpo al cual pertenecen, mientras su propia corrupcion no les haya obligado á separarse.

En la actualidad bastante hemos dicho sobre esta objecion que por otra parte y como por un trastorno completo de la primera regla de todo juicio recto, tan solo la hacen al clero los que no lo conocen, y hasta tienen á gala el no conocerlo [1].

[1] Hay un hecho muy significativo, y cuyos testigos seria demasiado largo de pre-

III. Entremos ahora mas directamente en el *estudio* de la Confesion.

La Confesion no solo es una institucion de *confidencia*, y de *direccion,* sino que es principalmente la *confesion*, es decir, la humilde declaracion de todas las faltas de que la conciencia, recogida dentro de sí misma por el arrepentimiento, puede acordarse delante de Dios.

Bajo este punto de vista se atrae especialmente toda nuestra admiracion.

Si hay un hecho profundamente natural y verdadero, cualesquiera que sean sus causas, es que está en la esencia del espíritu humano el buscar la expiacion en la confesion. La conciencia universal, dice perfectamente De Maistre, reconoce en la confesion espontánea, hecha á la autoridad, una fuerza expiadora y un mérito de gracia; no hay mas que un sentimiento acerca de este punto, desde la madre que interroga á su hijo acerca de una porcelana rota ó de una golosina comida contra su mandato, hasta el juez que interroga desde su tribunal al ladron ó al asesino [1].

Es tan grande la fuerza de ese instinto misterioso que obliga á la conciencia á abrirse á las miradas de los hombres, que muchas veces el culpable rehusa, por obedecerle, la impunidad que el silencio le aseguraba, y busca él mismo la pena que podria evitar.

Todo concurre á consagrar esta verdad; porque, notadlo bien, esta verdad no resulta solo de ese movimiento interior que obliga al culpable á acusarse, sino de la buena acogida que dan los demás á la confesion que sale de su boca, de los miramientos que por ella le tienen, y de la satisfaccion que en ella experimentan ya para sí, ya para él mismo. Algunas veces toda la sociedad está como oprimida por el silencio y la denegacion de un culpable, aun cuando no tenga necesidad de su confesion para ratificar el juicio que contra él formó. Lo rodea con inquietud, se vale de todas las contemplaciones para favorecer su confesion; oye y calla con una especie de silencio religioso para dejarle hablar, y parece querer recabar á fuerza de atencion aquel SÍ precioso, que desde que sale de la boca del mas infame de todos los mónstruos, lo hace hombre, y le abre el acceso á la indulgencia de sus mismos acusadores.

No hay falta tan leve que el disimulo no envenene, así como

sentarlos aquí, y es, que todos los políticos que han pasado por el ministerio de los Cultos en Francia, han dejado en él todas sus prevenciones contra el clero.

[1] *Del Papa*, cap. 3.

no la hay tan grave que una generosa confesion no atenúe. Por esto tiene en la sociedad tanto valor la franqueza, que no hay nada que no haga perdonar, que no restablezca y repare, y que, base del honor, no pueda decirse de ella que no todo se ha perdido cuando no se ha faltado á ella ó cuando á ella se apela.

Y esto es porque la verdad, que es Dios, es el principio y el fin de todos los deberes de la vida, como dijo el poeta:

. . . . . *Vitam impendere vero.*

La verdad es como la atmósfera del alma y el centro comun de los espíritus. Una alma que se cierra á la verdad, muere y se excomulga á sí propia. Nos debemos á ella por la observancia de todos los deberes de que es principio, y nos la debemos todos unos á otros por la franqueza en nuestras relaciones.

De aquí se sigue que cuando incurrimos en una falta contraemos en aquel mismo momento tres clases de deberes para con la verdad violada: el primero es detestar interiormente la falta, y repararla por el arrepentimiento; el segundo es confesarla exteriormente para volver á entrar en comunicacion de verdad con nuestros hermanos; el tercero es reparar el mal que ella puede haber causado, y tributar á la verdad un homenaje de expiacion proporcionado á nuestra rebeldía.

Estos son los tres caractéres de toda confesion verdadera, aun bajo el solo punto de vista natural: —el arrepentimiento, — la confesion, —y la satisfaccion.

Estas tres condiciones son inseparables, se completan recíprocamente y las tres completan la Confesion.

Pero la principal, hasta cierto punto, porque supone las otras dos, —perfecciona el arrepentimiento y empieza la satisfaccion, — es la confesion.

La confesion debe, pues, ser considerada primero en sí misma;

Luego como expresion del arrepentimiento;

Y despues como fundamento de la satisfaccion.

Estamos ya aquí en el corazon de nuestro asunto, y es tal la armonía de la confesion con la naturaleza del hombre, la union de la teología con la filosofía, que aun cuando tratáramos el asunto solo por su aspecto natural y filosófico, lo habríamos tratado al mismo tiempo bajo el punto de vista teológico y religioso.

La confesion, considerada en sí misma, es primeramente una deuda que tenemos con la verdad y la sociedad. Al hombre se

le dió la palabra para expresar su pensamiento; esta y aquella deberian estar siempre en perfecta consonancia, dejar constantemente paso libre á la verdad y no detenerla nunca cautiva en injusticia. Por otra parte, todos estamos sujetos á la sociedad de la cual somos miembros, y le somos responsables de la verdad. Ella nos debe su crédito, y nosotros le debemos la verdad. Vivimos de su estimacion y confianza, pero con la condicion de que no la engañarémos acerca de la existencia del mérito que cree deber premiar en nosotros. Por consiguiente, cuando en realidad no es este el que parece, debemos á la verdad y á la sociedad el declararlo abiertamente y el restablecer la santa armonía que deberia haber siempre entre el pensamiento y la palabra, entre cada alma y la gran sociedad de las almas [1]. Por esto sentimos cierta incomodidad cuando oimos que nos alaban por virtudes que no hemos tenido ó que no tenemos, al mismo tiempo que estamos favoreciendo este error con nuestro silencio [2]. No declararse en semejante caso, es mentir, es engañar, es hacer traicion á la verdad y á la sociedad. Por esto inspira tan justo horror la hipocresía. Y sin embargo puede decirse hasta cierto punto que todo el que no se confiesa es hipócrita, ó á lo menos culpable de una ocultacion de verdad. Seria necesario, si fuera posible, que toda nuestra vida y hasta nuestros pensamientos fuesen trasparentes, y que nosotros fuésemos como de cristal. Entonces nos hallaríamos en un contínuo estado de confesion pública. En efecto, la confesion deberia ser pública, y lo era en efecto algunas veces en la primitiva Iglesia, precedida empero de la confesion particular al sacerdote, que siempre se consideró como necesaria para alcanzar la gracia de la remision de los pecados. Á principios del siglo v el papa san Leon abolió la confesion pública, dejando subsistir para en adelante la sola confesion auricular; lo cual, lo dirémos de paso, ha favorecido la preocupacion de que la confesion no habia sido instituida hasta esta época, preocupacion que los mismos términos en que se halla concebido

[1] «En verdad que el mentir es un maldito vicio, dice Montaigne, y un antiguo lo «pinta muy vergonzosamente cuando dice que es acreditar que se desprecia á Dios y se «teme á los hombres. No somos hombres ni estamos unidos unos á otros mas que por «la palabra; el que la desnaturaliza hace traicion á la sociedad pública: es el único «medio de comunicarnos nuestras voluntades y pensamientos; es el intérprete de «nuestra alma; si nos falta no nos entendemos, ya no nos conocemos...» (*Ensayos*, cap. 9. y 18).

[2] ¡Cuánto me gustan aquellas palabras de Bossuet al mariscal de Bellefonds! «Le «suplico á V. una vez por todas, que no me hable V. de mi inocencia, y con ello no «me trate V. como el mas indigno de los pecadores: le hablo á V. así de buena fe, porque «sentiria añadir la hipocresia á todos mis otros males.» (Carta XXI al mariscal de Bellefonds, t. II, pág. 18.)

el decreto de san Leon bastarian para desvanecer, aun cuando no leyéramos en todos los anteriores Padres de la Iglesia y hasta en los Hechos y las Cartas de los Apóstoles, y en el mismo Evangelio, el precepto y uso de la Confesion [1].

Si por las sabias razones aducidas en el decreto de san Leon, fue suprimida la confesion pública, no deja por esto de subsistir el principio del cual hemos deducido su necesidad, y milita con tanta mas fuerza en favor de la confesion particular, cuanto que tiene además en su apoyo, como despues verémos, un motivo muy especial. Léjos, pues, de rebelarnos contra la obligacion de esta última confesion, deberíamos ver en ella una mitigacion del deber natural de la confesion pública.

Esta reflexion la hace Pascal en términos muy dignos de aquella grande honradez que era uno de los distintivos de su talento [2].

Despues de haber probado que, léjos de incomodarnos contra los que censuran nuestras imperfecciones, deberíamos agradecérselo, puesto que nos libran de un mal que es la ignorancia de nosotros mismos, y que restablecen la verdad por nuestra cuenta, prosigue así: «Hé aquí los sentimientos que «se dispertarian en un corazon que estuviese dotado de equi- «dad y justicia. ¿Qué deberémos decir, pues, del nuestro, al «observar en él disposiciones tan contrarias?... Hé aquí una «prueba que me horroriza. La religion católica no obliga á «descubrir sus pecados indiferentemente á todo el mundo; «permite que nos mantengamos ocultos para con todos los de- «más hombres, y solo exceptúa uno solo, al cual nos manda «que manifestemos todo el fondo de nuestro corazon y que

[1] Hé aquí las sabias palabras de san Leon: «Prohibimos, dice, el recitar en público «la declaracion que hubiesen hecho los pecadores de todas sus faltas en detalle y por «escrito: basta con manifestar al sacerdote, por medio de una confesion secreta, los pe- «cados de que nos sintamos culpables. Son sin duda dignos de alabanza los que, en la «plenitud de su fe, no temen cubrirse de confusion delante de los hombres, porque es- «tán penetrados de un temor saludable al Señor; no obstante, como entre los peniten- «tes puede haber algunos que tengan justo reparo en publicar sus faltas, es preciso «abolir esta costumbre, á fin de que no se priven algunos de los remedios de la peni- «tencia, sea por vergüenza ó por temor de descubrir á sus enemigos acciones dignas de «castigarse por la autoridad de las leyes; pues basta con la confesion hecha primero á «Dios y luego al sacerdote.» (*Epístola CXXXVI*, pág. 356). — Reservamos los demás textos para probar despues que la Confesion es de institucion divina, y que sube hasta Jesucristo. Confesamos francamente que no concebimos cómo haya podido esto ponerse en duda.

[2] Tenia esto de comun con Montaigne, aunque este puso en práctica un poco mas de lo que debia el deber de la confesion pública, de que estamos hablando. Otro tanto y peor aun puede decirse de J.-J. Rousseau. Sin embargo es menester advertir que lo que hace sus confesiones tan escandalosas no es el que sean *públicas*, sino el ser *cínicas*, el no estar dictadas por el arrepentimiento, la humildad y el amor, que purifican y embalsaman las confesiones de san Agustin; en una palabra, es que no son verdaderas *confesiones*.

«nos le presentemos tales como somos. No hay mas que un so-«lo hombre en el mundo con quien nos manda ser francos, y á «él le obliga á un secreto inviolable; de donde se sigue que «semejante confianza es, respecto del que la recibe, lo mismo «que si no se hubiera hecho. ¿Podríamos inventar nada de mas «caritativo ni suave? Y no obstante es tal la corrupcion del «hombre, que aun encuentra rigurosa esta ley: y esta es una «de las principales razones que ha hecho rebelarse á una gran «parte de la Europa contra la Iglesia.—¡Cuán injusto é irra-«cional es el corazon del hombre creyendo malo el que se le «obligue á hacer con un hombre lo que seria hasta cierto pun-«to justo que hiciera con todos los hombres! ¿Seria acaso jus-«to que los engañásemos?»

Tal es la Confesion considerada en sí misma.

Considerémosla ahora en sus relaciones con el arrepentimiento.

Todos convienen en que la moralidad del alma humana, lo mismo que la salud del cuerpo, consisten en huir de los vicios, estudiarlos, conocerlos, arrepentirse de ellos, reparar sus efectos y evitar las recaidas.

Este trabajo de enmienda que todo hombre se debe á sí propio y á Dios que lo llama á sí, supone el estudio de sí mismo, el exámen de su conciencia, la confesion mental.

Pero nosotros nos atrevemos á decir que todo esto es en vano sin la confesion oral.

«Á diferencia de los males del cuerpo (el que está hablando «es un filósofo pagano), sentimos tanto menos las enfermeda-«des del alma, cuanto mas graves son. No os admireis de lo «que voy diciendo: cuando dormitamos y percibimos, aunque «vagamente, los objetos, sucede á veces que aun durmiendo «tenemos el sentimiento del sueño; pero un sueño profundo «impide hasta los sueños, y pesa de tal modo sobre el alma, «que la priva de todo uso de su inteligencia. ¿Por qué oculta-«mos nuestros vicios? Porque nos hallamos abismados en ellos; «*confesar* sus vicios es señal de curacion. Despertemos, pues, «para acusarnos de nuestros errores [1].»

Los vicios del alma tienen, en efecto, la propiedad, no solo de hacerla culpable, sino de dejarla en seguida menos sensible á la idea del mal, y de embotar el sentido moral. Sin duda que en el momento de faltar, se subleva la conciencia y da un grito; pero en seguida vuelve á decaer á causa de su pro-

[1] *Vitia sua confiteri, sanitatis indicium est. Expergiscamur ergo, ut errores nostros coarguere possimus.* (Senec., *Epist.* LIII.)

propia debilidad, y ya no conserva la misma delicadeza. El pecado se aposenta en ella como un huésped infame: la adormece, la sitia, abre en ella surcos profundos, en los cuales se mantiene escondido, y desde donde exhala un vapor soporífero y deletéreo al cual el alma poco á poco se va abandonando hasta que llega á no apercibirse ya de su estado. Cae el alma, como dice Séneca, en un sueño profundo que impide hasta los sueños, y cuando menos, en un estado de dormitacion en que no percibe mas que muy vagamente los objetos.

¿Cómo quereis que por sí misma salga bien de este estado de ilusion? Seria necesario que empezase por juzgarse á sí propia y conocer la gravedad de sus vicios, lo cual no podria hacer sino comparándose con la idea de la perfeccion que precisamente sus vicios le ocultan. Ya no puede verse distintamente á sí misma en este espejo empañado con su propio aliento. Todo está trocado y confundido; los contornos del bien y del mal no se distinguen ya, y el orgullo coloca al fin sobre todo esto el velo de la excusa.

Es preciso romper este encanto fatal; *es preciso despertar*. Y para esto no hay mas que un medio, que es ponerse en contacto con una alma despierta, y en la cual se haya conservado aquella idea de perfeccion, aquel tipo del bien, que debe hacer resaltar nuestros vicios á nuestros propios ojos; es preciso abrir el alma á la gran luz de la verdad; es preciso derrotar al orgullo por medio de su contrario; es preciso *confesarse*.

No decimos que sea preciso confesarnos para dar á conocer nuestros vicios, sino para conocerlos nosotros mismos, para sentirlos.

Conócete á ti mismo, es el problema de la sabiduría antigua; *confiésate*, es su solucion.

Efectivamente, si uno quiere tener idea exacta de sí mismo, es necesario tener la que de uno mismo tienen los demás. Es menester vernos en su juicio, y para esto es indispensable que nos entreguemos á él. Aun cuando los demás fuesen víctimas de los mismos defectos que nosotros, seria esto verdadero, porque, por una ilusion del orgullo, los vicios que no vemos en nosotros los vemos en otros, y hay quien descubre una arista en el ojo de su vecino, y no siente una viga en el suyo propio [1].

[1] *Quid tu?*

Nullane habes vitia? . . . . . .
. . . . . *Ignoras te? an ut ignotum dare nobis*
Verbo putas?—Egomet mi ignosco, Mœnius inquit.—
Stultus et improbus hic amor est dignusque notari.
(Horacio, Sátira III, lib. I).

Pero si tal es el efecto de la confesion, aun tratándose de un hombre indigno, ¿cuál no deberá ser cuando el confesor es un sabio, exento, en cuanto lo permite nuestra naturaleza, de los vicios que nos acompañan; cuando es verdadero ministro de la ley, formado en su estudio, en su culto, en su práctica, investido de su luz, penetrado de su santidad, devorado por su celo, y que es, por decirlo así, él mismo la ley viva? En semejante caso, la sola idea del contacto entre nuestra alma y la suya, entre nuestro estado y el juicio que él forme de ella, despierta la conciencia, sacude su languidez y remueve en su mismo interior, hasta en sus mas íntimas profundidades, todos esos vicios que estaban en ella como confundidos, y que en ella vivian y nadaban sin perturbar su superficie, como los mónstruos en los abismos del océano. ¿Qué sucede, pues, cuando esta conciencia se abre por fin, é instada por una inflexible obligacion de sinceridad se rebela y muestra toda entera ante su juez? Entonces todos sus vicios se le presentan con una deformidad que ni ella misma sospechaba, se desprenden, se ponen de manifiesto, salen á la vista, la abruman con su peso, y ella los ve todos distintamente por sus propios ojos; y de este espectáculo nace ó al menos se aumenta y perfecciona el arrepentimiento de haberlos cometido y el horror de volver á caer en ellos.

Observad con atencion el concurso de dos fenómenos que entonces tienen lugar, y que explican perfectamente las últimas reflexiones que hemos citado de Séneca. Dice este que no sentimos los vicios porque nos hallamos encenegados en ellos, y añade: *Confesarlos es, pues, una señal de curacion; despertemos, pues, para acusarnos de nuestros errores.* En efecto: para confesar nuestros vicios es necesario empezar por sentirlos, y tener un principio, un *indicio* de despertamiento y de curacion; pero para completar este despertamiento y esta curacion es preciso confesarlos. La confesion y el despertamiento del alma se enlazan mútuamente y obran uno sobre otro. Confesando nuestras faltas sentimos su gravedad, y este mismo sentimiento de su gravedad nos obliga á confesarlas. Entrando en el alma la luz de la verdad, echa de ella nuestros vicios por medio de la Confesion, y saliendo estos por la Confesion, dejan penetrar una luz mas grande de verdad, que aumenta la necesidad que tenemos de confesarlos, hasta que habiéndose efectuado estos dos fenómenos enteramente el uno por el otro, nuestra alma vuelve á estar en completa posesion de la verdad, y libre de todos sus errores. De modo, que la Confesion es co-

mo un soberano *reactivo*, ó, como dice Orígenes, una especie de *vomitivo* que nos hace expectorar con nuestros pecados la causa interior del mal [1].

¡Cuántas almas hay que se creen sanas, y en las cuales una buena confesion descubriria manchas que no se figuran tener, y cuya vista disminuiria la opinion en que se tienen á sí mismas, y les inspiraria para la virtud resoluciones y esfuerzos que aumentarian sus frutos!

La Confesion queda, pues, no solamente justificada en sí misma, sino tambien como medio de conocer nuestras faltas, é instrumento de nuestro arrepentimiento y curacion.

Hemos dicho que era tambien principio de la satisfaccion.

En efecto, debemos satisfacer por los extravíos de que nos hemos hecho culpables, y esta satisfaccion es necesaria no solo de justicia para con la verdad, á quien la debemos, sino por interés de nosotros mismos y para redimirnos de nuestras faltas expiándolas. Por mas que pensemos en nuestras faltas, por mas que las confesemos interiormente y que nuestra voluntad las deteste (acabamos de ver que ni aun esto puede suceder sin la confesion exterior), no podrémos hacer que no las hayamos cometido, y que no les seamos feudatarios hasta que hayamos pagado su redencion. Cada vez que cometemos una falta, es para darnos un placer que la justicia no permite. Compramos un placer prohibido á costa de nuestra inocencia, y por consiguiente, si queremos recobrar nuestra inocencia, es menester restituir este placer prohibido: pero ¿cómo? privándonos de un placer permitido, sujetándonos á una pena voluntaria; pero ¿qué pena?

La pena expiatoria debe, en cuanto es posible, ser el contrapeso de la satisfaccion culpable. Examinaos bien, y encontraréis la rebeldía y el orgullo en la raíz de toda satisfaccion culpable. De cualquiera naturaleza que sean las seducciones que nos arrastran á la violacion del deber, la conciencia reclama, la ley impera hasta el momento de esta violacion, nos hace sentir su autoridad y nuestra dependencia, y nos dice: «Está prohibido, *non licet.*» El último movimiento de la pasion, lo que consuma la falta, lo que la constituye, es, pues, un movimiento de rebeldía, de transgresion, de orgullo: «¿Qué importa? quiero pertenecerme, prescindo del de«ber, *non serviam:*» hé aquí la palabra decisiva del pecado. Hé aquí tambien por qué la vergüenza y la sumision, contrape-

[1] *Dum accusat semetipsum et confitetur, simul evomit et delictum, atque omnem morbi digerit causam.* (Hom. II in Psalm. XXXVII, t. I, pág. 529).

so del orgullo y de la rebeldía, han sido siempre consideradas como las bases de la expiacion. La vergüenza no siempre es suficiente, aunque siempre es indispensable para que se efectúe la expiacion; es la puerta por donde volvemos á entrar en el órden, así como el orgullo es la puerta por donde nos salimos de él.

Así se explica esa necesidad natural de la Confesion que tanto atormenta á las conciencias culpables. Es la necesidad de darse libertad por la expiacion, de redimirse por la vergüenza. «Sí, soy culpable, soy un miserable, soy un peca-«dor, no merezco excusa, quiero acusarme yo mismo, solo «soy digno de desprecio y de castigo:» estas son las palabras del arrepentimiento. ¡Feliz, si aun podemos ser escuchados, si podemos, al precio amargo de la vergüenza, librarnos del tormento de la culpabilidad! Parece que entonces el alma enajena sus culpas, que las echa de sí expiándolas, que la misma vergüenza de su confesion se las borra, y que las siente, por decirlo así, deslizarse sobre ella, y abandonarla, *como una serpiente que se desnuda de su antigua piel.*

Pero no se limita á esto la satisfaccion, no: quedamos aun deudores á la justicia, y la penitencia debe prolongarse y terminarse en proporcion correspondiente á la falta; pero una vez sentado el principio de la satisfaccion, nos hallamos en camino de salvacion, nos hallamos en paz.

Tal es el poder de la confesion considerada como expiacion.

En lo que precede se halla resuelta la objecion capital que se hace ordinariamente á la Confesion; pues esta objecion consiste en decir que efectivamente debemos confesarnos con Dios para con el cual somos culpables, y que solo él tiene autoridad sobre nuestras almas; pero que es intolerable tener que sujetarse á la confesion hecha con un hombre, y con un hombre pecador como nosotros mismos.—Despues de lo que ya llevamos dicho, es fácil contestar: primeramente, que debemos á la sociedad de los hombres la verdad, y devolverle, por la confesion á lo menos particular, lo que hay de mas en la estimacion que ella nos concede sobre la fe de un mérito que no tenemos;—que aun para confesarse realmente con Dios, es preciso confesarse con el hombre, porque hallándose debilitados en nosotros por nuestros propios pecados la idea y el sentimiento de Dios, no podemos conocerlos y arrepentirnos enteramente de ellos, sino sujetándolos al juicio de otro y particularmente al de los ministros y depositarios de la ley santa;—y que la condicion esencial de la Confesion, la ver-

güenza, base de toda expiacion, resulta precisamente de esta revelacion hecha á un hombre; de tal manera, que en este último sentido la objecion constituye por sí misma la respuesta, y que precisamente porque repugna el confesarse, es necesaria la confesion.

Así creemos haber justificado, bajo el punto de vista filosófico, la necesidad de la revelacion exterior, porque es el alma de la Confesion, ya en sí misma, ya respecto del arrepentimiento y la satisfaccion.

IV. Despues de haber considerado la Confesion en su principio ó en sus efectos inmediatos, examinémosla en sus efectos mas remotos, que son inmensos:

El primero es constituir al que hace uso de ella en un estado de incesante vigilancia. Por la obligacion que contrae de decirlo todo, hasta sus mas secretos pensamientos, no está nunca solo: tiene siempre consigo un testigo, un ojo abierto; no ese ojo de Dios, al cual nos mostramos tan indiferentes, sino el del hombre que tanto tememos. No hay ninguna mala accion que no se oculte; por consiguiente el que fuese siempre visto, acaso no pecaria jamás; nada haria en secreto que no pudiese hacerlo en público, porque no estaria en secreto nunca. Además, tal vez haríamos ciertas acciones malas en presencia de cierto público, en el cual seria fácil que algunos de los testigos se convirtieran en cómplices; pero cuando el testigo es el hombre de quien, atendidas la santidad de sus costumbres y la austeridad de su carácter, solo se puede esperar amarga censura, y que del conocimiento que él tenga de nuestras acciones no nos puede resultar mas que desaprobacion y vergüenza, ¡cuánto no deberá contenernos esta consideracion, servirnos como de freno, ayudar poderosamente en nosotros el sentimiento del deber con el de nuestra dignidad, y aumentar su fuerza!

El filósofo Charron escribió sobre nuestro asunto una hermosa página, entre cuyas reflexiones, que todas corroboran las que nosotros hemos hecho, domina la siguiente, que vamos á citar por ser poco conocida:

«Del verdadero arrepentimiento, dice, nace una verdadera, «franca y concienzuda confesion de sus faltas. Así como en «las enfermedades del cuerpo usamos de dos especies de re«medios, uno que cura arrancando la causa y raíz de la en«fermedad, y otro que no hace mas que paliar y adormecer «el mal, de los cuales el primero es mas doloroso, pero tam-

«bien mas saludable; asimismo en las enfermedades del alma «el verdadero remedio que purifica y cura es una séria y ver- «gonzosa confesion de sus faltas; el otro falso remedio, que «no hace mas que disimular y encubrir, es la excusa; reme- «dio inventado por el mismo autor del mal; es el vestido de «hojas de higuera con que se cubrieron los primeros prevari- «cadores... Deberíamos, pues, procurar acusarnos, decir y «confesar resueltamente todas nuestras acciones y pensa- «mientos; porque además de ser esto una bella y generosa «franqueza, seria al mismo tiempo un medio para no hacer ni «pensar nada que no fuera bueno y digno de hacerse público. «Quien se obligase á decirlo todo, se obligaria tambien á no «hacer nada que despues se viese obligado á ocultarlo. Des- «graciadamente sucede todo lo contrario: somos reservados «y discretos en la confesion, y no lo somos en las acciones; «el atrevimiento para faltar, nunca es contenido y sujetado «por el atrevimiento de confesar: si es malo hacer alguna co- «sa, peor es aun el no atreverse á confesarla [1].»

El segundo efecto de la Confesion es excitar el alma al bien. —Primeramente, nos libra de la ignorancia de nosotros mismos; de distancia en distancia va colocando en el camino de la vida señales que sirven para medir nuestros progresos en la virtud, y convierte nuestras mismas faltas en un tesoro de experiencia que nos ayuda á corregirnos de ellas. —En segundo lugar, nos libra del orgullo que siempre cree haber hecho bastante, que nos inmoviliza en un estado de infecundidad moral, y procura siempre nivelarse con nuestras debilidades, en vez de que la humildad que la Confesion nos inspira, nos eleva tanto mas cuanto mas abatidos nos sentimos, y nos hace subir siempre en razon de nuestra inclinacion á descender.— Nos libra, en tercer lugar, del desaliento que es grande obstáculo á la virtud. Las flaquezas de que interiormente nos sentimos poseidos, por mas que queramos ocultárnoslo, son como un peso que retarda y que nos resignamos á arrastrar, con la idea de que no podemos obrar de otra manera, que son el resultado de toda nuestra vida y una fatal consecuencia de nuestras primeras disposiciones. Como no se puede declinar la responsabilidad de hábitos tan funestos, queremos aprovecharnos de su beneficio, toda vez que se han convertido en una especie de parte de nosotros mismos, como en un aluvion de nuestra propia existencia. Si uno pudiese volver á empezar la vida, conociendo como conoce la vanidad de los placeres, bien

[1] *De la sabiduria*, lib. II, cap. 3.

distinta seria su conducta: fuerte con su inocencia, é iluminado por la experiencia, seria enteramente dueño de sí mismo, y se formaria un porvenir mas puro y dichoso... Pues bien, el gran beneficio de la Confesion es volver á hacer empezar la vida, romper con lo pasado por un abismo en el que desaparecen todas nuestras miserias, y darnos por el arrepentimiento una segunda inocencia, y por el sentimiento del perdon una conciencia renovada, que puede volver á empezar sobre nuevos cimientos el edificio de la virtud.—Finalmente, la Confesion, poniéndonos en comunicacion con la gran sociedad de las almas virtuosas, pone á la disposicion de uno solo los recursos y las fuerzas de la generalidad. Siempre ha habido en el mundo dos ciudades, la ciudad del bien y la del mal. En cada una de estas dos ciudades reina una alma comun que anima las almas particulares colocadas en su esfera de actividad, y les imprime un movimiento de conjunto que las sostiene y determina, cuando entregadas á sí mismas su debilidad individual las haria vacilar. Bajo el punto de vista de la fe, la sociedad católica añade á estas ventajas naturales la de poseer un centro único, una base fija, un fondo inagotable de luces y de gracias, cuyo orígen está en los méritos de Jesucristo, y al cual se juntan las oraciones y buenas obras de todas las almas santas de la tierra y del cielo... Por medio de la Confesion se conservan y estrechan los lazos de esta asociacion espiritual, se le dan gajes de duracion, se reciben sus gracias, se vive de su vida eterna, y se nos fortalece con la fortaleza misma de Dios. El confesor, órgano inmediato de esta comunicacion, derrama sus frutos sobre el alma del penitente por medio de consejos, avisos, exhortaciones y gracias que en ninguna otra parte encontraríamos tan justos y eficaces, porque siempre están en consonancia perfecta con las necesidades del alma, y se aplican á sus llagas al momento que acaban de abrirse, se insinúan en sus mas secretos repliegues, y la penetran toda con su virtud.

Si de estos efectos particulares pasamos á otros mas generales, descubrirémos uno tan sensible, que arranca de la boca de los mas declarados enemigos del Cristianismo palabras de admiracion. Son de tal naturaleza nuestros lazos en la sociedad, que no hay una sola de nuestras faltas que no se componga de perjuicios causados á nuestros semejantes, y que no constituya á nuestro rededor como un círculo mas ó menos extenso de injusticias. La confesion tiene de admirable que concentra la fuerza moral mas intensa, la del remordi-

miento, la de la necesidad de la expiacion y la de la esperanza del perdon, en la reparacion de todos los desórdenes causados por nuestros vicios en la sociedad. Como por un resorte secreto, hace abrir la mano del usurero y devolver á su verdadero dueño el caudal que otro poseia injustamente, hace aparecer la reparacion en los mismos caminos del escándalo, el perdon en los de la ofensa, la retractacion en los de la calumnia; obliga á pagar mil secretas deudas de conciencia y de honor con una escrupulosa delicadeza, y no permite, en fin, al culpable participar de los bienes del cielo hasta haber reparado, en cuanto le es posible, todos los males que puede haber hecho en la tierra. «¡Cuántas restituciones y reparacio-«nes no produce la Confesion entre los católicos, dice Juan «Jacobo [1]!»—«La Confesion puede considerarse como el ma-«yor freno de los crímenes secretos, dice Voltaire; es muy «buena para obligar á los corazones mas enconados á perdo-«nar, y para hacer devolver á los ladrones lo que hayan roba-«do á su prójimo [2].»—«El mejor gobierno, dice Raynal, seria «una teocracia en la que se estableciese el tribunal de la Con-«fesion [3].»

En efecto, considerada la Confesion en su mas lata influencia, es una obra maestra de purificacion social. Todas las instituciones civiles y políticas se limitan á la superficie de las sociedades, y solo arreglan las acciones en sus efectos exteriores, y aun no todas. Á la aparente armonía que de esto resulta se la llama civilizacion. Sin embargo, en el seno de esta civilizacion, en el fondo de estas sociedades, ¿qué hay mas que apetitos salvajes, instintos feroces mal disimulados, que comunican con el infierno por medio de misterios de iniquidad que no tienen nombre en las lenguas humanas; que no teniendo por conciencia mas que la mano del verdugo, consideran como permitido todo lo que puede librarse de ella, y se hallan siempre dispuestos á lanzarse al través de las leyes sobre la sociedad, como sobre una presa que se les hubiese quitado y que procurasen reconquistar? No vaya á creerse que solo aludimos á esas clases desheredadas de la sociedad, cuyos horribles *misterios* han sido revelados en nuestros dias, y son en la actualidad motivo de escándalo para el comun de los lectores, y de profundas meditaciones para algunos sabios. No: no hay menos desórdenes entre las clases elevadas: y no

[1] *Emilio*, lib. IV, pág. 58.
[2] *Diccionario filosófico*, art. *Catecismo del cura*.
[3] *Historia filosófica*, t. III.

porque sean en ellas los crímenes mas dorados y perfumados, dejan de ser los mismos crímenes, ni afectan y minan menos las costumbres y las leyes. Por otra parte, todos llevamos en nuestro interior esa tendencia criminal, esa levadura de corrupcion mas ó menos comprimida, y que con frecuencia se da á conocer por los deseos cuando no puede por las acciones.

Ahora bien, ¿quién no conoce las inmensas ventajas que la sociedad, corroida de este modo por un mal intestinal, reportaria de la Confesion, de este *Tribunal de las almas*, que abraza en su indefinida jurisdiccion todos los misterios de la voluntad; cuya influencia se extiende sobre los pensamientos y deseos, como la fuerza pública de las leyes sobre los delitos y los crímenes; que no solo reprime y castiga el homicidio, sino tambien la murmuracion; no solo el adulterio, sino las simples miradas; no solo las venganzas, sino la falta de caridad, y nos hace interiormente culpables á nuestros propios ojos mucho antes que lo seamos á los ojos de los hombres? Situado en las primeras avenidas de la conciencia, este sagrado tribunal vela mientras las leyes humanas están dormidas, atendiendo al menor desórden, preparando los corazones al cumplimiento de todos los deberes públicos y sociales por la observancia íntima de los deberes religiosos y secretos, y preludiando en el fondo de las almas, por medio de la armonía de las virtudes de perfeccion, la armonía de las virtudes comunes de relacion que constituyen las costumbres públicas. Un publicista *protestante* no puede contener su admiracion al contemplar los resultados de tan bella institucion, y exclama: «¡Qué seguri-«dad y garantías no se le exigen á cada individuo por medio «del cumplimiento de sus deberes sociales, el ejercicio de to-«das las virtudes, la integridad, la benevolencia, la caridad y «la misericordia! ¿Podríamos encontrar en ninguna otra parte «nada parecido? Aquí la conciencia es arreglada por el solo «tribunal de Dios, y no por el del mundo: aquí el culpable es «acusador de sí propio, y no su juez; y mientras que el cristia-«no de distinta comunion se examina ligeramente, falla en su «propia causa y se absuelve con indulgencia, el cristiano ca-«tólico es escrupulosamente examinado por otro, espera del «cielo su fallo, y suspira por esa consoladora absolucion que «se le concede, rehusa ó difiere en nombre del Todopoderoso. «¡Qué medio tan admirable para establecer entre los hombres «una mútua confianza, y una perfecta armonía en el ejercicio «de sus funciones! Bajo su influencia la autoridad del prínci-«pe no puede degenerar en despotismo, ni la libertad del pue-

«blo en licencia. El magistrado no puede dejar de administrar «justicia con imparcialidad, el senador es equitativo y desin- «teresado, el sacerdote es puro y celoso en su ministerio, el «militar leal, el súbdito fiel, el soberano justo [1].»

Otro *protestante*, y juntamente gran filósofo, Leibnitz, dice «que no puede negarse que sea muy digna de la Sabiduría di- «vina toda esta institucion, que seguramente es una de las «mas bellas y mas dignas de elogio que tiene la religion cris- «tiana: hasta los mismos chinos y los japones quedaron pas- «mados al conocerla. En efecto, la necesidad de la Confesion «aparta del mal á muchos hombres, singularmente á aquellos «que no están todavía endurecidos en el mal, al paso que abre «grandes consuelos para los que han tenido la desgracia de «delinquir. Así es que á un confesor piadoso, grave y pruden- «te le miro como un admirable instrumento puesto en las ma- «nos de Dios para la salvacion de las almas; porque sus con- «sejos sirven para regular nuestras afecciones, para hacernos «reparar en nuestros defectos, para hacernos evitar las oca- «siones de pecar, para obligar á restituir lo robado, para re- «parar los escándalos, disipar las dudas, reanimar á los espí- «ritus que se hallan abatidos, finalmente para curar ó cuando «menos dulcificar todos los males de las almas enfermas. Y si en «los negocios humanos con dificultad puede hallarse nada tan «ventajoso como un amigo fiel, ¿cuánto no lo será cuando este «amigo se halla ligado por la religion inviolable de un Sacra- «mento divino, y está obligado á guardaros fidelidad y socor- «reros [2]?»

Tal es la Confesion.

V. Se halla tan conforme con la naturaleza del hombre, que por sí misma se ofreció desde un principio á las meditaciones de los legisladores y de los sabios, de modo, que encontramos su indicio y diseño en cási todos los pueblos del universo.

Moisés fue el primero que estableció en sus leyes una *confesion* expresa y hasta pública [3].

El antiguo legislador de las Indias dijo: «Cuanto mas since- «ra y voluntariamente se *confiese* el hombre del pecado come- «tido, mejor se desprende de él como una serpiente de su vieja «piel [4].»

[1] Fitz-William, *Cartas de Ático*, pág. 181, 182.
[2] Leibnitz, *Systema theologicum, de confessione.*
[3] Levit. v, 15, 18; vi, 6; Núm. v. 6, 7.
[4] Leyes de Menu, hijo de Brama, en las obras de W-Jones, t. III, cap. 11.

Hemos citado ya las notables palabras de Séneca sobre la Confesion; véanse las de Sócrates, que no lo son menos: «El «que haya cometido una injusticia, dice Sócrates en el Gor- «gias de Platon, debe acudir él mismo á donde le espera un «pronto castigo, al juez, al médico. *Acúsese á sí mismo, mani- «fieste su crímen y publíquelo*, para que sea castigado y cura- «do... *Sea acusador de sí mismo, y no oculte nada*, y entréguese «generosamente, con los ojos cerrados, á las operaciones del «médico, temiendo que esta enfermedad del alma no degenere «con el tiempo en una úlcera incurable [1].»

¡Cuánto habria admirado á Sócrates la institucion de la Confesion! ¡Cuán consolador es para los cristianos verse, por la fe, en plena posesion de los bienes entrevistos y presentidos por la razon de los antiguos sabios!

Habiendo obrado estas mismas ideas por todas partes y en todos los tiempos, encontramos la Confesion en todos los pueblos que habian admitido los misterios eleusinos. Se descubren sus vestigios entre los bramas y los turcos, en el Tibet, en el Japon y hasta en los pueblos de la América [2].

Sobre estas bases *naturales* y universales estableció el Cristianismo la teoría *sobrenatural* de la Penitencia y de la Confesion sacramental. En sus divinas manos se ha purificado y dilatado esta institucion, y del estado de mito y de símbolo ha pasado á un estado perfecto de realidad; ha llenado su verdadero objeto.

Efectivamente, el objeto de la Confesion es la *remision de los pecados*, y antes de la venida de Jesucristo le faltaban á esta *remision* la certidumbre y las garantías. Hasta entonces nadie habia pretendido hacer producir á la Confesion semejantes resultados; y los mismos judíos, que tenian en sus ritos tantas prácticas de expiacion, y sobre todo la Confesion, consideraron esta pretension en la boca del Salvador como una blasfemia. «¿Cómo este hombre habla así? exclamaban. Blas- «fema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios [3]?»

Jesucristo, al cargar sobre su divina inocencia todos los pecados del género humano, al *confesarlos* á su Padre en el huerto de Getsemaní, y expiándolos con su muerte en el Calvario, debia alcanzarnos el gran beneficio de su remision.

Pero alcanzándonoslo de la manera mas absoluta, se reser-

[1] Platon, *Gorgias*, cap. 36.

[2] Carli, *Cartas americanas*, t. I, carta XIX. — Extracto de los viajes de Effremoff, en el *Diario del Norte*. — San Petersburgo, mayo 1807. — Feller, *Catecismo filosófico*, t. IV, núm. 501, etc.

[3] Marc. II, 7.

vó su gracia, y solo la concede á cada hombre en particular, sujetándolo á condiciones expresas.

Hizo á su Iglesia depositaria y dispensadora de esta preciosa gracia, le entregó las *llaves* que abren y cierran el tesoro que la contiene, y constituyéndola para que le sucediese, le dió la investidura de los mismos poderes que él tenia, por medio de estas solemnes palabras: «Recibid el Espíritu Santo: á los «que perdonáreis los pecados, perdonados les serán; y á los «que se los retuviéreis, les serán retenidos[1];» y en otro lugar: «En verdad os digo, que todo aquello que ligáreis sobre la «tierra, ligado será tambien en el cielo; y todo lo que desatá- «reis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo[2].»

Sobre estas expresas palabras descansa la institucion de la Confesion católica. Habiendo dado Jesucristo á su Iglesia el encargo de representarlo en todas las naciones y hasta el fin de los siglos; mas aun: habiéndole asegurado que él mismo estaria con ella todos los dias y hasta el fin, se sigue virtualmente que los sucesores de los Apóstoles, en quienes la Iglesia se perpetúa, tienen este soberano poder de la remision de los pecados que tenian los mismos Apóstoles, y por consiguiente están claras y manifiestas la obligacion en nosotros de pedírsela y la seguridad de obtenerla por medio de la confesion de nuestros pecados.

Algunos se han atrevido á pretender que la obligacion de la confesion en el penitente no puede fundarse en las palabras por las cuales delegó Jesucristo á su Iglesia el poder de perdonar los pecados.

Pero ¡qué! el poder de *perdonar* ó de *retener*, de *atar* ó de *desatar*, ¿no supone *discernimiento*, *conocimiento de causa* de parte del ministro de este poder, y por consiguiente obligacion rigurosamente correlativa de exponerle el estado de la conciencia, segun el cual y por el cual debe fallar?... La alternativa de *perdonar* ó *retener*, de *atar* ó *desatar*, supone inevitablemente *motivos* para hacer una de las dos cosas. Para que la sentencia sea motivada, es menester que la cuestion sobre la cual el sacerdote falla, le sea claramente expuesta; y ¿quién puede revelarle los detalles de la ofensa sino el mismo ofensor?... El buen sentido desvanece la objecion.

Hay otra cosa en la cual de ordinario no paramos bastante la atencion, y es que la *Confesion*, considerada como declaracion hecha por el culpable de sus faltas, existia ya *á su vista*

[1] Joan. xx, 22, 23.
[2] Matth. xviii, 18.

cuando Jesucristo pronunciaba las palabras citadas. — Leemos en los santos Evangelios lo siguiente, hablando de san Juan Bautista: «Entonces salia á él Jerusalen, y toda la Judea, y «toda la tierra de la comarca del Jordan, y CONFESANDO SUS PE-«CADOS *(confitentes peccata sua)*, eran bautizados por él en el «Jordan[1].» Jesucristo, pues, no tenia necesidad de explicarse sobre la obligacion de la Confesion; porque además de que esta resultaba de las palabras por las cuales daba á sus ministros la autoridad *facultativa* de atar y desatar, existia ya de hecho; no hacia mas que confirmarla y completarla, añadiéndole el fruto de la remision de los pecados. Se hallaba en igual caso respecto de la Confesion que del Bautismo. Este existia ya, como acabamos de ver, pero no era el verdadero bautismo: Jesucristo debia elevar esta práctica á la dignidad de Sacramento, y lo mismo debia hacer con la Confesion. Por esto Juan Bautista, á quien todos acudian *confesando sus pecados*, á pedir el bautismo, predicaba á Jesucristo como el único en quien estas prácticas debian encontrar todo su cumplimiento. «Res-«pondió Juan, y dijo á todos: Yo en verdad os bautizo en agua; «mas vendrá otro mas fuerte que yo, ante quien no soy digno «de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espí-«ritu Santo y fuego[2].» — Y cuando despues de esto vemos á Jesucristo fundar con el verdadero Bautismo la verdadera remision de los pecados, ¿quién puede dudar que se refiera al uso de la *Confesion*, practicada ya en lo que no era mas que su figura?

Hay otra observacion igualmente importante, y es que el mismo Cristo, todas las veces que hizo uso del poder de la remision de los pecados que legó á sus Apóstoles, solo lo hizo despues de la *confesion* de los culpables. Parece que en aquel caso la confesion no era necesaria, puesto que la divinidad del confesor le hacia leer en el fondo de las almas; pero como la confesion no solo tiene por objeto dar á conocer los pecados al confesor, sino tambien hacer sentir su gravedad y sufrir su vergüenza al culpable, bajo este último respecto, los mismos que obtuvieron de Jesucristo la remision de sus pecados, debieron confesarlos. Esto es lo que sucedió en las conversiones de la Magdalena, de la mujer adúltera, de la Samaritana y del buen ladron. — ¡Qué mejor confesion que la de la Magdalena! ¡Cuánto arrepentimiento! ¡qué explícita revelacion de sus faltas! ¡qué satisfaccion! Es el modelo eterno de la verdadera

[1] Matth. III, 6; Marc. I, 5.
[2] Luc. III, 16.

confesion, y por esto *sobre ella* y sobre el divino amor que la anima aplica Jesucristo, como sobre su basa natural, *propter quod*, estas palabras: «Se le han perdonado muchos pecados, «porque ha amado mucho[1].» — ¡De cuánta confusion no está igualmente cubierta la mujer adúltera por los mismos judíos que la llevan á la presencia del Salvador! ¡Qué mejor confesion que la actitud y el silencio de esta desgraciada en semejante estado: ET MULIER IN MEDIO STANS... Confesion que se completa por el modo con que se descubre su posicion! «Mujer, le dijo «Jesucristo ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te «ha condenado? — Ninguno, Señor. — Pues bien, tampoco te «condenaré yo: véte, y no peques ya mas[2].» — La conversion de la Samaritana ofrece una circunstancia muy notable: no se confiesa ella, pero Jesucristo la confiesa y la revela sus mas secretos desórdenes. En esto reconoce la Samaritana que aquel hombre no puede ser otro que el Mesías, y se conforma con la revelacion que de sus propias faltas le hace el Salvador, HOC VERE DIXISTI, y hasta lo toma como motivo de predicacion para convertir su ciudad, á la cual corre á publicar: «Venid y ved «un hombre QUE ME HA DICHO TODO LO QUE YO HABIA HECHO, *qui «dixit mihi omnia quæcumque feci...* ¿Puede ser otro que el «Cristo[3]?» — Finalmente, el buen ladron se confiesa por estas palabras: «Nosotros en verdad somos castigados por nuestras «culpas, porque recibimos lo que merecen nuestras obras: «*Nos quidem juste; nam digna factis recipimus*[4]:» y esta confesion le alcanza la remision de sus faltas, y le da la seguridad de que va á ser trasladado al paraíso. — Así por todas partes, en los mismos actos del Salvador, y en el uso que hace de su poder de perdonar los pecados, vemos siempre la gracia de esta remision vinculada á la confesion del culpable. ¿Con cuánto mas motivo debia ser así respecto de los Apóstoles y de sus sucesores que, no pudiendo leer en los corazones, tenian necesidad de que se les abrieran?

En fin, lo que acaba de dar á la demostracion de este punto un valor matemático, es que vemos en las cartas y en la relacion de los *Hechos de los Apóstoles*, que estos pusieron inmediatamente en práctica la necesidad de la confesion. Santiago en el capítulo v de su carta, dice: «*Confesad* vuestros pecados «los unos á los otros.» — San Juan en su primera carta dice

[1] Luc. VII, 47.
[2] Joan. VIII, 9, 10, 11.
[3] I Joan. IV, 18, 39.
[4] Luc. XXIII, 41.

tambien: «*Si confesáremos* nuestros pecados, Dios es el fiel y «justo para perdonárnoslos y purificarnos de toda maldad[1].» —San Lúcas, en fin, en los *Hechos de los Apóstoles*, escribe: «Una multitud de creyentes venian á *confesar* y *publicar* sus «faltas[2].»—Despues de esto siguen todos los Padres de la Iglesia predicando expresamente la obligacion de confesarse, y haciéndolo remontar al tiempo de los Apóstoles y de Jesucristo[3].

De modo que, antes de Jesucristo por su Precursor, por el mismo Jesucristo durante su vida, inmediatamente despues de Jesucristo por los Apóstoles, y desde entonces sin interrupcion en la Iglesia, segun el testimonio de todos sus Padres, vemos la confesion practicada y reclamada como estricta condicion de la remision de los pecados, remision que, por otra parte, por sí misma y segun el poder discrecional que sobre ella dió Jesucristo á sus Apóstoles, implica virtualmente el preliminar de la confesion.

¿Qué falta ya á la caridad y certidumbre de esta demostracion?...

Á pesar de cuanto digan los herejes, podrémos, pues, decir nosotros que la Confesion es de institucion divina.

Sí: porque la Confesion fue divinamente instituida, se le dió la santidad y eficacia de Sacramento, y fue purgada de todas las imperfecciones y defectos inherentes á las obras de los hombres. Lo que solo estaba en disposicion oculta, pasó á ser una institucion, fue transfigurado en Sacramento. Todos los principios y todos los efectos de la Confesion que hemos considerado bajo el punto de vista filosófico, y que se hallaban ocultos en estado rudimentario en nuestra naturaleza, fueron extraidos, realizados, objetivados y sobrenaturalizados bajo la accion de la Gracia, que se los apropió, y que los convirtió en su obra, en su obra maestra... En este tribunal nos confesamos con el verdadero representante de Dios, la misma virtud de Dios se derrama sobre el penitente, la divina Sabiduría inspira al confesor, su santidad purifica la exposicion de nuestras miserias, su absolucion perdona las faltas, y su paz, en fin, hace experimentar al alma regenerada la mas verdadera, la

[1] Joan. I, 9.

[2] Act. XIX, 18.

[3] Creemos inútil citarlos: solo indicarémos los siguientes: — Tertuliano, *De pœnit.*, ed. Froben, pág. 484; — Orígenes, *Hom* II *in Psalm.* XXXVII, t. I, edicion Froben, pág. 529 —san Cipriano, *Serm. de lapsis*, id. pág. 226;—Lactancio, lib. IV *Div. Instit.*; — san Basilio, *Regula* 288, t. II, ed. París, p. 278; — san Juan Crisóstomo, lib. XX *in Genesim*;—san Gregorio de Niza;—san Ambrosio;—san Agustin;—san Gregorio el Grande, etc., etc.—Véase Sainte-Marthe, *Traité de la Confesion*.

mas sólida y la mas completa felicidad... En este punto, desde que la fe pasa á la práctica, deja hasta cierto punto de ser meritoria: tan sensible llega á hacerse entonces su objeto. ¡Cuántos y cuán poderosos ejemplos podrian corroborar nuestra asercion! ¿Qué dirémos que no tenga todas las propiedades de la certidumbre para todos los que hacen de ello la prueba? No es raro que los demás no participen de la misma conviccion hasta el mismo grado: no les es posible; pero convengan al menos en que no son jueces competentes en la materia. Procuren hacerse tales por interés suyo propio y en honor de la verdad; entonces verán si hemos dicho demasiado [1].

Sin embargo, no hemos dicho todo lo que se puede del sacramento de la Confesion; pues su mas digno efecto es disponer las almas para recibir otro Sacramento mas augusto, el sacramento de la Eucaristía.

CAPÍTULO XVII.

DE LA EUCARISTÍA.

Todos los demás Sacramentos dan la gracia y son derivaciones de aquella vida divina encarnada en Jesucristo y que por su muerte se derramó sobre toda la humanidad. El Sacramento de la Eucaristía va aun mas adelante: no solo da la gracia, sino el Autor mismo de la gracia; no solo el don, sino el donador; no solo la emanacion, sino la plenitud y la fuente; es decir, que lo da todo, agota la liberalidad y el amor del mismo Dios, y es por excelencia y sin reserva el Sacramento del Amor.

Este pensamiento encadena mi razon vacilante, mis sentidos rebelados, y penetrando hasta mi corazon, lo abre á la fe. La profundidad del misterio no me subleva ya, me encanta, me decide; porque descubro en él la profundidad del amor, que ocultándomelo me lo descubre: «¡Tanto amó Dios al mun-

[1] Nos proponiamos insistir sobre la objecion de los *peligros morales* de la Confesion, por hallarnos entonces preocupados por una página de Pablo Luis Courrier sobre este asunto, cuando, volviendo á leer esta página, hemos descubierto, á través de la belleza de la forma, tanta torpeza de intencion, tan manifiesto propósito de escandalizar, y tanta ninguna inteligencia del sentido religioso, del sentido moral y hasta del sentido comun, que creeríamos faltar al respeto debido á nuestros lectores refutándola. Por consiguiente nos referimos, en este punto, á lo que llevamos dicho ya, y abandonamos lo restante: es un hueso que se debe dejar roer á la impiedad.—Lo mismo decimos del libelo de Mr. Michelet, menos que le falta la belleza de la forma.

«do!» En estas palabras está compendiado todo; y no podemos hacer mas que añadir con el discípulo *amado:* «Hemos creido «al amor que Dios tiene por nosotros [1].»

Pero para creer en él es preciso probarlo, porque solo el amor puede ser juez del amor; y el mismo discípulo estuvo tambien inspirado cuando escribió estas otras palabras: «El que no «ama, no conoce á Dios, porque Dios es amor [2];» y el que ama, podemos añadir nosotros, no pretende comprenderlo: lo siente, se saborea en él, y tiene la conviccion de la experiencia.

El amor además quiere ser misterioso, porque quiere la confianza y la intimidad.

Todo es misterio en el amor,

dijo el gran pintor de la naturaleza humana, La Fontaine [3]. ¿Qué será, pues, el amor de Dios? ¿Qué será ese amor elevado á su última potencia, sublimado á su exceso supremo? ¡Ah! si *Dios es amor*, como dice san Juan, se comprenden perfectamente aquellas palabras de Isaías cuando dice: *¡Verdaderamente, tú eres un Dios escondido* [4]!

Oimos decir á algunos que este misterio es imposible: enhorabuena; pero por esto mismo creemos nosotros en él, porque precisamente una de las propiedades del amor es intentar lo imposible. El amor aspira siempre á esto, y estos son sus juegos: «desea mas de lo que puede, dice el autor de la *Imitacion;* «no le arredra lo imposible, porque todo lo cree posible y permi- «tido. No conoce los límites, porque salta por todos los límites [5].»

Por consiguiente, si este misterio es por excelencia el misterio del amor, debe ser tambien el de la omnipotencia, y por consiguiente debe exceder mas que ningun otro la capacidad de nuestra débil razon.

Yo no entiendo, dicen los incrédulos, cómo esto puede hacerse, y en esto está toda la fuerza de su objecion. Con esto me

[1] I Joan. IV, 16.—«Desde que Dios se dignó ponerme en el corazon que su amor es «la causa de todo cuanto creemos, esta respuesta me persuade mas que todos los li- «bros.» ¡Bella reflexion de Ana de Gonzaga dignamente admirada por Bossuet!

[2] I Joan. IV, 8.

[3] La misma verdad se desprende de la bella fábula de *Psyché*, que tiene un sentido mas profundo de lo que se cree.

[4] *Vere tu es Deus absconditus.* (Isai. XLV, 15).—El autor de la *Imitacion* estaba muy penetrado de este sentimiento de la intimidad misteriosa del amor en este pasaje: «Señor, «¿quién me proporcionará el poderos encontrar solo, para abriros mi corazon y gozar de «Vos segun los deseos de mi alma...? á fin de que Vos me hableis á solas, y que yo os «hable tambien á Vos á solas, como un amigo suele hablar y tratar con otro amigo.»— (Lib. IV, cap. 13).—Todo el cuarto libro de la *Imitacion* respira la presencia real.

[5] Lib. III, cap. 5.

dan una prueba la mas clara de que no pueden concordarse el sentido humano y la sabiduría de Dios; convengo en ello, y estoy de acuerdo con los incrédulos sobre este punto. Pero, á decir verdad, ignoraba todavía que no hubiese de darse crédito sino á lo que uno puede descubrir abriendo sus ojos, ó únicamente á lo que la razon humana puede comprender.

Vosotros oponeis las leyes de la naturaleza; pero, (ya que es preciso seguiros en vuestros raciocinios) ¿las conoceis acaso vosotros estas leyes? ¿No seria una locura decir que ellas se sujetan á vuestro conocimiento, y que todo lo que vosotros no comprendeis no les corresponde?

Y aun cuando Dios las hubiese excedido ó hubiese prescindido de ellas, ¿quién puede pedirle cuenta por esto, y oponerle estas mismas leyes á él que las estableció, que las conserva, y que solo existen por su voluntad?

Ceñid vuestros riñones, diré yo á mi vez á estos orgullosos preguntones, y responded tambien vosotros, preparaos para sufrir el terrible interrogatorio que hizo Dios en otro tiempo á Job. «¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los fundamentos «de la tierra? Dímelo si puedes. ¿Conoces á fondo todas las «propiedades de los cuerpos y los diversos estados á que pue«do reducirlos? ¿Eres capaz de sondear las profundidades de «mi sabiduría y medir la inmensidad de mi poder? ¿No sabes «que nada es imposible al que en un instante hizo salir la luz «de las tinieblas, y el universo de la nada, y que cambia las «sustancias con la misma prontitud con que las crió, que *di«ce* y *todo es hecho?*»

¡Extraña preocupacion de la razon humana! El protestante arguye de imposible la *presencia real*, y cree sin embargo en la Encarnacion, en la Resurreccion y en el *estado glorioso* del cuerpo de Jesucristo; ¡como si su comprension no estuviera agotada ya por aquellos artículos de fe, y como si le sobraran fuerzas todavía para medir este último que se le propone! — No es menos inconsecuente el deista; porque al fin el misterio de la *creacion* de las sustancias es sin duda mayor con mucho al de la *transustanciacion*, y sin la creacion la verdad de un Dios se desvanece con su infinidad ante la coeternidad de la materia. El deista, sin hablar de las demás condiciones del Sér soberano, se ve, pues, obligado á devorar en la simple creencia en Dios y de una sola vez tantos ó mas misterios como todo el Cristianismo contiene, y no puede por consiguiente argüir á estos de imposibilidad sin contradecirse torpemente.—¿Qué diríamos del ateo? Deberia ser este el mas dócil á

creerlo todo, habituado como se halla á vivir de contradicciones: la razon que admite que *una cosa se ha hecho por sí sola*, no debe en verdad extrañar que una sustancia se cambie en otra.

Por otra parte, ¡cuántas proposiciones hay en las mismas ciencias exactas que parecen absurdas é imposibles, y á cuya demostracion llegamos no obstante sin gran trabajo!

Por esto cuando el geómetra, mostrándonos una línea curva entre dos rectas [1], nos dice ó nos demuestra que la curva debe irse acercando continuamente á las rectas sin llegar á encontrarlas jamás; á pesar de toda la repugnancia que puede causar á la razon el figurarse unas líneas colocadas sobre un mismo plano, tendiendo sin cesar la una hácia la otra, sin poderse juntar jamás, es menester creer al geómetra sobre su demostracion y convencerse de que, por todas partes donde se halle el infinito, procuraria en vano la razon profundizar.

Asimismo cuando el algebrista por un encadenamiento de proposiciones incontestables nos conduce al resultado de que entre dos números enteros consecutivos hay cantidades numéricas que no son fracciones [2], la razon se rebela como si se le propusiera un absurdo; porque, en efecto, parece contrario á las primeras nociones del buen sentido que entre 2 y 3, por ejemplo, haya una porcion de números que no pueden ser representados por 2 mas una fraccion, ó por 3 menos una fraccion, y que no son ni fraccionarios ni enteros; sin embargo esta proposicion nada tiene de absurdo, es verdadera, y tan verdadera que no puede dudarse de ella sin destruir por su base todas las matemáticas.

No son estas las solas verdades de esta especie que contienen las matemáticas, y no obstante, esta ciencia solo tiene por objeto las cosas finitas. Pero como siguiendo la idea del finito con frecuencia entrevemos la del infinito, principalmente cuando pretendemos seguir esas largas séries cuyo término no es nunca conocido, el matemático se encuentra á veces arrastrado sin quererlo hácia los caminos del infinito, y su entendimiento se espanta entonces con razon de los resultados que alcanza.

¿Qué debe, pues, suceder en una ciencia como la de la Religion, que se dirige únicamente hácia lo infinito, y particularmente en el hecho de la presencia sustancial del mismo Infinito? ¿Puede este hecho dejar de ser el mas grande, el mas ad-

[1] Es la hipérbole colocada entre dos asimtotas.
[2] Son los números que llamamos *inconmensurables*.

mirable de todos los misterios? ¿Qué presenta, sin embargo, de mas absurdo que los que acabamos de enunciar, y qué le falta para merecer nuestra conviccion, mas que ser demostrado? Pero no es acá que debe serlo: *Nunc per speculum et in ænigmate, tunc facie ad faciem.* Dentro de un instante verémos los admirables motivos que para esto hay.

Pero si no está demostrado, está muy comprobado, pues lo está en razon directa de su misma aparente absurdidad.

¿Cómo puede ser esto? Del modo siguiente: la razon es sencilla y luminosa para el que no quiere abusar de ella, de tal modo, que el solo buen sentido sugerió á un escritor protestante de nacimiento y católico por conviccion las siguientes reflexiones:

«No se diga que la creencia en la presencia real sea ilusoria «y falsa. Ciertamente es demasiado absurda en sí misma para «que un hombre se haya atrevido á su antojo á presentarla á «los demás. Si uno de los Apóstoles la hubiese propuesto á sus «colaboradores, tal vez hubieran creido que estaba demente, «y lo hubieran hecho objeto de su risa.—Ya que es imposible «que proceda de los hombres, debe ser necesario que proceda «de Dios; y en calidad de divina pierde toda su absurdidad, «por mas incomprensible que se la suponga [1].»

Obsérvese bien la fuerza del argumento: una cosa que, segun todas las apariencias, hubiera sido locura concebir, proponer y emitir, y que solo hubiera debido llenar de ridículo y de descrédito al autor y á la empresa por otra parte mejor concertada, una cosa semejante se hizo creer, y se hizo creer por todo el universo; mas aun, no solamente se hizo creer, sino que *hizo creer todo lo demás*, se convirtió en vehículo de la doctrina, de la cual parecia ser el obstáculo mas insuperable, y en foco y alimento de la fe del género humano en la religion de Jesucristo, y penetró al mundo con sus luces y sus virtudes, y despues de diez y ocho siglos de maravillas, de ella depende todavía todo catolicismo práctico, es decir, todo cristianismo verdadero, toda civilizacion.

Por consiguiente, si este prodigioso resultado no podia ser efecto de las apariencias de esta cosa, que le son enteramente contrarias, es absolutamente indispensable que sea efecto de la realidad, la cual se halla comprobada en razon directa de lo absurdo de las apariencias que ha tenido que vencer.

En otros términos: en el sacramento de la Eucaristía las apariencias no causan ilusion *á favor*, sino *contra* la cosa de la

[1] Fitz-William, *Cartas á Ático*, pág. 174.

cual se trata; el éxito de esta cosa, su creencia por el mundo no es, pues, efecto de una ilusion, no puede ser sino efecto de la realidad; realidad tanto mas poderosa, cuanto que ha tenido que combatir con la ilusion contraria, ilusion formidable, de la cual ha divinamente triunfado.

La presencia sacramental se halla de este modo, si no demostrada, á lo menos comprobada en el mas alto grado, en el mismo grado en que se halla nuestra repugnancia á creer en ella, lo cual está perfectamente de acuerdo con el conjunto de la economía del Cristianismo, que al ejercitar nuestra fe por medio de sus misterios, nos da siempre alguna razon fuerte y decisiva para abrazarlos cuando queremos.

Para evitar esta conclusion, no supongais que el misterio eucarístico fue en un principio mitigado y disimulado, ó que encontró espíritus crédulos que se sujetaron á él, ó en fin, que se fue insinuando sin que los hombres lo advirtieran, apoderándose así poco á poco de la fe del universo; porque además de que todas estas explicaciones repugnan al buen sentido, de hecho pasó todo lo contrario, y la manera con que este Sacramento fue instituido, aumenta, si es posible, la fuerza de nuestra conclusion.

En efecto, léjos de procurar disimularla é insinuarla, el autor de esta creencia, como si se hubiera burlado de la dificultad, la propuso desde luego en toda su desnudez y contra todos los sentimientos humanos. Si examinamos la fuerza é integridad de su lenguaje, comparándolo con la oposicion que debia encontrar, verémos que nunca estuvo Jesucristo mas positivo, mas afirmativo, mas pródigo en repeticiones y mas sóbrio en explicaciones, que en la institucion del sacramento de la Eucaristía; como si hubiese querido que en una materia que no se fundaba mas que en su palabra, fuese este fundamento tanto mas formal cuanto mas exclusivo era, y que nosotros tuviéramos en certidumbre de autoridad lo que debia faltarnos en comprension de evidencia. *Tomad y comed: este es mi cuerpo. Bebed todos: esta es mi sangre; mi cuerpo entregado por vosotros, mi sangre derramada por vosotros. — El que me come está en mí, y yo en él. — Yo soy el pan vivo bajado del cielo, el que come de este pan vivirá eternamente; y este pan que yo doy es mi carne. — Haced esto en mi memoria.* — Así, de frente, choca Jesucristo con todos los instintos del entendimiento humano, y presenta su inefable verdad. No hay medio de esquivarla, y todo el mundo sabe que Lutero en la embriaguez de su rebeldía no se creyó capaz de rehuirla, y escribió: «que se le haria

«un gran beneficio proporcionándole algun medio decoroso «para negarla [1].»

No está todo aquí: este sentimiento de rebeldía que animaba á Lutero, y que no puede dejar de experimentar todo hombre á la vista de este gran misterio, considerándolo no mas que por el exterior, esta rebeldía estalló ya al rededor del mismo Salvador. *¿Cómo*, dijeron los judíos entre sí, *puede este hombre darnos á comer su carne?...* Jesús que se hallaba presente y que debia disuadirlos de su error si hubiesen comprendido mal el sentido de sus palabras; y que en interés del éxito de su institucion, ó mas bien en interés de la verdad, debia suavizar conforme á la resistencia que encontraba, Jesús respondió (respuesta decisiva para la fe católica):—«EN VERDAD, EN «VERDAD os digo que si no comeis la carne del Hijo del Hombre «y no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros; por- «que mi carne es VERDADERA comida, y mi sangre VERDADERA «bebida.[2]»

La proposicion no puede ser mas clara, no hay mas que hacer que decidirse, esto es, siguiendo la razon y el sentido humano, no hay mas que dejar á Jesucristo en sus pretensiones y decir con los judíos: *Este lenguaje es demasiado duro para conformarse con él. ¿Quién puede escucharlo siquiera?...* y lo dejaron de la misma manera que lo han dejado y lo dejarán tantos incrédulos.

¿Volverá á llamarlos Jesucristo, y transigirá al fin con su razon insurreccionada? No: nada de esto; sino que dirigiéndose al pequeño número de los que habian permanecido mudos é indecisos, colma la medida y les obliga hasta cierto punto á seguir á los demás, diciéndoles: *Y vosotros, ¿queréis tambien dejarme?* como si dijera: Nada tengo que aumentar ni disminuir en mi discurso; no quiero añadirle ni quitarle nada; esto hay: tomad el partido que os acomode: el que quiera ser mi discípulo debe sujetarse á llegar hasta aquí; este es el precio que pongo á su fe.

Y el género humano ha llegado hasta aquí, y ha pagado este precio; y precipitándose en pos de Pedro, ha exclamado tendiendo los brazos á Jesucristo: *¿A quién irémos, Señor? Vos solo teneis palabras de vida eterna* [3].

[1] *Epist. ad Argentin.* t. VII, pág. 591.—Strauss, que es el mas decidido partidario de las *Fábulas mitológicas*, despues de varias tergiversaciones para embrollar estos textos tan formales, ó para acomodarlos á otra cosa, vencido por su evidencia, se ve obligado á reconocer que, «los que redactaron los Evangelios, creyeron que el pan de la cena era «pura y sencillamente el cuerpo de Jesucristo.» (Straus, t. II, parte II).

[2] Joan. VI, 52, 53, 54, 55. — [3] Joan. VI, 67, 68.

Esto ha sucedido porque el género humano ha amado; porque contra todas las apariencias ha creido en el amor; porque el amor no le ha engañado, y le ha dado no la demostracion, sino la certidumbre, la conviccion, el sentimiento y la sensacion de su presencia, porque la realidad ha triunfado de las apariencias, y porque, en fin, la verdad ha cumplido su palabra: *El que coma de este pan, vivirá.*

Sintiendo la realidad eucarística por medio de la fe práctica, el corazon del hombre no solo tiene la conviccion inmutable de esta realidad contra la oscuridad de las apariencias, sino que llega hasta á comprender la necesidad de esta oscuridad, hasta encontrar, sino su *cómo,* á lo menos su *por qué*, y á recobrar en cierto modo toda su razon en su fe, ó á lo menos á presentir su feliz armonía en la otra vida.

Probemos esta armonía, ejercitando nuestra razon en algunas consideraciones principales sobre el Sacramento del divino amor.

I. *El hombre no vive solo de pan.* Á diferencia de los animales cuya existencia se halla limitada á los sentidos, tiene él dos existencias: una sensible y otra espiritual. Estas dos existencias, aunque unidas por un lazo misterioso, no son por esto menos distintas por su naturaleza, y reclaman en consecuencia un alimento igualmente distinto.

El alma emanada de Dios debe tomar su sustancia en Dios; el cuerpo compuesto de materia debe buscarla en la materia, y cualquiera que sea la solidaridad que exista entre ambos, puede el alma decir al cuerpo lo que el ángel Rafael decia á la familia de Tobías: «Parece efectivamente que como y bebo «con vosotros; pero yo uso de una comida y bebida invisibles, «que los hombres no pueden conocer [1].»

Esta bebida y comida invisibles, esta *Comida de los espíritus,* como la llama Malebranche, este *Pan vivo,* como se llama á sí mismo, es la Verdad y el Amor que están en Dios, que son Dios, que tienen á Dios por principio y por objeto, es aquella Razon soberana de quien participan todas nuestras razones, aquella Sabiduría increada que hace feliz y racional al alma que de ella se alimenta, y que grita á todos los hombres desde el fondo de su espíritu y de su corazon: «Venid á mí todos los que «me deseais con ardor, y saciaos con mis dulces frutos, porque «mi espíritu es mas dulce que la miel. Los que me coman que-

[1] *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor.* (Tob. XII, 19).

«darán con hambre, y los que me beban quedarán sedientos[1].» Es decir, que á diferencia de los alimentos materiales que satisfacen muy pronto al cuerpo mortal, el alimento del alma aumenta su hambre al mismo tiempo que la satisface, porque el alimento es indivisible y el alma insaciable, y ni él ni ella pueden prestarse á una suspension. ¡Dichosa necesidad que puede darnos alguna idea de la felicidad del cielo!

Por este Sacramento el alma se convierte en comensal de Dios; está en *comunion* con él, se nutre de su mismo alimento, y participa, por consiguiente, de su vida y de su felicidad. Dios se nutre del conocimiento y amor de sí mismo, porque no puede conocer ni amar nada mas perfecto que él mismo[2], y porque es para sí mismo todo su bien: en esto consiste su vida y su felicidad. El alimento y la vida del alma consisten en el mismo conocimiento y en el mismo amor, con la única diferencia que Dios los toma y los dirige á sí mismo, y el alma los toma y dirige á Dios. «La vida eterna consiste en conoceros, ¡oh «Padre mio!» dice Jesucristo en el Evangelio; y el catecismo con su estilo claro y conciso hace penetrar esta gran verdad en el corazon de los niños del modo siguiente: «¿Para qué te ha «criado Dios y te ha puesto en el mundo?—*Para conocerlo y «amarlo, y alcanzar por este medio la vida eterna.*»

En el primitivo estado de las cosas, esta vida superior del alma que la ponia en comunicacion con Dios, no debia ser contrariada por la vida inferior de los sentidos que la colocaba en relacion con la materia. Al contrario, aquella debia subordinar á esta y elevarla con aquella á prerogativas de espiritualidad, de gloria é inmortalidad, de las cuales no tendríamos idea si no fuera por lo que se nos cuenta de la Transfiguracion y Ascension del Salvador.

Un rompimiento fatal de la comunion del alma con Dios por el pecado original acarreó á la humanidad un destino inverso. Prevaleció la vida inferior; el alma fue abismada en la carne, perdió la vista y el gusto de Dios, y se fué engolfando cada vez mas en el orgullo de sí misma y en los goces de la materia.

La vida divina que habia recibido gratuitamente con la naturaleza, y que por consiguiente era para ella sobrenatural, se le hizo, si podemos expresarnos así, mas sobrenatural todavía, y se encontró separada de ella por dos obstáculos insuperables:

[1] Eccli. XXIV.
[2] *Pater vitam habet in semetipso.* (Joan. V, 26).

El primero, que en adelante ya no podia ver nada sino á través de los sentidos, y que el alimento invisible de aquella vida de los espíritus, de que hemos hablado, ya no movia su apetito.—El segundo, que no habia podido desordenarse sin desordenar de rechazo los sentidos que se habian hecho cómplices suyos, y que, haciéndolos servir á sus desórdenes, los habia desencadenado contra sí misma.

En este estado el alimento espiritual no podia serle dado otra vez en el estado invisible é inmaterial, ya porque el alma se habia trasladado á los sentidos, y porque nada podia llegar hasta ella sin pasar por ellos, ya porque rebelados estos se oponian á que ella se aficionase á las cosas del cielo.

Entonces la vida divina, aquella vida que al principio estaba en el Padre, debió descender á la naturaleza humana y vestirse de nuestra carne rebelada [1] para volverla á colocar por medio de sus sufrimientos bajo la ley del espíritu y volver á poner el espíritu bajo la dependencia de la ley divina, rehabilitándola de nuevo valiéndose de los mismos sentidos, y reedificando en nosotros al hombre espiritual á pesar del hombre carnal.

La comunion del alma con Dios debió ser el resultado de esta misericordiosa mediacion; pero no de una manera inmediata y tal como se efectuaba en el orígen de los tiempos: no lo consentia el mismo principio de la mediacion, ni lo hubiera sufrido nuestra naturaleza libre. Para que esta última tomara parte en ella, debió Dios aplazar la consumacion de la union inmediata para la otra vida, y ponernos acá en la tierra solo en camino de llegar á ella por medio de la correspondencia á las gracias que nos habia prometido, y por nuestra voluntaria asimilacion al divino Mediador que nos las habia conquistado.

Desde entonces nuestra comunion con Dios debió hacerse en la tierra mediatamente, bajo una forma mista como la de la mediacion, como la del mal de la cual era remedio, y á través de pruebas que nos hiciesen conformes á Jesucristo, del mismo modo que él se habia hecho conforme á nosotros. Así como él habia tomado nuestra carne rebelde, debíamos nosotros volverla á tomar pacificada, hacerla nuestra, y volver á tomar con ella la vida divina que le es inseparable. «No digamos, «exclama Bossuet, que basta el espíritu. El cuerpo es el medio

[1] Esta palabra y demás semejantes no quieren decir que la carne en Jesucristo estuviese rebelada contra el espíritu, sino que tomó verdaderamente nuestra carne, que en nosotros lo está á causa del pecado que contraemos, y del que Jesucristo estuvo libre. *(Nota de los Editores).*

«para unirse al espíritu: haciéndose carne, descendió el Hijo «de Dios hasta nosotros, y por medio de su carne debemos vol- «verlo á recibir para unirnos á su espíritu y á su divinidad. Fui- «mos hechos, dijo san Pedro, participantes de la naturaleza divi- «na, porque Jesucristo participó tambien de la nuestra. Es me- «nester por lo tanto que nos unamos á la carne que el Verbo «tomó, á fin de que por medio de esta carne participemos de la «divinidad de este Verbo, y que lleguemos á ser dioses parti- «cipando de los sentimientos de Dios.»

Encarnándose una vez, no tomó Jesucristo mas que una carne individual; pero por la Comunion eucarística toma la carne de todos nosotros, se la apropia, se la asimila, y por esto los Padres llamaron á la Eucaristía *la extencion de la Encarnacion*, y por consiguiente de la vida divina, cuyo principio le es inherente.

La concupiscencia, hija del pecado original, se transmite á los hijos de Adan con la vida natural por via de contagio y por extension de la carne de su primer padre, en quien tomó orígen: del mismo modo la gracia, hija de la expiacion, se nos inocula por la comunion de la carne de Jesucristo, que nos la mereció, y en la cual debemos renacer de nuevo á la vida sobrenatural, apropiándonosla. Entonces podemos decir verdaderamente con Jesucristo, que *él permanece en nosotros y nosotros en él: él en nosotros*, porque toma nuestra naturaleza culpable; *nosotros en él*, porque volvemos á tomarla regenerada, y nos convertimos en sus miembros y su carne. Lo que no podíamos hacer en nosotros, lo hizo él en sí mismo para transmitírnoslo, de modo que solo tuviéramos que hacérnoslo propio uniéndonos á él. *Se hizo pecado*, como dice san Pablo, para hacerse en seguida remedio del pecado; se hizo *primicias de los muertos*, para que estos por su comunion con él en el estado de aniquilamiento y expiacion, pasen con él al estado de resurreccion y de gloria.

Por esto todos los que participan en esta comunion de la persona de Jesucristo se hacen un solo cuerpo con él, una sola sangre, una sola alma, y, si es permitido decirlo, una sola divinidad, divinidad velada, divinidad humillada, pero que debe reproducir algun dia en cada uno de los miembros la gloria que hizo brillar en la cabeza.

La manducacion de la santa Víctima constituye, pues, parte del sacrificio, y nos lo hace comun con ella. Esta es la parte que nos pertenece en esa divina mediacion, así como la inmolacion es la parte que pertenece á Dios.

II. Esta gran verdad fue prefigurada en todo el mundo antiguo. La manducacion de la carne de las víctimas se encuentra en todos los pueblos y en todas épocas, como constituyendo parte integrante del sacrificio. Haciendo Rollin la descripcion de un sacrificio que refiere Homero, dice: «Cuando las «piernas de la víctima fueron enteramente consumidas por el «fuego, se asaron las *entrañas* y se repartieron entre los asis«tentes. Esta ceremonia es notable, pues daba fin al sacrificio «ofrescido á los dioses, y era como una señal de comunion en«tre todos los que se hallaban presentes. La comida seguia al «sacrificio y hacia parte de él[1].» Podríamos citar ciertos sacrificios practicados en otras naciones, y que presentan, bajo este punto de vista, relaciones muy notables con el verdadero sacrificio del Libertador esperado, del cual todos los sacrificios no eran mas que figura, como ya lo dejamos especialmente consignado en nuestro *Estudio sobre los sacrificios*. Entre ellos recordarémos uno de los mas célebres sacrificios de la India, en el que la inmolacion y manducacion de un cordero iban acompañadas de oraciones, en las cuales se decia en alta voz: *¿Cuándo nacerá el Salvador*[2]?

En tales circunstancias se vanagloriaban los paganos de *comer con los dioses;* idea muy notable y que confirma lo que dijimos al principio acerca del alimento del alma que es la misma vida de Dios, y que debia bajar del cielo para volver á dársenos en estado de víctima expiatoria y como prenda de nuestra reconciliacion con su autor.

Por otra parte, como ya dejamos demostrado en su lugar, es preciso buscar en el pueblo judío, el primogénito de todos los pueblos, el verdadero espíritu del sacrificio, porque desde aquí se derramó con el género humano por todo el universo. Es una verdad incontestable que todas las ceremonias de la ley mosáica eran figurativas de los misterios de la ley evangélica y de lo que debia realizarse y consumarse en la persona del Mesías prometido á las naciones. Está igualmente demostrado que los judíos comian las víctimas con el designio de participar del sacrificio, segun aquellas palabras de san Pablo: *Considerad á Israel segun la carne: los que comen las víctimas ¿por ventura no tienen parte con el altar*[3]?

[1] Rollin, TRATADO DE LOS ESTUDIOS, *De la lectura de Homero.* — En lo que se ve claramente que la comida hacia parte del sacrificio y era un acto *exclusivamente* religioso es en la eleccion de las *entrañas*, partes del animal (en Homero era una becerra), que de ordinario no se comen.

[2] *Carta del P. Boucher á Huet*, t. XI de las *Cartas edificantes*, pág. 21.

[3] I Cor. x, 18.

El sacramento de la Eucaristía tiene, pues, en su favor, con el asentimiento de los pueblos modernos, el presentimiento de todos los pueblos de la antigüedad, y la doctrina que acabamos de exponer se reviste con ello del carácter de todas las cosas divinas, de todas las cosas cristianas: *la perpetuidad y la universalidad.*

De esta consideracion se desprende un resultado mas directamente aplicable á la doctrina católica sobre la *presencia real*, y confunde al protestantismo con un argumento sin réplica.

Si, como no podemos dejar de reconoeer, las ceremonias y en particular los sacrificios de la ley antigua no eran mas que figuras del verdadero sacrificio que debia tener lugar en la nueva ley, es necesario que todo cuanto sucede en esta última sea superior á la figura, sea *real;* porque si la materia del sacrificio de los cristianos, por la cual participan de él, no es mas que una figura, una imágen ó una representacion, no es mas que *pan* y *vino,* ¿en qué consiste la superioridad del sacrificio de la ley nueva respecto de los de la antigua, en los cuales esta representacion no era mas augusta, mas patente, la imágen y la figura mas sensible? ¿No tendria el culto de la ley de gracia ninguna preeminencia sobre el de la ley judáica? San Pablo creia lo contrario, pues dijo: Tenemos un altar del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo [1], es decir, los sacerdotes y levitas de la antigua ley.

Si los protestantes son consecuentes, es menester que tambien digan que la inmolacion de Jesucristo en la cruz no fue mas que una figura, que no fue una muerte efectivamente expiatoria, sino una muerte espiritual y mística. Deben pasar mas adelante, y la misma realidad de la encarnacion del Verbo debe quedar desvanecida ante su nueva exégesis. Esto es lo que ellos han enseñado á hacer á los socinianos y á los unitarios que, como sabemos, han llegado ya á este punto [2]. Y es necesario que todo el protestantismo venga á parar á esta conclusion subversiva de toda religion revelada, ó que abrace la doctrina católica. Solo esta doctrina se concilia consigo misma y se sostiene en todas sus partes. En ella la manducacion del cuerpo de Jesucristo es tan *efectiva* como su muerte y su encarnacion; todo en ella es realidad, todo es cumplimiento de las

[1] Hebr. XIII, 10.

[2] «La muerte de Jesucristo en la cruz, dicen, no fue mas que un *sacrificio* impropia-«mente dicho; en cuanto Jesucristo muriendo rogó por los pecadores, y en cuanto con-«firmó con su muerte toda su doctrina.» (Bergier, *Diccionar. teológ.* V. *Sacrificio*).

antiguas figuras, porque todo debia serlo, y porque las palabras de Jesucristo imprimen en esta induccion, ya tan poderosa en sí, el sello de su autoridad: EN VERDAD, EN VERDAD *os digo, que mi carne es* VERDADERA *comida, y mi sangre* VERDADERA *bebida.*

Únicamente para evitarnos el horror de comer y beber carne y sangre humanas en su propia forma, nos da á comer la carne de su sacrificio de una manera divina y sobrenatural, é infinitamente distinta de la en que se comian las víctimas antiguas, aunque sin quitarle por esto nada de su realidad y sustancia. Del mismo modo que se habia hecho hombre para poder morir, y víctima para morir en realidad, se hizo tambien pan hasta cierto punto para convertirse en nuestro alimento espiritual y hacernos participar de su sacrificio: el pesebre, la cruz y la cena forman las tres gradaciones de los abatimientos del divino amor, y tan *real* es el último como los dos primeros.

III. Si nos confunde mas, llena con esto mismo el fin que se propuso, que es llegar á hacernos participantes de su amor por medio de la participacion de sus sacrificios, para elevarnos despues á la participacion de su triunfo y de su felicidad. Amor por amor, sacrificio por sacrificio: Dios se desnuda, es menester que nos desnudemos tambien nosotros; nos da prendas de amor, es necesario que á nuestra vez le demos prendas de fe; el Verbo eterno anonada su divinidad y hasta su humanidad bajo las apariencias de pan y vino; es preciso que anonademos nuestra razon y nuestros sentidos en la fe en este mismo anonadamiento, y que para hacernos dignos de recibirlo nos coloquemos en la condicion correspondiente á la en que él se colocó para darse á nosotros. La razon se estremece, los sentidos se irritan y la naturaleza humana se resiste, pero este es cabalmente el martirio del amor y la prueba de la fe; y si esta se sobrepone á todo, se aumenta con el amor de todos los abatimientos de la naturaleza, se goza en merecer por esto el de Dios, en sufrir por él, como él y con él, y en poder decirle: Todo lo abandoné, todo lo sacrifiqué, y ya nada me queda; quisiera poder daros mas aun, pues sé que aquel á quien me entrego es la verdad y el amor por excelencia, y lo reconozco no solamente en los sacrificios á los cuales él mismo se sometió, sino en los que de mí exige.

Nuestro asunto, considerado por este lado, es inmenso: el verdadero amor quiere dejar de pertenecerse á sí mismo para

depender solo del objeto amado, morir á su propia existencia para no respirar mas que en la de otro: todas sus acciones, todos sus afanes se dirigen á esto; es su último período; es preciso que desaparezca la dualidad, que se consume la unidad, y que se consume en todo el ser: en el cuerpo lo mismo que en el espíritu y el corazon. Una madre quisiera incorporarse con el hijo que alimenta, quisiera *comérselo*, como ella misma dice vulgarmente, inspirada por la naturaleza: los besos, los abrazos y los apretones de una viva amistad y de un amor ardiente ¿qué son mas que movimientos de ese instinto natural, que quisiera romper las paredes de los sentidos para pasar á la identificacion de las almas, y poseer lo que ama para nutrirse de ello, unírsele, vivir en ello y *transustanciárselo*? Y ¿qué amor perfecto hay que no hiciera el milagro de la *transustanciacion*, si estuviera en su poder, y que no diria tambien, y lo diria anegado en delicias al objeto amado: *Toma y come, este es mi cuerpo?...*

Pues bien: Dios, que es el amor mismo, y de quien todos los amores no son mas que derivaciones ó extravíos, Dios hizo este milagro porque podia hacerlo, y porque es propiedad del amor llegar hasta los últimos límites de lo posible. Habiéndose hecho hombre, habiéndose hecho víctima por el hombre, no debia detenerse aquí, y la ley del amor debia obligarle á querer ser el alimento del hombre y á serlo en efecto, supuesto que podia, y porque además no hacia con esto mas que restablecer la naturaleza de las cosas, en virtud de la cual él es la vida y el alimento de nuestras almas, y volver á dársenos bajo una forma adaptada á nuestra debilidad.

Pero la misma ley entraña respecto de nosotros una obligacion de reciprocidad, y de la misma manera que él muere hasta cierto punto á todo y hasta á sí mismo para vivir en nosotros, es preciso que nosotros muramos tambien á nosotros mismos para vivir en él. Es necesario decir con san Pablo: *Deseo disolverme para ser una misma cosa con Cristo;* es necesario que esta disolucion se consume en efecto, tanto como sea posible, hasta poder decir tambien con el mismo Apóstol: *Ya no soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí.*—¿Y cómo se efectuará este prodigio de nuestra disolucion correspondiente á la de Jesucristo?—Por las pruebas de nuestra fe en su presencia real contra las apariencias, contra la razon natural y contra los sentidos. Es necesario morir á todas estas cosas, desprenderse de ellas, sobrevivirlas por la fe, y no conservar de nosotros mismos nada mas que la voluntad y el amor, para comunicar real-

mente y confundirnos y perdernos en la voluntad soberana y en el amor inmenso de Dios.

Hé aquí la razon filosófica de la impenetrabilidad natural del misterio eucarístico: así como su objeto es la consumacion del amor, su medio debia ser tambien el mayor sacrificio del hombre y de Dios. El talento instintivo de Platon habia entrevisto esta hermosa verdad á través de las figuras de la antigua teogonía, al escribir: «Todos los sacrificios y esas otras cosas, «á las cuales preside la ciencia sagrada, y por cuyo medio la «divinidad se une á los hombres, tienen por objeto la conser«vacion del amor [1].»

IV. Pero descubrimos ya una nueva perspectiva no menos espléndida que la que acabamos de explorar; y es que reanimando de este modo el amor, el sacramento de la Eucaristía reanima en nosotros la perfeccion, y nos regenera en todo nuestro sér y en todas sus relaciones.

Es una verdad comun, que todo el hombre, es decir, todo lo que hay de mas eminente y de mas sustancial en él, se resume en la conciencia, en el *sentido moral.*

Pero esta misma conciencia no es siempre viva y exacta en el mismo grado, pues se altera por el roce con las pasiones; ya no nos indica nuestros deberes con la misma precision, y no nos hace sentir mas que de léjos y débilmente su influencia; llega algunas veces hasta cesar enteramente ó variar segun los desórdenes que deberia prevenir en nosotros.

Necesitábase, pues, un medio de reglar esta conciencia reguladora, así como las agujas que marcan la hora en un reloj son regladas por otra aguja secreta, por cuyo medio se las pone de acuerdo con el cuadrante de los cielos.

En el hombre este regulador secreto, que es para el *sentido moral* ó á la conciencia lo que la misma conciencia para la voluntad, es el *sentido religioso*, el *sentido místico:* es el amor del deber conformado á su orígen y á su objeto: á Dios.

Podemos decir que las pruebas por que nos hace pasar antes de llegar á la comunion eucarística, son ya en sí mismas y aisladas un poderoso medio de regeneracion.

En efecto, ¿qué es lo que altera en nosotros el sentido religioso, ó aun simplemente el sentido moral? ¿No es la sutileza del espíritu, el tumulto de los sentidos, esa vida enlazada con las cosas criadas, que nos derrama todo enteros al exterior y nos hace perder de vista aquel otro mundo interior y

[1] Platon, *Banquete.*

moral de la verdad y de la virtud, con el cual nos comunicamos por medio de la conciencia? El raciocinio va tomando poco á poco en los hombres el lugar de la conciencia, porque por el raciocinio se conducen, y por la conciencia son conducidos, y esto último les repugna. La conciencia es una soberana que, además del rigor de los deberes que prescribe, incomoda al orgullo humano solo porque es soberana, porque obra sola, porque obra con independencia, previene, examina y anula con frecuencia las decisiones del entendimiento humano sin dejar conocer los motivos que para ello haya, y porque obra por instinto. Esta dictadura disgusta; y de ahí nace esa tendencia á sustituir el sentido íntimo por el raciocinio, y la conciencia por los cálculos, aun entre los que son menos depravados. El principio del mal está en el orgullo, contra el cual es preciso precaverse por medio de la incesante sumision á esta voz interior que habla en nosotros. Á este primer vicio suceden todos los demás, y las sensualidades, las concupiscencias y todas las pasiones vienen en seguida á explotarla en provecho de sus criminales y falsos placeres. Por no haber querido someterse á la conciencia, no puede á su vez el entendimiento someter á sí las pasiones, llega á ser su juguete, su cómplice, su esclavo, y todo el hombre queda depravado.

El remedio de este mal debe ser el reverso de la medalla. Para volver á encontrar la conciencia es menester separarnos de todo lo que nos la hace perder, purgarla de todos esos elementos heterogéneos que la obstruyen, divorciarse á lo menos provisionalmente de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, de nuestras preocupaciones terrestres, suspender, en una palabra, esa vida exterior de relacion sensible con las cosas criadas que nos disipa, y volver á entrar dentro de nosotros mismos. Sucede con el alma lo que con el cuerpo: la dieta es el preliminar de su tratamiento médico, porque la inmoderacion es el orígen de sus males. Pero de poco ó nada serviria el separarnos de los objetos criados que nos afectan, si además no nos despojásemos de esa propiedad de nosotros mismos que nos achica y limita por el lado del mundo espiritual, y que es como la muralla que nos separa de él. La ciega confianza en nuestra razon privada y la adhesion exclusiva á nuestro propio sentido forman el primer nudo de esa red que nos liga á las cosas criadas, y que va complicándose al rededor de nosotros. Es preciso, pues, llevar la espada de la separacion hasta ese nudo que tan caro es al orgullo, y reducirnos á lo que hay de

mas sustancial y simple en nosotros: hacernos, en una palabra, segun la bella expresion de la Escritura, *sencillos de corazon.*

Pero este trabajo supone un término de relacion que sea su punto de apoyo. No puede el hombre desprenderse de la atmósfera en que vive, y mucho menos de sí mismo, sin aficionarse á algun objeto que reemplace los que abandona y cuya perspectiva le incline á dejarlos. Y ¿qué objeto puede mejor que Dios tener esta poderosa virtud? Y ¿por medio de qué sentimiento mas activo puede ejercerlo que por el del amor? Y, en fin, ¿qué motivos mas propios para desarrollar en nosotros este sentimiento que los que nos ofrece en el sacramento de la Eucaristía, en el cual él mismo nos da el primer ejemplo del mas absoluto desprendimiento, del amor mas infinito?

¡Cuán poderoso desinterés no debe excitar este Sacramento en el alma humana al considerar esta la santidad, la grandeza y amabilidad del Dios que en él recibe! ¿Qué objeto, qué interés, qué afeccion hay en el mundo que no queden eclipsados, desencantados, al compararlos con esta union, y como esta *comunion* con la perfeccion por esencia debe apartarnos de todos los falsos bienes de esta vida?

El motivo de la oscuridad del misterio se hace desde este momento evidente. Esta oscuridad consuma la obra de nuestro desinterés y de nuestra abnegacion, obligándonos, para penetrarla por medio de la fe, á renunciar á nuestros sentidos, hasta á nuestra razon privada, y á no conservar mas que la voluntad, y esta ya sometida. Retirados, concentrados en la parte mas invisible de nuestro sér, morimos á toda vida exterior, aun á toda vida propia; nos sepultamos, nos anonadamos al igual del Dios que quiere darse á nosotros, y volvemos á entrar en la nada de donde nos sacó, pero para renacer luego y adquirir otra vez en Dios una nueva vida, esa vida espiritual que con su soplo comunicó al primer hombre, y que este no supo conservar.

En fin, llegado el momento de esta comunion regeneradora, se desvanece todo lo que constituye la vida en la tierra, desaparecen tambien el tiempo y el espacio, y el alma, reducida á la única facultad de querer y de amar, se adelanta enteramente sola hasta los últimos confines de la existencia terrestre. *Si es con mi cuerpo ó sin mi cuerpo,* podria decir entonces con san Pablo, *no lo sé* [1]; pero sucede alguna cosa eterna é infinita, —se consuma la union inefable, —y hasta en la

[1] II Cor. XII, 2.

fisonomía se refleja una especie de solemne y tierna mezcla de paz y de temor, de sufrimiento y de voluptuosidad, de vida y de muerte; como si el pesar, cási diríamos el despecho de volver á entrar en la vida y sus tempestades inquietase á aquella alma que vuelve de los cielos. *Mi vida es Jesucristo*, se dice á sí misma, *y morir seria ganancia* [1].

Los que se privan del sacramento de la Eucaristía no podrán comprender jamás lo que él causa, lo que con él sucede, así como tampoco es dado á los que con él se gozan el explicarlo. Es un secreto de amor entre el alma y Dios. Por esto no nos sorprende que queriendo Voltaire de buena fe figurarse el efecto de la Comunion, y creyendo rendirla un homenaje, lo describa del modo siguiente: «Hé aquí unos hombres que re-«ciben á Dios en su interior, *en medio de ceremonias augustas,* «*al resplandor de cien antorchas, al son de una música que em-*«*belesa sus sentidos, al pié de un altar radiante de oro. La ima-*«*ginacion se halla subyugada*, y el alma embargada y enter-«necida; el corazon late apenas, nos sentimos desprendidos «de todos los bienes terrestres, y unidos á Dios que está en «nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá, «quién podrá, despues de esto, cometer una sola falta, ni si-«quiera concebir el pensamiento de cometerla? Era segura-«mente imposible imaginar un misterio que con mas fuerza «retenga á los hombres en la virtud [2].»

Voltaire habló aquí como poeta y habló bien; pero el filósofo se equivocó grandemente: *las ceremonias, las antorchas, la música, la belleza del altar,* ninguna impresion causan entonces en el alma. Al revés, la contrarian: todo lo que experimenta le viene del interior. Lo que únicamente desea es la soledad, el silencio, el retiro. Todo lo que le renueva la memoria de la tierra y de los hombres, y le recuerda que pertenece aun á este mundo, la importuna y aflige. Siendo, como lo es, toda de su Dios, quisiera, como la Magdalena, *llevárselo* é irse con él al desierto para perpetuar y consumar para siempre en él su union. Sin duda que la encanta una música, la enamora una luz, la atrae una belleza; pero una música interior, una luz sobrenatural, una belleza inmaterial, en las cuales ninguna parte tienen los sentidos ni la imaginacion, y de cuyos encantos disfruta tanto mas cuanto menos mezcla hay en ellos. Las comuniones mas dulces, mas vivas y eficaces son las que se hacen sin mas pompa que la de un

[1] *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.* (Philip. I, 21).
[2] *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, t. VI.

corazon bien dispuesto. La sencillez del altar está entonces mas en conformidad con el anonadamiento de la víctima, y solo de esta proceden los transportes del alma que la recibe.

Para el alma es precisamente una prueba directa de la *presencia real*, el que esta presencia se haga sentir con mas fuerza cuanto menos parte tengan en este sentimiento la imaginacion y los sentidos. Sobreviene en ella una vida toda interior, como si en su corazon latiera otro corazon, y en su conciencia obrara otra conciencia. Esa voz íntima y sagrada que constituye el sentido moral adquiere una delicadeza y sonoridad que revelan la presencia inmediata de su Autor. Lo que habla y contesta no es ya una abstraccion instintiva, sino una realidad distinta y personal; es una expansion profunda y recíproca como la de dos amigos, y de dos esposos entre sí. En fin, ya no está el alma sola; hay en ella un huésped... un Dios.

Vivificada así el alma y puesta en relacion con el mundo interior y sobrenatural, vuelve á ocupar el sitio que en este le corresponde. Pero ¡qué cambio tan profundo! Esta vida terrestre que el alma habia abandonado por encontrarla pesada y amarga, la vuelve á encontrar suave y ligera. Se sonrie al considerarla, tan fuerte se siente para sufrirla en lo que tiene de penoso, y para evitarla en lo que hay en ella de corruptor. Todo se le hace fácil; corre, vuela por esa senda de los deberes donde antes tropezaba á cada paso, y cuyas espinas parece que se han convertido en rosas. En ella y á su rededor todo obedece al principio divino que la anima, y del cual sigue nutriéndose. Este principio tiene la doble propiedad de desprenderla de este mundo, por el atractivo interior, hasta el desprecio, y de ligarla á él, por el amor de Dios y de los hombres, hasta la muerte. De este modo satisface á la vez y dobla una por otra la vida mística y la vida práctica, cuya armonía constituye el hombre perfecto [1]. Hace de ella, en fin, por el amor que se la une, un instrumento consagrado al reinado del órden de que es orígen, un ministro de sus gracias, un testigo y un embajador de su verdad, un verdadero Ángel.

Así es como en el Cristianismo la Eucaristía vivifica el corazon del hombre por el amor, del mismo modo que su enseñanza vivifica su espíritu por la verdad. ¡Cosa admirable y que revela perfectamente ese órden divino que resplandece siempre en todo lo que pertenece á tan bella Religion! El hombre moral es

[1] Sentimos no poder desarrollar esta consideracion; pero se hace preciso concluir y dejar caer muchas espigas de tantas mieses: al lector toca recogerlas.

entendimiento y corazon; tiene necesidad de dos cosas: de alimento y de luz. Inteligencia y amor: estos son los dos polos de su sér sobre los cuales giran todos sus destinos. El Catolicismo provee admirablemente á estos dos fines. Por la infalibilidad de su enseñanza determina al entendimiento humano y lo fija en la certidumbre de la verdad; por la participacion eucarística atrae su corazon y lo hace descansar en el amor de esta misma verdad. Por medio de la doctrina, es para él como la columna luminosa que guiaba á Israel en el desierto, y por medio del Sacramento, como el maná celeste que en él lo alimentaba. Son como dos mesas colocadas en ambos costados: la una la mesa de la ley divina que contiene y enseña la verdadera fe, la otra, la mesa del altar sagrado, en el que está el pan de vida que la hace sensible; en la una nos ilumina, en la otra nos conforta; por un lado nos instruye, por el otro nos persuade; por todas partes se apodera de nosotros, nos alienta, nos diviniza. Es Dios mismo que se nos da con igual *realidad de presencia* en la enseñanza de su Iglesia y en el banquete de su amor. El Verbo eterno se perpetúa y habita sustancialmente en medio de nosotros en la doctrina y en el Sacramento, y á una y otro se aplica con igual fuerza la exactitud de estas palabras: *Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.* Á vista de esto, todavía podemos insistir en hacer notar la admirable concordancia, la profunda solidaridad que ni la herejía pudo romper, y que la obligó á privarse de todo, y juntar en su comun impotencia para destruirlos, el púlpito y el altar.

V. Darémos fin á la presente tarea con una consideracion mas elevada y general.

Si hay en la naturaleza humana un instinto profundamente arraigado y universalmente revelado por sus efectos, es el que hace que el hombre se crea de raza y destino divinos, que enlace su existencia con la de Dios, que quiera asimilarla con ella y confundirla.

Poetas, filósofos, pueblos civilizados y bárbaros, antiguos y modernos, todos los hombres sin distincion, aunque bajo formas diversas, han hecho alarde de la misma pretension.

Es un hecho *humanitario*, como acostumbran decir en nuestros dias.

¿No es una expresion inmensa de este hecho la misma idolatría que reinó por tanto tiempo y con tanto furor sobre la tierra? El instinto de que hablamos habia conducido al hom-

bre á sentarse con todas sus miserias sobre el trono mismo de Dios. Las cosas habian llegado hasta el punto de que convertirse en Dios y recibir las adoraciones que le son debidas era un hecho ordinario, y que en los señores del mundo no siempre esperaba la muerte para consumarse. Las apoteosis eran lugares comunes oratorios y poéticos; pero lugares comunes de los cuales se usaba con formalidad y que se efectuaban por medio de actos increibles, y por consiguiente llenos de supersticiones idolátricas. Las estátuas de los dioses y semidioses, mezcladas con las de los héroes y de los grandes hombres que aspiraban á serlo, poblaban la tierra: *en una palabra, todo era Dios, menos el mismo Dios.*

Si separándoos de la multitud buscais en la fisonomía antigua un refugio contra esa deificacion universal, la filosofía á su vez deplorando los extravíos del instinto que le dió orígen, no hará mas que expresaros mas claramente su principio; y la voz mas pura, mas tranquila y elevada, os dirá: «Hay una «sociedad primitiva entre el hombre y Dios, hay una seme«janza entre el hombre y Dios, que nos autoriza á llamarnos «*realmente de la familia, de la raza y de la estirpe* de los séres «celestiales [1].»

En los tiempos modernos, y principalmente en nuestros dias, el exceso de semejante pretension distingue á todo lo que está separado del Cristianismo. La idolatría sigue ocupando, como una planta silvestre, toda la tierra que el arado evangélico no ha tocado todavía, y en nuestras sociedades civilizadas el panteismo, es decir, la mas audaz confusion del hombre con Dios, la absorcion de la divinidad en la humanidad, constituye el fondo comun de cási todas las producciones del talento humano. Es la úlcera que va royendo las facultades del alma, que se extiende como la idolatría en los últimos dias del paganismo, y que amenaza sofocar hasta los últimos principios elementales de justicia y de moral por los cuales viven las sociedades.

Siempre y por todas partes, parece que la humanidad haya buscado, al través de todas sus miserias, el cumplimiento de aquella promesa que sedujo á su jefe: *serés como dioses,* y que haya hecho pasar de boca en boca el fruto fatal, tan lisonjero al orgullo que debia realizarla.

Las profundas revelaciones de nuestro orígen nos enseñan

[1] *Est prima hominis cum Deo societas; est igitur hominis cum Deo similitudo, ex quo vere agnatio nobis cum cœlestibus, vel genus, vel stirps appellari potest. Ex quo efficitur illud, ut is agnoscat Deum, qui unde ortus sit, quasi recordetur ac noscat.* (Cicero, *De legibus*, lib. I).

que se habian ofrecido al hombre otra promesa y otro fruto, un fruto de vida, que, comiéndolo, le haria *vivir eternamente* [1]

La fatal seduccion que lo llevó al fruto del árbol de la ciencia, no produjo, pues, tan grandes resultados sino porque correspondia á una tendencia nativa en él, y porque imitaba la verdad de su destino. Sucumbiendo á aquella, debia perder este destino para siempre. Sin embargo le estaba reservado un medio de recobrarlo, y la consecuencia de su caida fue solo aplazar su posesion y hacérsela alcanzar á través de las pruebas expiadoras del abuso de su libertad.

Por lo tanto resulta que se le ofrecieron siempre al hombre la misma promesa y el mismo fin: esto es hacerse semejante á Dios, pues cualquiera que fuese su eleccion, obedecia siempre instintivamente á su destino, de modo que su mismo culpable error prueba la verdad de dicho destino, y lo prueba tanto mas cuanto el hombre no ha dejado de aspirar á él, aunque por el camino que escogió para conseguirlo, se alejaba cada vez mas de su consecucion.

Este camino que es por el que ha andado errante el género humano, consiste en que el hombre se hace Dios por sí mismo, en que se constituye rival de Dios, usurpador de sus atributos, en que altera el órden de su propia naturaleza sacándola de Dios y haciéndola entrar en sí misma. El principio de esto es el orgullo mas desenfrenado, su sentido es el ateismo, su expresion la idolatría y el panteismo, y su inevitable resultado la esclavitud del hombre á sus brutales pasiones, á las cuales no puede contener con sus solas fuerzas. De manera que por querer el hombre hacerse igual á Dios, se hace inferior á sí mismo.

Apareció el Cristianismo, y, correspondiendo á los celestiales instintos y divinas tendencias que en nosotros se abrigan, pretendió satisfacerlos; pero por medios diametralmente opuestos á los que el género humano habia seguido, y es preciso convenir en que los abismos en que habia este caido eran ya una gran prevencion en favor de la sabiduría de este medio inverso.

Este medio es el reconocimiento del soberano dominio de Dios sobre el hombre, y la reparacion del orgullo que se lo habia hecho desconocer por el anonadamiento de una víctima, en la cual la humana naturaleza tenia compendiados todos sus sufrimientos, y la naturaleza divina todo su valor. La reunion de estas dos naturalezas para formar esta víctima

[1] Genes. III, 22.

efectuaba la alianza entre Dios y el hombre, objeto primitivo de nuestros destinos, que el pecado frustrara, y la llevaba, respecto de nosotros, al mas alto grado de gloria. Pero no era esto todavía bastante; Dios queria llegar á un resultado mas íntimo de esta comunion del hombre con él, y conseguir el cumplimiento literal de la promesa de nuestra deificacion. Se habia hecho hombre y queria que nosotros fuéramos él, queria consumarnos en la union, en la unidad con él. Pero al propio tiempo, para evitar á nuestra frágil naturaleza los vértigos del orgullo que semejante elevacion, si hubiese sido repentina, no podia dejar de inspirarnos, así como para hacerle expiar lo que la habia arrastrado á deificarse á sí misma, debia Dios poner un contrapeso á su favor, tan grande como él mismo, que nos anonadase en la sumision que le debemos, en el momento en que iba á admitirnos á la mas gloriosa union con él, y que nos obligase á hacer en el mas alto grado actos de criatura, en el momento en que nos hacia pasar á la vida del Criador.

Tal es la profunda razon del anonadamiento en que el misterio de la Eucaristía pone á nuestra razon y sentidos. El precio con que se nos da el Señor es el rescate del crímen con que quisimos hacernos semejantes á él, el contrapeso del abismo de gloria en que nos introduce, la justa represalia de la fe que habíamos tenido en nosotros mismos, y en el espíritu de desórden que nos habia perdido. Este último tentó á nuestros primeros padres diciéndoles: *Comed de este árbol, y seréis como dioses*, y lo creyeron desobedeciendo á Dios. Para remediar este desórden, el Salvador nos prueba á su vez y nos dice: *Comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y os haréis dioses.*

Por medio de este admirable equilibrio el Cristianismo nos conduce de nuevo á nuestros primitivos destinos, y nos hace llegar, á través de todas las pruebas de nuestra fe, al glorioso término al cual nos dirigíamos por la senda de los desórdenes de nuestro orgullo. Á este orgullo y á la reparacion y precauciones que exigia, debemos atribuir estas pruebas y este retardo. Por esto no nos es permitido ver desde ahora á Dios cara á cara, y por esto el impenetrable velo del misterio nos le oculta hasta en sus mas íntimas comunicaciones. Algun dia, cuando se haya cumplido el tiempo de las pruebas, este velo se rasgará. Hasta entonces, sirviéndonos de la graciosa y exacta imágen de un Padre de la Iglesia, estamos como el niño en el seno de su madre que se alimenta de frutas sazo-

nadas por el sol antes de haber visto su luz; nos alimentamos de Dios antes de verlo.

Pero lo sentimos y lo vemos en los efectos morales que obra en nosotros. Tenemos de su presencia la prueba mas irrecusable que pueda darse á nuestra debilidad, la prueba de nuestra fuerza. El poder que la Comunion nos da sobre nosotros mismos, sobre nuestras pasiones y sobre el mundo, la sublime santidad á que nos eleva, los prodigios de virtud que nos hace concebir, empiezan ya en la tierra nuestra deificacion, y nos revelan su orígen justificando la verdad de estas palabras: *El que come de este pan vivirá.*

¿Quereis, pues, que os expliquemos el misterio del abatimiento de Dios en este Sacramento? explicadnos antes vosotros el misterio de la elevacion del hombre por su participacion; ó mas bien reconoced con nosotros que ambos misterios se justifican mútuamente, y que un pan que nos hace subir al cielo debe haber bajado del cielo.

Tal es el sacramento de la Eucaristía. Antes hemos estudiado el sacramento de la Confesion. Tan admirables ambos y tan profundamente filosóficos en sí mismos, lo son igualmente en sus mútuas relaciones.

Dos solas citas completarán este apéndice de nuestro estudio: la una dolorosa, y consoladora la otra; ambas muy notables y chocantes por la conducta y el carácter de sus autores.

«Los Sacramentos, dice Mr. de Lamennais, admirables en «sí mismos, como testimonios de la bondad infinita de Dios «para con su criatura, no lo son menos por la maravillosa ar«monía que los une entre sí, como si se prestaran mútuo apo«yo para santificar á la criatura nacida en el pecado, elevándo«dola por grados desde el fondo del abismo hasta Dios, al cual «parecia que jamás podria llegar. *Si no comeis mi carne y no «bebeis mi sangre*, dice el Señor, *no poseeréis la vida en vos«otros*. Es preciso, pues, participar de este divino alimento si «queremos vivir: pero ¿no es correr á una muerte mas segura «y mas terrible llevar á él una mano culpable y acercarle unos «labios impuros? Señor, quiero vivir; y sin embargo *conozco «mi iniquidad, y mi pecado está siempre enfrente de mí; purifi«cadme mi pecado; criad en mí, ó Dios, un corazon puro* [1], ex«clama el pecador abatido y turbado. Dios lo oye, y su gracia, «que todo lo ha previsto, va á repararlo todo. Pero para al-

[1] Psalm. L, 4, 5.

«canzar de él este *corazon puro* que le pedimos, exige de nos-«otros un corazon *contrito y humillado* [1]. Adelántate, pues, ó «pecador, hácia el tribunal de la Penitencia: en él te está es-«perando un hombre, pecador como tú, pero que ha recibido «de Dios su mision. Á sus piés harás los últimos sacrificios «del orgullo humano en la primera confesion de tus acciones «y miserias. De este modo empezará á formarse en tí el hom-«bre nuevo; porque la raíz del pecado está en el orgullo, y de «la humildad nace el arrepentimiento; de este modo darás á «Dios toda la satisfaccion que exige de tu debilidad, y la ley «de justicia se convertirá para tí en una ley de misericordia. «Quitad la Eucaristía, y el hombre no creerá tener nunca un «motivo suficiente de sujetarse á los rigores y humillaciones «de la penitencia; suprimid la penitencia, y el hombre creerá te-«ner razon para juzgarse indigno del cuerpo y sangre de Jesu-«cristo; y de la misma manera que lo hicieron los herejes de «nuestros dias, será preciso que negando uno de los dos Sacra-«mentos, altere lo que cree del otro, para llegar al fin á dese-«char la creencia en ambos. *El corazon del hombre es un abismo*, «dice la Escritura, *y solo Dios ha penetrado en él* [2]. Admirados «de los prodigios de una religion en la que todo se armoniza «para explicar y dirigir este corazon indócil é inexplicable, re-«ligion fuera de la cual no hay para él mas que desórden, «error y confusion, dirémos con el Apóstol: *Esta es la obra de «Dios* [3].»

¡Con qué peso caen estas palabras sobre la situacion actual de su autor, y cuán terrible y elocuente es la confirmacion que este les da! Hablaste con exactitud, ilustre y desventura-do talento, y tú mismo has venido á ser víctima experimental de tus propias lecciones: *El corazon del hombre es un abismo, y solo Dios ha penetrado en él...* Es verdad que la religion que entonces te inspiraba, es *la única que explica y dirige este cora-zon indócil é inexplicable,* y que en esto acredita *ser obra de Dios;* porque desde el dia en que de ella te separaste, á pesar de la fuerza de tu naturaleza privilegiada, no ha habido para tí mas que *desórden, error y confusion...* Indudablemente se hallaba esta verdad bastante probada por la caida de tantos de tus antecesores; pero no tomes á mal el que un corazon, en-ternecido á la vista de tu suerte malhadada, te dirija estas pa-labras que fueron inspiradas á un gran amigo por un grande

[1] Psalm. L, 19.
[2] Eccli. LII, 18.
[3] De Lamennais, *Reflexiones sobre la Imitacion de Jesucristo*, lib. IV, capítulo 7.

infortunio: *¿No bastaban tantos famosos ejemplos que nos cuenta la historia, sin que fuese preciso añadirles la pérdida de Oronte*[1].

Mas Dios en su justicia ó en su misericordia queria reservarte como una prueba viva de su imprescriptible verdad, y fortificar y confirmar á muchos por medio de tu formidable caida. ¡Ojalá que tú mismo llegaras á reconocer esta verdad, despues de haberla tan elocuentemente publicado y tan fatalmente comprobado, y no permanezcas siempre el único insensible á tus propias lecciones y á tus propias desgracias! ¡Oh nave arrebatada de escollo en escollo por la tempestad! ¡ojalá pudiéramos verte al fin volver al puerto, y por la gloria y alegría de tu retorno, pudieses igualar y hasta exceder al dolor y á la confusion de tu extravío!

Volvamos la vista á un testimonio mas consolador.

El autor de las *Cartas de Ático*, de las cuales hemos citado ya algunos pasajes, *Fitz-Wiliam*, aunque nacido en el protestantismo, habia comprendido, por la sola fuerza de su gran talento, la verdad católica. Consignó la expresion de su pensamiento sobre la materia en algunas páginas, cuyo pequeño número está compensado por la grande elevacion de miras. Examinando hácia el fin de su escrito cuál es *el mejor sistema de gobierno*, habla del modo siguiente de los sacramentos de la *Penitencia* y de *la Eucaristía*[2]:

«Todos los pueblos tienen su religion y sus leyes; su reli-«gion para inculcar la virtud y la moral, y sus leyes para cas-«tigar los crímenes. En esto los católicos romanos y todos los «demás se proponen un mismo fin. Pero solamente la religion «católica tiene leyes de una autoridad mucho mas imperiosa, «y acerca de las cuales no hay arte ni sofisma que puedan «causarnos ninguna ilusion; leyes establecidas no solamente «para inspirar amor á la virtud y á la moral, sino tambien pa-«ra obligarnos á seguirlas; leyes que no se limitan á castigar «los crímenes, sino que además los previenen. Consisten estas «leyes en la obligacion que imponen á todos los católicos de «comulgar á lo menos una vez al año; en su veneracion por «este Sacramento, y en la indispensable y rigurosa prepara-«cion para recibirlo; ó en otros términos, en su fe en la pre-

[1] La Fontaine, *Élégie sur la disgrâce de Fouquet.*

[2] Sentimos mucho no poder dar mas que algunos extractos de una obra tan sustancial y tan plena, y que pide ser leida toda entera: Montesquieu se miraria honrado con semejante escrito.

«sencia real, en la confesion, la penitencia, la absolucion y la «Comunion. Puede decirse que en los Estados católicos toda la «economía del órden social gira sobre este polo, y que á él son «deudores de su solidez, de su duracion, de su seguridad y «bienestar... Los preceptos que esta Religion impone á sus «hijos y las prohibiciones que les prescribe, son tan poco co- «nocidos de los sectarios que la combaten, que apenas tienen «de ellos una ligera idea. Unos por ignorancia apartan de ella «sus miradas, otros por prevencion la tratan con menospre- «cio. (El autor expone aquí el rigor de la doctrina católica). «Tal es, continúa, tal ha sido siempre, hace diez y ocho siglos, «la doctrina fundamental é inmutable de la Iglesia católi- «ca. Si se dice que sus hijos son malos y perversos, á pesar «de los lazos con que ella procura encadenarlos y los deberes «que les impone, ¿qué no podrá decirse de los hombres á quie- «nes no liguen estas saludables trabas? Los habitantes de la «mas feliz y floreciente monarquía que brilló jamás sobre la «tierra las sacudieron de repente; pero ¿cuáles fueron las «consecuencias? No teniendo ya aquellos desventurados in- «sensatos freno que los contuviera, se atrevieron á todo, y sus «crímenes, como un mar que se desborda rompiendo los di- «ques que solo Dios puede restablecer, causaron un atroz sa- «cudimiento en Europa é inundaron el mundo...

«Para fallar en cualquier cuestion de una importancia ge- «neral, es conveniente y necesario tomar por base sus efectos «generales. Esto es lo que yo he hecho. Pero ¡ay! es tal la «fragilidad humana, que seguramente no todos los católicos «se aprovechan de las ventajas que se les ofrecen. Si nadie se «separara de ellas, la cuestion no versaria ya sobre ¿cuál es el «mejor de los gobiernos? sino mas bien, en un gobierno cons- «tituido con las formas católicas ¿de qué otras leyes hay ne- «cesidad? Acaso serian en él supérfluas todas las leyes huma- «nas y tan inútiles como son impotentes en todas partes donde «la religion católica no les sirve de fundamento...

«Cuanto acabo de decir en favor de los gobiernos católicos «debe entenderse bajo el punto de vista político. *Sin embargo,* «*no puedo prescindir de preguntarme á mí mismo, si una reli-* «*gion que contribuye evidentemente á la felicidad de los hombres* «*de una manera tan sólida y admirable, no es una religion divi-* «*na en todo cuanto prescribe...*»

RESÚMEN [1].

«La virtud, la justicia y la moral deben ser la basa de todos «los gobiernos.

«*Es imposible establecer la virtud, la justicia y la moral sobre «basas algo sólidas sin el tribunal de la Penitencia*,—porque este «tribunal, el mas formidable de todos, se apodera de la con- «ciencia de los hombres, y la dirige de una manera mucho «mas eficaz que ningun otro tribunal.

«*Es imposible establecer el tribunal de la Penitencia sin la «creencia en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, «principal basa de la fe católica*,—porque sin esta creencia el «sacramento de la Comunion pierde todo su valor é importan- «cia. Los protestantes se acercan á la santa mesa sin temor, «porque no reciben en ella mas que el signo conmemorativo «del cuerpo de Jesucristo; pero los católicos, al contrario, solo «se acercan á ella temblando, porque en ella se les da el mis- «mo cuerpo de su Salvador. Por esto en donde esta creencia «fue destruida, desapareció con ella el tribunal de la Peniten- «cia. La confesion se hace inútil sin ella, así como se hace ne- «cesaria existiendo aquella creencia; y este tribunal, que se «encuentra tan necesariamente establecido con ella, hace in- «dispensable el ejercicio de la virtud, de la justicia y de la «moral. Por consiguiente ya lo dije:

«Es imposible formar un sistema de gobierno cualquiera, «que pueda ser permanente y ventajoso, á menos que esté «apoyado en la religion católica.

«Hé aquí, pues, la solucion de la cuestion mas importante, «despues de la de la inmortalidad del alma, que puede ofrecer- «se á los hombres: *¿Cuál es el mejor gobierno?* Cuanto mas se la «estudie, mas se conocerá que esta creencia en la presencia «real abraza no solo todos los gobiernos, sino todas las consi- «deraciones humanas; que es como su *diapason*, y que res- «pecto del mundo moral es lo que el sol con respecto al mun- «do físico:—*Illuminans omnes homines* [2].»

[1] Todo lo que sigue está literalmente transcrito.

[2] San Juan.

CAPÍTULO XVIII.

EL CULTO Y SUS CEREMONIAS.

«Lo Bello es el esplendor de lo Verdadero.»

Esta máxima que tan felizmente se justifica por sí misma, parece haber sido inventada para caracterizar el culto católico. Su exactitud resaltará mas aun, si á tan hermosa definicion de lo Bello, que nos da Platon, añadimos la siguiente no menos verdadera de De Maistre, y que Platon no hubiera mirado como indigna de su gran talento.

«Lo Bello es lo que agrada á la Virtud ilustrada.»

Si de este verdadero Bello podemos decir, en efecto, que es *el esplendor de lo verdadero*, es necesario convenir en que la *verdad* del Cristianismo resplandece lo mismo en su culto que en sus dogmas y en su moral; pues en este culto y en los edificios, en los cánticos, en las oraciones y ceremonias que lo constituyen, se encuentra ese verdadero bello, ese bello bíblico y evangélico del cual están impregnadas todas nuestras bellas artes, y que parece nacido del genio y de la virtud.

De este modo sella el Cristianismo la perfecta alianza, la santa trinidad de lo Verdadero, lo Bueno y lo Bello; los confunde en un solo todo indivisible, y cuando en él nos figuramos no decidir mas que una cuestion de arte y de gusto, se decide al mismo tiempo una cuestion de moral y de doctrina [1].

Esta tésis seria fecunda en ricos descubrimientos; pero solo al genio pertenecia hablar del Genio del Cristianismo, y este genio lo ha hecho ya muy felizmente, Chateaubriand se ha hecho inmortal presentando con la brillantez de su ingenio las glorias de la Religion. Si este esclarecido escritor ha ejercido tan alta influencia sobre su siglo, que cási podríamos decir que no hay en nuestros dias ningun mediano talento que no haya sentido el soplo de sus inspiraciones, se debe á que él mismo las habia bebido en las sublimes fuentes de lo bello católico, y que para él el Cristianismo ha sido como un divino órgano en un templo sonoro, y cuyo armonioso teclado solo

[1] «He conocido, dice Diderot, un pintor protestante que habia vivido muchos años «en Roma, y que decia que nunca habia visto al Soberano Pontífice oficiar en San Pe«dro sin volverse católico.» *(Ensayo sobre la pintura)*.

estaba esperando la mano del artista para atraer la multitud á los altares.

Nosotros no podríamos hacer mas que callar y admirar con la generalidad de los hombres lo que no sabríamos ni siquiera imitar. Debemos á lo menos limitarnos á algunas reflexiones generales, y mas particularmente enlazadas con la direccion *filosófica* de nuestros trabajos.

I. Creemos que no es menester probar la necesidad de un culto externo y sensible; pues en parte lo hemos hecho ya al exponer los motivos de los Sacramentos.

1.° ¿Quién ignora, entre otras razones, con cuánta fuerza obran la palabra sobre el pensamiento, el acto sobre la voluntad, la expresion sobre el sentimiento, de tal manera, que podria decirse que nuestros propios pensamientos no llegan al estado distinto de conciencia, sino despues de haber pasado por el estado sensible, y haberse visto á sí mismos en su expresion? «Negar la utilidad de los ritos y prácticas, tratándose «de religion y de moral, dice Portalis, prueba sinrazon é inép«cia: es negar el imperio de las nociones sensibles sobre los «séres que no son puros espíritus; es negar además la fuerza «del hábito. Los ritos y las prácticas son á la moral y á las «verdades religiosas lo que los signos á las ideas[1].

2.° Si el hombre debe homenaje á la Divinidad, este homenaje debe ser de todo el hombre: su imaginacion y sus sentidos, su entendimiento y su corazon. ¿Qué haria de su naturaleza sensible si no la emplease en el mismo culto? Es preciso que la ocupe, no puede prescindir de ella; ó la naturaleza le sigue ó le arrastra, y para que ella no lo extravie es menester que él mismo la dirija y que la haga servir al objeto de sus adoraciones. Que no se nos venga, pues, diciendo que, siendo Dios un puro espíritu, y leyendo en el fondo de los corazones, no tiene ninguna necesidad de que nos valgamos de signos sensibles para prestarle el homenaje de nuestra inteligencia. En la religion no se trata de la necesidad de Dios, sino de la necesidad y del deber del hombre. El hombre necesita expresar lo que siente, decir lo que piensa, hasta para sentirlo y pensarlo bien, sobre todo cuando lo que siente y piensa contraria sus inclinaciones y su debilidad. En este caso necesita de todas sus facultades y hasta de sus sentidos, para no verse arrastrado por ellos á cosas extravagantes ó contradictorias: necesita sujetarlos al servicio de Dios con todas las fuerzas de

[1] *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, t. II, pág. 162.

su pensamiento, como aquellos rebeldes ó cobardes de los cuales un hábil general desconfia, y que los obliga á batirse mezclándolos con los buenos soldados.

3.° No olvidemos, además, que la religion debe unir á los hombres entre sí con el mismo lazo que los une á Dios. Debe abrazar á la humanidad en su todo y en sus miembros para consumarla en la unidad divina. Es, pues, preciso que se revista de formas exteriores y sensibles que reunan á los hombres entre sí, y obren sobre ellos colectivamente.

4.° Algunos filósofos de nuestros dias pretenden despojar á la verdad cristiana de sus símbolos, como ellos dicen, y elevar poco á poco la razon á contemplarla con toda libertad. Los poetas de esta escuela, no pudiendo prescindir enteramente de las imágenes, afectan una especie de naturalismo panteístico, en el que la tierra y sus plantas, el cielo y sus celajes, la mar y sus olas, les parece que expresan mejor la Divinidad que la cruz de Jesucristo.

Pero sin excluir el sublime lenguaje de la creacion, del cual nuestros escritores sagrados son intérpretes mucho mas elocuentes que los escritores á quien ahora aludimos, creemos que limitarse tan exclusivamente á este órden natural, es minar el Cristianismo, que se halla fundado sobre un órden sobrenatural sensiblemente personificado en Jesucristo y su Iglesia, y es mentir á nuestra propia naturaleza, cuya debilidad reclama y justifica este divino socorro. Por esto dice un teólogo protestante, Vinet: «No sé comprender al Dios vago y «aéreo del poeta Lamartine: carece de piés que yo pueda ba«ñar con mis lágrimas, de rodillas que pueda yo abrazar, de «ojos en los cuales pueda yo leer mi perdon, de boca que pue«da pronunciarlo; este Dios no es hombre, y yo tengo nece«sidad de un Dios-Hombre[1]. »

Sin embargo, el mismo protestantismo no ha conservado mas que la abstraccion de este Dios; y si hemos de hablar francamente, al ver sus templos no se diria que es Dios el que en ellos se adora, ni que se adora en dichos templos á Dios alguno. Estos templos son edificios *confortables*, en los que está uno á su gusto, pero que por otra parte se hallan perfectamente vacíos de todo

[1] *Ensayos de filosofía moral y religiosa*, pág. 313.—El célebre Niebuhr decia tambien: «Me parece que el cristianismo de nuestros filósofos y panteistas modernos es cual«quier cosa menos el verdadero Cristianismo. Sin un Dios personal, sin la individuali«dad humana, sin una creencia histórica, no puede haber Cristianismo; no hay mas «que una filosofía intelectual. Muchas veces he dicho que no quiero un Dios metafí«sico, no reconozco mas Dios que el de la Biblia, que es el corazon para el corazon.» (Citado en la *Revista británica* del mes de diciembre de 1840).

lo que puede recordar al hombre su dependencia y que sea capaz de nutrir su piedad; son la casa del hombre y no la de Dios. — Á esto contestan los protestantes, que obran así por respeto á Dios, á quien nada puede representar dignamente; y acusan de idolatría el Catolicismo. — Pero ¿puede concebirse el respeto á Dios, sin el sentimiento de la fragilidad humana, y no es carecer de este último sentimiento, y por consiguiente del respeto á Dios, el creerse naturalmente con bastante libertad para prescindir de todo medio sensible de elevarse hasta él, el contemplarle cara á cara estando aun en la tierra, y el atribuirse con un cuerpo de barro los privilegios de los puros espíritus?... Semejante pretension á la naturaleza inmediata del Ángel, ¿emana acaso del propio sentimiento que inspiró al Ángel mismo la pretension de igualarse con el Altísimo? ¿No podrémos llamar á este sentimiento idolatría, idolatría peor que todas las demás, idolatría de sí mismo?... ¿No es esto, en una palabra, inconsecuencia é impiedad bajo el punto de vista de la fe cristiana, que descansa principalmente en la necesidad de un mediador *visible*, *en el Verbo*, es decir, en Dios mismo *hecho carne?*...

5.° Además la cuestion sobre la manera con que debe el hombre adorar á Dios, no puede el mismo hombre resolverla, porque implicaría contradiccion. Dios es el único juez de su propio culto. Y Dios, aun bajo el solo punto de vista natural, nos ha declarado su voluntad en esta materia de una manera incontestable.

En efecto, la religion se compone de dos órdenes de relaciones: unas por las cuales Dios se revela á nosotros; otras por cuyo medio nos sujetamos á él. Las primeras deben ser evidentemente la basa de las segundas. Las primeras se hallan revestidas de formas sensibles hasta en la naturaleza, y solo á través de sus obras se nos aparece Dios, que hizo del universo como un templo, en el que sus invisibles perfecciones se expresan *visiblemente*. ¿Con qué fin queremos, pues, trastornar este órden, y para responderle emanciparnos de la ley á la que se ha sometido él mismo, hasta cierto punto, para hablarnos? ¿Por qué no habian de convenir mejor al ejercicio de nuestros sentimientos para con él esas criaturas, esos mismos signos sensibles que él no juzgó indignos de servir á la manifestacion de sus atributos en favor nuestro?... La razon que oponemos de que esto seria exponer el hombre á engañarse, á sustituir el signo á la realidad, el culto externo al interno y á incurrir en idolatría; los mismos ejemplos, por muy numero-

sos que sean, que se adujesen en apoyo de esta razon, todos se desvanecen por sí mismos á la luz de nuestro argumento. Porque si este raciocinio fuera absoluto, y si del abuso de una cosa debiéramos inferir su supresion, seria preciso empezar por acriminar al mismo Dios que nos habria expuesto á ello, y ultrajar y destruir, si fuera posible, sus mas bellas obras, el fundamento de nuestras adoraciones á su soberana majestad. El sol, la luna y las estrellas han sido objeto de adoracion para muchos pueblos civilizados, y lo son aun actualmente en algunas regiones del globo. Hasta en medio de nuestras poblaciones no faltan algunas gentes que se sienten inclinadas á este culto. Y ¿quién se atreveria á sostener el absurdo de que no pudiendo prescindir del sol, la luna y todos los demás astros, es necesario cerrar los ojos para no vernos expuestos á la tentacion de idolatrarlos? Hé aquí las consecuencias de ese puritanismo que proscribe todo culto exterior por el temor de la supersticion [1]. Pero el buen sentido se rebela y exclama: *Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum,* y el reconocimiento y el amor del hombre no vacilan en acudir á estas mismas obras para hacerlas instrumentos y vehículos de su culto á su Autor.

Este argumento adquiere en el Cristianismo mayores proporciones, porque en esta Religion el Hijo de Dios, igual á él, se ha dignado, por condescender con nuestra debilidad, que no comprendia el lenguaje de la creacion, vestirse de nuestra carne y sentidos, ennoblecerlos y divinizarlos, y hacerlos entrar en el culto que él mismo fue el primero en tributar á su Padre, para merecernos y enseñarnos á su ejemplo el medio de tributárselo á nuestra vez.

6.° Esto nos conduce á otra consideracion mas elevada:

El Cristianismo es la restauracion de la naturaleza humana por Jesucristo. Por consiguiente, todo cuanto entra en la composicion de la naturaleza humana y todo lo que de ella depende, debe participar tambien de esta restauracion.

Todo está enlazado en las obras de Dios, desde el Querubin hasta la planta y hasta la piedra; y hay una cadena maravillo-

[1] Hemos tomado de un *protestante* la deduccion de esta consecuencia que acompaña de las siguientes reflexiones: «Es sumamente repugnante el verse obligado á descen«der á comparaciones tan triviales para combatir preocupaciones tan respetadas todavía «en un siglo como el nuestro. ¡Y precisamente con estas preocupaciones estúpidas se «tiene la pretension de profesar una religion que algun dia debe reinar en todo el mun«do!» (Muller, *De las bellas artes en el culto de las iglesias reformadas*, pág. 87). Estas reflexiones son exactas pero infecundas; el llamamiento tardío que el protestantismo haria á las bellas artes no seria escuchado: á su tiempo darémos las razones que tenemos para creerlo así.

sa que de anillo en anillo corre por todos los grados de la creacion, y los enlaza sabiamente en una profunda unidad. El hombre en particular es el anillo de conjuncion entre el mundo invisible de los espíritus y el visible de los cuerpos; los toca á ambos, y llega hasta el grado mas alto del uno y hasta el ínfimo grado del otro; y sin confundirlos los acerca y los une. Compuesto misto, epítome del cielo y de la tierra, no puede repudiar á uno ni otro, no puede salirse de su esfera, degradarse ó ennoblecerse sin influir en la circunferencia, de la cual él es el centro.

En la edad de oro de sus primitivos destinos, cuyo recuerdo nos han conservado todas las tradiciones del universo, toda la naturaleza le obedecia como á su rey, y debia ser elevada en él á grandes prerogativas de espiritualidad y de gloria. Pero al separarse de Dios por el desarreglo de su libre voluntad, el hombre confundió lo espiritual con lo carnal, y sus fatales consecuencias se hicieron sentir en la naturaleza entera. Ya no fue esta para él mas que una rebelde, y él acabó de desnaturalizarla, haciéndola cómplice de sus desórdenes.

El reparador de este gran desconcierto, el mismo Verbo que habia criado el órden primitivo, Jesucristo vino á levantar lo que estaba caido. Al efecto tomó nuestra naturaleza, es decir, nuestra alma, nuestro cuerpo, y como consecuencias la naturaleza entera, en la que este cuerpo se forma y en la cual vive. Segun la bella expresion de nuestros Libros santos, el Salvador *fue engendrado en la tierra y llovido del cielo*. Por esto sufrió lo mismo que nosotros todas las necesidades y sujeciones de nuestra naturaleza sensible, como consecuencias del pecado que venia á expiar. Pero por medio de esta misma expiacion la levantó, la santificó, la reintegró con nosotros en sí mismo, y la volvió á colocar en el rango del cual la habíamos hecho caer. En su Transfiguracion y Ascension no solamente nuestra naturaleza individual, sino tambien los elementos terrestres de la naturaleza física de que se compone, empezaron á gozar en él de esa gloria, cuya senda nos abrió, y en la cual debemos algun dia descansar.

Jesucristo restableció así en su persona á la humanidad en todas sus relaciones, y por medio de sus relaciones restableció tambien todas las cosas visibles é invisibles que de ella son objeto. De aquí provinieron aquellas tan hermosas palabras de san Pablo: «Jesucristo es la imágen del Dios invisible, el «primogénito de toda criatura: porque en él fueron criadas «*todas las cosas* que hay en los cielos y en la tierra, *las visi-*

«*bles y las invisibles*, las cuales subsisten por él. Y reconcilió «en sí mismo todas las cosas, pacificando por la sangre de «su cruz tanto lo que *está en la tierra* como lo que está *en los «cielos*[1].»

Sentados estos precedentes, y no siendo el culto que debemos á Dios mas que la continuacion y aplicacion del que nuestro jefe Jesucristo fue el primero en rendirle, entra en el órden de este divino plan que nosotros empleemos en este culto de restauracion y de pacificacion universal, no solamente las facultades de nuestra alma, sino tambien las de nuestro cuerpo, y hasta las de los demás cuerpos de la naturaleza que dependen del nuestro, y que lo traigamos todo en nuestro retorno, así como lo habíamos arrastrado todo en nuestro extravío.

Sin duda estos tres grados de participacion del culto divino no tienen todos la misma importancia, sino que el culto espiritual, la adoracion *en espíritu y verdad*, debe figurar en primer término; pero el culto sensible, la adoracion exterior, no puede dejar de seguirlo, como modelado, é *informado*, por el culto espiritual; y á su vez no puede dejar de modelar é *informar* asimismo la naturaleza física que lo rodea y de la cual dispone. Estas tres cosas se hallan íntimamente enlazadas: quien ama no puede prescindir de decirlo y expresarlo, y no solo de decirlo y expresarlo, sino de hacerlo decir á todo lo que tiene en torno suyo; y léjos de alterar ni sofocar con esto el sentimiento que es su móvil, lo purifica por medio del sacrificio de todo lo que emplea en su servicio, y lo eleva por medio de la misma reaccion del movimiento que á ello le arrastra.

Tenemos en el Evangelio un hermoso ejemplo de esta verdad. Penetra el amor divino en el alma de Magdalena: ¿qué pasa en ella desde luego? ¿Se limita acaso á expresar este amor *en espíritu y verdad*, á amar mentalmente? ¡Ah! no. Corre, busca á su Salvador, y al instante que lo ve se echa á sus piés bañada en lágrimas, los abraza, los cubre de sus besos, los enjuga con sus cabellos y los adora, no solo con todo su espíritu y su corazon, sino con todo su cuerpo. Hace mas todavía: hace tomar parte en este acto de adoracion á un vaso de perfumes, objeto precioso, objeto extraño no solo á su alma sino á su cuerpo, que se rompe como su corazon y se derrama como sus lágrimas: venga á Dios, con su generosa profusion, del uso criminal al cual se destinaba, y de profano y sacríle-

[1] Colos. 1, 15, 16, 17.

go se convierte en piadoso y santificado como el amor que lo derrama. No importa que el orgullo farisáico se escandalice de estas exageraciones *idólatras;* Jesucristo las aprueba, y hasta le proporcionan ocasion para reprender á su huésped de su frio retraimiento: «¿Ves esta mujer? le dice. Entré en «tu casa, no me diste agua para los piés; mas esta con sus «lágrimas ha regado mis piés y los ha enjugado con sus cabe«llos. — No me diste beso de recepcion; mas esta desde que «entró no ha cesado de besarme los piés. — No ungiste mi ca«beza con óleo; mas esta con ungüento ha ungido mis piés. «— Por lo cual te digo que perdonados le son muchos peca«dos, porque amó mucho [1].»

Así es como la verdad del culto interior entraña y justifica al culto exterior por el mismo lazo que une el espíritu al cuerpo, y por él á todos los cuerpos del mundo visible que lo rodea; así es como la verdadera Religion debe restaurarlo todo, reconduciéndolo hácia el Autor y Reparador de todo; y como toda la naturaleza, por decirlo así, animada por el genio de su Rey, debe tomar relativamente á él una actitud de adoracion, y hacerse compañera y cooperadora de su retorno, así como habia sido antes víctima y cómplice de sus desórdenes.

Sobre estas basas ámplias, profundas y naturales descansa el verdadero culto, el culto universal ó católico.

II. Pasemos de estos principios generales á algunas aplicaciones.

1.° Si reducimos el culto católico á su expresion mas esencial, nada hay tan sencillo como él, ni que mejor se preste á todas las circunstancias: un poco de pan, un poco de vino y cuatro palabras pronunciadas por un sacerdote: hé aquí el sacrificio de la misa, que es el alma de este culto y á lo que puede rigurosamente reducirse.

En la sencillez de este acto se encuentra, en efecto, encerrado mas que todo lo que contienen y son todos los mundos visibles é invisibles, puesto que lo que en él se ofrece á Dios es igual á Dios mismo, es Jesucristo realmente presente, y ofreciéndose á la soberana justicia de su Padre en el mismo estado de víctima en que se puso una vez muriendo sobre la cruz. Es el mismo sacrificio de la cruz renovado, no en la inmolacion [2], sino en la ofrenda de la formidable víctima: es su

[1] Luc. VII, 44, 45.

[2] Esto debe entenderse de la inmolacion física y cruenta, no de la mística é incruenta. *(Nota del Traductor).*

aplicacion reiterada y sucesiva en la generalidad de todos los tiempos y lugares.

Es tal la sencillez de este acto principal, que con dificultad puede el culto cristiano verse interrumpido: así es que se ha ejercido siempre durante las épocas mas atribuladas y en los sitios mas desiertos. Un calabozo, un desvan, una cueva, el fondo de un bosque, todo puede convertirse en altar y en templo para el culto de aquel que no tenia *ni una piedra* donde apoyar su cabeza, pero que todo lo santifica con su presencia. Esta desnudez del culto, cuando no es efecto de la negligencia, sino de la persecucion, de la pobreza ó del destierro sufrido por la fe, lo embellece mas todavía; porque expresa y reproduce con sus circunstancias el sacrificio que constituye su gloria, y en este sentido puede decirse que lo adorna con todo lo que le falta. En las mas grandes solemnidades de sus dias prósperos no pone el Catolicismo sobre sus altares nada mas inmutable y mas distintivo que lo que le recuerda sus catacumbas y sus mártires: algunas luces y un sepulcro.

Pero este mismo culto, tan sencillo en sí, se presta en sus desarrollos exteriores á las pompas mas magníficas que la imaginacion es capaz de concebir; de manera que puede decirse que él alimenta todas las bellas artes con las migajas de su mesa: es decir que lo que no es en él mas que secundario y accesorio se convierte en un riquísimo manantial, en el que los genios de la arquitectura, de la escultura, de la pintura, de la música, de la poesía y de la elocuencia han bebido y beberán sus mas sublimes inspiraciones [1].

Y sin embargo, la religion católica posee todas estas riquezas con independencia, y nunca la han impedido en lo mas mínimo en el ejercicio de su culto espiritual. Como una gran reina, á quien todo se presta naturalmente, se deja engalanar mas bien por la felicidad de sus súbditos que por la suya propia, conociendo bien que eclipsa sus propios adornos y que ella misma es quien los consagra. Permite, pero no pide que se la embellezca, porque es aquella hija del Rey de la gloria, cuyo brillo y resplandor le viene todo del interior, y se derrama por entre la diversidad de los adornos con que se la engalana: *Omnis gloria ejus filiæ Regis ab intus, in fimbriis aureis, circumamicta varietatibus* [2].

Hay efectivamente en ella algo que ante todo y sobre todo la preocupa: su divino esposo Jesucristo, el Cordero de Dios,

[1] Mas adelante volverémos á tocar este punto.
[2] Psalm. XLIV, 15.

la Víctima santa del amor que le bastaba en las catacumbas, y del cual no la puede distraer toda la solemnidad de las catedrales.

La *presencia real* constituye siempre el fondo y la sustancia del culto católico; forma lo sério y *real* de sus pompas, quitándoles cuanto tendrian de ficticio y teatral, las motiva, las concentra y las equilibra con su peso infinito, ó mas bien las aniquilaria todas con su grandeza si no les comunicase alguna parte de ella.

Esto desvanece la vana reconvencion de idolatría hecha al Catolicismo por la herejía, pues las imágenes, las estatuas, los cuadros, los cantos y los ornamentos de toda especie que llenan nuestras basílicas no son mas que un camino que conduce al altar, al tabernáculo y á la Divinidad que en él reside. Esta última es el término de todas las adoraciones: todo lo demás solo son medios y escalones. Las bellas artes forman el cortejo y el séquito de la Religion; pero no la Religion misma. Únicamente la *presencia real* constituye la basa de su culto; únicamente ella llena el lugar santo; únicamente es ella quien lo santifica; de modo que quitándosela, se le quita al mismo tiempo hasta la obligacion del recogimiento, y el templo se convierte en un museo.

Solamente colocándose bajo su punto de vista é incredulidad en la *presencia real* ha podido el protestantismo acusarnos de idolatría. Así es como él mismo, so pena de merecer con justicia esta acusacion, se ha privado con esto de tener jamás un culto sensible. Por otra parte todo lo que haga para tener uno, aunque sea á este precio, aun cuando para sostenerse intente apelar á las bellas artes que habia proscrito, estas no responderán nunca á su llamamiento, porque nada hay en él que las inspire, y cuyos límites no les sean conocidos. Por haber querido colocar la *figura* en donde está la *realidad*, se privó el protestantismo de poder á su vez figurar nada, ó mas bien se condenó á no ser él mismo mas que una vana figura, un fantasma, sobre el cual nada puede apoyarse [1].

2.° Por consiguiente, la presencia personal de Jesucristo

[1] ¡Cosa notable! mientras que *el progreso de las luces* inspira al *filosofismo* la pretension de despojar á la verdad cristiana de sus *símbolos*, el espíritu de conservacion mas juicioso del *protestantismo* inclina á este, por el contrario, á revestirse de ellos. Pero ni el protestantismo ni el filosofismo alcanzarán su objeto. Una verdad á la que tan caprichosamente se la puede desnudar ó revestir de su culto y de sus símbolos no puede ser divina, porque no es bastante inmutable y profunda para haber encontrado las formas eternas y universales del culto que le conviene. La inmutabilidad del culto católico y su aptitud para todos los tiempos y lugares es una propiedad distintiva que revela su divinidad.

sobre los altares del Catolicismo motiva é inspira todo su culto. La intervencion de *su gracia* en los otros Sacramentos se presta además á las ceremonias mas variadas y tiernas, y les comunica la frescura y la vida, como el agua oculta de los arroyuelos fertiliza sus riberas y revela con su fecundidad su presencia vivificante. Lo que dijimos ya del objeto y espíritu de los Sacramentos en general, y de cada uno de ellos en particular, debe hacernos comprender la belleza de formas y circunstancias de que son susceptibles. Las diferentes edades y las varias situaciones de la vida humana; la infancia, la juventud, la edad madura, la vida y la muerte; los mas vivos sentimientos de la naturaleza, sus esperanzas y sus arrepentimientos, sus alegrías y sus lágrimas, sus calamidades y sus triunfos, pierden su deformidad ó su amargura al ponerse en contacto con estas sagradas fuentes, adquieren por ellas toda su brillantez, encuentran en ellas sus consuelos y sus gracias, y las difunden al recibirlas. Los detalles nos llevarian muy léjos; es preciso resistirse á su seduccion.

3.° Así como con su presencia y sus gracias constituye el divino Mediador todo el fondo del culto católico, con el espectáculo de su vida presta materia á todas las solemnidades. La grande y divina figura de Jesucristo reaparece todos los años en su nacimiento, en sus trabajos, en su pasion, en su resurreccion, en su ascension, en la venida de su Espíritu y en la institucion de su presencia eucarística. Estas diversas fases de su existencia terrestre han llegado á ser las fases de la existencia temporal de la humanidad. Su nacimiento, esperado ó cumplido, llena todos los tiempos y forma el punto de interseccion de los siglos anteriores y posteriores. La conmemoracion de los principales sucesos de su vida viene á dividir el año en santas solemnidades, que abrazan el tiempo en todas sus partes y encaminan todos los dias hácia la eternidad.

De aquí resulta que Jesucristo no vivió en Galilea solo durante el reinado de Tiberio, sino que vive tambien realmente, siempre y en todas partes, aunque de una manera distinta, y está mezclado con la humanidad en todas las evoluciones de sus destinos. Lo que hizo despues de su resurreccion, apareciéndose, á pesar de estar cerradas las puertas, á sus Apóstoles juntos, lo hace en todos los sitios donde se hallan cristianos congregados en su nombre, segun los ritos señalados por su Iglesia, y en cumplimiento de la promesa que á esta hizo de estar con ella hasta la consumacion de los tiempos. La realidad de su presencia personal sobre los altares del Catolicismo

precisa mas todavía esta perpetuidad, extendiéndola hasta sobre el acto capital de su mediacion, el sacrificio de la Cruz, del cual nos hace participar en todos los tiempos y lugares. Esta presencia de Jesucristo doblemente asegurada en la institucion de la Iglesia y en el Sacramento de los altares, imprime á todas las solemnidades del culto católico una realidad correspondiente á los sucesos de su vida que tienen por objeto. Cada uno de estos grandes sucesos se universaliza y perpetúa como su persona: es mas que una conmemoracion, es una representacion, ó mejor, una extension permanente de su existencia, que ya en el tiempo hace sentir su eternidad, y solo se reviste de una apariencia periódica para prestarse á nuestra mutabilidad.

Así es que las oraciones y ceremonias de la Iglesia hacen revivir respecto de nosotros estos sucesos. El punto de vista en que aquella nos coloca no es retrospectivo, sino directo é inmediato. En *Adviento* nos hace revenir á los tiempos que precedieron al nacimiento del Salvador, y nos va preparando para él, como se preparaban los Patriarcas y Profetas; evoca los siglos anteriores y los hace suspirar de nuevo por el Deseado de las naciones; y cuando ha llegado el momento de este suceso tan esperado, cuando ha sonado la hora nocturna, nos hace escuchar los cánticos de los Ángeles del cielo, y nos convoca al rededor de la pobre cuna con los pastores, para ir á ver y adorar en ella al *pequeño Infante, que para nosotros ha nacido,* y para hacerlo nacer en nuestras almas. Mas adelante hace brillar la milagrosa estrella, y nos conduce á Belen con los Reyes del Oriente, para hacernos participar de los sentimientos que á ellos los animan, y de las gracias que allí reciben. Empiézase la *Cuaresma*, y nos asocia á la vida penitente del Hombre-Dios, y nos va disponiendo para seguirlo hasta al Calvario. La Semana Santa completa y recoge estas disposiciones, nos identifica con todos los sufrimientos de nuestro divino modelo, nos obliga á acompañarlo en todas las estaciones de su suplicio; y entre los ecos de las antiguas profecías que lo anunciaron, de las lecciones y homilías que lo explicaron, renueva el cuadro, ó mas bien la accion misma de aquel gran sacrificio que todo lo consumó, y por cuyo medio recibió la tierra el ósculo del cielo. Lo mismo podríamos decir de las fiestas de Pascua, de Pentecostes y de las demás.

Sobre este fondo, y para desarrollar en nosotros su inteligencia y su sentimiento, para impregnarnos por todas nuestras facultades, por todos nuestros sentidos, por todos nues-

tros poros, si nos es permitido decirlo así, de los ejemplos y virtudes de Jesucristo, y reformarnos á su imágen, emplea la Iglesia cánticos, ceremonias y pompas de un admirable efecto, y cuya incomparable belleza, segun confesion de todos, da sensible testimonio de la verdad, de la cual es esplendor.

4.° Las fiestas de los Santos y el recurso á su intercesion, la conmemoracion de los difuntos y el alivio que nuestras oraciones les proporcionan en el seno de sus expiadores sufrimientos son objeto de las demás solemnidades. Las grandes verdades de la inmortalidad del alma, de la justicia divina, de la solidaridad de las faltas y de la reversibilidad de los méritos, de la sociabilidad humana en lo que tiene de mas imprescriptible y de mas sublime, es decir, todo lo que constituye la dignidad, la grandeza, la virtud y la felicidad del hombre, aun acá en la tierra, toma en estas solemnidades las formas y los acentos mas patéticos y penetrantes. ¿Qué fragmento de filosofía, de elocuencia, de poesía y de música puede compararse con el DIES IRÆ, por ejemplo? ¡Qué religion mas bella que la que hace del *recuerdo* una obligacion y de la *esperanza* una virtud, y que los consagra y vivifica con ritos tan tiernos y tan morales! Los antiguos embalsamaban los cuerpos de los muertos; el Catolicismo embalsama su memoria é impide que se corrompa y desvanezca, rodeándola de sus conmemoraciones, de sus oraciones y de sus eternas esperanzas. ¡Cosa admirable! El Catolicismo amortigua el primer golpe del dolor que nos causa la separacion de los séres qué nos son queridos, y nos los recuerda cuando los hemos olvidado; perpetúa la pena que sentimos por su pérdida al mismo tiempo que la consuela; quita á la vez á nuestro duelo lo que tiene de demasiado sombrío y de demasiado fugitivo. Y ¡qué espectáculo tan encantador el de aquella inmensa ciudad de los espíritus, con sus tres órdenes siempre en comunicacion! El mundo que *combate* ofrece una mano al mundo que *sufre*, y toma con la otra la del mundo que *triunfa*. La accion de gracias, la oracion, las satisfacciones, los auxilios, las inspiraciones, la fe, la esperanza y el amor circulan del uno al otro como rios bienhechores. Nada hay aislado, y los espíritus, á la manera de láminas de un haz magnético, gozan de sus fuerzas propias y participan de las de todos los demás [1].

Es menester convenir en que anduvo muy desgraciada la herejía suprimiendo cosas tan divinas, y que con sus mismos ataques ha hecho sentir toda su verdad, toda su belleza. El culto

[1] De Maistre.

de los Santos, dice, es idolátrico, es una defraudacion de la gloria que solo es debida á Dios y al mediador Jesucristo.— Tan solo la ignorancia era capaz de forjar una objecion semejante. ¿Quién no sabe que el culto católico de los Santos consiste únicamente en pedirles, no que ellos nos dén nada, sino que *pidan á su vez por nosotros* al único Autor de todos los dones? ¿Quién ignora que este culto mira á los Santos en el cielo como *intercesores* y *suplicantes*, y que por consiguiente *realza* la grandeza de Dios, *refiere* toda gloria á su gloria, es decir, hace precisamente todo *lo contrario* de lo que se le quiere echar en cara?—En cuanto á las oraciones por los muertos, destruyen, se dice, la doctrina de la predestinacion que no permite admitir ninguna *indulgencia* en el corazon de Dios con su criatura, *fatalmente* salvada ó condenada, segun el estado en que la muerte la haya conducido á su tribunal.—Pero ¡qué! esta misma doctrina ¿no ahoga la misericordia, no menoscaba la justicia, no ultraja la santidad de Dios?... ¿No es Dios un padre? ¿Ha olvidado acaso el polvo de que él mismo nos formó? Ó ¿puede su triple santidad aliarse con nuestras impurezas?... La razon, el corazon, todo se rebela, todo protesta, y las mismas piedras de los sepulcros se sublevan contra esta doctrina, tan cruel é insensible como el orgullo de donde procede.

Léjos de disminuirse la gloria de nuestro divino mediador Jesucristo con el culto de los Santos y con los sufragios de los muertos, se la honra y enaltece de la manera mas formal. Á él es á quien honramos en sus miembros; celebramos en sus Santos el triunfo de su gracia, y aplicamos la virtud de su sacrificio á los vivos y á los muertos. Jesucristo es como un océano, del cual fluyen y al cual refluyen todos los méritos, el foco mediador por el cual pasan todas las oraciones y gracias entre Dios y nosotros. *Por Nuestro Señor Jesucristo que vive con Vos en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos:* tal es el motivo por el cual se terminan y *se señalan*, por decirlo así, todas nuestras oraciones.

5.° En fin, *las prácticas* de devocion acaban de insinuar y de nutrir en el corazon las inspiraciones de piedad y de virtud que el culto habia hecho ya nacer, y en este sentido se unen á él y forman parte de él.

Las palabras *prácticas de devocion* excitan una sonrisa de superioridad en ciertas gentes; pero es mas fácil burlarse de las prácticas de devocion, que prescindir de ellas cuando se quiere ser completamente virtuoso.

Oigamos á Franklin, á quien no se acusará por cierto de po-

co filósofo. Hé aquí lo que dice este hombre célebre en sus memorias, destinadas á la instruccion de sus hijos:—«Aun cuando conocia yo ó creia conocer el bien y el mal, ignoraba por «qué no siempre podia hacer el uno y evitar el otro; pero muy «pronto advertí que habia emprendido un camino mas difícil «de lo que habia imaginado. Mientras ponia toda mi atencion y «cuidado en preservarme de una falta, con frecuencia caia sin «advertirlo en otra. El hábito se prevalia de mi inadvertencia, «ó las inclinaciones podian mas que mi razon. *Al fin comprendí* que, aunque estemos especulativamente persuadidos de «cuánto nos interesa el ser *completamente* virtuosos, esta con«viccion es insuficiente para prevenir nuestros falsos pasos; «que es necesario *romper* con los hábitos contrarios, *adquirir* «los buenos y *afirmarse* en ellos antes de poder contar con una «constante y uniforme rectitud de conducta.» Despues de este preámbulo da cuenta Franklin del *método* que se habia prescrito, el cual consistia en un *exámen diario* de su conciencia, y, para facilitar este exámen, en la conservacion de un *pequeño libro*, en el que bajo el epígrafe de cada virtud, anotaba sus faltas y su enmienda. Este *pequeño libro* tenia por epígrafe varios textos que se referian á Dios. Dice que para implorar su asistencia juzgó necesario romper y poner al frente de sus páginas una corta *oracion*, para servirse de ella todos los dias: habia hecho un plan para el empleo de las veinte y cuatro horas del dia natural, y su exposicion concluye con estas palabras:

«Acaso convenga á mi posteridad saber que á este pequeño «artificio y á la ayuda de Dios debió su abuelo la constante di«cha de su vida, hasta la edad de setenta y nueve años, en «cuyo año último se escribió. Me habia propuesto hacer un «pequeño comentario de cada una de las virtudes, y hubiera «titulado mi libro, *Arte de lo virtud:* un método para bien con«ducirse vale mas que una simple exhortacion, que se parece «al lenguaje de quien, para servirme de la expresion de un «Apóstol, no tiene mas caridad que en las palabras, y que, «sin señalar á los que *están desnudos y tienen hambre ningun «medio para proporcionarse vestidos y comida, los exhorta á ves«tirse y alimentarse* [1].»

El *método* que queria Franklin escribir y que hubiera presentado como el *Arte de la virtud*, nos lo da la Religion en las prácticas que nos recomienda; y además los preceptos de la

[1] *Vida de Franklin, escrita por él mismo*, t. II, pág. 388 y sig.

Religion son mas eficaces y seguros que podrian serlo los consejos de un simple particular sin carácter y sin mision.

Los que se mofan de las prácticas devotas se parecen á los que siguen la direccion del agua, que arrastrados sin violencia por la corriente, se burlan de los que, queriendo vencerla, se agarran de los arbustos de las márgenes. Entre estas dos clases de personas existe la misma distancia que separa á los que se conocen de los que no se conocen, á los que quieren adelantar en la virtud de los que solo aspiran á estacionarse en el punto en que su natural los sostiene, es decir, en el que nada tienen que hacer. Los primeros, esto es, los devotos, son verdaderos filósofos, porque *se conocen á sí mismos y aspiran á la sabiduría*. Nada de cuanto puede ayudarles á adelantar en los caminos de la virtud es para ellos pequeño. Lo que es pequeño es el ignorar que uno lo es, ó el resignarse á serlo, el ser grande á sus propios ojos; pues entonces ni siquiera se tiene idea ni sentimiento de la verdadera grandeza [1]. Las prácticas de devocion desarrollan y alimentan en nosotros esta idea y este sentimiento, precisamente porque despiertan en nuestro interior el de nuestra debilidad. «Los movimientos religio-«sos, dice un gran talento, como las procesiones, las genufle-«xiones, las inclinaciones del cuerpo y de la cabeza, las pe-«regrinaciones y estaciones, producen su efecto é importancia, «disponen el corazon á la piedad, y doblegan el espíritu á la «fe. Para ser piadoso es menester hacerse pequeño. Por esto se «dice que la piedad nos anonada en la presencia de Dios [2].»

El mismo moralista dice además: «Es preciso ser religioso «con naturalidad, candor y sencillez, y no dándose importan-«cia, y por buen tono, grave y matemáticamente [3].»

La oracion no consiste ciertamente en el movimiento de los labios y en la posicion de las rodillas ó de las manos; debe ser una emanacion y como una afectuosa evaporacion del alma hácia su Autor; y en este sentido la oracion mental ó inarticulada es la mejor y la preferida. Pero, ¿quién ora así desde luego y cuando quiere? ¿Quién pasa de repente de la disipacion al recogimiento y de la tierra al cielo, sin transicion y sin

[1] No hay mas que una voz entre los Santos para reconocer la fuerza de las inclinaciones viciosas, y tampoco hay mas que una voz entre los hombres corrompidos para complacerse en la pureza de sus afecciones. ¿Seria quizás que los voluptuosos, los avaros y los soberbios son mejores y valen mas que los Santos? Ciertamente que no, sino que estos últimos, como empezaron por apartar de sus ojos el prisma de sus concupiscencias, descubren claramente la verdad.

[2] *Pensamientos, ensayos y máximas* de Joubert, t. I, pág. 119.

[3] *Idem*, pág. 117.

preludio?... La oracion oral y todo cuanto se refiere á ella, el tiempo, el lugar, la repeticion, los signos, la misma posicion del cuerpo, etc., constituyen precisamente esta transicion, este preludio, y, por decirlo así, la *gimnástica* sagrada de la oracion: como el águila saliendo del vallado, agita sus pesadas alas y azota la densa atmósfera, hasta que llegando á las regiones elevadas descansa inmóvil en el azul del cielo.

Pero ¿no vemos con frecuencia, dice, que el uso se convierte en abuso y en supersticion, y que esta sustituye fácilmente á la piedad?

Es verdad, lo confesamos, puede haber abuso en esto y lo hay acaso algunas veces; pero una vez reconocida la excelencia del uso, ¿qué prueba el abuso, y qué es lo que podria quedar en pié si valiera semejante objecion? El hombre abusa de todo, y principalmente de lo mejor: solo del mal no abusa.

Además, es necesario tener presente una cosa: las prácticas devotas no engendran en nosotros esta disposicion á la fe ó á la supersticion, pues existe ya por sí misma esencial y naturalmente en todos los hombres. Abandonada á sus propias inspiraciones, esta disposicion se extraviaria mucho mas, y degeneraria muy pronto en las monstruosas inepcias, contra las cuales no podrian garantirse los mejores talentos, desde el momento en que su contagio se hubiese desarrollado á su rededor. Las prácticas devotas previenen cabalmente este desbordamiento de supersticion, arreglando y aplicando á su verdadero objeto la disposicion que le da orígen; y en este sentido puede decirse que la fe católica y la devocion católica son como las *calzadas* que han facilitado poderosamente el progreso de las luces, impidiendo la vuelta á las tinieblas del paganismo, y su auxilio es tanto mas necesario á los hombres, cuanto mas elevados son. Nos hemos propuesto desenvolver mas adelante este pensamiento, en capítulo especial; entonces se verá que no nos faltan autoridades y ejemplos en que apoyarnos, y que no nos cuesta gran trabajo el encontrarlos. Bástenos por ahora haber indicado tan importante verdad.

Por otra parte, la objecion de *abuso* nos vuelve á conducir á nuestro objeto preciso, dándonos ocasion para hacer notar la gran sabiduría del Cristianismo en prevenir el abuso de sus propias prácticas.

Dos son las clases de abusos que en estas prácticas pueden mezclarse: la primera es el dar una importancia demasiado exclusiva á las prácticas buenas y autorizadas en sí mismas; la

segunda es el mezclar con ellas otras prácticas malas ó pueriles.

En cuanto á la primera clase de abusos, nada hay mas enérgico en el Evangelio, ni mas formal en su predicacion católica, que la reprobacion con que se la condena. Con mucha frecuencia oimos en nuestros púlpitos aquellas palabras del Salvador: «No son los que dicen *Señor, Señor,* los que entrarán en «el reino de los cielos, sino los que hagan la voluntad de mi «Padre.»—«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que «pagais al diezmo de la yerba buena, del eneldo y del comino, «y habeis dejado las cosas que son mas importantes de la ley, «esto es, la justicia, la misericordia y la fe! Esto era menester «hacer *sin omitir por esto las demás.*» —«Romped vuestros co- «razones y no vuestros vestidos, etc.» —Con tan enérgica autoridad nos recuerda incesantemente la doctrina católica que nada son las prácticas sin las disposiciones del corazon, y que su observancia no seria nunca un medio para alcanzar la salvacion, si no tuviera por principio una sincera y franca piedad. El solo nombre de *supererogacion,* inventado expresamente en el lenguaje católico para caracterizar estas prácticas, atestigua claramente esta sabiduría de la Religion en prevenir su sustitucion, y hasta su confusion con los actos de verdadera virtud.

Por lo que respecta á la segunda especie de abusos, que consiste en introducir en el culto prácticas malas ó pueriles, es menester que nos admiremos que jamás ha podido acreditarse, y que en la actualidad, despues de haber atravesado diez y ocho siglos de preocupaciones, de errores y de tinieblas, no contiene el culto católico ninguna práctica que tenga que ocultarse ante el brillo de nuestra civilizacion, ó mas bien, de que no pueda vanagloriarse como dictada por un profundo conocimiento del corazon humano, y honrada por el ejemplo y el sufragio de los mas esclarecidos talentos. Y no es porque el talento humano haya dejado de procurar introducir sus insensatas concepciones en este culto; pero el espíritu de celestial sabiduría que está escondido en su seno las ha rechazado siempre. Jamás han podido estas mezclarse en él y sorprender su asentimiento ni aun su tolerancia. «Las preocupaciones, «como dice Fontenelle, no son por sí mismas comunes á la «verdadera y á las falsas religiones; pertenecen necesaria- «mente á las que son obra tan solo del espíritu humano; pero «en la verdadera Religion, que es obra de solo Dios, todo cuan- «to este mismo espíritu le añade de nuevo carece de funda-

«mento, pues no es capaz de añadir á la obra de Dios nada que «sea real y sólido[1].»

Observad además la discreta conducta de la Iglesia y con qué prudencia, con qué aplomo y sabiduría obra en este punto como en todos los demás. No todas las prácticas que en el Catolicismo están en uso tienen para él igual importancia. Prescribe algunas, como el ayuno y la abstinencia en tiempos señalados; aconseja otras, como el rezo del Rosario; autoriza otras, como el culto de la Inmaculada Concepcion, y tolera, en fin, otras que nada tienen de malo ni peligroso en sí mismas, cuyo uso puede justificar la pureza de intencion, y que habria mas peligro que provecho en desarraigar.—Pero nunca cede á prácticas vituperables, y está animado y anima á los demás de un espíritu de amor y de libertad que *dispensa* de las mismas prácticas que prescribe, cuando no tienen parte en su abandono la negligencia ó el desprecio.

Sentimos no podernos extender en algunos detalles y demostrar toda la razon y verdadera filosofía que encierran nuestras mas humildes prácticas de devocion; citarémos tan solo las siguientes palabras de un grande orador con motivo de una de ellas: «Una cosa que llega á la perpetuidad y á la «universalidad, encierra precisamente en sí una misteriosa «armonía con las necesidades y destinos del hombre. El ra«cionalista se sonrie al ver pasar grandes hileras de personas «que van repitiendo una misma palabra: el que está ilustra«do por una luz superior comprende que el amor no tiene mas «que una palabra, y que aun diciéndola siempre, no la repite «jamás[2].»

El que *está ilustrado por una luz superior* comprenderá igualmente cuán ligero es el yugo de la piedad cristiana, y cuánta suavidad, cuánta fuerza y contentamiento dan á la existencia sus prácticas tan áridas y pesadas en apariencia.

«Escucha, hijo mio, dicen los Libros santos, y recibe un «consejo de entendimiento, y no deseches mi consejo. Mete «tus piés en sus cepos, y tu cuello dentro de sus argollas. So«mete tu hombro y llévala, y no te sean desabridas sus prisio«nes. Con todo tu corazon llégate á ella, y con toda tu fuerza «guarda sus caminos. Rastréala y se te manifestará, y tenién«dola ya contigo no la dejes; porque en las postrimerías halla«rás reposo en ella, y te servirá en contentamiento. Y te serán «sus cepos en defensa de fortaleza, y basas de virtud, y sus

[1] *Historia de los oráculos*, pág. 3.
[2] Lacordaire, *Vida de santo Domingo*, pág. 133.

«argollas en estola de gloria; porque en ella está la belleza de «la vida, y sus prisiones son ligaduras de salud. Te vestirás de «ella como estola de gloria, y la pondrás sobre tí como coro-«na de regocijo[1].»

III. Para completar este rápido bosquejo de un asunto que exigiria por sí solo una obra especial, faltaríanos hablar de la parte mas sensible del culto católico, la parte estética, por la cual se refiere á las bellas artes; pero los maestros del gusto han tratado ya esta materia con una superioridad que nos arredra. No obstante la profunda conviccion que hasta aquí ha sostenido nuestras fuerzas nos anima á hablar algo sobre este punto. Como carecemos de pretensiones de ninguna clase, desconocemos mas bien el temor, y mas bien queremos someter al juicio del lector algunas observaciones privadas, que discurrir sobre el arte como arte. Además sucede con las bellezas del arte cristiano lo que con todas las grandes y verdaderas bellezas: todo el mundo puede hablar de ellas; porque ellas hablan á todo el mundo.

Si tomamos á cada una de las bellas artes en particular, y subimos á las verdaderas obras maestras que produjo, y á los grandes maestros en quienes se halla como personificada, pararémos por todas partes al Cristianismo como á la verdadera llave de la bóveda de las bellas artes.

Por lo que toca á la poesía, yo no creo que ningun hombre de gusto halle nada que sea superior á nuestros Libros santos. Sin hablar de los santos Evangelios, que ofrecen el sublime continuo de la sencillez, y de una sencillez adorable, que seria lo mas sublime del arte si no estuviese sobre todo arte, ahí están Moisés, Job, Isaías, Jeremías, Baruc y David, que son, sin exagerar nada, los mismos tipos de lo sublime, de lo sencillo, de lo patético, de lo terrible y de lo candoroso; y lo son en tales términos, que, á lo que parece, no puede obtenerse en ninguno de estos géneros un grande efecto, sino á condicion de parecérseles y de hacerse *biblico*, como se dice, expresion que lo significa todo. Así tambien, por lo que toca á la elocuencia, nos basta nombrar á Bossuet; á Rafael por la pintura; á Miguel Ángel por la escultura, y por la música á Palestrina; y al rededor de cada uno de estos grandes personajes vienen á tomar su asiento una multitud de otros nombres, cuyo resplandor les viene de haberse acercado á aquellos. Y sin embargo, la gloria de todos estos maestros del arte no se nos re-

[1] Eccli. VI, 24-32.

vela sino por las obras maestras esencialmente cristianas, que les fueron dictadas ó inspiradas para el servicio del culto cristiano. Si se les quiere ver como ocupan el lugar que les corresponde, es menester que vayamos á verlos en nuestros templos; porque en cualquier otra parte que se les halle, son como unos expatriados; y en este sentido no es la Italia la tierra clásica de las bellas artes, sino porque lo es del Catolicismo [1].

Igualmente se observa que en todos los demás puntos están como divididas las bellas artes, obrando aisladamente y sin objeto: solo en nuestros templos las hallaréis reunidas, animándose de concierto las unas á las otras, y siendo todas animadas por el espíritu del culto cristiano.

Tambien hay un carácter esencial, que no debe despreciarse, y es que en ninguna otra parte son *populares* las bellas artes sino en el culto cristiano. Allí es únicamente donde la elocuencia tiene por auditorio el pueblo reunido, y por decirlo así, la naturaleza humana en persona: allí es donde cada dia se admite á todos á ver y á saborearse en las ceremonias, en los cantos, en las pompas, verdaderamente sublimes, que hablan á todos los corazones, que penetran hasta el fondo de los pechos mas helados, y arrancan de los ojos del impío unas

[1] No hablando mas que de la música, que constituye el encanto de nuestro siglo puede decirse que todo lo mas sublime que poseemos en este arte, ha sido inspirado y protegido por la Religion. Á la sombra de los templos católicos, ó en los coros de las catedrales, nacieron ó se desarrollaron los talentos de Hayden, de Mozart, de Lesueur, de Gretry, de Mehul, de Cheron, de Cherubini, etc., que habrian carecido de objeto, y habrian quedado desconocidos sin circunstancias que tanto les hubieran favorecido como estas. Á la Religion es tambien á quien debemos la conservacion ó mas bien el renacimiento de la música. A mediados del siglo XVI el arte musical habia enteramente degenerado en Italia y se habia hecho indigno de sí mismo, haciéndose indigno de la Religion, cuando el concilio de Trento dió un decreto proscribiendo del templo toda música profana y lasciva en sus aires y en sus movimientos, es decir, proscribiendo toda música, puesto que no habia entonces otra que aquella. En 1564 el Papa nombró una congregacion de cardenales para que procurase la ejecucion de los cánones del Concilio y de este en particular. Hacia parte de esta congregacion san Cárlos Borromeo, que, hombre de gusto, como lo han sido todos los verdaderos Santos, mandó llamar á Palestrina, cuya habilidad conocia, y el 10 de agosto de 1565 dió al artista la comision de escribir una misa prescribiéndole él mismo el espíritu que en ella debia resaltar. Se le advirtió al mismo tiempo que del buen éxito de aquella prueba dependia la suerte de la música, y que si no salia bien de ella iba á ser proscrita para siempre de la casa de Dios. A pesar de esta terrible responsabilidad por un arte que tanto estimaba, Palestrina no se arredró, y pasados tres meses presentó otras tantas misas. Al oirlas, la congregacion reconoció que no se podia desear nada mejor y decretó la conservacion de la música en el culto divino. Á esta música debió Palestrina el ser llamado el *salvador de la música, el Homero de la música antigua*, como le dice el doctor Burnet. Al oirla por primera vez el cardenal Pirani, decano del Sacro Colegio, se volvió al cardenal Serbelloni y repitió estas palabras del Dante: «Una armonía tan bella y tan suave no puede venir mas que de los cielos en donde la felicidad es eterna.» (Wisseman, *Ceremonias de la Semana Santa*).

lágrimas que vindican la Religion de sus blasfemas sonrisas. «Los absurdos rigoristas en Religion, dice uno de ellos, Di- «derot, no conocen el efecto que producen sobre el pueblo las «ceremonias exteriores. Seguramente que no han visto jamás «nuestra adoracion de la cruz, el dia del Viernes Santo, ni el «entusiasmo de la muchedumbre en la procesion de la fiesta «del Corpus, entusiasmo que á veces me arrebató hasta á mí «mismo. No he visto jamás esa larga hilera de sacerdotes en «hábitos sacerdotales (segun la costumbre de Francia); esos «jóvenes acólitos, vestidos con albas blancas, y ceñidos con «anchos ceñidores azules, que van echando flores delante del «santísimo Sacramento; esa multitud que les precede y que «les sigue con un silencio religioso, tantos hombres arrodilla- «dos é inclinada hácia el polvo su frente; ni jamás he oido ese «canto grave y patético, entonado por los sacerdotes y segui- «do afectuosamente por una infinidad de voces de hombres, «de mujeres, de muchachas y de niños sin que se conmuevan «mis entrañas, y se estremezcan y se arrasen de lágrimas mis «ojos [1].»

La belleza artística del culto cristiano tiene además el carácter bien distintivo de que jamás se pasa, que siempre es antigua y siempre nueva, y que, mientras que las vicisitudes de la moda hacen desaparecer las producciones del arte profano, las del arte religioso se revisten de un brillo que nada empaña, y que parece no pertenecen ya al dominio del tiempo desde el momento que pertenecen al Cristianismo.

Finalmente, el carácter eminente de la belleza del arte cristiano consiste en su pureza y seriedad; en que no triunfa sino por medio de todo aquello que haria morir infaliblemente el arte profano; en que no toma sus inspiraciones mas que de la virtud, y en que no nos conmueve, ni nos arrebata no rechazando todas nuestras pasiones. Este es un privilegio unico, que bastaria, aunque fuera solo, para dar testimonio de la presencia de la verdad.

Así pues, el Cristianismo es el centro en el que se reunen todas las bellas artes en lo que tienen de mas sublime, de mas colectivo, de mas universal, de mas popular, de mas inmutable, mas verdadero y mas puro: es el fondo comun de que todas participan, y el divino foco en que todas se inflaman. En el Cristianismo se halla lo Bello mismo como en su plenitud, en su cielo, y, si es lícito hablar así, en su zenit.

[1] *Ensayo sobre la pintura.*

Todo hombre de gusto que prescinda de su diferente creencia ha de estar de acuerdo con nosotros sobre este punto.

Y ¿se ha hecho la debida reflexion sobre la rigurosa consecuencia que arroja?

La palabra de Platon, que ha sido como nuestro tema: *Lo* BELLO *es el esplendor de lo* VERDADERO, es su exacta expresion; porque esta palabra debe aplicarse en su mas alto grado principalmente donde se halla lo Bello con todos los caractéres de superioridad que acabamos de declarar, y que suponen lo verdadero en toda su plenitud.

Por otra parte hay de esto una razon muy particular, que consiste en que, á diferencia del arte antiguo, que no brillaba sino por la *forma*, la que como él no tenia sino una verdad limitada, servil y relativa, el arte cristiano, como lo hemos ya dicho, saca de *adentro* toda su hermosura, esto es, de la misma sustancia de la verdad: *Omnis gloria ejus ab intus.* Y así nótese bien que el arte antiguo excede particularmente en la *estatuaria*, que es propiamente el arte de las formas. Pero ¡cuánto no le excede el arte cristiano en la profundidad de la idea y en la sublimidad moral del sentimiento, del que son de un modo particular los intérpretes la pintura, la música y la arquitectura! Su belleza es su trasparencia, esto es, la belleza misma de la verdad interior que en él despide suavemente sus rayos. Para decirlo todo de una vez, el arte pagano está formado sobre la carne, y el arte cristiano está informado por el espíritu, y la belleza que viene del espíritu no puede ser directa y absolutamente sino la belleza de la verdad. La belleza espiritual, pues, del arte cristiano es por esencia, como de lo Bello lo dijo Platon, lo que san Pablo dijo de Jesucristo: que es el *esplendor de la verdad y la figura de su sustancia* [1].

Esta alta reseña es sumamente fecunda en ricas aplicaciones, que sabrá formar para sí el gusto ilustrado de cada uno de nuestros lectores. Nosotros vamos á concretarnos á una sola, que bastará para generalizarla.

Elevando al hombre el Cristianismo, como ya dijimos, elevó todas las cosas inferiores que están bajo su imperio. Una vez introducido en su corazon, se extendió á todas sus facultades, á todas sus relaciones y á todo este mundo exterior que anima con su genio. Todo lo atrajo á sí. Por medio de su doctrina y de su moral se apoderó de las ideas y de las costumbres; por medio de estas últimas, se apoderó de las bellas

[1] Hebr. I, 3.

artes, que son sus órganos plásticos, y por medio de las bellas artes, de la materia que las sirve de alimento y que á su vez quedó rehabilitada, cristianizada. En una palabra: ha sucedido en el órden de la revelacion lo que en el de la naturaleza: lo invisible se ha reflejado en lo visible, y el Cristianismo ha criado una *nueva tierra* al revelar *nuevos cielos*.

Siguiendo este plan de observacion, la primera cosa que se presenta, y la única en la que la distribucion de nuestro asunto y de nuestras fuerzas nos permite entrar, es la arquitectura, ese arte rey, como lo llama con razon Víctor Hugo.

La arquitectura de nuestras basílicas respira del modo mas ingénuo y atrevido el espíritu cristiano. Es *el pensamiento cristiano edificado*. Por esto hay un abismo entre esta arquitectura y la arquitectura antigua.

El primer carácter que distingue á estos edificios, es la direccion hácia lo alto, su elevacion. La arquitectura antigua ocupaba mucho sitio, pero era en extension horizontal. Parece como que las miradas del hombre no se dirigiesen entonces hácia el cielo. Levantando el Cristianismo estas miradas, debió levantar al mismo tiempo la bóveda de sus templos. Esta intencion es evidente. Las torres y las agujas de nuestras catedrales nos obligan hasta cierto punto á apartar nuestros ojos de la tierra y enderezar por encima de ellas nuestras miradas hácia un mundo superior.

El Cristianismo conservó el género griego, pero lo modificó de una manera muy notable en este mismo sentido. Sopló ante sus bóvedas, y salió de ellas la cúpula. Cuando Miguel Ángel exclamó al ver el Panteon: *Yo lo pondré en los aires*, estaba animado por el genio cristiano; y la fe cristiana, esa fe á quien se prometió que trasladaria las montañas, se lo hizo ejecutar.

El pensamiento cristiano se desarrolló principalmente en la arquitectura tan impropiamente llamada *gótica*.

La ligereza y osadía, ó por mejor decir, la *fuga* de todas sus direcciones, expresan en el mas alto grado el desprendimiento, la fe, la esperanza, la reascension de nuestra naturaleza. En el género griego las columnas sostienen el edificio; en el gótico son sostenidas por él. Sus pequeñas dimensiones aumentan el efecto de su elevacion. Esas columnitas en haz (viva expresion católica de la pluralidad en la unidad) se desprenden como flechas que nada detiene y que parten para no volver. No tienen ni capiteles ni cornisa, y van á perderse entre las bóvedas, sin detenerse en ningun punto. Y ¿qué

carácter tan notable no presentan estas mismas bóvedas? En la arquitectura antigua la bóveda (en el estilo griego es un cielo raso) es una sola línea cimbrada que vuelve á caer por ambos lados y descansa sobre las cornisas; en la gótica son dos líneas que se cortan en su remonte, dos parábolas que se cruzan y no vuelven jamás á encontrarse. De aquí es que las ojivas añaden á la elevacion ya prodigiosa del edificio una elevacion imaginaria é indefinida que espiritualiza las miradas, y que expresa con marcada energía la tendencia distintiva del Cristianismo. Parece como que comunica á la misma piedra la impaciencia de la tierra y el ansia por los cielos. —Las partes bajas por oposicion á la nave concurren tambien á hacer resaltar su elevacion. Multiplicando los intercolumnios y las aristas ojivales y variando á cada paso su cruzamiento, ofrecen á la imaginacion un dédalo misterioso, en el cual se abisma y se complace en perderse, y en el cual se le despierta el sentimiento del infinito. —Este sentimiento es principalmente alimentado por esos innumerables calados y adornos que embargan la atencion, que parecen purgar enteramente la piedra de su naturaleza bruta, y hacer del edificio menos una construccion material que una petrificacion espiritual. Los asuntos teológicos que en ella se hallan representados y que parecen animarla, aumentan tambien la ilusion: diríase que es el mundo invisible sorprendido en sus misterios y atrayendo hácia sí nuestra alma como á una hermana. — ¿Qué dirémos de esa multitud de capillas y de asilos tan favorables á la meditacion, á la penitencia, al respeto y al amor, y que convidan al corazon fatigado á descansar, á aislarse de los hombres y á gozarse en Dios? —Finalmente, el mágico efecto de las vidrieras, sus hermosas pinturas, sus místicas representaciones, parecen arrojar sobre todo lo demás una luz sobrenatural; y cuando el sol, al salir ó al ponerse, las atraviesa con sus rayos, se matiza con sus colores y los esparce por el interior del edificio, parece que estamos viendo aquella Jerusalen celestial de que habla el Apóstol, radiante de oro, de rubíes y de todas las piedras preciosas.

Tal es la arquitectura cristiana. Contrasta tan notablemente con los tipos de la arquitectura antigua, que constituye una verdadera creacion. No somos de los que desprecian las bellezas de aquella cuando se halla encerrada en sus dominios, los que por admirar cási exclusivamente lo gótico tienen limitado su gusto; pero es menester convenir en que la arquitectura antigua no se enlaza mas que con ideas terrestres,

sensuales y limitadas. Pesa, por decirlo así, sobre la tierra, y se pega á ella como si esta fuera su única patria. Su simétrica regularidad, la pureza de sus líneas, y esa armonía de conjunto que se percibe de un solo golpe de vista, que por todos lados satisface á la vista y nada le deja que desear ni que adivinar, expresan el contentamiento de lo que es, el bienestar absoluto, el reposo y la satisfaccion actual: nada superior, nada mas allá. Por esto conviene perfectamente esta arquitectura á un teatro, á una lonja, á un palacio; pero hiere, atormenta, insulta al dolor, á la fe, á la esperanza, al sacrificio, á la inmortalidad, á todas esas tendencias espirituales y morales, cuyo fin no está en la tierra, y cuya satisfaccion hace al hombre grande y divino. La arquitectura gótica, al contrario, se armoniza maravillosamente con todas esas tendencias, las expresa y las inspira. Su inclinacion hácia el cielo, la fuerza y ligereza de su vuelo, lo indeterminado de todas sus direcciones, la infinidad misteriosa y cambiante de sus perspectivas, esa *vastedad sombría*, como dice Montaigne, y esos ecos prolongados é inmensos, todo en ella espiritualiza al alma, rompe sus ligaduras terrestres, y la hace experimentar cierto presentimiento misterioso de un mejor porvenir, que le parece no bastan á pagar todas las virtudes.

Pero ¿cómo podria dejar de inspirar estas ideas y estos sentimientos la arquitectura cristiana, cuando ella misma es su producto mas espontáneo y mas ingénuo? Los templos griegos expresan el gusto individual asalariado por el poder; las pirámides de Egipto la fuerza bruta y servil; nuestras catedrales respiran la fuerza espiritual, colectiva, social, empleada libremente en una obra de predileccion. Se siente circular en su seno una mística sávia, sacada de las entrañas de la fe católica. Diríase que no son las manos sino las ideas las que las edificaron; que fueron cimentadas sobre los corazones; que sus piedras se animaron al soplo de la fe de todo un pueblo, y que se ordenaron por sí mismas al compás de los sagrados cánticos, cuyos ecos se complacen en repetir [1].

[1] Hé aquí una pintura de su ereccion que ha sido transmitida por un contemporáneo, y que parecerá fabulosa en nuestros tiempos degenerados: «Quién oyó jamás (escribia en 1145 el abad de San Pedro, superior de un monasterio en Normandía, que vió elevarse una magnífica catedral en el sitio que ocupaba su modesta iglesia), quién vió á príncipes, señores poderosos en el siglo, guerreros y delicadas mujeres doblar su cerviz bajo el yugo, al cual se dejan uncir como bestias de carga para acarrear pesos enormes? A miles los vemos á veces, arrastrando una sola máquina sumamente pesada, y transportando á grandes distancias trigo, vino, aceite, cal, piedras y otras cosas para los obreros. Nada los detiene, ni las montañas, ni los vallados, ni aun los rios; los atraviesan como en otro tiempo el pueblo de Dios. Pero lo maravilloso es que

Profanos herederos de estos monumentos de la fe de nuestros abuelos, si no sabemos reproducirlos, sepamos al menos conservarlos, venerarlos, amarlos y visitarlos, con el mismo espíritu que los construyó y que los llena todavía de su majestad. Oigamos la voz que sale de sus bóvedas, de sus pilares y de sus baldosas gastadas por la oracion: es la gran voz de los siglos pasados, la voz de las generaciones santas, que despues de haberlas erigido en medio de los transportes de su fe, se fijaron en ellas esperando su inmortalidad, y que parece que andan aun errantes entre nosotros, invisibles, y que quieren obligarnos á adorar á nuestra vez al mismo Dios que constituyó entonces toda su fuerza, que es ahora su recompensa, y á quien debemos algun dia dar estrecha cuenta de nuestra infidelidad.

«No se entra nunca en las iglesias católicas, dice madama «de Staël, sin experimentar una emocion que produce en el al«ma un bien muy grande, y le da, como por una ablucion san«ta, fuerza y pureza [1].»

En efecto, ¿qué alma hay tan degenerada, y que haya arrastrado por tanto tiempo su existencia en la impiedad é indiferencia, que no entre en dudas sobre sí misma, y que no se sienta como penetrada de una atmósfera de vida, cuando la casualidad, ó la curiosidad la hacen pasar el umbral de estos templos antiguos, aun cuando están desiertos? Séase el que fuere aquel á quien sea dado el hacer la experiencia de esta emocion vivificadora, le aconsejo que no la desprecie, ni la ahogue; porque corresponde á la parte mas noble de su sér. Que haga lo que ella le inspire: si atrae sus pasos inciertos hácia las gradas de los altares, que vaya allá, y puesto allí, solo, y á la presencia de un Dios por tanto tiempo desconocido, déjese doblar, deje ir sus rodillas y su corazon á la oracion. Sí, que ruegue: ¡oh! ¡qué bella, qué grande cosa es el rogar! ¡Quién sabe!!! es posible que la fe, esta fe divina por la que suspirais en secreto desde tanto tiempo, que esta fe que es por excelencia el don de Dios, y que hasta aquí no ha tenido á bien

«estas cuadrillas innumerables marchan sin desórden y sin estrépito;... solo se oyen «sus voces á una señal dada, y entonces entonan sagrados cánticos ó imploran perdon «por sus pecados... Llegados á sus destinos, rodean los cofrades la iglesia, y permane«cen al rededor de sus carros como soldados en su campo: al anochecer encienden ci«rios, entonan la oracion y van á colocar las ofrendas sobre las reliquias sagradas; «despues los sacerdotes, todos los eclesiásticos y el pueblo fiel, se vuelven cada uno á «su hogar, marchando á compás, salmodiando y orando por los enfermos y los afligi«dos.» (*Haimo, abb. S. Petri super Divam.*—Véase á Mabillon, *Ann. ord. S. Bened.*, t. VI, pág. 392).

[1] *De la Alemania*, t. I, pág. 64.

acordar á las investigaciones de su espíritu, le espere allí con el amor y la esperanza, y que habiéndose arrodillado un escéptico, se levante un creyente.

No seria la primera vez que esto se habria visto: se han visto personas que se habian resistido á las pruebas mas directas de la verdad cristiana, y que cedieron á esta saludable impresion por habérseles inoculado al pasar por alguna iglesia un gérmen de fe, que tarde ó temprano debia producir su conversion.

Permítasenos citar un ejemplo:

Hegesipo Moreau, aquel nuevo Gilbert, aquel verdadero poeta, de quien se dijo en la tribuna nacional que habia muerto de una manera vergonzosa... para la Francia, no para sí mismo, habia traspasado los últimos límites de la impiedad, y se habia mofado de las cosas mas santas, segun él mismo confiesa, y lo prueba además la coleccion de sus poesías. Una tarde, durante sus insensatas disipaciones, pasando por delante de una iglesia desierta entró en ella. Lo que allí experimentó nos lo refiere él mismo en un fragmento titulado: *Un cuarto de hora de devocion;* fragmento que no puede considerarse como un tema fantástico, sino como la expresion del sentimiento de un corazon ingénuo en el lenguaje natural de un gran poeta.

Dice así:

En antiguo templo entré [1]
Sin intenciones de orar,
Porque mi perdida fe
Ya me veda el suspirar...
Y no obstante suspiré.
¡Ay! á mis catorce abriles
Vestí de cándido lino,
Y mis labios infantiles
Entre incensarios y atriles
Loaban al Sér divino.
Pero despues, arrastrado
De perniciosos ejemplos,
En Escriba transformado,
De Jesús he blasfemado
Y profanado sus templos.
Cuando del pueblo la hez
Su santa cruz arrastraba,
Yo como Pablo á mi vez,
Niño, las capas guardaba
De aquella turba soez.
Pierdo mi razon turbada
En las dudas que concibo:
Cual paloma descarriada
Sobre las aguas lanzada,
En vano busco el olivo.

[1] San Estéban del Monte. (*Nota de Hegesipo Moreau*).

¡Oh Dios! (si es que Dios existe)
Si por el humano sér
Acaso piedad sentiste,
¡Ven á consolar á un triste,
Y haz que pueda yo creer!
Así decia; y en tanto
Ya la noche á toda prisa
Tendia su negro manto,
Y una bienhechora brisa
Me refrescó con su llanto.
Y yo tambien lo vertí,
Cuando una cosa ignorada
Encontré dentro de mí,
Un resto de fe olvidada
Que ya perdida creí.
Aquí mi alma vacía
Por todo contentamiento
Sonó celeste armonía;
Vino el arrepentimiento,
Y tras de él cierta alegría.
Pero alcéme, y al salir
De aquella oscura mansion
Cesé al punto de sentir;
Disipóse mi ilusion,
Y me hube de sonreir.

Duraba en nosotros la penosa impresion que nos habian causado estos últimos versos, cuando, recorriendo hace poco en una edicion *póstuma* de sus obras una noticia biográfica de Hegesipo Moreau, escrita por uno de sus íntimos amigos, Mr. Santa María Marcotte, leimos y releimos con un profundo sentimiento de inesperada satisfaccion una circunstancia de su muerte, que templó la amargura que nos causaba la lectura de otros detalles entre los cuales está mezclada, y que prueba que el cuarto de hora de devocion habia producido su fruto.

El pasaje completo es el siguiente:

«Yo tambien habia caido enfermo, y como hacia algunos «dias que no habia ido al hospital á visitarlo, se levantó, atra- «vesó la calle en una de las mas frias mañanas de diciembre, «subió tres pisos y cayó desmayado al entrar en mi habita- «cion. ¿Era quizás aquella visita nuestro último adios?... No lo «sé, pero yo estaba como herido de pasmo: no podia creer que «mi amigo debia morir tan pronto. Ocho dias despues me dijo «que en la noche anterior habia recibido los últimos Sacra- «mentos: nuestra entrevista fue silenciosa; cuando lo dejé, — «Amad mucho á mi hermana, me dijo; — lo abracé y me fuí. «Al dia siguiente, el 20 de diciembre de 1838, un criado del «hospital vino á mi casa á anunciarme que el núm. 12 acaba- «ba de morir.»

Es decir, *en el mismo año*, tal vez pocos dias despues del CUARTO DE HORA DE DEVOCION, el Dios que él habia visitado en su templo fue á visitarlo á su vez á él en el lecho de sus dolores, y con él, como con Gilbert, se verificó esta santa promesa:

«Déle el Señor socorro sobre el lecho de su dolor: toda su «cama mulliste en su enfermedad [1].»

Tal es la influencia regeneradora que el Cristianismo ejerce hasta sobre las almas mas extraviadas, influencia que aun las mismas piedras de sus templos tienen poder para comunicar.

[1] *Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus; universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus.* (Psalm. XL, 4).

Como ha podido verse en el programa de esta tercera edicion, nos habíamos propuesto añadir aquí un *Estudio sobre la devocion á la santísima Virgen;* pero al sondear este magnífico asunto no hemos tardado en reconocer que no bastaba para ello un capítulo, sino que era menester consagrarle un libro; porque no es nada menos que el Cristianismo entero mirado bajo un aspecto mas simpático para las almas delicadas. Antes que acortar y mutilar este asunto hemos preferido no darle cabida en esta obra cuyo plan, hablando con todo rigor, lo excluye, reservándonos hacer de él, con la ayuda de aquella á quien deseamos glorificar en él, el objeto de una publicacion particular, que será como un apéndice de nuestros *Estudios*, y que esperamos ofrecer un dia á nuestros lectores.

N. del E. El autor cumplió la promesa de componer la obra que se indica en las precedentes líneas; y la LIBRERÍA RELIGIOSA la publicó con el título principal de la misma: *La Virgen María y el Plan divino.*

CAPÍTULO XIX.

CONCLUSION.

Es lenguaje corriente entre los detractores del Cristianismo, y favorecido, preciso es decirlo, por algunos de sus defensores, que siendo la autoridad el fundamento de su doctrina, la fe *ciega* es necesariamente la situacion *exclusiva* de sus discípulos; que la razon nada tiene que ver con él, y que por consiguiente los que no quieren renunciar del todo á ella se ven obligados á echarse en brazos de la filosofía, es decir, de la incredulidad.

Semejante pretension, que constituye la gran preocupacion de las inteligencias de nuestros dias, es el mas grosero y pérfido de todos los errores.

Es funesto á la Religion y á la filosofía; á la Religion, porque la defrauda los talentos que buscan la luz; á la filosofía, porque le arrebata los corazones que tienen necesidad de fe; y como todos tenemos necesidad, aunque en distintas proporciones, de luz y de fe, resulta que ni la Religion, ni la filosofía, así presentadas, pueden satisfacernos, y que el escepticismo es el que triunfa de su division.

Hemos querido protestar contra semejante error en nombre de la verdad y del órden que de ella depende.

I. Considerado este error en su principio, está enteramente basado sobre un equívoco.

Indudablemente la fe es la fe, es decir, una determinacion del espíritu sobre la palabra de otro, prescindiendo de toda comprobacion prévia de la misma cosa que es objeto inmediato de la creencia. El niño cree lo que su madre le enseña, sobre su palabra, aun cuando no pueda darse razon á sí mismo de esta enseñanza. Para él lo que se le enseña es verdad, porque su madre se lo ha dicho: esta es su primera razon. No comprende la cosa, pero su madre la comprende por él y le da el resultado ya dispuesto de esta comprension, es decir, la certidumbre, que es como la leche de su naciente inteligencia. ¡Dichosa confianza, dichosa fe, que es el primer fundamento

de la razon del hombre, y sin la cual nunca saldria de las tinieblas naturales de la ignorancia!

Pero ¿es esto decir que este niño no deberá procurar ejercer su razon sobre las verdades que primero admite por la fe, y asimilarlas á su inteligencia por el trabajo de su comprension? ¿No es, al contrario, por su vocacion y por la intencion de su misma madre, que él penetra estas verdades, las comprende y se las hace propias? ¿Debe necesariamente abstenerse de raciocinar porque cree, ó dejar de creer porque raciocina? ¡Qué absurdo!... Y si entre las verdades que se le enseñan hay algunas que, por demasiado vastas, no pueda su inteligencia abarcarlas, y solo comprenda una porcion mas ó menos notable, segun la fuerza y penetracion de aquella, ¿no es evidente que respecto de ellas deberá á la vez creer y raciocinar, que aun creyéndolas procurará comprenderlas, y que, aun llegando á comprenderlas en parte, no dejará enteramente de creerlas? Las creerá siempre en lo que en ellas no comprenda, y en lo que comprenda creerá tambien; porque no siendo su comprension completa, y siendo estas verdades indivisibles, su comprension no podrá jamás ser decisiva, y permanecerá siempre conexa á la fe.

Pues bien, tal es la situacion del espíritu humano respecto de la verdad divina, y de la razon del hombre respecto de la razon soberana: es la razon del niño respecto de la de su madre: criado al pecho por la fe, y alimentado por la vision, *Lactandi fide; pascendi specie* [1].

Esta situacion es genérica; ningun hombre, por lo mismo que es hombre, puede, sin hacerse loco, pretender emanciparse de Dios; todo hombre es vulgo en Religion, en el sentido de que nadie puede llegar por sí mismo á una comprension *decisiva* de la verdad divina, y que tiene necesidad de la fe. «El hombre, ha dicho muy bien Bonald, tiene un espíritu que «examina, que admite ó que desecha; y este espíritu debe es«tar igualmente sometido en todos, porque no puede ser «igualmente ilustrado en todos, y porque *no hay ninguno* en «quien pueda serlo perfectamente [2].»

Sobre este fundamento comun de la fe se establecerá la comprension, y surgirá como un edificio mas ó menos considerable, segun la diversidad de las inteligencias: en este punto nos es permitido hacer distincion de vulgo y de talentos superiores, de siglos de fe ingénua y de tiempos filosóficos. Los unos,

[1] San Agustin, *De utilitate credendi.*
[2] *Théor. du pouvoir*, t. II, p. 428.

que forman la gran mayoría de los hombres, permanecerán siempre mas ó menos en el estado de fe ingénua, ó no levantarán sobre ella mas que edificios de inteligencia, humildes como su talento: estos serán los sencillos de corazon; los otros edificarán ricos palacios, y encontrarán en la fe, como una rica cantera, como una mina profunda é inagotable de mármol, oro y piedras preciosas, con lo cual edificarán un templo; estos serán los filósofos que merezcan este nombre.

Léjos de oponerse la fe á este trabajo de la inteligencia, lo fomenta proporcionándole la materia, é inoculándosela como un gérmen que naturalmente tiende á fermentarse, desarrollarse y dar abundantes frutos.

La fe no es, pues, enemiga de la razon; es la misma razon en gérmen. Todo creyente, aunque sea un niño, ó un pastorcillo, encierra un gran filósofo; y todo verdadero filósofo, ya sea un Leibnitz ó un Pascal, no es mas que un creyente desarrollado. Ni el filósofo es mas, ni el simple creyente menos. La diferencia solo está en el grado de comprension... ¡Admirable elasticidad de la fe cristiana, que se hace toda de todos, sin dejar de ser idéntica: que se pone al alcance de la mas limitada inteligencia, se dilata con ella, y la hace extender su capacidad para llenarla al mismo tiempo; que no solamente satisface á la razon, sino que constituye la razon misma, y, en fin, que se reduce en el *catecismo*, hasta entrar en la cabeza de un tierno niño, y se desenvuelve en la cabeza de Bossuet hasta las *Elevaciones sobre los misterios!*

¡Qué monstruoso error el que opone la razon á la fe, es decir, la flor á la raíz! Error funesto á la Religion, porque le arrebata esta flor de la razon, y error aun mas funesto á la filosofía, porque le arrebata esta raíz de la fe.

En efecto: toda filosofía, aun creyendo á los mismos incrédulos, no es mas al fin que un gérmen de fe desarrollado. Este desarrollo es esencialmente debido á aquel gérmen, no solo en su orígen, sino tambien en su conservacion y progreso; y para saber bien, por ejemplo, por medio de demostraciones cabales, que hay un Dios criador y remunerador, no es menos necesario qua haya una autoridad docente que continúe dictando esta verdad al mundo, que lo es el que un árbol que da hojas, flores y frutos, tenga siempre sus raíces adheridas á la tierra.

Vosotros quereis desarraigar la filosofía del seno de la Religion, porque, segun decís, produce por sí sola frutos de verdad, y porque basta la razon para demostrarlos. Sois unos niños, que cortais una rama del árbol, y os envaneceis de las

hojas y flores con que se halla adornada. Esperad un momento, y veréis que las flores se marchitan, las hojas se caen, y la rama no es mas que un palo seco y quebradizo que solo deja en vuestras manos astillas y polvo. Tal es, en efecto, la inevitable suerte de la filosofía, cuando quiere vivir separada de la Religion. Desde el momento que se aparta de ella, se funda en la suficiencia de las verdades que ella misma lleva consigo, y de las cuales se cree dueña. Poco despues ella es la primera en poner en duda estas mismas verdades, en descomponerlas una por una y en disiparlas en el escepticismo hasta no dejar nada, no dirémos de Religion, pero ni siquiera de filosofía, destruyendo así por sí propia el motivo de su separacion.

Léjos, pues, de ser la fe la que excluye el ejercicio de la razon, es el principio generador y conservador de la razon misma; de modo que si queremos permanecer filósofos, debemos seguir siendo creyentes.

II. Esta verdad capital, tan comprensible y demostrativa en teoría, segun acabamos de ver, está plenamente confirmada por los hechos.

Lo está de dos maneras:

Primero, por el espectáculo de la pérdida de toda verdad religiosa y moral que ha seguido á la *emancipacion de la razon*, y que en medio del Cristianismo, en medio de la civilizacion, ha causado en la inteligencia humana un empobrecimiento mas grande que el en que nos encontró el Cristianismo, y ha reproducido por un momento en el mundo moral todas las tinieblas del paganismo. Si hay un cuadro digno de lástima es el que ofrece al presente la filosofía en nuestro siglo. ¿Puede aplicársele ni siquiera el nombre de filosofía? ¿No es mas bien una irrision el encubrir con este sagrado nombre la mas monstruosa amalgama de los sistemas mas contrarios, y que solo se parecen en el escepticismo, hácia el cual van todos á precipitarse? ¿Qué hecho hay que menos necesite de demostracion? Supongámonos privados de las luces del Evangelio, y queriendo, como nuevos Anacarsis, instruirnos en la escuela de esa filosofía en las verdades de que tenemos necesidad: ¡qué *catecismo*, gran Dios, el que formamos con las diversas respuestas que obtenemos[1]! ¡Cuán humillada se presenta la

[1] Esto es lo que se ha hecho con el nombre de *Catecismo de la universidad*; pero, es menester decirlo, en esta compilacion, como en otra mas importante que precedió, se han cometido inexactitudes é injusticias que deploramos doblemente: en primer lugar, porque siempre es un mal muy grave el faltar á la verdad y á la justicia; y en segundo lugar, porque en el caso actual *es*, sirviéndonos de una expresion conocida, *mas*

razon ante este espectáculo! ¿Se han propuesto quizás disgustarnos para siempre de la investigacion de la verdad, y todos esos filósofos son víctimas sacrificadas á la manifestacion de las miserias de nuestra naturaleza intelectual, como aquellos esclavos embriagados que se dejaban expuestos en las calles de Esparta para inspirar á los ciudadanos la templanza? Puede decirse que nunca recibió la filosofía un ultraje mas sangriento. Y ¡cosa inaudita! nunca se han reivindicado mas sus derechos que desde que ella misma se manifiesta tan indigna de ellos. Es verdad que se los entiende de una manera singular, y que parece que consisten en agitarse en la investigacion de la verdad; menos para encontrarla que por el placer de la agitacion misma, no importa en qué sentido, si no es que se evite con cuidado la que podria conducir al término, porque haria encontrar el reposo [1].

El reposo sin embargo se hace sentir en el fondo del alma humana como su mas apreciable bien; pero ¿qué sucede? Que habiendo desaparecido la verdad, esta blanda almohada del alma, en la agitacion febril de la inteligencia, esta última se echa al fin en brazos del escepticismo, que es el reposo en la muerte, como la fe es el reposo en la vida.

Hé aquí á dónde esta filosofía conduce á la razon, despues de haberla hecho abandonar la fe con la falsa promesa de una fruicion de sí misma, que la fe, dice ella, le prohibe [2].

¿Es verdadera esta última asercion, y no puede la razon escoger mas que entre dos clases de interdicciones?

Tristísimo error que nosotros hemos querido desarraigar, destruyendo la proposicion de los detractores del Cristianismo, y sosteniendo á nuestra vez que la filosofía hostil á la fe conduce fatalmente á *la inactividad intelectual del escepticismo*, y que si la razon quiere comprenderse á sí misma y ejercerse noble, ámplia y *filosóficamente*, es preciso que vuelva á la fe, porque solo en este caso logrará reposo y actividad en una proporcion exacta con la fuerza de cada inteligencia. No se gozará en la

que un crímen, es una falta, y una falta torpe; supuesto que, ateniéndose á la verdad pura, podria probarse superabundantemente lo que aquí hemos sostenido, y que se haria inexpugnable no dejando á sus adversarios mas que la confusion del silencio. Pero es necesario no esperar ver nunca la verdad pura cuando tiene que pasar por el canal de los hombres, á no ser que intervenga un prodigio tan grande como el de la integridad de la doctrina católica despues de diez y ocho siglos.

[1] Esta filosofía fue perfectamente definida por san Bernardo: *El arte de buscar la verdad sin encontrarla jamás*; pues desde el momento en que se la hubiese encontrado, se dejaria de buscar, es decir, de *filosofar*.

[2] Recordemos la lamentable confesion de Jouffroy, citada en el tomo I de los presentes *Estudios*, pág. 471.

investigacion, sino en la posesion de la verdad. La tendrá antes que todo, y la tendrá de primera mano, de la única mano que la da, que es la mano de Dios: porque *la verdad no se encuentra, sino que se da ella misma.* Este sentimiento de la posesion de la verdad, de la certidumbre de la verdad, hará ya gustar al alma, aun en el estado de simple fe, una vida interior, que tendrá mas plenitud que la que pueden proporcionar todas las agitaciones filosóficas. Sobre este sólido cimiento podrá luego la razon aspirar á la comprension, segun su penetracion y sus fuerzas; pero de modo que aun el talento mas aventajado encuentre siempre algo que descubrir y admirar, y el mas limitado algo tambien que comprender y en que fijarse, y que todos aun tendiendo por la fe al mismo centro, graviten en torno suyo en órbitas distintas, teniendo así el privilegio de ejercitarse, cada uno segun sus fuerzas, sin peligro de extraviarse, y gozando á la vez del reposo en la actividad y de la actividad en el reposo.

Hé aquí lo que hemos querido hacer comprender en teoría.

Pero del mismo modo que los hechos han venido á confirmar esta teoría en lo que concierne al aniquilamiento intelectual á que conduce la filosofía hostil á la fe, del mismo modo hemos querido que la ratificasen en lo relativo á la actividad vivificante que recibe de su alianza con ella.

Nos ha parecido que la mejor prueba que podíamos dar de esta importante verdad á los hombres de buena fe, y la mejor manera de desengañarlos del error contrario, era hacer nosotros mismos con ellos este ejercicio de la razon sobre cada uno de los puntos de nuestra fe; recorrerlos todos unos tras otros, sin exceptuar ninguno, aun los mas misteriosos, los mas aterradores en apariencia para la razon, y sin salirnos ni un ápice del rigor de la ortodoxia mas severa, presentar á la razon los mas ricos y mas fecundos motivos de admiracion y de goce.

Hé aquí en resúmen lo que nos hemos propuesto en esta segunda parte de nuestros Estudios con el título de *Pruebas intrínsecas del Cristianismo.*

III. Si la debilidad de nuestros medios no ha perjudicado, en efecto, á la magnitud de nuestra causa, creemos haber logrado:

Primeramente, dar á conocer la doctrina católica;

En segundo lugar, demostrar que su estudio es el verdadero terreno de la filosofía;

Últimamente, deducir de aquí la gran prueba de su divinidad.

Estos tres resultados se comprenden los unos en los otros, y solo vamos á decir algunas palabras sobre cada uno de ellos.

1.° El conocimiento de la doctrina católica ha quedado borrado de las inteligencias de nuestro siglo, y sin embargo nunca se habia decidido sobre ella con mas presuncion, como si la ignorancia autorizase los errores. Pocos son los que conocen la letra de esta doctrina, y entre los que conocen la letra pocos conocen su espíritu. Hacerla conocer, demostrarla, es ya disipar los fantasmas que las preocupaciones combatian en ella, y hacer salir como de detrás de las nubes el resplandor de sus verdades, hecho nuevo á fuerza de haber permanecido mucho tiempo oculto. No es ciega la fe, sino la ignorancia de la fe; y cuando hablamos de la ignorancia de la fe, hablamos en el sentido que vamos á explicar.

Es propio de la verdad cristiana, como hemos dicho ya, permaneciendo idéntica en sí misma, el prestarse á las evoluciones de la inteligencia y descubrirle mas pruebas y relaciones á medida que esta última se va haciendo mas capaz de abarcarlas y comprenderlas. Por consiguiente, cuando esta verdad continúa reinando en un entendimiento, se desarrolla en él con todas sus facultades, se ilustra con todos los conocimientos que en él penetran, se enriquece con todos los tesoros de experiencia que él va adquiriendo, y se fortifica con todo el peso de las reflexiones de que él va siendo capaz; en fin, llega como él á la virilidad; y si le fuera posible al hombre emancipar el estado de sus conocimientos naturales, ella lo emanciparia consigo, porque tiene ella materia para satisfacer una carrera infinita de inteligencia. Al contrario, si esta verdad conocida y practicada en la infancia es despreciada al adelantar en edad, y continuando el entendimiento en instruirse y crecer en todo lo demás, deja estacionada en el mismo punto el conocimiento que tenia de la verdad cristiana aun cuando este conocimiento fuera suficiente en la época en que quedó abandonado, deja de serlo despues por su desacuerdo con el progreso que en lo sucesivo ha hecho sin ella el entendimiento. La verdad se empobrece y achica en tal caso en proporcion de las riquezas y desarrollos de la inteligencia, y de conocida que era, llega á ser ignorada, aun cuando haya quedado, ó mas bien porque ha quedado estacionada en lo que era al principio. La juzgamos entonces con una exigencia progresiva sobre un conocimiento estacionario, es decir, que la

ignoramos tanto mas cuanto mas sabios somos y mas instruidos nos hallamos en otras verdades.

Ilusion fatal que es la gran fuente de la ignorancia religiosa de nuestro siglo, pues lo que acabamos de decir de un entendimiento particular se aplica al entendimiento humano colectivamente. Es verdad que muchos han olvidado, ó acaso han dejado de aprender la Religion porque se rompieron las tradiciones, y porque entre nosotros y nuestros abuelos en la fe la irreligion ha abierto un abismo de ignorancia; pero lo peor quizá es que los que aprendieron y han guardado el recuerdo de cuanto sabian de la verdad cristiana, sin haberlo cultivado despues de su infancia, lo ignoran con esa ignorancia relativa de que acabamos de hablar, ignorancia mil veces mas funesta que la ignorancia absoluta, porque se ignora á sí misma, y se cree con derecho para fallar desde la cumbre de las ciencias humanas sobre la fe que tuvo siendo niño.

Por desgracia, es menester decirlo, esta fe ha sido despreciada y abandonada precisamente en la época en que el entendimiento humano, enriquecido con todos los tesoros reunidos bajo su imperio, se ha lanzado en el terreno de los descubrimientos y conocimientos humanos, y en que el siglo de las luces, sucediendo al siglo de la impiedad, se ha convertido respecto de la verdad religiosa en el siglo de las tinieblas, de la barbarie y de la ignorancia.

Por esto, ¿qué está sucediendo? que los mismos que se precian de saber la Religion fundados en los recuerdos de su infancia, quedan sorprendidos cuando se les descubren en ella relaciones y conveniencias con nuestras ideas y costumbres que no sospechaban. No saben reconocerla, y dicen que no es la misma Religion. En lugar de acusar á su ignorancia, declaman contra el *espíritu de novedad*, y defienden la ortodoxia de una religion de la cual son desertores.

No es la Religion la que ha cambiado, sois vosotros, vuestro entendimiento, el mundo. Todas las nuevas relaciones que os descubrimos en ella, estaban ya, aunque ocultas; y el entendimiento humano las descubre ahora porque ha extendido su vista. ¡Cuántas otras relaciones tiene ocultas todavía, que serán descubiertas mas adelante, quedándole siempre otras tambien ocultas! Esta Religion es Dios puesto al alcance del hombre para elevarlo de claridad en claridad hasta su perfecto conocimiento en la posesion de sí mismo.

No conviene seguramente convertir esta consideracion en sistema, exagerando los progresos que podemos hacer acá en

la tierra en la penetracion de las divinas verdades; pero circunscribiéndonos en los límites de la experiencia, nos es permitido decir, que todas las evoluciones temporales del entendimiento humano, todos los descubrimientos que va haciendo en las ciencias, todo lo que el progreso de sus luces en todo género le permite comprender, todos los cambios de relaciones que sobrevienen en sus costumbres, todo encuentra á la verdad cristiana predispuesta á corresponderle con otros tantos nuevos puntos de vista de donde saldrán nuevos desarrollos intelectuales que la penetrarán cada vez mas; pues de ella procede ese aumento y fuerza en nuestra vista que es á lo que debemos el irla comprendiendo cada vez mas: con su luz vemos mejor su luz misma.

Hé aquí por qué hemos querido presentar el Cristianismo aplicándole el grado de vision filosófica que pertenece á nuestros tiempos. Hemos querido darlo á conocer conforme á todas las exigencias del espíritu actual, y segun su manera de ver las cosas. Para llenar nuestro verdadero objeto seria preciso haber atendido á estas exigencias, sin sacar absolutamente la verdad cristiana del centro inmutable de esa ortodoxia. ¿Lo hemos conseguido? Tenemos alguna confianza en que sí, ó al menos creemos haber demostrado que es posible.

2.° Así hemos alcanzado tambien el segundo resultado que indicamos, esto es, hacer ver que el estudio de la Religion es el mas bello, el verdadero terreno de la filosofía.

Si por filosofía entendemos la aplicacion de las fuerzas del entendimiento humano al conocimiento de la verdad, á vista de la virtud, ¿hay algo mas digno de aquel nombre, algo mas filosófico que las varias perspectivas ofrecidas á nuestra consideracion en esta reseña de todas las verdades cristianas? ¿Es esto, preguntarémos á todo lector equitativo, aquel Cristianismo que nos presentan como limitando y encadenando la razon? Recorred cada uno de nuestros Estudios en esta segunda parte, y observaréis como desde el umbral hemos visto germinar y florecer ante nosotros todas esas consideraciones, todas esas conveniencias, todas esas explicaciones, mas ricas unas que otras, engendrándose recíprocamente y haciendo pasar á nuestro entendimiento de sorpresa en sorpresa, á la manera que en una elevada campiña, sombreada empero por rocas y bosques, cada paso descubre un nuevo punto de vista, cada obstáculo prepara un placer, á cada mirada nace un nuevo espectáculo.

No se crea que hayamos tenido la pretension de encontrar

la verdad divina en sí misma; seria una pretension insensata, y la dejamos para la filosofía racionalista. En nuestro concepto la verdad divina, como ya dijimos, está fuera del alcance natural del entendimiento humano; no puede este encontrarla; solo puede recibirla, y recibirla de ella misma, y por la revelacion que ella le hace de su luz. Pero hallándose esta verdad así recibida por la fe en su revelacion, es permitido al entendimiento humano procurarse su inteligencia y descubrir sus varias relaciones, sus resultados y aplicaciones. Hé aquí el verdadero terreno de la filosofía, muy vasto por cierto y muy digno de nuestra razon.

Y observad que la misma filosofía racionalista, en oposicion con sus pretensiones, no hace otra cosa en lo que tiene de efectivo y de real. Todo cuanto sabe, todo cuanto dice de Dios, del hombre y de sus relaciones, no lo ha descubierto, lo ha recibido lo mismo que nosotros. Mucho trabajo le habia de costar, en efecto, decirnos la época en que descubrió la existencia de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma, etc. Todas estas nociones las tiene recibidas, y únicamente sobre este punto de apoyo trabaja para conocer las relaciones de estas verdades con la naturaleza humana, y su justificacion en la armonía de estas relaciones. Por esto nada puede mas que la filosofía creyente ó fiel. Lo único que la distingue de esta es el triste privilegio de perder estas verdades, de alterarlas y corromperlas. Y debe ser así; porque la razon, que hace que no podamos descubrir por nosotros mismos estas verdades, hace tambien que no podamos comprenderlas enteramente; de donde se sigue que si no tomamos por único motivo para admitirlas mas que esta comprension, deben de necesidad escapársenos en algun punto, porque no habiendo mas que una razon para no comprenderlas, no hay por lo mismo mas que una razon para no admitirlas ó para alterarlas, acomodándolas á nuestra comprension. Es mas: siendo propio de la filosofía racionalista no determinase sino por la comprension, y siendo esencial á su naturaleza la ambicion de conquistar la verdad, menos para someterse á ella que para someterla á su dominio, le sucede lo que á todos los ambiciosos y á todos los conquistadores: no hace caso de los bienes que ya posee, es decir, de las razones para admitir una verdad, mientras estas razones no sean completas. Si hay un solo punto sobre el cual la verdad se resista á la comprension de la filosofía, esta se dedica á él con todas sus fuerzas, exagera su importancia, emplea contra él solo todos los tesoros

de su entendimiento hasta que todo lo pierde en este trabajo, en el mismo sentido comun, y nada le queda mas que el escepticismo; de manera que por haber querido, segun su sistema, comprenderlo todo por sí misma, nada conserva, ni siquiera la verdad mas vulgar: semejante filosofía no es al fin mas que un fastuoso nada.

La filosofía creyente ó fiel, al contrario, tomando desde luego por base decisiva de admision de la verdad divina la fe en su revelacion, se entrega á su estudio con calma, solidez y confianza. No se admira de encontrar en ella algunos puntos misteriosos, y si intenta explicarlos, lo hace con circunspeccion y reserva. Replegando sus fuerzas sobre los puntos mas inteligibles, los resuelve sin preocupacion, recoge las soluciones que de ellos puede alcanzar, los compara, y deduce de allí nuevas y luminosas soluciones. Los mismos puntos que no puede llegar á comprender y que renuncia á lograrlo, le sirven muchísimo para la inteligencia de los que tienen relacion con ellos; porque aunque no tengan en sí mismos ningun valor de comprension, tienen al menos un valor de certidumbre que influye en su rededor, un valor objetivo que determina sus relaciones y que arroja á lo léjos grandes ráfagas de luz, como esos rayos del sol que se escapan por debajo de una espesa nube, y que revelan el disco del astro sin manifestarlo.—Como esta filosofía comprende, bajo el título de fe, el edificio entero de la doctrina revelada, encuentra con frecuencia en las relaciones mútuas de los misterios una claridad que no tienen en sí mismos, y que la satisface é indemniza, descubriéndole un designio profundamente enlazado y que lleva en sí su propia justificacion.—Su comprension viene entonces á confirmar su fe, y su fe obra de rechazo sobre su comprension, pues nada aumenta tanto las fuerzas del espíritu como la certidumbre de estar bien empleadas: esta certidumbre las dirige, las concentra, las aumenta, les responde como desde mas allá del misterio, y con frecuencia acaba por hacérselo penetrar.—Además es peculiar de la fe el poner en juego todas las fuerzas del alma: no es solamente el raciocinio, sino tambien la conciencia, el sentido íntimo, el corazon, la imaginacion, todas nuestras potencias, en una palabra, están en accion para apercibir y ver la luz que de cualquiera lado se ofrezca y volvérsela á enviar recíprocamente.—Por otra parte tambien, esta filosofía no obra con precipitacion como la filosofía racionalista, y por consiguiente no se halla expuesta á equivocaciones; y si alguna vez se equivoca, sus

errores no son mortales, porque posee ya lo que la otra busca, la certidumbre, y puede tomarse el tiempo que quiera para levantar sobre este cimiento y retocar á su gusto el edificio de su comprension, edificio en el cual trabaja toda su vida, al cual añade una piedra todos los dias, y que aun cuando no llegue á rematarse acá en la tierra, es sin embargo mas bello, mas sólido y real que todos esos sistemas fantásticos que andan flotantes entre los nubarrones del pensamiento durante el dia, y que el viento de la noche disipa completamente.— En fin, el último carácter de la filosofía que cree, sin el cual el nombre de filosofía no es mas que un nombre vano, es el ser eminentemente *práctica*, el tender de contínuo á la virtud, el no solo discutir sobre la virtud sino *practicarla*, y el que llenando este objeto capital de la filosofía, adquiere razones muy especiales para su inteligencia, que la conducen directamente á la luz por los caminos de la intuicion, conforme á estas palabras del Salvador que nos complacemos en repetir: *Qui facit veritatem, venit ad lucem.*

Hé aquí la filosofía verdadera. Para confundir á los que la niegan, hemos hecho lo que Zenon, la hemos puesto en movimiento, la hemos mostrado en accion en nuestros *Estudios intrínsecos*. El lector discreto é imparcial puede ahora fallar entre sus detractores y nosotros.

3.° Finalmente, separando en lo posible de este trabajo filosófico la fe, que, lo confesamos, lo ha presidido, y juzgando de la impresion que ha debido causar en todo lector amigo de la verdad por la que nosotros hemos sentido, su resultado ha debido formar la conviccion de la divinidad del Cristianismo.

La consideracion de que la fe ha presidido á nuestro trabajo no debe atenuar filosóficamente este resultado, porque entre esta fe y la supuesta incredulidad del lector hemos colocado el raciocinio, y solo por medio de este hemos procurado convencerlo. Indudablemente nuestra fe ha dado animacion y vida á este raciocinio; pero ¿se proscribe acaso la fe hasta el punto de despreciar el ejercicio de la razon inspirada por ella? ¿No es, al contrario, una de las mas bellas pruebas de su divinidad el manifestar que ella produce el raciocinio y la inteligencia, que da como alas á la razon y la hace marchar por alturas que le son naturalmente inaccesibles?

Por lo demás, conteniéndola en nuestra alma y templándola hasta cierto punto conforme al grado de indiferencia que podia encontrar, la hemos hecho preceder siempre por el raciocinio que salia de ella, y hemos dejado á este todos sus me-

dios filosóficos; únicamente cuando nos ha parecido haber llegado el caso de deber producir en los demás un efecto de conviccion correspondiente á nuestra fe, hemos manifestado ser esta el principio de nuestros esfuerzos y el objeto de nuestras esperanzas.

Pero, ¿de qué sirven todas estas justificaciones? No tomemos tantas precauciones, no tengamos tanta desconfianza en una doctrina por tanto tiempo combatida, tan desarmada, humanamente hablando, como lo es la doctrina cristiana en nuestros dias; y si llegan á producir en nosotros una impresion de verdad, creamos que es menester mas bien añadirle que quitarle, y que esa injusta copia de preocupaciones y de indiferencia, sino de hostilidad, que contra ella hace tanto tiempo alimentamos, disminuye su legítima capacidad, y nos constituye en deuda de justicia é imparcialidad con ella; y cuando decimos con ella, queremos decir con nosotros mismos, pues el interés de la verdad es nuestro interés el mas precioso.

Apreciemos, pues, francamente y sin temor la conclusion de nuestro trabajo.

—Á diferencia de lo que sucede en los sistemas humanos, no nos ha sido necesario llegar hasta aquí para deducirla; se ha ido desprendiendo naturalmente de cada capítulo, de cada página de nuestros *Estudios:* tan abundantes y numerosas eran sus fuentes. Acontece en el Cristianismo lo que en la naturaleza: cada objeto revela en él una sabiduría divina. En el estudio de la naturaleza no es preciso ir muy léjos ni emplear mucho arte y método para descubrir en ella los efectos de una inteligencia suprema; lo primero que se ofrece, una hoja, una flor, la atestiguan elocuentemente, y seria difícil poder decir si el ojo del arador refleja menos la Divinidad que el astro del dia con toda su magnificencia. Lo mismo sucede en el Cristianismo. Á cada paso de nuestros *Estudios* hemos estado tentados de deducir que era efecto de una razon divina; en cada punto, por todas partes, hemos descubierto una perfeccion de relaciones y tal profundidad de miras, que excedian á nuestra razon, y le hacian experimentar esa misma confusion que experimenta el naturalista, cuando descubre en las cosas que hasta entonces habia mal conocido ó desdeñado, fundándose ó siguiendo la opinion del vulgo, secretas bellezas que absorben su contemplacion.

—Hay entre la obra de Jesucristo y las obras de Dios otro carácter de semejanza muy notable, y que la distingue en alto

grado de todas las obras humanas. No viviendo el hombre mas que un dia sobre la tierra, se afana en producir su obra, en darle durante su vida todo el desarrollo de que es capaz, y en formularla con la mayor solicitud de precauciones, porque ve que pronto ha de morir, y que no estará ya presente para sostener y explicar su pensamiento; y á pesar de todas esas precauciones, su pensamiento es muy pronto tergiversado y alterado por los que le suceden. Dios, que es eterno, obra con mas lentitud, porque obra incesantemente. No se afana ni da priesa en la formacion de sus obras, de un árbol por ejemplo: este árbol, contenido todo entero en su gérmen, va sucesivamente saliendo de él, se va formando al parecer sin designio premeditado, y no obstante llega, por fin, á través de todas las intemperies de la atmósfera, á adquirir toda su belleza, su infalible desarrollo. La obra de Jesucristo existe en el mundo de la misma manera. No la formuló visiblemente él mismo ántes de desaparecer de la vista de los hombres; la dejó en gérmen al parecer confuso, y diseminada en los discursos que dirigió á sus discípulos; y tomándola en este estado rudimentario hubiera sido una locura el esperar humanamente que esta obra pudiese jamás llegar á ser un cuerpo de doctrina, darse á conocer y coordinarse de una manera precisa á través de las tempestades de todo género que iban á asaltarla desde su cuna. Pero ¡oh cosa verdaderamente inexplicable si no es divina! esta doctrina fermentó como una fecunda levadura, y sin habérsele hecho ni añadido nada, por sí misma salió, apareció, se fue sucesivamente desenvolviendo y explicando de un modo claro y preciso, y llegó á ser una cosa incomparable por la pureza y fuerza del encadenamiento de todas sus partes. Para colmo de prodigio sucedió así, no solo á despecho del desórden de los elementos que le eran hostiles, sino por este desórden mismo: atacando las herejías á la doctrina católica, han proporcionado ocasion á esta para irse declarando y formular sucesivamente tantos artículos de su símbolo cuantas han sido las tentativas para alterarlo. Es menester no hacerse ilusion sobre esto; las mas incontestables historias deponen unánimes en favor de nuestra proposicion: no se hicieron esos artículos por via de adicion á la doctrina, sino de ampliacion, de manifestacion de su contenido, existente ya en la tradicion y las Escrituras, y remontándose así directamente hasta Jesucristo. La Iglesia ha procedido en todas sus decisiones dogmáticas fundándose en lo que existia ya, en lo que anteriormente habia existido siempre. No hay un solo artículo de

nuestra fe que no haya sido creido en la Iglesia siempre y por todas partes, y al cual pueda señalarse una data posterior á los Apóstoles y á Jesucristo. No hay ninguno cuyo seguro elemento no se encuentre en los monumentos anteriores á la promulgacion que de él se hizo en refutacion de la *novedad* que lo atacaba. En una palabra, cuando falla la Iglesia sobre algun punto de fe, no hace ningun nuevo artículo; lo que hace es declararlo, hacerlo notorio, y decir á todos sus hijos y á sus enemigos, esto es lo que siempre he creido. Además, el admirable encadenamiento que reina en todo el conjunto de esta doctrina es de tal naturaleza, que constituye por sí solo una prueba filosófica de la divinidad de su Autor, y rechaza la suposicion de que se haya ido formando por medio de adiciones sucesivas. Si esto fuera cierto, seria un prodigio mayor que el que se quiere desconocer. Es evidente que no es obra de muchos, sino de uno solo, y una obra incomparable. Pero ¿cómo pudo ese Autor único de esta obra sacarla del estado rudimentario en que la habia aparentemente dejado, defenderla y coordinarla á nuestra vista, y sostenerla hasta nuestros dias al través de diez y ocho siglos?... En esto está la evidencia de la obra de Dios y el cumplimiento de aquellas palabras: *Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.* Jesucristo está constantemente con su obra sosteniéndola y fomentándola, del mismo modo que la accion de Dios está incesantemente presente en el universo.

—Los sistemas humanos mas felizmente concebidos tienen su lado débil, siendo así que solo se proponen un fin especulativo y mas ó menos limitado: así son la república de Platon, los átomos de Descartes, las mónadas de Leibnitz, la vision en Dios de Malebranche, etc. La primera vez que aparecen estos sistemas logran entusiasmar precisamente por su lado quimérico, que choca á la imaginacion por su singularidad. Pero no tarda el tiempo en señalar con el dedo lo ridículo y falso que envuelven, y la posteridad ya desimpresionada y en calma no ve en ellos mas que un tributo pagado á la fragilidad de la humana razon. Nada de esto encontramos en la doctrina católica. Á pesar de que esta doctrina lo abraza todo y nos conduce al escabroso terreno de la *práctica*, del cual procuran huir todos los sistemas humanos, seria imposible despues de diez y ocho siglos de una experiencia la mas variada en tiempos y lugares, señalar en ella, entre tantos puntos como abraza, el punto quimérico, el lado débil... Es forzoso rechazarla ó admitirla por completo; y si la rechazamos nos vemos obliga-

dos al fin á volver á ella, so pena de no tener ninguna. Léjos la *reforma* de desvanecer ó destruir esta importante observacion, ha servido para confirmarla manifiestamente; porque á pesar de haber empleado tanta pasion en buscar en esta doctrina un lado vulnerable, no ha podido de ninguna manera encontrarlo: pasion evidentemente reconocida en la desordenada violencia de sus ataques, hiriendo á diestro y siniestro, ignorando á punto fijo lo que ha de destruir ó lo que debe conservar, y viéndose obligada á mirar como todos se le escapan por no haber querido conservarlos todos.

—Mas aun: no todo es igualmente bueno en lo mismo bueno que hay en las obras humanas, pues estas tienen partes mas bellas unas que otras: la figura principal ha sido cuidadosamente esmerada, las accesorias desatendidas; y esta misma negligencia era necesaria, pues es tal la fragilidad del hombre, que la carencia de toda imperfeccion es casi siempre en sus obras una imperfeccion, porque no pudiendo aspirar á la perfeccion absoluta, se ve obligado á buscar la relativa y á hacer valer sus propios defectos. No sucede así en la obra de Jesucristo: es en ella tan profundamente sabio todo, que seria difícil señalar algo que lo fuera mas ó menos. Al estudiar uno tras otro todos los puntos de su doctrina, la diferencia de importancia que al principio parecia distinguirlos se desvanece, se descubren bellezas imprevistas, relaciones inesperadas, y nos encontramos como inundados de admiracion: no descubrimos límites en ninguna parte, desaparece toda graduacion, y por todas partes se nos ofrece la misma sabiduría, una sabiduría infinita.

—Otro de los caractéres de los sistemas humanos es empezar seduciendo, tan acomodado se halla todo en ellos á las miras naturales de la humana razon. En la doctrina cristiana sucede á la inversa; el primer movimiento del espíritu humano es de no comprender absolutamente nada en ella, de chocarle y hasta de mofarse de ella: tan *distinta* es de la nuestra la razon que la preside; y debe ser así, en efecto, si es una razon divina, siendo la nuestra, relativamente á ella, débil y corrompida, y debiendo por consiguiente sentirse herida la primera vez que la encuentra, como un ojo enfermo por el contacto de una gran luz. Pero ¡cosa admirable! cuanto mas se coloca el entendimiento del hombre ante esta doctrina es la situacion de humildad, de pureza, de recogimiento, de desconfianza en sí mismo y de buena voluntad, que es la que él debe tomar si es divina la doctrina; tanto mas órden descubre en ella, mas ar-

monía, mas sabiduría, mas fuerza, mas infinidad en todos sentidos y mas profundidad. Se le ofrece todo un mundo nuevo que lo inicia en sus misteriosas riquezas; ve despuntar poco á poco y una despues de otra luminosas verdades donde antes no habia visto mas que enigmas confusos y á veces absurdos; las ve abrirse y dejar escapar de su seno otras verdades mas luminosas aun, que contienen en sí otras nuevas, y así indefinidamente, las ve corresponderse, reflejarse unas en otras, y enlazarse maravillosamente. No tiene tiempo de recogerlas y contarlas; ellas se disputan su asombro y admiracion, y le hacen entrever tantas semejanzas á la vez y pertenecen á tan diversos puntos, que toda su atencion no alcanza á abrazarlos: no puede mas; y entre todos los vocablos que se le ocurren para expresar lo que siente, no hay mas que uno que le cuadre perfectamente, el de *divino*, volviendo de este modo por el extásis de la razon á la simplicidad de la fe.

—Indudablemente hay todavía en esta doctrina mucho de *incomprensible*, y aunque la razon descubre en ella muchas cosas, está aun como anonadada á la vista de lo que le falta conocer. Pero si no fuera así, ¿seria divina esta doctrina? Las doctrinas humanas no proceden de este modo: aspiran á hacerse comprender, y todos sus esfuerzos tienden á este fin, porque solo la evidencia puede legitimarlas; y siendo toda razon humana esencialmente igual á otra razon humana, la comprension es de derecho, y su defecto acreditaria á la obra de impotencia ó de sinrazon. En una doctrina divina debe suceder todo al revés: en vez del exámen debe ser la fe su fundamento de admision; en vez de la evidencia debe ser el misterio quien la consagre. No puede ser aceptada sino con la condicion de no comprendérsela, porque, quien dice divino dice incomprensible. No queremos decir, notadlo bien, que todo deba ser incomprensible en semejante doctrina, muy al contrario; pero supuesto que no todo puede ser comprensible, y que en su fondo ha de encontrarse siempre el misterio, debe situarse la fe á su entrada.

—Esto nos conduce á observar una cosa muy digna de fijar tambien nuestra atencion. Las doctrinas humanas que se presentan como tales cifran su buen éxito en la evidencia, y debe ser así. Las doctrinas humanas que quieren pasar por divinas cifran su buen éxito en las apariencias del misterio, y debe ser así tambien, porque deben imitar en esto á lo divino. Pero la propiedad de una doctrina verdaderamente divina y lo que nada puede imitar, es que permaneciendo misteriosa en

su fondo, descubre en sus contornos admirables objetos de inteligencia, que ejercita la razon al mismo tiempo que la somete, la llena de sus resplandores, hasta la dilata para rellenarla mas, y que solo le opone, por fin, el misterio despues de haberla hecho saborear en la comprension; es, últimamente, que se adapta por un lado á la inteligencia humana, para irse á perder por otro en las profundidades de la inteligencia divina; que es en parte luminosa y en parte oscura, y que varia la proporcion de su luz y de su oscuridad, segun nuestra aproximacion á su divina esencia, y por el perfeccionamiento de nuestra naturaleza. — Tal es el carácter único, el carácter distintivo del Cristianismo. — Examinad todas las demás doctrinas, y las encontraréis ó enteramente evidentes (en su pretension al menos) cuando se dan por humanas, ó enteramente oscuras cuando pretenden ser divinas. En este último caso hacen lo que todos los falsarios: apuran el original en todo lo que tiene de imitable, y dejan todo lo que le es esencialmente propio. Por cierto el Cristianismo tiene de comun con las demás religiones, que en uno y otras encontramos oscuridad; pero en las otras religiones esta oscuridad es muda, inmóvil, infecunda, absorbente de toda razon y de toda civilizacion; y en el Cristianismo, únicamente en el Cristianismo, semejante oscuridad es, si es lícito decirlo así, comprensible, está bajo la accion de la inteligencia, arroja en torno suyo resplandores que disipan la oscuridad natural de nuestros destinos, provoca mas bien que contiene á la razon, y no la contiene sino para dirigirla; es, en fin, la nodriza del genio y la generadora fecunda é inagotable de toda verdadera civilizacion.

—Otro de los carácteres de la divinidad en el Cristianismo es el siguiente: La verdad no es pura y completa en ninguna parte; siempre se halla mezclada con el error, dividida consigo misma y acomodada á las debilidades y pasiones de los hombres, segun la diversidad de tiempos y de lugares: «Cási «nada vemos de justo y de injusto, dijo Pascal, que no cambie «de cualidad cambiando de clima. Tres grados de elevacion «del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano de«cide de la verdad. El derecho tiene sus épocas. ¡Buena jus«ticia la que se halla limitada por un rio ó una montaña! Ver«dad del lado de acá de los Pirineos, error del lado de allá.» Hé aquí la suerte de la verdad en las manos de los hombres. El Cristianismo presenta el reverso de este estado. En él se encuentran todas las verdades que en el mundo han existido, con la ventaja además, de que estas verdades que se hallaban

diseminadas, alteradas, arrojadas acá y allá, léjos de sus verdaderos principios y de su aplicacion, y como perdidas en su aislamiento, en el Cristianismo se emancipan, se ponen en contacto, se reconocen, se completan y justifican recíprocamente; se desarrollan, en fin, y se elevan hasta una altura en la que llegan á ser la simple verdad, la verdad absoluta, inmutable, universal, esa verdad católica, que todo lo domina, que á todo se aplica, que *no cambia de cualidad aun cuando cambie de clima*, que *no tiene épocas*, que *no se ve nunca limitada por ningun rio ni montaña*, que no conoce *Pirineos*, que no está sujeta *al meridiano*.

En esto nada decimos que no esté reconocido por los talentos filosóficos menos sospechosos. Solo se diferencian de nosotros en la manera de decirlo: en todas las páginas de sus obras leemos que el Cristianismo es el *eclecticismo* por excelencia, y un magnífico conjunto de todas las verdades diseminadas por el mundo antiguo [1].

Pues bien, nosotros decimos que esto solo importa virtualmente la divinidad del Cristianismo.

Hay tres razones para probarlo.

Primeramente, para que el hombre hubiese podido aspirar á producir este eclecticismo, ¡qué enorme y prévio trabajo no hubiera tenido que emprender sobre la historia de la filosofía! ¡Cuántos elementos y materiales no hubiera tenido que revolver, reunir, coordinar y comprobar! Y ¿qué hubiera sido todo esto al fin y al cabo mas que un mosáico? Si hay algo enteramente opuesto á la manera con que el Cristianismo se formó es esta. Figuraos un hombre toda su vida enterrado entre libros, un escrupuloso investigador de las doctrinas que le han precedido, un solícito compilador de todos los sistemas, un filósofo metodista y clasificador, un ecléctico, en una palabra, y decid: ¿es este Jesucristo?... ¿es este esa simplicidad potente y regeneradora del Cristianismo [2]?...

[1] «Lo repito (y el ilustrado colega, Mr. Cousin, que preside esta Academia, me ser-«virá en caso necesario de garantía y de autoridad), el Cristianismo no es solo un per-«feccionamiento de la ley de Moisés y de aquella sabiduría hebráica circunscrita á los «estrechos y celosos límites de una pequeña region del Oriente; es además el magní-«fico resúmen de todos los antiguos sistemas de moral y de filosofía, purgados de sus «errores y elevados á principios mas sublimes y completos; es el punto de conjuncion «de todas las verdades parciales del mundo oriental y del occidental, que se confunden «en una verdad única, mas pura, mas clara, mas vasta; es el progreso final, por cuyo «medio la humanidad ha sido puesta en posesion de los principios de la verdadera ci-«vilizacion universal.» (Mr. Troplong, *De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los romanos*).

[2] El mismo Strauss no ha podido sufrir este absurdo: «Sea cual fuere la masa, dice, «de materiales espirituales, preparados de ante mano, no será *ni mas fácil la explicacion*

La segunda razon es mas concluyente todavía. Como ya dijimos en otra parte, el clecticismo, es decir, la reconstruccion de la verdad, supone invenciblemente en el que la opera la posesion prévia de la verdad misma en toda su integridad. El buen sentido lo exige así. Para distinguir la verdad del error, para unir una verdad con otra, tal fragmento con otro fragmento distinto, y componer con ambos un todo, es necesario tener la idea, el plan, el tipo de este todo; es necesario conocer la verdad como se conoce á sí propio; es necesario ser uno mismo la verdad; por esto Jesucristo se anunció como tal: EGO SUM VERITAS. Pero en este caso ¿de qué serviria el eclecticismo y sus esfuerzos para encontrar la verdad que poseeríamos ya? Bastaria *revelarla*. Hablando del Cristianismo es menester, pues, decir *revelacion*, y no *eclecticismo*. Esta última palabra es un vocablo hueco y vano, puesto que la cosa que quiere significar no puede existir sino con una condicion que la hace inútil, es decir, la posesion prévia de la verdad. Y reconociendo, como se reconoce, que el Cristianismo es esta cosa, es precisamente indispensable reconocer tambien que es la verdad sustancial, esto es, la Divinidad revelada á los hombres.

En fin, la tercera razon es esta: Una vez reconstruida y restablecida la verdad en toda su integridad, ¿cómo podrémos elevarla y fijarla en un estado de unidad y de universalidad que abrace todos los países y todos los siglos? ¿No puede la misma fuerza disolvente que arruinó una vez la verdad, cuando tenia esta toda su fuerza nativa, disolverla de nuevo, cuando no tenga mas que una fuerza de reconstruccion *ecléctica*? ¿Qué lazo, qué nuevo cimiento mas fuerte que la misma integridad, puede obrar el prodigio de esta indivisibilidad? Indudablemente seria preciso recurrir á un agente sobrenatural y divino, aun cuando no se tratara mas que del resultado del eclecticismo humano. Pero lo confesamos: preferimos creer que el divino Autor de la conservacion de la obra es tambien autor de la obra; porque todo nos conduce siempre á ver en la doctrina cristiana y en su indisoluble Catolicismo, la obra de un Dios.

«de la intervencion de Jesús, ni esta tendrá un mérito menor. Supóngase que agotó to-«dos los recursos de instruccion de su tiempo, — cosa que no fue así, como lo demues-«tra este pasmo de sus contemporáneos: *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?* «(Joan VII, 15). *Unde huic sapientia hæc et virtutes?* (Matth. XIII, 54).—No por eso seria me-«nos verdadero que no bastaba *ninguno* de estos elementos, *ni aun de léjos*, para produ-«cir una grande revolucion en el mundo, y Jesús no ha podido sacar sino de su alma la «levadura que necesitaba para una obra tan grande.» (Strauss, t. I, pág. 337). ¿Por qué no dijo que no pudo sacarla sino de su divinidad?...

IV. Así es, limitándonos á esta corta reseña de nuestras impresiones, como bajo todas estas fases el Cristianismo refleja á lo léjos clarísimos rasgos de divinidad.

Sin embargo, solo hemos hablado hasta ahora de las propiedades *intrínsecas* del Cristianismo, pues no debemos olvidar que además de estas hay en él otras propiedades *extrínsecas* y pruebas históricas á que no hemos tocado todavía, y que, como verémos luego, constituyen un carácter único é inimitable de divinidad.

Pero no considerándolo mas que en sí mismo, hecha abstraccion de sus formidables bases, y tomándolo solo en lo que es objeto de la fe de sus discípulos y de la repulsion de sus enemigos, decimos (y este es el resultado constante que hemos tenido á la vista en todo el discurso de su exposicion) que, á pesar de todo lo que su doctrina debe tener de misterioso en el fondo, lo que en ella se nos presenta luminoso es tan perfecto, tan superior é incomparable, que basta por sí solo para establecer su divinidad y hacerlo admitir por todo entendimiento reflexivo y elevado, en virtud, nos atrevemos á decirlo, de una *evidencia de exámen.*

No queremos destruir con esto lo que nosotros mismos hemos probado en otro lugar; y sabemos que podrá decírsenos que no hay evidencia de exámen posible en una doctrina divina y misteriosa, en el sentido que el exámen no puede ser en ella completo, y que pudiendo lo que se le oculta destruir lo que le es conocido, no podria fijarse nunca en la evidencia absoluta. En tésis general lo admitimos; pero de hecho y segun el dictámen del sentido comun, juez soberano en las investigaciones de conviccion, creemos que no es así. Creemos que si, recorriendo uno tras otro todos los numerosos puntos de esta doctrina, se encuentra que cada uno de ellos tiene bellezas inimitables y da como un sonido divino; que si no solamente sucede así en cada punto tomado aisladamente, sino que puestos en contacto unos con otros resultan de este contacto bellezas no menos soberanas, y que lo mismo en los mas minuciosos detalles que en el conjunto, por la síntesis como por el análisis, se llega por todos lados á una sabiduría inagotable é infalible, tanto mas evidente, cuanto mas pura y elevada es la razon que la contempla; creemos, repetimos, apoyados en el sentido comun, que una armonía tan rica, que una concordia tan profunda é invariable, que todos los carácteres, en una palabra, que hemos descubierto en la doctrina católica, y que la confunden con las obras de Dios tanto como la distinguen de las del hombre, que todo esto seria imposible si en lo que perma-

nece misterioso se encontrasen cosas que pudiesen desmentirla. La parte luminosa nos responde de la parte oscura como de sí misma, porque ni ella misma existiria sin su conformidad, pues su discordancia constituiria un prodigio mayor que el de su divinidad, la cual se halla así demostrada por la *evidencia de exámen*.

Tal es la conclusion á que desea llegar un talento sencillo y recto, que no haya tomado partido contra la verdad, para descansar en ella como en el seno de esta misma verdad. Es cierto que queda en esta conclusion materia á la crítica y á la controversia; pero no para el buen sentido ni la buena voluntad, y esto basta: pasando mas adelante, habria en ella demasiada evidencia, y ya no seria posible la resistencia, y por consiguiente la sumision meritoria. Por otra parte, la fuerza de esta conclusion no puede ser apreciada por quien no haya leido mas que la deduccion definitiva que de ella hacemos en el presente capítulo, pues este mismo capítulo no es mas que el pequeño compendio de todas las impresiones de un gran volúmen de observaciones. Para sentir esa fuerza es preciso haberla ido bebiendo gota á gota en estas mismas observaciones; no es seductora, sino penetrante; no corre por la superficie como un torrente, sino que va cayendo suavemente en el alma atenta y recogida como aquellas lluvias pausadas, silenciosas y fecundantes que parece que destilan los cielos.

Hé aquí el efecto de las pruebas intrínsecas y el sentido en que es permitido decir que de ellas resulta una *evidencia de exámen*.

Pero este mismo Cristianismo, que se dice ser enemigo de la razon, no le proporciona esta evidencia sino como acrecentamiento y recompensa de su sumision á otra especie de evidencia mas obligatoria todavía, es decir, *la evidencia de autoridad*.

En la primera parte de los presentes *Estudios* hicimos resaltar esta evidencia de una manera indirecta y preliminar, y vamos á presentarla de una manera directa y precisa en la tercera, que á este efecto debe tratar de las *pruebas históricas ó extrínsecas*.

Con esto completarémos el trabajo que hemos emprendido: habrémos recorrido la inmensa circunferencia del Cristianismo.

No debe olvidarse empero ni esperarse que la conclusion de estos *Estudios* nos proporcione lo que no es de su naturaleza.

Ni la *evidencia de exámen*, ni la *de autoridad*, á cualquier grado á que los haga llegar al raciocinio ó la atestacion, demostrarán jamás toda la verdad del Cristianismo, si no son completadas por otra especie de evidencia: la *evidencia práctica*. Aquellas pueden ir disponiendo la fe, solo esta puede consumarla. Así lo exige la naturaleza de las cosas. La verdad de una religion eminentemente práctica debe aprenderse practicándola. No llenaria su objeto ni seria lo que debe ser, si la práctica no enseñara nada mas que le teoría, y hasta si aquella no contuviera la porcion mas viva de sus luces. Para que la libre actividad del hombre se interesara y entretuviera, era necesario que ocultara Dios una parte de su conocimiento á las investigaciones intelectuales, y que lo concediera á la fidelidad. Esto es lo que hizo, vinculando en la práctica de su ley las luces incomunicables que resultan del contacto del alma con él, y que son como los destellos de su divina faz. Por consiguiente, si quereis ir comparando hasta el término, si quereis realmente saber á qué ateneros acerca de esta divinidad del Cristianismo, que tantos testimonios tiene en su favor, y que tanto interesa á nuestros destinos, haced el experimento, y muy pronto podréis decirnos lo que los habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesucristo, decian á la Samaritana que se lo habia anunciado: «YA NO CREEMOS POR TU DICHO; PORQUE NOS-«OTROS MISMOS LE HEMOS OIDO, Y SABEMOS QUE ESTE ES VERDADE-«RAMENTE EL SALVADOR DEL MUNDO[1].»

[1] *Qui jam non propter tuam loquelam credimus; ipsi enim audivimus et scimus, quia hic est vere Salvator mundi.* (Joan. IV, 42).

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

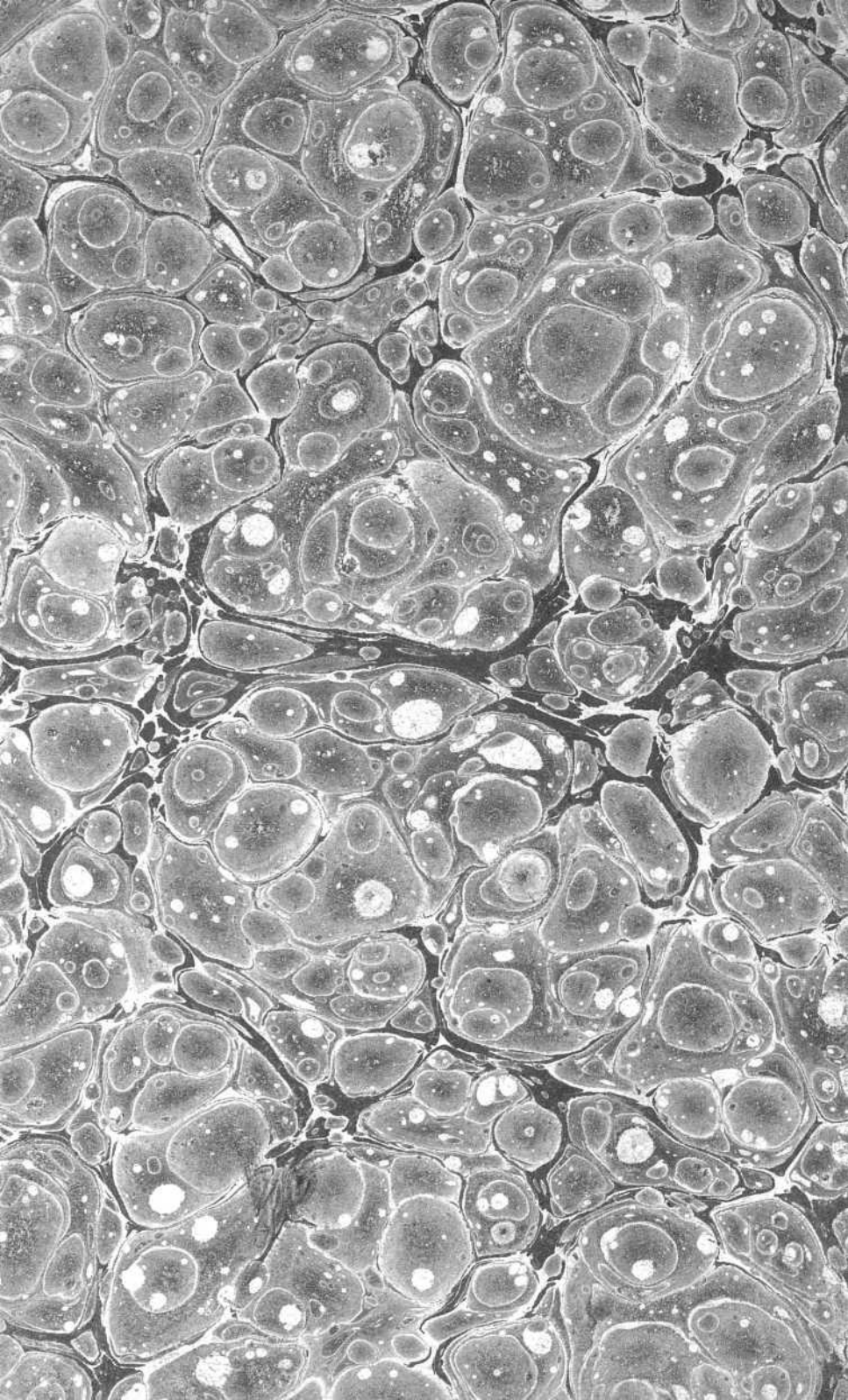
ÍNDICE.

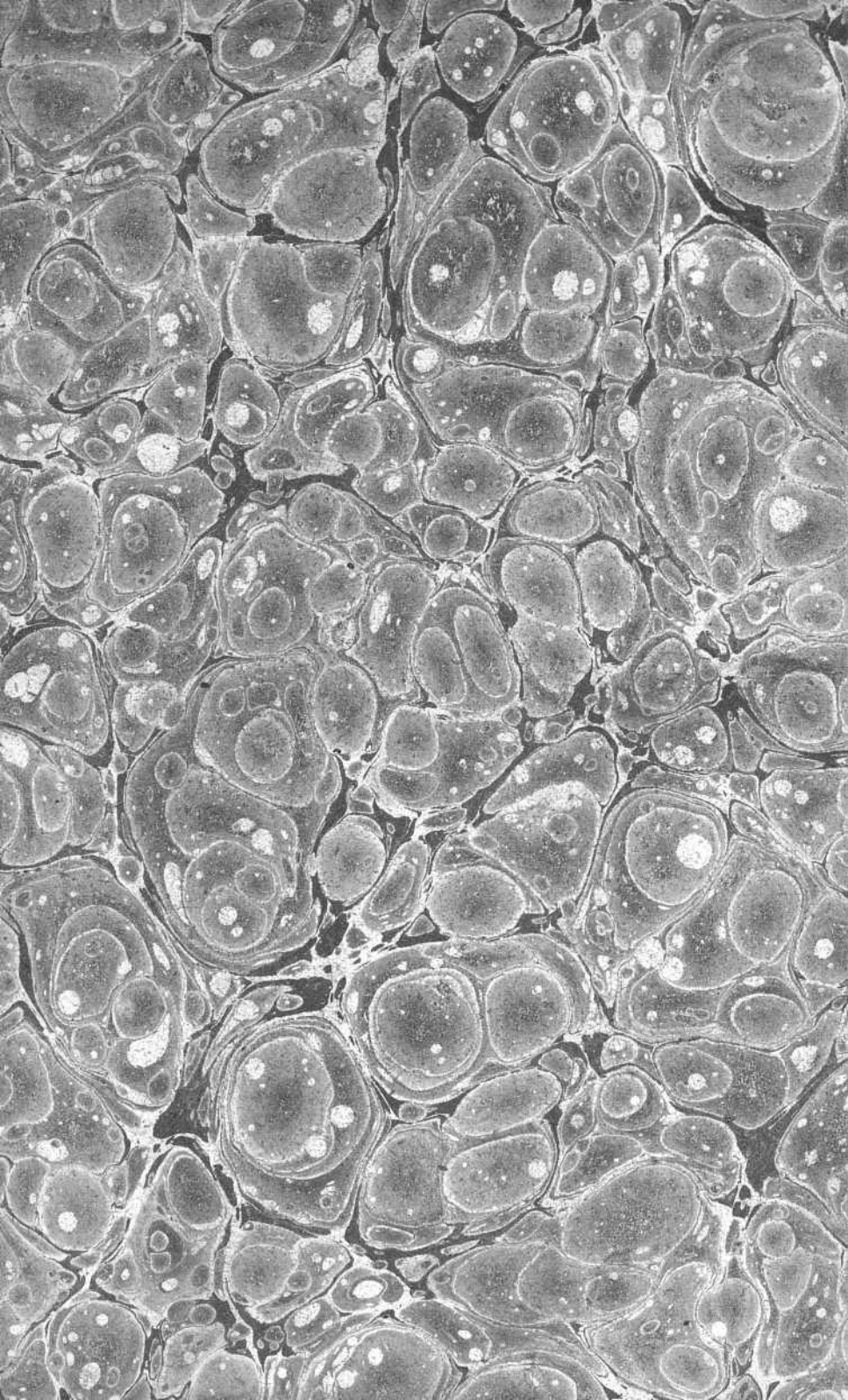
SEGUNDA PARTE.

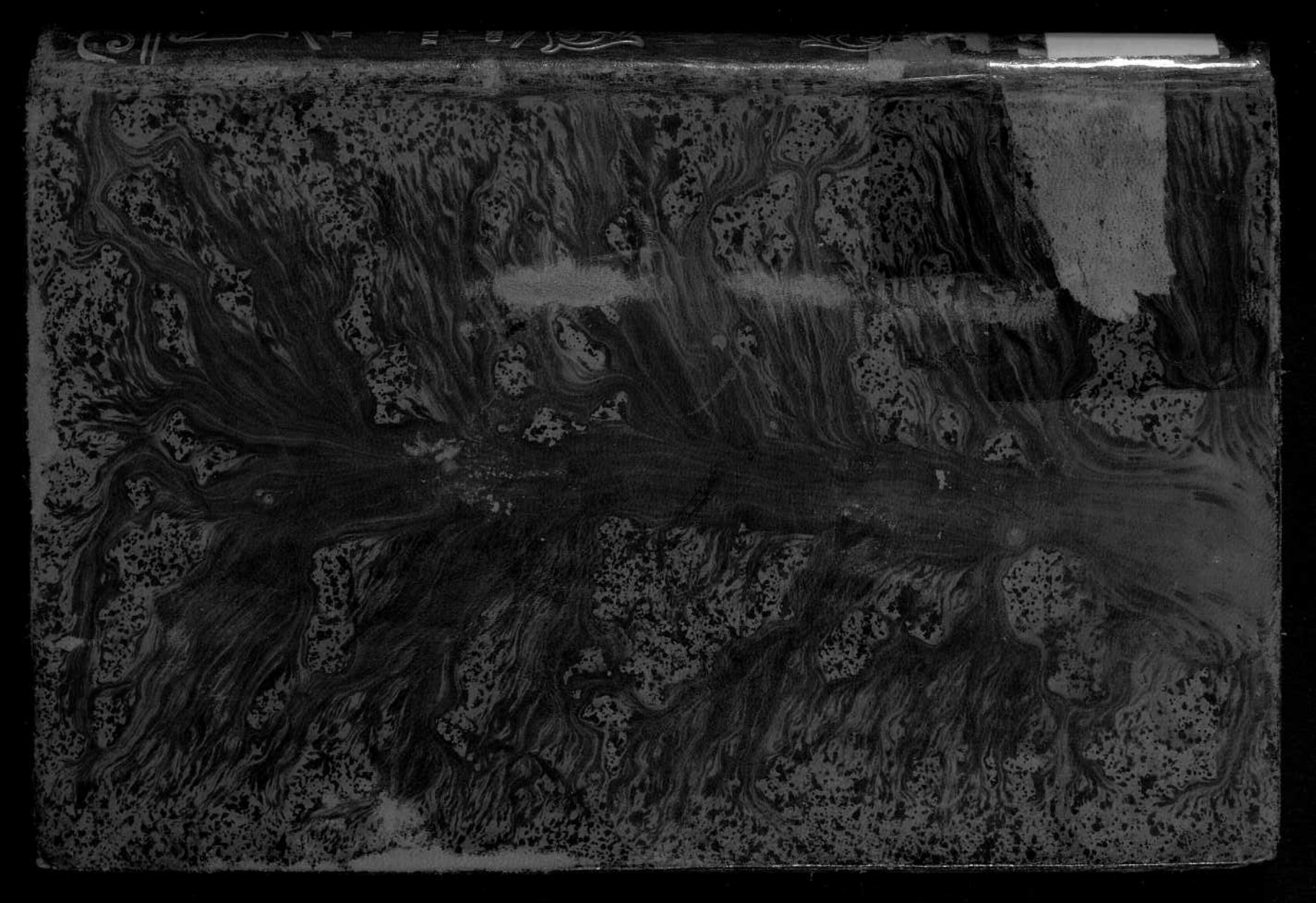
PRUEBAS INTRÍNSECAS.

		PÁG.
CAPÍTULO	I.—Preámbulo.—Transicion.	3
CAPÍTULO	II.—Exposicion de la moral evangélica.	19
CAPÍTULO	III.—Divinidad de la moral evangélica.	30
CAPÍTULO	IV.—El dogma.	67
CAPÍTULO	V.—Naturaleza y atributos de Dios.	74
CAPÍTULO	VI.—La inmortalidad del alma y el cielo.	91
CAPÍTULO	VII.—El purgatorio.	116
CAPÍTULO	VIII.—El infierno.	130
CAPÍTULO	IX.—La Redencion.—Su enseñanza.	159
CAPÍTULO	X.—La Redencion.—Sus aplicaciones.	196
CAPÍTULO	XI.—La Trinidad.	217
CAPÍTULO	XII.—La Iglesia.	259
CAPÍTULO	XIII.—El Protestantismo.	300
CAPÍTULO	XIV.—Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.	353
CAPÍTULO	XV.—De la Gracia y los Sacramentos.	407
CAPÍTULO	XVI.—De la Confesion.	434
CAPÍTULO	XVII.—De la Eucaristía.	461
CAPÍTULO	XVIII.—El culto y sus ceremonias.	490
CAPÍTULO	XIX.—Conclusion.	520

FIN DEL ÍNDICE.







NICOLÁS.

ESTUDIOS
FILOSÓFICOS
SOBRE EL
CRISTIANISMO.

D-1
1641